VIRGILIO

ENEIDA

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 166

VIRGILIO

ENEIDA

INTRODUCCIÓN DE
VICENTE CRISTÓBAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por VICENTE CRISTÓBAL.



Depósito Legal: M. 17502-1992.

ISBN 84-249-1490-2.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6304.

NOTA EDITORIAL

Al igual que la *Eneida* misma, esta su traducción sale a la luz velada por las sombras de lo póstumo y sin que su autor alcanzara a darle la última mano. D. Javier de Echave-Sustaeta, que había trabajado en esta versión desde muchos años atrás, se vio sorprendido por la muerte el 14 de julio de 1986, cuando, ya al borde de sus 79 años, nadaba en las aguas del Mediterráneo, el mar de la *Eneida*. Sobre su mesa de trabajo quedaba el original de estas páginas, que él estaba acomodando a las sugerencias formuladas tras la revisión que es de rigor para cuantos publica la Biblioteca Clásica Gredos. El entonces asesor de la sección latina de la misma, D. Sebastián Mariner, mantuvo el compromiso de publicar este texto; pero tampoco a él le iba a permitir la muerte llevar a término el empeño. En fin, cuando a mediados de 1988 se hicieron cargo de la serie sus actuales responsables, hubieron de comenzar, por lo que a esta traducción se refiere, por un laborioso proceso de reconstrucción informativa, toda vez que ya no vivían los testigos más directos de su situación anterior.

La crónica, por fuerza elegíaca, de los *fata libelli* parece suficiente para justificar el retraso con que esta traducción se publica; pero además parece necesaria para explicar algunas singularidades que la misma presenta con respecto a la práctica más habitual en los volúmenes de la colección que la alberga, singularidades que hubieran sido menos y de menor cuantía si el Dr. Echave-Sustaeta hubiera podido llevar a término la tarea de su preparación para la imprenta. No pudo ser así, y los responsables de la colección, por razones técnicas y también por un hondo sentido de respeto a la memoria

del traductor, han preferido editar el original sin otros retoques que los exigidos por meros y evidentes errores materiales.

Las singularidades a que nos referimos afectan, en primer lugar, a las notas explicativas. Según puede verse, la vasta erudición clásica del traductor parece haberle llevado en ocasiones a considerar innecesaria la glosa de algunos *realia* que tal vez no resulten tan obvios para el público, aunque culto, no necesariamente especializado al que esta colección se dirige. Por el contrario, también puede verse que el Dr. Echave se valió en ocasiones de esas mismas notas para formular comentarios personales —banales nunca— sobre pasajes en los que su entusiasmo por el genio de Virgilio se sentía estrecho en el ceñido marco de la mera traducción. Ahora bien, no hará falta ponderar ante el razonable lector los inconvenientes de toda suerte que han disuadido a los editores de la idea de añadir o quitar cosa alguna a las notas que D. Javier de Echave dejó escritas.

Las singularidades a que hemos aludido atañen también al texto latino empleado como base de la traducción. Ya hemos dicho que ésta fue tarea de muchos años de la vida de su autor, quien desde su juventud había tenido como *edición de cabecera* de Virgilio la oxoniense de Hirtzel, aparecida en 1900. Sobre ella reposa la versión que ahora se publica, mas no sin disidencias de las que damos cuenta detallada más abajo, y con adhesiones tan significativas como la que supone comenzar con los cuatro famosos versos del proemio, indudablemente virgiliano, que Tuca y Vario eliminaron a requerimiento de Augusto. No hará falta decir que si la muerte no se lo hubiera impedido, el traductor habría realizado y ofrecido ahora al lector, cuando menos, una revisión crítica de los pasajes de su versión en los que la edición de Hirtzel ha de considerarse superada por otras posteriores; empezando por la de Mynors, que en 1969 reemplazó a aquélla en la ilustre serie de Oxford. Por su parte, los responsables de esta colección han tenido bien claro cuál era su deber a este respecto: dar cuenta al lector de la verdad de los hechos, no manipular ni alterar el legado del Dr. Echave y publicarlo ya sin más dilaciones.

Queda, en fin, por comentar una última singularidad de esta traducción frente a la práctica habitual de la Biblioteca Clásica Gredos;

pero ésta no cabe en modo alguno contarla entre las que hubieran precisado del postrer *labor limae* que el destino negó a su autor. Nos referimos al enfoque y estilo que el Dr. Echave quiso dar a su versión.

Como saben los lectores de la Biblioteca Clásica Gredos, no es habitual en ella que los textos poéticos se traduzcan en forma que refleje la condición versificada de su original. En efecto, no es exigible que los traductores lleven a cabo la hazaña de recoger todo cuanto el contenido de un texto poético antiguo puede dar de sí en un lenguaje que reproduzca con sensible semejanza los efectos rítmicos del original; y puestos a elegir, no cabe duda de que la opción ha de decantarse por garantizar la traslación auténtica del contenido. Ahora bien, sentado esto, tampoco cabe descartar la posibilidad de una versión que, fiel a la esencia de lo que el texto dice, procure dar a su estilo castellano un *aire rítmico*, si no sistemático, sí al menos predominante, capaz de suscitar en el espíritu del lector —o más bien, del *auditor*— una música verbal comparable, *mutatis mutandis*, a la que consigo llevaban las palabras originales de la obra traducida. Obvio es decir que esta clase de versiones sólo son posibles tras una meditación de años sobre el texto originario; una meditación como la que D. Javier de Echave había ido haciendo durante toda su vida académica sobre el de Virgilio, y de cuya hondura todavía da fe, no menos que sus doctos trabajos, el testimonio de sus numerosos alumnos en el Instituto Jacinto Verdaguer y en la Universidad de Barcelona. Entre éstos se contaba precisamente D. Sebastián Mariner, que en los momentos fundacionales de la Biblioteca Clásica Gredos haría al Dr. Echave el encargo que ahora ve la luz. Mariner tenía buenas razones para pensar que en semejante caso valía la pena dar un voto de confianza a la aventura y al esfuerzo del traductor poeta. Eso mismo creen quienes ahora se honran presentando a los lectores los frutos de tal esfuerzo, y dedicando las tareas que les ha exigido la puesta a punto del original, a modo de piadoso homenaje, a la memoria de su autor.

J. L. Moralejo y J. J. Iso

INTRODUCCIÓN

Virgilio y la Eneida. Génesis de la obra

La *Eneida* es, en una apreciación unánime de los conocedores de la literatura latina antigua, la cima de dicha literatura, el más inequívoco producto del clasicismo romano, fruto no sólo de la plenitud y colmo de un proceso histórico, sino también, simultáneamente, de la madurez [1] espiritual y creativa de su autor. Virgilio la gestó, además, tras un laborioso esfuerzo, testimoniado por él mismo (cf. *infra* carta de respuesta a Augusto transmitida por Macrobio), en el que se dejó la vida [2]; pero valía la pena: si las muchas fatigas del héroe Eneas tuvieron su recompensa y justificación en la fundación de la nación romana (cf. *En.* I 33: *Tantae molis erat Romanam condere gentem*), así también los estudios, desvelos y la propia muerte de Virgilio en medio del trabajo no se perdieron infecundos sino que fueron simiente de una obra que ha suscitado hasta hoy la adhesión de múltiples generaciones.

---

[1] Cf. a este respecto las pertinentes palabras de T. S. ELIOT en su conocido estudio *What is a Classic? An Address Delivered before the Virgil Society on the 16th of October 1944*, Londres, 1944, pág. 10.

[2] Pues efectivamente la muerte de Virgilio fue consecuencia indirecta de su trabajo literario. Fue en el curso de su viaje a Grecia y Asia Menor, por él emprendido con el fin de contemplar de cerca los escenarios de su poema y poder así enriquecerlo, cuando, al llegar a la ciudad de Mégara, en medio del verano, enfermó y decidió regresar a Italia con Augusto, que volvía del Oriente; la muerte le sobrevino poco después.

¿Cómo fue la génesis y el proceso creativo de la *Eneida*? Las noticias de biógrafos y escoliastas dan alguna luz sobre esta interesante cuestión. Sabemos, ya para empezar, que comenzó a escribirse en el año 29 a. C., si es que no miente la tradición biográfica que habla de once años dedicados por el poeta a la elaboración de la epopeya [3] (y parece, en efecto, que el profético discurso de Júpiter a Venus sobre la grandeza de sus descendientes en *En*. I 257-296 está escrito al hilo de los sucesos del año 29: ceremonia triunfal de Octavio y clausura de las puertas del templo de Jano). Más o menos al mismo tiempo, por tanto —o sólo un poco después—, que Horacio ponía las primeras piedras de aquel *monumentum aere perennius* que serían sus *Odas*. Feliz sincronía, porque también las *Odas*, obra cumbre y colofón de la carrera artística de su autor, marcada con la cierta señal del clasicismo, han sido espejo en el que se han mirado las generaciones subsiguientes; ambas obras nacen con la pretensión (así al menos parcialmente en las *Odas*) del engrandecimiento de la nación romana, ambas quieren renovar los antiguos géneros griegos de la épica y la lírica, ambas son, con respecto a sus modelos griegos, vehículo de un nuevo espíritu y de una más moderna concepción del hombre. Como si, recogiendo la herencia del pasado, abrieran la puerta de un mundo nuevo. En cualquier caso, tanto la *Eneida* como las *Odas* brotan al calor de unos acontecimientos muy determinados: la victoria de Octavio en Accio (2 de septiembre del año 31) y el nuevo rumbo de la historia que ella supuso. El sobrino-nieto de César, constituido en único señor del Imperio, se disponía a llevar a cabo su labor de restauración en medio de un clima de paz.

Así pues, cuarenta años contaba Virgilio, y una ya sólida y reconocida experiencia como poeta, cuando comenzó a componer esta que sería su última obra. En ella trabajó hasta el día de su muerte en septiembre del año 19 a. C., dejándola, no obstante, inacabada o al menos huérfana de una última revisión o lima. A juicio de

---

[3] Cf. J. L. Vidal, *Virgilio. Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano*, «Intr. general», Madrid, 1990, págs. 76-77.

su autor —como testimonia la *Vita Donatiana* (líneas 123-126 Brummer)— le habrían hecho falta tres años más para rematarla a su gusto.

El interés del príncipe por la epopeya queda reflejado en varias anécdotas de que nos informan las *Vitae*. En primer lugar, Servio (líneas 23-26 Brummer), al igual que hablaba, para las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, de Polión y Mecenas como promotores, indica que la *Eneida* le fue sugerida a Virgilio por el propio Augusto (que todavía, hasta el año 27, carecía de ese título). En segundo lugar, informa Donato (líneas 104-107 Brummer) de cómo el caudillo de Roma, cuando se encontraba en plena campaña de las guerras cántabras, deseoso de conocer los progresos del poema, escribió al poeta pidiéndole que le enviara una parte, un resumen, cualquier cosa que le permitiera hacerse una idea del producto definitivo; y esta petición la hacía verosímilmente, como apunta Vidal, desde Tarragona, donde tenía su cuartel general[4]. En tercer lugar, al príncipe, en compañía de varios miembros de su familia, le fueron recitados por el propio Virgilio los libros II, IV y VI (Donato, líneas 108-112). Y por último, fue el propio Augusto quien salvó la *Eneida* de las llamas, en un gesto tan piadoso como impío, de generosidad y egoísmo simultáneo (pues la salvó para nuestro deleite y para su gloria), y evitó así que se cumpliera la severa y drástica decisión última de Virgilio con respecto a su obra (Donato, *Vita Vergilii*, líneas 141-160 Brummer, entre otras fuentes, de las que luego hablaremos).

Pero adentrémonos en el proceso de gestación, en los planes previos, en la que, en suma, podríamos llamar «prehistoria» de la *Eneida*. Con anterioridad al año 29 en que verosímilmente comenzó a esbozarla, ya le rondaba al Mantuano por la cabeza la idea de componer una epopeya de asunto romano. Podríamos ver un primer estadio de esos planes en los intentos anteriores a las *Bucólicas* a que se refiere Donato (*Vita Vergilii*, líneas 66-67 Brummer), si es que su informe tiene una base histórica, intentos presuntamente frustrados (la aspereza del argumento le habría incomodado) que lo des-

[4] Cf. J. L. Vidal, «Presenza de Virgilio nella cultura catalana», *La fortuna di Virgilio*, Nápoles, 1986, págs. 417-449, esp. 432; y la citada «Introd.», pág. 76.

viaron de su empresa y lo encaminaron al poema pastoril; esta noticia, sin embargo, no parece sino el resultado de la interpretación alegórica de los versos primeros de la sexta bucólica, aquellos en los que el poeta contaba cómo el dios Apolo le había hecho desistir de su cantar sobre reyes y combates y lo había orientado hacia un tipo de poesía más humilde, pasaje que no es sino una clara versión del tópico de la *recusatio*, con origen en el prólogo de los *Aitia* calimaqueos, y que no ha de comportar necesariamente una fundamentación biográfica. En la misma línea y abundando en esa vocación épica primeriza está el comentario serviano a los aludidos versos; aventura el escoliasta todo un haz de posibilidades para aclarar la que él cree alusión biográfica: «Se refiere —dice— o bien a la *Eneida* o bien a la *Historia de los reyes albanos*, obra que, una vez comenzada, abandonó abrumado ante la aspereza de los nombres. Otros dicen que había empezado a escribir sobre Escila..., otros dicen que se trata de una obra sobre las guerras civiles, otros que se refiere a la tragedia de Tiestes...». No obstante, una cierta proclividad a la épica sí es dado ver en piezas bucólicas como la IV y la VI, que ensanchan el molde del poema pastoril propiamente dicho. Totalmente segura es ya la alusión, bajo el velo metafórico del templo de mármol, al proyecto inicial de una epopeya sobre Octavio y su ascendencia mítica, incluido Eneas (*Assaraci proles*), que se halla en el proemio (vv. 12-36) del libro III de las *Geórgicas*:

Primus ego in patriam mecum, modo vita supersit,
Aonio rediens deducam vertice Musas;
primus Idumaeas referam tibi, Mantua, palmas,
et viridi in campo templum de marmore ponam
propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius et tenera praetexit harundine ripas.
In medio mihi Caesar erit templumque tenebit...
...Stabunt et Parii lapides, spirantia signa,
Assaraci proles demissaeque ab Iove gentis
nomina, Trosque parens et Troiae Cyntius auctor[5].

[5] «Yo seré el primero que, al volver de la cumbre de Aonia, me lleve a mi patria conmigo a las Musas, con tal que me quede vida; el primero

Así pues, parece que en un primer momento Virgilio no concibió su epopeya como la gesta de Eneas, sino más bien como la gesta de Octavio, precedida y aderezada, eso sí, con etiologías míticas y legendarios antecedentes. Si medimos la distancia entre este proyecto inicial y la realización final, nos percatamos del giro radical que operó Virgilio, guiado por un seguro y eficaz instinto poético: entre esos dos polos que ya se evidencian en la imagen del templo, la historia contemporánea y el mito, el poeta ponía inicialmente su énfasis en la primera, pero luego la realidad de su epopeya nos muestra cómo, en lugar de centrarse en la historia y contemplar el mito retrospectivamente o como ornato preliminar (a la manera de Nevio y Ennio), decidió centrarse en el mito y desde el mito apuntar doblemente a la historia, mediante el simbolismo Eneas-Octavio y por medio de relatos prolépticos, en una consciente proyección [6]. No obstante, en un detalle significativo sí que se mantuvo fiel a su inicial proyecto y es en esa presencia de Octavio en el centro de la obra (*in medio mihi Caesar erit templumque tenebit*), pues es verdad que en el centro aproximado de la *Eneida* (VI 791-807) y en el curso de la profecía de Anquises está la mención elogiosa, aunque discreta, de Augusto César y de su obra política y militar: «Éste es el hombre, éste es el que tantas veces escuchas que se te promete: Augus-

---

que te haga llegar, Mantua, las palmas Idumeas y que construya en tu verde campiña un templo de mármol al lado del agua, por donde se desliza el caudaloso Mincio de lentos meandros y allí donde cubrió sus riberas con frágiles cañas. En medio de mi obra estará César y poseerá su templo... Se erguirán también piedras de Paros, estatuas que respiren, la prole de Asáraco y los nombres del linaje que procede de Júpiter, el padre Tros y el Cintio, fundador de Troya».

[6] A este propósito recuerda oportunamente W. F. Jackson Knight, *Roman Vergil*, Harmondsworth, 1966 (= 1944), pág. 94, la coincidencia de Milton con Virgilio: primeramente había planeado un poema épico-histórico sobre el rey Arturo, pero más tarde se decidió por el más mítico argumento del *Paraíso perdido*. Ambas decisiones se fundamentan, es claro, en la convicción de que es mucho más fácil y eficaz la alianza entre mito y poesía que entre historia y poesía, por más que la frontera entre mito e historia sea en ocasiones difícil de trazar.

to César, hijo de un dios, que inaugurará de nuevo los siglos de oro en que antaño, en el Lacio, reinó Saturno por aquellos campos; y ampliará sus dominios hasta los garamantes y los indos...»

Este propósito panegírico de Octavio no lo perdió la *Eneida*, a pesar del cambio operado por el poeta en su plan inicial y a pesar de realizarse no de manera directa sino a partir de sus antepasados, y ello es reconocido ya por los comentaristas antiguos. Servio en los prolegómenos a sus escolios sobre la *Eneida* así lo expresa: «La intención de Virgilio es ésta: imitar a Homero y alabar a Augusto a partir de sus antepasados; pues es hijo de Atia, que nació de Julia, la hermana de César; y Julio César, a su vez, procede de Julo, el hijo de Eneas». Y ya antes Donato (líneas 77-78 Brummer) lo señalaba: «Poema en el que —y ésta era su máxima meta— se debían contener al mismo tiempo los orígenes de Roma y los de Augusto». Por tanto, si era verdad, como Servio asegura, que fue el príncipe en persona quien sugirió a Virgilio la idea de escribir la obra, y es verdad que el propósito fundamental del poema épico era el engrandecimiento de su figura, se entiende mejor aquella anécdota de la biografía donatiana (líneas 104-107 Brummer) a la que antes sumariamente nos referíamos y que constituye uno de los hitos en la historia de la obra: «Augusto —pues casualmente estaba fuera en la campaña contra los cántabros— le pedía con cartas suplicantes e incluso jocosamente amenazadoras que, 'acerca de la *Eneida*', tal y como es el tenor de sus propias palabras, 'le enviara el primer esbozo del poema o una parte cualquiera'». A estos jocosos requerimientos de Augusto desde España, que datan del año 26 ó 25, se nos ha conservado en las *Saturnales* (I 24, 11) de Macrobio una seria respuesta de Virgilio, preñada de interés para nuestro propósito, que niega tener todavía nada dispuesto para la recitación y afirma, en cambio, su dedicación intensa a los trabajos de estudio (búsqueda, selección, lectura y análisis de fuentes, sin duda) [7] previos a su actividad creadora propiamente dicha; se trata, por otra parte,

[7] P. Grimal entiende, sin embargo, que tales *studia* podrían sobre todo concernir a las «ciencias sagradas» (*Virgile ou la seconde naissance de Rome*, París, 1985, pág. 178).

del único texto en prosa que se nos conserva de Virgilio; hélo aquí: *Ego vero frequentes a te litteras accipio... De Aenea quidem meo, si mehercle iam dignum auribus haberem tuis, libenter mitterem, sed tanta inchoata res est ut paene vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar, cum praesertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impertiar* [8]. Véase, por cierto, cómo tanto en la carta de Augusto, según expresión literal suya (*ut ipsius verba sunt*), como en la respuesta de Virgilio, se hace referencia, bien al título de la epopeya tal como hoy lo conocemos, bien a la leyenda de Eneas como argumento de la epopeya, lo cual quiere decir por añadidura que ya no era Octavio, sino su antepasado mítico, el hilo conductor, y es precisamente el nombre de su héroe protagonista el que Virgilio usa sinecdóquicamente para referirse a su obra. Conviene asimismo reparar, entre otros pormenores, en el *ut scis*, que, según atinadamente apunta Grimal [9], nos da a entender cómo Octavio, antes de marcharse a Hispania, había hablado con el poeta sobre los proyectos de epopeya y estaba más o menos informado de ellos. Por otra parte, tales *studia* preliminares a la versificación son uno de los datos con los que contamos para definir el proceso creativo de Virgilio como la suma y alianza de trabajo y genio, de técnica e inspiración, de esos dos elementos sobre cuyo carácter básico para la gestación del poema han discutido a menudo los teóricos de la poesía [10]. Es como si Virgilio, «quel savio gentil che tutto seppe» [11], hubiera hecho realidad aquel precepto de Horacio: *Scribendi recte sapere est et principium et fons* (*Arte Poét.* 309); o como si Horacio hubiera pensado en Virgilio al escribir (*Arte Poét.* 409-410): *Ego nec*

[8] «Recibo muy a menudo cartas tuyas... Acerca de mi Eneas, si en verdad tuviera ya algo digno de tus oídos, con gusto te lo enviaría, pero he acometido un trabajo tan descomunal que creo que no estaba en mi sano juicio cuando di comienzo a obra de tal envergadura, especialmente si se tiene en cuenta, como tú ya sabes, que dedico también a esa obra otros estudios mucho más importantes».

[9] *Virgile ou la seconde...*, cit. (en n. 7), pág. 179.

[10] Sobre todo lo cual, véase V. Aguiar e Silva, *Teoría de la Literatura*, trad. esp., Madrid, 1981 (= 1972), págs. 142 ss.

[11] Dante, *Inf.* VII 3.

studium sine divite vena / nec rude quid prosit video ingenium. Lo explica de manera rotunda el padre Espinosa-Polit en su magistral libro sobre el poeta[12]:

> Virgilio no escatimó trabajo alguno en esta doble cooperación (de inspiración y trabajo). Ante todo, a la poética labor de la producción del verso, hizo preceder un esfuerzo ingente de preparación multiforme; de suerte que se cumple a la letra en su poesía la advertencia juiciosa del P. de Mondadon: 'No hay que atribuirlo fácilmente todo al paso del astro, al don gratuito, como si el poeta sólo tuviese que dejar que las cosas se hiciesen de *por sí*. La inspiración irrumpe inesperada, sorprende, arrebata, arrastra; pero el imperioso torrente supone la secreta reserva, las ondas lentamente acumuladas. El acierto exquisito del tono, la libre espontaneidad, la soltura graciosa, la abundancia fácil son el premio de una larga labor, parte oculta y oscura, parte muy definida y consciente'.

Esa «larga labor», esas «ondas lentamente acumuladas» que facilitan el «imperioso torrente», ese costoso trabajo preliminar —obligado, por otra parte, para una obra como la *Eneida*, que hundía sus raíces en la historia de Roma y de Italia— es el que Virgilio había ido desarrollando casi a lo largo de cinco años, desde el 29, en que presumiblemente comenzó a trabajar en la *Eneida*, hasta el 26 ó 25 en que seguramente hemos de datar la respuesta negativa al requerimiento de Augusto. Todavía en esas fechas, repetimos, no tenía nada que pudiera dignamente ser leído o recitado. De manera que, si los biógrafos dicen que la *Eneida* se escribió en once años, podemos precisar aún más la historia de su escritura, según la carta de Virgilio, dividiendo estos once años en dos períodos: uno de estudio y acopio de materiales, que duraría aproximadamente cinco años, y otro de creación o composición propiamente dicha, que duraría aproximadamente seis, hasta el día de su muerte, y que se hubiera prolongado por otros tres más.

---

[12] A. Espinosa-Polit, *Virgilio. El poeta y su misión providencial*, Quito, 1932, págs. 230-231. Se trata, en efecto, de una de las mejores monografías escritas en castellano sobre el poeta. El también magistral libro de W. F. Jackson Knight, *Roman Vergil*, ya citado (en n. 6), recurre a él profusamente y con elogio.

Con alguna posterioridad hemos de datar, necesariamente (pues si en la carta a Augusto decía Virgilio no tener aún nada listo para ser recitado, ahora sí que se evidencia la publicación oral de alguna parte del poema), el testimonio de Propercio (II 34, 61-64) acerca de la *Eneida*, que se refiere ya a algunas de sus líneas argumentales, al menos a la combinación de mito e historia, y a que en ella se hablaba tanto de Augusto y de su victoria en Accio, como de Eneas y de sus combates (*arma*) antes de fundar las murallas de Lavinio [13]:

Actia Vergilium custodis litora Phoebi,
Caesaris et fortis dicere posse ratis,
qui nunc Aeneae Troiani suscitat arma
iactaque Lavinis moenia litoribus [14].

Propercio sabía ya con toda claridad cómo Virgilio se había decantado por el tema mítico, sin apartarse por eso de su propósito ensalzador del *princeps*. Porque de la lectura de estos versos se desprende una constatación, a saber: las palabras *arma* y *Lavinis... litoribus* parecen ser un eco preciso del comienzo de la *Eneida* (I 1-3: *Arma... Laviniaque... litora*) [15], lo cual quiere decir que Propercio conocía ese pasaje del primer libro —a resultas acaso de una lectura del manuscrito o de haberlo escuchado en alguna recitación habida en el seno del círculo de Mecenas—; y eso a su vez significaría un estar

[13] JACKSON KNIGHT supone (*ibidem*, pág. 94) que, según el testimonio de Propercio, éste da a entender que las gestas de Octavio eran aún la parte principal de la epopeya y que el tema de Eneas era secundario; pero Virgilio se refiere ya a su obra en la epístola a Augusto como relativa a Eneas y es imposible que Propercio, que demuestra conocer el prólogo de la *Eneida*, no supiera cuál era el héroe cierto.

[14] «Poder cantar las playas actíacas de Febo, su guardián, y los barcos del poderoso César (agrádele) a Virgilio, que ahora hace surgir las armas del troyano Eneas y las murallas cimentadas en las costas lavinias».

[15] Incluso PARATORE, *Virgilio*, Florencia, 1961 (=Roma, 1945), pág. 301, saca argumento de *Lavinis* para defender en la *Eneida* la lectura *Lavina*, ampliamente testimoniada en los códices y en Servio, en contra de *Lavinia*, que, defendida por Sabbadini, es la que hoy se prefiere.

al tanto de los planes de Virgilio y sería prueba de que, si bien Virgilio para el año 26 no tenía aún nada firme que ofrecer a los oídos de Augusto, sí que tenía, un poco más tarde, tal vez un año después, algo que presentar, y lo había presentado, al juicio de sus amigos y colegas literarios, entre los que se contaba Propercio. Incluso se suele aceptar —E. Paratore [16] y G. D'Anna [17] han defendido con empeño esta hipótesis— que Propercio manifestaba también en los versos 61-62 su conocimiento del final del libro VIII, es decir, del pasaje en el que se describe el escudo de Eneas y en el que se habla elogiosamente de Octavio como vencedor en la batalla de Accio (concretamente los vv. 675-680 y 704-706), y se obtienen de ahí deducciones acerca del proceso de composición de la epopeya: el libro VIII sería uno de los primeros en ser escritos. Pero esto, aunque posible, choca con otras fidedignas noticias antiguas, que parecen apuntar a la prioridad de gestación de los seis libros primeros; y puesto que la victoria de Accio fue el acontecimiento motor del encumbramiento de Octavio no tiene nada de particular la alusión a ella como hecho emblemático [18]. Lo conocido por Propercio, en cualquier caso, le fue suficiente para emitir un veredicto rotundo (vv. 65-66 de la misma elegía):

Cedite Romani scriptores, cedite Grai!
Nescio quid maius nascitur Iliade [19].

Ese *nescio quid* implica el conocimiento aún muy limitado que tenía Propercio de la naciente epopeya; no podía ser de otra manera, puesto

[16] *Virgilio*, cit. (n. 15), págs. 301-305.

[17] Cf. *Il problema della composizione dell'Eneide*, Roma, 1957, págs. 21 ss., y *Ancora sul problema della composizione dell'Eneide*, Roma, 1961, *passim*.

[18] Sabemos además que por esa época compuso el poeta Vario Rufo, tan amigo de Virgilio y Propercio, un *Panegírico a Augusto*, tras su victoria en Accio, texto que seguramente fue de los primeros (junto con la oda I 37 de Horacio) en dar forma literaria al suceso, y que tanto Propercio como Virgilio tuvieron que conocer.

[19] «Abrid paso, escritores romanos; abrid paso, griegos. No sé qué cosa mayor que la *Ilíada* está naciendo».

que no era sino proyecto en ciernes; y el *nascitur* nos da la clave y la medida del estadio en que se encontraba la obra: estaba naciendo.

Sólo después del año 23 Virgilio estuvo en condiciones de recitar públicamente en la corte, ante el príncipe y varios miembros de su familia, tres libros de la primera parte de su obra: el segundo, cuarto y sexto, según el informe de Donato (líneas 108-112 Brummer). Servio, por su parte, ofrece una discordante noticia al hablar del tercer libro en lugar del segundo, «pero es difícil pensar —como dice Vidal [20]— que el tercer libro, el menos elaborado de todos los de la *Eneida*, estuviera en aquella selección hecha por Virgilio en honor del César». Dice así la *Vita* donatiana: «No obstante, al cabo de mucho tiempo y cuando ya por fin tuvo terminado el argumento, declamó para él (para Augusto) tres libros completos, el segundo, cuarto y sexto; y este último con una gran conmoción para Octavia, quien, hallándose presente en la declamación, al llegar a aquellos versos que hablaban de su hijo: «Tú serás Marcelo», cuentan que se desmayó y sólo a duras penas logró reanimarse». Puesto que Marcelo murió en el otoño del 23, parece lógico pensar que esta declamación tuviera lugar no mucho después de su muerte, a la vista del vehemente sentimiento que la mención del hijo fallecido produjo en la madre: acaso a comienzos del año 22 [21]. En este momento, pues, sólo tres años antes de que la muerte alcanzara a Virgilio, lo que, según nuestras noticias, había de la *Eneida* era esto: tres libros completos, el II, IV y VI —aquellos, curiosamente, que han sido más leídos a lo largo de los siglos—, el encabezamiento, al menos, del primero y quizás terminado ese mismo libro (aunque según

[20] J. L. Vidal, Introd. cit. (en n. 3), pág. 79, nota 163.

[21] Aunque este razonamiento en el que se funda, por lo general, la crítica para establecer una cronología aproximada pierde fuerza ante la noticia transmitida por Séneca (*Ad Marciam* II 3-4), a saber, que Octavia no dejó de llorar desconsoladamente a su hijo a lo largo de toda su vida; y se insiste muy en particular sobre su constancia en el dolor y la pena: *Nullum finem per omne vitae suae tempus flendi gemendique fecit nec ullas admisit voces salutare aliquid adferentis*. Agradezco a P. Cid esta oportunísima precisión.

la hipótesis de G. D'Anna [22] ese prólogo iría en un principio encabezando el libro VII, que en el plan inicial estaba destinado a ser el *primero* [23], y que, según sus deducciones, habría sido compuesto, junto con los otros de la segunda parte, con anterioridad a los de la primera) y el argumento general íntegramente planeado.

Esos tres años largos, últimos de su vida, los dedicó el poeta a levantar el resto de la epopeya. Hemos de imaginárnoslo construyendo poco a poco su edificio de versos en la fértil soledad de su retiro napolitano o siciliano —pues Donato (líneas 43-44 Brummer) notifica sus preferencias por residir en Campania y en Sicilia— y acudiendo de cuando en cuando a Roma, para encontrarse con sus colegas y en especial con Mecenas (precisamente tenía una casa en el Esquilino, cerca de los jardines de Mecenas), con el fin de comunicar sus adelantos y rendir cuentas de un trabajo que tanta expectación despertaba. De modo que, como suele ser frecuente, el origen de su poesía está en relación directa con un alejamiento del «mundanal ruido», y con un frecuentar la «escondida senda»; ya Tácito en el *Diálogo de los oradores* (cap. 13) hizo constar, sin embargo, cómo este alejamiento de Roma no le privó ni de la familiaridad con Augusto ni de la fama entre el pueblo.

Sobre el cómo de su labor creadora tenemos el sabroso informe de Donato (líneas 83-89), que cuenta detalles tan capitales para nosotros como la redacción en prosa [24] de la epopeya previa a su versificación, así como su división en doce libros ya en el boceto, la composición desordenada, por bloques y obedeciendo al impulso del gusto momentáneo, y el uso de *tibicines* o «contrafuertes» [25] siem-

---

[22] Cf. *Il problema della composizione dell'Eneide*, cit. (en n. 17), págs. 21 ss.

[23] Así se explicaría, según este autor, el *arma* del primer verso de la epopeya en posición inicial, puesto que, en un principio, eran las guerras lo que inmediatamente se iba a contar.

[24] Varios autores, entre ellos A. Bellesort (*Virgilio*, Madrid, 1965, pág. 150) se refieren en este detalle al caso paralelo de Racine, cuyas tragedias también fueron escritas primero en prosa.

[25] En realidad no hay acuerdo sobre qué cosa sean, con precisión, esto que Virgilio dio en llamar *tibicines*. Cf. sobre este asunto V. Viparelli, «*Ti-*

pre que el poeta encontraba un escollo en el despliegue de su discurso: «La *Eneida*, previamente redactada en prosa y dividida en 12 libros, determinó componerla parte por parte, obedeciendo a su capricho y sin seguir en ello ningún orden. Y para que nada hiciera retrasar su inspiración, dejó algunas partes sin acabar, otras las sujetó, por así decirlo, con palabras de escaso peso, que, en son de broma, decía interponerlas a modo de 'puntales' para sostener el edificio hasta que vinieran las sólidas columnas». Nótese el uso de términos propios del ámbito de la arquitectura, que han de sumarse a la imagen primitiva de la obra como templo de mármol, ilustradores de cómo en la mente del poeta su obra se asimilaba a un complejo edificio en el que «los diferentes desarrollos se correspondían y se sostenían los unos a los otros, como las claves de una bóveda» [26]. Seguramente su método de trabajo no difería del que, según el biógrafo (líneas 78-82 Brummer), empleaba al componer las *Geórgicas*: escribía por las mañanas, obedeciendo al arrebato de la inspiración, grandes tiradas de versos, que luego, a lo largo del día, reducía a unos pocos, comparando el propio poeta este modo de hacer con el parto de la osa, que tras haber parido a sus crías les daba su forma definitiva lamiéndolas [27]. De modo que, en esta noticia, vemos otra vez con nitidez la feliz alianza de técnica e inspiración, casi —diríamos— con preponderancia de la técnica y del racional designio: pues en ese proceso de construcción poética, con una redacción previa en prosa, una fabricación espontánea de versos en largas series y una final labor depuradora y correctora se evidencian tres fases en las que sólo hay lugar para la inspiración en la segunda.

---

bicines», *Enc. V.* V, Roma, 1990, págs. 167-170, y la bibliografía allí citada, especialmente F. M. Brignoli, «*Quid Vergiliani qui dicuntur 'tibicines' in Aeneide componenda valuerint*», *Latinitas* 11 (1963), 171-183.

[26] P. Grimal, *Virgile ou la seconde ...*, cit. (en n. 7), págs. 182-183.

[27] Testimonio concordante de ello tenemos en Aulo Gelio (*N.A.* XVII 10, 2), que, a su vez, se remite al testimonio de los «amigos y familiares de Virgilio en los escritos que transmitieron acerca de su carácter y costumbres». Sobre tales escritos, cf. J. L. Vidal, Intr. cit. (en n. 3), página 10.

La última fase se identifica con ese *labor limae* preconizado por Horacio [28], en la que el poeta se convierte en crítico de sí mismo. De modo que, en realidad, sólo muy pocos versos sobrevivían al cabo del día de aquellos que habían nacido en el inicial torrente mañanero. Y eso no sólo lo sabemos por palabras de Quintiliano, X 3, 8, que se remite al testimonio fidedigno de Vario («Vario es testigo de que Virgilio componía poquísimos versos al día») [29], sino que se comprueba al cotejar el tiempo que tardó en la composición de la *Eneida* y el número total de versos de que consta la obra: si hemos establecido que sólo fueron seis los años que dedicó a la escritura definitiva, y el poema consta en total de 9.896 versos, entonces resulta que habría escrito por día, como promedio, la reducidísima cifra de cuatro versos y medio. Y aún así, todavía anduvo lejos de aquel proverbial Cinna —al que él alaba en *Ég.* IX 35—, que trabajó y ejerció la autocrítica sobre su poema *Zmyrna,* de no mucho más de quinientos versos —hemos de suponer—, a lo largo de nueve años [30].

Ejercía la autocrítica y además, como es perfectamente esperable, buscaba la opinión de los otros en casos de alguna duda personal; así nos lo dice la *Vita* de Donato (líneas 112-114): «Declamó delante de muchos, aunque no con frecuencia y especialmente aquellos pasajes de los que tenía dudas, para probar más la opinión de la gente». Por cierto que gozaba de fama como buen declamador, hasta el punto de que se cuentan, al respecto, manifestaciones de

---

[28] En numerosas ocasiones: *Sát.* I 10, 69 ss., II 3, 1 ss., *Epíst.* II 2, 109 ss., *Arte Poét.* 289-294, 386-390, 410-415, 438-452.

[29] Sobre este asunto, cf. F. Cupaiuolo, *Tra poesia e poetica,* Nápoles, 1966, págs. 39-40.

[30] No obstante, Grimal, *Virgile ou la seconde...,* cit. (en n. 7), pág. 183, hace hincapié sobre todo en su dejarse llevar por la inspiración, y pone una neta frontera —no bien justificada, creemos— entre su modo de componer y el de los *poetae novi.* Se apoya el crítico francés para su apreciación en la anécdota, transmitida por Donato, —de la que hablaremos a continuación— relativa a la manera improvisada con que completó dos hexámetros en el curso de una declamación (*vid. infra*).

sana envidia de poetas contemporáneos como Julio Montano (*Vita donatiana*, líneas 96-99 Brummer) [31].

Una anécdota más de su biografía (Donato, líneas 114-122 Brummer) da noticia de la ocasional composición improvisada en el curso de un recital: el liberto Eros, su secretario y copista (*librarius*), refería cómo una vez el poeta, mientras declamaba, completó, súbitamente inspirado, dos versos seguidos que estaban sin acabar, de forma que donde no tenía escrito más que *Misenum Aeoliden*, añadió: *quo non praestantior alter* (*En.* VI 164), y en el siguiente, donde no constaba más que *Aere ciere viros*, enardecido por la misma inspiración, escribió completándolo: *Martemque accendere cantu*, y al punto mandó al propio Eros que ambos se escribieran en el volumen.

Tal fue el proceso de elaboración hasta que en el año 19, queriendo conocer personalmente los lugares que eran patria y escenario del paso de su héroe, con el fin de mejorar materialmente su obra [32] (especialmente, sin duda, el libro III, el que da más indicios de inacabamiento), emprendió viaje hacia Grecia y Asia del que no volvería sino gravemente enfermo para morir en Brindis a los pocos días de desembarcar. Y fue entonces cuando, sintiéndose morir, pidió insistentemente las cajas que contenían los volúmenes manuscritos de su *Eneida* con intención de quemarlos; nadie se las trajo y entonces él ordenó en su testamento que se quemara la obra «como cosa falta de enmienda e inacabada». Esto consta en varias fuentes de razonable fiabilidad: así en Plinio (*N. H.* VII 4), en la *Vita* de Donato (*Donatus auctus*, según la ed. de Brummer, que da el texto como una interpolación del códice Bodleyano 61, del siglo xv, inserta tras el *anno* de la línea 123), en Gelio (*N. A.* XVII 10, 7), en Macrobio (*Sat.* I 24, 6) y en los tres dísticos de Sulpicio el Cartaginés (*Anth. Lat.* 653, hexástico semejante al que cita la *Vita* de Donato, líneas 142-148 Brummer, y al tetrástico que cita la *Vita* de

[31] Poeta épico, de especial inclinación por las estampas de la aurora y el crepúsculo, citado a menudo por Séneca (cf. H. Bardon, *La litterature latine inconnue*, II, París, 1956, págs. 59-60).

[32] *Impositurus Aeneidi summam manum*, dice Donato (líneas 123-124 Brummer).

Probo, líneas 35-38 Brummer, atribuyéndolo a Servio Varo), de manera que no parece haber ninguna razón de peso, a pesar de la cautelosa hipercrítica, para negar historicidad a tal noticia [33].

La versión del Donato reducido (líneas 149-155) diverge del testimonio múltiple que acabamos de señalar; cuenta, en efecto, que Virgilio había hablado con Vario antes de emprender su viaje encargándole que, si algo le ocurría (*si quid sibi accidisset*, es decir, si moría), quemara la *Eneida*, y que Vario se había negado rotundamente a ello; así que, cuando volvió de su viaje y se encontró gravemente enfermo, pidió él mismo los manuscritos para quemarlos, pero nadie se los trajo; y en su testamento no dijo ya nada sobre el asunto, sino que a sus dos amigos, Vario y Tuca, les dejó en herencia sus escritos con el encargo de que no publicaran nada que él no hubiera dado a conocer previamente. El llamado *Donatus auctus* cuenta esto mismo (además, como he dicho, de la orden de quemar la *Eneida* en el testamento), pero tras haber precisado que Vario y Tuca, a la vista de su última voluntad testamentaria, le hicieron ver que Augusto no consentiría su cumplimiento.

A propósito de las razones que tuviera Virgilio para quemar la *Eneida*, las fuentes biográficas no dudan: no estaba satisfecho totalmente del estado en que quedaba [34]. Es posible que hubiera motivos

---

[33] Sobre todo lo cual, cf. las palabras de Ruiz de Elvira en su estudio «*Cremare Aeneida*», en *Silva de temas clásicos y humanísticos* (en prensa): «A la vista de tales testimonios... resulta verdaderamente ridícula la pretensión (el eterno sorites de la pseudocrítica: hasta aquí sí, desde aquí ya no) de que haya que atenerse al Donato reducido, que ellos llaman el «auténtico», en el que Virgilio no manda quemar la *Eneida* en su testamento... Podría, a lo sumo, en el mejor de los casos para los «desinterpoladores», tratarse de dos versiones contradictorias: 1.ª, que nada ordenó en particular sobre la *Eneida* en su última enfermedad, según el Donato «auténtico», y 2.ª, que, por el contrario, ordenó en su testamento que la quemaran, según Plinio, Gelio, el *Donatus auctus*, Macrobio, Sulpicio el Cartaginés, y la *Vita Probiana*...¿o es que también Plinio, Gelio y Macrobio son «interpoladores humanísticos del siglo xv?»

[34] Aparte del ya citado testimonio de Donato, Macrobio en *Sat.* I 6-7, por boca de su contertulio Evángelo, precisa que Virgilio con esa medida

incluso más hondos. García Calvo ha supuesto, citando como paralelo el testamento de Kafka, no sólo insatisfacción ante la propia obra inacabada, sino desesperanza en general acerca de la literatura[35]. Vidal, señalando a su vez en este punto el comportamiento idéntico de Broch con respecto a su magna novela *La muerte de Virgilio*, aventura la posibilidad de que el descontento de Virgilio lo fuera ante una obra que, pretendiendo ser respuesta a los eternos interrogantes del hombre, alcanzaba sólo a ser una perfecta construcción poética[36]. «Ma chi potrà mai —como dice Rostagni— indovinare le vere ragioni della incontentabilità virgiliana?»[37].

Los fieles albaceas publicaron enseguida la obra procediendo con gran respeto y dejando incluso los versos inacabados, tal y como hoy los podemos ver. Sólo —dice Donato (líneas 160-169)— cambiaron entre sí el orden de los libros segundo y tercero y suprimieron los cuatro versos iniciales en que Virgilio se presentaba y aludía a sus obras anteriores (*Ille ego qui quondam*...); esto último repite Servio (*Vita*, líneas 30-64 Brummer) y añade que también apartaron del texto la escena de Helena y Eneas en el libro II (vv. 566-588 de nuestras ediciones). Y en el poema quedaron marcadas, en consecuencia, huellas múltiples de su falta de revisión final[38].

---

querría «salvar su renombre de las afrentas de la posteridad»; más en concreto añade, para gran sorpresa nuestra, que le habría dado vergüenza pensar en el juicio que merecería la lectura del pasaje en el que la diosa pide a su marido armas para un hijo que no había tenido de él.

[35] A. García Calvo, *Virgilio*, Madrid, 1976, pág. 92.

[36] En su citada (en n. 3) «Introducción general a Virgilio», págs. 89-91, y en su colaboración al *Homenaje a A. Fontán* titulada «¿Por que quería Virgilio quemar la *Eneida*, si es que quería?», aún en prensa, y que gracias a la amabilidad de su autor he podido leer.

[37] A. Rostagni, *Storia della Letteratura Latina* II, Turín, 1964, pág. 89.

[38] Véase la lista que ofrece W. A. Camps (*An Introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford, 1969, págs. 127 ss.). J. Perret se esfuerza por dar coherencia a todas estas contradicciones en un deseo de mostrar que la *Eneida*, en realidad, no estaba tan inacabada como suele decirse (*Virgile*, París, 1967, págs. 141-147); su opinión es clara: «il nous est particulièrement impossible de reconnaître en quoi Virgile... aurait pu désirer la rendre plus parfaite» (pág. 147).

La invención de la Eneida. Fuentes y modelos

En el contenido de la *Eneida* interviene el mito —es decir, la leyenda [39] de Eneas propiamente dicha, tradicional, transmitida en numerosas fuentes griegas y romanas, literarias e iconográficas, algunas de ellas de considerable antigüedad, y viva al parecer en el folklore, como dice Dionisio de Halicarnaso (I 49)— y la ficción [40], correctora del mito —es decir, los elementos no tradicionales sino añadidos por el mismo Virgilio, imaginados por él, a partir por lo general de los modelos épicos, para llenar vacíos en la leyenda y para dar viveza al relato—. Como ingredientes más secundarios, ocupa su lugar la historia —el reflejo de la realidad ciertamente acaecida— y la filosofía —a saber, la particular cosmovisión del poeta, su reflexión sobre el hombre y las cosas, el reflejo de su espíritu—.

Acabamos de hablar de «fuentes» de la leyenda y de «modelos épicos». Y no es en balde tal distinción, que ya convenientemente hacen, por ejemplo, K. Büchner [41] y G. D'Anna [42], sino que será de gran utilidad para entender el proceso de gestación de la *Eneida*. Fuentes legendarias y modelos épicos colaboran, de distinta manera, en la escritura de la obra virgiliana: son —por utilizar una etiqueta de penúltima hora [43]— «intertextos» que o bien ofrecen su conteni-

---

[39] Utilizamos aquí la palabra «mito» en su sentido amplio, es decir, englobador de tres tipos de relatos tradicionales: mito, en sentido estricto (a saber, relato sobre dioses o seres sobrenaturales), leyenda o saga (relato sobre personajes humanos relevantes con alguna presencia de lo sobrenatural) y cuento popular (sobre personajes insignificantes, humanos o animales). Sobre lo cual véase A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid, 1975, págs. 7-13.

[40] Para mayor claridad en los conceptos de mito, ficción e historia en cuanto que definidores de un argumento, léanse las palabras de A. Ruiz de Elvira, *ibidem*, pág. 11.

[41] *Virgilio*, Brescia, 1963, trad. it. (= *RE*, VIII, cols. 1021-1493, Stuttgart, 1955), pág. 513.

[42] En la parte correspondiente a «Le fonti» del art. «Eneide» de la *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 282-286.

[43] Sobre el concepto de «intertextualidad», muy rentable en los estudios

do, o bien proyectan su esqueleto formal sobre la materia legendaria, modificándola o ampliándola.

Es la legendaria prehistoria de Roma la materia principal con la que el vate de Mantua construye su epopeya, a saber, la saga de Eneas, el troyano hijo de Anquises, que a raíz de la destrucción de su ciudad por los griegos huyó por mar y después de numerosas peripecias llegó a Italia y, tras una guerra con los indígenas, se estableció en el Lacio [44]. A esto responde el título de *Aeneis* [45]. Tal relato, que era consabido y tradicional en Roma, constaba además, con una gran variedad de versiones y de una forma diseminada (es decir, no todos los elementos de la leyenda están en todas las obras a que seguidamente nos referiremos), en fuentes literarias griegas

---

de literatura comparada, *vid.* C. GUILLÉN, *Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona, 1985, págs. 309-327.

[44] La saga de Eneas, su viaje y sus pruebas, su aventura heroica, en suma, no está exenta de relaciones, en su estructura interna, con el esquema funcional y el reparto de funciones entre personajes que se observa, según los análisis de V. PROPP (*Morfología del cuento*, Madrid, 1977, trad. esp.) en los cuentos populares. Hay un héroe: Eneas; una princesa: Lavinia, el matrimonio con la cual es el objeto último de la aventura; unos donantes: Venus, la Sibila, Anquises, Evandro; unos objetos mágicos, que facilitan la empresa del héroe, como la rama de oro, el escudo ilustrado que le regala Venus a Eneas o incluso la hierba (XII 411-424) que la divina madre trae para curar la herida del protagonista; un adversario en el plano divino: Juno, y otro en el plano humano: Turno, que es el antihéroe. La catábasis de Eneas tiene su paralelo en los cuentos maravillosos y no es, en su esencia, según PROPP, sino el eco de antiquísimos rituales de iniciación (cf. *Las raíces históricas del cuento*, Madrid, 1974, trad. esp., *passim*). Ha aplicado entre nosotros estas categorías a la épica latina M. D. N. ESTEFANÍA en su estudio *Estructuras de la épica latina*, Madrid, 1977. Es este un aspecto muy interesante de la epopeya virgiliana, que no es posible abordar aquí con la debida profundidad.

[45] SERVIO (*ad Aen.* VI 752) indica que le fue dado también por algunos el título de *Gesta populi Romani*, sin duda atendiendo al elemento histórico presente en la obra; pero dicho elemento, absolutamente minoritario, no justifica de ningún modo un título como ése y tiene razón el escoliasta al considerar indebido el cambio: *quia nomen non a parte sed a toto debet dari.*

y latinas, poéticas y prosaicas, de las que Virgilio se hubo de servir: la *Ilíada*, el *Himno homérico* V, dedicado a Afrodita, Hesíodo, Estesícoro, Helanico, Sófocles, Licofrón, Nevio, Ennio, Catón y demás analistas, Varrón, y algunos otros nombres de segunda fila [46].

No hay ninguna variante a la que, ya en las fuentes más antiguas, se da como genealogía de Eneas: hijo de Venus y Anquises, nieto, por tanto, por parte mortal, de Capis, biznieto de Asáraco, tataranieto de Tros, y descendiente de Erictonio, de Dárdano, y en último lugar de Júpiter, que fue padre de Dárdano por la atlántide Electra. Así consta en varios pasajes homéricos (*Il.* II 820; V 247 y 313; XX 208, en este último con toda precisión sobre los ascendientes), en la *Teogonía* hesiódica, 1008 ss., y de un modo especial en el *Himno homérico a Afrodita*, donde se cuenta el amor que la diosa concibió por el mortal Anquises, pastor de vacas en el monte Ida, y la feliz consumación de ese amor en la cabaña pastoril (vv. 155-165). Y después de la unión, dice el poeta hímnico que la diosa despertó al pastor y le profetizó —como suele ser tópico en la mitología y en el folklore con ocasión del nacimiento de un niño— acerca del hijo que nacería de ambos, con unas palabras que a nin-

[46] Sobre este tema damos una selección bibliográfica: J. A. Hild, «La légende d'Énée avant Virgile», *Revue d. Hist. Rélig.* 6 (1882), 41-79; E. Wörner, *Die Sage der Wanderungen des Aeneas bei Dionysos von Hal. und Vergilius*, Leipzig, 1882; y «Aineias» en Roscher, *Lexikon der griech. und röm. Mythologie*, I, Leipzig, 1884-1886, col. 157-191; C. Pascal, «Enea traditore», *Riv. di Fil. e d'Istr. Class.* 32 (1904), 231-236; J. Perret, *Les origines de la légende troyanne de Rome,* París, 1942; V. Ussani, «Enea traditore», *Studi Ital. di Fil. Class.* 22 (1947), 109-123; G. K. Galinsky, *Aeneas, Sicily and Rome*, Princeton, 1969; J. Perret, «Rome et les Troyens», *Rev. des Ét. Lat.* 49 (1971), 39-52; T. P. Wiseman, «Legendary Genealogies», *Greece & Rome* 21 (1974), 153-164; A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa usque ad Iliam», *Cuad. de Fil. Clás.* 19 (1985), 13-34; N. Horsfall, «Enea: la leggenda di Enea», en *Enc V.* II, Roma, 1985, págs. 221-229; G. D'Anna, «Eneide: le fonti», en *Enc. V.* II, págs. 282-286, y la bibliografía allí citada; J. N. Bremmer-N. M. Horsfall, *Roman Myth and Mythography*, Londres, 1987, págs. 12-24; y Ruiz de Elvira, «Dido y Eneas», *Cuad. de Fil. Clás.* 24 (1990), 77-98.

gún lector de la *Biblia* y los *Evangelios* resultarán completamente ajenas:

Anquises, el más glorioso de los hombres mortales, ten ánimo y nada temas en tu corazón en demasía. Pues no hay temor de que vayas a sufrir mal alguno, al menos de parte mía ni de los demás Bienaventurados, pues en verdad eres amado de los dioses. Tendrás un hijo que reinará entre los troyanos y les nacerán hijos a sus hijos sin cesar. Su nombre será Eneas, porque terrible es la aflicción que me posee por haber venido a caer en el lecho de un varón mortal (vv. 192-199) [47].

He aquí anunciado el destino de Eneas, cuyo cumplimiento plasmará Virgilio [48] y del que también había ya constancia en Homero [49]. En efecto, en *Ilíada* XX 307-308, el dios Posidón, dispuesto a salvar a Eneas de los golpes de Aquiles, aduce como razón lo dispuesto por el hado:

Pues el Cronión ya ha aborrecido de la estirpe de Príamo, y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos, igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan [50].

Palabras de las que Virgilio se hace eco, no sólo presentándolas cumplidas, sino además textualmente en la profecía de Apolo en Delos, según los versos 97-98 del libro III:

---

[47] La traducción es de A. Bernabé (en *Himnos homéricos. La Batracomiomaquia*, Madrid, 1978, pág. 194).

[48] Cf. A. Ruiz de Elvira, «Anquises», *Anales de la Universidad de Murcia* 20 (1961-62), 95-109, en especial pág. 97: «bien puede asegurarse que el himno ha tenido que ser fuente primordial para Virgilio no ya sólo en el sublime libro II de la *Eneida* sino en el poema entero, al menos en cuanto este himno ofrecía a Virgilio la mejor condensación de las ideas de Homero sobre la estirpe anquisiada y por ende el mejor punto de arranque para la investigación y elaboración poética de la entera leyenda eneáda de Roma».

[49] Existe una versión (cf. A. Ruiz de Elvira, *ibidem*, pág. 102), la de Acusilao, mencionada en *schol. Il.* XX 307, según la cual Afrodita se unió a Anquises no por amor sino porque conocía el destino que aguardaba a los descendientes de éste, una vez aniquilado el poder de los Priámidas.

[50] La traducción es de E. Crespo (*Homero. Ilíada*, Madrid, 1991, pág. 511).

hic domus Aeneae cunctis dominabitur oris
et nati natorum et qui nascentur ab illis[51].

En cuanto al viaje de Eneas, el primero en testimoniar su partida de Troya, y además ya con dirección a Italia, es Estesícoro[52] en su *Iliupersis* allá a principios del siglo VI a. C., según se deduce de la llamada *Tabula Iliaca Capitolina* (datable entorno al 15 a. C.), sobre la cual se representa a Eneas en el Sigeo, presto para embarcar, en compañía de su padre Anquises, que lleva las imágenes de los dioses en un pequeño templete, su hijo Ascanio y el trompetero Miseno, estando la escena glosada con las siguientes palabras en griego: «Eneas con los suyos cuando se embarcó para Hesperia» y añadiéndose «según la *Iliupersis* de Estesícoro».

---

[51] Hay, no obstante, una serie de datos tradicionales sobre Anquises y Eneas, de los que Virgilio prescindirá en su epopeya por ser inoperantes o incluso contrarios a su propósito laudatorio del héroe. Así, por ejemplo, tenemos noticias sobre la crianza y educación del héroe en el mismo *Himno homérico* (vv. 256-280) y en el *Cinegético* de JENOFONTE (I 2): en la profecía de Venus a Anquises, según el *Himno homérico*, se cuenta cómo el hijo sería criado por las ninfas de los montes hasta que llegara a la juventud y entregado posteriormente a su padre; Jenofonte informa además que Eneas fue alumno del centauro Quirón. Ni Homero ni Virgilio aluden a la esposa mortal de Anquises, de la que sí que hay constancia en los saturnios del *fr.* 4 MOREL de Nevio, donde se habla de las esposas de Eneas y de Anquises (lo aclara el escolio serviano *ad Aen.* III 10) saliendo de la ruina de Troya, veladas para no ser reconocidas y vertiendo abundantes lágrimas. Dicha esposa se llamaba Eriopis y era hija de Feres, según el tardío testimonio de *schol. ad Il.* XIII 429 y Hesiquio, *s. v.*, que sin duda derivaba de la antigua tradición. En la *Ilíada* se habla también de una hermana de Eneas, lógicamente sólo de padre, la primogénita de Anquises, Hipodamía, «a quien el padre y la veneranda madre amaban cordialmente» (XIII 428), casada con un tal Alcátoo, hijo de Esietes, que muere a manos de Idomeneo. De Anquises y de la propia Venus es hijo, además de Eneas, según APOLODORO, *Bibl.* III 12, 2, 3, un tal Lirno, fundador de Lirneso. De todos estos familiares y pormenores no se hará mención alguna en la *Eneida*, y Anquises aparece ya como anciano patriarca sin más familia que su hijo.

[52] Cf. A. RUIZ DE ELVIRA, «Ab Anchisa usque ad Iliam», *Cuad. de Fil. Clás.* 19 (1985), 13-34, esp. 15-18.

Sobre las diferentes escalas y peripecias comprendidas en el viaje hasta llegar al Lacio y asentarse en el país, existía una gran variedad de versiones que Virgilio hubo de examinar a fondo, realizar entre ellas una no fácil labor de criba y selección y, en definitiva, como sintetiza P. Grimal [53], «ordenar el desorden». Tito Livio, que se había referido a ese viaje de Eneas en su libro I (publicado con los cuatro siguientes muy probablemente entre el 27 y el 25 a. C. [54], años en que Virgilio desarrollaba su labor de *inventio* o búsqueda de fuentes para su argumento), esquematizaba demasiado la tradición anterior y reducía a sólo dos las escalas previas a su llegada al Lacio: Macedonia y Sicilia; su resumen, sin duda, fue conocido por Virgilio y decía así (I 1):

Un primer punto comúnmente aceptado es que, después de la conquista de Troya, hubo una cruel persecución contra la generalidad de los troyanos. Sólo a dos, Eneas y Anténor, en virtud de un antiguo pacto de hospitalidad y por haberse mostrado siempre partidarios de la paz y de la devolución de Helena, ahorraron los Aqueos la rigurosa aplicación de las leyes de la guerra... (a continuación se cuenta la historia de Anténor)... A Eneas mismo el desastre lo convirtió en fugitivo, pero el destino le conducía a iniciar mayores empresas. Primero llegó a Macedonia; desde allí, fue arrastrado a Sicilia, buscando un asentamiento; desde Sicilia, con su escuadra, alcanzó el territorio Laurente. Troya es también el nombre de este lugar. Desembarcados allí los Troyanos que, al término de una emigración casi inacabable, no conservaban más que las armas y las naves, empezaron a saquear el país... [55].

En este breve informe consta otra vez la misión especial que aguardaba a Eneas; y, como luego en el v. 2 de la *Eneida* (*fato profugus*), el destino y el destierro del héroe se dan la mano (*profugum sed ad maiora rerum initia ducentibus fatis*).

[53] *Virgile ou la seconde...*, cit. (en n. 7), pág. 186.

[54] Cf. A. Sierra de Cózar, «Intr. a T. Livio», págs. 27-28 (en *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación, libros I-III*, Madrid, 1990).

[55] La traducción es de A. Fontán, *Tito Livio. Historia de Roma*, I, Madrid, 1987, págs. 4-5.

Al contrario, el relato de Dionisio de Halicarnaso [56] sobre el itinerario de Eneas, publicado con doce años de posterioridad a la muerte de Virgilio, era mucho más prolijo y testigo de la enmarañada tradición (I 47 ss.), con la que también Virgilio había tenido que enfrentarse:

Pero acerca de la llegada de Eneas a Italia, ya que algunos historiadores la han ignorado y otros lo han contado de diferente forma, quiero tratar y no de pasada, sino habiendo comparado las historias de los griegos y los romanos de más garantía. Los relatos sobre él son los siguientes... [57]

Y a continuación cuenta que Eneas en la toma de Troya se refugió primero en la fortaleza de Pérgamo, con un grupo de resistentes, y luego escapó con gran número de gente al Ida «llevando sobre las mejores carretas a su padre, a los dioses ancestrales, a su mujer, a sus hijos...», que se le unieron fugitivos de ciudades vecinas de la Tróade y que los griegos, no obstante, dispuestos a someter los alrededores de Troya, hicieron un pacto con él permitiéndole huir si entregaba sus plazas fuertes; así lo hizo Eneas dejando a su hijo Ascanio con una parte de sus tropas en la región de la Dascilítide; éste es, según Dionisio «el relato más fiable sobre la huida del héroe y en el que se basó para sus *Troica* Helanico» (*FGH* 4F31), y, tras haber sentado la que él cree mejor versión, ofrece una lista de relatos de menor garantía («pero que cada lector juzgue como le parezca», añade en I 48, 1), entre los cuales pone en primer lugar el testimonio de Sófocles en su *Laocoonte*, quien había presentado a Eneas huyendo al monte Ida, antes de que la ciudad fuera tomada, con su padre Anquises sobre los hombros y siguiendo las advertencias de éste, quien había pronosticado la destrucción de la ciudad, aleccionado a su vez por Afrodita; sigue luego con la versión, denigratoria para el héroe virgiliano, de Menécrates de Janto, que testimoniaba cómo «Eneas entregó la ciudad a los aqueos por enemistad

[56] Cf. D. Musti, «Dionisio di Alicarnasso», en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 83-86. Su obra histórica en 20 libros se publicó en el 7 a. C.

[57] Para éste y otros pasajes ofrecemos la traducción de E. Jiménez y E. Sánchez, Madrid, 1984.

hacia Alejandro, y que por este beneficio los aqueos le permitieron salvar a su familia» (I 48, 3). En medio de este haz de variantes, dice el historiador griego: «Hay quienes cuentan su salida de forma más fabulosa» (I 48, 4), donde es posible que señale a Virgilio, al que nunca nombra explícitamente, bien que debía conocer su obra [58]. Sigue haciendo constar cómo unos tales Cefalón de Gergis y Hegesipo relatan que Eneas llegó a Tracia y allí murió; que otro tal Arieto y Agatilo testimoniaban la estancia del héroe en Arcadia. Y por fin nos ofrece un itinerario de múltiples estaciones (I 49, 4 - I 53, 3), fundado en las huellas monumentales y arqueológicas que denunciaban el paso de los troyanos (nombres de ciudades relacionadas con Eneas, templos a Afrodita, etc.): Palene en Tracia, isla de Delos, Citera, promontorio Cinecio en el Peloponeso, Arcadia, Zacinto, Léucade, Accio, Ambracia, Butroto en el Epiro, Dodona, Yapigia en el sur de Italia, Sicilia, puerto Palinuro ya en la costa oeste italiana, isla de Leucosia, cabo Miseno, isla de Prócita, promontorio de Cayeta y, finalmente, Laurento, donde construyeron un fortín llamado Troya. Más adelante (I 72, 2) añade Dionisio el testimonio de Helanico, según el cual fueron Eneas y Ulises conjuntamente los que fundaron Roma (*FGH* 4F84).

Antes de que aflorara literariamente la tradición —por primera vez en Fabio Píctor— sobre los reyes de Alba, cadena intermedia entre Eneas y el fundador de Roma, hubo una mayor vinculación, por mayor proximidad cronológica, entre el prófugo troyano y los orígenes de la Urbe. Una serie de historiadores griegos (Alcimo, Cefalón, Demágoras, Agatilo, etc.) hablaban de Eneas o de alguno de sus hijos como tales fundadores [59], y el mismo Salustio, en el cap. 6 de su monografía sobre Catilina, refiere esta versión.

---

[58] Cf. al respecto el juicio de Ruiz de Elvira: «Con este menosprecio hacia Virgilio (s. e. el de algunos autores con respecto al tema de Dido) coincide, tácitamente, pero el primero de todos, Dionisio de Halicarnaso, que en su largo relato de los viajes de Eneas... no menciona para nada a Virgilio, ni a la Eneida» («Dido y Eneas», art. cit. en n. 46, pág. 80).

[59] Cf. A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa...», art. cit. (en n. 46), págs. 16-17. Sobre variantes en torno al origen de Roma, *vid.* M.ª D. Castro, «El *De verborum significatione* de Pompeyo Festo y Pablo Diácono, como

Entre el escueto relato de Livio y el sumamente prolijo de Dionisio se sitúa, como puede verse, la narración poética de Virgilio, que hubo de conocer todos esos testimonios citados por el griego, rechazar unos, elegir otros, reducir lo múltiple y desarrollar lo simple, según un proceder no estrictamente historiográfico ni mucho menos. Rechazó, naturalmente, como contraria a su propósito, la versión de Eneas traidor, y no sólo dejándola de lado sino haciendo que su héroe la desmintiera con juramento (*En.* II 431-434):

Iliaci cineres et flamma extrema meorum,
testor, in occasu vestro nec tela nec ullas
vitavisse vices, Danaum et, si fata fuissent
ut caderem, meruisse manu [60].

Y desechó también la versión de Helanico [61], según la cual Eneas fundó Roma en alianza con Ulises; no sólo porque a lo largo de la tradición analística se había ya establecido entre la llegada de Eneas y la fundación de Roma, en atención a una más coherente cronología, todo un período intermedio llenado con la lista variable de los reyes de Alba [62], sino además, porque el héroe troyano no podía compartir su protagonismo, y menos, evidentemente, con un personaje en el que Virgilio, siguiendo precedentes de la lírica arcaica y la tragedia griega, veía sobre todo valores negativos [63].

---

fuente de la mitología romana», *Actes del IXè. Simposi de la Secciò Catalana de la SEEC*, I, Barcelona, 1991, págs. 181-189. En relación con Ilia, *vid.* A. López Fonseca, «Ilia / Rea Silvia. La leyenda de la madre del fundador de Roma», *Est. Clás.* 100 (1991), 43-54.

[60] «Ilíacas cenizas y llama postrera de los míos, os pongo por testigos de que, en vuestra ruina, no evité ni los dardos ni lance alguno y que hice méritos para caer a mano de los dánaos, si mi sino hubiera sido que cayera».

[61] Cf. A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa usque ad Iliam», art cit. (en n. 46), pág. 16.

[62] Cf. M.ª C. García Fuentes, «Eneas, Ascanio y los reyes de Alba», *Hispania Antiqua* 2 (1972), 21-34, y A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa...», págs. 24-25.

[63] Cf. M. Martorana, *Ulisse nella letteratura latina*, Palermo-Roma, 1926, págs. 81-90, y W. Stanford, *The Ulysses Theme. A study in the Adaptabi-*

Como también más sencilla que la de Dionisio, pero remontándose a algunas otras fuentes de las que Virgilio tuvo que ser conocedor, es la relación sobre el peregrinar de Eneas que se lee en la ya tardía *Origo gentis Romanae*, atribuida a Aurelio Víctor, obra en la que al mismo tiempo se denuncia la presencia de Virgilio. Dice así (cap. 9 ss.):

Eran los tiempos en que, después de Fauno, reinaba en Italia Latino, hijo suyo. Eneas, una vez entregado Ilio a los aqueos por Anténor y otros príncipes, como saliera de noche llevando por delante de él a los dioses Penates, en sus hombros a su padre Anquises y agarrando de la mano a su hijo pequeño, fue reconocido al amanecer por los enemigos; mas por el hecho de ir cargado con tan gran fardo de piedad no sólo no fue molestado por ninguno de ellos, sino que incluso le fue concedido por el rey Agamenón marchar adonde quisiera, y se dirigió al monte Ida; y allí, tras construir unas naves, emprendió el camino de Italia por consejo de un oráculo en compañía de muchos de uno y otro sexo, según cuenta Alejandro Efesio en el primer libro de su *Guerra Mársica*. Pero en cambio Lutacio informa de que no sólo Anténor fue traidor a su patria, sino también el propio Eneas; habiéndole concedido el rey Agamenón marcharse adonde quisiera y llevarse sobre los hombros lo que considerara de mayor importancia, cuenta que ninguna otra cosa se llevó él sino los dioses Penates, a su padre y a sus dos hijos pequeños, según dicen algunos, o uno, como quieren otros, que se llamaba Julo y después Ascanio; sigue diciendo que los príncipes de los aqueos, conmovidos por su piedad, le permitieron que volviera a su casa y que se llevara consigo todo lo que quisiera; y así, partiendo de Troya con sus riquezas y muchos compañeros de uno y otro sexo, tras recorrer el ancho mar y pasar por diversas comarcas llegó a Italia, pero antes había ido a parar a Tracia y fundado Aeno, llamándola a partir de su propio nombre; después, conocida la traición de Poliméstor a raíz de la muerte de Polidoro, partió de allí y llegó a la isla de Delos, donde se unió en matrimonio a Lavinia, hija de Anio, sacerdote de Apolo, por cuyo nombre recibieron el suyo las playas Lavinias; una vez que recorrió muchos mares y arribó al promontorio de Italia que está en el campo de Bayas, cerca del lago Averno, sepultó allí al timonel Miseno, que había muerto de enfermedad; de

lity of a Traditional Hero, Oxford, 1954, págs. 128-137. Pero véase lo que decimos más adelante a propósito del «punto de vista» en la *Eneida* en relación con Ulises.

cuyo nombre la ciudad de Miseno recibió el suyo, como también escribe César en el libro primero de sus Pontificales, que, no obstante, dice que este Miseno no era el timonel, sino el trompetero; por lo cual, no arbitrariamente, Marón, siguiendo una y otra versión, dijo lo siguiente:

Pero el pío Eneas un sepulcro de enorme mole
le levanta y pone sobre él sus armas, remo y trompeta.

Aunque, siguiendo a Homero, algunos aseguran que el uso de la trompeta les era desconocido todavía en aquellos tiempos a los troyanos.

Añaden además ciertos autores que Eneas enterró en aquella playa a la madre de un tal Euxino, compañero suyo, agotada por la edad, en las cercanías de un lago que hay entre Miseno y el Averno, y que por eso el lugar recibió su nombre; y al enterarse de que allí mismo la Sibila profetizaba el futuro a los mortales en una ciudad que se llamaba Cimbarionis, fueron a ella para informarse del estado de su fortuna, y el destino que intentaba conocer le prohibió sepultar en Italia a su parienta Prócita, unida a él por consanguineidad, a la que había dejado sana y salva; y cuando volvió a la flota y la encontró muerta, la enterró en una isla cercana, que hasta hoy tiene ese nombre, según escriben Vulcacio y Acilio Pisón; partiendo de allí, llegó al lugar que ahora se llama puerto de Cayeta por el nombre de su nodriza, a la que, habiéndola perdido, allí mismo sepultó; pero César y Sempronio dicen que «Cayeta» era un apodo, no su nombre, que se lo habían puesto porque por consejo y sugerencia suya las matronas troyanas, cansadas de la larga navegación, incendiaron allí mismo la flota, siendo griega esta designación ἀπὸ τοῦ καίειν («a partir de la acción de quemar»), pues καίειν significa «incendiar»; desde allí arribó, junto con su padre Anquises y su hijo, a la comarca de Italia que fue llamada Laurente por el arbusto de esa clase, en los tiempos en que Latino reinaba allí, y desembarcando de las restantes naves de los suyos, se acomodaron en la playa y una vez que se comieron lo que tenían de provisiones, devoraron incluso la torta de las «mesas» de harina que, siendo sagradas, llevaban consigo...

He ahí los nombres de otros autores, no citados por Dionisio ni por Livio, que Virgilio hubo de considerar para elaborar su argumento: Alejandro Efesio (escritor griego que parece haber sido contemporáneo de Cicerón [64]), Lutacio Cátulo (el famoso poeta preneo-

[64] Cicerón lo nombra, en efecto, como mal poeta y hombre descuidado, y aún así no inútil, en dos cartas a Ático (*ad Att.* II 22, 7, y II 20, 6), ambas del mes de julio del año 59. Pero quien más datos ofrece es Estrabón

térico, también historiador), César en sus *Pontificales* (no César el dictador, según parece, sino un familiar suyo, Lucio Julio César, cónsul en el 64), Vulcacio Sedígito (erudito, conocido como crítico literario y poeta, contemporáneo de Lutacio Cátulo y Porcio Lícino), Acilio Pisón (identificable con el analista C. Acilio, que escribió en griego su obra en la huella de Fabio Píctor y Cincio Alimento, seguramente el mismo senador que en el año 155 hizo de intérprete para la curia de la famosa embajada de los tres filósofos griegos Carnéades, Critolao y Diógenes) y Sempronio Tuditano (cónsul vencedor de los histrios en el 129, autor también de obras histórico-jurídicas) [65]. Respecto al detalle de la quema de las naves por las mujeres troyanas, que constaba en esa noticia de los *Pontificales* y en Sempronio Tuditano, atribuyendo la iniciativa a Cayeta y situándolo en el litoral de este nombre, y acerca del cual hay alguna otra variante, es claro que Virgilio operó un cambio sobre el dato tradicional: lo adelantó a la escala siciliana [66].

(XIV 1, 25), sin más cronología que decir que es uno de los más recientes (sin decir en cuanto tiempo) entre los varios ciudadanos ilustres de la ciudad de Éfeso como Hermodoro, Heráclito, Hiponacte y los pintores Parrasio y Apeles. Además de su obra *Bellum Marsicum*, citada en la *Origo*, dejó también, dice Estrabón, composiciones en verso sobre astronomía, y una obra prosística sobre los continentes, en la que a la descripción de cada uno de los tres conocidos precedía un poema. Agradezco a don Antonio Ruiz de Elvira la información sobre este autor.

[65] A propósito de la fiabilidad de todas estas citas de autores en la *Origo*, puesta en duda en el siglo XIX por Niebuhr, Jordan y Peter, entre otros, véanse las palabras de Ruiz de Elvira en su artículo «Ab Anchisa...», pág. 34. Dichos testimonios no tienen por qué estar más sujetos a duda que los que sirven de apoyo a otros muchos autores como Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco o Servio.

[66] Que el incendio de las naves se produjo ya en el Lacio por mujeres troyanas, incitadas por una tal Roma, que estaban cansadas de la navegación, constaba en Helanico (*FGH* 4F84), según Dionisio (I 72, 2), y también en Damastes. Más o menos igual, aunque referido a las cautivas troyanas que venían con los griegos, en Aristóteles, según el mismo Dionisio, noticia que Festo refiere (págs. 266-269 Müller) a Heraclides Lembo.

En cuanto a la tempestad que sufren los troyanos al partir de Sicilia (*En.* I 81-156), estaba ya testimoniada en el poema épico de Nevio, como nos informa Macrobio (*Sat.* VI 2, 31), e igualmente la posterior queja de Venus a Júpiter y las palabras del dios supremo consolándola con la esperanza de lo porvenir. Ningún otro texto anterior, que nosotros sepamos, la contiene. Ésta es, pues, la fuente, aunque en la elaboración del pasaje son manifiestos los añadidos y es seguro que se ha tenido en cuenta también el modelo homérico de *Od.* V 291-425 (que, por otra parte, también sirvió sin duda de modelo a Nevio para su correspondiente tempestad) [67].

Ciertas innovaciones operadas por Virgilio con respecto a la versión tradicional del viaje (aunque siempre cabrá la duda de si realmente lo son o más bien se deben a fuentes y tradiciones que no han llegado a nosotros) parecen tener su fundamento precisamente en los modelos épicos. Así, el episodio de las Harpías y la escala en las islas Estrófades (III 209 ss.) no tiene otra justificación que un deseo de imitar a Apolonio de Rodas (*Argon.* II 218 ss.). El paso de Eneas y los suyos por la costa de los Cíclopes obedece al deseo de vincularse con el itinerario de Ulises. Acerca del encuentro con Aqueménides, nos parece ingeniosa y convincente la propuesta de Setaioli [68], quien considera que este compañero del itacense no es sino una transmutación (como lo sería también, según él, la figura de Sinón) del propio Ulises, no ya el homérico, sino especialmente aquel que, según Helanico, fundó Roma junto con Eneas: Virgilio, al hacer que su héroe recogiera a este griego perdido y lo llevara consigo hasta el Lacio (aunque el poeta ya no vuelve a hablar de él para nada), estaría reflejando de modo indirecto la versión de aquella fundación conjunta, grecotroyana, de Roma.

Otra importante innovación virgiliana, presente a fines del libro III, es la tan temprana muerte de Anquises en Drépano (Sicilia),

[67] Cf. nuestro estudio «Tempestades épicas», *Cuad. de Inv. Fil.* 14 (1988), 125-148, esp. págs. 125-127.

[68] En una conferencia titulada «Ulises en la *Eneida*», impartida en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, el 18 de marzo de 1991.

que hasta ese momento había compartido con su hijo el caudillaje de la expedición; según la versión *vulgata* que constaba en Nevio y Ennio, Anquises llegaba vivo hasta el Lacio en compañía de Eneas. ¿Por qué el poeta lo ha eliminado tan pronto? Ésta es una cuestión que ya se plantearon los antiguos comentaristas, y Servio (*ad Aen.* III 711) la respondía diciendo que, de ese modo, el padre no tuvo que presenciar ni andar entrometido en los poco honrosos amores de su hijo Eneas con Dido; o lo que es lo mismo: Anquises en la aventura cartaginesa habría desempeñado muy mal papel, Virgilio no habría sabido qué comportamiento darle [69]. Pero esta respuesta no parece la más adecuada. Más razonable es, en mi opinión, la suposición de E. Flores [70]: sólo con la muerte del *pater* Anquises, Eneas se pudo convertir en el guía único de los suyos, en el *pater* Eneas; obrando de esta manera Virgilio obedecía a un designio literario de engrandecimiento y singularidad de su héroe. Concerniente a Anquises hay otro caso de transmutación virgiliana de los datos tradicionales con un evidente propósito literario: la capacidad profética o adivinatoria que las fuentes previrgilianas atribuían al padre de Eneas (Nevio, fr. 13a Morel, y Ennio, *Ann.* I, fr. 14 Vahlen) no aparece en Virgilio por ninguna parte, e incluso el Anquises virgiliano se equivoca al interpretar la voluntad de los dioses (así en el caso de la estancia en Creta, que en un primer momento creyó meta definitiva: *En.* III 102-117); entiendo que con tal desvío ha querido el poeta concentrar en el Anquises muerto dicha capacidad reveladora del destino, de la que previamente había despojado al Anquises vivo; de lo cual depende otro dato más, innovado por el autor de la *Eneida*: adivinación y ceguera son dos elementos que van generalmente asociados en las leyendas clásicas, y el Anquises adivino de

[69] Modernamente acepta esta explicación I. LANA, *La poesia di Virgilio*, Turín, 1983, pág. 145.

[70] «Anchise» en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 158-160: «Conservare in vita A., avrebbe significato per V. la pratica impossibilità di sviluppare il personaggio Enea; solo la morte del *pater Anchises* consente a Enea di essere a sua volta un *pater* (3, 716) con pieni poteri militari, politici e religiosi, consente sopratutto a V. di scrivere il poema di Enea» (pág. 160).

la tradición, según testimonia Servio (*ad Aen.* I 617-618), está privado de la vista, como castigo de Júpiter por haberse gloriado de sus amores con Venus [71]; en Virgilio, aun con mención de un castigo de Júpiter (*En.* II 647 ss.), Anquises goza, al revés, de una vista estupenda (p. ej. en II 732-733: *genitorque per umbram / prospiciens*), no por otra razón posiblemente sino como secuela de esta eliminación de su capacidad adivinatoria.

La principal divergencia de Virgilio con respecto al itinerario más tradicional radica en el episodio de Dido y en la escala cartaginesa de Eneas después de la tempestad y el naufragio. Aunque, a pesar de la afirmación de Macrobio a que luego aludiremos, no podemos negar por completo a este episodio su carácter tradicional. No es en absoluto seguro que Virgilio *motu proprio* y sin apoyo en fuentes anteriores lo inventara. Como tampoco lo es que ya constara en el *Bellum Poenicum* de Nevio [72], donde (fr. 23 Morel) alguien (sin que conste el sujeto) pregunta a otro alguien (tampoco es seguro que sea el mismo Eneas) «cariñosa y sabiamente de qué manera Eneas abandonó Troya» (*blande et docte percontat Aenea quo pacto / Troiam urbem liquerit...*); la persona que inquiere bien podría, en efecto, ser Dido, por paralelismo con la *Eneida*, máxime si se tiene en cuenta que Nevio sí hablaba de la reina cartaginesa, por lo menos (cf. fr. 6 Morel) para afirmar que, al igual que su hermana Ana, ella era hija de Belo, alusión que muy probablemente se insertaba en un excurso sobre Cartago, completamente natural en una obra sobre la guerra púnica; y hasta incluso, de ser así, podría haber dado lugar con su pregunta a un relato retrospectivo de Eneas acer-

---

[71] En otras fuentes (Higino, *Fab.* 94, Sófocles, *Laocoonte* en Dionisio de Halicarnaso I 48, 2 y el propio Virgilio, *En.* II 647-649) se habla de que Júpiter lo castigó enviándole un rayo, dándose a entender —en Sófocles y en Virgilio— que sufrió una parálisis a consecuencia de ello. Sobre el castigo de Anquises, cf. A. Ruiz de Elvira, «Anquises», art. cit. (en n. 48), págs. 96-109.

[72] Cf. A. Ruiz de Elvira, «Dido y Eneas», art. cit. (en n. 46), págs. 96-97. Cf. la opinión, p. ej. de Büchner, *op. cit.* (en n. 41), pág. 518, en sentido contrario, es decir, inclinándose a favor de Nevio como precedente de Eneas en este punto.

ca de la toma de Troya, semejante al que tenemos en el libro II de la *Eneida*, que hasta le hubiera podido servir de fuente a Virgilio; pero nada se puede afirmar con seguridad, y pudiera tratarse también de cualquier otro personaje de los muchos con los que se tropezó Eneas en su ruta. Sí que parece, no obstante, que por los años en que Virgilio comenzó a escribir la *Eneida*, el tema de los amores de Dido y Eneas era de cierta actualidad, como deduce Ruiz de Elvira del examen de los datos [73]. Pues consta en Varrón, según testimonio de Servio en *ad. Aen.* IV 682 y V 4, que de Eneas se había enamorado no Dido, sino su hermana Ana, y que por amor a él se había suicidado en la pira; eso supone, según este autor, por lo menos una estancia de Eneas en Cartago y una sincronía con Dido [74], y además, según esta versión alternativa se explicarían aquellas enigmáticas palabras de Dido a su hermana (IV 420-423) en las que, tal vez cediendo Virgilio a esa peculiar costumbre suya de aludir a la versión desechada, una vez que previamente ha seguido otra distinta, se dice aquello de «pues sólo a ti respetaba aquel traidor, e incluso te confiaba sus íntimos sentimientos, sólo tú conocías el mejor modo y momento de abordarlo». Pero además, en apoyo de esa actualidad del tema allá por el año 30 y 29 a. C., hay que referirse a la obra de un escritor griego afincado en Roma, Lucio Ateyo Pretextato, titulada *An amaverit Didun Aeneas*, citada por Carisio (*Art. gram.* I 127 Keil), y probablemente publicada en Roma pocos años antes de que Virgilio comenzara a trabajar en su epopeya [75].

No obstante todo lo cual Macrobio en sus *Saturnales* (V 17, 4-5) dictamina, o mejor dicho, hace decir a uno de los contertulios que, siguiendo la ficción de un diálogo, intervienen en su obra, que Virgilio en lo referente a Dido y Eneas imitó de manera puntual los amores de Jasón y Medea según Apolonio y que llevó a cabo su imitación con tal elegancia que la narración de Dido apasionada, «que

[73] *Ibidem*, págs. 80-81.

[74] Sobre el problema de ajuste cronológico entre Eneas y Dido, *vid.* Ruiz de Elvira, *ibidem*, págs. 77-79.

[75] Razones y fundamentos precisos de esta cronología *vid.* en Ruiz de Elvira, *ibidem*, págs. 80-81.

todo el mundo conocía como falsa» (*quam falsam novit universitas*), pasó como verdadera a través de los siglos y de tal manera fue creída que no hay tema más usado por artistas, comediantes y tapiceros. ¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo es que hay datos que nos orientan a una presencia de Eneas en Cartago en fuentes romanas previrgilianas, y encontrado con esos datos el testimonio de Macrobio que nos asegura la falsedad de esa narración? No hay otro modo de interpretar esta aparente contradicción, creo yo, sino pensar que Macrobio concede autenticidad a la versión contraria, y llama falsa a ésta a pesar de que ya constara en otras fuentes anteriores a la *Eneida*. Macrobio cuenta posteriormente cómo la versión más histórica y auténtica sobre Dido, aquella que —según sabemos, pero Macrobio no lo dice— estaba ya, más de dos siglos antes de Virgilio, en el historiador Timeo (*FGH* 566F82) [76], era la de que Dido se mantuvo siempre casta y fiel a la memoria de su primer esposo y se suicidó para no acceder a las insistentes demandas de matrimonio por parte del rey de los libios, sin que haya en el fragmento referencia ninguna a Eneas; dicha versión aparece más tarde (sin polémica ninguna con la otra versión, que ni menciona) en el resumen que hizo Justino de las *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo, contemporáneo de Virgilio, cuya obra no se ha conservado, y a lo largo de toda la Antigüedad, e incluso más adelante [77], hay ecos literarios de la polémica entablada entre las dos versiones.

De todo ello deducimos que, si bien Virgilio contó acaso con el fundamento de otras fuentes para llevar a Eneas a Cartago y ante Dido, también es cierto que la leyenda más universalmente aceptada se vio en su obra modificada por el influjo modélico de un episodio —ajeno en cuanto a su materia— de la obra de Apolonio; detalles

[76] Detalles interesantísimos sobre este fragmento, especialmente en lo que concierne a su deficiente transmisión, en Ruiz de Elvira, «Dido y Eneas», págs. 81-83. Detalles todos ellos completados en el estudio del mismo autor «Timeo en El Escorial», que aparecerá como capítulo de su libro *Silva de temas clásicos y humanísticos*, en prensa.

[77] Véase lo que decimos más abajo a propósito de la pervivencia de este tema en la literatura española, y para una detallada información, cf. M.ª R. Lida de Malkiel, *Dido en la literatura española*, Londres, 1974.

como el de la cueva en que Jasón y Medea celebran su boda y consuman su matrimonio (*Argon.* III 1128 ss.) se mantienen en el texto virgiliano: en efecto, también los amantes de Cartago se unen por primera vez en una cueva (*En.* IV 165-172). Pero el pasaje de Apolonio no es el único «intertexto» que colabora a la creación del supremo libro IV de Virgilio, y la afirmación de Macrobio en el sentido de que *librum Aeneidos suae quartum totum paene formaverit ad Didonem vel Aenean amatoriam incontinentiam Medeae circa Iasonem transferendo* es absolutamente hiperbólica. La tragedia de Dido es, como viene a decir A. La Penna [78], la parte de la *Eneida* en la que mejor puede comprobarse el uso que hace Virgilio de sus vastas lecturas poéticas. Pues efectivamente en la prosopopeya y relato de la pasión de la reina subyace también la Ariadna abandonada del poema 64 de Catulo [79], la Medea y la Fedra de Eurípides, la Circe y la Calipso de la *Odisea*, y hasta incluso, en algún momento, Penélope, la Hipsípila y el Eetes del propio Apolonio, y el Áyax y la Deyanira de Sófocles [80]; las palabras de Dido pidiendo que surja un vengador de entre los suyos (IV 625 ss.) son proyección de Esquilo, *Agam.* 1279 ss. [81]; el abandono de Medea por Jasón, más o menos en paralelo con el de Dido por Eneas, constaba en la *Medea* de Eurípides (no en Apolonio, como se sabe), y en general el influjo de la tragedia ática atañe no sólo a motivos concretos sino a la general estructura del pasaje [82]. El milagro artístico virgiliano

[78] En su artículo «Didone» en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 49-57, esp. 54.

[79] Cf. entre otros estudios sobre el tema, J. Avilés, «Catul y Virgili», *Secció Catalana de la SEEC. Actes del VIè. Simposi*, Barcelona, 1983, págs. 179-197.

[80] Véase la nota sintética sobre la génesis del personaje, con elenco bibliográfico, que doy en mi artículo «Los venenos de Fedra (Prop. II 1, 51-52)», *Cuad. de Fil. Clás.* 18 (1981-82), 135-140, en pág. 136. Al que debe añadirse el reciente artículo de R. F. Moorton, «Dido and Aeetes», *Vergilius* 35 (1989), 48-53.

[81] Cf. el comentario de E. Fränkel, *Aeschylus. Agamemnon*, III, Oxford, 1978, pág. 596.

[82] Cf. A. La Penna, «Didone», *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 48-57, y la contribución de P. Grimal, «Didon tragique» al libro *Énée & Didon.*

reside en que una tal pluralidad genética del personaje no merma, ni mucho menos, su coherencia psicológica y su unidad.

En cuanto al relato virgiliano de la caída de Troya en el libro II, no se sabe con claridad qué fuentes utilizó. Podría haberse inspirado en la *Iliupersis* de Arctino de Mileto, en la *Pequeña Ilíada* de Lesques de Mitilene, en la *Iliupersis* de Estesícoro, en el *Sinón* de Sófocles, en las numerosas alusiones a la caída de la ciudad en muchas tragedias de Eurípides, en las dos piezas que con el título de *Equos Troianus* escribieron, al parecer, Livio Andronico y Nevio, en el probable relato inicial del *Bellum Poenicum* sobre ese tema —como ya adelantábamos—, en la *Helena* de Teodectes y el *Deiphobus* de Accio, que presentaban la traición de Helena y la muerte de Deífobo; pero de la mayoría de esas obras, casi todas perdidas o fragmentarias, no sabemos a ciencia cierta el contenido y no es posible hacer deducciones fiables. Sí parece inadmisible la noticia de Macrobio (*Sat.* V 2, 4-5) sobre la deuda en este punto de Virgilio con un tal Pisandro, porque de entre los varios autores griegos con ese nombre el único que escribió sobre tema troyano, Pisandro de Laranda, es del siglo III después de Cristo, de modo que ha de tratarse de una confusión de Macrobio. En opinión de Heinze [83], no obstante, habría que suponer la existencia de una perdida *Iliupersis* en la que se inspiraría no sólo Virgilio, sino también este Pisandro de Laranda, Quinto de Esmirna, Trifiodoro, Dictis y Dares, es decir, Virgilio y todos aquellos autores griegos posteriores a él que guardan paralelismo con su relato, negándose a admitir sobre ellos el crítico alemán la influencia de Virgilio.

A propósito de la muerte de Príamo el texto virgiliano nos ofrece una paradoja que sólo tiene su explicación (y ya es así explicada por Servio *ad Aen.* II 506) en esa sorprendente costumbre del poeta, a la que ya hemos hecho referencia a propósito de Dido y Ana, y es la siguiente: en relación con determinados hechos míticos, Virgi-

---

Naissance, fonctionnement et survie d'un mythe (ed. R. MARTIN), París, 1990, págs. 5-10.

[83] *Virgils Epische Technik*, Stuttgart, 1982 (=Leipzig-Berlín, 1903), págs. 3 ss.

lio se inclina por una determinada versión y la desarrolla, pero, en un deseo de integración —hemos de suponer—, alude de soslayo a otra diferente, con evidente incongruencia narrativa. Y eso es lo que ocurre aquí: Príamo muere atravesado por la espada de Pirro dentro de su palacio, al lado de un altar (II 550-553), y sin embargo el cadáver aparece inmediatamente después (v. 557) a la orilla del mar, decapitado, sin que de ello se dé ninguna razón; y es que Virgilio siguió primeramente la versión más divulgada sobre la muerte del anciano rey, y luego aludió por añadidura a una tradición diversa que constaba en Pacuvio, como dice Servio, según la cual Pirro lo mataba en el promontorio Sigeo, ante la tumba de su padre Aquiles [84].

El rasgo más definitorio de Eneas, su piedad, aunque resaltada de modo especial por Virgilio, tiene también su fundamento en la tradición legendaria [85]. Ya en la *Ilíada* (XX 297-299) Posidón dice que Eneas no merece padecer dolores porque siempre obsequia a los dioses con agradables presentes. Hemos visto también cómo en el *Laocoonte* de Sófocles se le presentaba en la piadosa actitud de transportar a su padre inválido sobre los hombros, y es esta imagen la más frecuentemente representada en fuentes cerámicas [86] y artísticas en general. Vasos y ánforas, de procedencia etrusca, de figuras rojas y de figuras negras, un escarabeo igualmente etrusco de hacia el 490 a. C. (en cuyo grabado figura efectivamente Eneas llevando a Anquises, y éste a su vez una cista), estatuillas de terracota provenientes de Veyos, desde el siglo VI y V son pruebas inequívocas del

[84] Cf. F. Caviglia, «Priamo» en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 264-268, esp. 267. Otro curioso caso de este procedimiento virgiliano integrador de versiones incompatibles tenemos a propósito del linaje del rey Latino: de él se dice en VII 47 que era hijo de Fauno y Marica, y ésta era la versión divulgada, mientras que en XII 164 se alude a su filiación de Circe (que constaba en la *Teogonía* hesiódica 1011 ss.), puesto que se indica que el Sol era su abuelo.

[85] Cf. A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa...», art. cit. (en n. 46), pág. 30.

[86] Cf. N. Horsfall, «Enea» en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 221-229, esp. 224.

conocimiento de la leyenda en Etruria, y del ensalzamiento de la faceta piadosa de Eneas. De la piedad de Eneas y de que salvó a su padre habla igualmente Jenofonte en *Cineg.* I 15. Con igual o mayor explicitud, en la *Alejandra* (vv. 1261-1270) de Licofrón (de fines del IV o principios del III) consta un dato que ilustra también su piedad hacia los dioses y no sólo hacia su padre (cierto es, sin embargo, que dicho dato conlleva un menoscabo de sus funciones como esposo y padre), a saber, que Eneas prefirió salvar las imágenes de los dioses y a su padre, antes que sus tesoros, e incluso que a su esposa y a su hijo.

La catábasis de Eneas en el libro VI tiene como principal fundamento la equiparación del héroe con el Ulises homérico; su visita a los muertos según el libro XI de la *Odisea* ha servido sin duda como estímulo inicial para que Virgilio incluyera en el viaje de su héroe una experiencia similar. No hay constancia en fuentes anteriores de que Eneas hubiera bajado al infierno y hubiera recibido allí revelaciones proféticas. Lo más parecido a eso es el sueño del héroe, en el que se le revelaba todo su futuro, que constaba en los *Anales* de Fabio Píctor, según testimonio de Cicerón en *De div.* I 43 [87]. Es en esta tradición romana, tanto como en el ciceroniano *Sueño de Escipión* donde, a juicio de Perret [88], habría que buscar la verdadera correspondencia del libro VI de la *Eneida*. De todos modos, en su concepción escatológica y su bien organizada visión del más allá sí que hay que contar también con influjos de Píndaro, Platón, Posidonio y las doctrinas órficas, aspecto este último en el que ha hecho hincapié Setaioli [89].

Según las frecuentes citas de Servio en su comentario, parece ser que Varrón trataba con gran detalle todo lo relativo al viaje y llega-

---

[87] *Sint haec, ut dixi, somnia fabularum, hisque adiungatur etiam Aeneae somnium, quod nimirum in Fabi Pictoris Graecis Annalibus eius modi est, ut omnia, quae ab Aenea gesta sunt quaeque illi acciderunt, ea fuerint quae ei secundum quietem visa sunt.*

[88] *Op. cit.*, págs. 115-116.

[89] A. Setaioli, «Nuove osservazioni sulla 'descrizione dell'oltretomba' nel papiro di Bologna», *Stud. Ital. di Fil. Class.* 42 (1970), 179-224.

da de Eneas al Lacio. Un dato, entre muchos, que me parece de particular interés es la puntualización serviana (*ad Aen.* I 382) de que Eneas, según Varrón en el libro segundo de sus *Antiquitates rerum divinarum*, fue guiado constantemente en su navegación hasta Italia por la estrella de Venus o Lucífero, a la que veía incluso de día, y que al llegar al territorio laurente desapareció y no volvió a verla más; el interés del dato estriba para nosotros, aparte del reconocimiento en él de un motivo folklórico presente asimismo en el relato de los Magos (Mt. 2, 1-12), también en su conexión con varios pasajes de la *Eneida*: en primer lugar con la expresión *matre dea monstrante viam* de *En.* I 382, que indudablemente queda así explicada y a ese propósito recurre Servio al testimonio; en segundo lugar con aquel otro pasaje del libro II (vv. 692-698) en el que una estrella fugaz, dejando larga estela de luz y ocultándose en el Ida, *signantemque vias*, decide por fin al recalcitrante Anquises a acompañar a su hijo en la huida, pues adivina en el signo la voluntad de los dioses; y en tercer lugar con los versos finales (801-804) del libro II, en los que se cuenta cómo Eneas, viendo brillar el Lucífero sobre las cumbres del Ida, emprende el camino de las montañas. Otros varios detalles de la leyenda en Varrón, como la casi segura conexión en este autor de Eneas con Cartago —asunto del que ya hemos hablado— nos permite suponer con Nettleship [90] el importante papel como fuente para la *Eneida* que representaron las *Antiquitates*.

Por lo que se refiere a la guerra, cuyo desarrollo comprende la casi totalidad de la segunda parte de la *Eneida*, constaba ya en sus detalles principales en los *Orígenes* de Catón —según informa Servio *ad Aen.* I 267, IV 620 y VI 760—, aunque con versión diferente a la que ofrece Virgilio. Y, siguiendo la versión catoniana, tanto Dionisio de Halicarnaso como Livio, y con herencia de este último (con algún elemento también virgiliano) la *Origo gentis Romanae*, cuentan en síntesis cómo, tras una primera alianza de Latino con

[90] H. NETTLESHIP, «The Story of Aeneas'Wanderings», en J. CONINGTON - H. NETTLESHIP, *The works of Virgil*, II, Hildesheim, 1963 (=Londres, 1898), págs. XLV-LXIII, esp. pág. LVII.

los troyanos, Turno, rey rútulo, se enfrentó contra ellos, airado por habérsele arrebatado su prometida Lavinia; en un primer combate pereció Latino, aunque fueron vencidos los rútulos; y en un segundo combate, en el que los rútulos se habían aliado ya con los etruscos, murieron juntamente Eneas y Turno, quedando Ascanio como caudillo troyano, quien posteriormente mataría a Mecencio, rey etrusco aliado de los rútulos. El relato de Livio, aparte de más escueto, difiere del de Virgilio no sólo por seguir el anterior esquema de los hechos sino también por haber adelantado la boda entre Eneas y Lavinia. Y el de Dionisio, por nombrar a Turno como Tirreno. Que Amata se suicidara como en Virgilio, pero después de la muerte de Latino y no de Turno, como en Virgilio, constaba en el analista Pisón, según testimonia el autor de la *Origo* (13, 8). En suma, la casi totalidad de los sucesos de la segunda parte de la *Eneida* o al menos su hilo conductor se remonta también a la analística romana, bien que las fuentes más explícitas, recogiendo la vieja memoria, Livio y Dionisio de Halicarnaso, sean contemporáneas al mismo Virgilio. Es notoria la mutación introducida por el poeta sobre el relato tradicional de los hechos: Eneas va consiguiendo —según Virgilio— imponerse paulatinamente sobre etruscos y rútulos, mata a Mecencio él mismo, y posteriormente a Turno, quedando vivo Latino y habiéndose mantenido casi al margen de la guerra Ascanio. No conocemos ninguna fuente que le hubiera podido servir de precedente para esta versión, y es muy plausible la hipótesis de Heinze [91], según la cual Virgilio habría operado una concentración de los acontecimientos en veinte días aproximadamente para reproducir en cierto modo la situación de la *Ilíada*, hipótesis mantenida por G. D'Anna [92].

Puede decirse que Virgilio se ha encontrado en esta segunda parte de su epopeya con el problema contrario al que afronta en la primera: allí tuvo que unificar tradiciones múltiples, simplificar la multiplicidad de lugares de paso; aquí —aparte de esa concentración o reducción cronológica de que habla Heinze, y coexistiendo con ella— ha tenido que operar una diversificación en el escueto relato

---

[91] *Virgils Epische Technik*, cit. (en n. 83), págs. 171 ss.

[92] G. D'Anna, «Eneide: le fonti», art. cit. (en n. 46), pág. 286.

de la tradición catoniana con injerencia de figuras y episodios ajenos a la versión conocida [93].

Además, el hecho de que sea Eneas el que da muerte a Mecencio, y no Ascanio, como en la versión conocida, nos habla a favor de un deseo del poeta de acaparar hazañas para su héroe restando protagonismo a otros personajes; el hecho está en la misma línea de la eliminación de Anquises antes de llegar al Lacio, operada novedosamente por Virgilio, con el fin de constituir a Eneas como caudillo único de la expedición.

A la vista del escueto material tradicional con el que Virgilio contaba para desarrollar en la segunda parte, parece seguro que también hubo de inventar episodios forjándolos según los modelos épicos o, en general, míticos. Viose empujado, en suma, a incorporar la ficción a la mitología. Eso es claro en el episodio de Niso y Euríalo, cuya nocturna salida del campamento troyano está modelada sobre la similar de Ulises y Diomedes en el libro X de la *Ilíada* [94]. Esto es lo que suele comúnmente aducirse, con razón, a propósito de la génesis del episodio, y que también hay reminiscencias de la embajada enviada a Aquiles en el libro IX del mismo poema homérico. Yo añadiría que tenemos aquí probablemente contaminación de otro elemento homérico más: la proverbial amistad de Aquiles y Patroclo, mostrada a lo largo de toda la *Ilíada*, se ha proyectado en la amistad que vincula en la *Eneida* a los dos expedicionarios.

Con respecto al episodio, también del libro IX, relativo a los dos hermanos Pándaro y Bitias, Macrobio, por boca de Furio Albino, uno de los personajes de su obra (*Sat.* VI 2, 32), informa que está creado a ejemplo de otro de los *Anales* de Ennio, en el libro decimoquinto, en el que se presentaba a dos soldados histrios que, en medio de un asedio, irrumpieron fuera de la puerta e hicieron una matanza entre los enemigos que los asediaban: valga esto como

---

[93] Cf. J. PERRET, *op. cit.* (en n. 38), pág. 117.

[94] Ya SERVIO, *ad Aen.* IX, preliminares, y MACROBIO, *Sat.* V 9, 5, y 9, 8, lo señalan, siendo algo evidentísimo. Cf. los artículos de M. BELLINCIONI, «Eurialo» en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 424-426, y «Niso», *ib.* III, Roma, 1987, págs. 737-738.

muestra de la esporádica influencia en la *Eneida* del viejo poeta, influencia que atañe, sin embargo, más a la expresión, al léxico y a las fórmulas que propiamente a los temas [95]. Pero, en relación con ese mismo episodio, otro contertulio de las *Saturnales*, Evángelo, interesado en detectar grecismos en el texto virgiliano, destacaba (V 11, 29) el influjo de Homero (*Il.* XII 127 ss.), episodio en el que se habla de los gigantescos lápitas Polipetes y Leonteo, semejantes a encinas y situados como guardianes de las puertas. Se trata, pues, de una *contaminatio* homérico-enniana.

En cuanto al emotivo personaje de Camila, la belicosa doncella de la nación volsca, hay también suficientes razones para suponer que fue producto de la ficción, modelada sobre prototipos míticos griegos (Harpálice, Pentesilea, Atalanta), más que procedente de una tradición mítica romana, vinculada o no a la leyenda de Eneas [96].

Como vamos entreviendo, la injerencia de los poemas homéricos modifica notablemente el material tradicional sobre Eneas. La *Odisea* es, en palabras de G. D'Ippolito [97], el «intertexto» principal de la *Eneida*. Su influjo modélico se deja sentir sobre todo en la primera parte: tempestad, divinidad perseguidora del héroe, puerto de Cartago descrito paralelamente a como se describe el puerto de Ítaca, nube que envuelve a Eneas hasta llegar a Dido como nube que en-

---

[95] A lo largo del libro VI de las *Saturnales* se ofrecen otros muchos ejemplos de dicha relación de dependencia Ennio-Virgilio, así como de la deuda formular con Lucrecio. Cf. sobre el tema, V. Bejarano, «Ennio en Virgilio», *Secció Catalana de la SEEC. Actes del VIè. Simposi*, Barcelona, 1983, págs. 119-123. Puede verse un ejemplo de la relación Ennio-Virgilio a propósito del tema de la tala de árboles en M.ª C. Álvarez Morán, «Un tema homérico en la épica latina», *Myrtia* 3 (1988), 31-60.

[96] No faltan, sin embargo, las opiniones de quienes ven en el personaje una figura tradicional: así G. Wisowa, «Camila», en Roscher, *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, I, 1884-1890, cols. 848-849, y Th. Köves-Zulauf, «Camila», *Gymnasium* 85 (1978), 182-205 y 408-436. *Vid.* sobre esta cuestión G. Arrigoni, «Camila», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 628-631, y nuestro artículo «Camila: génesis, función y tradición de un personaje virgiliano», *Estudios Clásicos* 94 (1988), 43-61.

[97] «Odissea», en *Enc. V.* III, Roma, 1988, págs. 820-826.

vuelve a Ulises hasta llegar al palacio de Alcínoo, hospitalidad y banquete, relato retrospectivo en la sobremesa, catábasis, etc. Pero también en los seis últimos libros, la parte considerada «iliádica»: la visita de Eneas a Evandro y la hospitalidad del viejo rey (libro VIII) tiene ecos de la visita de Telémaco a Néstor (libro III de la *Odisea*), el monólogo de Juno, que vuelve de lejos, al ver al odiado troyano (*En.* VII 293-322), es paralelo al de Posidón en *Od.* V 286-290, e incluso se han hallado semejanzas prosopográficas entre Mecencio y Polifemo [98]. Que, por otra parte, los libros VII-XII tratan de ser, en líneas generales, una «Ilíada romana», está casi dicho textualmente en la profecía de la Sibila a Eneas (VI 88-94):

Non Simois tibi nec Xanthus nec Dorica castra
defuerint; alius Latio iam partus Achilles,
natus et ipse dea; nec Teucris addita Iuno
usquam aberit, cum tu supplex in rebus egenis
quas gentis Italum aut quas non oraveris urbes!
causa mali tanti coniunx iterum hospita Teucris
externique iterum thalami [99]

y, en efecto, son muchos y conocidos los lugares paralelos: catálogo de tropas, descripción del escudo del héroe, expedición nocturna al campo enemigo, triángulo Aquiles-Patroclo-Héctor como triángulo Eneas-Palante-Turno, duelo entre los dos héroes, ruptura de los pactos, etc., pero, como en el caso de la *Odisea*, tampoco el influjo

---

[98] Cf. J. Glenn, «Mezentius and Polyphemus», *Am. Journ. of Phil.* 92 (1971), 129-155, y «Odyssean Echoes in Aen. 10. 880-82», *Am. Journ. of Phil.* 102 (1981), 43-49. Véase también nuestro trabajo «Ulises y la *Odisea* en la literatura latina», *Actas del VIII Congr. Esp. de Est. Clás.*, en prensa.

[99] «No te faltará un Símois ni un Janto ni un campamento dórico; ya ha sido engendrado en el Lacio otro Aquiles, hijo también de una diosa; y Juno, en el bando enemigo de los teucros, no faltará en parte alguna cuando tú, suplicante en una situación menesterosa, ¡a qué pueblos de Italia, a qué ciudades no habrás pedido su ayuda! Motivo de tan gran desastre será otra vez una esposa que dio hospitalidad a los teucros, otra vez el tálamo ajeno».

de la *Ilíada* se circunscribe a la segunda parte de la epopeya: los juegos fúnebres en honor de Anquises del libro V de la *Eneida* derivan, como es bien sabido, de los celebrados en honor de Patroclo muerto en el libro XXIII de la *Ilíada* [100]. La deuda con Homero atañe no sólo al plan general y a temas concretos, sino a recursos estilísticos y procedimientos inherentes al género, tales como comparaciones, epítetos y fórmulas. La cuestión de los préstamos homéricos es, sin duda, el campo en que más se ha ejercitado la crítica de la *Eneida*, desde la Antigüedad (destacando la figura de Macrobio, que trata de este tema con toda prolijidad en el libro V de sus *Saturnales*) hasta el siglo XX, en que Knauer lo ha expuesto y discutido en una feliz y culminante síntesis [101]. Ni que decir tiene que esta relación con el padre de la poesía está en equilibrio con una innegable originalidad y personalidad creadora. Virgilio introduce en el mundo de la épica una visión más moderna, más espiritual, como a continuación precisaremos. Hacemos nuestras a este propósito las palabras de E. Valgiglio [102], en el sentido de que dicha confrontación es más útil para detectar las diferencias entre ambos que para catalogar sus semejanzas, y de paso para subrayar lo distinto del espíritu romano y el griego, y la consiguiente originalidad de Roma.

Lo novedoso, en efecto, es sobre todo el nuevo hálito de la *Eneida*, el ser vehículo de la expresión de una nueva heroicidad, de un mayor intimismo, de una valoración distinta de lo humano. La consideración de un Virgilio pre-cristiano se ha apoyado frecuentemente no sólo en el misterioso anuncio en la cuarta bucólica del nacimiento de un niño, presuntamente Cristo según exégesis tardoantiguas y medievales, sino también en el nuevo carácter y heroísmo de Eneas, vecino ya en muchos sentidos del santo cristiano. T. Haecker, subra-

---

[100] Cf. E. Valgiglio, «Iliade» en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 906-911.

[101] G. N. Knauer, *Die Aeneis und Homer*, Gotinga, 1964, y más recientemente, «Vergil and Homer», *ANRW* II 31.2, Berlín-Nueva York, 1981, págs. 870-918. *Vid.* también M. von Albrecht, «Virgilio y Homero» en *Secció Catalana de la SEEC. Actes del VIè. Simposi*, Barcelona, 1983, págs. 9-19.

[102] Art. cit. (en n. 100), pág. 910.

yando la superación, en Eneas, del heroísmo homérico, lo ponía en parangón con Abraham, que en igual medida fue ciegamente obediente a un mandato divino, en virtud del cual tuvo que salir de su patria y buscar una tierra prometida y que, también como Eneas, fue objeto de promesas en relación con su posteridad [103]. Eliot, a su vez, lo compara con Job [104]. J. Perret subraya acertadamente cómo el héroe homérico vive el instante, abocado a la inmediata espontaneidad y a colmar sus iniciativas, mientras que Eneas es un héroe cargado de pasado (Troya) y de futuro (Roma) pero vacío de presente, que practica un estoicismo hondamente arraigado en su religiosidad [105]. Rostagni está de acuerdo en su ir más allá del heroísmo homérico y pone de manifiesto cómo su grandeza reside en la subordinación de sus intereses particulares a los generales de la comunidad y del estado: «eroe dunque ben diverso da ogni tipo tradizionale e convenzionale di eroicità; d'una grandezza non appariscente, ma interiore» [106], o dicho de una manera más redonda y precisa:

> Sobre el campo ensangrentado de la vida y de la historia el cantor de Eneas hace resplandecer una luz que es la luz del verdadero heroísmo: la violencia dominada por la idealidad de la meta, santificada por el espíritu de sacrificio, casi coronada por la dignidad moral del sufrir y del inmolarse por un fin más alto [107].

Para Rostagni, en suma, la modernidad de la *Eneida* reside no sólo en la práctica de los principios estéticos de los neotéricos y alejandrinos, sino en esta canalización de corrientes de una nueva espiritualidad que preanuncian el cristianismo [108]. Y más o menos en

---

[103] *Virgilio, padre de Occidente*, Madrid, 1945, trad. esp. (= Leipzig, 1931), págs. 119-121.

[104] En su estudio «Virgile et le monde chrétien», *De la poésie et de quelques poètes*, trad. del inglés por H. FLUCHERE, II, París, 1964, págs. 103-117, esp. 112.

[105] J. PERRET, *Virgile*, cit. (en n. 38), págs. 136-137.

[106] *Storia della Letteratura Latina*, II, cit., pág. 84.

[107] *Op. cit.*, II, pág. 85.

[108] *Op. cit.*, II, pág. 79.

la misma línea I. Lana resume las conclusiones de su excelente estudio *La poesia di Virgilio* [109]: lo más visible para el lector del poema épico es su significado político, que no es otro sino la celebración de Roma y su destino, así como de la estirpe divina de Augusto, pero junto a este significado político hay otro, más de la esfera privada, «la vivencia del hombre que, a través de la renuncia y la expoliación de sí y mediante la aceptación de las leyes de los dioses piensa realizarse a sí mismo». Y parece claro, en verdad, que Virgilio quiso dar a su epopeya una densidad de significado mayor del aparente, no sólo apuntando simbólicamente hacia la realidad histórica de Roma desde el ámbito del mito, sino aún más allá, tratando de responder a los interrogantes más hondos sobre la condición humana, sobre todo lo cual ilumina el libro famoso de Pöschl [110].

La estructura de la Eneida

Como señala y ejemplifica F. Cupaiuolo [111], los poetas augústeos tienden a construir «arquitectónicamente» su obra, de modo que cada libro, cada episodio e incluso cada verso se presenten como una unidad cerrada y al mismo tiempo en armonía con el conjunto al que pertenecen. Hemos puesto de relieve antes cómo precisamente Virgilio se refería a la composición de su poema en términos que implicaban una asimilación con la técnica arquitectónica, con el proceso de construcción de un edificio (*templum, tibicines, solidae columnae*), y dicho modo de hablar es indicativo de una mente creadora que se ha planteado el problema del equilibrio de las partes en el todo [112]. De tal cuestión, que podemos llamar «arquitectura» o

---

[109] *Op. cit.* (en n. 69), pág. 133.

[110] V. Pöschl, *Die Dichtkunst Virgils. Bild und Symbol in der Äeneis*, Berlín-Nueva York, 1977. Véase también R. D. Williams, *Virgil*, Oxford, 1967, págs. 26-28.

[111] *Tra poesia e poetica*, cit. (en n. 29), págs. 98 ss.

[112] A propósito de esta relación entre literatura y arquitectura, W. F. Jackson Knight, en su *Roman Vergil*, cit. (en n. 6), pág. 163, tras recordar las afinidades estructurales con las artes plásticas contemporáneas halladas

«macroestructura» de la *Eneida* y sobre la que se ha ejercitado frecuentemente la crítica de nuestro siglo, nos ocuparemos a continuación.

Aquí reside, en opinión de García Calvo [113], la culminación de la técnica virgiliana:

> Es ello que el punto acaso más alto, y en todo caso punto clave de la técnica virgiliana (siendo en esto Virgilio culminación de lo que era un cuidado general de la poesía helenística o literaria) está en la construcción: que llamamos adrede «construcción»: pues, al pasar de la poesía a la literatura, lo que eran costumbres de retorno rítmico en la recitación o el canto quedan congeladas en fórmulas de construcción arquitectónica (el ritmo, reducido a libro, no puede menos de resultar también en una estructura visual), y aun se desarrollan en la literatura estructuras y correlaciones entre partes que apenas habrían sido eficaces ni practicables en la poesía viva.

En esas palabras se pone de relieve, pues, no sólo el valor e importancia de la macroestructura, y el ya aludido carácter culto y literario de la *Eneida*, sino además un precedente reconocido para estos artificios: la poesía helenística. En efecto, el afán por la obra de reducidas dimensiones, tenía entre otras justificaciones la de posibilitar en mayor grado la armonización de las partes. Con vistas a la publicación de sus conjuntos poéticos, los autores procuraban una disposición orgánica y ordenada de las diversas composiciones; los *Yambos* de Calímaco, por ejemplo, aunque diferentes entre sí por la métrica y la temática, fueron sabiamente organizados por él mismo con la intención de formar un complejo unitario dotado de una determinada arquitectura [114]; la *Corona* de Meleagro obedecía igualmente a unos ciertos principios de ordenación (prólogo y epílogo, variación rítmica y temática); en seguimiento de tales elaboracio-

en Homero y Heródoto, se refiere a la opinión de J. W. Mackail (*The Aeneid*, Oxford, 1930, pág. XLIII), quien considera que la *Eneida* siguió la estructura de una gran basílica romana, a saber: una gran nave central con capillas adosadas, representadas por los libros de la epopeya que sirven de soporte al tema principal sin seguir del todo su dirección.

[113] *Virgilio*, cit. (en n. 35), págs. 77-78.

[114] Cf. D. L. Clayman, *Callimacus' Iambi*, Leiden, 1980, págs. 48 ss.

nes, ya en Roma, el *Liber* catuliano adoptaba una organización tríptica, con una colocación central de los *carmina docta*, más amplios y narrativos, y extrema de los poemas menores; e incluso las más largas de sus composiciones se acogen a una simétrica y bien planeada arquitectura, orientada, por lo general, a la *Ringkomposition* [115]. Cupaiuolo [116], en cambio, se inclina por atribuir el origen de esta tendencia, común a los poetas augústeos, al impulso de la doctrina retórica de Cicerón. Como quiera que sea, lo cierto es que la ordenación de los libros de un conjunto se impone como condición artística para los poetas de la generación de Virgilio, y ya las *Bucólicas* y las *Geórgicas* respondían a ese presupuesto admirablemente [117].

No menos la *Eneida*. Es obvio que la primaria redacción en prosa de la epopeya hizo más fácil el camino para una integración definitiva; y ese mismo diseño preexistente facilitó a su vez la típica manera virgiliana de componer su obra *particulatim*, sin necesidad de seguir en el proceso de creación el mismo orden sucesivo del argumento. El poema épico virgiliano no es una simple cadena de episodios, a la manera de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, sino que su argumento se conforma y ordena según un plan de estructura equilibrada.

La primera línea general del andamiaje, la más evidente, es la partición de la obra en dos grandes mitades de la misma extensión: los seis primeros libros, etiquetados muchas veces como «odiseicos», que narran básicamente el viaje marítimo de Eneas desde Troya al

---

[115] Cf. para el poema 63, D. A. TRAILL, «Catullus 63: Rings around the Sun», *Class. Phil.* 76 (1981), 211-214, y para el 64, del mismo autor, «*Ring-Composition* in Catullus 64», *Class. Journ.* 76 (1981), 232-241.

[116] *Op. cit.* (en n. 29), págs. 98-99.

[117] Cf. CUPAIUOLO, *ibidem*, págs. 100-108, y la bibliografía que allí se cita; así como los artículos «Bucoliche» (*Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 540-582, en el apartado referente a la estructura, págs. 549-552) y «Georgiche» (*Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 664-698, en el apartado sobre la estructura, págs. 688-691), a cargo respectivamente del mismo F. CUPAIUOLO y de A. RINALDI, y la bibliografía allí citada.

Lacio, frente a los seis últimos, denominados «iliádicos», que cuentan los combates librados por los troyanos en territorio itálico; ambos grupos están en una relación complementaria, de alternancia, contrapeso y balance. A esa bipolaridad del argumento, sin duda el signo más claro de homerismo, se alude en la declaración que consta al principio de la obra (*Arma virumque cano Troiae qui primus ab oris / Italiam fato profugus Laviniaque venit / litora...*), bien que la correspondencia de estas palabras con las dos secciones de que hablamos se haga de forma inversa o cruzada: con *arma* está adelantándonos el poeta las guerras de la segunda parte, mientras que con la secuencia *virum...qui venit* nos previene del viaje narrado en los seis primeros libros [118]. Otra evidencia más, en el cuerpo de la obra, de esta díptica estructura es la renovada invocación a la Musa en VII 37 ss., es decir a comienzo de la sección segunda, y seguidamente (vv. 44-45) la declaración: *Maior rerum mihi nascitur ordo, / maius opus moveo.* No se trata sólo de una variación, compensación y equilibrio de las dos mitades, sino que también hay lazos de unión entre ambas y temas o escenas de una parte que tienen su proyección en la otra. Algunas de las correspondencias en este sentido señaladas por Perret [119] son las siguientes: la furia de Amata (VII 385-405) tiene su antecedente en la de Dido (IV 300-303); la hospitalidad ofrecida por Evandro, en medio de una ancestral sencillez, contrasta con la fastuosa hospitalidad con que Dido los recibe; del mismo modo que Eneas a fines del libro II carga con su padre —es decir, precisa Perret, su pasado—, así también a fines del libro VIII carga con todo su futuro (v. 731,

[118] Y quizá esta inversión de temas en la referencia no se deba sino a una razón puramente métrica: el hexámetro latino no podía iniciarse, como la *Odisea* (Ἄνδρα μοι ἔννεπε...), con el yambo constituido por la palabra *virum*; por el contrario, esta posibilidad sí que cabía en el saturnio, y por eso Livio Andronico comienza su *Odussia* con el verso: *Virum mihi, Camena, insece versutum.*

[119] *Op. cit.* (en n. 38), pág. 121. Otras varias responsiones de este tipo apunta E. Coleiro, *Tematica e struttura dell'Eneide di Virgilio*, Amsterdam, 1983, págs. 85 ss.

final del libro: *attollens umero famamque et fata nepotum*) figurado en el glorioso escudo [120].

Superpuesta a la estructura doble se ha visto una estructura ternaria, con tres bloques de cuatro libros cada uno: I-IV, V-VIII, IX-XII. Dicha división puede concretarse, en relación con el argumento —según J. Perret [121]—, como un enmarcamiento del bloque constituido por los cuatro libros centrales, más calmos y serenos, con abundantes referencias a la actualidad, por los dos bloques extremos, de cuatro libros cada uno, más violentos y atormentados. F. Cupaiuolo [122] define esta triple agrupación de esta manera: I-IV, Eneas en Cartago y tragedia de Dido; V-VIII, llegada de Eneas a Italia y preparativos de guerra; IX-XII, guerra y tragedia de Turno: de modo que, quedando la misión y el destino de Eneas definitivamente claros en la parte central, las partes extremas contienen el trágico fin de los dos principales personajes que eran obstáculo para su misión.

En cuanto al tono de los libros hay una búsqueda de la alternancia, lograda al menos en la primera parte del poema, de modo que la secuencia de libros impares y pares se convierte en una rítmica sucesión de libros distensos (el I, III y V) e intensos y patéticos (el II, IV y VI), o, si se prefiere, de menor y mayor gravedad o, incluso, de menor y mayor peso narrativo respectivamente. El sistema de colocación alterna recordaría bastante el de las *Bucólicas*, con aquella sucesión de piezas dialogadas y narrativas. Ahora bien, a

---

[120] Una correspondencia mucho más sutil descubre A. García Calvo, *Virgilio*, cit. (en n. 35), págs. 79-82, en sendas partes finales de los dos grandes bloques: se trata, según él, de los dos momentos de mayor vacilación de Eneas en el cumplimiento de su misión, y ahí radica precisamente la vinculación entre ambos pasajes: aquel del libro sexto (vv. 450- 474) en el que el héroe, al encontrarse con Dido en el infierno, siente compasión y se justifica de su anterior comportamiento, y aquel otro del XII (vv. 938-941) en que, compadecido ante las súplicas de Turno yacente, está a punto de perdonarlo.

[121] J. Perret, *Virgile*, cit. (en n. 38), París, 1927, pág. 121.

[122] *Op. cit.* (en n. 29), pág. 109.

pesar de que dicha estructura suele afirmarse de la obra entera, lo cierto es que no se continúa como tal en la segunda parte. Incluso en la primera no se realiza de manera drástica: así el libro I, de tono predominantemente tranquilo y distenso, tiene un comienzo dramático con el pasaje de la tempestad; así en el libro III, exento por lo general de dramatismo, se inserta el violento episodio de las Harpías; como también en el sosegado libro V se incluye otro episodio rompedor del sosiego, el de la quema de las naves por las matronas troyanas. La alternancia, en efecto, corresponde más bien a los episodios que a los libros propiamente dichos [123], y de esta manera sí que se realiza también en la segunda parte: el libro VII comienza con la distensión de la llegada al Lacio y sigue con el dramatismo del comienzo de las hostilidades; el VIII en su conjunto aparece con tono tranquilo; el IX, al revés, con acres tintes de patetismo; el X es un juego de alternancias episódicas: concilio de los dioses (tono tranquilo), asalto al campamento troyano (tono dramático), revista de tropas etruscas (tono tranquilo), combate entre los dos ejércitos (tono dramático); el XI comienza con el sosiego de los funerales y cambia pronto hacia lo dramático con el crispado debate en el palacio de Latino seguido por la batalla y la trágica muerte de Camila; el XII, por fin, es enteramente dramático, con la batalla y el duelo final entre Eneas y Turno [124].

Estas tres son las líneas más evidentes, más creíbles, de construcción de la *Eneida* y las más ponderadas por la crítica. A continuación aludiremos a otras elucubraciones, de cierta mayor complicación y menos evidencia. Se ha querido ver por ejemplo, compenetrada con la estructura díptica, una división cuaternaria, pero de bloques de distinta extensión, a saber: la primera mitad de la epopeya dividida a su vez en dos partes, los cuatro primeros libros y los

[123] Una afirmación como ésta de F. Cupaiuolo, *ibidem*, pág. 110: «I libri risultano, in questo complesso giuoco di alternanze e di corrispondenze, come chiare unità poetiche e, presi ciascuno per sè, appaiono diversi l'uno dall'altro» es casi exclusivamente aplicable —creemos— a los libros II, IV y VI.

[124] Cf. E. Coleiro, *Tematica e struttura...*, cit. (en n. 119), págs. 73-75.

dos siguientes; la segunda mitad dividida en otras dos partes, los libros sexto y séptimo frente a los cuatro últimos; de manera que, por su extensión, los cuatro bloques forman un quiasmo. Por este esquema aboga W. Schetter [125]. El escenario cartaginés es lo que da unidad al conjunto de los libros I-IV; a su vez, dentro de I-IV, los dos libros exteriores, que cuentan la llegada y salida de Cartago, sirven de marco a los interiores, donde se contiene el relato retrospectivo. El quinto y el sexto van aunados por la referencia común a la figura de Anquises. En la segunda mitad, la pareja de libros VII-VIII son de tema histórico-nacional (el VII con el catálogo de los pueblos itálicos, el VIII con el catálogo de héroes de Roma) y constituyen la preparación para la guerra, mientras que IX-XII versan ya propiamente sobre la guerra ; el cuarteto final se estructura, todavía en opinión de W. Schetter, en dos batallas dobles, la de los libros IX-X, por una parte, y la de XI-XII, por otra: la primera ante el campamento de Eneas, la segunda ante la ciudad de Latino. La tesis, que en general parece bastante aceptable, no resulta sino de una modificación de la propuesta de estructura tríptica (o lo que es lo mismo, de una confluencia de la estructura en dos y la estructura en tres bloques): en realidad se llega a la división en cuatro bloques por la bipartición del bloque formado por los cuatro libros mediales.

El esquema estructural que nos ofrece Camps [126] tiene cierta semejanza con el anterior, a pesar de tratarse de un diseño mucho menos simétrico y más sencillo: distingue dos grupos unitarios de libros, I-IV y VII-XII, separados por el bloque de transición constituido por V-VI; lo que da unidad a esos dos bloques extremos es, según el autor, no sólo la presencia en cada caso de un sub-héroe (Dido y Turno) y la localización de los hechos en un determinado escenario (Cartago y el Lacio respectivamente), sino también el comienzo de ambas partes con sendas intervenciones de Juno, precedidas a su vez de sendos soliloquios, y la conclusión de las dos con

---

[125] Cf. *Literatura Romana* (ed. M. Fuhrmann), Madrid, 1985, trad. esp. (=Francfort, 1974), págs. 104-107.

[126] W. A. Camps, *An Introduction...*, cit. (en n. 38), págs. 52 ss.

la muerte del sub-héroe correspondiente. Como se ve, este esquema coincide en gran medida con el anterior, con la salvedad de que los libros VII y VIII, que se consideraban allí como unidad autónoma, aparecen aquí integrados en el bloque final.

De poco crédito ha gozado la hipótesis de Duckworth [127], no en lo que toca a su defensa de una división triádica del poema, sino en sus propuestas de una estructura aritmológica: pues afirma la existencia en la *Eneida* de una simetría matemática regida por un *numerus aureus* o proporción divina (1'618) que atañe no sólo al conjunto y a cada uno de los libros, sino incluso a las partes más pequeñas; hasta los hemistiquios truncados obedecen, según él, a este principio numérico.

Sugerente, aunque muy discutible, es la reciente teoría de E. Coleiro relativa a un «paralelismo temático en forma quiástica en las dos partes del poema» [128] y concordante con la bien conocida que, para las *Bucólicas*, propuso P. Maury [129]. Como indica la denominación de la presunta estructura, se establecen correspondencias paralelas circulares entre los seis primeros libros y los seis últimos, con el siguiente fundamento y justificación: los libros I y XII son consonantes porque a la solemne promesa de Júpiter sobre la futura gloria de Roma por vía de Eneas y del asentamiento en Italia de los troyanos, tal como consta en el libro I, corresponde en el XII el cumplimiento de dicha promesa con la victoria de Eneas sobre Turno; para el doblete II-XI la vinculación es contrastiva: Eneas y los suyos luchan en vano contra los griegos (así en el II): Eneas y los troyanos aparecen como vencedores (así en el XI); para los libros III y X la vinculación radicaría en lo que se denomina «elemento sobrenatural positivo» presente tanto en las repetidas indica-

---

[127] G. E. Duckworth, «The Architecture of the Aeneid», *Am. Journ. of Phil.* 75 (1954), 1-15; «Mathematical Symmetry in Vergil's Aeneid», *Trans. and Proceed. of the Am. Phil Ass.* 91 (1960), 184-219, y *Structural Patterns and Proportions in Vergil's Aeneid. A Study in Mathematical Composition*, Ann Arbor, 1962.

[128] *Op. cit.* (en n. 119), págs. 89 ss.

[129] *Le secret de Virgile et l'architecture des Bucoliques*, en «Lettres d'Humanité» 3 (París, 1944), págs. 71-147.

ciones oraculares del libro III como en el concilio de los dioses del X donde se decide la victoria de los troyanos; los libros IV y IX concuerdan en sendas derrotas ocasionales de Eneas: moral en su encuentro y unión con Dido, según el IV, y militar, según el IX, con la momentánea victoria de los adversarios; para el doblete V-VIII el punto de conexión estaría en la común acogida de Eneas como huésped: por Acestes en el libro V, por Evandro en el VIII; y por último, VI y VII contienen sendos amplios catálogos de personajes: visión de los héroes de la futura Roma en el VI y revista de las tropas italianas en el VII. A pesar de todo, como se puede comprender, el carácter general de sus confrontaciones hace difícilmente aceptable esta propuesta de macroestructura.

Sea suficiente con tales muestras para comprobar que, aunque efectivamente se dan unas inequívocas evidencias de construcción simétrica y equilibrada, y las estructuras díptica, tríptica y de tono alternante son prácticamente innegables, también sucede que este campo de la investigación se presta a manipulaciones injustificadas y gratuitas de los textos por parte de los críticos para construir edificios fantasmales que nunca fueron ideados por la mente de los autores antiguos.

Que, además de la organización bien diseñada del conjunto, existen simetrías y correspondencias concernientes a los libros y episodios es algo indiscutible, que a continuación nos proponemos ejemplificar sin ánimo, desde luego, de agotar el tema. No es difícil, por ejemplo, reconocer una estructura anular formada por los dos versos primeros del libro segundo (que son la presentación de Eneas en el banquete de Dido y la fórmula introductoria de su relato):

Conticuere omnes intentique ora tenebant;
inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto,

y los tres versos finales del libro tercero (que constituyen el colofón del relato retrospectivo):

Sic pater Aeneas intentis omnibus unus
fata renarrabat divum cursusque docebat.
Conticuit tandem factoque hic fine quievit,

siendo no sólo la contraposición prólogo-epílogo lo que fundamenta la correspondencia, sino más en concreto las responsiones verbales (*conticuere: conticuit; omnes: omnibus; intenti: intentis; pater Aeneas: pater Aeneas; sic: sic*). Con esta marca queda subrayada la unidad que constituyen, por su contenido, ambos libros.

El comienzo y final del libro IV está asimismo planeado simétrica y responsivamente: Dido herida de amor se dirige a su hermana en los versos iniciales, y a su vez, en los versos finales, la hermana aborda a Dido, cuando ya estaba herida no sólo de amor, sino de muerte. Las correspondencias lo son también en cuanto a imágenes concretas (v. 2, *et caeco carpitur igni:* v. 705, *dilapsus calor*) y en cuanto al léxico (v. 2, *vulnus alit venis* y v. 4, *haerent infixi pectore vultus*: v. 689, *infixum stridit sub pectore vulnus*).

Composición en anillo puede sostenerse también para el libro V, que comienza con el mal presagio captado por Palinuro y la llegada a Sicilia (vv. 1-34) y termina con la partida desde Sicilia y la muerte de Palinuro (vv.827-871). Léase el verso final de la parte introductoria:

et tandem laeti notae advertuntur harenae,

y el verso final del libro:

nudus in ignota, Palinure, iacebis harena,

y se verá claro el intento de correspondencia por semejanza (*harenae: harena*) y contraste (*notae: ignota*) al mismo tiempo.

El mismo marco circular es visible, para el libro VI, en la siguiente responsión temática y verbal; a la secuencia de vv. 3-5:

...tum dente tenaci
ancora fundabat navis et litora curvae
praetexunt puppes...,

hace eco el verso último del libro:

ancora de prora iacitur; stant litore puppes.

No se trata sólo de *Ringkompositionen*. Como señala con acierto Cupaiuolo [130],

El poeta utiliza en todos los libros la posición central para una materia de particular significado o importancia (los discursos de Eneas y Dido en el centro del IV)... ; en el catálogo del VII el plano simétrico actúa de tal modo que cada uno de los primeros seis grupos encuentra su paralelo o su correspondiente en los últimos seis; simétrico es el orden que regula la descripción del escudo de Eneas (VIII 626-721); incluso en el libro VIII notamos que a una parte narrativa sigue una descriptiva, en constante y regular alternancia: a las embajadas (Vénulo a Diomedes, Eneas a Evandro, vv. 1-183) sigue la leyenda de Caco (vv. 184-279), a los ritos (vv. 280-305) los recuerdos (306-368), a la entrevista de Venus y Vulcano y a la despedida de Evandro (369-607), la descripción del escudo (vv. 608-731).

La afirmación primera de Cupaiuolo coincide en líneas generales con la teoría de los «puntos focales» propuesta recientemente por E. Coleiro [131], que me parece muy admisible y, tal como él la desarrolla, de una evidencia casi inequívoca. Ese pasaje que ha de atraer de manera contundente la atención del lector se sitúa en el centro de cada unidad de contenido. La *Eneida*, según esto, tendría un punto focal absoluto, para todo el poema, que es la presentación de Augusto a fines del libro VI (desde el v. 756 hasta el final), y puntos focales para cada libro, e incluso para cada episodio importante. Así, por ejemplo, en el libro I, el v. 378, que es el centro numérico absoluto del libro, «introduce a Eneas como a héroe y protagonista de todo el poema»:

Sum pius Aeneas, raptos qui ex hoste Penates
classe veho mecum, fama super aethera notus;
Italiam quaero patriam et genus ab Iove summo,

y éste es, por tanto, según Coleiro, el punto focal del libro. A su vez, el significado en síntesis del libro II reside en el v. 402, que es el centro numérico absoluto:

Heu, nihil invitis fas quemquam fidere divis!

[130] *Op. cit.* (en n. 29), págs. 111-112.
[131] *Op. cit.* (en n. 119), págs. 93-106.

Y para el libro IV coincide con Cupaiuolo al considerar como foco el encuentro dialéctico de Dido y Eneas (vv. 296-392), situado en el centro del libro, aunque en este caso el pasaje sea de mucha mayor extensión que en los casos restantes. Así también para los otros libros.

A lo ya dicho quiero añadir alguna muestra más de composición simétrica y equilibrada. Por ejemplo, en el libro IX el episodio de Niso y Euríalo no constituye una parte autónoma y disgregada sino que se integra en un proyecto de estructura equilibrada. «A la aventura trágica de la pareja de amigos, Niso y Euríalo, en la primera parte del libro, hace eco, en efecto, otra no menos trágica aventura de una pareja de hermanos, también troyanos, Pándaro y Bitias (672-755). Una serie de paralelismos y contrastes entre ambas parejas confirman la voluntad simétrico-artística del poeta, que quiere construir dos bloques responsivos y ecoicos. Niso y Euríalo salen fuera del campamento y llevan a cabo una gran matanza de enemigos: Pándaro y Bitias dejan penetrar al enemigo dentro de las puertas, y en el propio campamento troyano lo destruyen; de ambos hermanos se dice que eran hijos de Alcánor, el de Ida, y a su madre se la llama *silvestris Iaera* (v. 673): como de Niso se decía que *Ida venatrix* (vv. 177-178) —sin que sepamos si se refiere al monte personificado o a una mujer cazadora llamada como el monte, aunque más bien parece lo primero— lo había enviado como compañero de Eneas; a la delicadeza de rasgos físicos que pone Virgilio en Euríalo se opone contrastivamente la reciedumbre con que define a los hermanos gemelos (v. 674): *abietibus iuvenes patriis et montibus aequos* («jóvenes iguales a los abetos y los montes de su patria»). Y también en esta línea contrastiva, a la comparación de la flor cortada, usada por Virgilio para poner de relieve la delicadeza de rasgos en el joven muerto, añadiendo así una nota de ingravidez a la caída, opone ahora el mismo poeta una imagen absolutamente polar de la anterior: Bitias cae (no por espada, como Euríalo, sino atravesado por una tremenda falárica) igual que un gigantesco bloque pétreo en el mar, provocando un gran ruido y confusión» [132]. No me parece super-

[132] Así en nuestro trabajo «Una comparación de clásico abolengo y larga fortuna», *Cuad. de Fil. Clás.-Est. Lat.* 2, n. s. (1992), en prensa, nota 18.

fluo, abundando en esta indagación de responsiones a distancia, poner de relieve cómo el propio relato sobre Niso y Euríalo se cierra también en círculo: a la presentación de ambos muchachos en vv. 176-183 se corresponde el colofón famoso (*Fortunati ambo!...*) de vv. 446-449; y a las palabras pronunciadas por Niso en v. 187: *mens agitat mihi, nec placida contenta quiete est*, se corresponden las palabras culminantes del poeta en v. 445: *placidaque ibi demum morte quievit*, con ese claro eco verbal *placida...quiete: placida quievit*.

Creo que para el libro XI se puede sostener una estructura díptica, con dos mitades en contraste y equilibrio; el corte estaría justamente en la mitad del libro (vv. 445-467, que puede considerarse como pasaje-bisagra [133], constando el libro de 915 versos). La primera parte, tras el inicio con el funeral de Palante (vv. 1-100) —ajeno a esta simetría, es cierto—, «está constituida por la asamblea de los latinos deliberando acerca de la guerra; un mensajero llega anunciando que Eneas y los suyos vienen de camino en son de guerra contra la ciudad: ésta es la fórmula de ruptura. La segunda parte es la batalla misma de la que Camila será protagonista. De manera que hay un fuerte contraste entre la primera dialéctica y dialogada, y la segunda, patética y narrativa: razonamientos y discursos que llaman a la razón frente a las vivas acciones que mueven el sentimiento. Perfecta y armónica compensación» [134].

Y con estas muestras dejamos la cuestión de la arquitectura. Más adelante veremos cómo el cuidado por el orden y equilibrio atañe también a la microestructura, y procedimientos como el *versus aureus* y el quiasmo de palabras o de frases obedecen al mismo principio, aunque a menor escala.

---

[133] Precisamente Coleiro sitúa el punto focal de este libro en los vv. 451-455 (*ibidem*, pág. 103).

[134] Cf. nuestro artículo «Camila: génesis, función y tradición de un personaje virgiliano», *Est. Clás.* 94 (1988), 43-61; la cita en cuestión en pág. 61. Debe corregirse en esa página la noticia de que el libro IX tenga 909 versos, y añadirse a la propuesta de total simetría la restricción relativa al comienzo con el funeral de Palante.

La técnica narrativa y el estilo épico virgiliano

La poesía épica es narración de acciones y los modelos épicos de los que deriva la *Eneida* suministraban al poeta todo un caudal de convenciones y fórmulas de variación en el relato. Virgilio se proponía en su poema conjugar varios niveles temáticos, ya lo hemos dicho, principalmente la leyenda de Eneas y la historia reciente de Roma, dos mundos ampliamente separados en el tiempo. Al mismo tiempo, por una convención inherente al género, la acción tenía que dividirse en dos planos: el humano y el divino, que no raras veces se interferían. Para atender a los acontecimientos de estos dos planos el poeta, obedeciendo a Homero, no tenía que hacer otra cosa sino alternar sucesivamente su enfoque a uno u otro; del mismo modo que, por lo común, se relatan las acciones que, aunque sincrónicas, ocurren en lugares distintos. Por una también convención de origen homérico, que tiene su razón última sin duda en la búsqueda de variación en la perspectiva y de ruptura de la linealidad, el poeta recurre al relato retrospectivo o *flash back* (el más largo de todos es el de Eneas sobre la toma de Troya, que ocupa los libros II y III, relato que cuenta en la sobremesa del banquete que le ofrece Dido, y en el que a su vez se insertan, en una subordinación narrativa de segundo grado, los discursos retrospectivos de Sinón, en II 154-194, y de Aqueménides, en III 613-654; antes de éste tenemos, en I 335-370, el de Venus, dirigido a Eneas, en el que le explica los antecedentes de Dido; y después, el de Evandro, en VIII 185-302, en el que cuenta la muerte de Caco por Hércules; y el de Diana, en XI 535-594, sobre la historia anterior de Camila). En cambio, para conjugar los hechos lejanos del mito con los recientes y presentes de la historia, propósito éste que no se hallaba en Homero, el poeta hubo de recurrir al relato prospectivo, que se presenta en la *Eneida*, en sus dos ejemplos más representativos, en forma de profecía (en el libro VI: revelaciones de Anquises a Eneas sobre su destino y posteridad), o en forma de écfrasis o descripción (en el libro VIII 626-728: descripción del escudo de Eneas, en el que aparece figurada una sinopsis de la historia de Roma). Así pues, anclado en el presente mítico de Eneas, el poeta mira alternativamente hacia arriba, ha-

cia abajo, hacia atrás y hacia adelante, y cuenta sobre los dioses, sobre los hombres, sobre el pasado y sobre el porvenir, valiéndose de esos medios técnicos, en su mayor parte tradicionales y heredados [135].

Los discursos de los personajes [136], además, como decíamos, ponen en juego una variante perspectiva, un cambiante «punto de vista», concepto éste que ha sido bien analizado por la crítica moderna [137]. El poeta puede así contemplar la misma realidad desde ángulos diferentes y, consecuentemente, enriquecer la panorámica. Lo vemos muy claro a propósito del personaje de Ulises, cuyas distintas facetas son sacadas a la luz por diferentes personajes, que no han tenido de él la misma experiencia: mientras que Eneas, como troyano y enemigo suyo, sufridor de sus tretas, lo juzga negativamente y lo define como *durus* y *scelerum inventor* en su relato sobre el fin de Troya, y Sinón, el traidor griego, reincide en esa valoración, pero —y el lector lo llega a saber— con fingimiento, es decir, adoptando engañosamente el punto de vista troyano con el fin de captar la benevolencia de su auditorio (y deduciéndose del pasaje que su auténtica opinión sea precisamente positiva), mientras que los prófugos troyanos, en general, maldicen la patria de Ulises «el cruel» al pasar cerca de ella (III 613: *et terram altricem saevi exsecramur Ulixi*), Aqueménides, en cambio, su compañero y conocedor próximo de sus penalidades, descubre no sus culpas, sino sus desdichas, al

---

135 A propósito de la técnica narrativa de la *Eneida*, una útil y moderna puesta a punto se encontrará en la introducción a la *Eneida* de J. C. Fernández Corte (Madrid, 1989), págs. 60-74.

136 «Discorsi» por R. Scarcia, en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 98-102, y la bibliografía allí citada, especialmente G. Highet, *The Speeches in Vergil's Aeneid*, Nueva York, 1972.

137 Cf. G. Senis, «Punto di vista» en *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, págs. 352-353, con la bibliografía allí citada, especialmente los estudios de F. van Rossum-Guyon, «Point de vue ou perspective narrative», *Poétique* 4 (1970), 47 ss., G. Gennette, *Figures III*, París, 1972, y G. B. Conte, «Saggio d'interpretazione dell'Eneide: ideologia e forma del contenuto», *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi classici* 1 (1978), 11 ss. Cf. asimismo la citada introducción de J. C. Fernández Corte, págs. 64-65.

considerarlo infeliz (*sum patria ex Ithaca, comes infelicis Ulixi*, dice en III 613), y el propio Eneas que antes no conocía el sufrimiento del itacense, al haber escuchado el relato de su compañero, asume su punto de vista y llama también a Ulises «infeliz» (III 691) [138]; al margen, en cierto modo, de este enfrentamiento de amistades y enemistades, Numano, un rútulo, como representante genuino de la raza itálica, define a su pueblo como duro, austero, habituado a la caza y a la guerra, es decir, como gente de acción, y lo opone a los griegos en general, más dados a la palabra que a los hechos y representados en la figura de los Atridas y de Ulises, *fandi fictor* (IX 602, que podríamos traducir como «charlatán»); por último Diomedes, un griego arrepentido de su actuación en Troya (*Iliacos ferro violavimus agros*, dice en XI 255) y que no quiere repetir su culpa, habla de Ulises ya sin elogio ni vituperio, sino haciendo constar que ha pagado su castigo con un largo viaje. He aquí, pues, en toda su dimensión, la prosopopeya de Ulises, que ha ido componiéndose en la *Eneida*, como un mosaico, con las teselas que han aportado los diferentes puntos de vista de los personajes. Resumiendo: no es unilateral la visión de Ulises en el poema [139], aunque, en general, como resultado de la perspectiva predominantemente troyana (y como herencia, también, de una tradición griega, presente en líricos y trágicos, contraria a él), la valoración de conjunto del personaje es más bien negativa [140]. Pero esto es sólo un ejemplo entre muchos

[138] Ante tal evidente muestra de conmiseración hacia Ulises, por parte de Eneas, se extrañaban los comentaristas antiguos. Se decía que el epíteto *infelicis* estaba puesto como relleno del verso, o se trataba de explicar incluso dándole sentido activo, es decir, entendiéndolo como «portador de infelicidad» (SERV., *ad Aen.* III 691). En el Servio danielino leemos, en cambio, la más sensata y correcta —creemos— interpretación: las palabras de Eneas son una muestra más de su *pietas*, de su misericordia por aquel que ha pasado por el mismo amargo viaje que él: *Aeneas incongrue infelicem Ulixen dicit; nisi forte quasi pius etiam hostis miseretur, cum similes errores et ipse patiatur.*

[139] No tiene razón STANFORD al decir, sin más, que Virgilio detestaba a Ulises (*The Ulysses Theme*, Oxford, 1954, págs. 128-137).

[140] Sobre Ulises en Virgilio, cf. nuestro «Ulises y la *Odisea* en la literatu-

de lo que puede conseguir y consigue el poeta, merced a esta técnica del punto de vista.

Heinze, entre otros, pone énfasis en el sentimiento que impregna por doquier la narración virgiliana [141]. «Épica lírica» se atreve incluso a llamarla Espinosa-Polit [142]. Y en efecto, aunque el poeta apenas se manifiesta directamente, sí que proyecta su valoración de las acciones y sus propios sentimientos por medio de una constante «simpatía» y «empatía», es decir, mediante intrusiones en forma de apóstrofes o comentarios o manifiestos de adhesión (simpatía) y mediante su tendencia a ilustrar los procesos espirituales de los personajes, asimilándose con ellos (empatía) [143]. Esto es, en buena parte, herencia del epilio alejandrino y neotérico, que propiciaba, situándose frente a Homero, las indagaciones psicológicas y la compenetración entre el poeta y sus criaturas; frecuentemente, en efecto, el escritor saltaba la barrera de la objetividad y de la tercera persona y se instalaba en el mismo ámbito y tiempo de los personajes, a los que se dirigía —sólo, por lo general, en determinados momentos de especial dramatismo— en segunda persona.

Hemos dicho ya algo de los discursos y de una de sus más destacadas funciones. Otras convenciones propias del género, presentes en Homero y demás modelos épicos, como las comparaciones [144],

---

ra latina», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, en prensa. *Vid.* «Ulisse», en *Enc. V.* V, Roma, 1990, págs. 358-361, por E. Pellizer y M.ª T. Graziosi.

[141] R. Heinze, *Virgils Epische Technik*, cit. (en n. 83), pág. 362. En págs. siguientes profundiza sobre el tema.

[142] «Ésta es la épica lírica, conquista literaria de inestimable precio. Por ella los íntimos afectos que suscita la narración son interpretados por quien con mayor acierto lo puede hacer, por el corazón mismo que los inspiró, y alcanzan de este modo toda la plenitud emotiva de que son susceptibles» (A. Espinosa Polit, *Virgilio. El poeta y su misión providencial*, cit. en n. 12, págs. 203-204).

[143] Maneja estos conceptos, entre muchos otros, B. Otis en su libro *Virgil. A Study in Civilized Poetry*, Oxford, 1963.

[144] Cf. «Similitudini» por W. W. Briggs, en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 868-870, más la bibliografía allí citada, y en especial el amplio estudio

ordinariamente naturalistas, y las écfrasis [145], tienen su lugar en el discurso narrativo de la *Eneida* y contribuyen a variar adecuadamente el relato, trasladándonos a ámbitos ajenos a lo que se está contando, más pintorescos —en el caso de la comparación—, o deteniendo el tiempo narrativo en una descripción y fijando la mirada en un objeto cualquiera, una obra de arte, un paisaje, una armadura, un animal —en el caso de las écfrasis—; pero además de romper esa posible monotonía, hacen entender mejor lo que se cuenta y hasta incluso, en el caso de la écfrasis del escudo, cumple una función importantísima en el conjunto de la obra por cuanto que apunta, con sus relieves proféticos, a la historia de Roma contemporánea, a Augusto, señor del Imperio, al que, como propósito fundamental de la obra, Virgilio quería entroncar con Eneas y con el glorioso pasado legendario.

Y pasamos a hablar ya del estilo épico virgiliano. Éste es también en buena parte, como cabía esperar, el resultado de una asimilación de elementos tradicionales. Su lengua está marcada por numerosos homerismos y ennianismos [146]. Los recursos propios de la expresión poética de los antiguos, y especialmente de los latinos, tales como repeticiones fónicas o verbales de todo tipo, orden de palabras conformando determinadas simetrías, tropos, etc., forman parte lógicamente de la poesía de Virgilio. No podía ser de otra manera, y es

de R. Rieks, «Die Gleichnisse Vergils», *ANRW* II 31, 2 (1980), 1011-1110. Hay que añadir a dicha bibliografía el muy útil trabajo de B. Segura Ramos, «El símil de la épica (*Ilíada, Odisea, Eneida*)», *Emerita* 50 (1982), 175-197.

[145] Cf. «Ekfrasis» por G. Ravenna en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 183-185, y bibliografía allí citada, a la que hay que añadir A. Zapata, *La écfrasis en la poesía épica latina hasta el siglo I d. C. inclusive*, Madrid, 1986. A esta última obra remitimos para mayor profundización en el tema. Véase también el reciente artículo de S. H. Lonsdale, «Simile and Ecphrasis in Homer and Vergil», *Vergilius* 36 (1990), 7-30.

[146] Sobre la lengua de Virgilio y su frontera con el estilo, y sobre que «la lengua y estilo de Virgilio no son 'virgilianos' en el mismo grado», cf. las oportunas consideraciones de L. Rubio en «La lengua y el estilo de Virgilio», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, I, Madrid, 1968, págs. 355-375.

precisamente esta cabal asimilación de la literatura previa, en sus aspectos formales, lo que da al estilo virgiliano el perfil de rotunda madurez artística que lo caracteriza, como bien sentencia Eliot [147]. El poeta ha tenido que armonizar convenientemente entre sí los múltiples y diversos ingredientes tradicionales que aceptaba en su discurso y los ha filtrado, naturalmente, a través de su personal sensibilidad [148].

Es, con todo, la cuestión del estilo la más espinosa que ha de afrontar el exégeta de Virgilio. Resulta muy difícil sacar conclusiones generales, y quienes se lanzan a estudiar este tema prefieren normalmente comentar muestras concretas que hacer valoraciones de conjunto. De la ausencia de estudios amplios y globalizadores sobre este tema se quejaba Büchner en 1959 [149]; poco más tarde Hernández Vista deploraba también, no tanto la ausencia de un estudio de tal envergadura, sino los fundamentos poco firmes y las apreciaciones arbitrarias que dominaban en este terreno [150]. Todavía hoy seguimos teniendo motivos para quejarnos [151], y es bien significativo

---

[147] En *What is a Classic?*, cit. (en n. 1), págs. 21-22.

[148] L. Rubio recurre a palabras de A. Alonso (*Materia y forma en poesía*, Madrid, 1955, pág. 103) para expresar esto mismo: «Pues si la Historia hace a nuestro autor, en parte también nuestro autor hace a la Historia» («La lengua y el estilo de Virgilio», cit. en n. 146, págs. 359-340).

[149] En su *Virgilio*, cit. (en n. 41), pág. 509: «Partiendo de su estilo... se podría, del modo más fácil, comprender la esencia de la *Eneida*. Y por eso es tanto más extraño el hecho de que no exista una descripción del estilo virgiliano».

[150] En sus *Figuras y situaciones de la Eneida*, Madrid, 1974 (= 1963), págs. 94-96, quien, como también Büchner a continuación de las palabras antes citadas, se fija sobre todo como blanco de críticas, a pesar de reconocer la gran calidad de su libro en otros aspectos, en las subjetivas apreciaciones estilísticas de Jackson Knight, quien, por ejemplo, a propósito del verso 622 del libro II (*numina magna deum*, verso trunco), comentaba: «La sílaba final en las profundidades de su oscuro sonido parece enviar reverberaciones a la eternidad».

[151] Aunque una amplia visión del propio Hernández Vista sobre el fenómeno del estilo en general, así como su aplicación a autores varios, entre

al respecto el hecho de que en la *Enciclopedia Virgiliana* falte la voz correspondiente; a duras penas cubre ese campo la parte de poco más de tres páginas, que, con el título «Stilistica», debida a la pluma de W. Görler, se integra en la voz «Eneide» [152]. Este autor, a su vez, al referirse a la bibliografía, comienza sentenciando: «Non esiste uno studio esauriente della lingua e dello stile di Virgilio». Como razón principal de la dificultad de la empresa se suele aducir la variabilidad del estilo, que se acomoda a la variedad de las situaciones. Pero acaso lo que en verdad ocurre, como dice el profesor Díaz [153], es que «a menudo Virgilio, como poeta, se escabulle... de nuestros análisis», igual que antaño se escabullía por las calles de Roma de aquellos que con admiración lo buscaban y lo señalaban [154].

Y se escabulle tantas veces, creemos, porque se cuida de no hacer demasiado evidente su técnica, procurando al contrario que se manifiesten preferentemente sus consecuencias, la armonía y el ritmo del verso en su conjunto: como si pensara que todos esos procedimientos, heredados de la tradición y con los que efectivamente opera, debían estar en la despensa o sótano de la poesía, no en su balcón ni en su escaparate. Pues parece, en efecto, que fuera voluntad poética de Virgilio la de difuminar toda su maquinaria estilística evitando la estridencia de cualquiera de los recursos que utiliza, la imposición o dominio de uno de ellos sobre los demás: todo está al servicio de lo otro, cuidando de no asomar más de lo justo. Así se explica que, manteniendo las aliteraciones, que eran gala brillante de la poesía arcaica, reduzca considerablemente sus dimensiones (nunca abarcan, por lo general, más de dos o tres palabras), de manera que ofrezcan su musicalidad sin altisonancia; sonoras aliteraciones

---

los que ocupa Virgilio un lugar destacado, puede leerse en su obra póstuma, en parte recopilación de trabajos ya publicados, *Principios y estudios de estilística estructural aplicados al latín y español*, Granada, 1982 (ed. preparada por J. González Vázquez).

[152] *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 275-278.

[153] M. C. Díaz y Díaz, «Virgilio poeta», en *Simposio Virgiliano*, Murcia, 1984, págs. 165-180; la cita en cuestión en pág. 178.

[154] Cf. Donato, *Vita Vergilii*, líneas 37-39, Brummer.

tiene Virgilio, pero nunca se atrevería a escribir, como Ennio, un verso tan cargado como éste de los *Annales*: *Africa terribili tremit horrida terra tumultu* (fr. 310 Vahlen), no exento de gracia por otra parte. Se explica también así que, promoviendo en el ámbito del verso las disyunciones adjetivo-sustantivo, que dan cohesión al mismo, y superando de este modo la tosca técnica enniana de construir el hexámetro por yuxtaposición de sintagmas [155], produzca versos simétricos y proporcionados, pero sin llegar a la abundancia de versos áureos —aquellos de simetría concéntrica— del neotérico Catulo o de los neoclásicos [156]. Como también ahí reside, con seguridad, la explicación de que, por comparación con poetas precedentes y posteriores, sea mayor en Virgilio el porcentaje de palabras comunes, y que el efecto poético se consiga más por la integración de dichas palabras en el conjunto que por su especial vistosidad o rareza; lo tiene escrito, entre otros, T. Haecker, en un libro que abarcaba una más amplia problemática [157]:

> Sus versos más potentes, igual que los más delicados, contienen las palabras que hablaba y escribía, entendía y empleaba cualquier romano de su tiempo. Sobre esta ley inexorable de arte clásico, que consiste en crear con las palabras más ordinarias el verso más extraordinario, en elevarse desde las palabras usadas torpemente hasta la gloria de la palabra pura... se apoya o se estrella, según los casos, todo el arte de la traducción.

En suma, un profundo sentido de equilibrio impregna por doquier la expresión virgiliana. Ello es el resultado, por una parte, de su múltiple herencia literaria, que él hubo necesariamente de armonizar, y por otra, sin duda, de su genuino temperamento comedido y conciliador, que lo guió también en su oficio de poeta. La

---

[155] Cf. A. CORDIER, *Les débuts de l'hexamètre latin. Ennius*, París, 1947; el capítulo I es el que trata de la elaboración del verso: esta agrupación de las palabras por sintagmas era una herencia del antiguo *carmen* itálico y del saturnio.

[156] Cf. J. M. BAÑOS, «El *versus aureus* de Ennio a Estacio», *Latomus* (1991), en prensa.

[157] T. HAECKER, *Virgilio, padre de Occidente*, cit. (en n. 103), pág. 55.

herencia de Homero, Apolonio y Calímaco, puesta en un platillo de la balanza, se contrapesaría con la herencia de Nevio, Ennio, Lucrecio y Catulo, puesta en el otro; a su vez, el legado de Homero y Ennio, conjuntamente, tendría que equilibrarse con el bloque formado por Apolonio, Calímaco y el epilio neotérico. Lo griego y lo romano, la solemnidad heroica de la gran epopeya, con sus acciones de implicación comunitaria, y el mundo más íntimo y sentimental del epilio; sin todos estos ingredientes, que conllevan unos modismos y recursos técnicos particulares, no hubiera sido posible esa mesura y equilibrio del estilo virgiliano de la *Eneida*.

Hay también que poner de relieve, muy relacionada con la anterior, otra característica general de la poética de Virgilio, bien formulada por Jackson Knight, y es la cohesión de los elementos integradores:

> Virgilio es grande en parte porque los aspectos de su arte convergen y se cohesionan tan bien, que es extremadamente difícil estudiarlos por separado. Por consiguiente su lengua, metro, ritmo y estilo de expresión están tan fundidos en un todo que no se hacen notar individualmente [158].

En efecto, tengamos como ejemplo los dos primeros versos del conocido libro II:

> *Conticuere omnes intentique ora tenebant;*
> *inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto.*

Nada, a primera vista, resulta excesivamente llamativo en el plano de la forma; la lectura en voz alta de los versos tal vez cautive nuestros oídos con una grata e indefinida musicalidad y hasta intuyamos un tono de solemne rotundidad que nos haga repetir la lectura; y fácilmente se adherirán a la memoria del que los lee con sosiego. ¿Qué tienen que así seducen? Acaso después de haberlos leído más de una vez, descubramos con alguna claridad sus entresijos y su escondida maquinaria. Tienen, aparte del ritmo hexamétrico común

---

[158] W. F. Jackson Knight, *Roman Vergil*, cit. (en n. 6), pág. 225.

a toda la obra, con cierto predominio espondaico, un orden verbal concéntrico conformando sendos quiasmos (en el primero: predicados verbales en los extremos del verso, y en el centro el sujeto y un predicativo del sujeto; en el segundo: el sintagma circunstancial *toro...ab alto* en *disiunctio* ocupando los extremos y en el centro el sujeto *pater Aeneas* y, concertando con él, el participio *orsus*, que constituye el predicado, aunque toda la estructura podía analizarse también como una serie de dos anillos enmarcando el nombre del héroe, justo en el centro del verso: *toro* (A)...*ab alto* (A), *pater* (B)...*sic orsus* (B), y *Aeneas* (C) en el interior de dichas correspondencias). A reforzar la simetría del verso primero contribuyen los dos casos de sinalefa que en él se dan y que han sido colocadas respectivamente en sedes equidistantes del principio y final del hexámetro, a saber, en la cuarta posición y en la novena, es decir, cuatro sedes antes del final de verso. Tienen también un abigarrado juego de homofonías apenas perceptibles y desgajables del conjunto: se repite doblemente el grupo fónico TEN (*inTENtique...TENebant*); se repite doblemente la sílaba TI (*conTIcuere...intenTIque*); igualmente la sílaba TO (*TOro...alTO*), vinculando así a las dos palabras que forman el sintagma; hay repetición triple del grupo fónico OR (*ORa...toRO...ORsus*); hay asonancia entre las secuencias *conTICUERE omnes* e *intenTIQUE ORA*, aun con esa leve variación final; como asonancia con variación vocálica hay entre las dos secuencias TOR/TER en *TORO paTER*. Y ya que entramos en el terreno de la variación en la repetición, hay que destacar, aparte de la oposición contrastiva de los tiempos verbales del primer verso, que no es resultado de una elección estilística, sino de una exigencia sintáctica para marcar la puntualidad de la primera acción y el carácter durativo de la segunda (*conticuere...tenebant*), cómo todas esas homofonías de sílabas o grupos fónicos doblemente repetidos contienen una variación cuantitativa: TEN en *inTENtique* es sílaba larga, mientras que en *TENebant* es breve la sílaba TE del grupo fónico TEN; TI en *conTIcuere* es breve, mientras que en *intenTIque* es larga; TO en *TOro* es breve, mientras que en *alTO* es larga; en la repetición triple de OR, la primera muestra tiene la vocal en sinalefa (*intentique ORa*), la segunda la tiene breve (*tORO*), y la tercera la tiene larga (*ORsus*); variación

también en los dos casos de sinalefa, por cuanto que, en el primero (*conticuer(E) omnes*) la sílaba resultante va en arsis y en el segundo (*intentiqu(E) ora*) va en tesis; y variación antitética, dentro del conjunto formado por los dos versos, y cohesionado por los señalados vínculos homofónicos, por cuanto que, en lo que se refiere a su semántica, el primero de ellos expresa la acción de quedarse en silencio los oyentes, con un sujeto plural, y el segundo, la incipiente ruptura de ese silencio, con un sujeto en singular. Por otra parte, la secuencia *ora tenebant* recoge sin duda, en una clara ambivalencia semántica, el significado de *conticuere* y de *intenti*, puesto que, dado que *ora* tanto puede referirse a las bocas como, por una frecuentísima sinécdoque, a los rostros en general, *ora tenere* puede significar «mantener (cerradas) las bocas» y «mantener (fijos) los rostros», o sugerir las dos cosas al mismo tiempo, que es sin duda lo querido por el poeta, recogiendo, como decíamos, doblemente la idea previa de *conticuere* y de *intenti*. En el comentario e indagación estilística sobre estos versos nos hemos alargado a propósito para mostrar cómo, en efecto, nada es disonante en ellos, ningún recurso sobresale entre los otros ni está empleado con demasía (las repeticiones fónicas sólo en un caso abarcaban tres términos); los niveles fónico, verbal, sintáctico, semántico y métrico se complementan en su contribución respectiva, «convergen» —por utilizar la terminología promovida, entre nosotros, por Hernández Vista— dando un perfil de absoluta cohesión e imbricación de elementos, de manera que no se hace evidente sutura ni límite ni engarce.

Decir, además de todo eso, a propósito del brevísimo texto comentado, que el predominio de vocales cerradas en el primer verso y de vocales abiertas en el segundo refuerza la oposición de significado entre ambos, que es, respectivamente, de silencio y ruptura del silencio, o si se prefiere, de cerrazón y apertura, es entrar ya sin duda en un terreno resbaladizo, en el que tantas exageraciones, desatinos y arbitrariedades se han dicho y se siguen diciendo. Que la *a* sea «a menudo un sonido trágico y triste» como en *Moriamur et in media arma ruamus* (II 353) o que pueda «estar orientada por otros sonidos en proximidad a expresar una más remota tristeza» como en *Parthenopaeus et Adrasti pallentis imago* (VI 480), que,

por añadidura, todos estos sonidos sean tristes, «*ae* amargamente, *e* rica, brillantemente triste, con lágrimas cálidas de luz crepuscular» y que la *i* sea «el más remoto de todos, la sal de las lágrimas debilitándose en la neblina», según palabras de Jackson Knight en su *Roman Virgil* [159], libro magistral por tantas otras cosas, son afirmaciones todas ellas que no podemos admitir. Y no porque rechacemos de plano esta posibilidad de colaboración o «sinergia» entre significante y significado, pues a veces, en efecto, eso ocurre y es objetivamente manifiesto, sino porque dichas afirmaciones, como ya denunciaba Hernández Vista [160], carecen de fundamento racional alguno. Con más prudencia sostenía Camps [161], en palabras recogidas y convenientemente ponderadas por Fernández-Corte [162], que el ritmo que se deriva de los recursos homofónicos produce placer por sí mismo, pero que puede servir de varios modos también para «asistir» al significado o al sentimiento que trata de comunicar el poeta. Y efectivamente, ahí, creemos, radica la cuestión: esa repetición de sonidos crea una armonía con la que formalmente se enriquece el verso, y de ese modo cumple ya su función primaria. Pero los sonidos por sí mismos no dan tristeza ni melancolía, ni alegría ni brillantez, si esos conceptos no están significados en el texto. No creemos que el poeta incurra en ninguna falta de estilo si hace proliferar el sonido *a* —en su presunta calidad, según Jackson Knight, de sonido melancólico— en contextos que hablan de alegría; porque ese sonido o cualquier otro que se repita armónicamente colaborará, y eso ya es suficiente, a construir el ritmo especial de la poesía. Como tam-

---

[159] *Ibidem*, pág. 302. Y sin embargo, a pesar de tan estridentes arbitrariedades, es su exposición sobre el estilo virgiliano una de las más extensas, abarcadoras y útiles que tenemos hasta el momento. Sigue puntualmente sus tesis el libro reciente, entre nosotros, de J. Oroz, *Virgilio*, Salamanca, 1990, págs. 162-166: ¿será verdad (cf. pág. 166) que la acumulación de la *a* «puede evocar... los pasos lentos de una novilla que pace en el campo» (en *Georg.* III 219: *pascitur in magna silva formosa iuvenca*)?

[160] *Figuras y situaciones...*, cit. (en n. 50), pág. 95.

[161] *An Introduction to Virgil's Aeneid*, cit. (en n. 38), pág. 68.

[162] En su amplia y provechosa introducción (cit. en n. 135) a la traducción de la *Eneida* por A. Espinosa Polit, pág. 100.

poco es necesario que siempre que el poeta hable de algo que implica rapidez, tenga que hacerlo en dáctilos, y siempre que hable de contenidos lentos o solemnes tenga que hacerlo en espondeos; la rapidez y la solemnidad o lentitud estarán primariamente en el texto y el poeta, potestativamente, las subrayará o no con el ritmo métrico que más convenga. Pero, en efecto, sí que se da con cierta frecuencia en Virgilio ese reparto de «sinergias» métrica-contenido [163]; la carrera del caballo sobre el llano (VIII 596) está no sólo enfatizada por el juego fónico, sino también por el ritmo exclusivamente dactílico:

quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum,

al igual que la flecha volando veloz en las nubes (V 525):

namque volans liquidis in nubibus arsit harundo;

y la solemnidad o reposo inicial del personaje que se dispone a pronunciar un discurso está, al revés, preferentemente acompañada de ritmo espondaico, como en VIII 126:

Tum regem Aeneas dictis adfatur amicis,

o en XII 18:

Olli sedato respondit corde Latinus,

verso en el que el poeta, manteniendo el arcaísmo *olli* y el ritmo espondaico del modelo enniano (*Olli respondit rex Albai Longai*), lo aligera en el quinto pie, guiado de ese comentado afán por no excederse en la utilización de sus recursos y de limar las excentricidades de su predecesor, y además, frente al hexámetro de Ennio, que tiene una cierta configuración de saturnio por su reparto de sintagmas en los dos hemistiquios, Virgilio ordena concéntricamente su nuevo verso, enmarcando el verbo entre el sintagma circunstancial

[163] JACKSON KNIGHT, ya lo hemos avisado, desarrolla hiperbólicamente este aspecto (*ibidem*, págs. 301 s.). Más razonablemente CAMPS ofrece y comenta algunos ejemplos de esta colaboración significante-significado (*ibidem*, págs. 68 ss.).

por una parte, y el dativo y el sujeto por otra. Esta majestuosidad de los prolegómenos de un discurso, reforzada con el ritmo lento del espondeo, se puede apuntar también de los versos que acabamos de comentar del comienzo del libro II. Contemplando desde esta perspectiva el texto virgiliano, y aun a riesgo de caer en los excesos que denunciamos, podría pensarse que cuando Virgilio habla de las hijas de Príamo, amedrentadas y aglomeradas en torno a su madre, junto al altar, abrazadas entre sí y a las imágenes de los dioses, y comparadas por el poeta con una bandada de palomas huyendo de la tempestad (II 515-517):

Hic Hecuba et natae nequiquam altaria circum,
praecipites atra ceu tempestate columbae,
condensae et divum amplexae simulacra deorum,

no en balde ni sólo como necesidad métrica procede a la doble sinalefa en la secuencia *condens(ae) et div(um) amplexae*, sino que con ella reforzaría el contenido (la aglomeración y el abrazo) de ese pasaje.

Ante todas estas muestras de cuidada microestructura, es el momento ya de preguntarnos si verdaderamente el poeta ponía su intención y su designio en tales menudas artimañas de su poesía. La respuesta, creo, no ha de ser otra sino que todo ello se debe alternativamente, y sin que por lo general podamos precisar si a lo uno o a lo otro, unas veces a su técnica meticulosa y plenamente consciente de lo que hacía (*in tenui labor*, había dicho él mismo en *Geórg.* IV 6), secuaz de los principios artísticos de alejandrinos y neotéricos, y otras veces a su connatural, inconsciente e intuitivo sentido del ritmo y de la belleza, o lo que es lo mismo, a su inspiración.

Así pues, precisadas estas líneas generales del estilo, tendríamos que hablar en concreto de los procedimientos fónicos (tales como aliteración, homeoteleuton, paronomasia, etc.) [164], de los basados

[164] Cf. N. I. Herescu, *La poésie latine: étude des structures phoniques*, París, 1960, donde se estudian en profundidad la repetición léxica, la aliteración y la rima.

en la repetición léxica (anáfora, epífora, anadiplosis, etc.)[165], de los fenómenos relativos al orden de palabras (quiasmo, paralelismo, anástrofe, etc.) y de los tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque, hipálage, etc.). Para ejemplificar tales procedimientos los rétores posteriores harán buen acopio de muestras en el texto de Virgilio, entendido así una vez más como maestro y modelo de la lengua poética; o más bien podríamos preguntarnos si gran parte de la teoría retórica sobre las figuras de estilo no habrá sido consecuencia de un intento de sistematización de la expresión artística del máximo poeta. Pero no vamos a hablar, ni podemos, de toda esta casuística de manera sistemática y rigurosa, porque los datos que pudiéramos ofrecer no cambiarían seguramente el marco estilístico que hemos delineado, y además el lector interesado puede fácilmente acudir a las sintéticas monografías, acompañadas de la bibliografía pertinente, bien actualizada, de la *Enciclopedia Virgiliana* sobre la mayoría de esos aspectos: sobre aliteración[166], anáfora[167], asonancia y rima[168], figuras retóricas[169], geminatio[170], hipálage[171], metáfora[172], repeticiones fono-lexicales[173], quiasmo[174] y tropos[175].

Hay sin embargo una figura de estilo, la onomatopeya[176], en la que desde siempre se ha reconocido, como constitutiva de su esen-

---

[165] Cf. C. Facchini Tosi, *La ripetizione lessicale nei poeti latini. Vent'anni di studi (1960-1980)*, Bolonia, 1983; sobre Virgilio, págs. 88-96. Este libro resume y valora la bibliografía aparecida sobre esta cuestión.

[166] «Alliterazione», por A. de Rosalia, I, Roma, 1984, págs. 113-116.

[167] «Anafora», por A. de Rosalia, I, págs. 154-157.

[168] «Assonanza e Rima», por F. Cupaiuolo, I, págs. 375-377.

[169] «Figure retoriche», por G. Calboli, II, Roma, 1985, págs. 515-520.

[170] «Geminatio», por C. Facchini Tosi, II, págs. 646-649.

[171] «Ipallage», por G. Calboli, III, Roma, 1987, pág. 11.

[172] «Metafora», por G. F. Pasini, III, págs. 500-501.

[173] «Ripetizione fono-lessicale», por C. Facchini Tosi, IV, Roma, 1988, págs. 500-505.

[174] «Chiasmo», por G. F. Pasini, I, págs. 764-765.

[175] «Tropi», por G. Calboli, V, Roma, 1990, págs. 297-304.

[176] Propiamente deberíamos hablar de «aliteración onomatopéyica». La onomatopeya, en principio, es un fenómeno que atañe a la creación léxica,

cia, la correspondencia o relación «natural» entre el significante y el significado de que antes hemos tratado, y en ella quisiéramos detenernos brevemente. La onomatopeya o armonía imitativa no es, en realidad, muchas veces —no siempre— sino una variante de la aliteración (entendida en su sentido amplio, es decir, no sólo repetición fónica al principio de palabras contiguas, sino en general repetición de fonemas en palabras próximas), en la que las repeticiones fónicas reproducen de forma evidente el sonido de aquello de que se está hablando. Son de cierta abundancia en la *Eneida* y representan una muestra más de esa «imaginación auditiva» que F. Roiron reconoció hace tiempo como típica de la poética virgiliana [177]. Cuando en su relato se habla de algún fenómeno que comporta una dimensión acústica, el poeta se esfuerza por reproducir de algún modo ese sonido. Si habla del bramido del mar en borrasca (I 124: *interea magno misceri murmure pontum*), o de los truenos que preludian la tempestad en tierra (IV 160: *interea magno misceri murmure caelum*), las repeticiones de *m* y *r* representan ese contenido; si quiere poner de relieve el ruido sibilante de la espuma marina chocando con los acantilados, lo consigue con la repetición de *s* (V 866: *tum rauca adsiduo longe sale saxa sonabant*); pero en mi opinión la más lograda de todas las onomatopeyas virgilianas (en paridad, en todo caso, con la que reproduce el zumbido de las abejas en *Égl.* I 54-55: *Hyblaeis apibus florem depasta salicti / saepe levi somnum suadebit inire susurro*) es la que ornamenta a fines del libro XII (vv. 718-722) su comparación de los dos toros en lid, mientras las terneras y el

---

y como tal está recogida y contemplada en H. Lausberg, *Manual de Retórica Literaria*, Madrid, 1980 (=Munich, 1960), II, pág. 55 (núms. 547 y 548), aludiendo al testimonio de Quintiliano en VIII 6, 31-33. Igualmente en el artículo «Tropi» de la *Enciclopedia Virgiliana*, ya citado, concretamente en pág. 300. Nosotros aquí entendemos el término en su dimensión propiamente estilística y no circunscrita sólo a la palabra: se trata de aquellas secuencias verbales en que la repetición de sonidos está en acuerdo con el sonido propio de la cosa de que se está hablando, y esto con el apoyo de la tradición escolar que entiende, p. ej., que en *Égl.* I 54-55 se produce tal fenómeno.

[177] F. Roiron, *Étude sur l'imagination auditive de Virgile*, París, 1908.

resto del rebaño esperan el resultado; oímos aquí los repetidos mugidos de los animales y su eco en el bosque:

stat pecus omne metu mutum, mussantque iuvencae,

y al fin de la comparación se repite el efecto fónico (...*gemitu nemus omne remugit*), secuencia esta última de cuatro términos que conlleva, aparte de su carácter onomatopéyico, una repartición en quiasmo de los sonidos: por su materia fónica *gemitu* se corresponde con *remugit*, y *nemus* con *omne*, según puede verse. He aquí una perfecta integración y sinergia de la forma y el contenido.

Unas cuantas consideraciones sobre esta última figura. El quiasmo o disposición cruzada de elementos según el esquema ABBA suele tratarse prioritariamente como recurso concerniente al orden de palabras. De esta modalidad los ejemplos en la *Eneida* se multiplican, siendo a veces una misma palabra repetida la que forma parte de la estructura cruzada: *praecipites atra ceu tempestate columbae* (II 516, ya citado), *maria undique et undique caelum* (V 9), *dis genite et geniture deos* (VI 642), *equum domitor debellatorque ferarum* (VII 651), *cadebant pariter pariterque ruebant* (X 756), *aeternum telorum et virginitatis amorem* (XI 583), *Appenninicolae bellator filius Auni* (XI 700), etc. Pero, como hemos visto, podemos detectar en el texto virgiliano quiasmos fónicos, e incluso, como veremos, quiasmos semánticos, cuyos componentes elementales sean no sólo las palabras sino unidades significativas más amplias que la palabra. De quiasmos fonéticos, aparte del arriba comentado de XII 722, tendríamos ejemplos como *suadentque cadentia* (II 9), secuencia que presenta el esquema cruzado de sonidos en las dos últimas sílabas de la primera palabra y dos primeras de la segunda respectivamente (*dent-que-ca-dent*); o *Anchisae magni manisque Acheronta* (V 99), algo menos puntual, secuencia en la que se corresponden fónicamente las palabras extremas entre sí y entre sí las centrales; incluso una asociación tan sonora como *pulsa palus* (VII 702) podemos analizarla como una conjunción de quiasmo vocálico (u-a-a-u) y paralelismo consonántico (pls-pls).

Nos detendremos ahora a ilustrar la esporádica tendencia en la obra de Virgilio a la reiteración de unas ideas determinadas según

el mismo esquema cruzado ABBA, con los consiguientes efectos rítmicos: es lo que podemos llamar «quiasmo de frases». A algunas muestras vistosas de *Églogas* y *Geórgicas*, señaladas por nosotros en otro lugar [178], añadimos ahora este otro texto, de concentrada expresividad, presente en el último libro (vv. 546- 547) de la *Eneida*, que cuenta la muerte y el origen de Éolo, uno de los troyanos:

Hic tibi mortis erant metae, domus alta sub Ida,
Lyrnesi domus alta, solo Laurente sepulchrum [179].

El ritmo alterno se percibe diáfano, siendo equivalentes los miembros primero y cuarto por una parte y por otra, segundo y tercero. El contraste básico es el de muerte y vida, o mejor: lugar de muerte y lugar de vida (pues es tópico, en las reseñas de muertes violentas propias de la epopeya, dar indicaciones sobre la patria del que muere, por ejemplo en *Il.* XVII 300-301, Hipótoo cayó muerto «lejos de Larisa, de fértiles glebas», que era su patria, y en el mismo libro, v. 350, Apisaón cae herido, y de él se informa: «había llegado de Peonia, de fértiles glebas»; igual topicidad en las inscripciones funerarias). Cada uno de los miembros contiene una indicación locativa: el primero, en el adverbio demostrativo *hic*; el segundo, en el circunstancial *sub Ida*; el tercero, en el locativo *Lyrnesi*; y el cuarto, en el circunstancial *solo Laurente*; a su vez, de estas indicaciones locativas, las dos últimas son precisiones a las dos primeras: «aquí», a saber: «en suelo laurentino»; «al pie del Ida», a saber: «en Lirneso»; obsérvese por otra parte que el poeta ha recurrido a la *variatio* para expresar la noción idéntica del lugar en dónde: adverbio, preposición más ablativo, locativo y ablativo sin preposición. Hay, sí, contraste de circunstancias locales formalizado como quiasmo. Y también, según ese esquema, se nos ofrece enunciado un contraste de

[178] Cf. nuestro *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid, 1980, págs. 125-127, y las explicaciones y citas que constan en nuestro estudio «Notas de estilística virgiliana», *Actas del II Seminario de retórica y Poética*, Cádiz, 1990, en prensa.

[179] «Aquí estaba la meta de tu muerte, tu elevada casa al pie del Ida; en Lirneso tu elevada casa, en suelo Laurentino tu sepulcro».

sujetos: *mortis... metae, domus alta, domus alta, sepulchrum*, con equivalencia de los dos extremos y repetición de los dos medios. No sólo eso; a su vez, entre los miembros centrales hay en la disposición de las nociones otro quiasmo: *domus alta (A) sub Ida (B), Lyrnesi (B) domus alta (A)*. La reiteración de *domus alta* tiene como consecuencia la intensificación del lejano origen, ya imposible, ya perdido, ya en el otro extremo de la línea vital que finaliza; tiene como consecuencia, en suma, la expresión superlativa del deseo de hogar desde el momento sombrío de la muerte y desde una tierra extranjera. Pero también podemos detectar otro contraste cruzado a lo largo de estos versos: con la calificación *alta* aplicada a *domus* seguramente Virgilio indicaba primariamente la magnitud del edificio, pero el adjetivo reiterado y puesto en relación contextual con *mortis* y con *solo Laurente* adquiere, secundariamente, una intensificación mayor aún si cabe. Porque «el suelo laurentino» significa ya de por sí bajeza, y la muerte tiene, especialmente en el pensamiento antiguo, connotación de hondura y descenso al reino subterráneo. De modo que, frente a la sima de la muerte, la casa alta es lógicamente mucho más alta. También entiendo que la mención del Ida, monte elevado, como se sabe, en contigüidad con *domus alta*, es intensificadora de la altura. Todas estas búsquedas y logros expresivos, que podemos calificar como recursos preciosistas, los ha puesto en juego el poeta sobre la base y modelo de unos versos de la *Ilíada* (XX 390-391):

ἐνθάδε τοι θάνατος, γενεὴ δέ τοί ἐστ'ἐπὶ λίμνῃ
Γυγαίῃ, ὅθι τοι τέμενος πατρώϊόν ἐστιν [180].

Versos homéricos estos en los que no existe ninguno de los contrastes ni alternancias semánticas que se ven en el pasaje virgiliano. Éste es uno de los resultados del *labor limae* de un poeta que sabía el secreto alejandrino de modelar cuidadosamente las unidades pequeñas, y que aunaba esta sabiduría técnica de cuño más moderno con su seguimiento de Homero. Los versos analizados se insertan, además, en uno de esos apóstrofes del poeta a sus personajes, que eran

[180] «Aquí tu muerte. Tu linaje en la laguna Gigea, donde está el territorio de tu padre».

característicos del relato épico alejandrino. Apóstrofes que restan objetividad a la exposición y promueven el acercamiento y la comunicación entre el autor y sus criaturas, ventanas por las que el poeta se introduce en su relato y contagia su espíritu al paisaje y a los personajes de los que está hablando, haciéndolos más presentes. Son versos emotivos, líricos —diríamos desde una perspectiva moderna—, que lloran sin lágrimas al soldado moribundo, quien, paradójicamente, en el momento de su muerte aparece como más vivo a nuestros ojos en virtud de la llamada del poeta.

Paremos mientes ahora, siquiera someramente, en el lenguaje icónico de la *Eneida*. En cuanto al uso de metáforas, el discurso épico virgiliano, a primera vista, no abunda en ellas. Pero es una primera impresión, fruto precisamente de la sutilidad con que el poeta las emplea y que reincide así en esa característica general que proponíamos como sello de su estilo: el comedimiento en el uso de sus recursos técnicos. Así lo especifica González Vázquez [181] al tratar de dicho tropo:

> Es éste uno de los rasgos característicos del arte literario de Virgilio: la sugerencia, la presión invisible sobre el receptor, tanto más eficaz cuanto más sutil; por eso en él está ausente la sorpresa, la frase paradójica y todos los recursos llamativos y gruesos del arte barroco.

En la breve y segura pincelada sobre la muerte de Éolo utilizaba el poeta, apenas esbozándola, una metáfora importada del ámbito hípico: *mortis metae* («las metas de la muerte»), y con ella variaba la expresión en su doble referencia al fin del guerrero. Pues *meta* significa propiamente el hito que, situado en el extremo de la espina del circo, marcaba el punto en el que tenían que girar los carros. Éolo —sugiere aquí Virgilio—, como si de un auriga se tratase, ha llegado al extremo de su carrera vital, extremo marcado con el mojón de la muerte. En alguna otra ocasión vuelve Virgilio a emplear la misma imagen, por ejemplo en V 835-836, para expresar poéticamente el paso del tiempo, la hora de la media noche: *Iamque fere mediam caeli Nox umida metam / contigerat* («Y ya la húmeda Noche había tocado casi la meta en el centro del cielo...»). La metáfo-

[181] *La imagen en la poesía de Virgilio*, Granada, 1980, pág. 28.

ra, que atañe sólo a un término y representa en este caso un uso que llegará a normalizarse en la lengua, participa, no obstante, de un campo temático que será con frecuencia para nuestro poeta fuente de su lenguaje icónico. Dirá, por ejemplo, hablando de las naves que concursan en la regata organizada por Eneas en el marco de los juegos fúnebres, que se lanzaron a navegar tan rápidas como los carros en el circo (V 144-147). Y con términos traídos del mismo campo semántico, comenzará su libro VI con estas palabras: *Sic fatur lacrimans classique immittit habenas* («Así dice llorando y a la flota le da rienda suelta»), haciendo ecuación de las naves y los caballos. En esa vía de igualación entre lo marítimo y lo terrestre se atreverá el poeta a designar el mar con la expresión «campos de Neptuno» (*arva ...Neptunia*, en VIII 695), a la que ha llegado evidentemente —puesto que *arva* se refiere a los campos de labor— a través de una ecuación entre la nave y el arado, entre el surco que aquélla deja en el agua y el surco que éste deja en el barbecho. En otra ocasión a estos «campos de Neptuno» los llamará «llanuras de sal» (*campos salis aere secabant*, en X 214), y dirá que los «cortaban con el bronce», aludiendo otra vez doblemente —he ahí un caso más de la gravidez semántica de la expresión virgiliana—, dentro del campo real, a la proa decorada con bronce y al surco en el mar, y dentro del campo de la imagen, al arado y al surco en la tierra (proa y arado aludidos metonímicamente por la materia de que están hechos, posibilitándose sólo así la doble referencia, no bisemia, del término *aere* [182]), e identificando de nuevo la navegación y el laboreo de la tierra. Y en efecto, si en gran parte las imágenes de sus comparaciones en la *Eneida* eran una prolongación del mundo agreste y animal de las *Geórgicas*, también sus metáforas vuelven, de cuando en cuando, al dilecto tema de la agricultura. Cuatro ámbitos temáticos principales señala Pasini [183] como fuentes del lenguaje metafórico de Virgilio en toda su obra: el campo, la navegación, la equitación y el arte militar. Pero en la *Eneida*, que levanta

---

[182] Cf. «Aes», por L. PIRCIO BIROLI STEFANELLI, en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 41-42. En la misma línea expresiones como *spumas salis aere ruebant* (I 35), *classis aeratas* (VIII 675) y *aeratae prorae* (X 223).

[183] Art. «Metafora», ya citado, de la *Enc. V.*, III, pág. 501.

su argumento en torno a la navegación y la guerra, son más frecuentes las referidas al primero y tercero de esos campos, por una lógica voluntad poética de variación y contraste [184].

Fijémonos aún en estas denominaciones: «campos de Neptuno», «llanuras de sal». Con ellas Virgilio se avecina a la metonimia y sinécdoque, figuras —a menudo confundidas en un todo— que se basan en un desplazamiento referencial de la causa al efecto, o viceversa, y de la parte al todo, o viceversa. Son modos de sugerir, más que de precisar. De entre las metonimias, son relativamente frecuentes las mitológicas: es reiterado en el texto de la *Eneida*, y en la poesía antigua en general, el trueque de una cosa o actividad por el nombre del dios que la patrocina, que es, por así decirlo, su causa; de modo que el nombre de Ceres, diosa de los cereales y del pan, sustituirá al trigo mismo en I 177 (*Cererem corruptam undis*), o Vulcano, dios del fuego, será nombrado en vez del fuego en V 662 (*furit inmissis Volcanus habenis*), del mismo modo que Marte aparecerá en lugar de la guerra en II 440-441 (*sic Martem indomitum Danaosque ad tecta ruentis / cernimus*) y Baco en lugar del vino en muchos pasajes, como I 215 (*implentur veteris Bacchi pinguisque ferinae*); incluso el poeta, saltando del vino a Baco, y entendiendo que Baco es un dios, se atreverá a decir en IX 336-337, de alguien que había bebido mucho, que estaba abatido «por el mucho dios» (*multoque iacebat / membra deo victus*) [185]. Igual de frecuentes son las sinécdoques, como cuando, tan a menudo, el poeta se fija exclusivamente en una de las partes de la nave en lugar de hablar de la nave en su integridad; en realidad, la primera palabra de la obra, *arma*, en su intención de referirse a los combates en general de la segunda parte, es una ilustrativa muestra de sinécdoque [186].

---

[184] Para un catálogo de metáforas virgilianas, cf. la obra ya citada (en n. 181) de J. González Vázquez, págs. 43-45, que se refiere asimismo, y con especial énfasis, a las comparaciones, y da catálogo de ejemplos de otros tropos como la hipálage, metonimia, sinécdoque y personificación (*vid.* págs. 39-49).

[185] Cf. L. Rubio, en su citada (en n. 146) ponencia, págs. 362-365.

[186] En realidad creemos que no se opera ninguna sustitución semántica

En una cuestión concreta, como es el uso de la hipálage, se nos revela Virgilio más cercano a la poética contemporánea [187], en la que son tan frecuentes los desplazamientos calificativos y sinestesias. Los ejemplos virgilianos más representativos [188] son seguramente el de I 7 (*altae moenia Romae*) y el tan famoso de VI 268 (*Ibant obscuri sola sub nocte per umbram*). Efectivamente, desde una percepción común de la realidad, resulta chocante hablar de la altura de Roma en vez de la altura de sus murallas, como sorpresivo resulta llamar «solitaria» a la noche y «obscuros» a los personajes que caminan en la noche. Pero, en realidad, mejor que hablar de desplazamientos calificativos, tendríamos que hablar, como en el caso de la metonimia y la sinécdoque, de una particular manera de ver el poeta la realidad que describe o narra; el poeta no opera ningún desplazamiento, sino que percibe e intenta hacer percibir facetas de la realidad no descubiertas en la experiencia común, tales como la altura de Roma, la soledad de la noche y la obscuridad de la Sibila y del héroe, que precisamente baja al infierno para hacer claro su destino.

Y con esto dejamos la cuestión del estilo, no sin apuntar que, al igual que en un verso, o en un grupo de versos que formen episodio, hay lugares en los que se pone más énfasis expresivo y se detecta en ellos mayor abundancia de recursos, así también, a lo largo de toda la obra, hay pasajes más marcados que otros, y precisamente los menos marcados han de valorarse como elementos de una alternancia de intensidad y distensión expresiva [189].

---

en estas figuras, sino sólo una sustitución poética, una ruptura de lo psicológicamente esperado, un salto entre conceptos próximos. Pero esto no es decir que «Baco» signifique «vino» en determinados pasajes, y sólo en una traducción irrespetuosa para el autor traducido, aunque intencionadamente condescendiente con el lector, se puede operar ese cambio; en ese caso, el poeta ve al dios y no al vino: así hemos de suponerlo en un principio.

[187] Cf. C. Bousoño, *Teoría de la expresión poética*, II, Madrid, 1985 (=1952), págs. 154 ss.

[188] Puede verse una lista de ejemplos en J. González Vázquez, *op. cit.* (en n. 181), pág. 40.

[189] Cf. J. C. Fernández Corte, en su antes citada (en n. 135) introducción a la *Eneida*, pág. 102: «Son precisamente estos contextos relativamente mates los que facilitan por contraste la aparición de cimas poéticas».

Pervivencia de la «Eneida» (con especial atención a la literatura latina antigua y a la literatura española)

Del mismo modo que prácticamente toda la literatura clásica anterior a Virgilio aparece reflejada en la *Eneida* en un sabio juego de intertextualidades, de contaminaciones y transformaciones, que consiguen gestar un producto unitario y obra de arte original, así también toda la literatura posterior a ella queda marcada inevitablemente por su sello [190]. De manera que la epopeya de Eneas se erige como un centro receptor y emisor al mismo tiempo. Y aun ese centro emisor que decimos no lo es sólo sobre el ámbito literario, al que aquí nos limitaremos, sino artístico en general [191].

---

[190] Para el influjo en la literatura romana posterior, cf. L. Valmaggi, «Il 'virgilianismo' nella letteratura romana», *Riv. di Fil. e d'Istr. Class.* 18 (1890), 365-399, quien lo define plásticamente como «enfermedad crónica».

[191] Supervivencia artística de la que, por recordar unas muestras relevantes, aludiremos al grupo escultórico del Bernini, sobre Eneas y Anquises, en Roma, Galería Borghese; al cuadro del Guercino, sobre la muerte de Dido, en Roma, Galería Spada; y a la ópera *Dido y Eneas* de Purcell (cf. Ruiz de Elvira, «Mitología y Música», *Scherzo* 54 (mayo, 1991), 84-91, esp. 90-91, donde se hace constar que Dido es protagonista de otras 75 óperas más, de las cuales un total de 64 tienen como libreto la *Didone abbandonata* de Metastasio). En Schanz-Hosius, *Römische Literaturgeschichte,* II, Munich, 1967, pág. 102, se encontrará la bibliografía pertinente a la influencia de la *Eneida* sobre el arte antiguo, bien visible sobre todo en Pompeya. De la pervivencia artística posterior da cuenta el artículo «Eneide» de la *Enciclopedia Virgiliana*, en su parte relativa a «La tradizione figurative» (II, págs. 302-305, por F. Piccirillo). En relación con la supervivencia musical, véase la parte del mismo artículo correspondiente a «La tradizione musicale nel Medievo» (págs. 305-306, por R. Monterosso), así como el artículo «Dido» (*ib.*, II, págs. 48-63), en lo referente a «Fortuna musicale» (págs. 60-63, por M. Sala). El cine, sin embargo, no se ha prodigado en desarrollos del argumento de la *Eneida*. Un reciente film, de inspiración feminista, de Lina Mangiacapre (producción italiana, 1987) titulado *Didone non è morta* es casi la única muestra (véase la presentación del mismo por la propia directora en el libro conjunto *Énée & Didon. Naissance, fonctionnement et survie d'un mythe,* París, 1990, págs. 181 ss.), con sólo el precedente de la película muda

Vidal en su introducción general a Virgilio [192], además de ocuparse en concreto de las secuelas de *Bucólicas* y *Geórgicas*, trazó ya las líneas maestras de las repercusiones de la obra completa del Mantuano (fama en vida, detractores, presencia en la escuela, reflejos en la epigrafía y en la obra de Columela, Calpurnio, Séneca, Petronio, Quintiliano, Tácito, Gelio, Floro, comentarios de Macrobio, Donato, Servio, centones, prestigio entre los autores cristianos, presencia en la literatura medieval, acogida en la *Divina Comedia*, difusión durante el Renacimiento, influencia en la literatura española de *Bucólicas* y *Geórgicas*, etc.) y eso ya nos dispensa a nosotros de atender a ese marco general. A sus páginas remitimos. Y estas nuestras que siguen, referidas en especial a la perduración de la *Eneida*, no serán sino continuación de aquéllas.

La consideración de Virgilio como un clásico y como el modelo, en su *Eneida*, del género épico se da desde fecha muy temprana y desde luego se vio favorecida por la inclusión de su obra como texto escolar (en lo cual se dice que fue pionero el liberto de Ático, Q. Cecilio Epirota). Creo que es Ovidio quien de una manera rotunda y pionera lo testimonia en su obra. Aparte de las evidentes diferencias de temperamento e ideología, hay en la abundantísima producción del de Sulmona un frecuente remitirse a los temas virgilianos [193]. Ya desde su primera obra y desde su primer verso, pues el comienzo de *Amores*, con esa *recusatio* originalísima, contiene una sutil alusión (en la palabra inicial, *arma*) a la *Eneida*, a la que

---

Didone abbandonata de L. Maggi (1910), sobre la cual, véase el artículo «Cinema» en *Enc. V.* I, págs. 784-785, por G. Antonucci. La televisión italiana produjo también una pobre versión de la epopeya latina en 6 capítulos, dirigida por F. Rossi (1970-1971), que fue pasada también en España (véase el artículo «Televisione» en *Enc. V.* V, pág. 74, a cargo del mismo G. Antonucci).

192 *Op. cit.*, págs. 106-133.

193 Cf. el estudio monográfico de S. Döpp, *Vergilischer Einfluss im Werk Ovids*, Munich, 1968, que, no obstante su enorme mérito, se queda corto en el rastreo. *Vid.* ahora M. v. Albrecht, «Ovidio», en *Enc. V.* III, Roma, 1987, págs. 907- 909, y la bibliografía a que se hace referencia en dicho artículo.

parece considerarse como emblemática del género épico. Las alusiones salpican su obra amatoria, pero lógicamente apuntando siempre al escaso material amoroso presente en la *Eneida*: la aventura de Eneas y Dido. Amores estos de la reina de Cartago y el troyano fugitivo que desarrolla en una bien meditada recreación a lo largo de la *Heroida* VII, en la que Dido abunda en sus razones para retener a Eneas; si Virgilio, al incluir este episodio en su epopeya, hacía una concesión a la tendencia de la poesía helenística por los temas amorosos, Ovidio explota más aún el argumento en este sentido y despoja a la aventura de su solemne y grandioso marco sobrenatural. A Eneas mismo en las *Metamorfosis* lo llama *Cythereius heros* (XIII 625 y XIV 584) como queriendo acentuar los vínculos con el amor del antepasado de Roma y de Augusto, y, al contar su peregrinación, hace un sumario de la *Eneida* (XIV 75 ss.), pero orientado hacia aquel tema que constituía el hilo conductor de su obra, la transformación de unos seres en otros, y operando en su *retractatio* de la leyenda con ampliación de lo que en Virgilio sólo estaba esbozado y abreviación de lo que en la *Eneida* estaba más desarrollado. Aparte de este virgilianismo de los últimos libros de las *Metamorfosis*, en los que parece que los críticos cifran exclusivamente la deuda con el Mantuano [194], pueden observarse a lo largo de toda la obra remembranzas y recreaciones de los temas épicos de la *Eneida* [195]. En los *Fastos* (III 559 ss.), en relación con las fiestas de Anna Perenna, desarrolla otra vez el tema de Dido y Eneas y la figura de Ana, la hermana de Dido. Y finalmente, en las elegías del destie-

---

[194] Así por ejemplo, BÜCHNER, *op. cit.* (en n. 41), pág. 538.

[195] Tempestad (cf. nuestro estudio citado en n. 178, «Tempestades épicas», págs. 127-128), triángulo Eneas-Lavinia-Turno reproducido en el triángulo Perseo-Andrómeda-Fineo, con guerra consiguiente (IV 610-V 249: cf. nuestro estudio «Perseo y Andrómeda: versiones antiguas y modernas», *Cuad. de Fil. Clás.* 23 (1989), 51-96, esp. 59-62), dos amigos, Atis y Licabante, que perecen combatiendo en mutua defensa como Niso y Euríalo (V 46-73), Dafne (I 452 ss.) con rasgos de Camila (cf. nuestro artículo citado «Camila: génesis, función y tradición...», págs. 50-51), ciervo de Cipariso (X 109 ss.) con rasgos del ciervo de Silvia (cf. nuestro estudio *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid, 1980, págs. 599-602), etc.

rro, el personaje de Eneas y sus avatares es constante elemento de comparación con el propio Ovidio y la tempestad descrita en su viaje a Tomis (*Trist.* I 2) tiene elementos literarios de la sufrida por Eneas. Dice Ovidio en su elegía autobiográfica que a Virgilio sólo tuvo tiempo de verlo y no de conocerlo a fondo (*Trist.* IV 10, 51); sin embargo, si personalmente no pudo tratarlo como hubiera querido —y de eso parecen dolerse las palabras *Vergilium vidi tantum*—, sí que leyó, estimó y dialogó con su máxima obra a lo largo de todas las suyas. Un contundente juicio de valor (en la línea de Propercio II 34, 65-66) emite, en fin, acerca de la *Eneida*: se trata, en su opinión, de la obra más «esclarecida» del Lacio (*Arte de amar* III 337-338). Con Ovidio, pues, comienza a configurarse ese clasicismo virgiliano que con tan crecida vehemencia se manifestará en la literatura de la Edad de Plata.

Aunque es en la épica donde la *Eneida* se proyecta como modelo de una forma más constante e intensa, ecos y reminiscencias de ella pululan por doquier y sin fronteras en el campo extenso de lo literario. Séneca, por ejemplo, no sólo en sus obras en prosa [196] deja leer su admiración por Virgilio, hasta el punto de llamarlo *maximus poetarum* en el *De brevitate vitae*, sino que el influjo de la *Eneida* se vislumbra en ciertos pasajes de sus tragedias: el personaje de Dido, en concreto, actúa modélicamente en la creación de alguna de sus heroínas [197]. En la novela de su coetáneo Petronio brota simultáneamente la admiración hacia Virgilio como modelo (sobre todo

---

[196] Donde lo cita a menudo e inserta reminiscencias de su obra recurriendo a una técnica casi centonaria: cf. J. L. VIDAL, «Sobre reminiscencias de Virgilio en la literatura de época claudia», *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, II, Madrid, 1983, págs. 237-243, con la bibliografía allí citada; cf. asimismo la citada «Intr. general a Virgilio», pág. 114 y nota 246. Véase también «Seneca, Lucio Anneo», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 766-768; y últimamente, M.ª F. MARTÍN SÁNCHEZ, «Virgilio en Séneca», *Helmantica* 41 (1990), 201-216, donde se pone convenientemente de relieve el acercamiento operado por Séneca entre el Eneas virgiliano y el sabio estoico.

[197] Cf. E. FANTHAM, «Virgil's Dido and Seneca's Tragic Heroines», *Greece & Rome* n. s. 22 (1975), 1-10.

en el pasaje de la caída de Troya) y la parodia de sus temas, como puede verse en el episodio de la matrona de Éfeso, que no parece ser sino una distorsión del episodio de Dido; por otra parte, el uso de la técnica centonaria, que en época cristiana será de mayor frecuencia, se deja ver en el breve poema de CXXXII 11, construido con retazos virgilianos del encuentro de Dido y Eneas en el infierno y de la muerte de Euríalo, pasaje en el que los versos pierden por completo la sobriedad de su antiguo tono al encasillarse en un contexto obsceno. Es frecuente, además, el recurso a expresiones bien conocidas y ya emblemáticas del texto de la *Eneida*, como *Sic notus Ulixes*? o *Haec ubi dicta dedit*, que aparecen en XXXIX 3 y XLI 5 respectivamente [198]. Calpurnio Sículo, aunque imitador en sus *Églogas* de la faceta bucólica virgiliana, inserta entre sus temas una importante reminiscencia de la *Eneida*: la descripción del ciervo doméstico, premio del concurso de canto (*Égl.* VI 32-45), que está inspirada en la descripción del ciervo de Silvia (*En.* VII 483-492).

Después de las *Metamorfosis* de Ovidio, el segundo gran poema épico posterior a Virgilio y con huellas suyas es la *Farsalia* de Lucano, sobre la guerra civil cesáreo-pompeyana. Suele hacerse hincapié en su posición encontrada y «antifrástica» con respecto al gran modelo. Es verdad, sí, como señala Büchner [199], que Lucano opone una visión desesperada de la historia a la fe virgiliana de hallarse en la plenitud del tiempo. Además, el temperamento racionalista de Lucano y la materia histórica que eligió como argumento —mucho más cercana en el tiempo que la de Silio Itálico— limitaban extraordinariamente su vuelo poético y le impedían distanciarse de lo puramente historiográfico. En consecuencia, no tenemos aquí la maquinaria divina que en la poesía épica anterior ocupaba tan destacado papel y el argumento, en líneas generales, se ajusta a la realidad de los hechos. Pero es también cierto que su lengua es en gran medida la del Mantuano y que, cuando es posible, acomoda su materia

---

198 Cf. M. Coccia, «Petronio», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 79-81. Y entre nosotros, el citado art. (en n. 196) de J. L. Vidal, «Sobre reminiscencias...».

199 *Op. cit.* (en n. 41), pág. 539.

a los moldes tradicionales [200]. Puede decirse, en conclusión, que Lucano, como poeta épico, buscó su propio camino, pero no dejó de tener en cuenta la normativa y la tópica del género consagradas por Virgilio [201].

La llamada *Ilias Latina*, compendio latino de la *Ilíada* homérica en 1.070 hexámetros, compuesto aproximadamente hacia el 65 d. C. [202], no puede tampoco explicarse al margen de Virgilio; el anónimo poeta concede más espacio en su resumen a los pasajes homéricos consonantes con el texto virgiliano. «Enteros episodios —dice Scaffai [203]— están modelados sobre la *Eneida*, como la expedición nocturna de Dolón (vv. 703 ss.) que calca la de Euríalo y Niso, en tanto que los continuos reclamos de la «lengua poética» de Virgilio constituyen el filtro lingüístico y estilístico a través del cual se vuelve a narrar la trama homérica, con una técnica que parece preludiar a veces la artificiosidad de los centones en las numerosas comparaciones, en las descripciones de las horas del día, en las escenas de batalla».

Después de la obra satírica de Horacio, es la *Eneida* la obra más citada y utilizada por Persio. Los ecos virgilianos se encuadran en

---

[200] Si falta en el prólogo la invocación a la Musa, no falta, en cambio, la declaración de canto en la línea virgiliana, sustituyendo el *cano* por un *canimus* (he ahí, en una cuestión tan nimia, un ejemplo de tradición e innovación); hay catálogo de tropas (III 169 ss.); hay tempestad sufrida por César (V 560 ss.: cf. nuestro artículo, ya citado «Tempestades épicas», pág. 129.); hay inserción, como en la *Eneida*, de un mito etiológico sobre Hércules (IV 593 ss.); hay un banquete de Cleopatra, paralelo al de Dido, con largos parlamentos de sobremesa (X 106 ss.); hay resurrección de un cadáver por una maga con el fin de inquirirle sobre el futuro (VI 570 ss.), lo cual no es sino intencionada sustitución de la catábasis de Eneas; etc.

[201] Cf. E. NARDUCCI, «Lucano», en *Enc. V.* III, Roma, 1987, págs. 257-260, y la bibliografía que se ofrece allí.

[202] Cf. M. SCAFFAI, «Ilias Latina» en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 911-912, con la bibliografía allí citada, a la que hay que añadir M.ª F. DEL BARRIO, «Originalidad de la *Ilias Latina* frente al texto homérico», *Actas del II Congreso Andaluz de Est. Clás.*, II, Málaga, 1987, págs. 147-153.

[203] Art. cit. (en n. 202), pág. 911.

un fondo horaciano añadiendo —como precisa F. Bellandi [204]— connotaciones de solemnidad al discurso satírico, por lo general más humilde y anclado en el vocabulario de lo cotidiano. Sus referencias al material virgiliano [205] están, sin embargo, exentas de burla y parodia tanto como de idealización.

Juvenal, en cambio, hace un manifiesto uso paródico o «antifrástico» [206] del texto virgiliano, y deja clara la gran distancia que media entre el género satírico, que él cultiva, y el género épico (VII 66 ss.): la misma que separa la mitología de la realidad, los nobles héroes del pasado ancestral y los inmorales individuos de la contemporaneidad [207]. Pero, aunque sea de ese modo adversativo, Virgilio ocupa un puesto importante entre las fuentes del satírico Juvenal.

Del mismo modo Marcial, condicionado por el marco del epigrama, género menor, mantiene una relación dialéctica con Virgilio, como representante máximo de la poesía elevada. Las numerosas alusiones y reminiscencias tienen como función, al igual que en la sátira de Juvenal, la de subrayar distancias entre los dos niveles poéticos, revistiendo por lo general un carácter paródico [208]. Pero, aparte

---

[204] «Persio» en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 33-36. Véase la bibliografía allí citada.

[205] Por ejemplo, en I 96, donde se citan las primeras palabras de la *Eneida* para designar la obra misma, según uso bastante común, y en V 5 ss., donde se alude al episodio de la Sibila y el Cancérbero de *En.* VI 420 ss.

[206] Cf. E. Flores, «Giovenale», *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 747-748, y la bibliografía que se cita.

[207] Parodia tenemos, p. ej., en IV 34-36 a propósito de la invocación a Calíope de *En.* IX 525 ss. y, en realidad, toda la sátira IV es un juego de enfrentamiento con los ingredientes de la epopeya.

[208] Sirva como ilustración de lo dicho el divertido ejemplo siguiente (III 78):

Minxisti currente semel, Pauline, carina.
meiere vis iterum? iam Palinurus eris.

[«Te orinaste una vez, Paulino, mientras la barca navegaba. ¿Quieres orinar otra vez? Serás Palinuro entonces»].

El poeta, como es su costumbre, se burla de todo exceso, desvío o excentricidad, sea inocente o culpable; aquí se encara con un tal Paulino, que acaso

de ello, Marcial alude siempre elogiosamente a Virgilio, designándolo con epítetos tales como *magnus, summus, aeternus, sacer*. Su posición enfrentada al género épico, tal como se cultivaba en su época [209], no le estorba, pues, para mantener una incondicionada admiración hacia el que era modelo supremo de ese género y cima, al mismo tiempo, de la poesía romana.

En la épica imperial Lucano, con su parcial enfrentamiento a Virgilio, queda como un caso aparte. Aun así, como veíamos, ni siquiera Lucano es imaginable sin Virgilio, y menos aún lo son Silio Itálico, Estacio y Valerio Flaco.

Que Silio, que tantas muestras de veneración por el de Mantua dio en su vida privada, siga en sus *Punica* las hormas virgilianas, aunque su materia provenga de Tito Livio, es algo que se ve a primera vista. Incluso ciertas deformaciones y añadidos materiales proceden de su imitación de la *Eneida*: ya de ello es señal el inicial enfrentamiento de Juno y Venus, pues frente a la renuncia de Lucano a incorporar en su epopeya histórica todo el aparato divino tradicional, Silio se inserta plenamente en las normas del género, a pesar de su argumento igualmente histórico, y hace intervenir en la secuencia de la acción a los mismos dioses de la *Eneida*. Los tópicos

padeciera de incontinencia urinaria, y construye un juego de palabras aliando su nombre con el del mítico piloto de Eneas. Palinuro, muerto al caer al mar por efecto de un sueño inoportuno (V 833 ss.), no tiene nada de cómico en el texto virgiliano. Pero Marcial interpreta su nombre con una ficticia y jocosa etimología y lo trae a la esfera del humor que le es propia; o dicho de otra manera: se lo roba a Virgilio, le despoja de su veste épica y lo envuelve en las ropas del epigrama. Marcial insinúa que el nombre del piloto haya que interpretarlo, según una derivación griega, como «el que orina por segunda vez», de modo que se convierte en un oportunísimo apelativo con que rebautizar a este tal Paulino: porque mantiene una consonancia fónica inicial con el nombre del personaje y porque el significado está de acuerdo con las costumbres del mismo.

[209] Cf. M. CITRONI, «Marziale», en *Enc. V.* III, Roma, 1987, págs. 396-400. *Vid.* asimismo A. FONTÁN, «Marcial y Estacio: dos vates contemporáneos, dos poéticas contrapuestas», *Actas del Simposio sobre Marco Valerio Marcial, poeta de Bílbilis y Roma*, Zaragoza, 1987, págs. 339-355.

virgilianos sirven de molde a la materia histórica y motivan la creación de personajes y escenas de los que la historiografía no ofrece testimonio alguno [210].

Lo mismo hay que decir de Estacio, que escribe su *Tebaida* en doce libros y la divide en dos mitades: los 6 primeros contienen los antecedentes y preparativos de la guerra y los 6 últimos la guerra misma; esto ya es suficiente indicio de virgilianismo [211]. Es conocido, además, el epílogo en el que, dirigiéndose a su obra, le pide que no se atreva a competir con la *Eneida*, a la que califica de «divina» (XII 816-817):

Vive, precor, nec tu divinam Aeneida tempta,
sed longe sequere et vestigia semper adora [212].

Seguimiento —a la distancia que le permite su genio artístico— y adoración que el autor demuestra con la creación de numerosos episodios análogos a los del modelo [213]. Con razón, pues, en *Silv.*

---

[210] Así, sin precedente ninguno en Livio y sólo por deseo de plegarse al contenido virgiliano, introduce en el libro II a la princesa Asbita, hija de Yarbas el garamante, que acude con una tropa de mujeres a guerrear en favor de Aníbal en Sagunto y que no es sino una proyección de Camila (cf. nuestro artículo «Camila: génesis, función y tradición de un personaje virgiliano», cit., pág. 51). Ya casi al fin de su epopeya (*Pun.* XVII 236-291), hay una tempestad heredera de la de la *Eneida* (cf. nuestro artículo «Tempestades épicas» ya citado, pág. 130). El escudo de Aníbal (II 395 ss.) está descrito con igual morosidad que el de Eneas (cf. A. Zapata Ferrer, *La écfrasis...*, cit. en n. 145, págs. 131-132), la cierva de Capis (XIII 114-124) tiene rasgos del ciervo de Silvia, y la catábasis de Escipión (XIII 395 ss.) se corresponde con la de Eneas.

[211] Cf. P. Venini, «Stazio», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 1015-1017, y la bibliografía allí citada.

[212] «Vive, te lo ruego, y no intentes competir con la divina *Eneida*; antes bien, síguela de lejos y adora siempre sus huellas».

[213] Tales como las tempestades del libro I 336 ss. y V 361 ss.(cf. nuestro artículo «Tempestades épicas», pág. 132), los juegos fúnebres en honor de Arquémoro (VI 249 ss.), deudores de los organizados por Eneas en memoria de Anquises (cf. R. Mª. Iglesias Montiel, «Los juegos fúnebres del libro

IV 2, 8 ss. el poeta llama a Virgilio *magnus magister*. De la presencia de Virgilio épico en las *Silvas* de Estacio puede servir de vistosa ilustración la V 4, la plegaria al Sueño, que parte, como modelo inmediato de *En.* IV 522-527 [214].

Referente obligado es también la *Eneida* para las *Argonáuticas* de Valerio Flaco. No ya sólo porque dicha epopeya, como la *Eneida*, tenga una estructura bipartita, pues también en esto coincide con la de Apolonio, sino porque el modelo argumental virgiliano condiciona la presencia de sucesos ajenos a Apolonio, la fuente principal, y a la leyenda argonáutica en general. Así, proliferan más aquí que en la epopeya helenística los episodios guerreros y el Jasón de Valerio se parece más a Eneas que al Jasón de Apolonio [215]. Valerio Flaco es, además, a juicio de Büchner [216], el más próximo

VI de la *Tebaida* de Estacio», *Cuad. de Fil. Clás.* 15 [1978], 167-199), la caza de los tigres de Baco en VII 564 ss., como la del ciervo doméstico de Silvia (cf. S. Franchet d'Espèrey, «Variations épiques sur un thème animalier», *Rev. des Ét. Lat.* 55 [1977], 157-172), y la expedición nocturna de Tiodamante y los suyos, junto con la aventura de Dimante y Hopleo, episodios del libro X que contienen elementos del pasaje virgiliano de Niso y Euríalo (cf. R. Mª. Iglesias Montiel - M.ª C. Álvarez Morán, «El pasaje de Niso y Euríalo en Estacio», *Simposio Virgiliano*, Murcia, 1984, págs. 353-367)

[214] Cf. G. Laguna Mariscal, «La *silva* 5.4 de Estacio: plegaria al Sueño», *Habis* 21 (1990), 121-138.

[215] Las tempestades de I 574 ss. y VIII 318 ss. proceden de la de la *Eneida* (cf. mi ya citado artículo «Tempestades épicas», págs. 131-132) y carecen de precedente en el rodio. La muerte del león de Cibeles por mano de Cízico (III 19 ss.) evoca la muerte del ciervo de Silvia por Ascanio (obsérvese, en lo concerniente a la tradición de este tópico del género, la curiosa cadena de variantes: ciervo de Silvia en Virgilio, ciervo de Cipariso en Ovidio, cierva de Capis en Silio, tigres de Baco en Estacio, león de Cibeles en Valerio...). El pugilato de Ámico y Pólux (IV 225 ss.) es una proyección del de Dares y Entelo. La intervención de las Amazonas en ayuda de colcos y argonautas y en contra de los escitas, con destacada actuación de su reina Euríale (VI 367-380), fue impulsada por el pasaje virgiliano relativo a Camila y su ejército de mujeres (cf. nuestro artículo «Camila: génesis, función y tradición...», pág. 52). Y así en muchos otros casos.

[216] Op. cit., pág. 539.

a Virgilio, sobre todo en el autónomo desarrollo ulterior del lenguaje virgiliano pleno de espiritualidad.

Ya Vidal señalaba [217] el impacto de la obra virgiliana en Quintiliano y Tácito, las huellas de su fama en autores arcaizantes del siglo II como Gelio y Floro y cómo la escuela se constituye en centro de propagación de la obra virgiliana.

El afán por remontarse a los escritores más antiguos de la romanidad, no es obstáculo, en efecto, para que el prestigio de Virgilio se mantenga incólume. Un autor como Apuleyo, hijo de su época, lo cita abundantemente en su obra retórica y filosófica, y en su novela presenta determinados pasajes que pueden leerse como parodia o simple imitación del texto épico virgiliano: la *novella* de Cárite (*Met.* VIII 1-14) tiene ascendencia indudable en la narración de Dido [218] y, en ella, una expresión tan característicamente virgiliana como *fuit Ilium* (*En.* II 325), usada allí para indicar el fin de Troya, aparece tomada otra vez para hablar de la muerte de Cárite: *fuit Charite* (*Met.* VIII 1); el relato de la toma de Troya mediante el engaño del caballo ha proporcionado el modelo argumental para la *novella* narrada en *Met.* IV 13-21, en la que unos ladrones recurren al expediente de disfrazar a uno de los suyos con una piel de osa para robar en una rica mansión [219]; y en el cuento de Psique, aparte de que la catábasis de la muchacha evoca la correspondiente de Eneas, el vocabulario de la epopeya interviene, como un elemento más,

---

[217] En su citada introducción, págs. 114-117.

[218] Cf. C. Moreschini, «Apuleio», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 243-245, y del mismo autor «Charite and Dido», *The Class. World* 37 (1943-1944), 39-40.

[219] Cf. mi artículo «Tratamiento del mito en las novelle de las *Metamorfosis* de Apuleyo», *Cuad. de Fil. Clás.* 10 (1976), 309-373, esp. 331-334, y posteriormente, con ignorancia u omisión voluntaria de toda bibliografía precedente, A. La Penna, «Una novella di Apuleio e l'*Iliupersis* virgiliana», *Maia* 37 (1985), 145-147; por último, sobre este mismo asunto, glosando y comentando más en detalle los paralelismos por mí aducidos, S. A. Frangoulidis, «Vergil's Tale of the Robber-Tale of Thrasyleon», *La Parola del Passato* 257 (1991), 95-111.

para dar realce a la expresión, especialmente florida, de que se reviste esta narración central de la novela.

Aunque es cosa discutida, parece bastante probable que la *Eneida* influyera en ciertas obras de la literatura griega como los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna y el poema de Trifiodoro sobre la conquista de Troya [220]. Este es un honor que a pocos autores romanos les había cabido. Ya antes, el episodio de Dido, en opinión de Cataudella y Büchner, se había proyectado en la novela de Caritón [221].

El colapso de la literatura en el siglo III supone también, lógicamente, una imposible presencia de Virgilio. Sólo con el renacimiento del siglo IV y con el comienzo de la literatura cristiana vuelve otra vez a estar en el candelero. Es casi como decir que hay Virgilio donde y cuando hay literatura. El virgilianismo atañe a la obra, aún anclada en los temas paganos, de Ausonio y Claudiano. En la de Ausonio menudean los injertos de secuencias virgilianas o versos enteros incluso (p. ej. en *Mos.* 460 y *Epist.* 12, 15), siendo, no obstante, su más claro testimonio de inclinación por el poeta el *Cento Nuptialis* [222]. Modelo sigue siendo Virgilio para los poemas épico-panegíricos de Claudiano, pero la influencia es más visible en el *De raptu Proserpinae*, tanto en la elección del léxico y en la adaptación de determinadas junturas verbales, como en la recreación de temas concretos: así en la descripción de los infiernos (II 325-360) [223].

[220] Cf. los artículos de G. D'Ippolito en *Enc. V.*, «Quinto Smirneo», IV, Roma, 1988, págs. 376-380, y «Trifiodoro», V, 1990, págs. 268-271, y la bibliografía que en ellos se aduce.

[221] Cf. Q. Cataudella, «Riflessi virgiliani nel romanzo di Caritone», *Athenaeum* n. s. 5 (1927), 302 ss., y Büchner, *op. cit.* (en n. 41) , pág. 550, obra esta última a la que remitimos (págs. 549 ss.) para más noticias sobre Virgilio en el mundo griego.

[222] Cf. S. Prete, «Ausonio», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 422-423, y la bibliografía que allí se ofrece. Entre nosotros, *vid.* A. Alvar, *Décimo Magno Ausonio. Obras*, I, Madrid, 1990, Introd., pág. 115. *Vid.* además E. Montero Cartelle, «Transformaciones semántico-literarias en el *Cento Nuptialis* de Ausonio», *Actas del V Congr. Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 599-602.

[223] Cf. A. Fo, «Claudiano», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 815-817, y M.ª D. Castro Jiménez, *El mito de Prosérpina: fuentes grecolatinas y*

En las *Saturnales* de Macrobio, la conversación gira fundamentalmente en torno a la obra de Virgilio, que —como dice Vidal [224]— «pasa a ser considerado algo así como la Biblia de las personas cultas». Los cristianos hicieron integralmente suyo al poeta y dicha apropiación se inició en la obra apologética de Lactancio, San Jerónimo y San Agustín [225]. El impacto atañe de modo más visible a la poesía, campo en el que surge el curioso fenómeno de los centones (ya nos hemos referido al de Ausonio) [226], pero especialmente se hace notar en las obras de más aliento y pretensiones. Si Prudencio fue el Horacio cristiano en su obra lírica, en su *Psycomachia* es el Virgilio cristiano; en ese poema «lleva a las consecuencias extremas, es decir, cristianas, el esfuerzo de interiorización que Virgilio había impuesto al género épico: retoma la estructura del relato virgiliano con sus tradicionales formas de transición..., conserva el esquema general de los combates..., pero la acción material deja que se transparente la alegoría cristiana que subyace» [227].

Esta cristianización del poeta se realiza igualmente en la obra de Juvenco, que acometió la difícil empresa de componer un poema épico sobre el argumento evangélico [228]. Su paráfrasis versificada «intenta verter la prosa clara y escueta de la Escritura en los moldes tradicionales de la poesía épica, cuyo maestro por excelencia era Virgilio» [229]. Juvenco adapta fórmulas y hemistiquios virgilianos a la

---

pervivencia en la literatura española, tesis doctoral inédita, Madrid, 1991, págs. 243 ss.

[224] Cf. Introd. cit., pág. 117.

[225] Véanse los artículos en *Enc. V.* de P. Monat, «Lattanzio», III, Roma, 1987, págs. 137-138, P. Siniscalco, «Gerolamo», II, 1985, págs. 714-716, y U. Pizzani, «Agostino», I, 1984, págs. 57-59.

[226] Sobre los centones, cf. Vidal, Introd. cit., págs. 117-119, y la bibliografía que allí se cita.

[227] J. L. Charlet, «Prudenzio», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 335-336.

[228] Cf. S. Costanza, «Giovenco», en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 748-749.

[229] Cf. M. D. Castro, V. Cristóbal y S. Mauro, «Sobre el estilo de Juvenco», *Cuad. de Fil. Clás.* 22 (1989), 133-148; la cita en pág. 134.

hora de componer sus hexámetros [230] y, siempre que el tema sagrado ofrece analogías con episodios de la *Eneida*, hay un intento de acomodación, añadiendo al pasaje notas y matices ajenos al Evangelio y procedentes de Virgilio [231].

Una conjunción de historia panegírica, desde un punto de vista también cristiano, y virgilianismo tenemos en la epopeya de Coripo, la *Juánide*, en honor de Juan Troglita, *magister militum* del Imperio de Oriente (546-548). Ya desde el comienzo, con el parangón entre su héroe y el héroe de la *Eneida* (v. 15: *Aenean superat melior virtute Iohannes*), se ve claro su propósito de tomar la epopeya virgiliana como modelo primario. En cuanto a su estructura, el modelo condiciona su división en dos partes: los seis primeros libros de navegación son los correspondientes a la parte odiseica de la *Eneida*, mientras que los cuatro últimos son los correspondientes a la parte iliádica, siendo guerrero su tema [232].

Y así hace entrada Virgilio con su *Eneida* en el Medievo, aspecto sobre el cual ilustra convenientemente el meritorio libro de Compa-

---

[230] Cf. E. Borrell Vidal, *Las palabras de Virgilio en Juvenco*, Barcelona, 1991, y la bibliografía allí citada.

[231] Dicha cesión al tema virgiliano «ocurre de modo singular en la descripción de la tempestad marina (II 25-32), que respondiendo a la breve indicación de San Mateo 8, 24: *Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus*, se amplifica a lo largo de 8 versos utilizando el léxico e imágenes de la famosa tempestad virgiliana de *En*. I 82-117» (cf. M. D. Castro, V. Cristóbal y S. Mauro, «Sobre el estilo de Juvenco», artículo ya citado en n. 229, págs. 139-140) y explotando la analogía entre Neptuno y Cristo en su actitud idéntica de serenar la naturaleza revuelta.

[232] Hay un largo discurso (III 54-IV 392) que recuerda el de Eneas ante Dido; hay una tempestad en el primer libro (vv. 241 ss.: muestra que debe añadirse a las recogidas en nuestro «Tempestades épicas», ya citado), como la virgiliana; una catábasis en el cuarto libro, correlato igualmente de la de Eneas; recuerdos esporádicos del *parcere subiectis et debellare superbos* (en I 148-149, 505 ss., II 368 ss.); el protagonista, en suma, está modelado sobre el *pius Aeneas*. Este influjo bien visible del Mantuano se conjuga, aunque en mucha menor medida, con el de los demás épicos latinos, Ennio, Lucano y los de época flavia.

retti [233], y de fecha más reciente, el artículo «Medioevo» de C. Leonardi en la *Enciclopedia Virgiliana* [234]. La presencia literaria de influjo directo en círculos culturales de cierto privilegio alterna con un más extendido conocimiento indirecto, a través sobre todo de los comentaristas tardoantiguos, siendo la escuela el fundamento de dicha vigencia. Y a la par que esa presencia literaria, se difunde la figura legendaria y magnificada de un Virgilio mago, inventor y protagonista de intrigas amorosas. La Alta Edad Media, o más concretamente, los siglos VIII y IX, que coinciden con el Renacimiento carolingio, fueron etiquetados por Traube como *Aetas Vergiliana*: la presencia de Virgilio en esta época se dejó sentir, en efecto, con más intensidad que en los siglos posteriores. No obstante, dos epopeyas latinas del XII como la *Alexandreis* del francés Walter de Châtillon y el poema sobre Troya del inglés Iscano [235], aunque parten de fuentes prosísticas (Curcio Rufo y Dares respectivamente) y aun con una tonalidad diferente, siguen a Virgilio en la normativa tópica del género.

¿Cuál fue el conocimiento que se tenía de Virgilio en España durante los primeros siglos medievales? A contestar esta pregunta se orienta un estudio de J. L. Moralejo [236], cuyas conclusiones son más bien pesimistas: las citas virgilianas de San Isidoro son, parece, de segunda mano; los ecos se debilitan en los otros autores visigodos; la tradición clásica se hunde en España con la invasión musulmana; de modo que propiamente no puede hablarse en nuestro suelo de *Aetas Vergiliana*; el relativo virgilianismo de Teodulfo de Orleáns, de origen hispano, se debe a su formación gala; paupérrimo

[233] *Virgilio nel Medio Evo*, 2 vols., Livorno, 1872 (reeditado por G. Pasquali, Florencia, 1937-1941).

[234] III, Roma, 1987, págs. 420-428 (sólo en lo relativo a tradición literaria).

[235] Cf. la reciente traducción castellana de este poema por M.ª R. Ruiz de Elvira Serra (Madrid, 1988), precedida de una útil introducción; y sobre Virgilio en Iscano, *vid.* págs. 414-421 de su tesis doctoral *Frigii Daretis Iliados libri sex. Investigación sobre sus fuentes literarias*, Madrid, 1985.

[236] J. L. Moralejo, «Sobre Virgilio en el Alto Medievo hispano», *Secciò Catalana de la SEEC. Actes del VIè. Simposi*, Barcelona, 1983, págs. 31-51.

sigue siendo el panorama a lo largo del siglo x; vestigio del poeta, no obstante, es el nombre bucólico «Codro» dado a un obispo barcelonés de esta época [237]. Así de precaria es la pervivencia de Virgilio en la alta Edad Media española.

Del conocimiento mediatizado [238] de la *Eneida* en el siglo XIII español puede dar idea un pasaje de la *Grande e General Estoria* del rey sabio (parte II, vol 2, págs. 170-172, ed. Solalinde), en el que a sucesos de clara derivación virgiliana se superponen desviaciones, supresiones, interpretaciones y anacronismos de diversa procedencia; la alianza que aquí vemos de la versión virgiliana favorable a Eneas y la versión denigratoria que lo consideraba traidor (que había sido transmitida a partir de la tardía antigüedad por el relato de Dares) entiendo que se ha realizado tomando como punto de partida el verso virgiliano de *En.* I 488 *se quoque principibus permixtum agnovit Achivis*; alguien interpretó ese verso en el sentido de que Eneas se había contemplado en los relieves del templo en su actitud de entregar la ciudad a los griegos:

> levolo a aquel lugar do era pintada el estoria de Troya, e mostrogela. E el, quando la vio, ovo ende muy grand pesar... por que entendio que los omnes de aquella tierra sabien por aquellas pinturas mas de su fazienda que el non quisiera. E por ende partiose dalli con muy grand pesar...

La presencia de Virgilio en la Baja Edad Media sigue siendo pobre y sólo en el siglo XV se afianzará de nuevo [239].

Las tres grandes figuras italianas del Renacimiento dedican a nuestro poeta y a su obra épica una atención preferente: Dante convir-

---

[237] Cf. también a este propósito J. L. VIDAL, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», *La Fortuna di Virgilio. Atti del Convegno internazionale (Napoli, 1983)*, Nápoles, 1986, págs. 419-449, concretamente págs. 434-435.

[238] Cf. M.ª R. LIDA DE MALKIEL, «La *General Estoria*: notas literarias y filológicas (I)», *Romance Philology* 12 (1958-59), 111-142, esp. 115, donde dictamina que las menciones varias de Virgilio que hay en esta obra prueban, en realidad, que Alfonso X no lo conocía directamente.

[239] Para más noticias sobre Virgilio en el Bajo Medievo hispano, cf. «Spagna», en *Enc. V.* IV, págs. 953-975, artículo de triple autoría: J. GIL, M. MORREALE, J. L. VIDAL.

tiéndolo en su guía a lo largo del viaje al otro mundo que literaturiza en la *Divina Comedia* [240]; Petrarca tomando su *Eneida* como modelo para la epopeya latina *Africa* [241]; y Boccaccio recogiendo la información mitográfica de Virgilio en su *Genealogia deorum gentilium*, en cuyo último libro, en alabanza de la poesía, lo ensalza además y lo propone como modelo supremo de poetas [242].

Por impulso de Italia, y más en concreto, por influjo de Dante, la obra de Virgilio penetra de nuevo, briosamente, en España, tanto en Cataluña [243] como en Castilla. Don Enrique de Villena (1384-1434), aparte de citarlo y utilizarlo como fuente en obras suyas tales como *Los doce trabajos de Hércules*, fue el pionero en traducir al castellano la *Eneida* por encargo del rey don Juan de Navarra, quien se había interesado vivamente por la obra al leer los elogios que Dante en la *Divina Comedia* tributaba a su autor [244]. El rey, deseoso de

---

240 Cf. C. Hardie, «Virgil in Dante», *Virgil and his influence*, Brístol, 1984, págs. 37-69; y el correspondiente artículo de la *Enciclopedia Virgiliana* («Dante Alighieri», I, Roma, 1984, págs. 985-998, por A. Bufano).

241 Petrarca imitó a Virgilio con menos fortuna que Dante en esa epopeya latina, *Africa*, que no llegó a terminar; tenía por héroe a Escipión el Africano; Petrarca «se guardó —según Highet (*La tradición clásica*, México, I, 1978, pág. 138, n. 13)— mucho de imitar las palabras mismas de Virgilio, porque tenía la ambición de ser un poeta original en latín»; hay una buscada correspondencia de episodios con la *Eneida*, y sigue el esquema hasta tal punto que el poeta parece ahogarse ante el reto. Cf. «Petrarca», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 53-78, por M. Feo.

242 Cf. M. C. Álvarez Morán - R. M.ª Iglesias Montiel, «Virgilio a través de Boccaccio», *Simposio Virgiliano*, Murcia, 1984, págs. 181 ss. *Vid.* también el correspondiente artículo de la *Enciclopedia Virgiliana* (I, Roma, 1984, págs. 511-516, por G. Padoan).

243 Sobre la presencia virgiliana en la literatura catalana del xiv y xv, cf. M. Dolç, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile*, París, 1978, págs. 541-557, concretamente págs. 543-544, y J. L. Vidal, «Spagna. Letteratura Catalana», en *Enc. V.* IV, págs. 972-975.

244 Cf. especialmente R. Santiago Lacuesta, «Villena, Enrique de», en *Enc. V.* V, Roma, 1990, págs. 540-541, y la bibliografía que allí se cita. Tengo noticia de la edición de la traducción de Villena y de las glosas por P. Cátedra, Salamanca, 1989, pero aún no he podido verla.

leer la epopeya en lengua romance, no podía encontrar [245] «quien tomar quisiese este encargo de la sacar de la lengua latina a la vulgar por ser el texto suyo muy fuerte e de obscuros vocablos e istorias non usadas», por lo cual y «con ruegos muy afincados», acudió a don Enrique, que se dispuso a satisfacer el deseo del rey. La obra, en cuya elaboración invirtió un año, según testimonio del propio autor, parece, sin embargo, que no llegó a su destinatario [246]. Se nos ha conservado fragmentada en cinco manuscritos. En cuanto a su modo de traducir, no duda don Enrique en añadir en el cuerpo del texto —como solían hacer los traductores medievales—, toda clase de aclaraciones subsidiarias al contenido del original (y eso que acompañó su traducción con un ingente volumen de glosas aparte); su estilo es duro, lleno de separaciones adjetivo-nombre y otros artificios tendentes a conservar en su lengua algo de la latinidad del modelo.

Tradición ya virgiliana acerca de Eneas, así como un recuerdo claro del asesinato de Polidoro narrado por Virgilio y subrayado con el sentencioso *auri sacra fames* (*En.* III 57), se alía con visiones medievales del héroe procedentes de los relatos de Dictis y Dares en esta octava 89 del *Laberinto* de Juan de Mena, que es indicio de la encrucijada entre épocas: el Medievo y el Renacimiento. El Eneas traidor de los falsarios tardíos y el Eneas honorable de Virgilio aparecen mal casados en estos versos:

ya se t'açerca aquel vil Anthenor,
triste comienço de los paduanos;
allí tú le davas, Eneas, las manos,
aunque Virgilio te dé más honor [247].

---

[245] Cf. ms. 17.975 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

[246] Cf. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, VIII, Madrid, 1952, págs. 360-366.

[247] Otros varios ecos de la *Eneida* tenemos a lo largo de su poema: alusión a los juegos del libro V en la octava 88 y 93, a Virgilio y a su héroe en la 123, a Palinuro en la 186, imitación del epifonema laudatorio con el que Virgilio termina el episodio de Niso y Euríalo en la 186, imitación de los lamentos de la madre de Euríalo en la 203, y de la escena de la desaparición de Creúsa en la 295.

Pero, sin duda, el más notorio virgilianismo de esta obra estriba en su marco general, el viaje al infierno, la catábasis, que, aunque principalmente impulsada por el ejemplo de la *Divina Comedia*, era un tema que derivaba del libro VI de la epopeya de Eneas.

También el Marqués de Santillana (1398-1458) deja translucir en su obra resabios múltiples de lecturas virgilianas, de modo que podríamos seguir el argumento de la *Eneida*, episodio por episodio, entresacando de su obra las alusiones correspondientes [248]. Por otra parte, en la carta a su hijo don Pero Gonçález, testimonia haber promovido una traducción de la *Eneida*, de la que no tenemos más noticias, y hallar en las obras de los antiguos su placer y descanso: «A ruego e instançia mía, primero que de otro alguno, se han vulgarizado en este reyno algunos poetas, assi como la *Eneida* de Virgilio, el *Libro mayor de las transformaçiones* de Ovidio, las *Tragedias* de Lucio Anio Séneca e muchas otras cosas en que yo me he deleytado fasta este tiempo e me deleyto y son assí como un singular reposo a las vexaçiones y travajos que el mundo continuamente trae, mayormente en estos nuestros reynos...»

Una novela catalana de esta época (posterior a 1456), *Curial e Güelfa,* contiene una vistosa muestra de influencia virgiliana: el protagonista Curial, después de un naufragio junto a las costas africanas, alcanza tierra y es hecho prisionero; a continuación provoca el amor de una mora llamada Camar, amor que surge al leer Curial

---

[248] Dejamos para una futura publicación el apoyo de tal afirmación. Pero, en efecto, desde la proyección de la tempestad de Eneas en la estrofa 11 de *El Sueño* («Oscuras nuves trataron / mis altos comedimientos; / Eolo soltó los vientos / e cruelmente lidiaron...») hasta la comparación de su amada con Lavinia en su soneto tercero («Qual se mostrava la gentil Lavina / en los honrados templos de Laurençia, / quando solempnizavan a Heritina / las gentes d'ella con toda femençia...»), toda una serie de episodios y figuras de la epopeya romana han tenido su espejo en la obra del marqués. Véase además el citado artículo «Spagna», en la parte correspondiente a «Studi filologici ed edizioni» a cargo de J. Gil, pág. 954: Íñigo López de Mendoza poseía, a pesar de todo, sólo la traducción de Villena y un resumen de la *Eneida* de Andrea Lancia (cf. M. Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillane,* París, 1905, págs. 89-91).

la historia virgiliana de Dido y Eneas; y Camar, ante la imposibilidad de satisfacer sus deseos, se suicida como Dido [249].

En cuanto a la *Celestina*, aparte de varias citas y resonancias puntuales, siempre de la *Eneida* y nunca de las *Bucólicas* ni *Geórgicas*, M.ª Rosa Lida señala la influencia de Virgilio sobre la trama de la tragicomedia en algún pasaje [250], como en aquel en que se cuenta cómo Melibea planea el suicidio, que evoca el modo como lo hizo Dido.

La *Eneida* llegó a proporcionar asuntos al romancero [251]. Aparte del romance de Vergilios («Mandó el rey prender Vergilios...»), que es el más antiguo en relación con nuestro poeta pero producto por completo de la tradición popular sobre su figura y sin eco alguno de su obra, contabiliza Menéndez Pidal un total de catorce más de tema virgiliano cuyas fechas van escalonándose a lo largo del siglo XVI. El más antiguo, que data de 1500 aproximadamente, se refiere a la cacería de Dido y Eneas («Por los bosques de Cartago...») y se conserva en dos versiones distintas: a la materia virgiliana se superponen arbitrarios añadidos y contaminaciones con otros romances, orientándose además todo el suceso a la defensa de Dido e inculpación de Eneas, como, por otro lado, es corriente en nuestras letras [252]. Casi todos los demás sacan, como el anterior, su argu-

---

[249] Cf. J. L. VIDAL, «Spagna. Letteratura Catalana», art. ya citado, pág. 973.

[250] *La originalidad artística de la Celestina*, Buenos Aires, 1962, págs. 448-449. Véase también F. CASTRO GUISASOLA, *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*, Madrid, 1973 (= 1925), págs. 63-65.

[251] Sobre este tema, *vid.* R. MENÉNDEZ PIDAL, «Un episodio de la fama de Virgilio en España», *Studi Medievali* n. s. 5 (1932), 332-341; cf. además J. DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio y nosotros*, Barcelona, 1964, págs. 117 ss.; y recientemente, G. DI STEFANO, «Romancero», en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 556-558, que amplía hasta 21 la lista de romances virgilianos.

[252] Así concluye MENÉNDEZ PIDAL, *art. cit.*, págs. 336-337, su análisis de este romance: «Yo no vacilo en afirmar que la *Eneida* fue bastante popular en España para ser punto de partida y eje de poesía tradicional. El breve romance de Eneas salió del extenso relato virgiliano de un modo análogo al que en los romances de los Infantes de Lara o del Cid salieron de los

mento de los primeros libros de la *Eneida*, ya mayormente del asunto de Dido, ya en menor medida de la caída de Troya. Sólo dos tratan de un tema de la segunda parte de la *Eneida*: la muerte de Turno («Luego que al furioso Turno...» y «Tendido está el fuerte Turno...»), y se datan ambos poco antes del 1600.

Y pasamos a atender al ámbito literario más naturalmente propenso para la influencia de la *Eneida*: la epopeya culta. Es éste uno de los géneros antiguos que resurgen con más fuerza en el Renacimiento. En Italia destacan las figuras de Boyardo, Ariosto y Tasso con sus respectivos poemas épicos, *Orlando enamorado*, *Orlando furioso* y *La Jerusalén libertada*, aparte de otras derivaciones literarias de la *Eneida* más pintorescas, escritas en latín, como los suplementos de Pier Cándido Decembrio y Mafeo Vegio, y la epopeya burlesca, titulada *Baldus*, de Teófilo Folengo, padre del llamado «latín macarrónico» [253]. En Francia, Ronsard con su *Franciada* [254]. En In-

---

grandes cantares de gesta, es decir, mezclando algún verso íntegro del poema con recuerdos vagos del mismo y con invenciones propias del romancista. Esto dice mucho en pro de la popularidad de la *Eneida* en España en la primera mitad del siglo XVI».

[253] Pier Cándido Decembrio (1399-1477) compuso un breve suplemento a la *Eneida*, completando la trama del libro XII (cf. G. Resta, «Decembrio, P. Candido», en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 3-5). Mafeo Vegio (1407-1458) probó su admiración hacia Virgilio, aparte de con ecos múltiples en el seno de sus poemas épicos (*Astyanax*, *Velleris aurei*, *Antonias*), escribiendo un *Liber XIII Aeneidos* —llamado *Supplementum*, como el de Decembrio— que pretendía continuar el argumento de la epopeya latina hasta la boda de Eneas con Lavinia y la posterior apoteosis del héroe. A la vista de ciertas conexiones con el de Decembrio, fue injustamente acusado de plagio por éste: cf. M.ª T. Graziosi, «Vegio, Maffeo», en *Enc. V.* V, Roma, 1990, págs. 468-469. También en Italia la imitación del Virgilio épico produjo obras tan excéntricas como el *Baldus* de Teófilo Folengo (1491-1544), llamado también *Macaronicorum poema* y escrito en un latín adulterado y grotesco que, por el título de esta obra, llegó a llamarse «macarrónico». El *Baldus* remeda, en clave de parodia, ciertos temas de la *Eneida*.

[254] La *Franciada* de Ronsard fue poema frustrado e inconcluso, del que sólo se compusieron cuatro cantos, a pesar de que en el proyecto original se había pensado en veinticuatro. «El plan del poeta era hacer un calco fiel

glaterra, Milton con *El Paraíso Perdido* [255]. En tierras portuguesas, Camoens con *Los Lusíadas* [256]. Y todos ellos se fijan en la *Eneida* como modelo principal e inequívoco, quedando lejos y ejerciendo menor atractivo los poemas homéricos.

Pero centrémonos en España. La *Eneida* de Virgilio es, sin duda, el ingrediente capital para la formación y origen de nuestra épica culta renacentista. Cierto que a ello contribuye también el énfasis que en la poesía épica ponen las preceptivas literarias más leídas en la época, tanto antiguas (la de Aristóteles y Horacio), como modernas (las de Jerónimo Vida, Trissino, Giraldi Cinthio, Pigna, Minturno, Escalígero, Castelvetro y Tasso en Italia, o las del Pinciano, Carvallo y Cascales en España) [257]. Cierto también que las primeras epopeyas italianas fueron modelos importantes, sobre todo la de Ariosto, para la génesis de nuestra épica renacentista. E igualmente cierto que, en lo concerniente a España, hay que contar con la *Farsalia* de Lucano como modelo hacia el que, por razones de patriotismo, existe una cierta proclividad. Pero, aun así, contando con todos esos influjos simultáneos y coexistiendo con los temas históricos,

---

de la Eneida. Tenía que contar cómo, de la misma manera que Eneas había huido de Troya para fundar Roma, así un héroe de cuna aún más noble, Astianacte, hijo de Héctor (llamado ahora Francus o Francion), sobrevivió a la caída de Troya, llegó a la Galia, fundó la ciudad de París (poniéndole el nombre de Paris, el hermano de su padre) y fundó los cimientos de la Francia moderna» (G. Highet, *La tradición clásica*, I, pág. 228).

[255] El *Paraíso Perdido* de Milton es «el más grande poema épico inglés y el único, inspirado por la *Eneida*, que transpone con éxito el tema y la estructura de su modelo a su propio discurso» (K. W. Grandsden, *Virgil. The Aeneid*, Cambridge, 1990, pág. 108; más en concreto, *vid.* del mismo autor, «The *Aeneid* and *Paradise Lost*», en *Virgil and his Influence*, ed. C. Martindale, Brístol, 1984, págs. 95-116).

[256] Una muestra de la recepción de la *Eneida* en esta epopeya puede verse analizada en el artículo de J. de Echave-Sustaeta, «Virgilio en Camoens. El episodio de Leonardo y Ephyre», *Cuad. de Fil. Clás. (Homenaje al profesor Lisardo Rubio Fernández)* 20 (1986-87), 171-174.

[257] Así lo pone de relieve F. Pierce, *La poesía épica del siglo de oro*, Madrid, 1968, págs. 12 ss.

legendario-medievales y cristianos, la *Eneida* es el metro y el paradigma de nuestras epopeyas, el patrón que suministra modélicamente —sirviendo así de preceptiva poética ejemplificada— los diferentes clichés y tópicos argumentales, los esquemas narrativos, los recursos estilísticos más propios del género y a veces hasta la dimensión de la obra y número de libros o cantos de que se compone. A esta difusión de la *Eneida* entre nuestros hombres de letras contribuyó no poco la traducción de Hernández de Velasco, que se editó numerosas veces entre 1555 y 1614.

A continuación vamos a detenernos brevemente en los más famosos de nuestros poemas épicos modernos, la *Araucana* (1578) y el *Bernardo* (1624), para poner de relieve, como muestra, algunos endeudamientos concretos con la epopeya de Eneas.

Una fiesta organizada por Caupolicán (X 81 ss.) comprende entre sus actividades una serie de competiciones deportivas que tienen como modelo los juegos del libro V de la *Eneida* celebrados en memoria de Anquises. Caupolicán establece premios para los ganadores exactamente igual que lo había hecho Eneas; y como pormenor curioso, de virgiliana ascendencia, se hace notar cómo uno de los participantes en las pruebas sufre un accidente similar a la caída de Niso resbalando en la sangre de los sacrificios (*En.* V 328-330), pero el poeta español varía en cuanto a la causa de la caída: el campeón araucano tropieza en un agujero del suelo (vv. 425 ss.).

El recurso a la comparación naturalista es otra nota distintiva del género épico. Ercilla las usa con enorme profusión, ampliando la gama de las que Virgilio ofrecía e inspirándose a veces en elementos extraños a las obras antiguas: en el libro XI 457 ss. acude a la comparación con toros a punto de ser lidiados, en el III 185 ss. con un caimán; pero parte de las imágenes ya usadas en la *Eneida*, y así abundan sobre todo los símiles de contexto cinegético [258]. Entre aquellas que son calco fiel de las virgilianas está también ésta de las abejas, que recuerda la que ilustra el laboral ajetreo de los súbditos de Dido (cf. *En.* I 430-436) y que así dice (VII 393 ss.):

[258] Como los que hallamos en III 489 ss. (jabalíes huyendo de los monteros), IV 97 ss. (cazador y liebre) y VI 97 ss. (cazadores y cabras monteses).

No en colmenas de abeja la frecuencia,
priesa y solicitud cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que a los hombres jamás lo comunican,
ni aquel salir, entrar y diligencia
con que las tiernas flores melifican,
se pueden comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura,

Con respecto al personaje tópico de la mujer guerrera, a cuya pervivencia dedica cierta atención G. Highet [259], hay en Ercilla un pasaje que lo recrea; el autor de la *Araucana*, en recuerdo de las míticas amazonas que auxiliaron a los troyanos y de la Camila de la *Eneida* —y acaso acomodando al tópico un suceso que realmente ocurrió—, cuenta en las primeras estrofas de su canto X cómo unas mujeres indígenas atacaron al ejército de los españoles:

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temían,
las mujeres, a quien la rueca es dada,
con varonil esfuerzo los seguían;
y con la diestra a la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimían,
que por el hado próspero impelidas,
hacían crueles efetos y heridas [260].

M.ª R. Lida ha mostrado [261] con todo lujo de ejemplos cómo la literatura española se ha decantado, en cuanto al tema de Dido,

[259] *La tradición clásica*, I, pág. 247.

[260] Y precisamente en los vv. 3-5 de esta estrofa puede verse una segura reminiscencia («rueca»,«diestra a la labor usada») de *En.* VII 805-806, versos referidos a Camila: *non illa colo calathisve Minervae/ adsueta manus, sed proelia* («No estando acostumbrada ella a emplear sus manos de mujer en la rueca y en los canastillos de Minerva, sino en los combates»). Cf. G. HIGHET, «Classical echoes in *La Araucana*», *Modern Language Notes* 62 (1947), 329-331, paupérrima nota que no se refiere para nada al ejemplo que comentamos.

[261] *Dido en la literatura española*, Londres, 1974, págs. 127 ss.

por la versión no virgiliana, como más realista y consonante con la verdad histórica, y ha procedido, con cierto sentimiento caballeresco, a la defensa de la reina, calumniada por las presuntas mentiras del poeta. No es por casualidad, viene a decir la erudita argentina, que sea Ercilla el máximo defensor de Dido en nuestras letras, «pues esa defensa, ese no admitir la independencia de ámbito de lo artístico» es, en realidad, un principio directriz en la creación de su epopeya, manifiesto ya «en el *no* inicial al arte puro, a la pura fantasmagoría de Ariosto». Y en efecto, en XXXII estr. 44 ss. se desarrolla el relato de Dido, contado por el propio poeta-soldado a lo largo de una marcha militar, para atajar la opinión de un compañero que había dado crédito al testimonio de Virgilio; es la estrofa 45 la que sentencia de infamador al poeta:

Les dije que queriendo el Mantüano
hermosear su Eneas floreciente
porque César Augusto Octavïano
se preciaba de ser su decendiente,
con Dido usó de término inhumano
infamándola injusta y falsamente,
pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fue Dido.

A pesar de tal enfrentamiento con Virgilio, la misma Lida hace constar que «la fuerza poética que anima toda la historia de Dido es el vilipendiado Virgilio, y esa presencia interior está jalonada por mil pormenores fáciles de asir» [262].

En el *Bernardo* de Bernardo de Balbuena (que fue también imitador de las *Églogas* en su novela pastoril *El siglo de oro en las selvas de Erífile* y de las *Geórgicas* en su *Grandeza mexicana*), aunque de argumento fantástico-medieval en la línea de Ariosto, tiene en cuenta, como era de esperar, el modelo latino. De los numerosos pasajes virgilianos de su epopeya (écfrasis varias de edificios, como el pala-

[262] *Ibidem*, pág. 132.

cio de Morgana en el libro I, y la casa de la Fama en el II, revelaciones proféticas en la cueva de Proteo, en el libro IX, y en la cueva de Temis, en el XIV, etc.) destacaremos dos pasajes: la puntual recreación de la aventura de Niso y Euríalo en otra similar relativa a los mozos sarracenos Serpilo y Celedón (libro VIII), y la visión de Bernardo, en el espejo de un mago que halla en una cueva misteriosa, del origen y sucesión de la casa de Castro, con estrecho paralelo respecto a la visión de Eneas en el infierno acerca de los héroes romanos que estaban por venir (libro XXI). Sobre el primer pasaje hay que advertir la contaminación con aventuras paralelas de Ariosto y de Estacio [263], pero el armazón del episodio es virgiliano, y la aventura culmina con esta exaltación de la amistad que el poeta, en respuesta al *Fortunati ambo!* de Virgilio, dirige a sus dos héroes (estrofa 207):

¡Oh heroico ejemplo de amistad divina,
aunque en bárbaros pechos descubierta!
Si de mis nuevos versos la adivina
virtud del todo en mí no ha sido incierta,
jamás el tiempo que inmortal camina
del ciego olvido te verá cubierta,
antes de siglos y años vencedora
tu fama irá, como tu sangre ahora!

Respecto al segundo ejemplo de seguimiento virgiliano, es de notar una larga amplificación del texto modélico (a lo largo de sesenta octavas); como muestra de igualdad de tono en la presentación de los venideros adalides, he aquí la estrofa 48:

Aquel blanco alemán, que resplandece
cual nuevo Marte en las moriscas lides,
en quien tu sangre y tu valor florece
con los roeles del gentil Persides,

[263] Sobre la deuda de Balbuena con Estacio, cf. P. BARREDA EDO, *Studia Statiana: estudios sobre la tradición española de la Tebaida de Estacio*, Barcelona, 1991 (tesis doctoral inédita), págs. 218 ss.

si ya no es sueño cuanto aquí parece,
tu nieto espera ser Nuño Belchides,
y esta su esposa, hija del que apenas
a Burgos reformó y vistió de almenas.

Y con estas referencias concluimos nuestra ojeada por la épica española renacentista como receptora del Virgilio épico y pasamos a analizar la presencia del poema latino en otros géneros y autores.

Aunque la deuda más conspicua de Garcilaso con Virgilio lo es en relación a las *Bucólicas*, modelo genérico para sus *Églogas*, hay también en esta obra y en el resto de su producción motivos y situaciones de la *Eneida* que han servido de fuente para nuevos desarrollos poéticos. En la égloga I el nombre de Elisa, utilizado para referirse a Isabel Freyre, es el alternativo de Dido, y después de Garcilaso no será raro ya en la poesía española [264]. En la égloga II el personaje de la pastora Camila (vv. 170 ss.), secuaz de Diana, resucita algunos rasgos de la amazona de la *Eneida* [265]; y en ese mismo poema, que en su considerable longitud incorpora no pocos elementos épicos, tenemos una visión profética de personajes de la casa de Alba que, cumpliendo igual función que la visión de Eneas en el infierno sobre los futuros héroes de Roma, está formalmente realizada como écfrasis o *descriptio* de una urna labrada con relieves (vv. 1172 ss.). Fuera ya de las *Églogas*, la elegía I 289 ss. desarrolla, también en contexto luctuoso, el colofón laudatorio y la promesa de fama perdurable con que Virgilio cerraba su episodio de Niso y Euríalo, y el soneto X («¡Oh dulces prendas por mi mal halladas / dulces y alegres cuando Dios quería!») calca en esos dos versos iniciales las dolientes palabras de Dido ante las reliquias dejadas por Eneas (*En.* IV 651), para luego adentrarse en una reflexión lírica ajena al texto antiguo [266].

---

[264] Cf. M.ª R. LIDA DE MALKIEL, *Dido en la literatura española*, cit. (en n. 261), pág. 34, en nota.

[265] Cf. nuestro artículo «Camila: génesis, función y tradición...» ya citado, págs. 54-56, y antes, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, cit. (en n. 178), págs. 607-611.

[266] El artículo sobre Garcilaso en la *Enciclopedia Virgiliana* se queda fran-

Algunos recuerdos de la *Eneida* se leen en la poesía de Fray Luis. Así en la *Oda de la Magdalena* el virgilianismo no estriba sólo en el nombre de Elisa dado a la protagonista, que por otra parte, como hemos visto, ya constaba en Garcilaso; de dicha mujer dice el poeta que había sido abandonada por aquel a quien amorosamente se confió, después de haber traicionado ella misma a su «bien soberano» (así en vv. 16- 18: «¿Qué fe te guarda el vano, / por quien tú no guardaste la debida / a tu bien soberano...?»); es decir, en la anécdota que sirve de pretexto a su oda Fray Luis ha resucitado el triángulo amoroso de la Eneida: Siqueo-Dido-Eneas. No se trata sólo, pues, de recordar el nombre alterno de Dido, sino de bautizar con él a una mujer de comportamiento semejante al de la reina de Cartago.

De la forma que vamos viendo, la materia épica de Virgilio se adapta a la lírica. Dentro de ella, el soneto es receptáculo frecuente de sucesos míticos glosados, entre los que se cuentan aquellos que provienen de la máxima epopeya romana. La atención de los poetas se detiene sobre todo en el tema de la caída de Troya y de los amores de Dido, quizás no sólo por su atractivo real como por su ubicación en los primeros libros, que han sido de siempre los más leídos. Así, del sevillano Fernando de Herrera destacamos aquel («El bravo fuego sobre el alto muro...»), de forma plenamente epigramática, que recoge la estampa del rey Príamo degollado a la orilla del mar (*En.* II 557-558), y pondera por medio de una antítesis, en su último terceto, la situación de Troya y la de su rey:

... Sólo el rey de Asia, muerto en la ribera,
grande tronco, ¡ay, cruel dolor!, yacía,
y su cuerpo bañaba el ponto ciego.
¡Oh fuerza oculta de la suerte fiera,
que cuando Troya en fuego perecía,
falte a Príamo tierra y falte fuego! [267]

---

camente corto en su análisis de la dependencia, ateniéndose casi en exclusiva a la recreación de las *Bucólicas* (G. Caravaggi, «Vega, Garcilaso de la», *Enc. V.*, Roma, 1990, págs. 458-459).

[267] Otros dos, además de éste, hallamos con recuerdos de la *Eneida*: aquel que comienza «Al canto deste cisne y voz doliente», en el que se presenta

Los recuerdos de la Troya virgiliana sirven de prólogo y comparación a un suceso personal de índole amoroso en otro soneto de Lope de Vega que así comienza:

Fue Troya desdichada y fue famosa,
vuelta en ceniza, en humo convertida,
tanto que Grecia, por quien fue vencida,
está de sus desdichas envidiosa.

Así en la llama de mi amor celosa
pretende nombre mi abrasada vida...

Por el camino del soneto mitológico llegamos a la obra del poeta sevillano Juan de Arguijo (1567-1623), su más destacado cultivador, quien, aunque sacara la mayoría de sus temas del ingente arsenal de las *Metamorfosis* de Ovidio, incluyó también algunas veces la materia épica virgiliana en el estrecho marco de la estrofa de catorce versos [268]. Así se ve ya en su pieza primera «Soneto a Dido oyendo a Eneas» —que aquí nos servirá de muestra—, en que presenta al jefe troyano contando a la reina la penosa historia de su partida y su viaje:

De la fenisa reina importunado
el teucro huésped, le contaba el duro
estrago que asoló el troyano muro
y echó por tierra el Ilión sagrado.

---

al río Betis divinizado, a la manera del Tíber en Virgilio (*En.* VIII 31 ss.), y profetizando al poeta su fama futura; y aquel otro («No bastó, al fin, aquel estrago fiero») que está puesto en boca de Dido y que —como otras muchas obras de nuestra literatura (cf. M.ª R. LIDA DE MALKIEL, *Dido en la literatura española*, cit. en n. 261, *passim*; comenta brevemente este soneto en pág. 113)— sirve de defensa a la reina cartaginesa contra las presuntas mentiras de Virgilio:

¿Tanto pudo la invidia, pudo tanto
la musa de Virgilio mentirosa,
que osó manchar mi nombre esclarecido?

[268] *Vid.* la excelente edición de S. B. VRANICH, *Obra completa de don Juan de Arguijo (1567-1622)*, intr., ed. y notas, Valencia, 1985.

Contaba la traición y no esperado
engaño de Sinón falso y perjuro,
el derramado fuego, el humo oscuro,
y Anquises en sus hombros reservado.

Contó la tempestad que embravecida,
causó a sus naves lamentable daño,
y de Juno el rigor no satisfecho.

Y mientras Dido escucha enternecida
las griegas armas y el incendio extraño,
otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

Todo, como se ve, en resumen de los acontecimientos narrados por Virgilio en los primeros libros de la *Eneida*, reservándose el último terceto para la glosa del suceso, que aquí se funda en la bisemia del término «incendio» (significando metafóricamente «amor») y en la antítesis de los dos fuegos: el real de Troya y el amoroso de Dido; fuego amoroso de Dido que tenía también su origen en el texto de la *Eneida*, cuando el poeta definía su pasión naciente, al hilo del relato de su huésped, con las palabras: *et caeco carpitur igni* (IV 2). Con dos ingredientes, pues, de su modelo ha construido Arguijo una antítesis que no estaba en su modelo, y ha dado con ello a su exposición la fuerza de un epigrama. «Quizá no contemos en nuestras letras —dice J. de Echave-Sustaeta [269]— con una delibación más lograda en tan estrechos lindes, que esta que nos brinda el bien asimilado clasicismo de este noble vate sevillano» [270].

Poco de virgiliano podrá encontrarse, en cambio, en la obra de Quevedo, y su abstención o rechazo es destacable por lo excepcional en el panorama de nuestra poesía moderna. Como excepcional, a su vez, es en ese marco de ausencias virgilianas el siguiente soneto, que comporta una actitud típicamente barroca, de burla y parodia

[269] En su libro *Virgilio y nosotros*, Barcelona, 1964, pág. 153.

[270] Otros varios recogen el legado virgiliano, como el 39, sobre el asesinato de Polidoro por Poliméstor, o el 46, sobre la muerte de Príamo; y en algunos más, primordialmente ovidianos, como el 50, dedicado a Ícaro, se insertan menudas derivaciones de la *Eneida*.

frente a los mitos antiguos, y es glosa de las palabras suplicantes de Dido al amado huésped que se le escapaba *Si quis mihi parvulus aula / luderet Aeneas, qui te tamen ore referret* (*En.* IV 328-329):

Si un Eneíllas viera, si un pimpollo,
sólo en el rostro tuyo, en obras mío,
no sintiera tu ausencia ni desvío
cuando fueras, no a Italia, sino al rollo.

Aquí llegaste de uno en otro escollo,
bribón troyano, muerto de hambre y frío,
y tan preciado de llamarte pío,
que al principio pensaba que eras pollo.

Mira que por Italia huele a fuego
dejar una mujer quien es marido:
no seas padrastro a Dido, padre Eneas.

Del fuego sacas a tu padre y luego
me dejas en el fuego que has traído
y me niegas el agua que deseas.

He aquí cómo los proverbiales epítetos de Eneas, *pius, pater*, se convierten en blanco de chanza. Por lo demás, como en el ya visto soneto de Arguijo, el epílogo, de carácter epigramático, se resuelve en una antítesis fuego-agua, fuego real-fuego amoroso [271].

En cuanto al virgilianismo del eterno rival de Quevedo, don Luis de Góngora, puede decirse complexivo de toda su obra. Si bien Ovidio es la fuente base del *Polifemo*, no conviene olvidar como fuente subsidiaria el pasaje virgiliano de *En.* III 548-681. Recuerdos múltiples de la *Eneida*, como de las otras dos obras virgilianas, se hallan insertos en sus romances, sonetos, letrillas y canciones. Pero es en

[271] Sobre este soneto, cf. M.ª R. Lida de Malkiel, *Dido en la literatura española*, cit. (en n. 261), pág. 51. Sobre la relación general de Virgilio y Quevedo, *vid.* G. Chiappini, «Quevedo» en *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 371-373. Sobre otros ejemplos de desarrollos burlescos del tema de Dido y Eneas en la literatura española, cf. R. González Cañal, «Dido y Eneas en la poesía española del siglo de oro», *Criticón* 44 (1988), 25-54.

las *Soledades* donde se revela mayor la deuda con nuestro poeta. Como señala A. Blecua [272], Góngora en dicho poema «parece querer componer una obra que fuera la síntesis de toda la obra virgiliana; emular, en suma, e incluso superar al poeta por excelencia», y en efecto, en alianza con recuerdos de las *Églogas* y *Geórgicas*, se combinan imitaciones de pasajes concretos de la obra mayor: así, el anciano que acoge al náufrago es un trasunto de Evandro, los juegos deportivos que se celebran son proyección de los del V de la epopeya latina; las hijas del viejo pescador son, en palabras de Blecua, «un híbrido entre las ninfas de *Geórg.* IV 333 ss. y la Camila de la *Eneida*». Góngora virgiliano frente al menos virgiliano Quevedo: he ahí otra de las diferencias entre dos poéticas enfrentadas.

Partes de la trama argumental de la *Eneida* fueron desarrolladas también por nuestros dramaturgos de la Edad Moderna [273]: como ya veíamos en el ámbito del soneto, siguen siendo también aquí el tema de Troya y el de Dido los que gozaron de exclusiva preferencia. En cuanto al primero de esos temas, contamos con una *Troya abrasada*, de Calderón y Juan de Zabaleta conjuntamente, y una *Destrucción de Troya* de Cristóbal de Monroy y Silva, ya en el XVIII (1768). En cuanto al segundo, dos dramas de cierto nivel son la *Elisa Dido* de Cristóbal de Virués (1550-1609), y *Dido y Eneas* de Guillén de Castro (1569-1631) [274]. Por otra parte, en dramas de argumento ajeno al de la *Eneida* pueden aflorar reminiscencias de aquella obra: así el episodio de *La Numancia* cervantina «en que los dos amigos, Marandro y Leonicio, mueren al adentrarse de noche

---

[272] A. BLECUA, «Góngora, Luis de», en *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 779-784; la cita concreta en pág. 782.

[273] Cf. M. DOLÇ, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile* (ed. R. CHEVALIER), París, 1978, págs. 541-557; sobre la presencia virgiliana en el teatro, págs. 548- 549; y M. MORREALE, «Spagna: Letteratura castigliana», *Enc. V.* IV, 1988, págs. 956-972, esp. pág. 966.

[274] Sobre el tema de Dido en el teatro español, cf. M.ª R. LIDA DE MALKIEL, *Dido..., op. cit.*, págs. 20 ss., con análisis detenido de las obras. Sobre la obra de Guillén de Castro, cf. ahora S. GUELLOUZ, «'Dido y Eneas' de Guillén de Castro», en *Énée & Didon. Naissance, fonctionnement et survie d'un mythe* (ed. R. MARTIN), París, 1990, págs. 199-208.

en el campamento enemigo está directamente inspirado en el bien conocido de Eurialo y Niso del libro noveno» [275].

No se libra tampoco de sello virgiliano el género de la novela [276]. Por no salir del ámbito de las obras excelsas, téngase como ejemplo el influjo de la *Eneida* en las dos principales novelas de Cervantes: el *Quijote* y el *Persiles*. Con respecto al *Quijote*, fue el erudito argentino Arturo Marasso [277] quien desveló las numerosas proyecciones de la epopeya de Virgilio y la voluntad cervantina de establecer un parentesco entre las andanzas de don Quijote y la peregrinación de Eneas. «Hombre de libros, Cervantes hablaría de Virgilio con sus amigos. Se discutiría la traducción de Hernández de Velasco, se la confrontaría, por ejemplo, con la de Aníbal Caro, llamada *bella infiel*. Los estudiantes estaban llenos de Virgilio, en Italia, en España, en todos los caminos que Cervantes recorría» [278]. Son numerosos los paralelos establecidos por Marasso [279], y por más que

---

[275] A. Blecua, «Virgilio en España en los siglos xvi y xvii», *Secció Catalana de la SEEC. Actes del VIè. Simposi*, Barcelona, 1983, págs. 61-77; la cita en cuestión en pág. 65.

[276] Cf. A. Blecua, «Virgilio en España...», págs. 61-77.

[277] En su libro *Cervantes. La invención del Quijote*, Buenos Aires, 1949. Sus conclusiones se hallan recogidas y casi plenamente aceptadas en el artículo «Cervantes» de la *Enc. V.* debido a D. Puccini, I, Roma, 1984, págs. 749-753.

[278] A. Marasso, *ibidem*, pág. 21.

[279] Entre los más significativos se pueden contar los siguientes: el catálogo de los ejércitos (I 18) imitado del catálogo de tropas del libro VII del poema latino («Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto; los que pisan los montuosos masílicos campos..., los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis...»); las exequias del pastor Grisóstomo (I 13), que hacen pensar en las de Miseno (*En.* VI 189-212); la figura de la pastora Marcela, que revive rasgos de la Camila virgiliana (sobre lo cual, v. nuestro citado artículo «Camila: génesis, función y tradición...», págs. 56-57); la frase pronunciada por don Quijote (II 18) «para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios», que es casi una traducción del virgiliano *parcere subiectis et debellare superbos* de VI 853; el comienzo de II 26 «Callaron todos, tirios y troyanos», que no es sino la traducción amplificada del *Conticuere omnes* de *En.* II 1 por Hernández

alguno de ellos sea discutible y susceptible de revisión, no debiera, en cambio, silenciarse de ningún modo este aspecto tan importante de la génesis del *Quijote*. Así pues, en el sustrato de dicha novela, obra cumbre de nuestras letras, está la *Eneida*, cumbre a su vez de las letras latinas; como también en el sustrato de la *Eneida* estaban las epopeyas homéricas, principio y cima de la literatura griega: una sucesión de genialidades, en suma, que se dan la mano y dialogan a través del tiempo. En el *Persiles* el modelo virgiliano, aunque secundario con respecto a las *Etiópicas* de Heliodoro, condiciona incluso la división estructural en dos partes, la primera por mar y la segunda por tierra. Y se recrean algunos de los mismos temas y situaciones [280]. La imitación virgiliana está aquí por completo exenta

---

de Velasco; la bajada de don Quijote a la cueva de Montesinos, que es una transposición de la catábasis de Eneas; el encuentro en la cueva con Dulcinea y su desdeñosa huida, que es reflejo de una similar actitud en la Dido virgiliana cuando se encuentra en el Hades con Eneas; el naufragio en el Ebro de don Quijote y Sancho, proyección del naufragio de Eneas; su llegada, después del naufragio, al palacio de los duques, donde son acogidos hospitalariamente (II 30), doblete de la recepción de Eneas en el palacio de Dido; Altisidora abandonada por don Quijote (II 44), nueva Dido; su confidente, Emerencia, nueva Ana; sus reproches al amado que se escapa, renovados reproches de Dido a Eneas fugitivo... En fin, puede decirse con A. MARASSO (*op. cit.*, pág. 91) que la primera parte del *Quijote* es aquella en que se forja el héroe, y semeja como una *Ilíada* desordenada, mientras que en la segunda el héroe cumple su destino, y es como una *Odisea* o una *Eneida*: «Don Quijote, ya famoso, sale de su casa, como Ulises o Eneas de Troya».

[280] Así, Sinforosa enamorada de Periandro (II 17), el extranjero que llega a su reino, y desengañada luego de tal amor, constituye una aventura que repite los amores de Dido por Eneas, y del mismo modo que Dido confidenciaba con su hermana Ana, Sinforosa lo hace con la suya, Policarpa; aquellos versos iniciales del libro II de la *Eneida* (*Conticuere omnes intentique ora tenebant. / Inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto*) reverberan en tales palabras del *Persiles* (I 12): «Enmudecieron todos y el silencio les selló los labios... Mauricio soltó la voz en tales razones»; una muchacha llamada Transila, de obstinada castidad y criada junto a su padre una vez que hubo muerto su madre (I 12), recuerda la prosopografía de la Camila virgiliana (cf. nuestro artículo citado «Camila: génesis, función y tradición...»,

de aquella intención paródica que afloraba con frecuencia en el *Quijote.*

Hemos omitido toda consideración sobre la presencia de Virgilio, siempre considerable, en obras modernas de menos pretensiones literarias, tales como tratados mitográficos, glosarios y léxicos, etc., aspecto para el cual remitimos al estudio de M. Morreale [281]. Ni nos detendremos, como la importancia del asunto requeriría, en analizar la contribución de nuestros humanistas en el campo de la filología virgiliana, aspecto éste ya convenientemente tratado por J. Gil [282]: baste recordar aquí la monumental y siempre útil edición con comentario de todo Virgilio por Juan Luis de la Cerda [283].

La literatura posterior al XVII es mucho más pobre en proyecciones de la *Eneida.* El siglo XVIII español, compartiendo una tendencia europea, se inclinó más hacia el Virgilio bucólico y geórgico que hacia el Virgilio épico. Tampoco el XIX, con el hundimiento de la

---

págs. 57-58); hay incendio y huida, transportándose a hombros los fugitivos unos a otros (I 4) como en la noche fatal de Troya; hay encuentro con un perdido (I 9) como en la *Eneida* con Aqueménides; hay competición en juegos deportivos (I 22) como en el virgiliano libro V; se lee una tempestad en II 1 con ecos de la de la *Eneida*; monstruos marinos que devoran a un marinero (II 15), réplica evidente de Escila; palabras de Renato (II 19: «Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos») que contienen el mismo mensaje con que Eneas tranquilizaba a sus compañeros en I 198 ss. (*O socii... o passi graviora... forsan et haec olim meminisse iuvabit*). Cf. R. Schevill, «Studies in Cervantes. Persiles y Sigismunda. III Vergil's *Aeneid*», *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* 13 (1907-1908), 475-548, que omite, sin embargo algunas de las concomitancias aquí reseñadas y que constan ya en nuestro art. cit. sobre Camila, págs. 57-58. *Vid.* además el citado (en n. 277) artículo de D. Puccini en *Enc. V.*

281 «Spagna: Letteratura castigliana», cit. (en n. 273),págs. 963-965.

282 «Spagna: Studi filologici ed edizioni», *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 953-956.

283 Cf. J. L. Vidal, int. cit., pág. 103; y antes, J. Gil, art. cit., pág. 955; y «Cerda», *Enc. V.* I, Roma, 1984, pág. 740, artículo del que —raramente— no hay constancia de autor.

tradición clásica que supone el Romanticismo, destaca en nuestro país de ningún modo por el virgilianismo de su literatura.

En nuestro siglo, por último, son más dignos de mención los estudios filológicos sobre el poeta que los frutos literarios de su influencia. No obstante, algunos ejemplos de cierta importancia es dado ver en el panorama literario abierto a corrientes e influjos múltiples.

E. Hernández Vista, por ejemplo, descubre las conexiones entre la poesía virgiliana y la de M. Hernández en lo concerniente a la utilización del toro como imagen y sugiere la posibilidad de una dependencia, ya que el poeta de Orihuela —nos consta— era entusiasta lector del de Mantua [284].

Cuando Cernuda en su «Elegía española II» (de su libro *Las nubes*) dice, dirigiéndose a la patria, sumida en guerra civil: «Tronchados como flores caen tus hombres» se está acordando sin duda de la comparación clásica del guerrero muerto con la flor abatida, aunque no hallamos datos en el texto para fijar si la tomó de Homero, de Virgilio o del propio Garcilaso que también la había usado [285].

Después del auge y declive de la poesía social, algunos poetas se complacen en la referencia erudita de culturas pretéritas, y acuden esporádicamente a la anécdota extraída de la historia, la literatura y el mito clásico. En lo que a nuestro propósito concierne, la antología *Joven poesía española* [286] ofrece títulos como «Dido y Eneas» de P. Gimferrer y «Aeneidos liber IV, 1971» de L. A. de Villena.

García Calvo, a su vez (tras haber seguido la pauta de las *Bucólicas* en *Los versos hablados* [287], colección de églogas en hexámetros castellanos), da vida nueva a ciertos personajes de ia *Eneida*, haciéndoles hablar de sus más hondas motivaciones, en su obra dramática *Iliupersis* [288]; la tácita Creúsa toma aquí voz y rebeldía para alzarse contra la empresa y los altos ideales de Eneas; la acusación contra Eneas, ya tradicional entre los críticos, de frialdad, desapasionamiento

[284] «Virgilio y Miguel Hernández», *Cuad. de Fil. Clás.* 4 (1972), 137-149.

[285] Cf. nuestro estudio «Una comparación de clásico abolengo y larga fortuna», *Cuad. de Fil. Clás.-Est. Lat.* n. s. 2 (1992), en prensa.

[286] Madrid, 1980.

[287] Salamanca, 1948.

[288] Madrid, 1976.

y falta de iniciativa reaparece en boca de esta mujer, que parece salirse de su papel y su máscara para ver la escena con la perspectiva de un espectador. Su despedida al héroe no puede ser más desmitificadora, en visión complementaria y creativo diálogo con el texto de la *Eneida*:

> *No eres nada más que la fiebre y la ilusión*
> *de una tísica; no vales ni la saliva que gasto en ti*
> *para insultarte. Adiós, gallito, macho, pelele, figurín,*
> *mariquitilla, varoncito, espantajo nacional.*

En 1980, con la publicación de la novela *Dido i Eneas* del mallorquín Jaume Vidal Alcover, el argumento virgiliano del libro IV de la *Eneida* resucita (como ya siglos antes en otra novela catalana, *Curial e Güelfa,* a la que ya nos hemos referido) para metamorfosearse en una historia de amor, con personajes de la Barcelona contemporánea. Hay una sutil fidelidad de fondo a los sucesos y sentimientos de que fueron protagonistas los personajes míticos, a pesar de que en su estructura externa no haya obediencia al modelo [289] —a no ser porque, como en la epopeya romana, la novela se compone de 12 capítulos—. Ha sido prologada por el profesor Dolç, que se refiere a ella como tributo de Cataluña a la celebración del bimilenario de la muerte de Virgilio.

Y terminamos con un poema del poeta español, de última hora, Antonio Colinas; pertenece a su libro *Noche más allá de la noche* [290] y en él se cuenta una anécdota ficticia: cómo un soldado de las guerras cántabras muere —y su muerte rememora de lejos la del Niso virgiliano— al mismo tiempo que Virgilio, pero en más frías latitudes. Como en la novela de Broch [291], la agonía del poeta se convier-

[289] Cf. J. L. VIDAL, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», cit. (en n. 4), págs. 448-449. Al profesor Vidal debo agradecer el conocimiento de esta curiosa novela, de la que ya me hago eco en mi trabajo, «La Literatura Clásica desde nuestra cultura contemporánea», en *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Alcalá de Henares, 1990, págs. 225-239, esp. 237-238.

[290] Madrid, 1982.

[291] Cf. J. L. VIDAL, Intr. cit., pág. 133.

te también aquí en materia de recreación literaria. He aquí los últimos versos:

Al fin cae la cabeza hacia un lado y sus ojos
se clavan en los ojos de otro herido que escucha:
«Grabad sobre mi tumba un verso de Virgilio» *.

BREVE ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Una amplia lista de libros sobre Virgilio y la *Eneida* sería ya innecesaria en este lugar. El lector interesado puede acudir a la relativamente reciente y muy completa, publicada por W. Suerbaum en *ANRW* II 31.1, Berlín-N. York, 1980, págs. 3-358. Además contamos con la también recientemente publicada *Enciclopedia Virgiliana* en 5 tomos (Roma, 1984-1990), instrumento valiosísimo, cuyos artículos concluyen con selecciones bibliográficas. La ya citada introducción general a Virgilio del profesor Vidal, en esta misma colección (Madrid, 1990, págs. 7-146), contiene asimismo como corolario una selecta bibliografía que atañe, en su parte primera, a cuestiones generales de la obra virgiliana y, consecuentemente, a la *Eneida*. En dicha introducción se trata el problema de la transmisión textual, del que se expone un completo *status quaestionis*, razón por la cual no nos hemos detenido nosotros en ese aspecto; se enumeran allí además y se valoran las más importantes ediciones. Por otra parte, también nosotros, en las notas a pie de página, nos hemos ido refiriendo a los estudios pertinentes a cada tema que hemos considerado más relevantes. De modo que en todos esos lugares, al menos, se pueden encontrar las indicaciones necesarias para profundizar en el estudio de la epopeya de Virgilio. Sólo recordaré aquí, por último,

* Quiero agradecer vivamente las acertadas precisiones y sugerencias que me han hecho al texto de esta introducción los profesores X. Ballester, P. Cid y A. Ruiz de Elvira.

que otras modernas traducciones de la *Eneida* en castellano son las de M. D. N. Estefanía Álvarez (Barcelona, PPU, 1988 = 1968), B. Segura Ramos (Barcelona, Círculo de Lectores, 1981) y R. Fontán Barreiro (Madrid, Alianza, 1988 = 1986).

NOTA TEXTUAL *

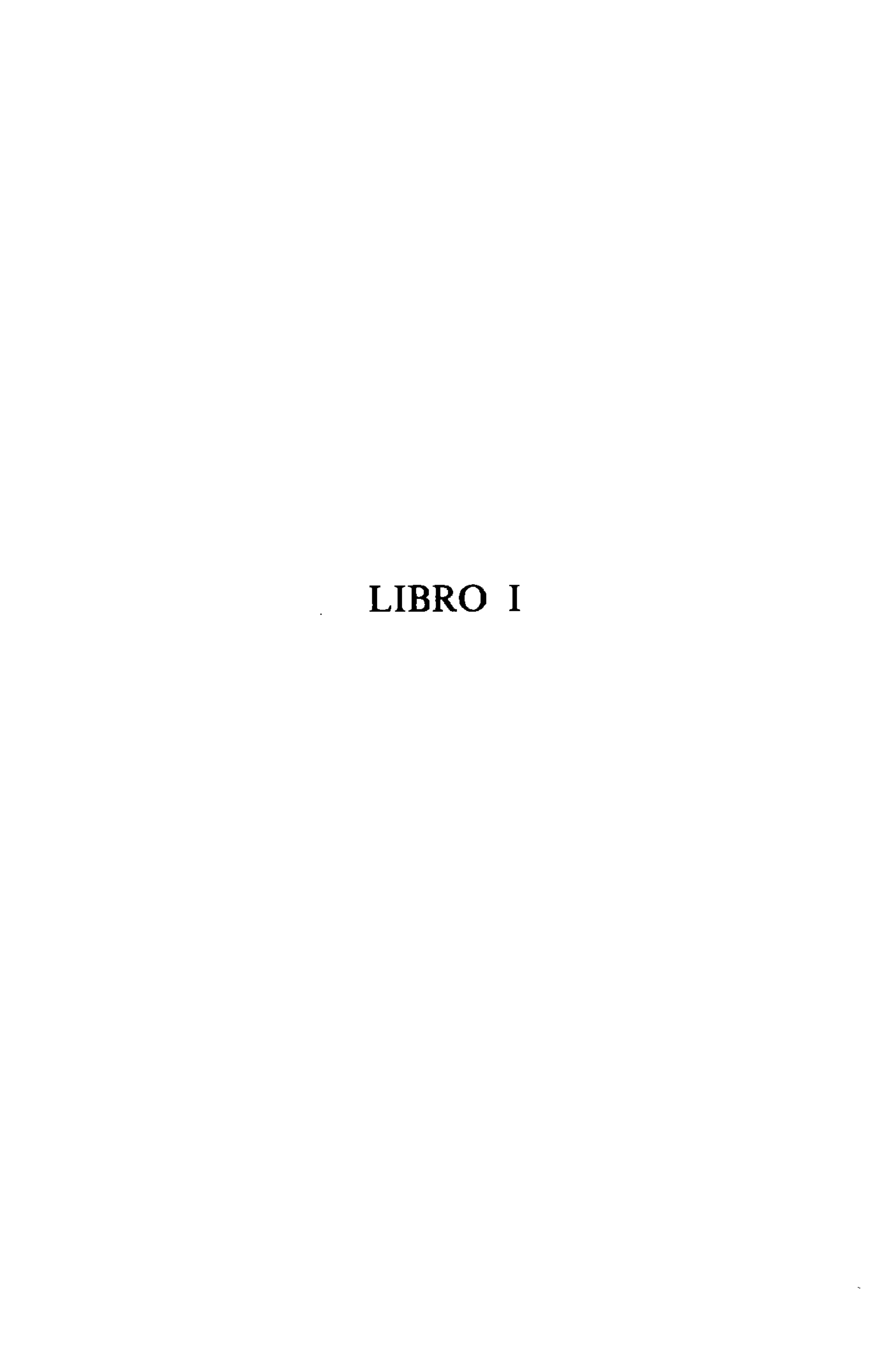
Esta traducción se basa en el texto latino de la edición de F. A. Hirtzel, *P. Vergili Maronis Opera*, Oxford, Clarendon Press, 1900, del cual, no obstante, se aparta en los pasajes siguientes:

	LECTURA DE HIRTZEL	LECTURA ADOPTADA
	Libro I	
versos		
224	*dispiciens*	*despiciens*
365	*cernes*	*cernis*
465	*intra*	*inter*
550	*armaque*	*aruaque*
599	*exhaustis*	*exhaustos*
636	*dii*	*dei*
664	*potentia. solus*	*potentia solus*
	Libro II	
294	*quaere / magna*	*quaere, / magna*
445	*tota*	*tecta*
616	*limbo*	*nimbo*
579	*patris*	*patres*
690	*tantum, et*	*tantum et*

* Véase también lo dicho en la *Nota editorial* que va al frente de este volumen.

	LECTURA DE HIRTZEL	LECTURA ADOPTADA
	LIBRO III	
127	*consita*	*concita*
	LIBRO IV	
54	*impenso...flammauit*	*incensum...inflammauit*
572s.	*fatigat / praecipitis:*	*fatigat: / praecipites*
646	*gradus*	*rogos*
	LIBRO V	
80	*parens; iterum*	*parens, iterum;*
512	*alta*	*atra*
	LIBRO VI	
561	*clangor ad auris?*	*plangor ad auras?*
	LIBRO VII	
4	*signat*	*signant*
543	*conuexa*	*conuersa*
	LIBRO VIII	
90	*celerant. rumore secundo*	*celerant rumore secundo.*
205	*furis*	*furiis*
533	*poscor. Olympo*	*poscor Olympo*
	LIBRO IX	
348	*recepit / purpureum*	*recepit./ purpuream*
391	*sequar?» rursus*	*sequar rursus...?»*
430	*amicum.*	*amicum!*
584	*Martis*	*matris*
	LIBRO X	
291	*sperat*	*spirant*
316	*sacrum:*	*sacrum,*
317	*quo*	*quod*
850	*exitium*	*exilium*

	LECTURA DE HIRTZEL	LECTURA ADOPTADA
	Libro XI	
152	*parenti./*	*parenti/*
614	*ingentem*	*ingenti*
	Libro XII	
423	*nulla*	*nullo*



LIBRO I

PRELIMINAR

Comienza enunciando el objeto del poema, la fundación providencial del pueblo romano y la misión de su héroe. Y nos expone la ira de Juno hacia Eneas. Torciendo su rumbo da con él y sus maltrechas naves en las costas de Libia. Interviene Venus en favor de su hijo Eneas. Se le aparece en el camino de Cartago y le ampara y protege de todo riesgo con la más ingeniosa traza. Depara generosa acogida la reina Dido a los náufragos e invita a Eneas y a los suyos a su palacio y, en el banquete con que les obsequia, se inicia, por amaño de Venus, la fatal pasión de la reina hacia el troyano. Éste, a petición de Dido, va a contar la caída de Troya y la historia de sus infortunios.

El libro es un entramado cabal de acción divina y humana y un hontanar de arte creador. Adelanta el poeta su denuesto: la ruin textura de las almas de los dioses y su pasmo ante la mole de esfuerzos e infortunios que costó fundar el pueblo romano. Inicia la intervención divina con el resentimiento de Juno. Logra ésta de Eolo, rey de los vientos, que desencadene una fiera tempestad contra las naves troyanas. En medio de su angustia hace irrumpir el desfallecimiento del héroe, que alza al cielo sus manos, y la mediación de Neptuno, que apacigua el oleaje, y el recobro del alma de Eneas. Ya en tierra, reconfortado el cuerpo de los suyos, les infunde alentadora esperanza: «Dios pondrá fin también a estas desgracias», v. 199. E introduce el ruego de Venus al padre de los dioses, y la promesa de firme valimiento a los troyanos por parte de éste. Y conel más exquisito sesgo, el poeta intercala en su entramado la mediación

divina y humana de la madre del héroe en el pasaje quizá más bello del libro. Bajo las trazas de muchacha espartana se le aparece en el bosque y se reconocen —ella se le muestra en toda su belleza—, y le hace don del cuenco de una nube que le vuelve invisible camino de Cartago. Sigue la mediación humana. En la cumbre de la ciudad, en el templo de Juno, a la vista de los paneles pintados en los muros del templo, van recorriendo sus ojos las escenas de la guerra de Troya. Y prorrumpe el alma del héroe: «Aquí también hay lágrimas para las desventuras, la breve vida humana lancina el corazón», v. 462. Invita la reina a palacio a los troyanos. La invitación y el banquete gana a Cervantes, virgilianista sin par, quien los traslada a su parodia en el palacio de los duques a partir del capítulo XXX de la segunda parte del *Quijote.*

Vuelve la intervención divina con el cándido ardid de Venus por asegurarle a su hijo el amor de Dido. Y remata el libro con su trémolo de mediación humana: la canción de Jopas: la presura de los soles de invierno y el demorado paso de sus noches, en que los ojos del poeta, maestros de sombras, diseñan la imagen del curso de los afanes humanos. Y la enardecida ansiedad de la reina, colgada de los labios de su huésped y estrechando en su seno al parvo Cupido, porfía en escuchar una vez y otra sus desventuras mientras a largos tragos va bebiendo sin saberlo su amor.

LLEGADA A CARTAGO

Proemio

Yo soy aquel que modulé otro tiempo canciones pastoriles
al son de mi delgado caramillo. Después dejé los bosques
y forcé a las campiñas colindantes a plegarse
al codicioso afán de los labriegos. Mi obra fue de su agrado.
Y ahora canto las armas horrendas del dios Marte [1]
y al héroe que forzado al destierro por el hado
fue el primero que desde la ribera de Troya arribó a Italia
y a las playas lavinias. Batido en tierra y mar arrostró muchos riesgos
por obra de los dioses, por la saña rencorosa de la inflexible Juno.
Mucho sufrió en la guerra antes de que fundase la ciudad
y asentase en el Lacio sus Penates, de donde viene la nación latina
y la nobleza de Alba y los baluartes de la excelsa Roma [2].
Dime las causas, Musa; por qué ofensa a su poder divino,
por qué resentimiento la reina de los dioses
forzó a un hombre, afamado por su entrega
a la divinidad, a correr tantos trances, a afrontar tantos riesgos.
¿Cómo pueden las almas de los dioses incubar tan tenaz resentimiento?

---

[1] Estos primeros versos fueron escritos, según creemos, por Virgilio. Sus editores Vario y Tucca los omitieron. No figuran en los manuscritos anteriores al siglo IX. Según Donato, el gramático Niso decía haber oído de buena fuente que Vario, al corregir el principio del poema, los desechó.

[2] El poeta alude a tres etapas, la fundación de Lavinio por Eneas, la de Alba Longa por Ascanio y la de Roma por Rómulo y Remo.

Juno persigue a los troyanos

Hubo de antiguo una ciudad, Cartago —se asentaron en ella emigrantes de Tiro—,
frente a Italia, a lo lejos de la boca del Tíber, opulenta,
feroz como ninguna en empeños guerreros.
Dicen que Juno la prefirió entre todas. Samos viene después.
Allí tuvo sus armas, allí tuvo su carro de guerra.
Desde entonces ponía su ambición y sus desvelos
en hacer de ese reino el señor de la tierra,
si accedían los hados a sus planes. Pero había llegado a sus oídos
que de sangre troyana provenía la raza que un día llegaría a derrocar
los alcázares tirios; de ella el pueblo señor de anchos dominios,
soberano en la guerra, que arrumbaría Libia. Era el designio que giraban las Parcas.
Temerosa de este presagio, la hija de Saturno traía a su memoria
la guerra que otro tiempo libró por sus queridos argivos ante Troya.
No se habían borrado de su mente las causas de su enojo
ni su amargo pesar. Queda en lo hondo de su alma fijo el juicio de Paris
y el injusto desprecio a su hermosura
y el odio a aquella raza y el honor dispensado a Ganimedes.
Quemada aún más por esto, iba acosando por todo el haz del mar a los troyanos,
—los restos que dejaron los dánaos y el iracundo Aquiles—
y los iba manteniendo alejados del Lacio. Largos años llevaban
errantes, rodando por los mares, juguete de los hados.
¡Tan imponente esfuerzo costó dar vida a la nación romana!
Ya apenas avistaban los troyanos las costas de Sicilia. Y bogaban gozosos
mar adentro, a velas desplegadas, y hendían con sus proas las olas espumantes
cuando Juno que guarda en lo hondo de su pecho la herida siempre abierta,
da vueltas y más vueltas a su encono: «¡Que tenga yo que desistir vencida
de mi empeño y no pueda alejar de Italia al rey troyano!
Los hados sin duda me lo impiden.
Pero Palas logró incendiar la armada de los de Argos

y hundirlos en las olas por culpa de uno solo, del frenesí de Áyax, hijo de Oileo [3].
Ella desde las nubes lanzó el rayo de Júpiter y dispersó las naves
y encrespó con los vientos la lámina del mar y mientras Áyax borbotea llamas
del hondo de su hendido pecho, ella lo arrebata en un turbión
y lo clava en el pico de una roca. Y yo que me presento como reina
de los dioses, yo la hermana y la esposa de Júpiter,
llevo ya tantos años guerreando contra un pueblo.
¡Y hay todavía quien adora el divino poder
de Juno y quien impone humilde sus ofrendas en su altar!»
Así atizaba Juno en la hoguera de su alma su rencor camino a Eolia,
solar de los nublados, morada de los vientos furibundos.
Allí su rey Eolo en su antro ingente somete a su poder los vientos forcejeantes
y los roncos huracanes y los tiene en prisión encadenados. Ellos enfurecidos
rebraman en su encierro atronando el ámbito del monte.
Eolo está sentado en su alta ciudadela cetro en mano,
amansando sus bríos, templando su furor;
que si no, su arrebatado empuje barriera por los aires
mar y tierra y el abismo del cielo.
Por eso, precavido el Padre omnipotente dio en encerrarlos en sombrías cuevas
y apiló encima de ellos una ingente montaña y les dio un rey
que cumpliendo sus órdenes supiera atarles corto o darles rienda suelta.

Juno pide ayuda a Eolo

A él se dirige Juno suplicante: «Eolo, pues a ti el padre de los dioses
y el rey de los humanos te ha dado apaciguar el oleaje
o encresparlo por obra de los vientos, una raza, mi enemiga, navega por el mar
Tirreno rumbo a Italia llevando a los Penates vencidos de Ilión.
Aviva tú la furia de los vientos, hunde, entierra sus naves en las olas
o dispersa a sus hombres, desparrama sus cuerpos por el fondo.
Tengo catorce ninfas de hermosura arrogante; la más bella de todas, Deyopea,

[3] El odio de Palas Atenea a Áyax proviene de que en la noche última de Troya, había Áyax violado en su templo a la hija de Príamo, la profetisa Casandra.

voy a unirla contigo en firme enlace, haré que sea tuya para siempre,
que por este servicio que me prestas pase todos los años
de su vida contigo y te haga padre de lucida prole».
Responde Eolo: «A ti, reina, te cumple revelar tus deseos, a mí el alto deber
de hacer lo que me mandas. Este reino, todo él, tú me lo has dado,
tú el cetro y el favor de Júpiter, tú el sentarme a la mesa de los dioses,
tú el mando sobre nubes y huracanes». Dice y con la contera de su lanza
empuja a un lado el hueco monte.
Raudos en escuadrón los vientos se abalanzan
por el portillo abierto y va arrollando su turbión la tierra.
Y se lanzan de pechos sobre el mar y de lo hondo de su seno
revolviéndolo todo juntos el Euro y Noto y el Ábrego,
el que rueda tormenta tras tormenta,
vuelcan enormes olas a las playas. Se alza al instante un griterío de hombres
entre un crujir de jarcias. Las nubes arrebatan de pronto
cielo y día a los ojos de los teucros,
una negra noche se tiende sobre el mar. Truena de polo a polo y los relámpagos
relumbran sin cesar. Todo les tensa el alma con el apremio de inminente muerte.

La tempestad

Paraliza a Eneas de repente un helado pavor. Rompe en gemidos
y alzando hacia los astros las palmas de las manos exclama así:
«¡Dichosos tres veces, cuatro veces aquellos que tuvieron la fortuna
de caer a la vista de sus padres bajo los altos muros de Troya!
¡Oh, tú, hijo de Tideo [4], el más valiente de los dánaos!
¡No haber podido yo sucumbir en los llanos de Ilión
y dar suelta a mi vida al golpe de tu diestra allá donde abatido
por dardo de Aquiles yace en tierra el fiero Héctor, allá donde el ingente Sarpedón
quedó postrado, donde el Simunte arrebata y arrastra entre sus ondas
tanto ruedo de escudos y de yelmos y tantos cuerpos de héroes!»
Mientras así gemía, un turbión mugidor del Aquilón da en la vela de frente

[4] Alude a Diomedes, que había combatido contra Eneas ante los muros de Troya.

y alza el mar hasta el cielo. Triza los remos, se ladea la popa
y brinda el flanco al oleaje. Avanza encabalgado un abrupto monte de agua.
Unos se ven colgados de la cresta de una ola. A otros el mar que se descorre,
abre su vista el fondo entre las olas. Borbotea su furia entre la arena.
Tres naves arrebata el Noto y las revuelve contra ocultos riscos.
(A estas peñas las llaman los ítalos altares. Son un enorme dorso a flor
[del agua.)
A otras tres desde alta mar el Euro las lanza a unos bajíos,
las Sirtes, da horror verlo; y contra los escollos las estrella
y las ciñe de bastiones de arena. Sobre una que llevaba al fiel Orontes
con sus licios, un imponente ramalazo de agua desde su misma cumbre
se desploma en su popa a la vista de Eneas. Sacude al timonel
que cae rodando de cabeza al mar. Tres vueltas allí mismo da a la nave
el oleaje girando en derredor y raudo la sepulta un voraz torbellino entre
[las olas.
Aquí y allí se ven nadando algunos náufragos por entre el vasto abismo,
armas y vigas y tesoros de Troya por las olas.
Ya ha rendido la tempestad a la potente nave de Ilioneo
y a la del fuerte Acates y a la de Abante y a aquella donde va el anciano Aletes,
y sueltas las junturas de los flancos, todas dan paso a las hostiles olas
y se abren en grietas. Entre tanto Neptuno percibe el sordo estruendo
del oleaje desatado y las aguas revueltas desde lo más profundo de su seno.
Y enojado en el alma tendiendo desde el fondo la mirada asoma
a flor de agua su sereno rostro. Ve la flota de Eneas
desparramada por el haz del mar y acosados los teucros
por las olas y el cielo desplomado sobre ellos.
Mal pueden escapársele la artería y las iras de su hermana y llamando
a su presencia al Céfiro y al Euro, así les habla:
«¿Tanto fiáis de vuestra alcurnia, vientos? ¿o ya osáis mezclar cielo con tierra
y alzar tan imponentes moles? A vosotros os voy... Pero importa antes que nada
sosegar las agitadas olas. Después tendrá vuestro desmán otro escarmiento.
Aprisa, retiraos. Decidle a vuestro rey que no es a él sino a mí
a quien le tocó en suerte el mando de los mares y el terrible tridente.
Él señorea su enorme farallón. Esa es vuestra morada,
Euro. Que ejerza en ella Eolo su poder.
Y que reine en la cárcel donde encierra a los vientos».

Intervención de Neptuno

Dice, y en menos tiempo que se tarda en contarlo, apacigua la furia turgente
[de las olas,
barre las nubes apiñadas y deja paso al sol. Cimótoe y Tritón
aunando sus esfuerzos desencallan las naves de entre erizados riscos.
Acude el dios, alza su tridente y les da paso entre las vastas Sirtes.
Sofrena el oleaje y se va deslizando por cima de las olas sobre las leves ruedas.
Igual que cuando en medio de una gran multitud estalla a menudo un tumulto
y brama enardecido el populacho, vuelan teas y piedras
—su furia improvisa armas— si ven de pronto
alzarse un varón respetable por su virtud y mérito,
callan y permanecen con el oído atento; él va con sus palabras dominando
[sus ánimos
y ablandando su enojo, así todo el fragor del oleaje se reduce al instante
en que el dios tiende su mirada sobre las olas, y por el cielo, libre ya de nubes,
lanzado a la carrera maneja sus corceles y les va dando rienda
rodando con su carro volandero.
Agotados porfían Eneas y los suyos
en alcanzar la playa más cercana y vuelven proa a las riberas libias.
En una honda ensenada hay un resguardo.
Forman puerto los flancos de una isla
donde todas las olas de alta mar
van rompiendo y refluyen en bandas espumantes.
Por un lado y por otro se adelantan dos ringleras de rocas;
amenazan al cielo sus remates gemelos. El ancho haz de las aguas enmudece
sosegado a sus pies. Arriba, como fondo, un bosque de ramaje estremecido.
El oscuro boscaje proyecta sobre el mar su hórrida sombra.
Bajo un filo de rocas en el costado opuesto se abre un antro.
Allí dentro hay veneros de agua dulce y escaños prestos en la roca viva.
Allí moran las ninfas. Allí no han menester las naves fatigadas
del amparo de amarra ni ancla alguna que les aferre con su corvo diente.

Desembarcan los troyanos

Reuniendo sus naves, las siete de toda la tropa que ha conseguido recobrar,
allí se acoge Eneas. Desembarcan y en ciega ansia de tierra
se adueñan de la arena deseada y por la misma playa
tienden sus miembros que rezuman sal. Y antes que nada Acates
arranca una centella al pedernal, recoge el fuego entre hojas
y lo rodea de materia seca y lo va cebando
hasta que brota del pábulo la llama.
Y aunque les rinde la fatiga el alma,
sacan el don de Ceres averiado por el agua del mar,
y los útiles de Ceres y se aprestan a tostar en la lumbre el grano rescatado
y a molerlo con piedras. Trepa entre tanto Eneas a un peñasco
y su mirada otea todo el ancho haz del mar por si pudiera divisar a alguno,
acaso a Anteo, bamboleado por el viento o las birremes frigias
o a Capis o a las armas de Caíco destacadas en lo alto de la popa.
Ni una nave a la vista. En cambio ve en la playa tres ciervos;
van vagando; en pos va la manada que pace en larga hilera por el valle.
Se detiene, y empuña raudo el arco y las saetas voladoras
que llevaba a su vera el fiel Acates.
Y primero derriba a los tres ciervos delanteros
que en su empinada testa arbolaban ramosa cornamenta. Luego tira al tropel
y va siguiendo a tiros a la manada dispersa por la fronda del bosque.
Y no cesa en su empeño hasta que abate en tierra triunfal
siete venados corpulentos y logra que su número iguale al de las naves.
Entonces vuelve al puerto y distribuye entre todos la caza,
y reparte también las ánforas de vino que le había cargado el buen Acestes
en la playa de Trinacria y su largueza de héroe le había dado en don al
[despedirle.
Y con estas palabras trata Eneas de consolar sus almas doloridas:
«¡Compañeros, ya hace tiempo que no somos ajenos a desgracias!
Habéis sufrido trances más penosos. Un dios pondrá fin también a los pre-
[sentes.
Vosotros que llegasteis a acercaros a la rabiosa Escila,
al hilo de sus rocas de profundos ladridos resonantes,
vosotros que arrostrasteis los riscos de los Cíclopes,

recobrad vuestros ánimos, desechad el temor que os contrista.
¡Quizá os alegre recordar algún día estos trabajos!
Sorteando tan diversos azares por entre tantos riesgos,
vamos encaminándonos al Lacio, a allá donde los hados nos deparan
un albergue seguro. Allí el reino de Troya podrá surgir de nuevo.
Tened ánimo firme. Reservaos para tiempos felices». Eso dicen sus labios;
en su inmensa congoja finge el rostro esperanza,
pero le angustia el alma una honda cuita.
Ellos se aprestan a preparar la presa que va a ser su festín.
Unos van desollando los flancos y dejando a la vista la carne,
otros la trinchan en tasajos; luego en los asadores la espetan.
Plantan otros calderas en la playa y dan pasto a las llamas.
La comida les devuelve las fuerzas. Tendidos por la yerba
se hartan de vino añejo y suculenta caza, y satisfecha el hambre,
retiradas las mesas, van echando de menos en dilatadas pláticas
a aquellos compañeros que han perdido. No saben si esperar o si temer;
si creer que están vivos o si han sufrido el trance final
y no pueden oír ya su llamada. Y más que nadie, el buen Eneas gime a solas
por la desgracia del brioso Orontes,
por la suerte de Amico, por el cruel hado de Lico,
por el del bravo Gías y el del bravo Cloanto. Terminaba ya todo
cuando avistando Júpiter desde lo alto del cielo el haz del mar,
volandero de velas y las tierras tendidas a sus pies y las costas
y el ruedo de los pueblos, se detiene en la cima del cielo
y fija la mirada en el reino de Libia.
Mientras va dando vueltas en su alma a sus cuidados,
Venus entristecida —las lágrimas le enturbian la lumbre de sus ojos—,
le dice: «Tú, que el mundo de los dioses y los hombres
gobiernas con tu eterno poder y aterras con tu rayo,
¿qué delito tan grave han podido cometer contra ti
mi hijo Eneas y los otros troyanos para que tras sufrir tantas desgracias, se les
todo el orbe por su empeño de poner pie en Italia? [cierre
Tú prometiste, es cierto, que de ellos surgirían los romanos
al girar de los años; que de ellos, de la estirpe restaurada de Teucro,
saldrían los caudillos que impondrían al mar y al orbe de las tierras su poder.
¿Qué te hace, padre, cambiar de parecer? Esto me consolaba el alma

de la pérdida de Troya, de su triste arrumbamiento;
ver compensados los adversos hados con otros favorables.
Y ahora cuando sus hombres han pasado por tantos infortunios
la misma suerte insiste en acosarlos.
¿Qué fin vas a poner, gran rey, a sus trabajos?
Anténor pudo huir de las tropas de los griegos
y penetrar a salvo en el golfo de Iliria,
en lo recóndito de los reinos liburnos [5], y remontar la fuente del Timavo,
donde por nueve bocas irrumpe haciendo retumbar el monte
y avanza su corriente impetuosa y anega la campiña en su oleaje resonante.
Allí fundando la ciudad de Padua fue a asentar a sus teucros
y dio nombre a su pueblo, y allí colgó las armas de Troya.
Y sosegado ahora, descansa allí en plácida paz.
Nosotros, sangre tuya, a quienes das entrada en la celeste altura,
después de haber perdido nuestras naves, indecible baldón,
y todo por el odio de una sola, somos traicionados
y se nos lanza lejos de las costas de Italia.
¿Es éste el galardón que das a la virtud? ¿Así nos restituyes nuestro mando?»
El padre de los hombres y los dioses, sonriéndole con aquella sonrisa
que serena cielos y tempestades, posa apenas sus labios en los labios de su hija
y le habla así: «Ahórrate tus temores, señora de Citera;
el destino de los tuyos permanece invariable;
verás la ciudad de Lavinio y el cerco de murallas prometidas,
y al magnánimo Eneas lo encumbrarás
hasta los mismos astros. No he cambiado de idea.
Este hijo tuyo —te lo voy a decir ya que te punza el alma ese cuidado,
desplegaré del todo los arcanos de los hados
y pondré al descubierto sus secretos—,
emprenderá en Italia tenaz guerra, domeñará a sus bravíos pueblos,
dará a sus hombres leyes y a sus ciudades muros,
hasta que tres veranos le hayan visto reinando
sobre el Lacio y hayan pasado tres inviernos

[5] Los liburnos habitaban al nordeste de Italia entre Iliria e Istria. El río Timavo nace en los Alpes orientales y después de ocultarse largo trecho bajo tierra surge por siete bocas y vierte sus aguas en el Adriático.

después de someter a su yugo a los rútulos;
y el niño Ascanio, al que ahora llaman Julo —Ilo se le llamaba
mientras estuvo en pie el reino de Ilión—,
al giro de los meses completará en su reino el dilatado ciclo de treinta años,
y desplazará el trono de su sede primera, de Lavinio,
y tenderá potente los muros de Alba Longa.
Y allí la estirpe de Héctor reinará tres centenares de años
hasta el día en que Ilia, sacerdotisa real, amada del dios Marte,
dé a luz de un solo parto dos gemelos. Luego Rómulo, ufano con su atuendo
de la rojiza piel de su loba nodriza, heredará el linaje y asentará los muros
de la ciudad de Marte [6] y llamará a los suyos con su nombre, romanos.
No pongo a sus dominios límite en el espacio ni en el tiempo.
Les he dado un imperio sin fronteras. Es más, la áspera Juno,
la que ahora acuciada de temor acosa sin cesar
piélago, tierra y cielo, dará en cambiar sus planes
y halagará conmigo a los romanos, los togados señores soberanos del mundo.
Así está decretado. Un tiempo llegará, al giro de los lustros, en que someterá
el linaje de Asáraco a la ciudad de Ptía
y a la ilustre Micenas y reinará sobre Argos [7]
sometida, y en que el troyano César nacerá de su galana estirpe,
aquel que extenderá su imperio hasta el Océano y su nombre hasta los astros,
Julio, el del mismo nombre recibido de lo alto del gran Julo.
Es éste a quien tú un día, libre ya de zozobras, le darás acogida en el cielo
cargado de despojos de Oriente. A él también invocarán con votos los humanos.
Y alejadas las guerras se amansarán entonces las edades turbulentas.
Y la Fidelidad de cabellos de plata, Vesta y Quirino
con su hermano Remo irán dictando leyes [8].
Se cerrarán las puertas de la guerra, las de ferradas, pavorosas barras.

---

[6] Llama murallas de la ciudad de Marte a las de Roma porque Rómulo y Remo eran tenidos por hijos de Marte.

[7] Argos era, como Micenas, una famosa ciudad del sudeste de Grecia. Como el resto de Grecia, fue sometida por Roma y pasó a ser provincia romana el año 146 antes de Cristo. Asáraco era un rey troyano, Ptía un distrito de Tesalia, patria de Aquiles.

[8] El poeta se refiere por boca de Júpiter a la paz y concordia que establecerá Quirino, esto es, Rómulo. Con lo que cesarán las guerras civiles. Quirino era una antigua

Dentro el furor impío, sentado en una hacina de crueles armas,
atados a la espalda los brazos con cien broncíneos nudos,
prorrumpirá por sus sangrientas fauces en hórridos bramidos».
Dice y desde la altura manda al hijo de Maya a que la tierra de Cartago
y sus nuevos alcázares deparen acogida a los teucros, no sea que ignorando
la voluntad del hado los rechace Dido de sus fronteras.
Por el ancho haz del aire va él batiendo
los remos de sus alas y se posa veloz en las riberas libias
y cumple lo mandado. Y los tirios mitigan su fiereza por voluntad divina.
E inspira de primeras a su reina ánimo tolerante
y una actitud propicia hacia los teucros.
En tanto, el fiel Eneas va durante la noche
dando vueltas en su alma a mil cuidados.
Apenas se les brinda el día, alentado se decide a salir y explorar el paraje,
a qué riberas ha llegado a parar a impulsos de los vientos, quién las puebla,
hombres o fieras, pues ve todo baldío,
y volver a contarlo puntualmente a los suyos.

ENCUENTRO CON SU MADRE VENUS

Oculta en un recodo del bosque sus navíos al socaire de un risco socavado,
todo ceñido de árboles, denso de hórridas sombras.
Sin otra compañía que Acates, echa a andar.
En su mano empuña dos venablos de ancho hierro.
Y en la mitad del bosque se le hace encontradiza su madre,
el rostro y el vestido de muchacha, las armas de una joven espartana,
como la tracia Harpálice cuando cansa a los potros
y aventaja en su huida a la corriente del Hebro volandero.
Le colgaba del hombro, a usanza cazadora, el arco presto;
había dado al viento sus cabellos para dejarle ir esparciéndolos;

---

divinidad itálica que los romanos identificaron con Rómulo. Establecida la paz, se cerraron las puertas del templo de Jano que llevaban abiertas más de dos siglos. Fue Augusto quien las cerró el año 25 antes de Cristo después de la guerra cántabra.

desnuda la rodilla, prendidos por un lazo los pliegues de la clámide flotante.
Y se adelanta a hablarles: «Eh, jóvenes, decidme si habéis visto tal vez
a una de mis hermanas vagando por aquí.
Va ceñida de aljaba y viste piel de rameado lince
o va acosando a gritos la carrera de un jabalí espumeante».
Así habla Venus, y así el hijo de Venus le responde:
«No he escuchado los gritos ni he visto yo
a ninguna hermana tuya. ¡Oh! ¿Qué nombre he de darte, muchacha?
No es tu cara de persona mortal y no suena tu voz a voz humana.
Sí, diosa, estoy seguro. ¿O una hermana de Febo?
¿O una de la familia de las ninfas? Danos tu favor,
y alívianos en este trance, seas quien seas; dinos bajo qué cielo nos hallamos,
te lo ruego, a qué playas hemos sido arrojados.
Sin saber de sus tierras y sus hombres caminamos errantes,
lanzados a estas costas por los vientos y las ingentes olas.
Dínoslo y nuestra diestra para ti abatirá abundantes víctimas al pie de tus [altares».
Y Venus: «No me juzgo —replica— digna de tal honor. Es la costumbre
de las muchachas tirias portar aljaba y el purpúreo coturno
que ciñe hasta bien alto los tobillos. El reino que estás viendo es púnico.
Son tirios. En la ciudad reina la dinastía de Agenor.
Mas la comarca que la rodea es libia, de gentes indomables en la guerra.
Dido ejerce el poder, la que salió de Tiro huyendo de su hermano.
Largo sería referir sus cuitas; largo sus intrincadas correrías.
Voy a seguir sus hitos principales. Su esposo fue Siqueo, rico en tierras
como nadie en Fenicia. Le amaba con hondo amor la infortunada Dido.
Su padre se la había dado intacta en los auspicios del primer enlace.
Pero reinaba en Tiro su hermano Pigmalión,
el monstruo más atroz en maldad que ningún otro.
Surge un odio feroz entre estos dos. El malvado hermano, enfebrecido
del amor del oro, coge desprevenido a Siqueo delante del altar
y lo asesina a hierro sin cuidarse del amor de su hermana.
Oculta largo tiempo su crimen y entre engaños y vanas esperanzas
burla inicuo la ansiedad de la amante. Pero se le aparece a ésta entre sueños
la sombra del marido insepulto, que adelanta a sus ojos
la sorprendente lividez del rostro,

y descubre el altar ensangrentado y el pecho atravesado por el hierro,
y le va revelando todo el crimen secreto de la casa.
Y le aconseja apresurar la huida y alejarse de la patria.
Desentierra tesoros de otro tiempo para ayuda del viaje,
ingente cantidad de plata y oro ignorada por todos. Conmovida a su vista
Dido se apresta a huir y va alistando compañía. Se le juntan
los que sienten encono o acuciante temor hacia el tirano. Se apropian de [unas naves
que había casualmente preparadas, las cargan de oro y se van por el mar
los caudales del avaro Pigmalión. Acaudilla la hazaña una mujer.
Arriban al paraje donde ahora puedes ver ingentes muros,
donde ahora está elevándose el alcázar de la nueva Cartago.
Compran allí terreno, el espacio que podía abarcar
la piel de un toro —de ahí el nombre de Birsa [8bis] que le dan.
Pero ¿quiénes —decidme— sois vosotros?
¿De qué playa venís? ¿A dónde os dirigís?»
A estas preguntas responde Eneas suspirando
y exhalando del hondo del pecho sus palabras:
«¡Diosa!, si comenzando por su origen primero empezara a contarte el relato
de nuestros infortunios, y tuvieras tú tiempo de escuchármelo antes de darle fin,
la estrella de la tarde cerrando el cielo enterraría el día.
Desde la antigua Troya, si acaso llegó el nombre de Troya a tus oídos,
navegando a través de luengos mares, quiso una tempestad
lanzarnos a su antojo a las costas de Libia. Yo soy el fiel Eneas,
el que traigo en mis naves conmigo los dioses hogareños rescatados
del enemigo. Es conocida mi fama más allá de los cielos.
Voy en busca de Italia, mi patria,
y de mi raza, que procede del mismo excelso Júpiter.
En veinte naves me lancé al mar frigio.
Iba mi madre, la diosa, señalándome el rumbo.
Yo seguía los hados que me habían asignado.
Apenas quedan siete, bamboleadas por las olas y el Euro.
Y yo mismo, ignorado, falto de todo,

[8bis] En griego, «piel curtida», «cuero».

voy cruzando los desiertos de Libia, rechazado de Europa como de Asia».
No puede Venus sufrir más sus lamentos y prorrumpe mediando en su dolor:
«Quienquiera que tú seas, creo yo que no aspiras
las auras de la vida aborrecido de los seres celestes,
pues has llegado a esta ciudad de tirios.
Sigue adelante. Llégate desde aquí hasta el palacio de la reina.
Están tus compañeros a salvo, te lo anuncio, y tus naves recobradas;
vientos del norte, que han cambiado de rumbo, las han puesto a seguro,
si no me han hecho falsa agorera mis padres burlándose de mí.
Mira esos doce cisnes que alean en gozosa formación; antes los dispersaba
por el ancho haz del cielo el águila de Júpiter rampando de la altura;
unos en larga fila parecen tomar tierra en este instante, otros avistan
desde lo alto el lugar en que aquellos se han posado.
Y cómo ahora retozan ya de vuelta restallando sus alas
y trazan en escuadra círculos por el cielo dando al aire su canto.
Así también tus naves y sus hombres, o han ganado ya el puerto,
o están entrando en él a velas desplegadas. Prosigue ya tu marcha
y dirige tus pasos donde lleva esta senda». Dice y cuando se vuelve
resplandece su cuello de rosa, y emana una fragancia de cielo su divina
[cabellera.
Se le desprende hasta los pies su túnica y destaca al andar su aire de diosa.
Él reconoce a su madre y siguiéndola le dice mientras huye:
«¿A qué engañas a tu hijo tú también, despiadada, con vanas apariencias?
¿Por qué no puedo unir mis manos a las tuyas,
ni escucharte, ni hablarte sin ficciones a mi vez?»
Le va así reprochando, y dirige su paso a la ciudad.
Pero Venus según van caminando los envuelve
en un halo de aire oscuro y su poder divino extiende
en torno de ellos el denso manto de una nube para que nadie logre verlos,
ni puedan llegarse a ellos, ni detener su marcha, ni inquirir el porqué de
[su venida.
La diosa se dirige por los aires hacia Pafo y regresa gozosa a su morada
donde tiene su templo, donde exhalan incienso sabeo
cien altares fragantes de guirnarldas siempre vivas.

EN CARTAGO

Entre tanto apresuran la marcha por donde les conduce aquella senda,
y ya van repechando el ancho otero que domina la ciudad
y desde lo alto avista los alcázares fronteros. Maravíllase Eneas
de la mole de edificios, antes no más que chozas.
Se maravilla de sus pórticos, del estrépito,
del firme pavimento de sus calles. Bregan enardecidos
los tirios. Unos tienden los muros y alzan la ciudadela,
van rodando a mano enormes piedras.
Eligen otros lugar acomodado a su morada,
trazando un surco en torno. Dictan leyes, designan magistrados
y miembros del senado venerable. Aquí excavan el puerto,
allí echan los cimientos del teatro y tallan en la roca
imponentes columnas, altivo ornato de la escena un día.
Igual que las abejas que al albor del estío bullen de afán al sol,
cuando unas sacan las adultas *crías*, otras van espesando la *miel líquida*;
y de su dulce néctar llenan hasta los bordes las celdillas, o descargan del peso
a las que vuelven, o en marcial escuadrón ahuyentan de su hogar
el hato de los zánganos tumbones. Todo es hervor de afanes;
la miel fragante exhala aromas de tomillo.
«¡Dichosos, ay, aquellos que ya ven elevarse su ciudad!»
—prorrumpe Eneas— y alza la mirada al tejado de las casas.
Penetra entre la gente —maravilla contarlo— cercado del abrigo de la nube
y anda mezclado entre ellos sin que nadie lo vea.
En medio mismo de la ciudad había una arboleda de sombra exuberante,
donde los fenicios, al arribar lanzados por las olas y los vientos,
desenterraron el símbolo que Juno, la regia inspiradora, les había predicho,
la cabeza de un brioso caballo [9], señal de que sería su pueblo egregio en guerra
y abundante en recursos por los siglos. Allí en aquel pasaje
estaba alzando la sidonia Dido un ingente templo a Juno, rico en dones
y por la manifiesta presencia de la diosa. De bronce era el umbral

---

[9] Pasó a ser el caballo símbolo de Cartago y figuró su cabeza en sus monedas.

a que la escalinata conducía, de bronce el entramado de sus vigas,
el bronce rechinaba en los quicios de las puertas.
Allí, entre la arboleda, se le ofrece una nueva sorpresa que le alivia
de su temor primero. Allí comienza Eneas a cobrar esperanza en salvarse,
y confía en que cambie su infortunio. Mientras al pie del espacioso templo,
esperando a la reina, lo recorre todo con su mirada y admira la fortuna
de la ciudad y la traza que se da cada artífice, y el primor de sus obras,
ve pintados en el orden debido los combates de Troya, aquella guerra
que en alas de la fama llega ya a todo el orbe,
los Atridas [10] y Príamo y Aquiles feroz para ambos bandos.
Se para y entre llanto: ¿«Qué lugar, dime Acates,
qué región de la tierra no está llena de nuestros sufrimientos?
Mira a Príamo. Aquí también el mérito tiene su recompensa.
Aquí también hay lágrimas para las desventuras,
la breve vida humana lancina el corazón. Desecha tu temor.
Este renombre concurrirá a salvarte». Dice y va apacentando
su ánimo con las vanas imágenes, gime una y otra vez. Le baña el rostro
largo raudal de llanto. Contemplaba las luchas en derredor de Pérgamo,
aquí huían los griegos y acosaba la juventud troyana, allí iban retirándose [los frigios,
acuciados por el carro de Aquiles, el del casco de plumas.
Mas allá reconoce sollozando las tiendas de Reso con sus lonas,
blancas como la nieve, en las que el hijo de Tideo
a favor del primer sueño va haciendo una gran riza ensangrentado,
y se lleva a su campo sus fogosos corceles que no habían gustado
todavía de los pastos de Troya ni bebido del Janto [11].
En otra escena Troilo, el mozo sin ventura, huyendo, ya sin armas,
del combate desigual con Aquiles va arrastrado por sus propios corceles;
se agarra boca arriba a su carro vacío, las riendas en su mano todavía,
el cuello y los caballos rasantes por el suelo, su lanza vuelta a tierra
va escribiendo en el polvo. Entre tanto caminan las troyanas,

[10] Los Atridas o hijos de Atreo eran Agamenón y Menelao.

[11] Alusión a los caballos de Reso que le robó Diomedes antes de que gustasen los pastos de Troya y bebiesen del Escamandro o Janto. Si el robo hubiera sido después, Troya no hubiera sido conquistada, según el oráculo.

suelta la cabellera, portando el peplo hacia el templo de Palas,
la diosa no imparcial en la contienda;
van suplicantes, tristes, golpeándose el pecho con las manos.
La diosa, vuelto el rostro, tiene los ojos fijos en el suelo.
Tres veces había ya arrastrado Aquiles a Héctor en torno a la muralla de Ilión,
y vendía por oro en aquel punto su cuerpo ya sin vida.
Entonces, sí que Eneas exhala un gran gemido de lo hondo de su pecho
mirando los despojos, el carro, el cuerpo mismo de su amigo,
y a Príamo que tiende sus manos indefensas. Hasta se reconoce combatiendo
mezclado entre los jefes de los griegos y las tropas de Oriente,
y las armas del negro Memnón [12]. Pentesilea guía encorajinada
sus escuadrones de broquel lunado y se enardece entre sus mil guerreras.
Con un cintillo de oro lleva prendido su desnudo pecho.
En su ímpetu guerrero no se arredra la muchacha de enfrentarse en combate
[con varones.

LLEGA LA REINA DIDO

Mientras se ofrecen tales maravillas ante los ojos del troyano Eneas
y embebecido concentra sólo en ello la mirada, la reina Dido,
radiante de belleza se encamina hacia el templo
entre un tropel de jóvenes que le van dando escolta.
Lo mismo que Diana, que a orillas del Eurotas
o a lo largo de las cumbres del Cinto, va guiando
la danza de sus coros —la siguen mil Oréades
apiñadas a izquierda y a derecha—, ella al hombro la aljaba camina y a
[su paso
se destaca sobre todas las diosas, el gozo punza el alma de Latona en silencio,
así va Dido, ufana en medio de los suyos, alentando las obras

[12] Eneas contempla dos episodios de las tropas aliadas de Príamo: el combate de Memnón, caudillo de los etíopes, y el de las amazonas al mando de Pentesilea. Las amazonas, guerreras a caballo, procedían del Asia Central y se asentaron en el Asia Menor. El cinto a que alude el poeta, les pasaba bajo el pecho derecho que dejaba desnudo para que pudieran manejar mejor la espada y el arco.

y el esplendor futuro de su reino. En el umbral del templo de la diosa,
bajo la misma bóveda del centro, su guardia le da escolta,
se eleva a su alto solio y toma asiento. Daba órdenes y leyes a su pueblo,
distribuía en partes iguales las tareas, o dejaba a la suerte decidirlas.
Eneas, de improviso, por entre un gran tropel ve abrirse paso
a Anteo y a Sergesto y al valeroso Cloanto y a otros teucros
que había dispersado por el mar el negro torbellino y alejado a otras playas.
A su vista queda Eneas pasmado, pasmado queda Acates,
transido de alegría y de temor. Ardían en deseos de estrecharse las manos,
pero les desconcierta aquel misterio. Disimulan y espían,
al amparo de su cóncava nube, la suerte que han corrido los suyos,
en qué playa han dejado sus navíos, qué pretenden.
Eran los elegidos entre todas las naves y venían al templo
pidiendo amparo a gritos. Cuando entraron y se les dio permiso
para hablar en presencia de la reina, Ilioneo, el mayor en edad,
con sereno ademán empieza así: «Majestad, a quien Júpiter
ha otorgado fundar una ciudad y frenar a tribus fieras con normas de justicia,
somos unos troyanos desgraciados,
juguete de los vientos por un mar y otro mar;
imploramos tu favor: defiende nuestras naves del horror de las llamas;
apiádate de una raza piadosa y míranos benigna.
No hemos venido a devastar a hierro vuestros hogares libios
ni a cargar con la presa arramblada camino de la playa.
No son tan agresivos ni de tanta arrogancia unos vencidos.
Existe una comarca, los griegos la conocen con el nombre de Hesperia,
tierra antigua, potente por sus armas y por su fértil suelo.
La habitaron enotrios, ahora sus descendientes es fama que la llaman
Italia, por el nombre de su jefe. Ese era nuestro rumbo cuando el nuboso [Orión,
alzándose con súbito oleaje, nos lanzó contra ocultos arrecifes
y con el fiero embate de los vientos nos dispersó entre rocas sin salida
y entre encrespadas olas. Pocos hemos logrado acercarnos nadando a vuestras [playas.
Pero ¿qué hombres son éstos, qué pueblo tan salvaje tolera tales prácticas?
Se nos niega acogernos a una playa. Nos hacen guerra, impiden
que pongamos el pie ni siquiera en el linde de su tierra.
Si sentís menosprecio por el género humano y las armas de los hombres,

poned la vista al menos en los dioses que no olvidan lo que es justo y lo injusto.
Nuestro rey era Eneas. Jamás lo hubo más recto ni de mayor bondad,
ni más grande en la guerra y el manejo de las armas.
Si el hado lo preserva, si le infunden vigor las auras de los cielos,
y no yace en las sombras todavía, ningún temor tenemos,
no te arrepentirás de adelantarte a competir con él en gentileza.
Hay también, allá en tierras de Sicilia, ciudades y campos labrantíos,
y un príncipe de sangre troyana, el noble Acestes.
Permítenos sacar a tierra nuestras naves maltrechas por la furia de los vientos,
y aprestar en los bosques tablas y pulir remos, si nos es concedido
con nuestros compañeros y nuestro rey a salvo tender el rumbo a Italia,
dirigirnos alegres hacia Italia y el Lacio. Pero si se nos quitan
los medios de salvarnos, si a ti, padre sin par de los teucros,
te tiene ya en su seno el mar de Libia
y no nos queda ya nuestra esperanza en Julo,
al menos que podamos dirigirnos a los angostos mares de Sicilia,
al lugar de reposo preparado desde donde arribamos,
y al encuentro de nuestro rey Acestes».
Así dice Ilioneo. Al punto, los dardánidas prorrumpen todos a una
en murmullos de vivo asentimiento.

Favorable acogida de Dido

Entonces, con el rostro vuelto a tierra, Dido habla brevemente:
«Librad vuestro ánimo de temores, troyanos, desechad vuestros cuidados.
Las duras circunstancias, lo reciente del reino,
me obligan al rigor de estas medidas
y a defender con guardias mis dilatados lindes. ¿Quién hay que no conozca
el noble pueblo de Eneas? ¿Quién no sabe de la ciudad de Troya,
sus hazañas, sus héroes y los incendios de su fiera guerra?
No somos, no, los púnicos de mente tan obtusa,
ni unce el Sol sus corceles [13] tan distantes de la ciudad de Tiro.

---

[13] Afirma Dido que viven en un país civilizado, no alejado del mundo, al que el sol favorece con su calor. Se tomaba a los países alejados del sol por menos civilizados.

Tanto si preferís la gran Hesperia y las campiñas de Saturno
como las tierras de Érice y a vuestro rey Acestes, os dejaré partir seguros
al amparo de una escolta y os favoreceré con mis recursos.
¿Deseáis asentaros conmigo en estos reinos?
Estoy fundando una ciudad. Es vuestra.
Sacad a tierra vuestras naves. Mediré al troyano y al tirio con el mismo rasero.
Y ¡ojalá que Eneas, vuestro rey, se presentase aquí en persona
a favor del mismo viento! Enviaré unos fieles vigías
a lo largo de la costa y ordenaré que exploren
los confines de Libia, por si, arrojado a estas riberas, anduviese ahora errante
por bosques y poblados». Sus palabras enardecen el alma del valeroso Acates
y del caudillo Eneas. Hacía largo rato que ardían en deseos de salir de la [nube.
Acates se adelanta a instar a Eneas: «¡Hijo de diosa! ¿qué idea se le ocurre
ahora a tu mente? Todo lo ves a salvo. Has recobrado naves, compañeros.
Uno falta, el que vimos con nuestros propios ojos anegado en las olas [14].
Lo demás concuerda con lo dicho por tu madre».
Hablaba todavía y, de repente, se desgarra la nube
tendida en torno de ellos y se funde en el aire transparente.
Quedó Eneas erguido —deslumbraba en la viva claridad—
semejante en la cara y en los hombros a un dios. Pues su madre le había
inhalado un efluvio de gracia a sus cabellos, y la lumbre purpúrea
de lozana juventud y un vislumbre de gozo a su mirada.
Era como el realce de belleza que da al marfil la mano,
o como el viso de la plata o del mármol de Paros
circundado del amarillo resplandor del oro.
Se dirige a la reina y, ante el pasmo de todos, prorrumpe de improviso:
«Tenéis ante vosotros al mismo que buscáis, a Eneas el troyano,
rescatado de las olas del mar de Libia. Reina, tú eres la única que has senti- [do piedad
de los dolores indecibles de Troya, que a estos restos del furor de los griegos,

---

La tierra de Saturno, es decir, Italia, ya que Saturno como hemos dicho, era uno de los más antiguos dioses de Italia.

[14] Se refiere a Orontes, al que un golpe de mar precipita en las olas ante los ojos de Eneas.

agotados por todos los reveses de la tierra y el mar, desprovistos de todo,
nos haces tomar parte en tu ciudad y tu patria.
No está, Dido, en nuestras manos
darte las gracias que mereces, ni en las de cuantos dárdanos
aún quedan esparcidos por todo el haz del orbe. ¡Que los dioses te den
la recompensa debida, si hay poderes divinos que miran por los buenos,
si hay lugar donde vale la justicia y vale la conciencia del deber!
¡Qué venturosa edad te nos ha dado! ¡Qué padres tan gloriosos
engendraron tal hija! Mientras corran los ríos a la mar, mientras las sombras
giren por las laderas de los montes y el cielo siga apacentando estrellas
perdurará el honor que te debo; tu nombre y tu alabanza
allá donde me llame mi destino».
Dice y tiende la diestra a su amigo Ilioneo, y la izquierda a Seresto,
y luego a los demás, al valeroso Gías y al valeroso Cloanto.
Quedó pasmada la sidonia Dido al punto en que vió al héroe
y después cuando escuchó su terrible infortunio. Y le contesta así:
«¿Qué hado va persiguiéndote entre tantos peligros a ti, hijo de la diosa?
¿Qué violento poder te arroja a estas riberas despiadadas? ¿Eres tú aquel Eneas
que dio al dardanio Anquises Venus, la transmisora de la vida,
allá a la orilla del Simunte de Frigia? Por cierto,
recuerdo que Teucro, desterrado de su patria,
vino a Sidón buscando un nuevo reino con la ayuda de Belo.
Mi padre Belo entonces asolaba la feraz tierra de Chipre que tenía sujeta a su poder.
Ya desde entonces me era conocida la desgracia de la ciudad de Troya,
y tu nombre y los reyes pelasgos. Aunque era su enemigo,
acostumbraba hacer altos elogios de los teucros;
pretendía descender de la antigua estirpe teucra.
Ea, jóvenes, entrad ya en nuestra casa.
A mí, también una fortuna parecida a la vuestra,
acosándome a incontables trabajos, quiso darme acogida
al cabo en esta tierra. Conociendo el dolor he aprendido
a amparar al desgraciado». Dice. Al punto conduce a su palacio a Eneas.
A la vez, ordena ofrendas en acción de gracias
en los templos de los dioses. Y entre tanto, no olvida mandar a la playa
para los campañeros de Eneas veinte toros,

cien cerdosos canales de corpulentos puercos,
un centenar de pingües corderos con sus madres
y el don de la alegría del dios Baco.
Se adorna el interior de su palacio con todo el esplendor del fasto real.
Preparan un banquete en la sala del centro con tapices de exquisita labor
deslumbrante de púrpura. En las mesas luce vajilla de maciza plata;
y cinceladas en oro las hazañas de sus antepasados, la dilatada sucesión de
obra de tantos héroes desde el remoto origen de la raza. [gloria,
Eneas —no le deja su amor de padre un punto de descanso a su alma—
manda a Acates que se encamine aprisa hacia las naves,
que se lo cuente todo a Ascanio y se lo traiga a la ciudad
—en Ascanio se centra todo su apasionado amor de padre—.
Y le ordena además traer unos presentes salvados de las ruinas de Ilión:
un manto de abultadas figuras recamadas de oro y un velo
festoneado de amarillo acanto, galas un día de la argiva Helena,
que ella había sacado de Micenas cuando navegó a Pérgamo a sus prohibidas
[nupcias [15],
don asombroso de su madre Leda. Y además el cetro que portó en otro tiempo
Ilíone, la mayor de las hijas de Príamo, con un collar de perlas
y una diadema con su doble cintillo de pedrería y oro.
Apresurando el paso iba con estas órdenes Acates.

Ingeniosa traza de Venus

Por su parte la diosa de Citera da vueltas y más vueltas en su alma
a nuevas trazas y a su nuevo plan: que Cupido,
cambiando de aspecto y rostro, acuda en vez del dulce Ascanio
y que al hacerle entrega de sus dones
enardezca a la reina en loco amor y le infunda su fuego hasta la médula,
pues teme la falsía de la casa y las dobleces de los tirios [16].

---

[15] En la alusión a las prohibidas bodas de Helena y Paris, la secreta traza de antelación virgiliana anticipa el infortunado desenlace de los amores de Dido y Eneas.

[16] Recuerda Venus la doblez y las arterías de Pigmalión, el hermano de Dido, y la falta de cumplimiento de la palabra dada por los cartagineses. De ahí que se hiciera proverbial en latín la expresión *fides punica*, fidelidad a lo cartaginés.

La furia de Juno la atormenta; torna de noche a su alma la ansiedad.
Por eso le habla así al Amor alado: «¡Hijo, que eres mi fuerza,
todo mi gran poder, hijo, tú que desprecias los dardos
que lanzó contra Tifeo [17] el padre soberano,
a ti acudo y demando humilde tu divino valimiento.
Bien conoces cómo tu hermano Eneas, rodando por el mar, es arrojado
contra todas las playas por los rencores de la acerba Juno
y te has compadecido de mi duelo a menudo. Ahora lo acoge la fenicia Dido
y con blandas palabras lo retiene. Recelo de esta hospitalidad que amaña
pues no va a estar ociosa en tan patente giro de fortuna. [Juno,
Por eso me propongo adelantarme a prender en mis redes
y a inflamar en la llama del amor a la reina, no sea que, por obra
de algún poder divino, se opere un cambio en ella.
Quiero tenerla de mi parte, cautiva de un intenso amor a Eneas.
Escucha ahora la traza con que puedes lograrlo.
El pequeño príncipe, objeto de todos mis desvelos,
cumpliendo la orden de su amante padre,
se dispone a dirigirse ahora a la ciudad sidonia llevando los regalos
que dejó a salvo el mar y las llamas de Troya. Voy a sumirlo en sueño
y allí en lo alto de la isla de Citera sobre el monte Idalio
me propongo esconderle en mi sacro recinto a fin de que él no pueda
advertir la añagaza ni acudir a estorbarla.
Tú, una noche, una sola, con tus mañas finge su misma traza
y como niño que eres, adopta el rostro familiar del niño
para que cuando Dido te acoja alborozada en su regazo en el banquete real
entre el fluir del vino y te estreche en sus brazos
y cuando imprima en ti sus dulces besos, infundas tu secreto fuego en ella
y tus filtros de amor sin que lo advierta». El Amor obedece las órdenes
de su querida madre, se desprende de sus alas
y remeda gozoso el mismo andar de Julo.
Mientras, Venus infunde en los miembros de Ascanio un plácido sopor,

---

[17] Se refiere a los rayos con que Júpiter abatió y hundió en los infiernos o bajo el monte Etna según otros, a Tifeo, uno de los Titanes que se alzaron en guerra contra él para destronarlo. Venus encarece así el poder de su hijo Cupido, al que solían representar los antiguos despreciando los rayos de Júpiter.

y entibiado en su regazo se lo lleva a las altas arboledas de Idalia,
donde el blando amaranto lo envuelve en la fragancia de sus flores
y en el abrazo de su dulce sombra. Dócil a lo mandado,
caminaba Cupido alegremente acompañado de su guía Acates. Cuando entra,
ya la reina descansa en lecho de oro entre regios tapices emplazada en el centro.
Llega el caudillo Eneas, llega también la juventud troyana
y se reclinan sobre estrados de púrpura.
Van dando los criados aguamanos, reparten pan de las canastillas,
proveen de afelpadas servilletas. Hay cincuenta sirvientas dentro;
cuida cada cual en su puesto de ir poniendo los manjares
y avivar el fuego de los dioses hogareños.
Otras cien y otros tantos criados iguales en edad
van colmando las mesas de viandas
y colocan las copas. No dejan de asistir los tirios.
Entran por el alegre umbral en grupos
y se les manda acomodarse en los bordados lechos. Miran maravillados
los regalos de Eneas. Se asombran a la vista de Julo, de la lumbre radiante
en la cara del dios, de su bien simulado parloteo,
y del manto y el velo recamado de azafranado acanto.
Y más que nadie la fenicia Dido, desventurada de ella,
condenada a un inminente estrago, no puede saciar su alma,
se le enciende mirándole, y le aturden a un tiempo niño y dones.
Después que en un abrazo se le colgó del cuello a Eneas,
colmando el hondo amor de su supuesto padre, se dirige a la reina.
Con los ojos, con todo el corazón ella le va estrechando contra sí
y a ratos le acaricia en su regazo sin saber, pobre Dido, qué poder tiene el dios
que acoge por su mal. Pero él se acuerda de su madre, la diosa de Acidalia,
y comienza por borrar poco a poco la imagen de Siqueo, y porfía
en asaltar con llama de amor vivo el alma largo tiempo sosegada
y el corazón que había ya perdido la costumbre de amar.
Llega el banquete a su primer descanso, y retiran las mesas.
Traen grandes tazas y las van coronando con guirnaldas.
Un gran bullicio surge en el palacio; las voces ruedan por los amplios atrios.
De los dorados artesones cuelgan fanales encendidos. Las teas llameantes
señorean las sombras. La reina pide entonces una copa maciza de pedrería y oro

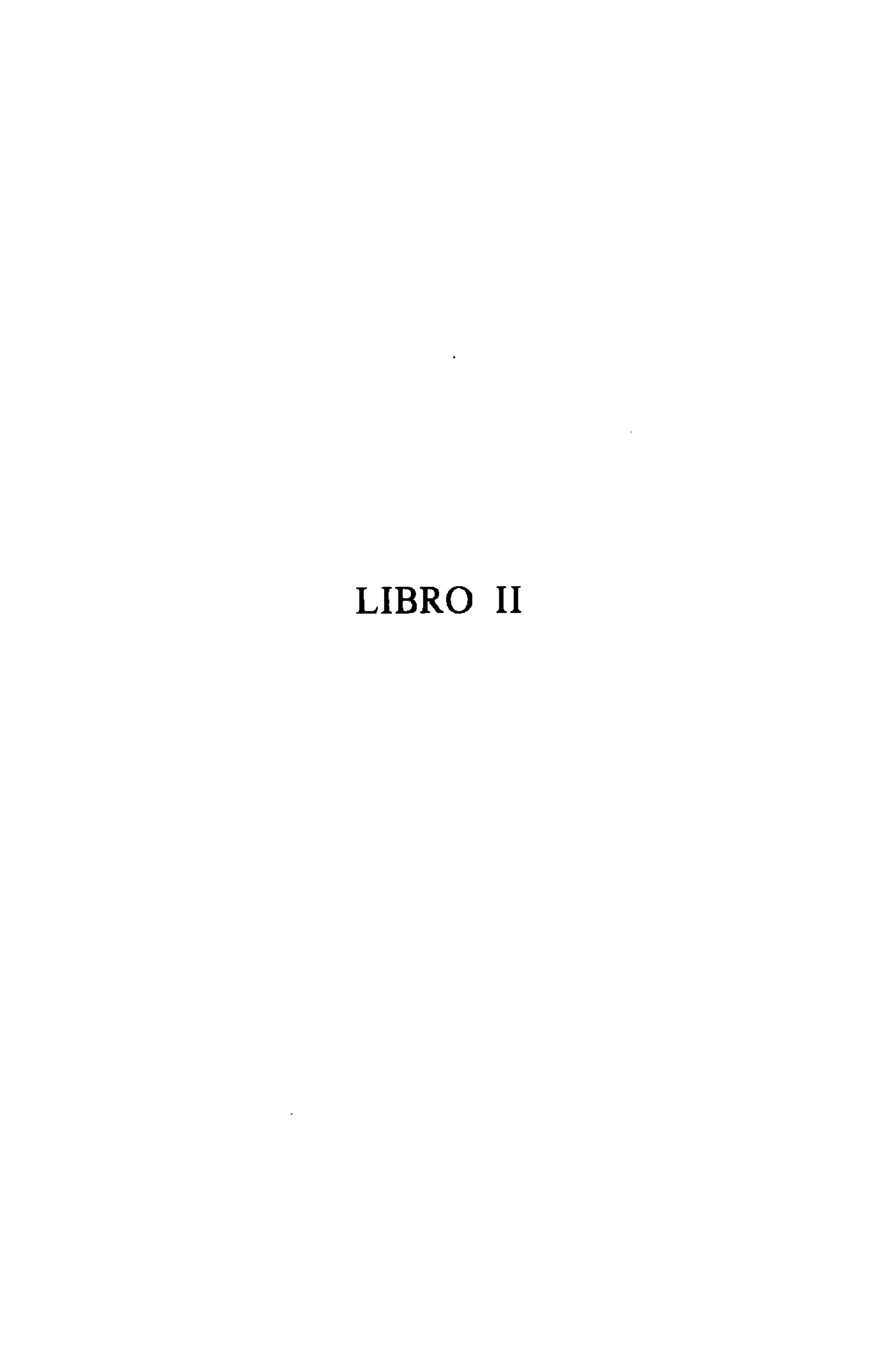
y la llena de vino hasta los bordes, la misma que solía beber el primer Belo
y sus regios descendientes. La sala se hace toda silencio.
«Júpiter, tú que dictas leyes al que recibe y da hospitalidad
según dicen, haz que sea este día feliz para los tirios
y los que han arribado desde Troya, que nuestros descendientes
guarden memoria de él. Que esté presente Baco,
dador de la alegría, y con él la generosa Juno. Vosotros, tirios,
celebrad este encuentro de buen grado». Dice y vierte en la mesa
su libación de vino y después de libar
roza primero el borde de la copa con sus labios
y se la tiende a Bitias apremiándole. Este apura resuelto el vino espumeante
hasta embeberse la copa entera de oro. Después los otros próceres.
Jopas, el de la larga cabellera [18], alumno un día del excelso Atlante,
estremece la sala con el son de su cítara. Y va cantando las fases de la luna,
los trabajos del sol, y de dónde proviene la raza de los hombres
y los brutos y la lluvia y el fuego.
Y canta a Arturo [19] y a las pluviosas Híades, las dos Osas, por qué los soles
corren tanto en invierno a bañarse en el mar, o qué tardanza
detiene el curso de las lentas noches. Redoblan sus aplausos
los tirios y les siguen los troyanos. La infortunada Dido
trataba de alargar la noche hablando de diversos temas
y bebía el amor a largos tragos. Preguntaba sin cesar
muchas cosas sobre Príamo y otras muchas sobre Héctor.
Unas veces qué armadura portaba el hijo de la Aurora [20];
otras cómo eran los caballos de Diomedes, otras veces por la talla de Aquiles.
«Ea, cuéntanos ya desde el principio, huesped mío —le dice—,

[18] Los cantores usaban larga cabellera a semajanza de Apolo.

[19] Arturo, que significa cola de osa, es el nombre de la más bella estrella del Boyero. Surge y se pone portando lluvia así como las Híades, las lluviosas, que forman una costelación emplazada en la cabeza del Toro. Las dos Osas, mayor y menor, cada una de siete estrellas, *Septemtriones*, esto es, *septem boves triones*, siete bueyes aradores, estrellas que forman el carro de la Osa.

[20] Recordemos que el poeta se ha referido ya al hijo de la Aurora, Memnón, rey de los etíopes, y a los caballos robados por Diomedes a Reso, temas representados por los pintores en los murales del templo de Juno en Cartago.

las tretas de los dánaos, los trances de infortunio de los tuyos y
tus andanzas sin rumbo, ya que es éste el séptimo verano
que te trasiega errante por un sinfín de tierras y de mares».



LIBRO II

PRELIMINAR

Relata el poeta en el libro II, por boca de Eneas, la caída de Troya y la huida del troyano al frente de los suyos camino del destierro.

El libro de Troya, como han dado en llamarlo, es una insólita aventura humana, y un legado a su pueblo de su egregio origen de infortunios, y un drama de impresionante angustia. Salta a la vista su triple movimiento de traslación del héroe: de la playa a su casa paterna en el arrabal de la ciudad y de ésta al centro y a la azotea del palacio de Príamo, de donde vuelve la acción al arrabal. En su ciclo cabal de tres actos, el primero transcurre en la playa, el segundo en la ciudad y en el palacio de Príamo. Cierra este segundo acto una bellísima teofanía, la aparición de Venus a su hijo Eneas. El tercero, de acuciante andadura interna, se acendra en el hogar paterno con el desenlace de la huida. Se añade en el epílogo la desaparición de Creúsa, la vuelta del héroe a la ciudad en su busca, el mensaje de la esposa en su aparición sobrenatural y la marcha de Eneas con los suyos camino del destierro.

Resaltan, a partir de la entrada del caballo en la ciudad, los mejores visos de su arte creador: la porfía alborozada de niños y niñas por tocar con sus manos la maroma del caballo, la obcecada insistencia con que los troyanos enraman sus templos en acción de gracias a unos dioses ajenos a sus dones y a su amparo, el rigor del destino que se abate sobre los más nobles empeños moceriles y el enternecido valimiento de la madre divina del héroe.

Irrumpe la presura del alma del poeta, la más auténtica y pasmosa de las letras clásicas. Ya en el acto primero nos sorprende con la entrada en escena de Laoconte. Baja corriendo enardecido de lo alto del alcázar, gritando desde lejos por disuadir de su empeño a los atolondrados troyanos (II 40 y sigs.). A comienzos del acto segundo vemos correr despavorido al encuentro de Eneas al sacerdote Panto que huye de entre los dardos. Arrastra con una mano a su nietecillo, con la otra retiene a los dioses vencidos (Ib. 318 y sigs.). Y crúzase a nuestros ojos la imagen del mozuelo Polites, el hijo menor de Príamo. Huye desalentado, ya herido, de la lanza de Pirro para exhalar su vida, entre un raudal de sangre, a los pies de sus padres (Ib. 526 y sigs.). Y la huida sobresaltada de Eneas desde la casa paterna con su anciano padre en hombros y el pequeño Ascanio, que con su manezuela va asiendo su mano corriendo a su lado a parvos pasos desiguales (Ib. 721). Y la del troyano que corre enloquecido en busca de su Creúsa perdida, llamándola a gritos entre las casas de la ciudad (Ib. 771).

Vuelve a la par el poeta a la constante predilecta de sus apariciones y prodigios. Su intuición de lo sobrenatural se aviva entre sueños y sombras. Estremece la dolorida aparición de Héctor. Y maravilla la de la madre alentadora de Eneas, la diosa Venus, que retiene al hijo de la mano y le muestra la obra de los dioses destructores de Troya. Y hace aflorar a su alma la anticipación cristiana del perdón a los enemigos. Y la aparición de Creúsa, reveladora de la mejor alma de mujer romana. Opera de vuelta al hogar paterno con la más novedosa traza de prodigios. La divinidad se rinde a la fe de Eneas y doblega a maravilla la terquedad de su padre a abandonar el hogar de siempre. Por remate, presto el héroe con los suyos al destierro, enciende a su vista el lucero de Venus sobre las crestas del monte Ida, el que va prendiendo su madre divina por el haz del cielo hasta que arriban al Lacio.

A par de apariciones y prodigios cautiva el avance en la esencial revelación del alma de Eneas, visible en el temple de su resistencia en la lucha sin esperanza (Ib. 354). Y en el transfondo de su *pietas* detectado a través de su amor filial en las escenas del desenlace, (Ib. 634 y sigs.). Y en la firmeza de su fe en el valimiento divino

(Ib. 707 y sigs.). Ella le guía al frente de la turba expectante de los suyos, camino del destierro con su anciano padre a cuestas, portador de los dioses Penates, lo único que salva de la ciudad en llamas.

LA CAÍDA DE TROYA

Eneas comienza el relato de la caída de Troya

Todos enmudecieron y atentos mantenían el rostro fijo en él.
Entonces desde su alto diván el padre Eneas comenzó a hablar así:
«Imposible expresar con palabras, reina,
la dolorosa historia que me mandas reavivar:
cómo hundieron los dánaos [21] la opulencia de Troya y aquel reino desdichado,
la mayor desventura que llegué a contemplar
y en que tomé yo mismo parte considerable.
¿Qué mirmidón o dólope o soldado de Ulises, el del alma de piedra,
contando tales cosas lograría poner freno a sus lágrimas?
Además ya va la húmeda noche bajando con presura desde el cielo
y las estrellas que se van poniendo nos invitan al sueño.
Pero si tantas ansias sientes por conocer nuestras desgracias
y escuchar en contadas palabras la agonía de Troya,
por más que recordarlo me horroriza y rehúye su duelo,
empezaré:

[21] Nombre que reciben los argivos y por extensión los griegos del príncipe egipcio Dánao, que se refugió en Grecia y fundó la ciudad de Argos. Los mirmidones y los dólopes son pueblos de Tesalia que Aquiles condujo a la guerra de Troya.

Construcción del caballo

Los jefes de los dánaos, quebrantados al cabo por la guerra,
patente la repulsa de los hados —son ya tantos los años transcurridos—,
construyen con el arte divino de Palas un caballo del tamaño de un monte
y entrelazan de planchas de abeto su costado.
Fingen que es una ofrenda votiva por su vuelta. Y se va difundiendo ese
[rumor.
A escondidas encierran en sus flancos tenebrosos
la flor de sus intrépidos guerreros y llenan hasta el fondo
las enormes cavernas de su vientre de soldados armados.
A la vista de Troya está la isla de Ténedos, sobrado conocida por la fama.
Abundaba en riquezas mientras estuvo en pie el reino de Príamo,
hoy sólo una ensenada, fondeadero traidor para las naves.
Hasta allí se adelantan los dánaos y se ocultan en la playa desierta.

Reacción de los troyanos

Nosotros nos creímos que ya se habían ido y que a favor del viento
habían puesto rumbo hacia Micenas. Y la Tróade toda se libera
de su larga congoja. Se descorren de par en par las puertas.
Disfrutan en salir y examinar el campamento dorio
y en ver las posiciones desiertas y la playa abandonada.
«Aquí acampaban las tropas de los dólopes, aquí el feroz Aquiles,
en este espacio emplazaban la armada. Allí solían combatir
en línea de batalla con nosotros». Los unos boquiabiertos
ante el funesto don a la virgen Minerva se pasman de la mole del caballo.
Y el primero, Timetes[22], incita a que lo acojan dentro de la muralla
y que quede instalado en el alcázar, fuera por traición,
o porque ya la suerte de Troya estaba así fijada. Pero Capis y aquellos
que eran de parecer más avisado mandan que se eche al mar

[22] Consta que el troyano Timetes deseaba vengarse del rey Príamo, quien había dado muerte a su mujer y a su hijo de corta edad.

la treta de los griegos, aquel don sospechoso,
que se le prenda fuego por debajo y se queme en sus llamas,
o se barrene y escudriñe los huecos escondrijos de su vientre.
El vulgo tornadizo se divide afanoso entre ambos pareceres.

Consejo de Laoconte

Entonces Laoconte, adelantado a todos —va seguido de un espeso tropel—,
baja corriendo airado de lo alto del alcázar y de lejos:
«¿Qué enorme insensatez, desventurados ciudadanos?
¿Pensáis que se ha alejado el enemigo?
¿O suponéis que hay dádiva alguna de los dánaos que carezca de insidia?
¿Esa es la idea que tenéis de Ulises?
O en ese leño ocultos encubren los aqueos su celada,
o es ingenio de guerra fabricado contra nuestras murallas
para tender la vista a nuestras casas y lanzarse de lo alto a la ciudad,
o cela alguna treta. No os fiéis, troyanos, del caballo.
Sea ello lo que fuere, temo en sus mismos dones a los dánaos».
Dijo y girando su imponente lanza con poderoso impulso
la disparó al costado y al armazón combado del caballo.
Quedó hincada temblando y sacudido por el golpe el vientre,
resonaron rompiendo en un gemido sus huecas cavidades.
Y a no haberlo estorbado el designio divino,
a no estar obcecada nuestra mente,
ya nos había instado Laoconte a destrozar
a punta de hierro los argivos escondrijos
y Troya aún estaría en pie y tú te mantendrías todavía, alto alcázar de Príamo.

El engaño de Sinón

En esto, a grandes gritos unos pastores dárdanos [23] arrastraban
a presencia del rey a un mozo con las manos atadas a la espalda.

[23] Nombre que da a los troyanos. Dárdano fue el fundador, según unos, de la dinastía de reyes troyanos.

Para urdir su añagaza y abrir Troya a los aqueos se había presentado a ellos,
según venían, sin conocerlos, por su propio impulso,
seguro de sí mismo, dispuesto a lo que fuese,
a desplegar su trama de arterías o a arrostrar una muerte segura.
Afanosa de ver, de todas partes la mocedad troyana irrumpe rodeándole
y porfía en mofarse del cautivo. Ahora disponte a oír las añagazas de los dánaos
y de uno aprende la maldad de todos. Al punto en que se halló
en medio de la turba fija en él, confuso, desarmado,
y giró en derredor la vista al tropel frigio:
«¡Ay! ¿Qué tierra, qué mar puede ampararme ahora —prorrumpe—,
o qué suerte me espera, desgraciado de mí, para quien no hay lugar
que me acoja entre los dánaos y por añadidura están pidiendo hostiles
mi castigo y mi sangre». A sus gemidos vira en redondo nuestros ánimos
y se enfrena toda nuestra violencia.
Le instamos a que diga de qué sangre procede
y qué nuevas nos trae, qué le hace confiar al prisionero.
Él, desechando al cabo su temor, habla así:
«Te voy a decir toda la verdad,
rey, tenlo por seguro, ocurra lo que ocurra. Y no voy a negar que soy argivo.
Comienzo, pues, por esto. Si le ha hecho desgraciado la fortuna a Sinón,
no ha de lograr hacerlo en su despecho ni falso ni mendaz.
Tal vez la fama hizo llegar a tus oídos la noticia de cierto Palamedes [24],
descendiente de Belo, y la sonada gloria de sus hechos.
Acusado en falso de traidor por una abominable delación
—se oponía a la guerra—, los pelasgos lo llevaron inocente a la muerte.
Ahora le lloran cuando ya no disfruta de la luz.
En compañía suya —era pariente mío— mi padre en su penuria
me mandó aquí a la guerra ya en mis primeros años.
Mientras su valimiento con el rey se mantenía firme y mediaba pujante

[24] Palamedes, hijo del rey de Eubea, era odiado por Ulises porque había revelado que éste se fingió loco para no ir a la guerra de Troya. Ulises le acusó de traidor amañando una carta en que Príamo prometía a Palamedes una cantidad de oro si traicionaba a Agamenón. En la tienda de Palamedes se encontró el oro enterrado por Ulises, por lo que el desventurado murió lapidado por los suyos.

en el consejo real, también alcancé yo alguna nombradía y algún viso.
Pero luego que por envidia del artero Ulises
—no revelo secretos— dejó el mundo de aquí arriba,
yo abatido arrastraba mi vida entre sombras y duelos
y me indignaba a solas por la suerte de mi inocente amigo.
Y no supe insensato callarme y si se me brindaba la ocasión,
si a mi patria, si a mi Argos volvía alguna vez vencedor, prometí
vengarme y provoqué con mis palabras fiero enojo hacia mí.
De ello partió mi ruina, de ello empavorecerme Ulises de continuo
con nuevas delaciones y difundir diversos rumores por los corros
y maquinar consciente de su crimen las trazas de perderme.
No descansó por cierto hasta que con la ayuda de Calcante[25]...
Pero ¿a qué os entretengo? Si a todos los aqueos los medís con el mismo [rasero,
os basta con oír lo que os he dicho. Castigadme. Estáis tardando ya.
Eso querría el de Ítaca, y los hijos de Atreo
seguro que os lo pagan a buen precio».
Entonces sí que ardemos en ansias de saber y de inquirir la causa,
ajenos como estábamos a tan grande maldad y a la astucia pelasga.
Prosigue él tembloroso y declara celando su falsía:
«Muchas veces desearon los griegos emprender la retirada
abandonando Troya, y alejarse cansados de lo largo de esta guerra.
¡Ojalá se hubieran ido! Pero la furia del mar tempestuoso
una vez y otra vez les cerraba la salida
y en trance de partir les aterraba el Austro.
Sobre todo cuando ya ese caballo estaba presto con su armazón de alerce,
resonaron las nubes por todo el haz del cielo. Perplejos enviamos a Eurípilo
a inquirir el oráculo de Febo y de vuelta nos trae de su recinto
esta amarga respuesta: «Con sangre, dando muerte a una doncella,
aplacasteis a los vientos al tiempo en que arribasteis a la costa troyana
por primera vez, dánaos. Es fuerza que con sangre demandéis el regreso,
y que obtengáis presagios favorables con una vida de Argos».

[25] Es Calcante el adivino que ordenó fuera sacrificada Ifigenia, la hija de Agamenón. Y el que, después de caída la ciudad, manda que sea sacrificada a la sombra de Aquiles la hija de Príamo, Polixena, con la que iba a casarse Aquiles cuando fue herido por Paris mortalmente en el talón.

Al punto en que su voz llegó a oídos del vulgo quedó empavorecido
y un helado temblor corrió por el meollo de sus huesos.
«¿Quién es el designado por los hados? ¿A quién reclama Apolo?»
En esto, desatado el alboroto el Ítaco arrastra al medio a Calcante
y le aprieta a que diga cuál es la voluntad divina.
Muchos me predecían la cruel artería del mañero
y en silencio veían lo que iba a suceder.
Calcante calla retirado diez días en su tienda.
Rehúsa denunciar por sí a ninguno y exponerlo a la muerte.
Al cabo, a duras penas obligado por los gritos del Ítaco rompe a hablar
conforme lo tenían acordado y me designa como víctima.
Todos van aprobándolo y lo que se temía para sí cada cual,
si se convierte en mal de algún desventurado, lo llevan con paciencia.
Llegó el horrendo día. Se disponían para mí los ritos,
la harina con la sal, las bandeletas con que ceñir mis sienes.
Escapé de la muerte, lo confieso, rompí las ataduras
y pasé aquella noche oculto entre los juncos de una ciénaga
esperando se hicieran a la mar, si por fortuna desplegaban velas.
Ya no tengo esperanza de ver la antigua tierra en que nací,
ni a mis dulces hijos, ni a mi padre, a quien tanto deseo volver a ver.
Quizá pagarán ellos la pena de mi huida y expiarán, desventurados de ellos,
este delito mío con su muerte. Así yo te suplico
por los dioses de lo alto y los poderes que saben la verdad,
por la fe, si hay alguna que quede en los mortales intacta todavía donde sea,
ten piedad de tan grandes desgracias,
apiádate de quien sufre un rigor que no merece».
En vista de sus lágrimas perdonamos la vida al prisionero
y por añadidura nos apiadamos de él. Príamo mismo se adelanta a mandar
que le desaten los grillos y ataduras apretadas y le habla con palabras afables:
«Quienquiera que seas, desde ahora olvida ya a los griegos que has perdido.
Formarás parte de los nuestros. Responde la verdad a lo que te pregunto:
¿Con qué objeto erigieron la mole de ese enorme caballo?
¿De quién partió la idea? ¿Qué pretenden con él?
¿Qué ofrenda ritual es o qué ingenio de guerra?».
A estas palabras él, aleccionado de antemano en el dolo y artería pelasga,
alzó hacia las estrellas las palmas de sus manos, libres ya de ataduras:

«Os pongo por testigos a vosotros, perennes fuegos,
al inviolable poder vuestro —prorrumpe—,
y a vosotros, altares y execrables espadas de que huí,
ínfulas de los dioses que porté como víctima,
por las leyes divinas me es dado deshacer mis vínculos sagrados con los
[griegos,
me es permitido odiarlos y dar, cuanto ellos celan, a los vientos.
No me ata ley alguna a mi patria. Tú, Troya, por tu parte
mantén lo prometido y, una vez preservada, guárdame tu palabra
si digo la verdad, y te pago con largueza. Todas las esperanzas de los dánaos,
toda su confianza al emprender la guerra, siempre estuvo basada
en la ayuda de Palas. Pero desde que el vástago impío de Tideo
y el forjador de crímenes, Ulises, se lanzaron a arrancar el Paladio [26] fatal
del templo consagrado y matando a los guardas de la alta ciudadela
arrebataron la sagrada imagen y con las manos tintas en sangre se atrevieron
a mancillar las ínfulas de la diosa doncella; desde aquel mismo instante
comenzó a decaer y fue retrocediendo la esperanza que alentaban los dánaos,
se quebrantó su fuerza y les volvió la espalda el favor de la diosa.
Y dio señales de ello Tritonia con portentos no dudosos.
Apenas colocaron la estatua en los reales, brotaron de sus ojos tensos de ira
llamas centelleantes y un sudor salado fue fluyendo por sus miembros.
Y tres veces —maravilla decirlo— resplandeció elevándose por sí misma del
[suelo
con su lanza y su escudo tremante. Al momento Calcante vaticina
que es forzoso que intenten la huida por el mar
y que no podrá ser deshecha Pérgamo por las armas argivas
a menos que consulten en Argos los auspicios [27]
y que se hagan de nuevo con el favor divino
que portaron antaño por el mar en sus corvos navíos.
Y si ahora se encaminan con viento favorable a su natal Micenas

[26] Era el Paladio la estatua de Palas Atenea a la que estaba ligada la suerte de Troya. Según el oráculo no sería conquistada Troya mientras permaneciese la estatua de la diosa en su templo del alcázar.

[27] El poeta se sirve aquí de elementos religiosos romanos. Tal la costumbre de sus generales de volver a la urbe a consultar los auspicios después de un hecho de armas adverso.

es para procurarse fuerzas y el valimiento de los dioses,
y volviendo a cruzar el mar, aquí aparecerán de improviso.
Es así como interpreta Calcante los presagios.
Esa imagen la alzaron aconsejados de él a causa del Paladio,
por su ofensa a la diosa, para expiar su triste sacrilegio.
Y les mandó Calcante erigir esa mole colosal de roble entretejido
y alzarla cara al cielo para que no pudieran acogerla las puertas
ni adentrarla en los muros [28] ni preservar al pueblo bajo el amparo de su
[antigua fe.
Pues si llegaran a violar vuestras manos esa ofrenda a Minerva,
recaería un mal desolador sobre el reino de Príamo y los frigios.
¡Ojalá vuelva el cielo contra el mismo Calcante su presagio!
Si en cambio la subierais hasta vuestra ciudad con vuestras manos,
entonces Asia en guerra arrolladora llegaría hasta los mismos muros
de Pélope [29]. ¡Destino fatal que está aguardando a nuestros nietos!»
Ante tales insidias y arterías del perjuro Sinón creímos sus palabras
y caímos prendidos en sus dolos y lágrimas forzadas,
aquellos que ni el hijo de Tideo, ni el lariseo Aquiles,
ni diez años de guerra ni un millar de navíos lograron domeñar.

Muerte de Laoconte

En esto, otro prodigio más importante y harto más pavoroso [30]
nos sobreviene, tristes de nosotros, y transtorna nuestros desprevenidos cora-
[zones.

---

[28] Alude Virgilio de nuevo a una idea religiosa romana. La divinidad ejercía su poder donde radicaba su templo o su estatua. Si el caballo quedaba fuera de los muros, los troyanos perdían el valimiento de la diosa.

[29] El poeta se refiere a Argos y Micenas, fundadas, según otra leyenda, por Pélope, el hijo de Tántalo. Expulsado Pélope de Frigia se acogió a la región que se llamó en su honor Peloponeso, que significa isla de Pélope.

[30] Reparemos en los calificativos que emplea Virgilio. Ni el hallazgo del prisionero ni el del caballo los justifican. Los explica el hecho de que en una de las dos versiones que utiliza Virgilio en la primera parte de nuestro libro, se refiere a que Laoconte ha sido castigado por la divinidad con la ceguera y con un temblor de tierra, y que va a serlo de nuevo por persistir en su actitud con el suplicio que nos narra a continuación.

Laoconte, designado en suerte sacerdote de Neptuno, estaba en el altar acos-
sacrificando un corpulento toro. Hete aquí que de Ténedos [tumbrado
sobre el hondo mar calmo —me horrorizo al contarlo—
dos serpientes de roscas gigantescas se vuelcan sobre el piélago
y hermanadas tienden hacia la orilla.
El pecho entre las ondas enhiestan y su cresta
sanguinolenta señorea el Ponto. El resto de su cuerpo se desliza
sobre el agua en enormes espiras ondulantes.
Brama a su paso el mar espumeante. Alcanzan ya la orilla.
Con los ojos ardiendo en sangre y llamas, sus vibrátiles lenguas
van lamiendo los belfos silbantes.
Escapamos al verlas sin sangre en nuestras venas.
Derechas a Laoconte van las dos.
Pero primero abraza cada una el tierno cuerpo
de uno de sus hijos y lo ciñen en sus roscas,
y a mordiscos se ceban en sus miembros desdichados.
Después, al mismo padre que acudía en su auxilio dardo en mano
lo arrebatan y en ingentes barzones lo encadenan. Y enroscadas dos veces
[a su tronco
y plegando sus lomos escamosos otras dos a su cuello, aún enhiestan encima
las cabezas y cervices erguidas. Él forcejea por desatar los nudos con sus
[manos [31]
—las ínfulas le chorrean sanguaza y negro tósigo— al tiempo que va alzando
al cielo horrendos gritos cual muge el toro herido huyendo el ara
cuando de su cerviz sacude la segur que ha errado el golpe.
Los dragones en tanto huyen reptando hasta la altura de los templos
camino del alcázar de la cruel Tritonia
y a los pies de la diosa se ocultan bajo el ruedo de su escudo.
Entonces sí que cunde un pavor nunca visto por los ánimos aterrados de todos.
Dicen que Laoconte ha pagado la culpa que su crimen merecía
por profanar el roble sagrado con su hierro,
disparando la impía lanza contra su flanco.

---

[31] El conocido grupo de Laoconte que se conserva en el museo Vaticano fue descubierto en Roma el año 1506 en las Termas de Tito. Pertenece a la primera mitad del siglo I a. C., según se cree hoy. Es por tanto anterior al poema.

Hay que llevar la imagen a su templo e implorar con plegarias
el poder de la diosa —piden a grades voces—.

Entrada del Caballo en la ciudad

Abrimos una brecha en la muralla y allanamos los baluartes
de la ciudad. Se entregaron todos a la tarea. Van calzando
a los pies del caballo rodillos corredizos.
Y en torno de su cuello tienden sogas de cáñamo.
Remonta nuestros muros la máquina fatal preñada de guerreros.
Alrededor van niños y niñas entonando sacros cánticos.
Disfrutan tocando la maroma [32] con sus manos. Ella, amenazadora, va [subiendo
y se va deslizando hasta el mismo centro de la ciudad.
¡Oh, patria! ¡Oh, Ilión, morada de los dioses! ¡Oh, muralla dardania
afamada en la guerra! Cuatro veces se para en el mismo dintel
de la puerta el caballo y resuenan cuatro veces las armas de su vientre.
Con todo aún apremiamos aturdidos, ciegos de frenesí.
Y en nuestro sacro alcázar emplazamos el monstruo de desgracia.
También entonces Casandra [33] abre sus labios anunciando los hados inminentes,
labios nunca creídos de los teucros por mandato de un dios.
Nosotros desdichados —aquel sería el último día de nuestra vida—
vamos por la ciudad enguirnaldando los templos de los dioses.

Sinón consuma su artería

Gira entre tanto el cielo e irrumpe del Océano la noche
envolviendo en el ruedo de su sombra la tierra, el firmamento
y los dolos mirmidones. Los troyanos esparcidos en torno a la muralla
se han sumido en silencio. El sopor va oprimiendo sus miembros fatigados.

---

[32] Percibamos el contraste que acentúa el poeta entre la desazonada irreflexión con que los troyanos laboran en lo que será su ruina, y el ingenuo alborozo con que niños y niñas porfían en ayudar a su modo a la funesta tarea, celebrando con cánticos la acogida en la ciudad del instrumento de su desgracia.

[33] Casandra, hija de Príamo, recibió de Apolo, enamorado de ella, el don de la profecía. Pero como no correspondía a su amor, el dios le condenó a que no se creyeran sus predicciones.

Ya la falange argiva desde Ténedos en formación las naves avanzaba
entre el silencio amigo de la velada luna, proa a la conocida ribera,
cuando la nave real da al aire su almenara, y Sinón protegido
por el hostil designio de los dioses, a escondidas, descorre las compuertas [de pino
a los dánaos ocultos en su vientre. Y el caballo de par en par abierto
los devuelve a los aires y del cóncavo roble gozosos se deslizan
por la cuerda tendida Tesandro con Esténelo, el par de capitanes,
y el despiadado Ulises, Acamante y Toante, Neoptólemo el nieto de Peleo,
y el guía Macaón y Menelao y el mismo Epeo, tracista del engaño.
Invaden la ciudad hundida en sueño y vino,
dan muerte a los guardianes y, francas ya las puertas, van acogiendo a todos
sus camaradas y unen las tropas como habían concertado.

Héctor se aparece a Eneas

Era la hora en que el primer reposo va invadiendo a los pobres mortales
y se insinúa en ellos con más dulzura por merced divina.
En sueños, de repente, me pareció tener ante mis ojos
a Héctor [34] profundamente entristecido —vertía de sus ojos lágrimas a [raudales—,
arrastrado por el carro de guerra igual que en otro tiempo,
negro de polvo entremezclado en sangre, taladrados
por correas los pies entumecidos. ¡Cómo estaba, ay de mí! ¡Cuán otro de [aquel Héctor
que regresó cubierto con las armas de Aquiles o después de arrojar
fuego frigio a las naves de los dánaos!
La barba enmugrecida, los cabellos cuajados de sangre, vivas todas las heridas
que recibió su cuerpo en torno de los muros de la patria [35].

[34] Reparemos en la dolorosa traza en que se presenta Héctor, el caudillo troyano, a los ojos de Eneas. De Héctor recibe Eneas la primera noticia de la conquista de la ciudad. Y con la orden de huir, la entrega de lo más valioso para Virgilio, la compañía de los dioses Penates, las divinidades hogareñas de Troya.

[35] Homero nos relata así, *(Il* XXII 396-404): «Una vez que le dio muerte, Aquiles quitó al cadáver la broncínea lanza y la puso a un lado, despojó después sus hombros

Me parecía que yo mismo llorando me adelantaba a hablarle
y que le dirigía estas tristes palabras: «¡luz de la tierra dárdana,
la más firme esperanza de los teucros! ¿Qué larga dilación
te tuvo ausente? ¿De qué riberas vienes, Héctor tan esperado?
¡Con qué gozo después de tantas muertes de los tuyos,
al cabo de los múltiples agobios de los hombres y la ciudad
te ven nuestros cansados ojos! ¿Qué indigno ultraje
mancilló tu faz serena? ¿Por qué veo en tu cuerpo esas heridas?»
Él nada me responde, ni en mis vanas preguntas se entretiene,
pero exhalando un sordo gemido desde lo hondo de su pecho:
«¡Ay, huye; hijo de diosa —me dice—, ponte a salvo de estas llamas!
El enemigo ocupa nuestros muros. Troya de su alta cumbre se derrumba.
Bastante le hemos dado a la patria y a Príamo. Si Pérgamo pudiera
ser defendida por esfuerzo alguno, ya mi brazo la hubiera defendido.
Los objetos de culto y sus Penates Troya te los confía.
Hazlos de tu destino compañeros. Búscales el recinto, el gran recinto
que al cabo fundarás después de andar errante por el mar».
Dice y sacan sus manos de lo hondo del sagrario las ínfulas, la Vesta poderosa
y su fuego perenne.
Entre tanto, por un lado y por otro
la ciudad se entrefunde en gritos angustiosos.
Y aunque la casa de mi padre Anquises quedaba retirada,
cubierta por los árboles, cada vez se perciben los ruidos más distintos
y más se acerca el hórrido estruendo de las armas.
El sobresalto me sacude el sueño. Gano trepando el punto más alto del tejado
y me pongo a escuchar bien atento el oído, como cuando en la mies
prende una llama al impulso del Austro enfurecido,
o el torrente engrosado con el caudal de la montaña arrasa la campiña,
los lozanos sembrados, la labor de los bueyes, y va arrastrando

---

de las armas sangrantes;... taladróle por detrás los tendones de uno y otro pie entre el talón y el tobillo, y los pasó con correas de piel de buey; atólo del carro y dejó que arrastrara la cabeza. Subió al asiento y, recogiendo las egregias armas, fustigó a los caballos. Volaron ellos bien ganosos y levantóse una polvareda en torno del cadáver arrastrado; flotaban a los lados los cabellos negros, y su cabeza, antes llena de gracia, yacía toda en el polvo. Zeus la había entregado entonces a sus enemigos para que la ultrajaran en la propia tierra de sus padres». Versión de J. M. Pabón.

árboles arrumbados de cabeza, el pastor boquiabierto
escucha desde el pico de una peña aturdido su fragor.
Patente queda entonces la verdad. Se descubre el ardid de los dánaos.
Ya la espaciosa casa de Deífobo [36] remontada del fuego,
se ha desplomado. Ya está ardiendo la contigua de Ucalegonte.
El ancho haz de las olas del Sigeo relumbra a los fulgores de las llamas.
Se eleva un griterío de hombres y el ronco son de las trompetas.
Empuño enloquecido las armas. Y no es que tenga plan alguno de lucha,
pero me enciende el ansia de juntar un puñado de soldados
y correr al alcázar con los míos. El furor y la cólera
me arrebatan. Y me parece honroso sucumbir combatiendo.

Encuentro con Panto

Entonces Panto huyendo de los dardos aqueos, Panto el hijo de Otris,
sacerdote de Febo en el alcázar, en su mano portaba
los objetos sagrados y los dioses vencidos y arrastraba a su nieto pequeñuelo.
Viene fuera de sí corriendo hacia mi puerta. «¿Dónde está el mayor riesgo, Panto?
¿Qué baluarte ocupamos ahora?» Apenas pronuncié estas palabras,
cuando con un gemido me da respuesta así: «Llegó el último día
y la hora inevitable para la tierra dárdana.
Hemos dejado ya de existir los troyanos, acabó ya Ilión
y la soberbia gloria de los teucros. Júpiter en su furia todo lo ha hecho pasar
a manos de Argos. Dominan ya los dánaos en la ciudad en llamas.
Enhiesto está el caballo plantado en pie en el centro
de la ciudad vertiendo hombres armados.
Sinón insolente en su triunfo esparce el fuego.
Hay otros emplazados en las puertas abiertas de par en par. Son miles,
toda la multitud que arribó un día de la imperial Micenas.

[36] Uno de los hijos de Príamo, de extraordinaria valentía celebrada por Homero. Había casado a la muerte de Paris con Helena. Fue traicionado y entregado por ésta a los griegos. Ucalegonte era uno de los ancianos del consejo de Príamo. El Sigeo, promontorio de la costa troyana a la entrada del Helesponto.

Otros asedian los angostos pasos cerrando con sus armas la salida,
una afilada línea de desnudas espadas, centelleante su punta,
firme está, presta al degüello. Los guardas de las puertas empiezan ya a
[arriesgarse
a la lucha y en ciega lid resisten». Las palabras del hijo de Otris
y el designio de los dioses me llevan en medio de las llamas y las armas,
allá donde me incita la Furia [37] vengadora,
donde los alaridos y los gritos que se alzan hasta el cielo.

La lucha

Entonces, avistados a la luz de la luna, se me juntan
y forman compañía a mi lado Ripeo a una con Epito, el de sin par pujanza
en los lances de guerra, Hípanis y Dimante y el hijo de Migdón, Corebo
[el mozo [38],
que aquellos mismos días había por azar venido a Troya
ardiendo en loco amor hacia Casandra, y como yerno ya,
prestaba ayuda a Príamo y a los frigios. ¡Desventurado de él
por haber desoído la voz de su adivina prometida!
Cuando los vi en cerrada formación ávidos de pelea les hablo así:
«¡Mis hombres, corazones en vano valerosos!
Si tenéis el deseo decidido de seguirme hasta el último trance,
ya veis qué suerte aguarda a nuestra causa.
Han huido dejando sus urnas y su altar todos los dioses
en cuyo valimiento se hallaba cimentado este imperio.
Vais a auxiliar a una ciudad en llamas.

[37] Las Furias, en griego Erinias, eran divinidades que cumplían un doble menester: perseguir a los reos de delitos nefandos y admitir a reconciliación a los delincuentes arrepentidos. Al segundo debían el nombre de Euménides, benévolas en griego.

[38] Nos gana la figura de este mozo, de Corebo, que se suma al puñado de valientes guiados por Eneas y corre a la muerte a impulsos de su ciego amor por Casandra. Es índice de patente dilección del alma virgiliana. Como la serie de infortunados mozos de la segunda parte del poema, Lauso, Palante, Niso, Euríalo, le sirve al poeta de ejemplo del impío azar humano que arrumba los nobles sueños moceriles, y a la par, de la injusticia que la elevada poesía necesita realzar de modo patente.

Corramos a la muerte, irrumpamos en medio de las armas enemigas.
Sólo una salvación les queda a los vencidos: no esperar en ninguna».
Esto enciende en furor sus pechos mozos.
Entonces, como lobos rapaces entre la negra niebla
cuando los lanza a ciegas la rabia asoladora de su vientre
fuera de su cubil en donde los aguardan con las fauces resecas sus lobeznos,
así por entre dardos, a través de enemigos, caminamos a una muerte segura.
Tomamos rumbo al centro mismo de la ciudad.
La negra noche vuela en derredor
ciñéndonos en su cóncava sombra. ¿Quién tendría palabras que expresaran
el estrago y las muertes de aquella noche? ¿Quién lágrimas que igualaran
a nuestros sufrimientos? Una antigua ciudad, reina por tantos años, se [derrumba.
Yacen a cada paso cuerpos sin vida tendidos a lo largo
de calles y mansiones y de umbrales sagrados de los dioses.
No son sólo los teucros los que pagan su culpa con su sangre.
A veces el valor vuelve a los corazones de los mismos vencidos,
y caen los vencedores, los dánaos. Por todas partes cruel desolación,
pavor por todas partes. Todo, todo es hechura de la muerte.
El primero, escoltado de un gran tropel de dánaos se nos ofrece Andrógeo
sin saberlo él tomándonos por tropas de su bando
y no duda en instarnos con palabras amigas: «Apresuraos, hombres.
¿Qué flojera os hace entreteneros tanto? Otros están robando y saqueando
la ciudad incendiada, y vosotros estáis llegando ahora de los altos navíos».
Prorrumpe y al instante, como no oye respuesta
que le infunda bastante confianza, se da cuenta de que ha caído en medio de [enemigos.
Queda aterrado y echa pie y voz atrás al mismo tiempo,
como aquel que a través de espesas zarzas ha pisado una culebra sin verla
al apoyar la planta firme en tierra y temblando de pavor, de repente retrocede
ante ella, que se yergue furiosa dilatando su cuello verdinegro,
así aterrorizado a nuestra vista Andrógeo se alejaba.
Nos lanzamos tras él. Nos desplegamos alrededor en círculo de hierro.
Y como no conocen el lugar y son presa del pánico,
los tendemos por tierra acá y allá,
la suerte favorece nuestra primera empresa.
Y Corebo exultando por el éxito, embravecido el ánimo:

«¡Compañeros —prorrumpe—, por donde la fortuna
empieza a señalarnos camino salvador,
por donde se nos muestra favorable,
sigamos adelante! Cambiemos los broqueles,
equipémonos con los arreos griegos. Si es valor o traición
¿quién va a inquirirlo en un lance de guerra?
Ellos mismos nos van a dar las armas».
Diciendo esto, se cala el almete de Andrógeo, de emplumado penacho
y el escudo con su bella divisa y se ciñe la espada argiva al cinto.
Lo mismo hace Ripeo y Dimante también y todo el mocerío alborozado.
Cada cual se arma con los despojos que acaba de cobrar.
Avanzamos mezclados con los dánaos al amparo de unos dioses ajenos.
Y a favor de las sombras de la noche entablamos combate tras combate
y mandamos al Orco a muchos griegos.
Algunos se dispersan huyendo hacia las naves,
y se dirigen raudos a la segura orilla. Otros en vergonzoso correteo
vuelven a encaramarse al enorme caballo y se van escondiendo
por entre el vientre que tan bien conocen.
¡Ay, que no es dado al hombre fiar cosa en los dioses
contra lo que ellos quieren! Mirad.
La hija de Príamo, la doncella Casandra, era llevada a rastras,
esparcido el cabello, de lo íntimo del templo de Minerva.
Alzaba en vano al cielo sus ojos encendidos [39], los ojos, que trababan ataduras
sus delicadas manos. Enloquecida el alma, no soportó Corebo verla así
y buscando la muerte se lanzó en medio de la escuadra de enemigos.
Todos a una nos vamos en pos de él
y cargamos contra ellos en cerrada formación.
Entonces se derrumba sobre nosotros por primera vez desde lo alto del templo
la carga de los dardos de los nuestros y causa la más triste mortandad.
Les engaña la traza de las armas y los penachos de los yelmos griegos.

---

[39] Vuelve aquí el poeta sobre la creencia romana de que los dioses protectores de una ciudad la abandonaban cuando ésta iba a caer en manos del enemigo. Nos la confirma Tácito al narrarnos la conquista de Jerusalén. «De repente se abrieron las puertas del templo y se oyó una voz sobrehumana que decía: se ausentan los dioses. Y se percibió al mismo tiempo una gran conmoción producida por los que se ausentaban», *Historias* V 13.

Al instante los dánaos con un grito de rabia al verse arrebatar a la doncella,
reuniendo de aquí y de allí sus fuerzas, cierran contra nosotros,
Áyax el más feroz, los dos Atridas, toda la hueste dólope,
de igual modo que a veces, si se desencadena el huracán, vientos contrarios
entrechocan su furia, el Céfiro [40] y el Noto y el Euro, ufano de su tiro
de corceles de Oriente, mugen las arboledas y entre su orla de espuma
Nereo [41] se enfurece, y su tridente va removiendo el mar desde su mismo fondo.
Entonces aparecen hasta aquellos que entre las sombras de la oscura noche
ahuyentamos arteros y acosamos por toda la ciudad.
Son los que reconocen primero los escudos y el ardid de las armas
y que notan nuestra habla distinta por el tono.
Al punto nos arrollan con su número. Cae Corebo el primero
a manos de Peneleo delante del altar de la diosa guerrera.
Cae Rifeo, el más justo entre todos los teucros, el modelo mejor de rectitud.
Otro sin duda fue el sentir de los dioses. Caen también Hípanis y Dimante
traspasados por dardos de los suyos. Ni toda tu piedad, ni la ínfula de Apolo
pudo ampararte, Panto. Cenizas de Ilión, últimas llamas que acabaron con mis
yo os pongo por testigos de que en vuestro infortunio [seres queridos,
no esquivé ni los dardos ni me hurté a riesgo alguno del combate,
y de haber sido la voluntad de mi hado que muriera,
bien merecí caer a manos de los dánaos.
Nos arrancan de allí, conmigo Ífito y Pelias, Ífito tardo ya
por los años, Pelias premioso el paso a causa de una herida de Ulises.

En el palacio de Príamo

En seguida nos llama el griterío al palacio de Príamo.
Allí sí que la lucha es imponente, como si no existiera ninguna otra

[40] El Céfiro y el Euro son vientos del oeste y sudeste, respectivamente. El Noto o Austro lo es del sur. Solía representárseles guiando sus carros uncidos de fogosos corceles.

[41] Nereo era una divinidad del mar, padre de las cincuenta nereidas. Él es el que se apareció a Paris cuando navegaba hacia Troya con Helena y le predijo las consecuencias que para los troyanos tendría el rapto que acababa de realizar. Horacio vuelve sobre el tema en su Profecía de Nereo, *Odas* I 15. En ella se inspira nuestro Fray Luis en su Profecía del Tajo.

y no hubiera más muertes en toda la ciudad. Tan indomable vemos allí el furor de Marte,
y a los dánaos lanzándose al tejado y acosando el umbral
bajo los manteletes del escudo. Acomodan escalas a los muros y van trepando
ante los mismos postes de las puertas, y con la mano izquierda
oponen el amparo del escudo a los dardos y la diestra va asiendo los remates.
Por su parte los dárdanos arrancan las torres y el tejado cubierto
del palacio y con ello por dardos —ven su fin inminente— se aprestan
a defenderse en trance ya de muerte. Van haciendo rodar dorados artesones,
ornato esplendoroso de vetustos antepasados. Otros, desenvainadas las espadas,
se plantan en las puertas del rellano y en cerrada formación las defienden.
Se aviva en nuestros ánimos el ansia de acudir en socorro del palacio del rey,
de aliviar con nuestra ayuda el peso de sus tropas,
de infundir brío a los vencidos.
Existía una entrada secreta y un pasillo corrido
entre estancia y estancia del palacio de Príamo,
un postigo por donde cuando el reino estaba firme,
Andrómaca [42], la pobre, muchas veces solía trasladarse
sin compañía alguna al lado de sus suegros,
y al pequeño Astianacte lo llevaba a presencia de su abuelo.
Por él gano la parte más alta del terrado desde donde estaban arrojando
los desgraciados teucros sus inútiles tiros.
Una torre apoyada sobre el borde saliente
se elevaba hacia el cielo del filo del terrado.
Desde allí solían avistar toda Troya y los navíos dánaos y el campamento aqueo.
La atacamos a hierro en derredor allá donde la parte cimera del tablado
ofrecía junturas movedizas. La arrancamos de su elevada base.
Y empujamos su mole hacia adelante. De repente se arrumba con estruendo
y va a dar sobre el haz de filas de los dánaos.
Pero otros los reemplazan y vuelan entre tanto sin cesar
piedras y los más varios proyectiles.
Ante el mismo vestíbulo, al linde de la puerta está Pirro [43].

---

[42] Andrómaca era la esposa del caudillo troyano Héctor. El pequeño Astianacte era su hijo, que a la caía de la ciudad fue precipitado por Ulises de lo alto de la muralla.

[43] El hijo de Aquiles, llamado también Neoptólemo.

Exulta centelleante con el fulgor de bronce de sus armas,
igual que cuando sale a la luz la culebra cebada de yerbas ponzoñosas
a la que el frío invierno celaba entumecida bajo tierra;
mudada ahora su piel, luciente, juvenil, el pecho en alto, enrosca
su escurridiza espalda erguida cara al sol
y dardea su boca los tres surcos de su lengua.
Con él está el enorme Perifante, con él Automedonte, el escudero
y el que acuciaba el tiro de corceles de Aquiles.
Con él todos los jóvenes de Esciros[44]
cargan contra el palacio y van lanzando llamas al tejado.
Pirro mismo en cabeza, arrebatando un hacha de dos hojas,
trata de hendir la firme puerta y descuajar los ejes de bronce de su quicio.
Ya astillando el panel socava el duro roble
y por una ancha boca brinda espaciosa entrada.
Aparece el palacio por dentro y se abren a la vista los largos corredores.
Aparecen las cámaras de Príamo y los reyes de otros tiempos.
Y ven hombres armados a pie firme en el linde del umbral.
En su interior se entrefunden gemidos y alboroto lastimero.
En el fondo las bóvedas de sus aulas ululan alaridos de mujeres.
El griterío asciende hasta las áureas estrellas.
Van empavorecidas las madres errando por los vastos corredores
y asiendo los pilares los abrazan y sus labios los oprimen a besos.
Pirro presiona con el brío de su padre. Ni barras ni guardianes frenan su [acometida.
La puerta va cediendo a los continuos golpes del ariete.
Los ejes arrancados de sus goznes se arrumban. La fuerza se abre paso.
Los griegos penetrando hacen saltar la entrada.
Matan a los primeros guardianes.
Llenan todo el espacio de soldados.
No es tan grande la furia con que el río espumante
se desata y abate torrencial la mole de sus muros
y furioso se lanza por los campos,
y su turbión rodando por todo el haz del llano arrebata rebaños con establos.
Yo mismo en el umbral vi a Neoptólemo rugiendo de furor por la matanza.

[44] De Esciros, una isla del Egeo, al norte de Eubea. En ella había escondido a Aquiles su madre Tetis, disfrazándolo de mujer, para evitar que tomara parte en la expedición contra Troya.

Y vi a los dos Atridas, vi a Hécuba [45] y sus cien nueras y a Príamo a lo [largo del altar
mancillar con su sangre el fuego que él había consagrado.
Los cincuenta famosos tálamos de sus hijas, esperanza copiosa de linaje,
las puertas ostentosas del oro y los despojos de los bárbaros
se vinieron a tierra. Están los griegos donde no están las llamas.

El fin de Príamo

Tal vez preguntes también por el hado de Príamo.
Cuando vio la ciudad en poder del enemigo y arrancadas de cuajo
las puertas del palacio y dentro de su casa a los griegos,
bien anciano como era, se ajusta la armadura, no usada hacía tiempo,
en torno de sus hombros temblorosos por la edad y se ciñe la espada ineficaz
y va a buscar la muerte en el tropel cerrado de enemigos.
En medio del palacio bajo la abierta bóveda del cielo había un amplio altar
y cayendo sobre él un vetusto laurel cuyas ramas pendían
envolviendo en su sombra a los dioses caseros. En torno del altar
Hécuba con sus hijas en vano apretujadas, lo mismo que palomas
que se lanzan del cielo ante negra tormenta,
allí están abrazando sentadas las estatuas de los dioses.
Mas cuando ve a su Príamo vestido con sus armas de mozo:
«¿Qué ocurrencia tan loca te ha impulsado,
pobre marido mío, a ceñirte esas armas?
—prorrumpe—. ¿Dónde vas a lanzarte tan a prisa?
No, no es esa la ayuda ni la clase de defensa que el momento requiere,
no, aunque estuviera aquí mi Héctor presente. Ven, retírate aquí.
Este altar va a ampararnos a todos o morirás aquí junto a nosotros».
Dijo y se atrajo al anciano hacia sí
e hizo que se sentara en el sagrado asiento.
Pero en esto escapando de la espada de Pirro,
entre dardos, en medio de enemigos

[45] La esposa de Príamo. Entiéndase cincuenta nueras y cincuentas hijas. Fue madre de cincuenta hijos y cincuenta hijas según la tradición. Parece que el poeta quiere indicar con cien su elevado número.

Polites, uno de los hijos de Príamo, va por los largos pórticos huyendo
y cruza herido los vacíos corredores. Pirro furioso le va pisando los talones
anhelante de herirle. Ya, ya lo tiene a mano, ya le acosa con su lanza.
Cuando logra llegar delante de los ojos y el rostro de sus padres
cae y vierte la vida entre un raudal de sangre.
Entonces Príamo, aunque cogido ya entre la prieta garra de la muerte,
no se arredra, ni frena su voz ni frena su ira.
«Por tu crimen —prorrumpe—, por tan horrenda acción,
si hay justicia en el cielo que repare este daño,
que los dioses te den las gracias que mereces
y te lo recompensen con la merced debida, que has hecho que yo viera
la muerte de mi hijo ante mis ojos y has mancillado el rostro
de su padre con su muerte. No, no procedió así con su enemigo Príamo
el celebrado Aquiles, de quien tú sin verdad blasonas ser nacido.
Le avergonzó violar el derecho y la fe debida al suplicante
y me devolvió el cuerpo exangüe de mi Héctor
para que lo enterrara y me mandó a mi reino» [46].
Habló el anciano así y disparó sin brío su lanza inofensiva
que rechazada al punto, rebotó con un sordo estridor en el escudo
y se quedó colgando inútil en la punta del pomo del broquel.
«Pues dale cuenta de esto —replica Pirro—, ve con el mensaje
a mi padre, el hijo de Peleo. No dejes de contarle mis nefandas acciones
y que es indigno de él su Neoptólemo. Ahora muere».
Dice esto y va arrastrando hasta el pie del altar al anciano que temblaba
y que iba resbalando en el raudal de sangre de su hijo.
Se enrosca sus cabellos en la izquierda
mientras con la derecha alza en alto la espada centelleante
y la hunde en su costado hasta la empuñadura.
Éste fue el fin de la fortuna de Príamo, éste fue el desenlace,
el que le tocó en suerte por designio del hado:
contemplar Troya en llamas, ver derrumbada Pérgamo,
él un día señor de tantos pueblos y tierras, el monarca de Asia.
Tendido en la ribera yace un enorme tronco,

[46] Homero encarece la delicadeza de Aquiles con el desventurado padre. Comen uno y otro en la misma mesa y llegan a confundir sus dolores, pues los dioses han destinado a los infortunados mortales —asegura el aedo— a vivir en aflicción.

la cabeza arrancada de los hombros, un cadáver sin nombre [47].
Entonces me angustió por vez primera una imponente sensación de horror.
Quedé despavorido. Acudió a mi mente la imagen de mi querido padre
al ver al rey, que tenía su edad, exhalando la vida por una herida cruel.
Me imaginé a Creúsa abandonada, saqueada mi casa y el destino de mi pequeño Julo.
Me vuelvo y voy buscando con los ojos la gente en torno a mí.
Todos rendidos habían desertado de mi lado; lanzándose de lo alto
habían dado en tierra con sus cuerpos o impotentes se habían arrojado a las llamas.

Eneas encuentra a Helena [48]

Ya quedaba yo solo cuando veo a la hija de Tíndaro [49]
que estaba vigilando la entrada en el templo de Vesta,
amparándose a ocultas en el sacro recinto. Las llamas del incendio
me dan luz según voy caminando sin rumbo,
dirigiendo a mi paso la mirada hacia todo.
Ella, Furia común a Troya y a su patria, ser odioso,
temiendo a los troyanos enojados con ella, por la ruina de Pérgamo
a par que la venganza de los dánaos y la cólera de su esposo abandonado,

[47] Cautiva la gradación de intensidad ascendente a que el poeta somete el pasaje. Arranca de la invalidez del anciano rey empeñado en defender con sus viejas armas a los suyos. Va ascendiendo en la patética reconvención de su esposa y en el desvalimiento del huido Polites, incapaz de resistir a pesar de su juventud. Y llega a la cumbre en la reacción final del viejo rey, reveladora de su entereza, desinteresado de sí por valer a los suyos y vengar la nefanda muerte de su hijo. Conforme a su técnica, Virgilio encarece el esfuerzo supremo inane del vencido de antemano. El remate del pasaje, a modo de epifonema, acentúa la intervención de la Némesis niveladora que se abate sobre las cimas de grandeza humana.

[48] Los versos del encuentro con Helena, virgilianos sin duda alguna, faltan en los antiguos manuscritos. El comentarista Servio, que nos los ha trasmitido, asegura que se hallaban al margen del autógrafo de Virgilio. Por ello fueron excluidos por sus primeros editores Tucca y Vario.

[49] Helena es llamada «hija de Tíndaro», rey de Esparta, a pesar de haber nacido de los amores de Leda, su esposa, y de Júpiter transformado en cisne. Fue la más hermosa de las mujeres de su tiempo. Casó con Menelao y fue raptada por Paris, quien la trasladó a Troya.

a ocultas en cuclillas permanecía al lado del altar.
El alma me ardió en ira. Se apoderó de mí un furioso deseo
de vengar la caída de mi patria y tomarme el castigo de su crimen.
«¿Y ésta sin daño alguno volverá, por supuesto, a ver su Esparta
y su natal Micenas y en calidad de reina tornará con el logro de su triunfo
y verá a su marido y su casa, a sus padres y a sus hijos,
rodeada a su vuelta de un nutrido cortejo de troyanas y servidores frigios?
¿Y para eso ha muerto a hierro Príamo y ha ardido Troya en llamas
y ha rebosado en sangre tantas veces la ribera dardania?
No será. Que si no da renombre glorioso castigar a una mujer
ni la hazaña depara honor alguno, me alabarán al menos por haber exterminado
a un ser abominable y aplicado el castigo merecido. Y sentiré el placer
de haber saciado el fuego de venganza y haber apaciguado
las cenizas de seres queridos para mí».

Aparición de Venus

Borboteaba yo tales palabras y me dejaba llevar ya de la furia de mi mente
cuando se presentó delante de mis ojos mi madre alentadora [50]
—nunca la vi hasta entonces tan luciente, rutilaba en la noche luz radiante—
declarando su condición de diosa, con la misma belleza y estatura
con que suele mostrarse a los celestes moradores. Me retuvo cogido de la mano
y además me habló así con sus labios de rosa:
«¡Hijo mío! ¿Qué encono provoca en ti esa cólera indomable?
¿A qué ese frenesí? ¿Qué se ha hecho de tu amor a los nuestros?
¿No quieres antes ver dónde has dejado a tu anciano padre Anquises,
si vive todavía tu mujer y tu pequeño Ascanio? En torno de ellos
andan de un lado y otro rondándoles las tropas de los griegos.
Y si no lo impidiera mi desvelo por ellos, las llamas los habrían arrebatado ya
y la espada enemiga habría ya agotado su sangre.
No es la odiosa belleza de una mujer laconia,
hija de Tíndaro como tú te imaginas,

[50] Esta aparición de Venus, la madre confortadora, corresponde a la teofanía de la tragedia clásica.

ni es Paris el que debe ser culpado. Son los dioses, los dioses implacables
los que están arrumbando esa opulencia
y los que a Troya arrasan de su cumbre.
Mira, voy a quitar toda esa nube que ahora tienes delante, que está estorbando
tu visión mortal y que te envuelve en su húmedo cendal.
No hayas temor ante orden alguna de tu madre
ni rehúses hacer lo que te manda.
Allí donde tú ves enormes bloques arrumbados
y rocas arrancadas de otras rocas
y el torbellino de humo que se eleva entre una tolvanera,
Neptuno está cuarteando los muros y cimientos
que desfonda con su enorme tridente
y descuaja de su asiento a Troya entera. Allí Juno, la más enfurecida,
ha ocupado la entrada de las Puertas Esceas y ceñida de hierro
está llamando de las naves a las tropas amigas. Ahora Palas Tritonia
—vuelve la vista y mira— se ha plantado allá en lo alto del alcázar
y fulge con su nimbo de luz y su horrible Górgona [51]. Júpiter en persona
da ánimos a los dánaos y fuerzas y favor. Él incita a los dioses
contra las armas dárdanas. Huye al punto, hijo mío, y pon fin a tu esfuerzo.
No te abandonaré y te dejaré a salvo en el umbral de la casa de tu padre».
Dijo y se hundió en la espesa negrura de la noche.

Visión de la ciudad

A mi vista aparecen semblantes de terrible catadura,
los divinos poderes imponentes en lucha contra Troya.
Entonces fue cuando Ilión entera me pareció en verdad hundirse en llamas
y que iba derrocándose de su base la Troya de Neptuno [52],

---

[51] Era la cabeza de Medusa, de cabellos anudados de culebras, tan feroz que impedía se la mirase. Figuraba en el escudo de Palas. Medusa, la más terrible de las hijas del monstruo marino Forco, fue muerta y decapitada por Perseo.

[52] Alude Virgilio a que fue Neptuno quien había construido las murallas de Troya. El rey Laomedonte había prometido una recompensa al dios, pero luego dejó de cumplir lo prometido. Irritado Neptuno mandó un monstruo que devastara la comarca, monstruo al que los troyanos hubieron de ofrecer el sacrificio de una dondella. La suerte recayó, andando el tiempo, en Hesíone, la hija del rey. Fue salvada ésta por

como cuando en la misma cumbre de una montaña
pugnan los leñadores a porfía
por derribar un fresno de otros tiempos que a repetidos golpes
de hacha y hierro han logrado socavar;
él está amenazando caer cualquier momento
y cabecea tremante su follaje bamboleando su copa
hasta que poco a poco vencido a tanta herida da un último gemido
y arrancado a la cima cae con estruendo en tierra.
Bajo de allí y guiado por la diosa me abro vía entre llamas y enemigos.
Los dardos me dan paso y retroceden ante mí las llamas.

Eneas vuelve a casa de su padre

Cuando había arribado ya al umbral de la casa paterna,
de la vieja morada de mi padre, que él era a quien quería
antes que nada llevármelo a lo alto de los montes, al que primero yo buscaba,
mi padre se me niega, asolada ya Troya, a prolongar sus días
y a sufrir el destierro. «Vosotros cuya sangre no han frenado los años todavía
—prorrumpe—, cuyas fuerzas se mantienen pujantes en su vigor primero,
vosotros emprended la huida. En cuanto a mí
si hubieran querido los celestes moradores que siguiera viviendo,
me habrían conservado esta morada.
Me basta a mí y me sobra con haber ya una vez contemplado
arrumbada la ciudad y haber sobrevivido a su captura.
A mi cuerpo, tendido como está, precisamente así, dadle el adiós
y partid. Yo con mi propia mano encontraré la muerte.
El enemigo tendrá piedad de mí
y buscará mis restos. Quedar sin sepultura es llevadero.
Hace tiempo que odiado de los dioses retardé sin objeto
el plazo de mis años, desde el día en que el padre de los dioses
y rey de los humanos exhaló sobre mí
el viento de su rayo y me alcanzó su fuego» [53].

Hércules, que dio muerte al monstruo. Pero tampoco cumplió Laomedonte lo pactado, por lo que enfurecido Hércules tomó la ciudad y mató al pérfido rey.

[53] Anquises, que por su arrogante prestancia había merecido el amor de Venus, amor del que nació Eneas. Mas por haberse ufanado de este favor de la diosa, fue

Persistía volviendo a estos recuerdos y seguía firme en su decisión.
Nosotros oponiéndonos, dando suelta a las lágrimas, mi esposa Creúsa, Ascanio
y toda la familia suplicábamos no lo arruinara todo nuestro padre en su ruina
y no echara más peso a nuestro hado agobiante.
Él se niega y se aferra a su propósito y a su misma morada.
Vuelvo a sentirme arrastrado a la lucha.
En mi inmensa desgracia ambiciono la muerte.
¿Qué plan, qué otra salida se me ofrecía ya?
«¿Has llegado a pensar, padre, que yo podría marcharme abandonándote?
¿Ha podido salir de tus labios de padre idea tan mostruosa?
Si les place a los dioses que nada quede de tan gran ciudad,
si es firme tu propósito y es tu gusto añadir tu ruina
y la desgracia de los tuyos a la ruina de Troya,
franca tienes la puerta a esa muerte que anhelas.
Pronto llegará Pirro empapado en la sangre de Príamo, el que degüella al hijo
ante los ojos de su padre y al padre ante el altar.
¿Para esto, madre mía valedora, me arrancas de entre dardos, de entre llamas,
para que llegue a ver al enemigo en medio de mi casa,
y a Ascanio y a mi padre y a Creúsa junto a ellos, degollados,
bañados los unos en la sangre de los otros?
¡Las armas, escudero, traedme acá las armas! El día final llama a los vencidos.
¡Dejad que vuelva en busca de los dánaos! ¡Dejadme que reanude la lucha!
No vamos a morir hoy todos sin venganza, lo aseguro.
Al instante me ciño la espada una vez más, paso por el broquel
del escudo mi izquierda y me lo ajusto así. Y me lanzaba ya fuera de casa
cuando en esto mi esposa abrazada a mis pies se clava en el umbral
tendiendo hacia su padre a su pequeño Julo. «Si vas en busca de la muerte
llévanos contigo a que afrontemos cualquier riesgo.
Pero si tu experiencia te da alguna esperanza en las armas que has ceñido,
defiende antes que nada tu casa. ¿A quién le dejas tu pequeño Julo?
¿A quién tu padre y ésta que en otro tiempo llamabas tu mujer?»
Gritando así llenaba con sus gemidos la morada entera.
De improviso sobreviene un prodigio —maravilla decirlo—.

castigado por Júpiter con un rayo que le privó de la vista. Virgilio se aparta en esto último de la tradición para sus fines expresivos.

Entre las mismas manos y el rostro de sus padres afligidos
una tenue lengüeta de fuego parecía
despedir resplandores por sobre la cabeza de Julo y sin causarle daño
iba lamiendo el suave cabello con su llama y tomaba pábulo
en torno de sus sienes. Nosostros asustados temblábamos de miedo
y sacudíamos sus cabellos en llamas y con agua apagábamos el fuego milagroso.
Pero mi padre Anquises alzó alegre a la altura la mirada
y tendiendo a los cielos las manos y la voz: «Omnipotente Júpiter,
si te dejas mover de ruego alguno, míranos, esto sólo te pedimos
y si nuestra bondad se lo merece, danos luego una prueba de tu agrado,
y confírmanos, padre, este presagio».
Apenas el anciano dijo esto, de repente sonó el fragor de un trueno
por la izquierda e irrumpió desde el cielo una estrella
y deslizándose a través de las sombras pasó veloz tendiendo
una antorcha de fuego, dejando en pos un reguero de luz.
La vimos deslizarse encima del tejado de la casa
y ocultarse en el bosque del monte Ida señalando con su lumbre el camino.
El prolongado surco queda vertiendo luz
y en un ancho contorno despide una humareda de azufre.
Entonces sí se da mi padre por vencido. Se yergue vuelto al cielo
y saluda a los dioses y se pone a adorar la estrella santa.
«Ya sí que no hay espera. Os sigo. A donde me guiéis, allí estoy presto.
¡Dioses de nuestros padres, salvad mi casa y mirad por mi nieto!
Ese presagio es vuestro. Troya está a vuestro amparo.
Sí, me pongo en camino, hijo; no me resisto a acompañarte».

La huida

Deja de hablar. Ya se percibe más intenso el crepitar del fuego
por la ciudad y las llamas van rodando más cerca su ardiente borbollón.
«Ea, padre querido, monta sobre mi cuello. Te sostendré en mis hombros.
No va a agobiarme el peso de esta carga. Y pase lo que pase,
uno ha de ser el riesgo, una la salvación para los dos.
Que a mi lado venga el pequeño Julo
y que mi esposa vaya siguiendo aparte nuestros pasos.

Vosotros, mis criados, advertid lo que os digo:
Hay al salir de la ciudad un cerro y un antiguo santuario de Ceres
abandonado ya y hay cerca de él un vetusto ciprés
que por veneración de nuestros padres se conserva de largo tiempo atrás.
Todos nos juntaremos allí mismo, cada cual por su lado.
Toma en tus manos, padre, los objetos sagrados y los Penates patrios.
A mí, recién salido de tan horrenda lucha y mortandad,
no me está permitido poner mi mano en ellos
hasta que no me lave en agua viva».
Diciendo así, sobre mis anchos hombros y mi cuello que humillo
extiendo la piel fulva de un león y me inclino a recibir el peso.
Mete el pequeño Julo en mi diestra los dedos de su mano,
y va siguiendo a su padre con pasos que no igualan a los suyos.
Detrás viene mi esposa. Caminamos atravesando sombras,
y a quien poco antes no imponían ningún tiro de dardo
ni hueste griega alguna aglomerada contra mí, me espanta ahora
cualquier vuelo del aura, me sobresaltan ya todos los ruidos,
suspenso y receloso a un mismo tiempo por el que llevo al lado y por mi carga.
Ya estaba aproximándome a las puertas, ya me creía yo haber dejado atrás
todo el camino. De pronto resonando en mis oídos nos pareció acercarse
un son de apresurados pasos. Y mi padre adentrando en las sombras su mirada
me da voces: «¡Hijo mío, hijo mío, huye, se acercan!
Distingo los escudos llameantes y relumbres de bronce».

Desaparición de Creúsa

Entonces en mi alarma yo no sé qué poder no amigo mío
me arrebató el sentido ya confuso. Pues mientras presuroso
prosigo por parajes apartados y abandono la ruta que me era conocida:
¡ay de mí! un hado aciago me arrebató a mi esposa Creúsa. ¿Se detuvo?
¿Erró el camino? ¿O cayó rendida de fatiga?
No lo sé. Nunca más fue devuelta a nuestros ojos,
ni buscando a mi esposa perdida volví la vista atrás
ni volví el alma, hasta llegar al cerro y a la mansión sagrada
de la vetusta Ceres.. Cuando al fin nos juntamos allí todos,

ella sola faltó y dejó burlados a nuestros compañeros, a su hijo y a su esposo.
¿A qué hombre o a qué dios no culpé enloquecido? O ¿qué vieron mis ojos
más cruel en la ciudad en ruinas? Fío a mis compañeros el cuidado de Ascanio
y de mi padre y los dioses Penates. Y en un valle sinuoso los oculto.

Eneas vuelve en su busca

Me vuelvo a la ciudad y me ciño mis armas centelleantes.
Tomo la decisión de volver a correr todos los riesgos,
a andarme toda Troya y exponerme otra vez a los peligros.
Comienzo por volver a la muralla, a la sombría entrada de la puerta,
allá por donde había hallado paso, y sigo atento
hacia atrás mis pisadas, entre la oscuridad que escudriñan
mis ojos bien abiertos. Por todas partes el terror me angustia.
Hasta el mismo silencio me amedrenta. Desde allí me encamino hacia mi casa
por si ella por fortuna hubiera dirigido allí sus pasos.
La habían invadido los griegos y llenaban su espacio por completo.
De pronto el fuego asolador trepa a favor del viento
hasta la altura misma del tejado. Lo remontan las llamas.
Yerguen su hirviente furia hacia los cielos.
Sigo adelante. Veo el palacio de Príamo y el alcázar de nuevo.
En los desiertos pórticos del santuario de Juno estaba Fénix
en compañía del funesto Ulises elegidos por guardas vigilando el botín.
Allí de todas partes se apilaba el tesoro de Troya
robado de los templos incenciados. Las mesas de los dioses,
jarros de oro macizo, vestiduras sagradas.
En derredor están niños y madres temblando de pavor
en largo corro. No, no dudé en dar voces por las sombras
y con mis gritos atesté las calles. Desolado repetía «Creúsa»,
y volvía y volvía a llamarla sin cesar.

Aparición de Creúsa

Mientras iba buscándola y por entre las casas de la ciudad
corría sin parar enloquecido, se apareció a mis ojos

la imagen de Creúsa. Era su misma sombra dolorida,
en figura mayor de la que ella tenía [54].
Quedé aterrado. Se me erizó el cabello, se me pegó la voz a la garganta.
Entonces me habló así y con estas palabras alivió mi ansiedad:
«¿De qué te sirve abandonarte así, mi dulce esposo, a ese loco dolor?
No acontece esto sin voluntad expresa de los dioses.
No te es dado llevarte a Creúsa contigo de aquí. No lo permite
el poderoso dueño del Olimpo celeste. Largo exilio te espera.
Un dilatado espacio de mar has de surcar. Arribarás a Hesperia [55],
en donde el lidio Tíber entre fértiles tierras de labriegos
va fluyendo en la paz de su corriente. Allí te aguardan días de ventura,
un reino y una regia consorte dispuestos para ti.
Desecha ya tus lágrimas por tu amada Creúsa.
No seré yo quien vea las altivas mansiones de mirmidones o dólopes
ni tendré que servir como esclava a matrona alguna griega,
yo, troyana, y esposa del que es hijo de la divina Venus.
Aquí en esta ribera me detiene la poderosa madre de los dioses.
¡Ahora adiós! Guarda en tu alma el cariño al hijo tuyo y mío».
Cuando así había hablado y yo lloraba y quería decirle muchas cosas,
me dejó y alejándose fue a perderse entre las tenues auras.
Tres veces allí mismo quise tender mis brazos en torno de su cuello
y asida en vano tres veces se me fue la imagen de las manos
como soplo de brisa, en todo parecido a sueño alado.

Eneas se reúne con los suyos

Acabada por fin así la noche, torno a mis compañeros
y asombrado me encuentro que en gran número

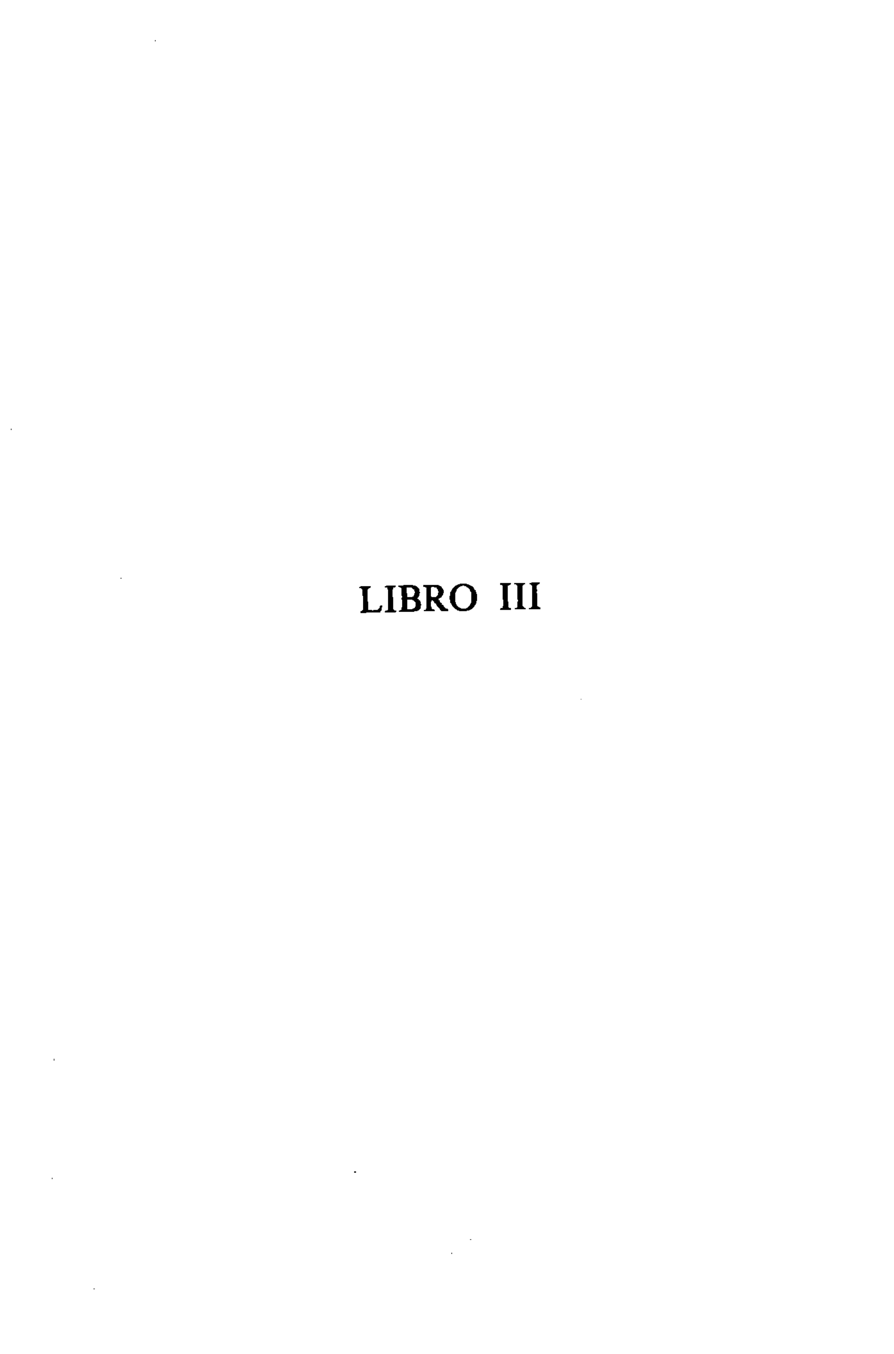
[54] Acostumbraban los romanos a atribuir mayor estatura de la que en vida tenían a las apariciones de los muertos, libres ya de su parva limitación humana.

[55] El nombre de *Hesperia,* del griego *Hésperos,* en latín *vesper,* «la tarde» y «el lucero de la tarde», lo dieron los poetas griegos a Italia porque caía al poniente de Grecia. Los poetas romanos imitándoles llamaron *Hesperia* a nuestra España, a la que llamaban también *Hesperia ultima,* la *Hesperia* más lejana, para distinguirla de Italia, a la que llamaron *Hesperia magna.* Llama lidio al río Tíber porque recorre Etruria, cuyos habitantes se creían eran oriundos de Lidia, región asiática de la costa del Egeo.

habían acudido allí otros nuevos, madres, esposos, mozos, reunidos
todos para el destierro. Movía aquella gente a compasión. De todas partes
se habían congregado con ánimo y recursos prestos para seguirme
donde mar adelante quisiera conducirlos. Por las cumbres más altas del Ida
ya asomaba la estrella mañanera trayéndonos el día.
Los dánaos tenían bloqueada la entrada de las puertas.
No había ya esperanza ninguna de prestarles ayuda.
Me fui de allí y con mi padre a cuestas me dirigí hacia el monte [56].

---

[56] Cierra Virgilio la sucesión de angustias del libro con la imagen, esencial para él, del héroe camino del destierro. Lleva a su anciano padre a cuestas, portador de lo único que salva de la ciudad en llamas, los dioses Penates.



LIBRO III

PRELIMINAR

Prosigue Eneas el relato a Dido con su viaje de Frigia a Sicilia. Le cuenta su desembarco en Tracia, su huida a Delos, el paso a Creta, la angustia de la tempestad, su llegada a las islas Estrófades, su arribo a Butroto. Y desde allí el salto a Italia. Narra el desembarco en la playa de los Cíclopes, la premura de su embarco, y su rodeo de la isla al hilo de la costa rumbo al puerto de Drépano en el ángulo occidental de Sicilia.

Es un poema de viajes y aventuras, intercalado entre otros dos magistrales, el de la caída de Troya y el siguiente de los amores de Dido y Eneas. Libro este tercero compuesto aparte, quizá antes que los otros, olvida la predicción de Creúsa a Eneas y atribuye a la Sibila de Cumas el vaticinio del porvenir de los suyos, que pondrá en boca de Anquises. En su aparente distensión, acucia a su héroe no a la vuelta al hogar sino a la busca de una patria y el nacimiento de su pueblo en la marcha incesante hacia la meta ignorada. Cumple a Virgilio la ímproba tarea de operar con una tradición imponente de viajes, desembarcos, fundaciones de ciudades. En lo que sale airoso entreverando el color, la gracia, la ingenuidad de Homero con el prurito de novedosa curiosidad alejandrina, patente en el episodio de las Harpías. Es virgiliana por entero la premura y desazón del alma de su héroe, el misterio, la traza de sus revelaciones, el culto a la divinidad hostil, la irrupción del trasfondo de dos almas en el encuentro de Andrómaca y Eneas, la exquisita

delibación del episodio de Polifemo entre la angustia acezante de Aqueménides, el desfallecimiento del ánimo del hijo a la muerte del padre.

A LO LARGO DE LOS MARES

Rumbo a Tracia

Una vez que los dioses de la altura dieron en arrumbar el poderío de Asia
y la nación de Príamo, que no lo merecía, y después que cayó
la soberbia Ilión y que toda la Troya de Neptuno alzaba desde el suelo
espiras de humo, nos fuerzan los augurios de los dioses a ir en busca de lugares
distantes de destierro en comarcas desoladas. Construimos debajo de Antandro[57] nuestras naves,
al pie de la montaña frigia de Ida, sin saber a dónde nos conducen los hados,
dónde se nos concede establecernos. Reunimos allí nuestros hombres.
Había despuntado apenas el verano y ya mi padre Anquises ordenaba izar velas,
designio del hado. Abandoné llorando las playas de la patria y los puertos
y la llanura donde estuvo Troya. Me llevan desterrado mar adentro
con mis hombres y mi hijo y los Penates y con los grandes dioses[58].
A lo lejos se extiende la tierra del dios Marte, sus anchurosos llanos.
Los cultivan los tracios. Allí reinó el brioso Licurgo en otro tiempo.
Antes en amigable unión con Troya, aliados sus dioses a los nuestros,
el tiempo en que fue nuestra la fortuna. Llego allí y fundo

---

[57] Después del invierno que pasan Eneas y los suyos en el monte Ida preparan su expedición. Se hacen a la mar al llegar la primavera. Parten del puerto de Antandro, al sur de Troya, en el golfo de Adramiteno.

[58] No sabemos si el poeta se refiere a una o a dos clases de dioses al mencionar por separados los Penates, los dioses de la ciudad de Troya, y a los grandes dioses (Júpiter, Juno, Neptuno, Minerva...). Quizá siga Virgilio la norma de desdoblar una idea en dos en busca de un pareo rítmico.

entre la corva orilla la primera ciudad. Inicio la tarea con los hados adversos.
Doy a sus habitantes mi mismo nombre, Enéadas [59].

Primer prodigio

Estaba yo ofreciendo un sacrificio
a mi madre Venus y demás dioses por lograr su favor en la empresa comenzada,
y al rey de las alturas y de los moradores celestes sacrificaba un toro
lustroso allá en la playa. Casualmente había cerca un cerro.
En su cima la fronda de un cornejo trenzada a un arrayán
erizado de ramas apiñadas. Me llego allí y me empeño en arrancar
su verde lozanía de la tierra por cubrir el altar con su follaje.
Presencio un horrendo prodigio inenarrable. Del arbusto que logro
primero descuajar cortando sus raíces, van fluyendo gotas de sangre negra
que oscurecen con sus cuajos la tierra. Un frío horror me sacude los miembros.
Se me hiela de espanto la sangre. Sigo y trato de nuevo de arrancar
el flexible brote de otro, y esclarecer la causa del misterio.
De la corteza del segundo mana de nuevo negra sangre.
Dando vueltas a mi mente
invocaba a las ninfas de los bosques y al padre Gradivo que preside
los campos de los getas implorando tornaran la visión favorable
y aliviaran mi mente del presagio. Pero luego que ataco el tercer brote
con mayor brío todavía, y estoy rodilla en tierra
luchando por la arena resistente —¿podré decirlo o callaré?—,
desde lo hondo del cerro se percibe un gemido lastimero
y me llega esta voz a los oídos: «¡Desgraciado de mí!
¿A qué me despedazas, Eneas?
Ten piedad del que yace en el sepulcro. Deja ya de manchar tus manos puras.
Nací en Troya, no soy extraño a ti. Esa sangre no mana de ese tronco.
¡Ay! ¡Huye de esta tierra cruel, escapa de esta playa avarienta!

---

[59] Vuelve aquí Virgilio sobre los viajes de Eneas en la primitiva leyenda. Se refiere a la ciudad de Aenus en la desembocadura del río Ebro de Tracia, la región en frente de Frigia donde estaba emplazada Troya. Los tracios habitaban la orilla derecha del curso inferior del Danubio, los getas a lo largo de la orilla izquierda.

Soy Polidoro. Aquí bajo una férrea mies de dardos que han crecido
en aceradas puntas, encuentro acribillado sepultura».
Me angustia una espantosa incertidumbre. Me quedo estupefacto.
Se me erizaron los cabellos. Se me pegó la voz a la garganta.
Era aquel Polidoro que el desdichado Príamo en secreto envió al rey de Tracia
en otro tiempo con gran cantidad de oro para que lo criase
cuando perdía ya la esperanza en las armas de Troya,
viendo que se cerraba el cerco alrededor de la ciudad.
Pero el tracio al ir quebrando el poder de los teucros
y al irse retirando su fortuna, da en seguir el partido de Agamenón, sus armas
[victoriosas,
arrolla toda ley divina, degüella a Polidoro y se apodera del oro por la fuerza.
¿A qué crimen no fuerzas el corazón del hombre, maldecida sed de oro?
Cuando el pavor me deja libre el alma
elijo a algunos próceres de mi pueblo, ante todo a mi padre,
y les doy cuenta del aviso divino. Y les pido consejo.
Todos son del mismo parecer: Salir de aquella tierra criminal,
abandonar un lugar que profana la ley de la hospitalidad y dar al viento
[nuestras velas.
Rendimos a Polidoro nuevas honras fúnebres,
hacinamos más tierra sobre el cerro, erigimos altares a los Manes [60]
que enlutamos con ínfulas oscuras y con negro ciprés.
Están alrededor las mujeres troyanas, suelta la cabellera como es norma.
Ofrecemos los cuencos espumantes de tibia leche y copas con la sangre sagrada
y encerramos su espíritu en la tumba y dando una gran voz
le despedimos con el último adiós.

En Delos

Tan pronto como el mar nos inspira confianza
y el viento se nos brinda sosegado y el Austro nos invita a alta mar
con su blando restallo, lanzan las naves al agua nuestros hombres

[60] Eran los Manes las almas de los difuntos que purificadas pasaban a ser tenidas por espíritus inmortales favorables a los vivos. Solían honrarlos alzando altares en su honor.

y llenan todo el haz de la ribera. Avanzamos ya fuera del puerto
y se van alejando de nuestra vista campos y ciudades.
Se alza en medio del mar una tierra sagrada, más grata que otra alguna
a la madre de las Nereidas y a Neptuno egeo [61]. Cuando suelta vagaba
en torno a costas y playas, el buen dios que empuña el arco,
la ató fuerte a Mícono y a la enhiesta Gíaro
y accedió a que quedara sin movimiento alguno,
impasible a la furia de los vientos. Navego hasta allí.
La isla depara a los cansados la más plácida acogida en su seguro puerto.
Al pisar tierra reverenciamos la ciudad de Apolo.
Nos sale a recibir el rey Anio; es rey y sacerdote de Febo al mismo tiempo.
Trae ceñidas sus sienes de bandeletas y laurel sagrado.
Reconoce a su viejo amigo Anquises.
Nos estrecha las manos como huéspedes suyos
y entramos en su casa. Yo estaba venerando al dios del templo que se alzaba
sobre vetusta roca. «Danos tú, dios timbreo [62], albergue propio,
dale a nuestra fatiga recinto amurallado,
y danos descendencia y una ciudad que dure para siempre.
Guarda el nuevo baluarte de Troya con los restos que han dejado los griegos
y el implacable Aquiles. ¿A quién seguimos? ¿Dónde nos mandas ir?
¿En dónde fijar nuestra morada? ¡Danos, Padre,
tu augurio e inspira nuestras almas!»
Acababa de hablar cuando de pronto todo parece estremecerse,
los umbrales, el lauredal del dios, y retemblar el monte entero en derredor,
y abierto lo más íntimo del templo, romper en un mugido el trípode [63].
Sumisos nos postramos en tierra y nos llega esta voz a los oídos:

---

[61] Tras la huida de la nefasta ribera de Tracia elige Virgilio la isla de Delos en busca de seguro oráculo que consulte la angustia troyana. En la isla había nacido Apolo y Diana. Y era honrado también en su templo Neptuno, al que se le dio el sobrenombre del mar que bañaba la isla, el Egeo. Doris era la esposa de Nereo, la madre de las Nereidas, ninfas marinas llamadas así por su padre Nereo. Apolo inmovilizó la isla ligándola a las dos islas menores Micono y Giaro.

[62] Llama timbreo a Apolo porque era venerado también en el templo alzado a orillas del río Timbro, cerca de Troya.

[63] Virgilio alude al cántaro que se colocaba sobre el trípode. La adivina subida en éste daba respuesta por el son de su tañido a las consultas a la divinidad.

«Sufridos descendientes de Dárdano,
la tierra primera en ver brotar la estirpe de vuestros ascendientes
será la que os acoja en su fecundo seno a vuestra vuelta.
Id a buscar a vuestra antigua madre.
Allí el solar de Eneas ha de señorear el orbe entero,
lo mismo que los hijos de sus hijos y los que de sus hijos nacerán».
Así habla Febo. Estalla un gozo impetuoso en medio del tumulto.
Todos quieren saber de qué murada ciudad se trata, a dónde llama Febo
a los que van sin rumbo, a dónde les manda que regresen.
Mi padre entonces dando vueltas en su mente
a advertencias de varones de edad:
«Oíd, jefes —prorrumpe—, sabed lo que esperáis. En medio del océano
yace Creta [64], la isla del poderoso Júpiter, donde está el monte Ida,
en que tiene su cuna nuestra raza. Pueblan sus gentes cien urbes populosas.
Es su suelo feraz como ninguno.
Desde allí nuestro más remoto antepasado, Teucro,
si recuerdo bien lo oído, arribó a las playas Reteas el primero
en busca de un lugar para su reino.
Todavía no se alzaba Ilión ni los fuertes de Pérgamo.
Vivían en el fondo de los valles.
De allí vino la madre, la que mora en Cibeles,
y los címbalos que agita el coribante [65], y el bosque Ida, de allí el silencio fiel
que guarda sus misterios y el tiro de leones sometidos al carro de la diosa.
¡Ánimo, pues! Sigamos el camino que nos traza la voluntad divina.
Aplaquemos los vientos y tendamos el rumbo hacia el reino de Gnosos.

---

[64] Emplaza Virgilio la segunda revelación en la isla de Creta, cruce y enclave de remotas civilizaciones anteriores a las de la península y la zona continental de Grecia. En ella sitúa la aparición y vaticinio de los dioses Penates, los mismos que le manda Héctor que se lleve consigo de la ciudad en llamas. La aparición y el mensaje advienen en las sombras de la noche, como la de Héctor, igual que la de Creúsa, aquí a favor de los hilos de luna llena filtrados por los postigos.

El mensaje le repite el de Creúsa, la esperanza cierta de su nueva patria en tierras de Hesperia, allá en Italia.

[65] Eran sacerdotes de la diosa frigia Cibeles. Poseídos de divinidad danzaban entre gritos en los actos de culto, batiendo címbalos o platillos, y tímpanos o tambores y sonando pífanos.

No dista largo trecho. Si Júpiter nos vale, al tercer día fondearán las naves
en las playas de Creta». Dice y en los altares sacrifica las víctimas debidas,
al dios Neptuno un toro, y otro a ti, hermoso Apolo,
y una oveja negra a la tempestad y una blanca a los Céfiros propicios.
Va volando el rumor de que su jefe Idomeneo
ha sido desterrado de los reinos paternos, que la costa de Creta está desierta,
que están sus casas libres de enemigos y que están esperándonos vacías.

Rumbo a Creta

Dejamos, pues, el puerto de Ortigia y tendemos el vuelo por el mar.
Y costeamos Naxos con sus cumbres sonoras de bacantes y la verde Donusa
y Oléaro y Paros blanca como la nieve,
y las islas Cícladas esparcidas por el mar,
salvamos los estrechos espumantes sofrenados entre unas y otras tierras.
Y surge la algazara marinera con que acucia cada uno a los demás.
Y los míos apremian vocingleros.
«¡Rumbo a Creta, a la tierra de los antepasados!»
Nos acompaña el viento que va soplando a popa. Al fin nos deslizamos
por la antigua costa de los Curetes [66]. Y me entrego afanoso
a amurallar nuestra ciudad soñada. Y la llamo Pérgamo.
Y exhorto a mi gente, ufana de su nombre, a que ame sus hogares
y que alce la tutela de un alcázar.
Habían ya varado sus naves en la playa,
y estaba ya ocupada la mocedad en bodas y en labrar su nueva tierra
y yo les iba dando sus leyes y viviendas. De pronto se corrompe el haz del aire
y de él nos viene pestilencia ponzoñosa, plaga de lastimosa mortandad,
que ataca nuestros cuerpos y que arrasa árboles y sembrados.
Entregaban los hombres la dulce vida
o a duras penas podían arrastrar el cuerpo enfermo.
Sirio con sus ardores quemaba los eriazos, se agostaba el herbajo,

[66] Nombre que se dio a los primitivos habitantes de Creta.

la mies inficionada nos negaba el sustento.
Mi padre nos exhorta a recruzar el mar
y acudir otra vez a Ortigia y al oráculo de Febo y a pedirle favor
y a inquirir qué fin van a tener nuestras fatigas,
dónde hemos de buscar ayuda en nuestros trances, a dónde poner rumbo.
Era la noche. El sueño tenía ya rendidos sobre la tierra a todos los vivientes.
Las imágenes sacras de los dioses y los Penates frigios que había yo sacado
con mis manos de Troya, de en medio de la ciudad en llamas,
me pareció tenerlos presentes a mis ojos ante el lecho donde yacía en sueños
bien visibles por el raudal de luz que iba la luna llena
derramando a través de los postigos.
Me hablaron y con estas palabras aplacaron mi ansiedad:
«Lo mismo que te va a decir Apolo si vas a Ortigia, aquí te lo declara.
Él es el que ha querido enviarnos a ti.
Nosotros que después del incendio de Troya
hemos seguido tus pasos y tus armas, nosotros que a tu lado
hemos cruzado el mar embravecido,
nosotros alzaremos hasta el cielo a los nietos que has de haber,
y daremos un amplio dominio a su ciudad.
Dispón tú un gran recinto a su grandeza
y no desmayes en los largos trabajos de tu exilio.
Tienes que buscar otro paradero. No es ésta la ribera que el dios Delio
te aconseja, ni es Creta donde Apolo ordena que te instales.
Hay un lugar llamado por los griegos Hesperia, tierra antigua,
potente por sus armas y por su fértil gleba.
La habitaron enotrios [67]. Ahora sus descendientes
es fama que la llaman Italia por el nombre de su jefe.
Es ésa nuestra patria verdadera. De allí proceden Dárdano y padre Jasio,
de quien toma su origen nuestra raza. Ea, levántate, cuéntale a tu anciano padre
estas nuevas ciertas; que vaya a Córito y a las tierras ausonias.

[67] Ocupaban los enotrios el sudoeste de la península de Italia, la región que se llamó Brutium. El nombre de Italia lo recibe esta misma región de Ítalo, rey de los enotrios. Luego se extendió a toda la península. Recordemos que en el libro I el troyano Ilioneo al saludar a la reina Dido de Cartago había hecho la misma revelación.

Júpiter te ha negado las campiñas dicteas». Quedo atónito ante la aparición
y la voz de los dioses. No era un sueño.
Creía conocer claramente sus facciones,
sus cabellos orlados de las sagradas vendas, sus semblantes vivientes.
Me corría un helado sudor por todo el cuerpo.
Salto del lecho. Elevo voz y manos a la par
hacia el cielo y en el hogar ofrezco dones puros.
Cumplido el rito, cuento jubiloso a Anquises lo ocurrido.
Se lo revelo todo puntualmente. Él reconoce nuestro doble origen,
nuestros dos ascendientes y que ha errado de nuevo
en lo tocante a nuestra antigua cuna.
Entonces me recuerda: «¡Hijo mío, probado duramente por los hados de Ilión,
fue Casandra, ella sola, quien me vaticinaba este destino. Ahora tengo presente
que aseguraba esto mismo a nuestra raza. Y repetía Hesperia
y los reinos de Italia muchas veces. Mas ¿quién iba a creer
que los teucros habían de llegar a las playas de Hesperia?
o ¿a quién impresionaban entonces los augurios de Casandra?
Rindámonos a Febo y siguiendo su aviso tomemos mejor rumbo».
Habla así. Obedecemos todos alegremente lo que dice.
Abandonamos, pues, también aquel lugar
y dejando unos pocos desplegamos las velas
y corremos el ancho haz de la mar en las cóncavas quillas.
Después que nuestras naves llegaron a alta mar
y no avistan los ojos tierra alguna
—cielo por todas partes, por todas partes mar—, un sombrío nublado
se posó sobre nuestras cabezas. Portaba noche y agua.
Se erizó de hórridas sombras el piélago;
en seguida los vientos van rodando sobre el mar y levantan imponente oleaje.
Vamos zarandeados aquí y allá sobre el inmenso abismo.
Anubla el temporal la luz del día. Enturbia el cielo todo la húmeda oscuridad.
Los rayos van rasgando las nubes sin cesar. Desviados del rumbo,
navegamos a ciegas errantes por las olas. No acierta ni siquiera Palinuro
a distinguir el día de la noche en el cielo,
ni a recordar la ruta por entre el oleaje.
En ciega oscuridad, a tientas por el piélago vagamos a lo largo de tres días
y de otras tantas noches sin ver estrella alguna. Al fin, al cuarto día

pareció comenzaba a irse alzando la tierra y a abultarse los montes a lo lejos,
y a ondear en el aire espiras de humo. Caen las velas. Combados en los remos
nos erguimos. No hay demora. Afanosos los remeros
rizan randas de espuma y van barriendo las cerúleas olas.

Las harpías

A salvo de las olas son las playas Estrófadas las primeras que me dan acogida.
Estrófadas hoy llaman los griegos a las islas del ancho mar Jonio
donde habita la odiosa Celeno y las demás Harpías [68] después que se cerró
la mansión de Fineo y les forzó el temor a abandonar las mesas anteriores.
Jamás ha habido monstruo más funesto ni plaga más cruel lanzó la ira divina
de las ondas estigias. Es de muchacha el rostro de estas aves; su vientre
depone la inmundicia más hedionda. Tienen las manos corvas.
El hambre empalidece de continuo su faz.
Cuando al llegar allí entramos en el puerto, ¡qué sorpresa!
Esparcidos por el llano vemos manadas de lustrosos toros
y ganado cabrío entre la yerba sin guardián alguno.
Nos lanzamos sobre ellos hierro en mano. Invocamos a los dioses
y al mismo Júpiter ofreciéndoles parte de la presa.
Preparamos los lechos en la corva ribera
y comemos el más rico festín. De pronto las Harpías
bajando de los montes en horrenda calada hacen su aparición.
Baten las alas con crujido imponente.
Nos van arrebatando los manjares y todo lo mancillan
con su contacto inmundo. Nos aturden sus gritos repulsivos y su fétido olor.
Esta vez instalamos las mesas en lugar retirado, al abrigo de socavada peña,
cerrada en derredor por las hórridas sombras de los árboles.

---

[68] Estos monstruos, cuyo origen en griego significa «rapaces», personificaban en su origen las tempestades. Una tradición posterior refiere que inficionaban la comida de Fineo, profeta ciego de Tracia, por haber dado muerte a los hijos de su primer tálamo. Fue librado de ellas por dos argonautas que las pusieron en fuga y las persiguieron hasta estas pequeñas islas del mar Jonio, al oeste del Peloponeso. En ellas las Harpías se reunieron para volverse, a lo que debieron estas islas el nombre de Estrófadas, las de la vuelta.

Avivamos el fuego en los altares.
Y por segunda vez desde el confín opuesto del cielo va saliendo
de sus antros la turba vocinglera y en torno de la presa
revolotea con sus corvas garras e impregna
los manjares con sus labios. Doy órdenes entonces a mis hombres
de que empuñen las armas. Es fuerza hacer la guerra a aquella odiosa plaga.
Cumplen lo que les mando. Emplazan en la yerba ocultas las espadas
y esconden de la vista los escudos. Y cuando al deslizarse
va resonando por la curva playa el eco de su estruendo,
da la señal Miseno de su alto miradero con su cóncavo bronce.
Arremeten los nuestros y ensayan un insólito combate,
atravesar a hierro aquel inmundo tropel de aves marinas.
Pero se embotan los golpes en sus plumas y son invulnerables sus espaldas.
Y huyendo en raudo vuelo hacia la altura dejan medio roídos los manjares
con la señal de sus impuras huellas.
Queda sólo, posada en lo más alto de una peña,
Celeno, la aciaga profetisa y prorrumpe su pecho en estos gritos:
«¿Queréis hacernos guerra, hijos de Laomedonte,
en pago de los toros degollados y de nuestros novillos abatidos
y queréis arrojarnos de nuestro reino patrio
inmerecidamente? Pues cuidad de acoger y grabar en la mente mis palabras;
las que predijo a Apolo el Padre omnipotente,
que a mí me transmitió Febo Apolo
y que yo, la mayor de las Furias, os revelo a vosotros. Os dirigís a Italia.
Invocando a los vientos lograréis arribar a sus puertos.
Mas no conseguiréis amurallar la ciudad prometida sin que un hambre cruel,
por la ofensa que nos habéis causado, os obligue primero a devorar
a dentelladas vuestras propias mesas [69]». Así dijo y batiendo las alas
huyó de nuevo al bosque. Un súbito pavor cuaja la sangre helada de los míos.
Se les abate el ánimo. No quieren ya acudir a las armas
sino pedir la paz con promesas y ruegos, lo mismo si son diosas
que sólo horrendas y agoreras aves. Mi padre Anquises desde la misma playa,
extendidas las palmas de las manos invoca a las grandes deidades

[69] Véase VII 112-119.

y ordena los debidos sacrificios. «¡Detened, dioses, sus amenazas.
Alejad de nosotros, dioses, tal infortunio.
Y preservad benignos a los libres de culpa!»
Ordena luego desatar las amarras de la orilla e ir soltando los cables.
Hincha el Noto las velas y huimos por las ondas espumantes
siguiendo el derrotero que timonel y viento van trazando.
Ya en medio de las olas aparece la frondosa arboleda de Zacinto
y Duliquio y Same y Nérito, la de escarpadas rocas. Conseguimos huir
de los escollos de Ítaca, donde reinó Laertes; maldecimos la tierra que crió
al cruel Ulises. Pronto se abren también a nuestra vista los nebulosos picos
del monte de Leucate y su templo de Apolo, terror de los marinos.
Agotados tendemos hacia allí. Vamos llegando a la parva ciudad.
A proa el ancla, las popas quedan fijas en la orilla.
Al vernos dueños al cabo de una tierra no esperada ofrecemos a Júpiter
los dones de purificación y quemamos ofrendas en las aras
y en la ribera de Accio celebramos los juegos de Ilión.
Ungidos de óleo los desnudos cuerpos, mis hombres se ejercitan en las luchas.
Les alegra haber dejado atrás tantas ciudades griegas
y haber logrado abrirse camino entre las tropas enemigas.
El sol remata en tanto su vuelta al amplio círculo del año
y al soplo de los vientos del norte el invierno glacial va encrespando las olas.
El escudo de bronce que portó el gran Abante [70] en otro tiempo,
lo clavo en el pilar de entrada y lo acoto con un verso:
«Eneas cobró este arma de manos de los griegos vencedores».
Entonces les ordeno abandonar el puerto y sentarse en los bancos de los remos.
Compiten mis remeros en azotar las ondas, van barriendo la lámina del mar.
Enseguida perdemos de vista los alcázares feacios alzados en la altura.
Bordeamos las costas del Epiro, penetramos en el puerto caonio
y vamos acercándonos a la ciudad cimera de Butroto [71].

[70] Antiguo rey de Argos, portador de un famoso escudo. Eneas se lo arrebató luchando a un descendiente suyo.

[71] Puerto del mar Jónico, en el Epiro, al nordeste de la isla de Corfú, hoy Butrinto.

Encuentro con Andrómaca

Allí el rumor de un hecho increíble nos llena los oídos:
que Héleno, hijo de Príamo,
es el que está reinando sobre ciudades griegas
adueñado de la esposa del Eácida Pirro y de su cetro,
y que ha pasado Andrómaca otra vez a un esposo de su raza.
Me quedo estupefacto y ardo en ansias de encontrarme con Héleno
y enterarme por él de hechos tan sorprendentes.
Avanzo desde el puerto y dejo atrás las naves y la orilla
en el momento mismo en que estaba Andrómaca,
por suerte, en frente de la ciudad
en el claro de un bosque, a la orilla de un Simunte, remedo de aquel otro,
haciendo, cual solía, su sacrificio anual con sus tristes presentes
a las cenizas de Héctor. Invocaba a los Manes en presencia
del cenotafio de Héctor, que había consagrado en verde césped
junto con dos altares por avivar sus lágrimas.
Al punto en que me ve y atónita avista armas troyanas
en derredor de mí, aterrada a la vista del prodigio,
queda yerta al mirarme, desfallece y al cabo de largo rato dice a duras penas:
«¿Es de verdad tu rostro? ¿Vienes como veraz mensajero a mi encuentro,
tú, nacido de diosa? O si la vida abandonó tu cuerpo ¿dónde está Héctor?»
Prorrumpe y de sus ojos fluye un raudal de lágrimas
y llena con sus gritos todo el bosque.
Apenas acierto a replicar a su delirio. Balbuceo turbado voces entrecortadas:
«Vivo, es cierto. Arrastro mi vida entre sus desgracias.
No lo dudes. Es verdad lo que ves.
¡Ay! ¿Qué hado te ha cabido después de que perdiste a tal esposo?
¿O qué fortuna, digna de ti, Andrómaca de Héctor, ha vuelto a visitarte?
¿Todavía estás unida a Pirro?» Baja los ojos y con voz abatida profiere:
«¡Dichosa sobre todas aquella muchacha, hija de Príamo [72], condenada a morir

[72] Envidia Andrómaca la suerte de Polixena, la hija de Príamo a la que amaba Aquiles. Por orden del adivino Calcante fue inmolada sobre la tumba de Aquiles en desagravio de la muerte alevosa que le causó Paris cuando iba a celebrar su boda con ella. Andrómaca estuvo sometida al hijo de Aquiles, a Pirro, como esclava, no como esposa, como le dice por deferencia Eneas. Tuvo de Pirro tres hijos.

ante tumba enemiga bajo los altos muros de Troya, que no hubo de sufrir
sorteo infame ni cautiva llegó a tocar el lecho de un amo vencedor!
Nosotras, incendiada nuestra patria, trasladadas sobre mares distantes,
tuvimos que sufrir la arrogancia del vástago de Aquiles, a aquel mozo insolente,
forzadas a trabajos de esclavas. Después él se va en busca
de Hermione, la de Leda, de sus nupcias laconias
y me traspasa a mí como esclava a otro esclavo, a poder de Héleno.
Pero Orestes ardiendo de amor impetuoso por la esposa robada
a impulsos de las Furias de sus crímenes, sorprende sin defensa a su rival
y le arranca la vida al pie de los altares de su padre, de Aquiles.
Al morir Neoptólemo pasa a Héleno una parte de estos reinos; él los llama
y Caonia a toda la región en memoria del troyano Caón, [caonios
y elevó en las alturas otra Pérgamo y otro alcázar de Ilión.
Y a ti, dime, ¿qué vientos, qué hados te han impelido aquí tu rumbo?
¿Qué dios, sin tú saberlo, ha querido impulsarte a estas riberas?
¿Qué es del pequeño Ascanio? ¿Vive? ¿Aspira las auras de los cielos?
¿El que tuviste cuando Troya? [73]. ¿Conserva el niño todavía
algún amor a la madre perdida? ¿Logra su padre Eneas,
su tío Héctor [74] incitarle al valor de la raza y al arranque viril?»
Profería entre llanto estas palabras e iba vertiendo en vano abundantes sollozos,
en el momento en que Héleno, el noble hijo de Príamo, sale de la ciudad
con una amplia comitiva y se llega a nosotros. Nos va reconociendo como suyos
y nos conduce alegre hasta las puertas y van entrecortando
muchas lágrimas sus palabras. A medida que avanzo, echo de ver
una Troya en pequeño, otra Pérgamo a imagen de la grande
y un arroyo sin agua, lo llaman Janto. Abrazo los umbrales
de las Puertas Esceas. Disfrutan como yo mis compañeros de la ciudad [hermana.
Les da el rey la bienvenida entre sus vastos pórticos. En medio de la sala
hacen las libaciones de vino, copa en alto, mientras en platos de oro,

[73] En la serie de preguntas entrecortadas de ansiedad con que Andrómaca va apremiando a Eneas, ésta, que abre un verso incompleto, es la única cuyo sentido no nos es dado completar.

[74] Creúsa, madre de Ascanio, era hermana de Héctor. Notemos que Virgilio nos presenta a Andrómaca obsesionada por el recuerdo y el amor de su Héctor y de su hijo Astianacte, a quien Ulises dio muerte precipitándole de lo alto de la muralla de Troya.

les sirven los manjares. Transcurre un día y otro.
Las brisas solicitan nuestras velas. Sopla el viento del sur y su lino retesa.
Yo apremio al adivino y de él inquiero:
«Hijo de Troya, intérprete de la divinidad,
tú que percibes la voluntad de Febo, lo que dicen los trípodes,
el laurel del dios de Claros, las estrellas, las lenguas de los pájaros,
los presagios del ave volandera. Ea, dime (pues me predijo el cielo
un viaje por entero favorable, y los dioses me alentaron a una con sus oráculos
a dirigirme a Italia, a la aventura de remotas tierras; sólo la Harpía Celeno
me ha augurado un extraño portento, horrendo de decir, y me ha predicho
iras funestas y hambre infame), dime, tú, qué peligros debo evitar primero,
con qué trazas podré superar tales trances».

Revelación de Héleno

Entonces Héleno sacrifica primero unos novillos, cumpliendo lo prescrito,
y solicita el favor de los dioses. Y desprende las ínfulas de su sagrada frente [75]
y él mismo me conduce de la mano a tu umbral, Febo.
Me turbo en tu presencia poderosa.
Después el vate profiere de su boca inspirada estas palabras:
«Nacido de una diosa, es patente que navegas por el mar con bien altos auspicios.
Así el rey de los dioses distribuye los lotes del destino y hace girar su curso;
éste es el orden de su ciclo. Te voy a revelar
sólo unas cuantas cosas entre muchas
a fin de que recorras más seguro mares acogedores y logres arribar
a un puerto ausonio. El resto se lo vedan a Héleno conocerlo las Parcas
y la Saturnia Juno le impide revelarlo. Ante todo esa Italia
que crees al alcance de tu mano, a cuyos puertos próximos,
ignorante de ti intentas arribar,
te la separa un largo estrecho inaccesible al hilo de luengas tierras.
Y has de combar tus remos en las ondas trinacrias

[75] Después del sacrifio, Héleno se suelta las ínfulas que ceñían su frente como era norma en los vaticinios, para dejar libre por entero al transporte profético que recibe la divinidad.

y surcar con tus naves el llano del salado mar ausonio.
Y bordear los lagos infernales y la isla de Circe, la de Cólquida,
primero que consigas hallar tierra segura en que fundar tu ciudad.
Te daré las señales, guárdalas en lo hondo de tu mente.
Cuando desazonado, allá a las ondas de remoto río,
al pie de las encinas de su orilla halles una gigante cerda blanca [76]
tendida en tierra, madre de treinta lechoncillos
también blancos, apiñados en torno de sus ubres, ése será el solar de la ciudad,
ése el descanso cierto a tus fatigas. Y no te espante
clavar luego los dientes en sus mesas. Ya encontrarán los hados camino para ti
y Apolo acudirá cuando le llames. Huye tú de esas tierras
y esas playas de la costa de Italia vecinas a nosotros,
que baña la marea de nuestro mismo mar.
Pueblan aviesos griegos todas esas ciudades.
Allí plantaron sus murallas los locrios de Naricio
y cercó con sus huestes los llanos de Salento Idomeneo el de Licto.
Allí está la famosa ciudad de Filoctetes, el capitán de Melibea,
—la pequeña Petelia apoyada en su muro—.
Y cuando allende el mar fondee allí tu flota
e instales tus altares y cumplas en la orilla tus promesas,
cúbrete los cabellos con el velo de tu purpúreo manto,
no sea que entre el fuego sagrado en honor de los dioses
asome un rostro hostil y turbe tus presagios. Guarden tus compañeros
esta norma en sus cultos, guárdala tú también,
que permanezcan puros observándola
los hijos de sus hijos. Pero cuando los vientos
en saliendo de aquí te acerquen a la costa de Sicilia
y se vaya ensanchando a tus ojos la boca del angosto Peloro,
dirígete a la tierra y al mar que hay a la izquierda dando un largo rodeo.
Huye en cambio de la costa y las olas a tu diestra.
Cuentan que en otro tiempo estos parajes saltaron descuajados
a impulsos de violenta sacudida —tan imponentes cambios puede lograr
la larga acción del tiempo—, cuando una y otra tierra era antes una sola.

[76] El adivino Héleno alude, según creemos, al nombre de la futura Alba Longa, cabeza de las treinta ciudades de la confederación latina.

Pero el Ponto batió su parte media impetuoso
y el oleaje arrancó de la Hesperia el flanco de Sicilia y su angosta corriente
va bañando a ambos lados campiñas y ciudades.
Escila [77] monta guardia a la derecha;
a la izquierda Caribdis, la insaciable, quien desde el fondo de su hirviente sima
va aspirando tres veces hacia el abismo las ingentes olas,
y de nuevo las lanza una tras otra hacia los aires
y azota con su espuma las estrellas.
Escila está encerrada en el ciego recinto de su cueva de donde saca el rostro
y atrae a los navíos a sus rocas. Su parte superior tiene hasta las caderas
forma humana con el pecho de una hermosa muchacha;
la de abajo de pez, dragón marino de monstruoso cuerpo
que remata su vientre de lobo en colas de delfines.
Más vale recorrer dando un rodeo el cabo del Paquino siciliano
que ver sólo una vez en su antro ingente a la monstruosa Escila y los peñascos
donde van resonando los aullidos de sus cerúleos perros. Por lo demás,
si alguna previsión del futuro se le alcanza a Héleno, el adivino,
si merece algún crédito, si Apolo infunde en su alma la verdad,
te voy a adelantar, hijo de diosa, un consejo,
uno solo, que vale por todos los demás,
y que he de repetirte una vez y otra vez: ante todo honra con tus plegarias
el poder de Juno soberana, entónale de grado tus promesas,
humilde con tus dones doblega el valimiento de la divina dueña.
Así al fin victorioso dejando atrás Sicilia
tendrás franco el camino de la tierra de Italia.
Al punto en que a ella arribes y te llegues a la ciudad de Cumas [78]

---

[77] Escila era en su origen una bellísima muchacha. Amada del dios Glauco, no correspondió a su amor. Éste por obra de la maga Circe, mientras la muchacha se bañaba en el mar, hizo que se le poblase de perros la parte inferior de su cuerpo. Desesperada se lanzó Escila a las olas, donde convertida en monstruo atrae y da muerte a los navegantes. Caribdis, hija también de Neptuno, fue de voracidad insaciable. Por haber devorado los bueyes de Hércules fue precipitada en el mar por Júpiter. Allí la convirtió en el monstruo marino que hunde en su abismo a los navegantes.

[78] Puerto al norte de Nápoles. Con su templo de Apolo era el centro oracular más importante de Occidente. Cuidaba el templo la sibila o sacerdotisa del dios. Ella será la que guíe a Eneas en su descenso al reino de la muerte, a lo que dedica Virgilio el libro VI del poema.

y a los lagos sagrados y al Averno sonoro de susurros de arboledas,
verás a la frenética adivina que allá en el hondo de su antro peñascoso
va cantando los hados y confía señales y nombres a las hojas,
y los versos que en éstas ha trazado la doncella los ordena
y los guarda aparte en su antro. Allí perduran fijos en su lugar
sin que varíe su orden. Pero si gira el gozne y deja que penetre por la puerta
tenue brisa y desordene las delicadas hojas [79] no se cuida ya más de recoger
las que van revolando por la cóncava roca ni de tornarlas a su sitio
ni de ligar el orden de los versos, y se van sin respuesta renegando del antro [sibilino
los que han acudido a ella. Tú allí sin que te importe la tardanza,
aunque tus compañeros murmuren y te incite la premura del viaje
a desplegar las velas mar adentro, y pueda henchir su seno la brisa favorable,
no dejes de acudir a la adivina e implorar los oráculos rogándole
que te permita oírlos de su boca y acceda a desplegar los labios
y a dar sueltas a su voz. Ella te dará cuenta de los pueblos de Italia
y de las guerras que te esperan y de las trazas con que debes huir
o plantar cara a cada trance. Y ella, si tú lo imploras sumiso, ha de brindarte
próspera travesía. Esto es lo que me es dado aconsejarte. ¡Ea, sigue tu viaje
y que eleven tus obras hasta el cielo la grandeza de Troya!»
Después que el adivino me habla así amigablemente,
manda al punto que lleven a las naves dones de oro macizo
y de marfil labrado, carga en ellas gran cantidad de plata, calderos de Do- [dona [80],
una coraza entrelazada de triple malla con anillos de oro, un almete
de brillante cimera y penacho ondulante, armas de Neoptólemo otro tiempo.
Tiene obsequios también para mi padre. Y además nos provee de caballos,
nos provee de guías, completa nuestra serie de remeros
y equipa de armas a nuestros hombres.
Anquises, entre tanto, ordenaba izar velas para no remorar el soplo favorable
del viento. Con profundo respeto el intérprete de Febo se dirige a él así:

[79] Uno de los primeros materiales de escritura, así como las cortezas de los árboles.

[80] Obsequia Héleno a Eneas con calderos de Dodona. Era Dodona una famosa ciudad del Epiro, la Albania actual, que poseía un antiquísimo santuario de Zeus en medio de un bosque de encinas. Pendían de sus ramas calderos sagrados que se tañían para obtener el oráculo del dios.

«¡Anquises, el tenido por digno del honor del matrimonio con la misma Venus,
por quien velan los dioses, que han salvado del estrago de Troya por dos veces,
ya la tierra de Ausonia está a tu vista. Iza velas y ve a adueñarte de ella.
Pero es fuerza que pases de largo por su costa.
Está lejos la parte que Apolo tiene abierta para ti!
¡Ve ya, feliz de ti por el amor que tu hijo te profesa!
¿A qué me alargo más y hablando hago esperar al viento que ya sopla?»
Andrómaca a su vez entristecida en el último instante del adiós
va trayendo vestidos con figuras recamadas con trama de oro;
a Ascanio una clámide frigia. No quiere ir a la zaga en largueza.
Y le colma de entretejidas prendas. Y añade estas palabras:
«¡Recibe, tú, hijo mío, estos dones, que sean para ti recuerdo de mis manos
y te prueben el hondo amor de Andrómaca, la esposa de Héctor.
Tómalos; son el último obsequio de los tuyos,
tú, que eres la única imagen viva que me queda
de mi Astianacte ya. Sí, son sus mismos ojos, sí, eran así sus manos.
Así el rostro. Sería de tu edad. Estaría creciendo como tú».
Yo al separarme de ellos les hablaba. Las lágrimas saltaban a mis ojos:
«Vivid dichosos. Vosotros habéis cumplido ya vuestro destino,
nosotros somos solicitados todavía de unos hados en otros
Vosotros ya tenéis conseguido el descanso.
No debéis surcar ya mar alguno ni ir en busca
de los campos de Ausonia que siempre van huyendo de nosotros.
Estáis viendo la imagen del Janto y de una Troya, obra de vuestras manos,
con mejores auspicios, así os lo deseo, y menos al alcance de los griegos.
Si me es dado algún día adentrarme en el Tíber y en sus campos vecinos,
y llego a ver los muros otorgados a mi pueblo,
me empeñaré en hacer de nuestras mismas ciudades hermanas
y sus pueblos aliados, el Epiro y Hesperia,
—ambos tienen un mismo antecesor, Dárdano, y unos mismos infortunios—,
una Troya, una sola en espíritu.
¡Que perdure este afán en nuestros descendientes!»

Rumbo a Italia

Navegamos mar afuera bordeando el cercano promontorio Ceraunio [81]
desde donde es más corto el paso a Italia a través de las olas.
El sol se hunde entre tanto y van ensombreciéndose los montes.
Tras sortear los puestos de los remos, sobre la misma orilla
nos tendemos en el regazo de la tierra ansiada
y vamos reponiendo nuestros cuerpos
desperdigados en la seca arena. El sueño se diluye por los cansados miembros.
Aún la Noche guiada por las Horas no llegaba a mitad de su carrera,
cuando alerta Palinuro salta ya de su lecho y avizora los vientos
y su oído percibe su soplo. Señala cada estrella que se va deslizando
allá por el silencio del cielo: Arturo, las pluviosas Híadas, las dos Osas
y avista la carrera de Orión armado de su espada de oro.
Y luego que comprueba que todo está en su punto en la serena placidez del cielo
da su hiriente señal desde la popa. Levantamos el campo
y arriesgándonos al viaje desplegamos al viento las alas de las velas.
Ya lucía su púrpura la aurora, una vez desplazadas las estrellas,
cuando a lo lejos vemos unos grises collados sobre la baja línea
de la costa de Italia. ¡Italia!, grita Acates el primero.
¡Italia! gritan mis hombres saludándola gozosos.
Mi padre Anquises ciñe una ancha crátera de follaje
y la llena de vino sin mezcla y va invocando a los dioses a pie firme en la
«¡Dioses, dueños del mar y de la tierra y de las tempestades, [popa:
dadnos ruta a favor de viento, soplad auras propicias!»
Comienzan a soplar las brisas deseadas y se descorre el puerto a nuestro alcance,
y aparece en la altura el templo de Minerva. Amainan velas mis camaradas y
giran hacia la costa nuestras proas. El puerto está curvado como un arco
por las olas que azotan de levante. Un saliente de rocas
rizadas de hilos de salada espuma lo ocultan a la vista,

[81] Cadena de montes de la costa de Epiro que bordean hacia el norte, en busca del camino más corto a Italia. Hacen la travesía y avistan al fin la línea de grises collados. Abordan el Puerto de Venus al sur de Idrunto. Ya en el golfo de Tarento divisan el cabo Lacinio, Caulón y el Esciláceo. Mar adelante salvan el estrecho de Mesina y los monstruos Escila y Caribdis y de noche toman tierra firme frente al Etna.

y desde unos peñascos torreados desciende el doble muro de sus brazos.
El templo queda atrás, alejado de la orilla. Allí, primer augurio,
veo cuatro caballos en el césped, blancos como la nieve, paciendo por el llano.
Mi padre Anquises: «Guerra es lo que presagias, tierra acogedora.
Para la guerra se arman los corceles, con la guerra amenazan esos potros.
Por cierto que también acostumbran a ir uncidos al carro
y a soportar a un tiempo freno y yugo. También auguran paz», añade.
Entonces invocamos el sagrado poder de Palas,
la diosa de las armas resonantes
la primera que acoge nuestros gritos de alegría.
Y ante su altar velamos nuestras cabezas con el manto frigio.
Y siguiendo el primer encargo de Héleno, quemamos, según prescribe el rito,
en honra a Juno argiva las ofrendas debidas. Sin detenernos más,
cumplidos cabalmente nuestros votos, giramos hacia el viento
los pañoles de las vergas y antenas
y dejamos el albergue de unos hombres descendientes de griegos
y sus campos sospechosos. Desde allí se divisa el golfo de Tarento,
la ciudad de Hércules, si es verdad lo que dicen. Se halla enfrente
la divina Lacinia y las torres de Caulón y el Esciláceo, quebradero de naves.
Y a lo lejos, surgiendo de las olas, columbramos el Etna siciliano.
Y nos llega lejano a los oídos el gemido pavoroso del mar,
y sus embates en las rocas y su estruendo a lo largo de la orilla.
Exultan entre espuma los bajíos y revuelve la arena el oleaje.
Mi padre Anquises: «De seguro que es aquella Caribdis; esos son los escollos,
esas son las pavorosas rocas que Héleno nos predijo. Escapad compañeros.
Alzaos en los remos todos a una». Hacen lo que les manda.
Comienza Palinuro por desviar hacia la izquierda la crujiente proa,
y toda la flota enfila hacia la izquierda a remo y viento.
Subimos hasta el cielo en el lomo arqueado de las olas y al retirarse
nos hunden en los Manes del abismo. Tres veces en las rocas cavernosas
rompieron en un grito los escollos; tres veces vimos impelida la espuma a lo alto
y destilarla las estrellas. En tanto viento y sol al mismo tiempo
acaban por dejarnos fatigados. Y así, perdido el rumbo,
arribamos a tierra de los Cíclopes. Está el puerto espacioso
a seguro de embates de los vientos. Cerca el Etna retumba

con horrendo derrumbe. Lanza al aire unas veces negra nube
que humea un torbellino de pez y candentes pavesas;
borbotea cuajarones de llamas que lamen las estrellas.
Otras veces arroja a las alturas las entrañas
desgajadas del monte mugidor, sus derretidas rocas por los aires.
La lava borbollea en lo hondo de su sima.
Es fama que esta mole atenaza al corpulento Encélado
abrasado por el rayo y que, a la masa imponente de Etna
apilada sobre él, le brotan por las grietas de sus hornos, las llamaradas
que el gigante espira. Y cuantas veces gira de cansancio el costado,
Trinacria entera tiembla rezongando y cubre un cendal de humo todo el cielo.
Aquella noche ocultos en un bosque soportamos el horrendo portento
sin conocer las causas del estruendo, pues ni ardían los fuegos de los astros
ni la cima del aire se encendía de estrellas.
Sólo nubes tendidas por el sombrío cielo.
La honda noche retenía a la luna en el velo de una nube.
Y ya apuntaba el día con la primera estrella mañanera y ya la aurora
había descorrido la húmeda sombra por el haz del cielo, cuando de pronto
avanza desde el bosque una extraña figura de hombre, un desconocido
de extrema delgadez, de aspecto que movía a compasión. Se dirige a la orilla
extendidas las manos suplicantes. Volvemos la cabeza. Espantosa su mugre,
la barba desgreñada, sus harapos sujetos con espinas.
En lo demás un griego. Uno de aquellos que mandaron
en otro tiempo a Troya con las tropas de su patria.
Tan pronto como avista desde lejos nuestro atuendo de dárdanos
y las armas troyanas, se aterra al vernos y se queda un momento clavado
sin seguir adelante. Luego se precipita hacia la orilla con lágrimas y súplicas:
«Por las estrellas os lo imploro, por los dioses de lo alto,
por ese luminoso aire del cielo que aspiramos,
sacadme de aquí, teucros, llevadme donde os plazca.
Eso será bastante. Reconozco ser uno de la armada de los dánaos,
confieso haber hecho la guerra a los dioses de Ilión.
Si ha causado mi crimen tan gran daño,
esparcid mis miembros por las olas o sumergidme en el inmenso mar.
Si muero será dicha haber muerto a manos de hombres».
Así habló y abrazando mis rodillas se estrechaba contra ellas dando vueltas
[y vueltas.

Le instamos a que diga quién es, de qué origen procede, que confiese
a qué trances le viene sometiendo la fortuna. Mi mismo padre Anquises
sin detenerse más, le da la mano y le conforta el ánimo con su gesto benévolo.
Él, deponiendo al cabo su terror, habla así: «Soy de la tierra de Ítaca,
compañero del desdichado Ulises. Mi nombre es Aqueménides. La pobreza
de mi padre Adamasto —¡ojalá hubiera yo seguido como entonces!—,
me mandó a la guerra de Troya. Aquí mis compañeros
mientras precipitados huían del albergue cruel, olvidados de mí,
me abandonaron allá en el antro inmenso del Cíclope [82]. Es guarida de podre
y de carnes sangrantes. Por dentro tenebrosa, interminable. Él, gigantesco,
su altura toca a las estrellas, —¡dioses, llevaos lejos de la tierra tal peste!—.
Repele a quien lo mira. Nadie puede acercarse a hablar con él.
Se alimenta de las entrañas de sus pobres víctimas y de su negra sangre.
Yo le vi con mis ojos asir con sus manazas a dos de nuestros compañeros.
Y tendido boca arriba en medio de la cueva hacerlos trizas contra la roca,
y vi el umbral rociado de la sangraza que inundaba el suelo.
Y le vi hincar los dientes en los miembros chorreantes de coágulos
de oscura sangre y vi palpitar la carne todavía tibia entre sus mandíbulas.
Pero no sin castigo, por cierto, pues Ulises no sufrió tal horror
ni en trance tan terrible se olvidó de quién era. Y así tan pronto como ahíto
de comida, hundido en vino, recostó su rendida cabeza y quedó tendido
todo lo largo que era por el antro, vomitando entre sueños
sanguaza y trozos de carne entremezclados con vino sanguinoso,
nosotros invocando a los grandes poderes de la altura, sorteando los puestos
nos arrojamos todos a un tiempo en torno de él
y perforamos con aguzada estaca el único ojo que escondía bajo la torva frente,
como un escudo de Argos o lámpara de Febo. Así al cabo vengamos gozosos
a los Manes de los nuestros. Pero huid, desdichados, huid, cortad la amarra
[de la orilla.
Pues de la misma traza y corpulencia que Polifemo, lo mismo que él encierra
sus lanudas ovejas en las concavidades de su cueva y que ordeña sus ubres,

[82] Los Cíclopes, gigantes de un solo ojo, eran servidores de Vulcano a quien ayudaban a forjar los rayos de Júpiter. De ahí que vivieran cerca de los volcanes, aquí del Etna. Virgilio, siguiendo a Homero, los convierte en pastores gigantescos, salvajes sin ley ni respeto alguno a la divinidad.

habitan otros cien monstruosos Cíclopes por estas corvas playas
y vagan por las cimas de estos montes.
Tres veces han llenado los cuernos de la luna
su círculo de luz desde que arrastro mi vida por bosques y desiertos
en medio de cubiles y guaridas de alimañas, oteando desde un risco
a los talludos Cíclopes, oyendo estremecido el ruido de sus pasos y su voz.
Las ramas de los árboles me dan sustento ruin, guijosas bayas de cornejo;
me nutro de las yerbas que arranco a las raíces.
Tendiendo de continuo la mirada,
al fin he divisado vuestra flota que venía a esta playa y decidí entregarme
a ella, fuera quien fuera. Me basta con haber podido huir de esta raza nefanda.
Vosotros, lo prefiero, poned fin a mi vida con la clase de muerte que queráis».
Apenas acabó de decir esto, cuando vemos en la cumbre del monte
que va entre las ovejas avanzando en busca de la orilla conocida
la misma inmensa mole del pastor Polifemo, monstruo horrendo,
deforme, descomunal, privado de la vista.
Guía un tronco de pino su mano y afianza sus pisadas.
Le van acompañando sus lanudas ovejas; son su único deleite,
el consuelo que alivia su desgracia [83]. Después que llega al mar
y se adentra por lo hondo de las olas,
se lava con el agua la sangre que le fluye
de la cuenca de su ojo descuajado, rechinando los dientes, bramando de dolor.
Y ya va caminando mar adentro y todavía las olas
no le mojan la altura de los flancos.
Nosotros, correteando de pavor, nos damos prisa a huir lejos de allí.

---

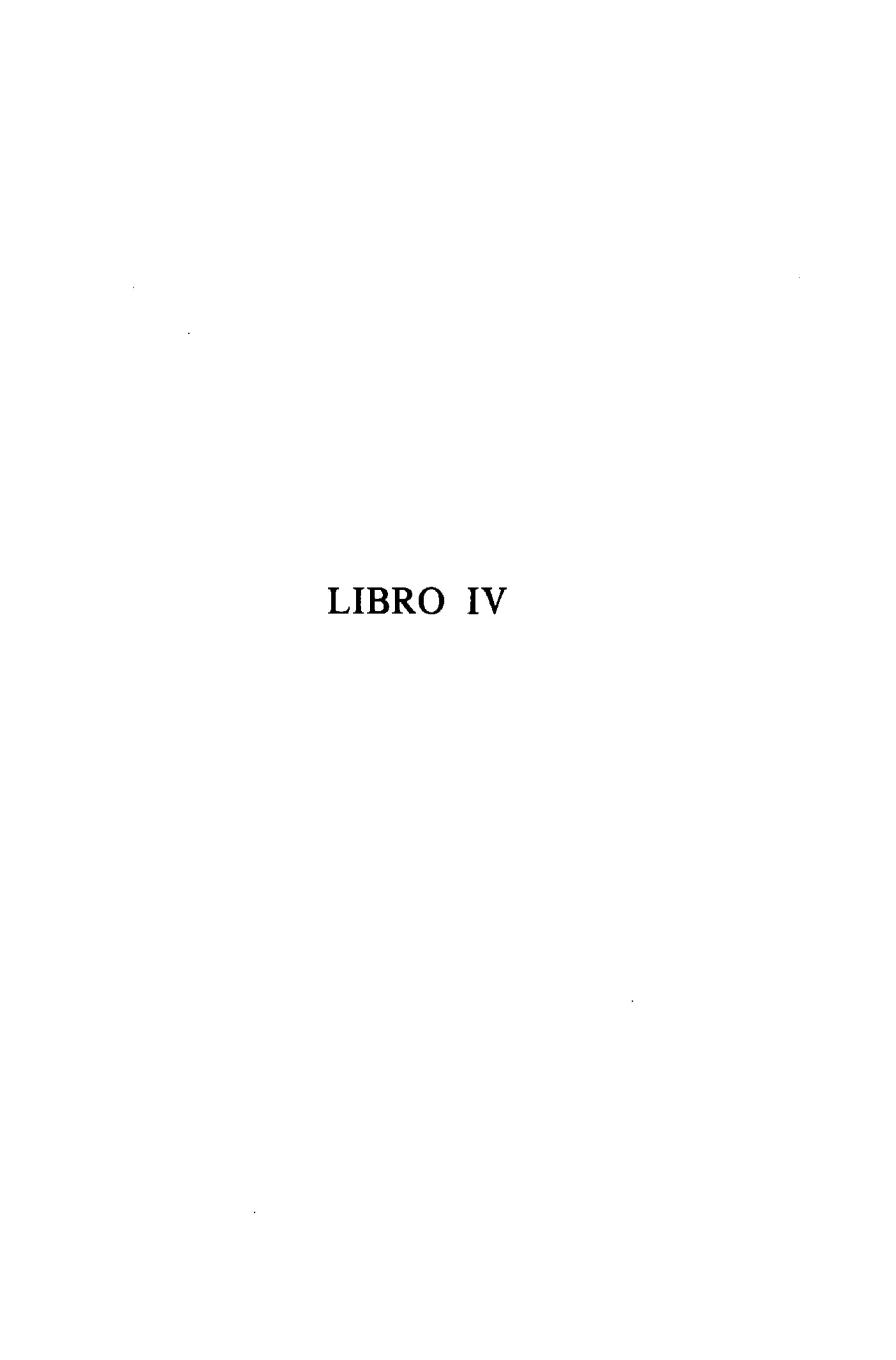
[83] Contrasta la desalada delibación virgiliana del episodio de Polifemo con el minucioso realismo del relato de Homero. Observad la ternura que infunde el aedo al alma del gigante. Ya ciego por la traza del mañero Ulises, Polifemo va palpando los vellones de sus carneros a la salida del antro. Y rompe a hablar con el último, bajo el que salía Ulises oculto... «¡Dulce carnero mío! ¿pero qué es lo que tienes? Eres el último en salir de la cueva. ¿Es que los otros te han dejado solo? Eres tú el que primero acostumbras a salir correteando a pacer las tiernas flores de los prados. Eres tú el que primero vas a abrevar en la corriente de los ríos. Y el que te apresuras antes que ningún otro a volver al establo. Hoy en cambio eres el último de todos. ¿Es el ojo de tu amo el que te apena?» *(Odisea* IX 446 y ss.)

Acogemos a bordo al suplicante que bien se merecía su rescate [84].
Y en silencio cortamos las amarras y porfiamos
en batir las olas volcados en los remos.
Él se apercibe y vuelve los pasos hacia el lado de las voces, pero como no puede
asirnos con su mano, ni yendo tras nosotros parearse a las ondas
del mar Jonio, lanza un bramido inmenso que hace temblar el Ponto
con todo su oleaje y empavorece lo hondo de la tierra de Italia
y remuge el Etna en sus corvas cavernas.
La tribu de los Cíclopes, sobresaltada, irrumpe de los bosques
y lo alto de los montes hacia el puerto y va cubriendo la ribera.
Vemos a los hermanos del Etna plantados allí en pie, impotentes,
con su ojo torvo, erguidas las cabezas hacia el cielo. ¡Horrendo cónclave!
Igual que cuando un corro de encinas o cipreses coníferos se empina
en la cima de un monte con sus copas enhiestas por el aire
allá en los altos bosques de Júpiter o en el sacro recinto de Diana.
Un punzante terror nos acucia a descoger presurosos los cables
y a desplegar las velas en cualquier dirección, afanosos de vientos favorables.
Pero el mandato de Héleno previene que evitemos el rumbo a Escila ni a [Caribdis,
que en uno u otro apenas si difiere el peligro de muerte.
Decidimos retroceder. De pronto acude en nuestra ayuda
el Bóreas soplando del estrecho de Peloro.
Y voy dejando atrás la peñascosa boca de Pantagia,
la bahía de Mégara, y a Tapso tendido en la ribera [85].
De todo me da cuenta Aqueménides,
compañero del desdichado Ulises, que volvía a recorrer la costa

[84] La figura de Aqueménides, por entero virgiliana, irrumpe su ansiedad, su acezante dramatismo entre el giro de angustias por que pasa nuestro ánimo a par que el de Eneas y los suyos. La aparición de Polifemo precipita el desenlace.

[85] Por boca de Eneas realza el poeta algunos de los hitos de la ruta hacia el oeste de Sicilia. Parte de las rocas de los Cíclopes al pie de Etna. Y al hilo de la costa va girando hasta el extremo occidental de la isla Trinacria, de Sicilia, la de los tres ángulos. Vuelve sobre la isla Ortigia y el río Alfeo frente a Siracusa, cantado en la Égloga X. Y dobla el cabo Paquino, en el avance meridional. Y pasa por Gela y Agrigento y Selinun y Lilibeo en la costa sudoeste. Y fondea en la bahía de Drépano, en el mismo ángulo oeste de la isla. Cierra Eneas su narración con el contrapunto dramático esencial a la afección virgiliana, la muerte del ser para él más querido, la de su padre Anquises.

en dirección contraria. A la entrada de un golfo siciliano,
en frente de Plemirio batido por las olas,
se alza una isla. La llamaron Ortigia sus antiguos moradores.
Cuentan que Alfeo, el río de la Élide, se abrió un secreto cauce bajo el mar
y ahora en tu fuente, Aretusa, entrefunde sus ondas con las ondas sicilianas.
Veneramos, como se nos mandó, las excelsas deidades del lugar.
De allí paso a lo largo de la ubérrima vega del marismoso Heloro,
y rasamos el alto acantilado y el saliente de rocas de Paquino.
Y aparece a lo lejos Camarina, a quien no dejó el hado ser movida,
y los llanos gelonos y la ciudad de Gela, llamada así por su imponente río.
Después la arriscada Agrigento, antaño criadora de fogosos corceles,
muestra a lo lejos sus potentes muros. Y en alas de los vientos
te dejo atrás, Selinunte, y tus palmares, y voy salvando el riesgo
del mar de Lilibeo con sus ciegos bajíos. Y me acoge después
el puerto y la infausta ribera de Drépano.
Y allí, tras de sufrir los embates de tantas tempestades,
pierdo a mi padre Anquises, ¡ay!
consuelo de todas mis angustias e infortunios. Allí me dejas solo
en mis fatigas tú, el mejor de los padres, arrancado,
¡ay!, en vano de tan grandes peligros.
Ni Héleno, el adivino que tan horrendos trances me predijo,
ni la cruel Celeno me habían presagiado esta desgracia.
Fue mi última congoja. Y ésta la meta de mi largo viaje.
Cuando salí de allí, impulsó un dios mi nave a vuestras playas».
Así el caudillo Eneas contaba una vez más él solo, tenso el ánimo de todos,
la historia de los hados dispuestos por el cielo y describía sus propias correrías.
Cesó de hablar al cabo y poniendo así fin, quedó en silencio.



LIBRO IV

PRELIMINAR

El libro de Dido inserta —con asombro de los lectores romanos— en medio de un poema nacional una aventura amorosa. Absorbe ésta el interés humano del poema. Sabemos que sus contemporáneos la leían *de corpore toto,* «con los cinco sentidos», en frase de Ovidio.

Es creación virgiliana original por entero. Gira en redondo el poeta la tradición griega sobre la reina, transmitida por el historiador griego Timeo y el romano Justino. Según ella, Dido, la errabunda, lo que significa su nombre, no conoce a Eneas. Los tirios la apremian a que se case con el rey libio Jarbas. Ella ofrece un sacrificio a los Manes de su primer marido, alza una pira y diciéndoles: «Voy en busca del esposo» se vuelca sobre la espada. Es la tradición que concurre a difundir en nuestro Renacimiento el conocido epigrama de la Antología Griega: «...por mis honestos hechos gané mi fama —alega la reina—. Nunca vi a Eneas ni llegué a Libia al tiempo de la destrucción de Troya. Sino que huyendo la violencia de las bodas de Jarbas clavé en mi pecho filosa espada. Piérides, ¿por qué armasteis contra mí al casto Marón? ¿Cómo mentisteis acerca de mi pureza?» (Epigrama XVI 151). Tal la heroína por la que denuestan a Virgilio nuestros poetas y cuya fama defienden lanza en ristre. El mantuano modifica la tradición. La reina se enamora de Eneas, el naúfrago al que acoge en su reino, y abandonada por su amante se da muerte. El poeta nos lega en el episodio el don de simpatía, de piedad humana, de sensibilidad femenina sin par en

las letras universales. De su heroína proviene el aliento y calor humano del poema. Dido arrumba a Eneas, se ha dicho no sin parte de razón. Y es que a impulsos de la inmensa piedad que siente Virgilio por la reina burlada, parece a par de su héroe haberse olvidado de su misión en el poema.

Sorprende su línea operatoria. Un apunte inicial humano, la tímida revelación de su amor que hace la reina a su hermana. Y una triple intervención divina: el amaño de la ocasión fatal por Juno. Los dos mensajes de Júpiter a cargo de Mercurio y el remate de la esposa de Júpiter que encarga a Iris de abreviar la agonía de Dido.

La complejidad del episodio escapa a los más. Pende del cielo más que de la voluntad de los amantes. Es fuerza entrever la lucha entre las divinidades, de Juno por impedir que los troyanos planten pie en el Lacio, de Venus en favor del destino de su hijo, que le ha revelado Júpiter en el libro I. Destaca la enardecida resistencia de la reina ante el hado hostil. Y el complaciente abandono de Eneas al amor de Dido en el invierno de su permanencia a su lado, tras los años inacabables de derrota por los mares a merced de la ira de Juno. La resistencia opuesta por los amantes es la clave del episodio.

Y a la par el símbolo del odio a una raza centrado en la reina. En sus presagios resuena el eco del *Delenda est Carthago.* Y el contrapunto de la ciudad, que a la sazón renace de sus cenizas, construida y embellecida por Augusto, colaboración de Virgilio a la política del emperador amigo.

A ello se añade la traza con que el poeta se deja ganar por la figura de la reina. Reduce la intervención de Eneas, sobresaltado, es cierto, por los mensajes de Júpiter y la sombra de su padre Anquises. Sólo al cabo el resorte esencial le galvaniza, el mismo que enciende a Virgilio, su amor a Italia, su segunda patria. Él precipita la ruptura con Dido y lo imanta a su destino. Notemos que el abandono de la reina en cumplimiento de la orden divina es a los ojos de los romanos parte esencial de la piedad del troyano.

Nada logra rebajar sin embargo la simpatía universal por la reina. Veremos de asombro en asombro cómo la intuición virgiliana alumbra el alma de mujer, rendida a su amor y su dolor, más nueva y más nuestra quizá de todos los tiempos.

Perc
la n
en s
a la
Llev
no l
Ya
y ya
cuan
«¡A
¿Qu
¡Qu
Lo
El a
¡Qu
Si n
desp
si n
a es
Ana
mi e
sólo

sí,

DIDO Y ENEAS

La reina se sincera con su hermana

› la reina herida hacía tiempo de amorosa congoja
ıutre con la sangre de sus venas y se va consumiendo
su invisible fuego. Da vueltas y más vueltas en su mente
s prendas de Eneas y a su gloriosa alcurnia.
ra en su alma clavados su rostro y sus palabras. Su mal
les deja a sus miembros ni un punto de paz ni de sosiego.
la aurora siguiente iba alumbrando la tierra con la antorcha de Febo
ı había ahuyentado la húmeda sombra por el haz del cielo
ıdo fuera de sí se dirige a su hermana, alma de su alma:
y, Ana, hermana mía, qué sueños tan horribles me tienen angustiada!
ıién es ese huésped que acaba de entrar en nuestra casa?
é gallardo su aspecto! ¡Qué valiente y qué diestro en las armas!
creo, sí, no lo aseguro en vano, es de raza de dioses.
apocado revela un alma ruin. ¡Ay! ¡Qué hados lo han vejado!
é guerras ha contado, afrontadas por él hasta el último trance!
ıo tuviera la firme decisión inquebrantable de no unirme a otro alguno
pués del desengaño que sufrí con la muerte de mi primer amor,
o sintiese hastío del tálamo y las teas nupciales, a esta sola flaqueza
sta sola pudiera, sí, quién sabe, haber cedido.
ı, te lo confieso, al cabo de la muerte de Siqueo,
esposo infortunado, una vez que arrasó mi hogar mi criminal hermano,
› éste ha doblegado mi energía y le ha forzado a vacilar a mi ánimo.

Vuelvo a sentir en mí el resquemor de la primera llama. Pero desearía
que para mí se abriera la sima de la tierra o el Padre omnipotente
me arrojara a las sombras con su rayo,
a las pálidas sombras del Érebo y la noche profunda
primero que violarte, honestidad, o quebrantar tus leyes.
El que primero me tuvo unida a sí, se me llevó mi amor,
que él lo retenga y lo guarde consigo en el sepulcro».
Prorrumpe y va inundando su pecho de las lágrimas en que rompen sus ojos.
Ana le respondió: «Hermana mía,
a quien quiere tu hermana más que a la misma luz,
¿vas a dejar que, entristecida, sola, se vaya consumiendo toda tu juventud
sin gozar la dulzura de los hijos ni los dones de Venus?
¿Crees que esto preocupa al polvo y a las sombras de los muertos? [86].
Te concedo que ningún pretendiente de Libia ni de Tiro hiciera fuerza
hasta ahora a tu alma dolorida. Has despreciado a Jarbas [87] y a otros jefes
de esta tierra africana tan fértil en trofeos de victorias.
Pero ¿vas a luchar también con un amor que es de tu agrado?
¿No repara tu mente en qué tierras has venido a asentarte?
Por un lado ciudades getulas [88], una raza invencible en la guerra,
y los númidas sin freno [89] y las Sirtes [90] inhóspitas;
por otro una región desierta, desolada por la sed,
y los barceos [91] que dilatan su furia a lo ancho y lo largo.
¿Qué diré de las guerras que están surgiendo en Tiro y de las amenazas de [tu hermano?
Pienso, créemelo, que bajo los auspicios de los dioses y del fervor de Juno
han arribado las naves de Ilión. ¿Qué ciudad vas a ver, hermana, alzarse aquí?,

[86] La negación de la inmortalidad del alma que se deduce de las palabras de Ana está tomada de Lucrecio.

[87] Jarbas, rey númida, había pretendido casarse con Dido, a lo que se había negado la reina.

[88] Eran los getulos un pueblo bárbaro que habitaba al sur de Numidia.

[89] Los númidas, se decía, cabalgaban sin brida ni freno.

[90] Las Sirtes, dos golfos de la costa norte de África entre Cartago y Cirene, se toman aquí por la costa africana.

[91] Pueblos nómadas de la Cirenaica donde se fundaría años después la ciudad de Barce.

¿qué reino va a surgir por obra de este enlace?
Con la ayuda de las armas troyanas
¿a qué logros tan altos no va a alzarse la gloria de Cartago?
Tú pide sólo el favor de los dioses y después de ofrecer los debidos sacrificios
pon tu afán en mostrarte acogedora y planea pretextos por retenerlo aquí
mientras ruge en el mar el invierno enfurecido y las lluvias de Orión,
y están las naves astilladas y el cielo les está cerrando el paso».
Inflaman sus palabras el pecho enardecido ya de amor y aviva la esperanza
de su mente indecisa y libra a su pudor de escrúpulos.
Primero se encaminan a los templos y piden paz en cada altar.
Sacrifican según rito ovejas escogidas a Ceres [92], la que dicta las leyes,
a Febo, al padre Lieo, y primero que a los demás a Juno,
que vela por los lazos conyugales. Más hermosa que nunca,
con la copa en la mano va vertiendo Dido
su libación entre los cuernos de una blanca vaca
o gira [93] ante los próvidos altares lentamente en presencia de los dioses
y renueva a diario sus ofrendas,
y anhelante a la vista del pecho abierto de las víctimas
escruta las entrañas humeantes [94]. ¡Ah, mentes obcecadas de agoreros!
A quien le ciega la furia del amor ¿de qué le sirven votos?, ¿de qué santuarios?
Entre tanto la llama se va cebando hasta en su blanda médula.
En silencio late viva la herida en lo hondo de su pecho. En su fuego se abrasa
la infortunada Dido. Vaga fuera de sí por toda la ciudad
igual que corza herida por la flecha que un pastor le clavó
de lejos a la incauta en los bosques de Creta [95],
mientras la perseguía con sus tiros,
y el hierro volador le dejó hincado sin saberlo él siquiera.
Ella atraviesa huyendo los bosques y los sotos dicteos [95]
clavada en el costado la saeta mortal. Dido unas veces lleva consigo a Eneas
por el centro de la ciudad. Le muestra la riqueza sidonia y la urbe ya dispuesta.

---

[92] Tanto Ceres como Baco eran divinidades protectoras del matrimonio.

[93] Alude el poeta a la costumbre de las matronas romanas de girar, antorcha en mano, en torno al altar antes del sacrificio.

[94] Por el movimiento de las vísceras de las víctimas deducían la voluntad de los dioses.

[95] De Dicte, monte de la isla de Creta.

Empieza a hablarle y se le cortan las palabras. Ya al caer de la tarde
le invita a otro banquete como aquél y pide una vez más en su delirio
oír los infortunios de Ilión. Y mientras habla, está pendiente
de nuevo, embebecida, de su boca. Después al separarse, cuando va reduciendo
en su giro la luna su luz palidecida y ya invitan al sueño las estrellas
que van cayendo, sola en la mansión vacía se entristece y de pechos
se echa sobre el diván que él ha dejado.
Ausente de él está escuchando y está viendo al ausente.
O retiene en su regazo a Ascanio prendada su alma del parecido con su padre
por si logra engañar así un amor imposible de expresar con palabras [96].
Ya no se alzan las torres comenzadas,
ni se adiestran los mozos en las armas, ni se aprestan los puertos y fortines
de defensa en la guerra; quedan interrumpidos los trabajos
y la ingente amenaza de los muros y está inmóvil
la grúa que se erguía hasta el cielo.
Cuando la amada esposa de Júpiter ve a Dido presa de pasión tan maligna
y que ya ni el cuidado de su fama frena su frenesí,
se dirige a Venus y así le dice la hija de Saturno:
«¡Espléndida alabanza, en verdad, y copioso el botín que cobráis tú y tu niño!
¡Excelso y memorable vuestro poder divino! Habéis logrado vencer a una mujer
con la astucia de dos divinidades. Tampoco se me escapa que te inspiran recelo
nuestros muros y vienes sospechando de las casas de la enhiesta Cartago.
Pero ¿hasta dónde vamos a llegar? ¿A qué conduce esta continua lucha?
Y ¿por qué no esforzarnos más bien en concertar una paz duradera
y pactar un himeneo? Tienes ya lo que con toda tu alma apetecías.

---

[96] Parte el poeta —notémoslo— del apunte maestro de la cierva vulnerada, suspirando a apremios entrecortados de dolor. En los once versos siguientes irrumpe la locura de la enamorada. Creemos no tienen par en las letras clásicas la exquisita traza con que cala en el alma de la reina ni el trasunto de sus reacciones: el parloteo de improviso enmudecido, el gozo de volver a colgarse de sus labios, y las notas esencialmente virgilianas del amor a solas en su ausencia, el delirio de su mente al reavivar al ausente imaginado, su afán por engañar su amor reteniendo el pequeño en su regazo. Ni la violencia de la maga Medea con Jasón, en *Los Argonautas* de Apolonio de Rodas, que se dice toma el poeta como modelo, ni los amores de Ariadna y Teseo en el poema alejandrino de Catulo, ni aun los elegíacos latinos posteriores logran la hondura y unicidad de la pasión virgiliana.

Arde Dido en amor y su fuego le cala hasta los huesos. Ya que es así,
rijamos este pueblo las dos juntas, ambas con igual mando.
Sométase en buen hora Dido a su esposo frigio
y pasen a su mano los tirios como dotes».
Venus, que echa de ver la doblez de sus palabras,
a fin de desviar a las costas de Libia el dominio de Italia,
le responde: «¿Quién hay tan insensato que se oponga a tu plan
y prefiere enfrentarse contigo si apoya la fortuna tu propósito?
Pero los hados me sumen en la duda de que se avenga Júpiter a que formen
una sola ciudad los tirios y los prófugos de Troya, o que apruebe
que se fundan sus pueblos o pacten alianzas. Tú eres su esposa.
A ti te es dado explorar su intención si se lo pides. Adelántate. Yo te sigo».
Con aire regio le replica Juno: «Eso es tarea mía. Ahora, fíjate bien,
voy a decirte en pocas palabras la manera de lograr lo que apremia.

Ardid de Juno

Proyectan salir juntos de caza al bosque Eneas
y la desventurada Dido mañana mismo, cuando despunte el sol y
desvele la tierra con sus rayos. En tanto corretean los monteros
y acordonan los sotos con sus redes,
yo arrojaré sobre ellos un negro turbión de aguas
cargado de granizo y haré que el cielo entero
retumbe al estampido de los truenos.
Huirá la comitiva envuelta en sombras de noche.
Juntos Dido y el caudillo troyano
irán a refugiarse en una misma cueva.
Estaré yo presente y si puedo contar con tu aquiescencia,
uniéndolos allí con lazo estable se la daré al troyano por esposa.
Será éste el himeneo». Accede a sus deseos
la diosa de Citera sin poner resistencia
y sonríe ante la estratagema de su ingenio.
Entre tanto la aurora deja el mar y se va alzando.
Sale al primer albor por las puertas,
la flor de sus monteros portando redes de espaciada malla,
lazos, venablos de ancho hierro.

Irrumpen los jinetes masilos con su traílla de canes
de penetrante olfato. En el umbral de su palacio
los príncipes fenicios aguardan a la reina
que tarda allá en su cámara. Presto está su corcel
con su jaez de grana y de oro, tascando altivo su espumante freno.
Sale al cabo la reina rodeada de una amplia comitiva. Viste un manto sidonio
con cenefa recamada. La aljaba es de oro,
de oro las cintas con que anuda sus cabellos
y de oro el prendedor que recoge en el cuello la túnica de púrpura.
Se adelanta también la comitiva frigia y Julo alborozado.
Y avanza a acompañarla el mismo Eneas
que a todos aventaja en gallardía. Asocia su cortejo al de la reina.
Igual que cuando Apolo deja Licia, su retiro invernal y el río Janto
y se traslada a la materna Delos y forma allí sus coros,
allí donde cercando los altares, los cretenses mezclados con los dríopes
y agatirsos [97] tatuados prorrumpen en bramidos.
Camina él por las cumbres del Cinto [98].
Una guirnalda de tierna fronda ciñe su undosa cabellera, que retiene
una diadema de oro. En el carcaj al hombro las flechas tintinean.
No va menos gallardo que él Eneas; la misma galanura su noble rostro irradia.
Cuando llegan, ya en la cumbre del monte, a unos breñales sin acceso,
de repente unas cabras monteses lanzadas desde el pico de una peña
galopan por las lomas cuesta abajo.
De otro lado unos ciervos cruzan a la carrera
el ancho llano. En la huida se apiña su escuadrón polvoriento
dejando atrás los montes. El niño Ascanio disfruta en la hondonada
incitando al galope a su fogoso potro;
ya logra adelantar a unos en la carrera, ya aventaja a los otros.
Pide ansioso que irrumpa entre la tímida manada un espumeante jabalí
o que un fulvo león baje de la montaña.

---

[97] Menciona el poeta tres pueblos que habitaban en lugares extremos de Grecia. Los dríopes vivían al pie del monte Parnaso, en la región bañada por el mar de Corinto; los agatirsos eran un pueblo escita que moraba al norte de Tesalia, la región septentrional de Grecia.

[98] El Cinto era un monte de la isla de Delos.

En tanto empieza el cielo a estremecerse en confuso zumbido fragoroso.
Le sigue un turbión de agua mezclado de granizo. La comitiva tiria
y los mozos troyanos y el dardanio nieto de Venus, todos desbandados
van huyendo a través de los campos en busca cada cual de amparo a su terror.
Los torrentes irrumpen desatados de los montes. En una misma cueva
buscan refugio Dido y el caudillo troyano. Dan la señal la Tierra, la primera,
y Juno, valedora de las nupcias.
Brillaron luminarias en el cielo, testigo de la unión:
Ulularon las ninfas en las cumbres de los montes.
Fue aquél el primer día de muerte, fue la causa de los males.
Dido ya no se cuida de apariencias ni atiende a su buen nombre,
ni se imagina el suyo amor furtivo. Lo llama matrimonio.
Usa este nombre por velar su culpa. Al instante la Fama va corriendo
por las grandes ciudades de Libia. No hay plaga más veloz.
Moverse le da vida, cobra nuevo vigor según avanza.
Su rapidez le infunde fuerzas,
Al principio menguada por el miedo, luego se alza a las auras,
con los pies en el suelo su cabeza se cierne entre las nubes.
Irritada su madre la Tierra con los dioses, según cuentan,
engendró la postrera a esta hermana menor de Ceo y Encélado [99].
Veloz de pies, de raudas alas, horrendo monstruo, enorme,
cela bajo las plumas de su pecho, maravilla decirlo, igual número de ojos
siempre alerta, tantas sus lenguas son, tantas como sus bocas vocingleras
y sus orejas erizadas. De noche se desliza con estridente vuelo
entre el cielo y la tierra por las sombras y no rinde sus párpados
ni un punto al dulce sueño. Vela durante el día sentada en el tejado de las casas
o en lo alto de las torres infundiendo incesante terror por las grandes ciudades,
tan tenaz difusora de mentira y maldad como de lo que es cierto.
Iba entonces gozosa propalando los más varios rumores por los pueblos;
divulgaba a la par nuevas ciertas y falsas: que ha arribado
Eneas, descendiente del linaje troyano; que se ha dignado unirse con él
la hermosa Dido y están pasando juntos en la molicie aquel invierno entero

[99] La Tierra engendró a los Gigantes y a los Titanes. Uno de los Titanes fue Ceo, Encélado fue uno de los Gigantes. Estos se alzaron contra Júpiter que los precipitó en los Infiernos. Indignada su madre por ello engendró a la Fama.

sin cuidar de sus reinos, entregados a las delicias de su torpe amor.
Tales infundios hace correr de boca en boca de los hombres
aquí y allí la repulsiva diosa. Tuerce enseguida el vuelo
hacia el rey Jarbas, le enardece el alma con sus nuevas
y va colmando su ira. Era Jarbas hijo de Amón [100] y de la ninfa Garamantis,
raptada por el dios. Había alzado a Júpiter
cien imponentes templos en sus reinos extensos
y un centenar de altares con su sagrado fogaril en vela,
incesante centinela divino.
La sangre de las víctimas empapaba su suelo.
Lucían sus dinteles floridos de guirnaldas de variados colores.
Éste fuera de sí, la amarga nueva le encendía el alma,
ante los altares, en presencia del divino poder, dicen que muchas veces
oró a Júpiter elevando las manos suplicantes: «Omnipotente Júpiter,
en cuyo honor el pueblo mauritano,
tendido en sus festines sobre bordados lechos,
vierte el don de Leneo, ¿ves lo que ocurre?
¿En vano, Padre mío, nos empavorecemos
ante ti cuando blandes el rayo? ¿Es fuego sin objeto
entre las nubes o fragor inane
lo que nos llena de terror el alma? Esa andariega mujer
que ha fundado en mis lindes, pagándolos, una exigua ciudad, a la que ha dado
una playa que arar y leyes que acatar, me ha rechazado como esposo
y recibe en su reino a Eneas como dueño. Y ahora ese nuevo Paris
con su corro de eunucos, el de mentón y rizos olorosos ceñidos por las cintas
de su mitra frigia, señorea su presa, mientras yo, por supuesto,
sigo ofreciendo dones en tu templo y avivando lo inane de tu fama».

Intervención de Júpiter

Mientras oraba así y estrechaban sus manos los altares,
le oyó el Omnipotente y giró su mirada a la ciudad de la reina,

[100] Divinidad libia que se identificó con Júpiter. Amón engendró a Jarbas de una ninfa de los garamantes, pueblo de Libia. El don de Leneo a que se refiere Jarbas poco después, véase el verso 207, es el don de Baco, el vino. Leneo era un nombre de Baco.

hacia los amantes olvidados de su noble renombre. Se dirije a Mercurio
y le da esta orden: «¡Ea, vete, hijo mío, llama al Céfiro, y volando
deslízate a presencia del caudillo dardanio, que ahora está entretenido
en la Cartago tiria y no vuelve la vista a las ciudades que le asignó el destino.
Háblale, lleva raudo mi encargo por los aires. No fue, por cierto, así
como su madre, la diosa más hermosa,
me prometió obraría, ni lo salvó para eso
dos veces de las armas de los griegos. Fue para que rigiera a Italia,
que en su seno porta imperios y prorrumpe
en bramidos de guerra, para que propagara
la estirpe de la noble sangre teucra y sometiera el orbe entero
a su ley. Si la gloria de tan grandes empresas no le enciende,
si no carga con ellas a su espalda por su propio renombre,
¿es que quiere legar los baluartes de Roma a su hijo Ascanio?
¿Qué trama? ¿Qué esperanzas le mueven a quedarse en pueblo enemigo
sin cuidar de sus propios descendientes ausonios y los campos de Lavinio? [101]
¡Que se haga al mar! Es todo lo que tengo que decir, es el mensaje
que tienes que llevarle de mi parte». Dice. Mercurio se dispone a cumplir
lo que le manda su excelso padre. Empieza por ajustarse los talares de oro
a sus pies que le llevan como alas sobre el mar
o la tierra a par del raudo viento,
y empuña el caduceo con que saca del Orco a las pálidas almas
o las manda al Tártaro sombrío, con el que da y con el que quita el sueño
y descorre los ojos de los muertos. Acucia con su ayuda a los vientos y surca
los revueltos nublados. Ya columbra en su vuelo la cresta y el erguido costado
del incansable Atlante [102], el que sostiene en su cerviz el cielo, de Atlante
al que le ciñen sin cesar negras nubes la cabeza arbolada de pinos,
batida de vientos y borrascas. La nieve copo a copo
prende un manto a sus hombros mientras rompe

[101] La esencial antelación virgiliana le lleva a adelantar en boca de Mercurio los campos de una ciudad del Lacio que sólo años después fundaría Eneas al casarse con Lavinia, la hija del rey Latino.

[102] Uno de los Titanes que tomó parte en la guerra contra Júpiter. Éste le castigó a sostener el cielo en sus hombros. Virgilio lo describe como un dios montaña, según lo representaba el arte realista de su tiempo.

en raudales su mentón senescente y eriza su hórrida barba el hielo.
Planeando sus alas se posa allí primero el dios Cilenio. Lanza de allí a las olas
veloz la mole entera de su cuerpo, como el ave marina
que rondando la orilla en torno de las peñas
donde tienen los peces su querencia,
vuela rasando con el ala el agua. Así entre tierra y cielo
tiende el vuelo Cilenio, rasgando el viento
a la arenosa Libia desde el monte de su abuelo materno.
Al instante en que posa allá en las chozas sus aladas plantas
divisa a Eneas cimentando el alcázar y alzando nuevas casas.
Constela fulvo jaspe el arriaz de su espada; colgado de sus hombros
llamea el manto de púrpura de Tiro, don del fasto de Dido.
Ella había entretejido la púrpura de tenues hilos de oro.
El dios le aborda al punto: «¡Con que, esposo modelo,
estás poniendo los cimientos de la altiva Cartago,
edificando una hermosa ciudad, ay, olvidado
de tu propio reino y tu propio destino!
El mismo dios que impera sobre todos los dioses me envía a ti de lo alto
del esplendente Olimpo, aquel que a su albedrío hace girar el cielo y tierra.
Él es el que manda a través de las brisas volanderas transmitirte estas órdenes:
"¿Qué tramas? ¿Qué esperanza te mueve a malperder tu vida ocioso
en estas tierras libias? Si la gloria de tan altas empresas no te incita
ni abrazas sus fatigas acuciado por tu propia alabanza,
pon los ojos al menos en Ascanio, que se va haciendo mozo,
en la promesa de Julo, tu heredero, a quien se debe el reino
de Italia y la tierra romana"». Habla así el dios Cilenio
y mientras habla, se hurta de la vista mortal
y se aleja de sus ojos y se disipa en las delgadas auras.
Enmudece Eneas a su vista, se queda sin sentido, se le erizan de espanto
los cabellos, se le pega la voz a la garganta,
arde en deseos de huir, de abandonar aquella dulce tierra,
atónito ante el golpe del aviso y el mandato divino.
Pero, ¡ay! ¿Qué puede hacer? ¿Con qué palabras va a atraverse a abordar
el frenesí amoroso de la reina? ¿Por dónde va a empezar? El alma se le va
desalada ahora aquí, ahora allí, y forma raudo varios planes
y va girando en todas direcciones.

En su perplejidad, estima preferible esta medida.
Convoca a su presencia a Mnesteo y Sergesto y al valiente Seresto;
les ordena que apresten la flota con sigilo y reúnan a la gente en la orilla,
que tengan listo el armamento, pero disimulando
la razón de este cambio de plan.
Que él entre tanto, pues nada sabe de ello la bondadosa Dido
ni sospecha que pueda deshacerse un amor tan profundo,
intentará tener entrada en su alma y dar con la ocasión más propicia
para hablarle y el plan más favorable a su propósito.
Presto todos alegres obedecen y cumplen lo mandado.
Pero la reina —¿quién podría engañar a quien ama?—, adivina la añagaza.
Es ella la primera en percibir lo que iba a suceder,
ella que recelaba de todo cuando estaba a seguro.
La Fama, sin entrañas, da cuenta a su delirio de la nueva:
que ya están aprestando la flota y disponen la marcha.
Sin valor para oponérsele,
se enfurece y se lanza ardiendo de delirio por la ciudad entera
lo mismo que una Ménade tremante al desfilar los emblemas sagrados
cuando el grito de Baco enardece la orgía trienal y el Citerón [103] la llama
con su clamor nocturno. Al cabo se decide a apremiar así a Eneas:
«¡Traidor, con que esperabas poder disimular tan gran maldad
y sin decir palabra marcharte de mi tierra! Pero ¿no te detiene nuestro amor
ni la diestra que un día te di en prenda,
ni la muerte cruel que espera a Dido!
Además en invierno te tomas el trabajo de preparar la flota
y te apresuras a atravesar el mar entre Aquilones, ¡despiadado!
¿Qué? Si no fueras buscando en tierra ajena
una patria que no has visto y si la antigua Troya
se mantuviera todavía en pie, dime ¿dirigirías tus naves hacia allí
con mar tan borrascoso? ¿Huyes de mí? Por estas lágrimas,
por la mano que uniste con la mía, te lo pido,
pues no me queda ya, pobre de mí, nada más que invocar,

[103] Alude a las fiestas que en honor de Baco se celebraban en Tebas. Llevaban de noche en procesión los objetos sagrados al monte Citerón, cercano a la ciudad. A él corrían las Ménades o Bacantes entre gritos enloquecidos al dios agitando el tirso, vara enramada que coronaba una imagen de Baco, y batiendo el tímpano o pandero.

por nuestro enlace, por nuestra boda comenzada,
si he merecido alguna gratitud de ti,
o te ha sido dulce alguna cosa mía, ten piedad de una casa que se arrumba
y si existe todavía un resquicio para el ruego, te lo pido, echa de ti esa idea.
Por ti me odian los pueblos de Libia y los jefes númidas y los tirios
me son hostiles, por ti he perdido el honor, mi fama de antes,
aquella que me alzaba a las estrellas.
¿En qué manos me dejas en trance ya de muerte, huésped mío,
sólo este nombre ya me queda de mi esposo? ¿A qué aguardo?
¿A que venga mi hermano Pigmalión
a arrumbar mi ciudad o a que el getulo Jarbas se me lleve cautiva?
Si antes que me abandones a lo menos me hubiera nacido un hijo tuyo,
si viera en mis salones retozar un Eneas pequeñuelo, que a pesar de todo
reflejase en su rostro los rasgos de tu rostro,
no, no me sentiría burlada, abandonada por entero» [104].
Le habla así. Él siguiendo el consejo de Júpiter mantiene inmóviles los ojos
y acalla a duras penas su dolor en lo hondo de su pecho.

Respuesta de Eneas

Al cabo, le da breve respuesta: «Nunca negaré, reina, que mereces
mi gratitud por todos los favores, cuya lista podrías tú misma enumerarme,
y no me pesará acordarme de Elisa mientras pueda acordarme de mí,
mientras aliente un soplo de vida en este cuerpo.
De mi conducta poco voy a decir.
Ni he pretendido, no te lo imagines, ocultarte mi huida con amaños,
ni te he ofrecido las antorchas de boda ni he llegado a tal pacto contigo.
Si los hados me dejaran amoldar a mi gusto mi vida y resolver
mis desdichas conforme a mis deseos, mi primer cuidado
hubiera sido la ciudad de Troya y los queridos restos de los míos,
y quedaría en pie el soberbio palacio del rey Príamo
y hubiera alzado con mi mano una nueva Pérgamo a los vencidos.

[104] El trémolo de esta exquisita sinceración no escapa al espíritu avizor de Lope de Vega, quien la recoge así en *Fortunas de Diana:* «Si me quedara de ti un Eneas pequeñuelo — antes que el airado cielo — te dividiera de mí», *B. A. E.* t. 18, pág. 7.

Pero ahora Apolo me manda ir a la gran Italia,
a Italia me mandan los oráculos de Licia [105].
En ella centro mi amor; mi patria es ella. Si tú que eres fenicia
estás prendada de las torres de Cartago y te encanta la vista
de una ciudad de Libia, ¿a qué estorbar que acampen los teucros
en la tierra de Ausonia? También nosotros tenemos el derecho
a buscarnos un reino en país forastero. A mí, siempre que cubre
la noche con el húmedo velo de sus sombras la tierra, cuando afloran
su lumbre las estrellas, entre sueños el espíritu acongojado
de mi padre Anquises me amonesta y me deja aterrado. Y se me representa
mi hijo Ascanio y el daño que le causo al objeto de mi amor
privándole del reino de Hesperia y las campiñas que le están predestinadas.
Además, ahora mismo el mensajero de los dioses
que acaba de mandarme el mismo Júpiter,
lo juro por tu vida y por la mía, ha bajado a transmitirme su orden
a través de las auras volanderas. Yo mismo he visto al dios a plena luz del día
entrar por las paredes y he aspirado con mis mismos oídos sus palabras.
Deja de consumirte y consumirme con tus quejas.
No voy a Italia por propia voluntad».
Mientras hablaba, hacía rato ya que le estaba mirando de través.
Giraba a un lado y a otro la mirada. Le recorren sus ojos en silencio
de arriba a abajo hasta que rompe a hablar ardiendo en ira:
«¡Traidor, tú no has tenido por madre diosa alguna, ni provienes
de la estirpe de Dárdano! Te ha engendrado
el horrendo Cáucaso entre los filos de sus riscos.
Tigres hircanas [106] te han criado a sus ubres.
Pero ¿a qué disimulo? ¿O qué ofensa mayor
espero todavía? ¿Ha tenido un gemido siquiera ante mi llanto?
¿Ha vuelto a mí los ojos? ¿Acaso se ha ablandado y ha vertido una lágrima
o se ha compadecido de quien le ama? ¿Qué maldad ponderaré primero?
Ya ni la excelsa Juno ni el hijo de Saturno contemplan esto ecuánimes.
No hay lugar donde la lealtad esté a seguro. Arrojado a la playa

[105] Los oráculos de Licia. Apolo residía durante el invierno en Patara, ciudad de Licia, comarca de la costa oriental del Asia Menor.

[106] Hircania, región del Cáucaso cercana al mar Caspio.

desprovisto de todo lo he acogido. Con él he compartido mi trono.
He salvado su flota perdida, he arrancado sus hombres a la muerte.
Las Furias ¡ay! me abrasan, me arrebatan. Ahora el augur Apolo,
ahora son los oráculos de Licia, es ahora el mensajero de los dioses
mandado por el mismo Júpiter quien le trae por los aires la horrible orden.
Es ésa, por lo visto, la tarea de los dioses de lo alto, ese cuidado
turba su sosiego. No te retengo más ni rebato tus palabras.
Vete, sigue a favor del viento a Italia. Ve en busca de tu reino por las olas.
Espero, por supuesto, si tiene algún poder la justicia divina,
que hallarás tu castigo, ahogado entre las rocas. Y que invoques entonces
el nombre de Dido muchas veces. Aunque ausente, he de seguirte con las llamas
de las negras antorchas. Y cuando arranque el alma de mis miembros
el hielo de la muerte, mi sombra en todas partes ha de estar a tu lado,
pagarás tu crimen, malvado. Lo sabré, me llegará la nueva,
allá a lo hondo del reino de las sombras».
Corta aquí bruscamente. Huye angustiada de la luz. Se va y se hurta a su vista
y le deja medroso y vacilante a punto de decirle muchas cosas.
Recogen las sirvientas su cuerpo desmayado, la llevan a su tálamo de mármol
y la acuestan en el lecho. Pero Eneas,
sumiso a la divinidad, aunque ansía consolarla
y aliviar su dolor y hablándole ahuyentar sus sufrimientos,
cumple la orden divina entre gemidos con el alma rendida
a su hondo amor, y se vuelve hacia las naves.
Entonces sí que bregan los teucros a lo largo de la playa.
Van arrastrando al mar las naves arrogantes. Ya flotan las quillas embreadas.
Traen de los bosques los remos aún frondosos, troncos sin desbastar,
por su afán de partir. Allí podrías verlos acudir irrumpiendo de toda la ciudad,
igual que las hormigas, cuando pensando en el invierno, asaltan
un gran montón de grano y lo ensilan en sus trojes.
Va avanzando la negra hilera por el llano. Acarrean la presa entre la yerba
por angosta vereda. Unas van arrastrando a viva fuerza en hombros
grandes granos. Otras forman las filas y acucian a las tardas.
Hierve de actividad toda la senda. ¿Qué sentirías, Dido, contemplándolos?
¿Qué gemido exhalaba tu pecho cuando de lo alto del alcázar
columbrabas su hirviente trajinar por el haz de la orilla
y percibías ensordecerse en ronco griterío a tu vista la lámina del mar?

¡Perverso amor! ¿A qué trances no obligas al corazón humano?
Una vez más se ve forzada a acudir a las lágrimas,
a ensayar lor ruegos otra vez,
a someter su orgullo suplicante a su pasión,
por no dejar recurso sin probar ni acudir a una muerte innecesaria.

Dido de nuevo acude a su hermana

«¡Ana! ¿Ves el tropel que se apresura allá a lo largo de la playa?
Han acudido allí de todas partes. Ya las velas están llamando al viento.
Ya han ceñido a las popas, gozosos, los marinos las guirnaldas.
Si he tenido fuerzas para prever tan gran dolor, hermana,
también tendré el valor de soportarlo. Hazle, Ana,
a mi desgracia este único favor,
pues sólo a ti ese pérfido te atiende, sólo a ti te confía sus íntimos secretos.
Tú sola conocías la traza y la ocasión de acceso fácil a él.
Ve, hermana, habla sumisa a nuestro altivo enemigo.
Yo nunca conspiré con los dánaos
para arrumbar a la nación troyana ni mandé mi flota en Áulide hacia Pérgamo
ni aventé de su tumba las cenizas ni el espíritu de su padre Anquises [107].
¿Por qué, pues, se niegan a acoger mis ruegos sus impíos oídos?
¿A dónde se apresura? Que conceda a su amante infortunada este último favor:
que espere la ocasión propicia para huir, a que soplen los vientos favorables.
Ya no le pido el vínculo anterior del matrimonio, que él ha traicionado,
ni que prescinda del hermoso Lacio ni renuncie a su reino.
Pido un plazo de tregua, de reposo que calme mi delirio,
mientras le enseña a mi alma vencida la fortuna a rendirse al dolor.
Esta es la última gracia que le pido (compadece a tu hermana).
Si me la otorga le pagaré la deuda con creces en mi muerte».
Tal era el ruego de Dido, el que transmite la infortunada hermana
a Eneas entre lágrimas una vez y otra vez.
Pero a él no le conmueve llanto alguno
ni hay ruego a que se allane. Los hados se lo impiden; cierra el cielo
a la clemencia los oídos de Eneas. Como cuando los vientos de los Alpes

---

[107] Era fama que Diomedes había robado de su tumba las cenizas de Anquises.

porfían en descepar con sus embates por un lado y por otro
a una encina cuajada a fuerza de años.
Resuena su crujido, alfombran con sus hojas
la tierra las ramas sacudidas, pero ella permanece adherida a las rocas
y cuanto alza su copa a las auras del cielo tanto hunde en el abismo sus raíces,
así baten al héroe por un lado y por otro llamadas incesantes
y su gran corazón siente en lo hondo el taladro de la angustia,
pero su voluntad permanece inflexible y van rodando sus lágrimas en vano.

Delirio y desesperación de la reina

La infortunada Dido, aterrada ante su hado, entonces sí que pide morir.
Ya mira con hastío la bóveda del cielo y se afirma
aún más en su propósito de abandonar la luz, cuando mientras impone
en los altares humeantes de incienso sus ofrendas, ve —horroriza decirlo—
cómo el agua sagrada se ennegrece y el vino derramado se torna sangre impura.
A nadie le da cuenta de lo visto, ni siquiera a su hermana. Aún más.
Tenía en su palacio un templete de mármol dedicado a su primer esposo,
todo orlado de níveos vellones y festivo follaje. De allí dentro oía salir voces
—así le parecía—, llamadas de su esposo
cuando la oscura noche cubría ya la tierra,
y las quejas incesantes del búho solitario que emitía en su alero
su canto funeral diluyendo sus notas en un largo lamento. Le aterran a la par
las muchas predicciones de antiguos adivinos con terribles presagios.
En sueños delirando la persigue furioso el mismo Eneas. Le parece que siempre
la va dejando sola y que va recorriendo siempre un largo camino
sin compañía alguna y que busca a sus tirios en un país desierto.
Lo mismo que Penteo [108] enloquecido ve escuadrones de Euménides y ve alzarse [a sus ojos
dos soles y dos Tebas, o lo mismo que el hijo de Agamenón, Orestes,

[108] Penteo, rey de Tebas, se opuso a que se diera entrada en su reino al culto de Baco por lo que el dios le castigó con la locura. El tema es tratado por Eurípides en las *Bacantes*. El castigo de Orestes por haber dado muerte a su madre Clitemnestra es el tema de las *Euménides* de Esquilo.

perseguido en escena va huyendo de su madre, que armada con antorchas
y con negras serpientes le acosa mientras en el umbral
le aguardan las Erinias vengadoras. Cuando vencida del dolor las Furias
le enloquecen el alma y decide morir, fija en su mente el momento y el modo;
va hacia su desolada hermana. Su cara disimula su designio;
clarea una serena esperanza en su frente:
«Felicítame, hermana, he encontrado el camino
de que vuelva a mi lado, o de librarme de su amor.
Cerca de los confines del Océano, donde se pone el sol, está Etiopía,
el país más remoto de la tierra, donde el enorme Atlante
hace girar sobre sus hombros el eje del cielo
constelado de luceros radiantes. Me han enterado
de una sacerdotisa que hay allí. Es de raza masila [109]. Les guardaba
el templo a las Hespérides; daba ella de comer al dragón y cuidaba del árbol
de las ramas sagradas vertiendo para aquél gotas de miel
y granos de amapolas soporíferas. Ésta con sus ensalmos asegura que puede
librar los corazones que ella quiere, infundir en otros
tenaces obsesiones, detener la corriente de los ríos,
hacer retroceder a las estrellas;
ella evoca a los Manes en la noche; sentirás mugir bajo sus pies
la tierra y descender los fresnos de los montes. Pongo a los dioses por testigos
y a ti, querida hermana, a tu dulce vida, de que acudo
contra mi voluntad a esa hechicera. Tú, dentro de palacio, al aire libre,
alza una pira en secreto y encima pon las armas que dejó ese despiadado
colgadas sobre el muro de mi cámara y pon todas sus prendas
y ese lecho nupcial que me ha perdido.
Es mi gusto acabar con todos los recuerdos
de ese hombre abominable. Es lo dispuesto por la sacerdotisa».
Dice y queda en silencio. Al instante su rostro empalidece. Ana ni se imagina
que su hermana está encubriendo su inminente muerte bajo ese extraño rito,
ni puede concebir tal frenesí ni da en temer más duelo que el que tuvo
un día por la muerte de Siqueo. Prepara, pues, lo que le manda Dido.
Ésta cuando ya se alza al aire libre en medio de palacio la ingente pira

[109] Pueblo del nordeste de la costa africana. Las Hespérides, hijas de Héspero o Véspero, el lucero de la tarde, pasaron a ser tenidas por hijas de Atlante. Eran las guardianas de las pomas de oro.

de haces de pino y de leños de encina, engalana el recinto de guirnaldas
y la corona de follaje fúnebre. Sobre el lecho coloca las prendas del vestido,
la espada que se dejó olvidada y la imagen del ingrato, bien segura
del fin que se propone. En torno están dispuestos los altares. Y la sacerdotisa
suelta la cabellera, con voz de trueno va invocando los nombres
de los trescientos dioses y llama al Érebo [110] y al Caos y a Hécate la triforme
y a Diana la doncella de tres rostros. Había derramado también agua,
agua que se creía tomada de la fuente del Averno. Van en busca de yerbas
que recogen a la luz de la luna segándolas con la hoz de bronce,
de las que manan leche de negruzco veneno.
Y se hacen a la par con el filtro de amor
arrancado a la frente de un potrillo al nacer y arrebatado al ansia de su madre.
La misma Dido está junto al altar;
con manos puras ofrece el don de la harina sagrada.
Descalzo un pie, la veste desceñida [111], invoca por testigos
a punto de morir a los dioses y a los astros que saben su destino.
Después suplica al divino poder, si alguno existe,
que justo y vigilante ampara a los amantes no correspondidos.
Era de noche. Los cansados cuerpos disfrutaban la dulzura del sueño
sobre el haz de la tierra. Ya los bosques y el iracundo mar yacían
sumidos en reposo. Era la hora en que median su carrera los astros en su giro
por el cielo; cuando enmudece todo el campo, bestias y aves
de pintado plumaje, cuantos pueblan en todo el derredor los lagos límpidos,
cuantos habitan los ásperos breñales,
entregados en el silencio de la noche al sueño
mitigaban sus cuidados y daban al olvido sus afanes [112].

---

[110] El Érebo, divinidad de la región de la muerte, tomada después como lugar de las sombras. El Caos que en griego significa abertura, era el inmenso abismo de los reinos subterráneos. Hécate, divinidad misteriosa, cuyo inmenso poder fue parte a que se la identificara con Selene o la Luna en el cielo, Artemisa o Diana en la tierra y Perséfone o Prosérpina en los infiernos. A ello debe los epítetos de diosa de tres formas, Tergemina, Triformis, y de tres cabezas, Triceps. Su efigie se colocaba en las encrucijadas. Diosa que a la par de los encantamientos mandaba de noche a los hombres toda serie de fantasmas desde el reino de las sombras.

[111] En los ritos de encantamientos nada debía estar ligado, sobre todo de la persona que se quería librar del hechizo de amor.

[112] Entre los poetas que, influidos por Virgilio, han evocado el misterio del reposo

No el alma infortunada de la reina fenicia. Ni un instante se rinde al sueño
ni los ojos ni el corazón le embebe la noche. Se le doblan los pesares
y renace su amor y se embravece y se encrespa en un mar de ira.
Empieza dando vueltas y vueltas alma adentro a su pasión;
«¡Ay! ¿Qué haré? ¿Volveré a mis antiguos pretendientes,
a servirles de mofa y a tratar suplicante de casarme con uno de esos númidas
a los que tantas veces desdeñé por esposos? ¿O seguiré las naves de los teucros
sumisa a sus más duras órdenes? ¿Es que no reconocen complacidos
la ayuda que de mí recibieron? ¿No queda bien grabado en su recuerdo
el agradecimiento al favor que les hice? Pero aunque lo quisiera,
¿me lo permitirán? ¿Acogerán a bordo de sus altivas naves a quien odian?
¡Loca! ¿No ves, no percibes todavía el perjurio
de la raza de Laomedonte? [113] ¿Qué entonces?
¿Me haré sola a la mar con esos marineros
que huyen de aquí triunfantes? ¿O, escoltada por mis tirios
y por todas mis tropas, me lanzaré tras ellos?
A unos hombres que arranqué de Sidón a duras penas
¿les forzaré otra vez a bogar por los mares, a desplegar las velas a los vientos?
¡No! Muere como mereces. Corta tus sufrimientos con la espada.
¡Hermana, has sido tú, vencida por mis lágrimas quien primero
has cargado de desdichas a mi alma enloquecida,
y me has puesto a merced de mi enemigo!
¡No haber podido yo vivir libre del yugo del amor una vida sin reproche
como los animales salvajes! ¡No haber cumplido la promesa
que empeñé a las cenizas de Siqueo!» En tan hondos lamentos
prorrumpía el corazón de Dido.

---

nocturno de la naturaleza —Goethe en su poema *Sobre todas las cumbres,* Racine en su *Ifigenia,* I, escena 1.ª, Leconte de Lisle en *El Cóndor—,* sobresale Torcuato Tasso en el trasunto siguiente del pasaje virgiliano: «Era la noche, en la hora en que un hondo reposo se adueña de las olas y los vientos, en que aparece mudo el mundo. Los animales fatigados, y cuantos viven en el mar undoso, cuantos alberga el fondo de los líquidos lagos, los que yacen en antros o escondidos en manadas y las pintadas avecillas, en olvido profundo aduermen sus afanes y logran mitigar sus corazones» *(La Jerusalén libertada,* II, 96 y ss.).

[113] Rey troyano célebre por su mala fe. Se negó a pagar a Neptuno y a Apolo la recompensa prometida por construir la muralla de Troya, y a Hércules lo convenido por dar muerte al monstruo que debía devorar a su hija Hesíone.

Vuelve a aparecerse a Eneas el dios Mercurio

Eneas entre tanto, decidido a partir, todo a punto, dispuesto ya para el viaje
dormía en la alta popa de su nave. Se le aparece entonces
en sueños la visión del mismo dios. Volvía con el mismo aspecto de antes.
Era en todo semejante a Mercurio, en la voz, en la tez,
en los rubios cabellos y en la lozana juventud del cuerpo.
Parecía de nuevo amonestarle: «¡Hijo de diosa!
¿Eres capaz de conciliar el sueño en este trance? ¿No estás viendo los peligros
prestos a descargar sobre ti, insensato, ni sientes
el soplo favorable de los céfiros? Ella maquina ardides y una horrenda maldad,
decidida a morir, y alza en su alma incesante marejada de cólera. ¿No te apresuras?
¿No huyes raudo de aquí? Pronto verás el mar rebosante de naves
y el fulgor de horrendas teas, y arder la orilla en borbollón de llamas
si te sorprende el alba en esta tierra ¡Ea, no esperes más!
La mujer siempre es un ser voluble y tornadizo».
Dijo y se diluyó en la negra noche.
Entonces sí que Eneas se aterra por la súbita visión. Se arranca al sueño
y urge a sus compañeros: «¡En pie, presto, remeros,
a los bancos! Soltad raudos las velas.
Otra vez un dios mandado desde el alto cielo nos apremia a apresurar la huida
y a cortar las trenzadas amarras. Te seguimos a ti, santa deidad,
quien seas; otra vez obedecemos gozosos tu mandato.
Ven, préstanos propicia tu ayuda y danos el favor de las estrellas
del cielo». Dijo y desenvainó la espada centelleante
y con su hoja desnuda cercena la maroma.
Al punto el mismo ardor cunde entre todos.
Lánzanse arrebatados. Dejan atrás la orilla.
Desaparece el mar bajo las velas. Afanosos baten
rizando espumas las olas verdiazules.
Ya irrumpía la Aurora abandonado el lecho azafranado de Titono
y empezaba a esparcir sus nuevos rayos por el haz de la tierra.
Al punto en que la reina ve alborear de su atalaya el día
y alejarse la flota, las velas a la par firmes al viento
y contempla desierta la ribera y el puerto sin remeros,
hiere su hermoso pecho tres veces, cuatro veces,

y mesándose su rubia cabellera: «¡Oh Júpiter! ¿Se irá este advenedizo
haciendo escarnio de mi reino? —prorrumpe. ¿Y no corren los míos a las armas
y no salen de toda la ciudad a perseguirle
y no arrebatan las naves de los diques? ¡Ea, presto, las teas! Traed dardos,
volcaos en los remos. ¿Qué digo? ¿Dónde estoy?
¿Qué locura me trastorna la mente?
¡Desventurada Dido! ¡Ahora te hiere el alma su malvado proceder.
Entonces debió ser, cuando ponías en su mano el cetro.
Ve cómo cumple la palabra dada
el que lleva consigo los dioses hogareños de su patria, según dicen,
el que cargó a sus hombros a su padre acabado por los años.
¿Y no pude apresarlo y desgarrar sus miembros
y esparcirlos por las olas? ¿Y no logré acabar a hierro con su gente,
matar al mismo Ascanio y ofrecerlo a su padre por manjar?
¿Que era dudoso el resultado de esa lucha?
Aunque lo fuera. ¿A qué temer cuando se va a morir?
Hubiera yo prendido fuego a su campamento y quemado las quillas de las naves
y exterminado a hijo y padre y a todo su linaje
y yo misma sobre ellos me hubiera dado muerte.
¡Sol que iluminas con tu lumbre cuanto se hace en la tierra,
tú, Juno, medianera y testigo de mis penas,
Hécate a quien invocan a alaridos de noche por las encrucijadas
de las ciudades, Furias vengadoras, vosotros divinos valedores de la muerte
atendedme, volved vuestro poder divino hacia mis males, [de Elisa,
lo merezco, y escuchad mis plegarias.
Si es forzoso que ese hombre de nefanda maldad arribe a puerto
y que consiga a nado ganar tierra, si así lo impone la voluntad de Júpiter
y es designio inmutable, que a lo menos acosado en la guerra por las armas
de un pueblo arrollador, fuera de sus fronteras,
arrancado a los brazos de su Julo,
implore ayuda y vea la muerte infortunada de los suyos,
y después de someterse a paz injusta no consiga gozar de su reinado
ni de la dulce luz y caiga antes de tiempo
y yazga su cadáver insepulto en la arena. Esto es lo que os pido,
la última ansia que escapa de mi pecho con mi sangre.
Y vosotros, mis tirios, perseguid sañudos a su estirpe,

y a toda su raza venidera, rendid este presente a mis cenizas:
que no exista amistad ni alianza entre ambos pueblos. ¡Álzate de mis huesos,
tú, vengador, quien fueres, y arrolla a fuego y hierro a los colonos dárdanos,
ahora, en adelante, en cualquier tiempo que se os dé pujanza.
¡En guerra yo os conjuro, costa contra costa, olas contra olas,
armas contra armas, que haya guerra entre ellos
y que luchen los hijos de sus hijos! [114]»
Dice. Y revuelve su alma a todas partes ansiosa de cortar
cuanto antes a cercén la vida que aborrece.
Luego habla unas palabras con Barce, la nodriza de Siqueo,
pues la oscura ceniza de la suya la retenía su primera patria:
«Ve, querida nodriza, tráeme aquí a mi hermana Ana,
dile que corra a rociarse el cuerpo con el agua lustral
y que traiga las víctimas y ofrendas
de expiación prescritas. Que venga preparada como le digo. Tú cúbrete la frente
con la ínfula sagrada. Pienso acabar los ritos a Júpiter Estigio
que tengo, como cumple, preparados y que ya he comenzado, y poner término
a mis penas entregando a las llamas la pira de ese dárdano».
Así habla. La nodriza, con premura de anciana, aviva el paso.
En tanto, Dido temblando, arrebatada por su horrendo designio,
revirando los ojos inyectados en sangre, jaspeadas las trémulas mejillas,
pálida por la muerte ya inminente, irrumpe por la puerta en el patio del palacio
y sube enloquecida a lo alto de la pira y desenvaina la espada del troyano,
prenda que no pidió con ese fin. Después que contempló
los vestidos traídos de Ilión y el conocido lecho, llorando se detuvo
un momento en sus recuerdos. Luego se echó de pechos sobre el tálamo
profiriendo estas últimas palabras: «¡Dulces prendas un tiempo,
mientras el hado y Dios lo permitieron [115],

---

[114] Presagia Dido las guerras que habían de emprender los troyanos al llegar a Italia. Y sobre todo la amenaza de las Guerras Púnicas y de su feroz vengador, Aníbal.

[115] Sabido es que esta postrera añoranza de la reina halla su resonancia en la de Garcilaso por su Isabel de Freire. Ved cómo la recoge el más dulce y suave de sus sonetos:

¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas,
dulces y alegres, cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

(*Soneto* X, según ed. A. Gallego Morell, *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, 1972).

tomad mi alma y libradme de esta angustia!
He vivido mi vida, he dado cima al curso que me había fijado la fortuna.
Ahora caminará mi sombra, plena ya, bajo la tierra.
He fundado una noble ciudad, he visto mis murallas,
he vengado a mi esposo y le he cobrado el castigo a mi hermano, mi enemigo.
¡Feliz, ay, demasiado feliz si no hubieran jamás
naves troyanas arribado a mis playas!»
Dice así. Y hundiendo rostro y labios en su lecho:
«Moriré sin venganza, pero muero.
Así, aún me agrada descender a las sombras. ¡Que los ojos del dárdano cruel
desde alta mar se embeban de estas llamas y se lleve en el alma
el presagio de mi muerte!» Fueron sus últimas palabras. Hablaba todavía
cuando la ven volcarse sobre el hierro sus doncellas y ven la espada
espumando sangre que se le esparce por las manos.
El griterío asciende a la alta bóveda. La Fama va danzando delirante
por la ciudad atónita. Lamentos y gemidos y alaridos de mujeres
estremecen las casas. Va resonando el aire cimero de plañidos imponentes,
igual que si Cartago entera o si la antigua Tiro se vieran invadidas de enemigos
y avanzara rodando la furia de las llamas por lo alto de las casas de los hombres
y los templos de los dioses. Lo escucha su hermana sin aliento.
Despavorida se abalanza corriendo a través de la turba
hiriéndose la cara con las uñas y el pecho con los puños
y gritando llama a la moribunda por su nombre:
«¡Esto te proponías, hermana! ¡Pretendías engañarme! ¡Esto me reservaban
este fuego, esta pira, estos altares! ¿Por dónde empiezo a lamentarme
de tu abandono? ¿Has desdeñado que tu hermana te hiciese compañía al morir?
Si me hubieras llamado a compartir tu suerte,
la misma espada, una misma hora
nos hubiera a las dos arrebatado. Pensar que he alzado yo con estas manos
la pira y que he invocado a nuestros dioses paternos con mi voz
para que cuando tú te vieras en la pira, ¡cruel de mí!, estuviera yo lejos.
Te has destruido a ti y a mí contigo, hermana,
y a tu pueblo y al senado de Sidón
y a la misma ciudad. Dejad lave con agua las heridas
y si vaga algún soplo de vida por sus labios todavía,
dejadme recogerlo en los míos».

Dijo. Había escalado las gradas de la pira y abrazando a su hermana agonizante
la abrigaba en su seno entre sollozos y trataba con su ropa
de restañar los brotes de oscura sangre.
Dido intenta alzar los párpados pesados.
De nuevo desfallece. La honda herida de la espada clavada borbollea en su
[pecho.
Tres veces apoyándose en el codo intenta incorporarse, otras tres
cae hacia atrás rodando sobre el lecho. Sus ojos extraviados
buscan la luz del día por la bóveda del cielo.
Al hallarla prorrumpe en un gemido.
Entonces apiadada la omnipotente Juno de su largo dolor y penosa agonía
manda a Iris [116] que descienda del Olimpo a que libere su alma,
que lucha por soltarse de los lazos del cuerpo.
Pues como no finaba por designio del hado ni por muerte merecida,
pero la infortunada moría antes de tiempo arrebatada de súbita locura,
no había Prosérpina todavía cortado el rubio bucle de su frente [117],
ni lo había ofrendado al Orco estigio [118]. Al punto Iris, brillantes de rocío
las alas de azafrán, cobrando al sol frontero su espejeo de mil variados visos,
desciende por el cielo volandera y sobre su cabeza amaina el vuelo.
«Tomo, como me mandan, esta ofrenda consagrada a Plutón.
Te desligo de tu cuerpo». Dice y le corta el bucle con su mano.
Al instante se disipa todo el calor del cuerpo y su vida se pierde entre las auras.

---

[116] Mensajera de los dioses, hija de Juno.

[117] Antes de sacrificarlas solía cortarse de la frente de las víctimas un mechón de pelo que se ofrecía como primicia a Proserpina, divinidad de los infiernos, rito que se aplicó a los seres humanos antes de morir. Pero como la muerte de Dido era antes de tiempo, Proserpina encargada del menester tardaba en cumplirlo. De ahí que Juno mande a Iris a que lo haga.

[118] El Orco era una divinidad de los Infiernos y de la muerte. La Estigia era uno de los ríos de la región de la muerte. Aquí el Orco estigio se identifica con Plutón, dios de los Infiernos.


LIBRO V

PRELIMINAR

El libro V es libro de relajación de los ánimos recién sometidos a la tensión de la tragedia de Dido. La flota troyana se ha hecho a la mar bajo el presagio del suicidio de la reina. Se lo transmiten las llamas de su palacio. Proa a Italia vuelve a torcer el viento su rumbo hacia Sicilia. Arriban a Drépano. Allí les acoge el troyano Acestes. Y allí conmemora Eneas con solemnes juegos el aniversario de la muerte de su padre.

Es el libro muestra a la par de la esencial variedad del arte virgiliano, entre la angustia del libro de Dido y el descenso de Eneas al reino de las sombras. Y es libro de preparación, a modo de vela de armas, antes del arribo a Italia y del encuentro decisivo de padre e hijo en los sotos del Elisio. Libro de amor a Sicilia, la isla donde comparte sus días con su retiro de Campania mientras escribe la *Eneida.* Quiere el poeta asociar la isla mal gobernada, provincia todavía, al destino de Italia. Había asentado en ella la leyenda troyana antes que en el Lacio. En el mismo ángulo occidental, cerca de Drépano, se había emplazado una colonia de fugitivos troyanos que fundaron Érice y Segesta. Cerca habían alzado un santuario a Eneas. Allí habían conocido los romanos en la Primera Guerra Púnica el culto a Venus, en el templo que Afrodita tenía en el monte Érice. De ella adviene a Roma su culto, el de la madre de Eneas, de que toma su origen la familia Julia, la de César y Octavio. Y el poeta entrefunde la variedad de tradiciones.

Es el libro de la piedad filial. Rinde culto su héroe a la memoria de su padre en el aniversario de su muerte. Comienza por ofrecer

libaciones, sacrificios de los animales prescritos, ofrendas de manjares, que era dado a las almas de los muertos subir a degustar al reino de los vivos. Y celebra los cinco juegos que forman parte del ritual del culto a los muertos. Veían en ellos los romanos un método y una técnica para unir en un haz a los dioses, a los difuntos y al mundo todo de los vivos.

Depara el libro V a su autor una alta justa poética, buscada con afán a la sazón, de competir con un modelo, con el padre de la poesía, con Homero. Había éste consagrado el libro XXIII de su *Ilíada* a idéntica traza de funerales, los de Aquiles a Patroclo. Saldrá en ellos Virgilio airoso en su empeño, al que dedica las dos terceras partes de su libro. Da en ello libre cauce a su afán de infundir a los suyos coraje, religiosidad, humor, temple de alma tesorera. Concurre la pasión del poeta en el ímpetu vital de cada prueba con su eclosión de luz y movilidad. Por obra divina aflora el don de lo maravilloso. Premia el padre de los dioses al héroe en la prueba angustiosa a que le somete el rencor de Juno con la quema de las naves. Pone la divinidad en movimiento los resortes de su alma. Necesita de ella —se ha notado— para volver a ser sí mismo. Accede a su rendida fe y por traza milagrosa apaga el incendio. Y vale al héroe Neptuno, al que impetra Venus, en su travesía a Italia. Pero a precio del sufrimiento, la pérdida de su timonel Palinuro. Sólo así se le rinde el favor divino.

LOS JUEGOS EN HONOR DE ANQUISES

Los troyanos arriban a Sicilia

Eneas, firme el rumbo, entre tanto bogaba con su flota mar adentro
e iba hendiendo las olas que fruncía de negro el Aquilón.
Y miraba hacia atrás, hacia los muros que al fulgor de la hoguera
de la desventurada Dido relumbraban.
Nadie sabe la causa del imponente incendio,
pero al pensar en el cruel dolor que angustia a un corazón traicionado
y a dónde puede llegar el frenesí de una mujer, cunden tristes presagios
por el alma de los teucros. Cuando ganó alta mar
la flota y no tenía ya tierra alguna a la vista,
agua por todas partes, por todas partes cielo,
se cierne sobre Eneas un oscuro nublado
portador de noche y tempestad, y se erizan las olas de tinieblas,
y Palinuro, el timonel, prorrumpe desde lo alto de la popa:
«¡Ay! ¿por qué cubren el cielo estas nubes?
¿Qué estás tramando, di, padre Neptuno?».
Dice y ordena al punto amainen velas y se vuelquen con bríos en los remos.
Tuerce el sesgo del viento las lonas y habla así:
«¡Eneas, el de alma generosa, aunque me lo asegure Júpiter empeñando su palabra,
no abrigaría la esperanza de arribar con este cielo a Italia!
Vira bramando el viento y azota de costado.
Se alza de entre las sombras del poniente. El aire se ha tupido en una nube.
Ni cabe plantar cara ni nos sirve de nada nuestro esfuerzo. Nos vence la fortuna.

Obedezcamos y allá donde nos llama volvamos nuestro rumbo.
No está lejos, yo pienso, la costa acogedora de Érice, hermano [119],
ni los puertos de Sicilia, si acierto a calcular el curso de los astros
que guardo todavía en mi memoria». Y el buen Eneas: «Veo en efecto
que el viento ya hace rato así lo exige y que en vano pugnas por oponerte.
Tuerce el rumbo. ¿Puede haber tierra alguna más grata para mí
o donde más desee guarecer mis fatigadas naves
que en ésta que me guarda a mi dardanio Acestes,
y que los huesos de mi padre Anquises estrecha en su regazo?»
Dice así y tienden hacia el puerto y despliegan las velas
al soplo favorable del Céfiro y rauda se desliza la flota por las olas
y al fin alborozadas enfilan ya las playas conocidas.
Desde lejos, en lo alto de la cima de un monte
Acestes, asombrado, divisa su llegada y corre a recibir a las naves amigas
erizado de dardos, con pelliza de osa libia, Acestes,
aquel que engendró el río Criniso [120] de una madre troyana.
Presente en su memoria su antiguo parentesco,
felicita a los suyos por su vuelta y los acoge con agrestes dones
y va reconfortando sus fatigados cuerpos con socorros amigos.
Cuando irradió en Oriente su lumbre el nuevo día,
una vez ahuyentadas las estrellas,
Eneas a lo largo de la playa convoca una asamblea de los suyos
y desde un altozano les habla así: «¡Nobles hijos de Dárdano,
nacidos de la raza egregia de los dioses, ha completado el año
la carrera de sus meses cabales, desde que confiamos a la tierra
los huesos, lo que de él nos quedó, de mi padre divino,
y nuestro duelo consagró estas aras.
Y ya, si no me engaño llega el día para mí siempre amargo,

[119] Érice, rey de Sicilia, era hijo de Venus y hermano, por tanto, de Eneas. Había acogido en su boyada uno de los bueyes que Hércules había robado al gigantesco rey de nuestra Bética Gerión. Reclamóselo Hércules y Érice no se lo quiso dar. Enfrentados en lucha venció Hércules y dio muerte a Érice. Fue enterrado al pie de la montaña que llevó su nombre.

[120] El Criniso era un riachuelo cercano a la ciudad de Egesta o Segesta, nombre de la ninfa madre de Acestes.

que he de honrar siempre, así lo habéis querido, dioses.
Yo aun desterrado entre las Sirtes getulas,
o sorprendido en medio del mar de Argos
o en la misma Micenas, cumpliría mi promesa cada año,
celebrando conforme a lo prescrito solemnes ceremonias
y colmando este día los altares con los dones debidos.
Ahora, además, estamos en presencia de las mismas cenizas
de los huesos de mi padre, no sin designio y voluntad del cielo,
según tengo por cierto, traídos hasta aquí,
hemos entrado en este puerto amigo.
Ea, pues, demos juntos cumplimiento a este deber gozoso,
pidamos vientos favorables y que una vez fundada la ciudad,
me conceda cada año ofrecerle este culto en templos consagrados a sus Manes.
Un par de bueyes por nave os manda Acestes, también hijo de Troya.
Asociad a la fiesta a nuestros dioses patrios
y a los que Acestes nuestro huésped honra.
Además cuando el alba novena devuelva a los mortales
la vivificadora luz del día
y disipe el velo de sus sombras con sus rayos, convocaré a los teucros
primero a la carrera de sus raudas naves y a los más diestros en correr a pie,
y a los que más confían en sus fuerzas,
a los mejores en lanzar venablos y saetas voladoras
y a los resueltos a entablar combate con manoplas de cuero.
Que acudan todos y contemplen la palma, el galardón del triunfo merecido.
Guardad todos silencio y ceñid de follaje vuestras sienes».
Diciendo esto se cubre la frente con el mirto de su madre.
Hace Hélimo [121] lo mismo y Acestes, maduro ya en edad,
y lo hace el niño Ascanio y les imita todo el mocerío.
Y desde la asamblea se encamina Eneas hacia el túmulo
seguido de millares de los suyos.
Le rodea una inmensa multitud. Allí van derramando sobre el suelo
la libación prescrita, las dos copas de don puro de Baco, las dos de leche fresca,

---

[121] De origen, al parecer, troyano. Eran los hélimos un pueblo de la Sicilia occidental en que estaba enclavada la ciudad de Acestes.

dos de sangre sagrada. Y va esparciendo flores purpúreas y prorrumpe:
«¡Yo te saludo, padre, mi padre venerado, y otra vez os saludo a vosotras
cenizas, recobradas en vano, y a ti, espíritu y sombra de mi padre!
No se me ha concedido ir en tu compañía en busca de la tierra de Italia
y las campiñas que el hado me reserva y del Tíber ausonio,
donde quiera que esté».
Apenas terminó de hablar cuando de lo hondo de la tumba
una serpiente viscosa va arrastrando siete ingentes anillos
que repliega siete veces y ciñe sosegadamente el túmulo y luego se desliza
por entre los altares. Su dorso esmaltan verdiazules motas.
Fulgen relumbres de oro sus escamas,
igual que el arco iris dardea al sol frontero allá en las nubes
sus mil variados visos. Se pasma Eneas a su vista. Repta ella en largo recorrido
entre las tazas y pulidas copas y gusta los manjares y sin causar daño
vuelve a lo más hondo del túmulo.
Ha dejado los altares una vez consumidas las ofrendas.
Con más ardor aún, renueva Eneas los ritos comenzados como deber filial.
No sabe si pensar que sea el genio [122] de aquel paraje
o un espíritu servidor de su padre.
Sacrifica, conforme a lo prescrito, dos ovejas de dos años, dos lechones
y dos novillos de atezado lomo y va vertiendo vino de las tazas
y evoca el alma del egregio Anquises y a sus Manes libres ya del Aqueronte [123].
También sus compañeros van brindando gozosos las ofrendas que pueden
y colman los altares o inmolan novillos en su honor. Otros colocan
en hileras los calderos de bronce y tendidos por la yerba
ensenan ascuas vivas bajo los asadores y tuestan las entrañas de las víctimas.

La regata

Era llegado el esperado día. El tiro de corceles de Faetonte
venía ya trayendo limpia de nubes la novena aurora.

---

[122] Solía representarse por una serpiente a la divinidad tutelar de un lugar.

[123] Se creía que las almas de los muertos dejaban el reino de las sombras y ascendían a la tierra para gustar los manjares que se les ofrecían.

La nueva y nombre del famoso Acestes había conmovido a los pueblos vecinos.
Formando alegres grupos habían ya llenado la ribera, deseosos todos
de ver a Eneas y a los suyos, y aun algunos dispuestos a tomar parte en la liza.
Empiezan por poner a la vista de todos en el centro del ruedo,
los premios, sacros trípodes, verdes coronas, palmas, el galardón de la victoria,
y armaduras y vestes recamadas de púrpura y talentos de plata y oro.
Desde lo alto de un otero anuncia la trompeta con su son el comienzo de los [juegos.
Inician el certamen cuatro galeras de pesados remos,
parejas, escogidas entre toda la flota. Mnesteo manda el Dragón [124]
de briosos remeros, el Mnesteo que pronto va a ser ítalo,
de quien tomará el nombre la estirpe de los Memios [125].
Gías, la ingente mole de la ingente Quimera,
ciudad flotante, la que mozos dardanios
impelen en tres filas con remos que alzan de sus tres hileras [126].
Sergesto, el que da nombre a la familia Sergia, pilota el gran Centauro.
Y Cloanto la Escila verdiazul, Cloanto de quien procedes tú, romano Cluencio.
Lejos, ya mar adentro, en frente de la costa espumeante
se alza un peñón que baten y sumergen a veces las encrespadas olas,
cuando el noroeste, el viento borrascoso, oculta de la vista las estrellas.
En bonanza enmudece erguida sobre el agua sosegada
su meseta en que gozan posadas las cercetas calentándose al sol.
Pone allí padre Eneas como linde la verde meta de frondosa encina.
Desde ella han de volver los nautas diestros en girar rodeándola
en su larga carrera. Se sortean los puestos. En las popas de pie los capitanes
deslumbran con sus galas de oro y púrpura. Sombrea fronda de álamo
las frentes de los mozos marineros

[124] Cada nave ostentaba en la proa la figura de un animal o un monstruo cuyo nombre llevaba, aquí Quimera, Centauro, Escila. Era la Quimera un monstruo que tenía la cabeza de león y el cuerpo de cabra. Por su cola vomitaba llamas. Conservamos de ella en Florencia un bronce etrusco, la Quimera de Arezzo. De Escila, el monstruo marino del estrecho de Mesina, se ha hablado en el libro III, vv. 420-432.

[125] Las principales familias de Roma pretendían en tiempo de Virgilio, en que estaba de moda la leyenda troyana, descender de alguno de sus héroes. Sobre las familias troyanas de estos héroes, había escrito un amplio libro Varrón, célebre erudito de aquella época.

[126] No existían ciertamente en la época heroica trirremes ni birremes. Virgilio pasa por alto la impropiedad por avivar el interés de sus lectores presentando a sus ojos los objetos de la vida de su tiempo.

y su desnudo torso ungido de aceite resplandece.
Se sientan en los bancos. Con los músculos tensos en los remos
esperan avizores la señal. Drena sus exultantes corazones
un temor acuciante y una impetuosa ansia de gloria.
Después, cuando la clara trompeta da su son, todos arrebatados
se abalanzan a un tiempo de sus puestos. La grita marinera hiere el cielo.
Al giro de los brazos hacia atrás el mar batido borbollea espuma.
A compás hienden surcos y se abre todo el haz de la líquida llanura
rasgado por los remos y por los esperones de tres dientes.
No devoran tan raudos el llano en la carrera los coches de los potros
ni así se precipitan lanzados de la valla, ni con parejo ardor
acucian los cocheros el vuelo de sus tiros ni volcados en ellos
los fustigan remeciendo las riendas ondulantes.
Al instante resuena todo el bosque a los aplausos
y los gritos de los espectadores,
que animan ardorosos a los suyos, y rueda por la concha de la playa su voz
y hiere los collados y va el eco rebotando contra ellos su clamor.
Sale Gías huyendo por delante y se desliza el primero de todos por las olas
entre la confusión y el griterío. Detrás Cloante va siguiéndole de cerca
con mejores remeros, pero el peso del armazón de pino le retarda.
Después a igual distancia el Dragón y el Centauro
porfían en pasarse el uno al otro.
Ahora gana el Dragón, ahora le vence el enorme Centauro,
ya avanzan las dos proas a la par, juntas sus largas quillas
hienden el haz de las salobres olas.
Llegaban ya al peñón, ya alcanzaban el punto donde habían de dar vuelta
cuando Gías, que va en primer lugar y vence ya en mitad de la carrera,
apremia a su piloto Menetes dando voces:
«¿A qué te me vas tanto a la derecha?
Vira hacia aquí. Arrímate a la orilla.
Haz que las palas rocen las rocas de la izquierda.
¡Déjales a los otros la alta mar!» Pero Menetes temiendo los bajíos
tuerce la proa al ancho haz de las olas. «¿A dónde te desvías?»,
le repite. «¡A las rocas, Menetes!», le grita Gías otra vez para hacerle girar,
cuando ¡ay! vuelve la vista y ve a Cloanto avanzar a su espalda arrimado a la
[peña.

Y por dentro, entre la nave de Gías y las rocas resonantes se abre paso
rasando su veril por la izquierda y veloz pasa delante del que va en cabeza
y gana el mar abierto dejando atrás la peña. Entonces sí que al mozo
le abrasa un dolor fiero hasta los huesos y el llanto le humedece las mejillas
y olvidando su decoro y el riesgo de los suyos lanza al mar de lo alto de la popa
al medroso Menetes. Y pasa él al timón y ya piloto y timonel
anima a sus remeros y gira hacia la orilla el gobernalle.
Cuando al cabo, Menetes logra salir del fondo a duras penas
cargado con el peso de los años y el agua que chorrea de su ropa empapada,
se encarama a la roca y se recuesta en la sequiza piedra.
Fue risa de los teucros su caída y risa su braceo entre las olas
y risa verle echar agua salada a borbollones.
Ahora prende en los dos que van detrás
la gozosa esperanza de adelantar a Gías, que se va rezagando.
Sergesto va en cabeza y se acerca al peñón, pero no gana a su rival
en todo lo largo de la nave, sólo en parte,
que ya el Dragón le va acosando el flanco
con su esperón. Mnesteo corre entonces cruzando la crujía por entre sus remeros
alentándolos: «¡Ahora, ahora alzaos sobre el remo, camaradas
de Héctor, que yo elegí por compañeros en el trance fatal de Troya!
Sacad ahora aquellas fuerzas, aquel brío que pusisteis en las Sirtes getulas
y el mar Jonio, y cuando os acosaba el oleaje allá en el cabo Málea.
Ya no aspira Mnesteo al primer puesto ni lucha por la palma, aunque acaso...
Pero venzan, Neptuno, los que tú has elegido.
Jamás la afrenta de llegar los últimos.
Que sea nuestro triunfo, amigos, evitar ese baldón!»
En un supremo esfuerzo se vuelcan en los remos.
La nave de espolón de bronce a sus potentes golpes temblequea.
Huye bajo ella el haz del mar. El jadeo les acucia los miembros
y las fauces resecas; va fluyendo a raudales el sudor a lo largo de sus cuerpos.
El azar les depara la gloria deseada; pues Sergesto
al ceñir a la peña la proa enardecido
y penetrar por el angosto espacio que le deja Mnesteo,
el desdichado encalla en un escollo saledizo.
A su andanada se estremece el risco
y se astillan los remos al chocar con sus agudos dientes

y la proa cuelga rota en pedazos. Yérguense los remeros a una y rompen
en vivo griterío por la espera y echan mano a las picas de hierro y a los garfios
y recogen del mar los rotos remos. Mnesteo en cambio alegre
y aún más enardecido por el favor del lance,
invocando la ayuda de los vientos con su veloz escuadra de remeros
va a buscar la pendiente de las aguas y corre a mar abierto.
Igual que la paloma, espantada de pronto de la cueva donde tiene su albergue
y su dulce nidada en un sombroso hueco de la peña,
se lanza a la campiña volandera
y asustada restalla en su recinto sus alas con estrépito, [volandera
y se desliza al punto por el aire sereno y va hendiendo el espacio transparente
y no llega a mover sus raudas alas, así salva en su huida Mnesteo y su Dragón
el trayecto final de la carrera, así su ímpetu mismo presta alas a su vuelo.
Primero deja atrás a Sergesto que lucha en el saliente de la roca
y encallado en los bajos demanda en vano auxilio y trata de lograr
seguir corriendo con los remos rotos. Después da alcance a Gías y a la ingente
mole de la Quimera que cede ante él, privada como está de su piloto.
Ya al linde mismo de la meta sólo queda delante de él Cloanto.
Va a su encuentro y en un supremo esfuerzo ya le acosa.
Ahora sí que los gritos se redoblan;
todos a una le incitan con afán a darle alcance.
Va resonando el cielo con su estruendo. Les indigna a los unos
no lograr el triunfo que ya es suyo y el honor que ya tienen ganado,
y darían la vida por el lauro.
A Mnesteo y los suyos el éxito les da ánimos
y pueden porque creen que pueden.
Y acaso emparejadas las proas, una y otra consiguieron el premio
si Cloanto tendiendo las dos palmas hacia el mar
no hubiera dado suelta a sus plegarias
y llamando a los dioses a escuchar sus promesas: «¡Dioses que tenéis mando
sobre el mar, cuyo llano voy surcando,
yo os tengo que poner de grado en esta playa ante vuestros altares
un toro radiante de blancura, os lo prometo, y arrojaré en ofrenda
a las olas saladas sus entrañas y verteré raudales de vino».
Dijo y en lo profundo, debajo de las olas le escuchó todo el coro de Nereidas

y el de Forco [127] y la virgen Panopea
y con su enorme mano el mismo dios Portuno
le impulsó en su carrera y más veloz que el Noto y que alada saeta
vuela a tierra y desaparece puerto adentro.
Llama el hijo de Anquises según costumbre a todos
y declara vencedor a Cloanto
por la potente voz del pregonero y de verde laurel ciñe sus sienes.
Luego los galardornes para cada navío a su elección:
tres novillos y vino y un talento ponderoso de plata.
A ello añade presentes especiales para los capitanes:
al vencedor una clámide en oro bordada; por su orillo
corre en doble cenefa un raudal púrpura de Melibea [128].
Allí se ve bordado el regio doncel [129]. Por la fronda del Ida dardo en mano
cansa corriendo a los veloces ciervos ardoroso,
parece ir jadeando. De pronto desde el Ida el ave portadora de las armas
de Júpiter se lo lleva prendido entre sus corvas garras por la altura.
Los ancianos guardianes tienden al cielo en vano las palmas de sus manos
y el furioso ladrido de sus perros va ascendiendo a las auras.
Al que próximo en méritos ganó el segundo puesto le hace dueño,
por gala y por defensa en el combate, de un arnés tejido de una malla
de ligeros anillos y de triple hilo de oro,
que Eneas vencedor le arrancó por su mano a Demóleo
allá a la vera del Simunte veloz,
al pie de la alta Troya. A duras penas ahora sus servidores

[127] Eran las Nereidas las cincuenta hijas de la divinidad marina Nereo y de la ninfa Doris. Panopea era una de ellas. Forco era hermano de Nereo. A ellos vuelve a referirse el poeta al final del libro al describir el cortejo de Neptuno. Portuno era el dios protector de puertos.

[128] De Melibea, ciudad de Tesalia afamada por sus tintes de púrpura.

[129] La escena bordada en oro representa el rapto de Ganimedes. Era éste el menor de los hijos de Laomedonte, el rey troyano perjuro. El águila de Júpiter lo arrebata y transporta al cielo donde pasa a ser copero del padre de los dioses. Sigue Virgilio en este apunte maestro la costumbre de servirse de temas representados en vestidos o colchas como había hecho Catulo en la fábula de Ariadna y Teseo bordada en la colcha del lecho nupcial de Tetis y Peleo. Resalta en el camafeo virgiliano la movilidad esencial de su arte concebido a modo de huida y el remate habitual de inanidad en el ladrido que se pierde en las auras.

Fegeo y Ságaris logran llevarlo en hombros por el peso de sus mallas.
En cambio en otro tiempo Demóleo ajustándolo a su cuerpo
perseguía veloz con él a los troyanos y los hacía huir en desbandada.
El tercer galardón lo forma una pareja de calderos de bronce
y dos copas de plata ornadas de figuras en relieve.
Obtenidos los premios, todos se retiraban ufanos de sus dones
con las frentes ceñidas de cintas encarnadas, cuando arrancado al cabo
con denodada maña de las garras del peñasco cruel perdiendo remos
Sergesto ya sin fuerzas, privado de una fila de remeros
conducía entre mofas su nave sin honor. Igual que una culebra
a la que en un desmonte del camino
sorprende con frecuencia una rueda de bronce
y pasa de través sobre su cuerpo, o a la que un caminante golpeándola
con una recia piedra la deja medio muerta, mutilada.
Ella en vano trata de huir,
retuerce su dorso en grandes roscas; una parte del cuerpo enfurecida,
con los ojos en ascuas, irguiéndose adelanta su cuerpo sibilante,
la otra parte quebrada la retiene detrás
y enlaza sus anillos y se va replegando sobre sí,
tal parecían los remeros que impelían la nave lentamente.
Iza al cabo las velas y se adentra por la boca del puerto.
A Sergesto le obsequia Eneas con el premio prometido.
Le alegra ver a salvo la nave y ver los compañeros recobrados,
le da una esclava experta en las tereas de Minerva; es cretense,
de nombre Fóloe, con dos mellizos que a sus pechos cría.

La carrera a pie

Terminado este juego, el buen Eneas se encamina a un llano herboso
ceñido todo de árboles por sus corvos oteros.
Queda en medio del valle el coso de un teatro. Hacia él
con muchos miles que le escoltan el héroe se dirige y se sienta en un estrado.
Allí incita con premios los ánimos de aquellos que desean competir
corriendo a pie veloces y les pone delante los trofeos.
Vienen de todas partes, entremezclados teucros y sicanios.

Y los primeros Niso y Euríalo; descollaba Euríalo
en belleza y en radiante juventud.
Niso en su tierno afecto por el muchacho.
Viene luego Diores, noble vástago de la estirpe
de Príamo. Tras él Selio y Patrón, acarnanio el primero [130],
de sangre árcade el otro, de familia tegea. Después, dos mozos sicilianos,
de nombre Hélimo y Pánopes, curtidos en la vida de los bosques
y compañeros del anciano Acestes. Y además otros muchos cuyos nombres
la fama ha silenciado. Eneas se coloca en medio de ellos y les habla así:
«Retened mis palabras en vuestros corazones y prestadme gozosos atención:
Ninguno de vosotros se irá de aquí sin recompensa mía.
A todos os daré dos venablos cretenses, relucientes, de bien pulido hierro,
y un hacha de dos filos de plata cincelada. Será este galardón común a todos.
Los tres primeros tendrán premios aparte y ceñirá sus frentes dorado olivo.
El primer vencedor tandrá un corcel con su rico jaez, el segundo una aljaba
llena de flechas tracias que ciñe un tahalí con su ancha franja de oro
sujeto de una fíbula labrada en lisa gema.
Podrá ir contento con este almete argólico el tercero».
Dice. Ocupan sus puestos. De repente, al oír la señal
dejando atrás el linde devoran el espacio,
lo mismo que un turbión se precipitan todos, fija en la meta la mirada.
Niso marcha en cabeza, radiante, destacado de todos largo trecho,
más raudo que los vientos y que alado rayo. Cercano a él, sí, pero cercano
a gran distancia le va siguiendo Salio.
Luego viene un espacio y viene Euríalo.
En pos de Euríalo, Hélimo y enseguida Diores. Miradlo, va volando tras él,
ya le pisa los talones, ya da inclinado en su hombro. Si faltara más trecho
deslizándose rápido le habría adelantado o dejara indecisa la victoria.
Ya casi están llegando al fin de la carrera, ya rendidos se acercan a la meta
cuando resbala Niso, infortunado, en un charco de sangre
que se había escurrido por el suelo y teñía el verdor de la yerba
allí donde acababan de inmolar casualmente unos novillos.
Entonces ya en el gozo del triunfo el joven no consigue asentar en el suelo

[130] La Acarnania era una región de la Grecia septentrional sobre el mar Jónico. Tegea, población de Arcadia, la región del centro del Peloponeso, al sur de Grecia.

sus pasos vacilantes; cae de bruces sobre el fango y la sanguaza de las víctimas.
Pero no, no se olvida de Euríalo,
el amor de su alma y alzándose del lodo escurridizo
le cierra con su cuerpo el paso a Salio, quien rodando sobre él
queda tendido entre la espesa arena. Se precipita Euríalo
y por la deferencia de su amigo se pone a la cabeza vencedor
y va volando entre aplausos y vítores. Llega Hélimo después y la tercera palma
pertenece ahora a Diores. Entonces llena Salio
con sus potentes gritos de protesta
toda la concurrencia del vasto anfiteatro
y la atención de los ancianos en las filas de enfrente
pidiendo para sí el honor que con fraude le ha sido arrebatado.
Pero Euríalo cuenta con el favor de todos y el poder de sus hermosas lágrimas
y su propia valía, más atractiva aún en un cuerpo agraciado,
Diores viene en su ayuda. Protesta a grandes voces
que él había conseguido ya la palma
y que habría logrado el tercer premio en vano
si se le otorga a Salio el honor de pasar al primer puesto.
Entonces interviene el buen Eneas:
«Tenéis asegurados, muchachos, vuestros premios.
Ninguno alterará el orden del triunfo. Séame permitido
dolerme de un amigo sin culpa en su infortunio».
Dice y entrega a Salio una imponente piel de león getulo
cargado de su gala de vedijas y con las garras de oro.
Niso entonces: «Si tales son los premios que das a los vencidos
y te dueles así de los caídos ¿qué recompensa digna de él reservas a Niso
que hubiera conseguido con honra el primer puesto si no le hubiera sido
adversa como a Salio la fortuna?» Mientras hablaba así
mostraba rostro y cuerpo sucios de húmedo fimo. El bondadoso padre le sonríe
y manda que le traigan un escudo forjado por el arte de Didimaón, que un día
arrancaron los dánaos del sagrado dintel de Neptuno [131].
Con este don soberbio
recompensa al noble joven.

[131] Parece que fue Eneas quien recobró de los griegos este escudo arrebatado por ellos del templo de Neptuno, donde figuraba como objeto votivo.

EL PUGILATO

Una vez terminada la carrera y otorgados los premios:
«Ahora —prorrumpe Eneas— si alguien tiene valor y coraje en el pecho,
que se adelante aquí con los brazos en alto y las manos armadas de guanteletes».
Dice y expone el doble galardón del combate: al vencedor
un novillo con los cuernos dorados, ornado con las borlas de las ínfulas;
una espada y un yelmo bien galano servirán de consuelo al vencido.
No transcurre un momento. Al punto Dares aparece
ostentando sus imponentes fuerzas
y en medio de murmullos unánimes de asombro se adelanta. Él era el único
que solía combatir contra Paris, el mismo que a la vera del túmulo
donde Héctor, el excelso, halla reposo,
había derribado a Butes, el gigante vencedor,
ufano de la estirpe bebricia del rey Ámico [132], y le había tendido moribundo
sobre la fulva arena. Así era Dares, el que ahora yergue
presto para el combate la cabeza y va ostentando sus fornidos hombros
y adelanta los brazos y dispara el derecho y el izquierdo
y azota el aire con sus golpes.
Se le busca un rival pero no hay entre tantos quien se atreva
a enfrentarse con él y a enfundarse los guantes en las manos.
Engreído, pensando que todos renunciaban a la palma
se planta frente a Eneas y sin aguardar más coge de un cuerno
al toro con la izquierda y dice: «Hijo de diosa, si ninguno se atreve
a exponerse a la lucha, ¿hasta cuándo voy a seguir plantado aquí?
¿Cuánto he de continuar todavía esperando? Ordena que me lleve el galardón».
Y todos los troyanos prorrumpían en gritos unánimes.
Reclamaban que le dé lo prometido. En esto Acestes
enérgico reprocha a Entelo, sentado como estaba
cerca de él sobre un lecho de yerba verdegueante:
«Entelo, pero ¿es que fuiste en vano tú otro tiempo
el más bravo de los héroes? ¿Vas a dejar así, tan resignado

[132] Rey de los bebricios, pueblo tracio de la costa del mar Negro. Retaba a combate a todos los extranjeros. Quiso impedir a los Argonautas que se proveyeran de agua. Pólux, que iba en la expedición, combatió con él y le dio muerte.

que se lleve ese premio sin combatir siquiera? ¿Dónde está el que era un dios
para nosotros, Érice, al que llamabas maestro sin razón?
¿Dónde aquel tu renombre dilatado por toda Sicilia y los trofeos
que penden de los muros de tu casa?» Replica Entelo: «No es el miedo
el que ahuyenta de mí el amor al aplauso y a la gloria.
Pero la tartajosa vejez mi sangre embota con su hielo
y desfallecen yertas las fuerzas de mi cuerpo. Si tuviera yo ahora
los bríos juveniles que tuve en otro tiempo, esos en que engreído
confía ese insolente, no sería por cierto el galardón de ese hermoso novillo
lo que me instigaría, que no me paro en premio». Dice y al punto arroja
al centro de la arena el par de guantes con que Érice valeroso
solía armar sus manos en la lucha y retesar sus brazos con el rígido cuero.
Todos quedan atónitos. Tan enormes serían
aquellos siete bueyes cuya piel contemplaban
reforzada de láminas de plomo y erizado de hierro.
Y es Dares quien se asombra más que todos y rechaza enérgico el combate.
Y el noble hijo de Anquises sopesa el correaje
y da vueltas a sus enormes pliegues.
Entre tanto al viejo campeón le brotaban del alma estas palabras:
«Y ¿qué diría quien hubiese visto los guanteletes y las armas de Hércules
y el combate desolador que en esta misma orilla se libró?
Son estas mismas armas las que usó en otro tiempo tu hermano Érice
—aún puedes distinguir salpicaduras de sangre y sesos destrozados—.
Con estas plantó cara al gran Alcides [133] . Estas solía usar
yo mismo cuando sangre más fogosa avivaba mis fuerzas
y no había llegado todavía la vejez envidiosa
a esparcir su ceniza por mis sienes.
Pero si el teucro Dares rechaza estas mis armas
y así lo quiere el buen Eneas y lo aprueba mi valedor Acestes,
igualemos la lid. Renuncio yo a los guanteletes de Érice —desecha el miedo—
y quítate esos guantes troyanos». Diciendo esto retira el doble manto
que le cubre los hombros y desnuda sus músculos potentes
y sus fornidos huesos y sus nervudos brazos.

[133] Se refiere a Hércules, descendiente de Alceo. Erimanto, que cita a continuación, v. 447, es una montaña de Arcadia. En ella Hércules dio muerte a un feroz jabalí, lo que constituye uno de sus celebrados Trabajos.

Y se planta gigante en medio de la arena.
Saca entonces el hijo de Anquises unos guantes iguales y con armas parejas
va ciñendo las manos de uno y otro. Al instante se empinan los dos
sobre las puntas de sus pies y alzan a la altura del aire impávidos sus brazos.
Echan atrás sus erguidas cabezas cuanto pueden por esquivar los golpes
y entreveran las manos con las manos y se hostigan lanzados a la lucha.
El uno, más rápido de pies, confía en la ventaja que da la juventud,
el otro poderoso por su musculatura y corpulencia, pero ya le flaquean
temblonas las rodillas y un penoso jadeo estremece la mole de su cuerpo.
Uno y otro se asestan sin alcanzarse golpes y más golpes,
y golpes y más golpes descargan en sus huecos ijares que retumban potentes
en la caja de su pecho. Los puños merodean sin cesar
en torno a las orejas y a las sienes
y crujen las mandíbulas al mazazo de hierro de los golpes.
Firme en su puesto, Entelo permanece inconmovible por su propio peso.
Va esquivando los golpes, la mirada avizor,
no más que con el giro de su cuerpo.
Dares como el que asalta con pertrechos de guerra una ciudad cimera
o pone asedio con sus huestes a un fortín arriscado, ahora intenta un acceso,
luego el otro y recorre artero el campo todo y en vano va atacando
en variados asaltos. De pronto Entelo, irguiéndose, adelanta su diestra
y la alza en alto. Dares presiente el golpe que amaga desde arriba y lo esquiva
hurtando raudo el cuerpo. Y Entelo desparrama su pujanza en el aire
y pesadamente él solo desploma en tierra su imponente mole,
como a veces allá en el Erimanto o el gran Ida descuajadas sus raíces
un pino se desploma. Enardecidos se alzan
los teucros y los mozos sicilianos. El griterío asciende hasta los cielos.
Corre Acestes en su ayuda el primero y condoliéndose
levanta de la tierra al amigo que en años se le iguala.
Pero el heroico Entelo sin demora y sin que la caída le amilane
vuelve con más ardor a la pelea; el coraje acrecienta sus bríos.
La vergüenza enardece su vigor y también la conciencia de su propio valor.
Corre encorajinado por todo el campo persiguiendo a Dares,
que huye raudo. Redobla los golpes con la diestra
y con la izquierda. No hay tregua ni descanso.
Como nube de granizo que bate crepitante los tejados, tal el turbión de golpes

con que tunde y zarandea Entelo a Dares con sus puños.
No puede tolerar padre Eneas que prosiga la cólera de Entelo
ni le ciegue el encono del rencor. Pone fin al combate
y rescata al extenuado Dares y trata de consolarle así: «Desventurado,
pero ¿cómo ha podido adueñarse de ti tamaña insensatez?
¿No ves que es una fuerza de otro orden
y que el poder divino se ha vuelto contra ti? Cede a los cielos».
Dice y su voz dirime la contienda. Y se llevan a Dares a las naves
sus fieles camaradas. Arrastra a duras penas las rodillas;
bambolea la cabeza abatida; va escupiendo espesa sangre
y dientes mezclados con sus grumos.
Se les llama y reciben el yelmo con la espada. La palma de victoria y el toro
se quedan para Entelo. El vencedor entonces, engreído por el triunfo,
ufano con el toro: «¡Hijo de diosa y vosotros, teucros —prorrumpe—,
conoced qué pujanza tendría yo en mis años juveniles y de qué traza
de muerte se ha librado Dares, a quien tenéis ya a salvo con vosotros».
Dice y se planta firme cara al toro, trofeo del combate, que estaba cerca en pie,
y echando atrás la diestra bien alta descarga el duro guante entre los cuernos
y destroza los huesos y hace saltar los sesos. El toro derrumbado cae sin vida
por tierra entre estertores, y Entelo añade exhalando del alma estas palabras:
«Te brindo, Érice, esta vida más noble en vez de la de Dares.
Y depongo aquí ante tí mis guantes y mi arte victorioso».

El tiro al blanco

Eneas en seguida invita a los que quieran combatir en el tiro
con las raudas saetas y designa los premios. Con su pujante brío
arbola el mástil tomado de la nave de Sergesto y cuelga una paloma volandera
prendida de una cuerda en la punta del madero. Acuden los rivales
y en un yelmo de bronce recogen las tablillas de nombres que sortean.
Y entre una clamorosa aprobación el primero de todos sale el nombre de
[Hipoconte,
el hijo de Hírtaco y le sigue Mnesteo, el vencedor reciente en las regatas,
Mnesteo coronado de oliva verdecida.
El tercero Euritión tu hermano, egregio Pándaro, que un día

al ordenarte Palas que anularas el pacto [134], fuiste el primero
en disparar tu dardo a los aqueos. El último que queda
en lo hondo del almete es Acestes, resuelto también él a intentar con su mano
aquel empeño moceril. Entonces curvan los flexibles arcos con poderoso brío
según sus fuerzas cada cual y sacan las saetas del carcaj.
La primera que cruza el espacio lanzada de la cuerda zumbadora
es la del hijo de Hírtaco. Va azotando las auras volanderas
y da en el poste y va a clavarse de frente sobre el mástil.
Se estremece el madero, bate las alas espantada el ave y todo en derredor
resuena en un aplauso clamoroso. Después, presto ya el arco,
el brioso Mnesteo afirma en tierra el pie y apuntando a la altura
tiende ojos y saeta a un mismo tiempo. Pero ¡ay! no consiguió
por desgracia alcanzar a la paloma. Sólo rompió los nudos y la cuerda de lino
de que pendía el ave trabada por la pata de la punta del mástil.
Y la paloma huyó tendiendo el vuelo
y fue a perderse entre los vientos y las oscuras nubes.
Raudo al punto Euritión, que tenía ya presta la saeta en el arco montado,
pide a su hermano que escuche su promesa y fijando la vista en la paloma
que batía gozosa las alas por el libre haz de los cielos
le clava la saeta mientras volaba entre una negra nube.
Cae exánime a tierra dejando en las alturas su vida, allá entre las estrellas
y devuelve al caer la saeta que trae atravesada.
Sólo quedaba Acestes, perdido el galardón de la victoria.
Con todo dispara su saeta
a las aladas auras ostentanto la destreza antañona
con que retiñe el arco sonoroso. Entonces se presenta a sus ojos un prodigio
que había de servir de egregio augurio. Lo demostró después un gran suceso
y vates tremebundos proclamaron más tarde su presagio [135].
Pues volando la caña fue ardiendo por las aéreas nubes
y señaló el camino con sus llamas

[134] Se había pactado dirimir la guerra de Troya con un duelo entre Paris y Menelao. Venció éste pero Palas Atenea instigó a Pándaro, arquero sin par, a que disparase su arco contra Menelao al que hirió. Con ello quedó roto el pacto.

[135] Se cree que Virgilio presagia aquí la Primera Guerra Púnica que tiene lugar en Sicilia, guerra encarnizada al principio, de feliz resultado para los romanos después. Los adivinos tomaron como augurio el prodigio aquí descrito.

y fue a desvanecerse en las delgadas auras, lo mismo que acostumbran
soltándose del cielo las estrellas voladoras a deslizarse veloces
por el aire dejando en pos su cabellera.
Atónitos, clavados en tierra permanecen sicilianos y teucros
y elevan sus plegarias a los dioses de lo alto y el egregio Eneas
no rechaza el presagio, antes abraza al jubiloso Acestes,
le colma de preciados presentes y le dice estas palabras:
«Toma, padre, que el gran rey del Olimpo quiere con este auspicio
que recibas honores especiales. Este regalo, que pasa a tu poder,
perteneció a mi amado padre Anquises: un vaso con figuras cinceladas.
Lo recibió mi padre de Ciseo de Tracia como alto don,
por que lo conservara como recuerdo suyo en prenda de su amor».
Dice y ciñe sus sienes de laurel verdegueante y le proclama a Acestes
vencedor sobre todos los demás. Y Euritión generoso
no siente celos de esta preferencia aunque él fue el único
que de lo alto del cielo derribó la paloma. Después sigue en el turno
el que cortó la cuerda y en último lugar el que clavó en el mástil la flecha [voladora.

El torneo troyano

No había concluido este certamen cuando el caudillo Eneas llama a Epítides
—era el guardián y el ayo del niño Julo— y dice a sus fieles oídos:
«Anda, ve y dile a Ascanio si tiene preparada la tropa de muchachos
y ha organizado la parada ecuestre;
que guíe las escuadras en honor de su abuelo
y que desfile armado a nuestra vista». Y en persona manda al pueblo
que ha invadido el ancho ruedo, que se retire y deje libre el llano.
Avanzan los muchachos al paso y desfilan radiantes
en parejas sofrenando los potros
ante los ojos de sus padres. Y todo el mocerío de Sicilia y de Troya
rompe maravillado en un murmullo. Lucen como es costumbre sus cabellos
coronados de guirnaldas podadas;
portan dos jabalinas de cerezo con remate de hierro;
algunos un bruñido carcaj colgado al hombro. Y rodea su cuello
y desciende por lo alto de su pecho una cadena de oro vuelta en torces.

Son tres los escuadrones de jinetes y tres los capitanes que campean [136].
A cada uno le siguen dos secciones de a seis. Brillan los escuadrones
al mando de igual número de jefes.
Uno avanza triunfal bajo la guía del pequeño Príamo,
—ostenta el nombre de su abuelo— claro vástago tuyo, Polites,
que en Italia difundirá tu estirpe.
Monta un caballo tracio moteado de blanco, blancas las pintas
de sus patas delanteras,
blanca su altiva frente. Es Atis el segundo, quien da nombre
a los Atios latinos, el parvo Atis, mozuelo amado del mozuelo Julo.
El último, el que excede a todos en belleza, el mismo Julo.
Monta un corcel sidonio, el que le regaló la hermosa Dido para que lo tuviera
como regalo suyo y en prenda de su amor.
Cabalgan los demás en potros sicilianos
que pertenecen al anciano Acestes. Los dárdanos acogen con aplausos
a los adolescentes que tiemblan de emoción. Se alegran contemplándolos.
Reconocen en ellos las facciones de sus antepasados.
Luego que cabalgando pasearon ufanos la mirada
a lo largo del concurso y a los ojos de los suyos,
ya prestos desde lejos, da la señal el hijo de Épito
con un grito y un restallo de látigo.
Ellos van galopando en dos filas iguales
y los tres escuadrones deshacen la formación
dividiéndose en bandos. Y a una nueva señal volviendo grupas
se acosan lanza en ristre. Y emprenden una nueva carrera.
Y luego se repliegan enfrentándose un grupo y otro grupo
a través del terreno. Y van trenzando giros y más giros

---

[136] Concentra Virgilio su más viva dilección en el episodio. Los muchachos que toman parte en el juego son treinta y seis, divididos en tres pelotones mandados por tres capitanes. Forman cada pelotón dos grupos de seis. Cabalgan primero juntos en doble fila hacia el centro del redondel. Luego giran la mitad hacia la derecha, la otra mitad hacia la izquierda. Y galopan a uno y otro lado del anillo. Entonces a una orden de Epítides, el jefe del conjunto, vuelven grupas y cargan unos contra otros. Gusta Virgilio de presentar divididos en tres pelotones estos jinetes a imagen de las tres tribus y aun de las tres centurias primitivas del pueblo romano.

y parecen trabados en combate, ahora huyendo
o dejando la espalda al descubierto,
ahora vuelven sus armas
dispuestas al ataque, ahora han hecho las paces
y ya van pareados cabalgando. Como es fama que antaño,
allá en la Creta montañosa
tenía el Laberinto un pasadizo entretejido de paredes ciegas,
y una equívoca trampa con sus mil direcciones en donde iba cortando
la señal de avanzar una maraña inextricable que no dejaba echar pie atrás,
con parecida traza los hijos de los teucros en sus potros van trabando sus pasos
y entretejen su juego de fugas y de asaltos, igual que los delfines
que, nadando en el piélago espumante, sesgan el mar Carpacio [137]
y el libio entre retozos por las olas. Ascanio fue el primero
que restauró esta suerte de carrera a caballo y estas justas
cuando ciñó de muros Alba Longa
y el que enseñó su juego a los latinos primitivos
como él de adolescente los corría a una con los muchachos troyanos.
Los de Alba lo enseñaron a sus hijos. De ella lo recibió la excelsa Roma
que ha conservado la costumbre de este rito ancestral.
Y aún hoy día se llama Troya el juego [138] y a los muchachos escuadrón troyano.
Estos fueron los juegos que Eneas celebró en honor de su padre venerable.

ARDID DE JUNO. INCENDIO DE LAS NAVES

Entonces la fortuna cambió por vez primera y dio en quebrar su valimiento.
Mientras con varios juegos van rindiendo a su túmulo los honores rituales,
desde la altura la Saturnia Juno manda a Iris a las naves troyanas
y le insufla el favor de los vientos en su vuelo. Planeaba mil tretas
insaciados todavía sus antiguos rencores. Apresura su marcha la doncella
a lo largo del arco de mil visos y desciende por su rápida senda
sin que nadie la vea. Y divisa un inmenso gentío y recorre con sus ojos la orilla
y ve el puerto desierto y ve solas las naves. A lo lejos, aparte,

---

[137] Mar que baña la isla del mismo nombre en el Egeo entre Creta y Rodas.

[138] Fue Sila quien estableció este juego en Roma, en el siglo I a. C. Augusto le dio amplio desarrollo. El poeta como deferencia hacia el emperador amigo lo remonta a Eneas y Ascanio.

allá en la playa solitaria las mujeres troyanas [139]
lloraban por la pérdida de Anquises
y todas entre lágrimas dirigían la vista al mar inmenso.
«¡Ay! ¡Qué cansancio y cuántas travesías por las olas nos quedan todavía!»
Prorrumpen todas a una. Piden una ciudad.
Están hastiadas de tanto sufrimiento por el mar.
Iris, versada en malignos amaños, se mete en medio de ellas
mudando antes su aspecto y su veste de diosa. Se ha transformado en Béroe,
la anciana esposa de Doriclo de Tmaro [140], mujer antaño de rango,
que gozó de fama y de hijos.
De esta traza Iris se agrega al grupo de matronas dardanias.
«¡Infortunadas de vosotras! —clama— a quienes no arrastraron
unas manos aqueas a la muerte en la guerra al pie de las murallas de la patria.
Desventurado pueblo ¿a qué desastre os viene reservando la fortuna?
Corre el séptimo estío ya desde que fue Troya destruida.
Llevamos tantos mares y tierras recorridas, tantas rocas y estrellas inclementes
persiguiendo por el mar anchuroso, juguete de las olas,
esa Italia que siempre va huyendo de nosotros.
Estamos en la tierra de nuestro hermano Érice, en donde Acestes nos acoge.
¿Quién nos veda tender una muralla y dar una ciudad a nuestro pueblo?
¡Oh, patria, oh, dioses hogareños rescatados en vano al enemigo!
¿No va a haber nunca más una ciudad a que llamemos Troya?
¿No voy a ver ya más un Janto y un Simunte, aquellos ríos de Héctor?
¡Venid, ea, prended fuego conmigo a esas infaustas naves!
Pues en sueños la imagen de Casandra, la adivina,
pareció que me daba unas teas encendidas.
Buscad Troya aquí —dijo—. Aquí tenéis vuestra morada.
Es tiempo ya de obrar.
No admiten dilación tales portentos. Ved estos cuatro altares de Neptuno.
Él mismo nos da antorchas y coraje».
Dice esto y se adelanta a arrebatar la llama destructora,
alza el tizón en la diestra bien alto y blandiéndolo forzada lo dispara.
Desconcierta sus mentes, quedan estupefactas las troyanas.

[139] Emplaza el poeta a las mujeres aparte, entregadas a su dolor, aisladas del espectáculo de los juegos que estaban reservados a los hombres.

[140] Era el Tmaro una montaña del Epiro, la Albania actual.

Y una de ellas, la más entrada en años, Pirgo, la que crió
tantos hijos de Príamo: «No, troyanas, no es ésta Béroe,
no es la esposa retea de Doriclo. Observad las señales de su gracia celeste,
el brillo de sus ojos, qué aire de majestad, qué semblante,
qué tono el de su voz y su porte al andar. Es más, yo misma acabo de dejar
enferma a Béroe hace un instante, doliéndose de ser la única en no asistir
a este rito y no rendir a Anquises los honores debidos». Habla así.
Las troyanas dudándolo al principio lanzan hoscas miradas a las naves;
no saben decidirse entre su infortunado amor a aquella tierra
y el reino al que la voz de los hados les llama.
De repente la diosa planeando sus alas, se remonta por el cielo
y en su huida va hendiendo por las nubes su arco ingente.
Entonces sí que gritan pasmadas del prodigio, frenéticas,
y arrebatan el fuego a los sagrados fogariles. Parte de ellas despojan los altares
y arrojan follaje, ramas secas, antorchas encendidas. Y Vulcano cabalga
a rienda suelta enfurecido a lo largo de los bancos y las filas de remos
y las pintadas popas de madera de abeto.
Eumelo es el que lleva el túmulo de Anquises
y las gradas del estadio la nueva del incendio de las naves.
Y vuelven la cabeza y ven girando por el aire una negra humareda de pavesas.
Y Ascanio antes que nadie guiando como estaba aquel torneo
se dirige impetuoso galopando hacia el revuelto campo. Sus ayos sin aliento
no logran retenerlo. «¿Qué locura nunca vista es la vuestra?
¿A qué ahora esto? ¿Qué pretendéis? —prorrumpe—.
¡Ay! ¡Desgraciadas troyanas!
No es éste el enemigo ni el campamento hostil de los argivos
lo que incendiáis. Estáis quemando vuestras propias esperanzas.
Mirad. Soy vuestro Ascanio». Y arroja ante ellas el yelmo inútil ya,
con el que se cubría mientras ejecutaba en el torneo simulacros de guerra.
Corriendo acude Eneas y a la par los teucros en tropel.
Pero ellas temerosas huyen desperdigadas por la playa en todas direcciones
y tratan de ocultarse en los bosques y en los huecos de las rocas
que logran encontrar, avergonzadas de su obra y de la misma luz del día.
Vuelven a ser las que eran; reconocen a los suyos
y es expulsada Juno de sus almas.
Mas no cejan las llamas en su indómita pujanza.

Bajo el húmedo roble sigue ardiendo la estopa
que vomita una espesa humareda,
y devora el fuego lento las quillas y se corre la ruina por el cuerpo de las naves.
Y no sirve el esfuerzo de los héroes ni los torrentes de agua que derraman.
Ante esto la piedad de Eneas desgarrando la veste de sus hombros
llama a los dioses en su ayuda y tiende hacia la altura las palmas de las manos:
«¡Omnipotente Júpiter, si no has llegado a odiar
a todos los troyanos hasta el último,
si aún tu piedad de antaño conserva una mirada
para los sufrimientos de los hombres,
danos, Padre, librar ya nuestras naves de las llamas y arranca de la muerte
los reducidos bienes de los teucros, o manda a lo que queda tu rayo destructor,
si lo merezco, y húndenos aquí mismo con tu diestra».
Hablaba todavía cuando, sueltos los hilos de la lluvia,
se desata una negra tempestad de furia nunca vista;
retumban con los truenos los montes y los llanos
y desde todo el cielo se derrumba una fiera tromba de agua
ennegrecida por los densos Austros. Y las naves se inundan
y el agua va empapando la madera a medio arder hasta que todo el fuego
va apagándose y quedan todas las naves menos cuatro a salvo del incendio.
Pero el caudillo Eneas, condolido de aquel acerbo trance,
daba vueltas en su alma al paso de sus cuitas
fluctuando en su duda de quedarse en los campos sicilianos
sin cuidar de los hados o continuar en busca de las costas de Italia.
Entonces Nautes, ya bien entrado en años,
a quien la misma Palas Tritonia aleccionó
con preferencia a todos e hizo que destacara por sus egregias dotes
—ella misma le daba la respuesta revelándole qué presagiaba el enconado enojo
de los dioses o qué exigía el curso de los hados— trata de confortar
a Eneas de este modo: «¡Hijo de diosa, sigamos donde el hado nos guíe,
adelante o atrás; debemos superar cualquier fortuna sabiendo soportarla.
Cuentas aquí con el dardanio Acestes, de ascendencia divina.
Hazle que participe de tus planes,
asócialo contigo; él lo desea. Confíale el cuidado
de aquellos cuyas naves se han perdido y aquellos a que enfada
tu generoso empeño y tu destino. Separa a los de edad más avanzada,

a las matronas fatigadas del mar y a cuantos hay a tu lado sin fuerzas
y que temen los peligros. Y deja que éstos tengan
su sede y su descanso en estas tierras.
Acesta [141] será el nombre que lleve la ciudad si lo permites».
Enardecido por las palabras de su anciano amigo,
siente Eneas que cada afán le traquetea el alma.

Se le aparece en sueños la sombra de Anquises

Ya iba la negra Noche dominando en su carro la bóveda celeste,
Cuando la imagen de su padre Anquises, de pronto deslizándose del cielo,
le pareció decirle estas palabras: «¡Hijo, al que yo quería antes cuando vivía
más que a mi misma vida, hijo mío, probado por los hados de Ilión,
acudo a ti por orden de Júpiter, el que ha alejado el fuego de las naves
y el que desde la altura se ha apiadado de ti! Obedece el consejo, el más certero,
que ahora te da el anciano Nautes. Lleva contigo a Italia la flor de tus troyanos,
los de más valeroso corazón. Tendrás que domeñar en Italia, combatiendo,
a un pueblo indómito, de rudeza feroz.
Pero antes llégate a las moradas infernales
de Plutón y salvando el abismo del Averno,
hijo mío, procura encontrarte conmigo.
No me retiene, no, el impío Tártaro entre sus tristes sombras.
Habito en el Elisio en gozoso consorcio con los justos.
Hasta allí, una vez que viertas abundante sangre de negras víctimas,
te guiará la casta Sibila. Conocerás entonces toda tu descendencia
y sabrás qué ciudad se te concede. Y ahora ¡adiós! Ya va la húmeda Noche
rodando la mitad de su carrera y la Aurora implacable me ha insuflado
el huelgo de sus potros jadeantes». Dice y corre a perderse como el humo
en las auras. «¿A dónde te apresuras? ¿A dónde vas hurtándote de mí?
—prorrumpe Eneas—. ¿De quién huyes? ¿Quién te hurta a mis abrazos?»
Dice y aviva el rescoldo del fuego adormecido y ofrenda suplicante
sagrada harina e incienso a manos llenas al lar de Pérgamo
y en la capilla recóndita de Vesta, la del cabello plateado.

[141] Acomoda Virgilio el nombre de la ciudad al de su héroe. El nombre más antiguo es Egesta según Tucídides, VI 2, 3. Sus ruinas se hallan cerca de la actual Calatafimi.

Llama a sus compañeros al instante,
a Acestes el primero y les da a conocer las órdenes de Júpiter
y el consejo de su querido padre, y la resolución firme ya en su ánimo.
No hay larga discusión: no rehúsa sus órdenes Acestes,
adscriben a la nueva ciudad a las mujeres y a cuantos lo desean,
a aquellos que no sienten ansia alguna de gloria.
Renuevan los demás los bancos de remeros, recomponen las vigas sollamadas,
acomodan los remos y las jarcias.
Son contados en número pero pujantes en coraje.
Eneas entre tanto traza con el arado linde a la ciudad
y sortea el solar de cada casa y ordena: «Esto ha de ser Ilión,
estos campos serán Troya». Goza el troyano Acestes con la idea de aquel reino.
Emplaza el foro y convoca al senado y le dicta sus leyes.
Y en la cumbre del Érice cerca de las estrellas le alza a Venus Idalia su morada
y al túmulo de Anquises le asigna un sacerdote con un extenso bosque
sagrado en torno.

Eneas reanuda el viaje

Había ya pasado nueve días todo el pueblo en banquetes
y habían ya rendido en los altares las ofrendas debidas.
Los vientos tersan plácidos el sobrehaz de las olas.
Y ya el soplo del Austro insistía llamándoles al mar.
Un inmenso gemido surge a lo largo de la corva orilla.
Entre mutuos abrazos pasan toda una noche y un día demorando la partida.
Y hasta las mismas madres y aquellos a los que antes repelía
aun la vista del mar y era su solo nombre intolerable,
quieren ahora embarcarse y arrostrar todos los sufrimientos del destierro.
Eneas los consuela bondadoso con palabras de afecto y entre lágrimas
se los va encomendando a su pariente Acestes. Y en seguida ordena el sacrificio
de tres terneros a Érice y que a las Tempestades [142] se inmole una cordera
y que vayan soltando las amarras de una en una. Y él mismo,
ceñidas las sienes de hojas de podado olivo,
destacado en pie sobre la popa, la ancha copa en la mano,

[142] Los romanos rendían culto a las Tempestades cuyo favor demandaban. Sabemos que L. Cornelio Escipión les alzó un templo en Roma por la protección que le prestaron durante una travesía por aguas de Córcega. Conservamos la inscripción de su epitafio.

arroja las entrañas de las víctimas a las ondas saladas y vierte vino transparente.
Surge el viento de popa y les va acompañando en su camino.
Los remeros compiten entre sí en batir las olas barriendo el haz del mar.
Pero Venus, acezada entre tanto de ansiedad, se dirige a Neptuno
y da suelta a estas quejas de su pecho: «La cólera enconada de Juno,
su rencor implacable me fuerzan a humillarme, Neptuno,
a toda suerte de súplicas, pues ni el lapso del tiempo
ni ningún honor rendido, consiguen ablandarla
ni la doblegan órdenes de Júpiter
ni los hados. No le basta haber raído Troya del corazón de Frigia
acuciada de su odio inconfesable ni arrastrar a sus prófugos
de castigo en castigo. Todavía persigue las cenizas, los huesos de la raza
a que dio muerte. Ella sabrá las causas de su furia.
Tú mismo eres testigo del repentino estrago que causó
no hace mucho allá en aguas de Libia.
Mezcló el mar con el cielo —en vano confiaba en los vientos
borrascosos de Eolo—. Y se ha atrevido a hacer eso en tu reino.
Y todavía más, ha acudido taimada a las matronas troyanas
y ha incendiado las naves su ruindad.
Y nos fuerza a abandonar en tierra extraña a nuestros camaradas
al perder sus navíos. Permíteles, te ruego, a los que quedan
tender velas al viento sin peligro a través de las olas
y que arriben al Tíber laurentino, si pido lo que es suyo,
y las Parcas nos otorgan esa ciudad murada».
Y el hijo de Saturno, señor del hondo mar, responde así:
«Tienes pleno derecho a confiar, Citerea [143], en mi reino en que has nacido;
además lo merezco yo que he frenado tantas veces la furia
y la iracunda cólera de la mar y del cielo.
No fue menor el cuidado que en tierra hube de tu Eneas
—pongo al Janto y al Simunte por testigos— cuando Aquiles
persiguiendo a las tropas troyanas ya sin ánimo,

[143] Nombre que da Virgilio a Venus tomado de la isla de Citera, al sur de Grecia. Alude a una leyenda del nacimiento de Afrodita. Nacida ésta de la espuma del mar (*afros*, espuma en griego), fue llevada hacia la isla de Citera. De ella, entre las orlas de las olas, a Chipre. En donde se adentró radiante de belleza. La yerba florecía allá donde posaba su leve pie (HESÍODO, *Teogonía* 191-97).

las acosaba hasta los mismos muros,
y mandaba a la muerte millares de troyanos, y los ríos repletos de cadáveres
rompían en gemidos. Y el Janto no encontraba vía franca
ni rodando sus ondas lograba ir hacia el mar. Yo entonces a tu Eneas
enfrentado en combate con el bravo Pelida, desiguales el favor de los dioses
y las fuerzas de uno y otro, lo arrebaté en el cuenco de una nube.
Y eso que ansiaba ya arrumbar las murallas de la perjura Troya
que mis manos habían levantado. Hoy mi ánimo
es el mismo para con él. Desecha tu temor.
Arribará seguro al puerto del Averno que deseas. Uno solo
perdido entre las olas será el que eches de menos, una vida
sacrificada por el bien de muchos». Al punto en que apaciguan y alegran
el pecho de la diosa estas palabras,
unce padre Neptuno sus corceles con sus jaeces de oro,
prende en su boca el espumante freno y sus manos les dan todo el rendaje.
Y va volando leve por sobre el haz del agua su carro verdiazul
y las olas se tienden a su paso y se alisa su crespo borbollón bajo el eje tonante.
Desaparecen las nubes borrascosas del ámbito del cielo. Y aflora la variada
traza de su cortejo: las ingentes ballenas, el coro inveterado
de Glauco, Palemón, hijo de Ino, y los raudos Tritones.
Y el ejército todo de Forco. A la izquierda van Tetis y Mélite
y la virgen Panopea y Nisee y Espío y Talía y Cimódoce [144].
En esto un dulce gozo invade el alma ansiosa del caudillo Eneas.
Manda al punto arbolar todos los mástiles y desplegar las velas en las vergas.
Maniobran todos a una y van tendiendo las lonas a babor y estribor
y giran a ambos lados los cabos de las vergas.
Y el viento con su soplo va impulsando las naves.
En cabeza el primero de todos Palinuro guiaba la apiñada formación.
Los demás tienen orden de seguir el rumbo que les marca.

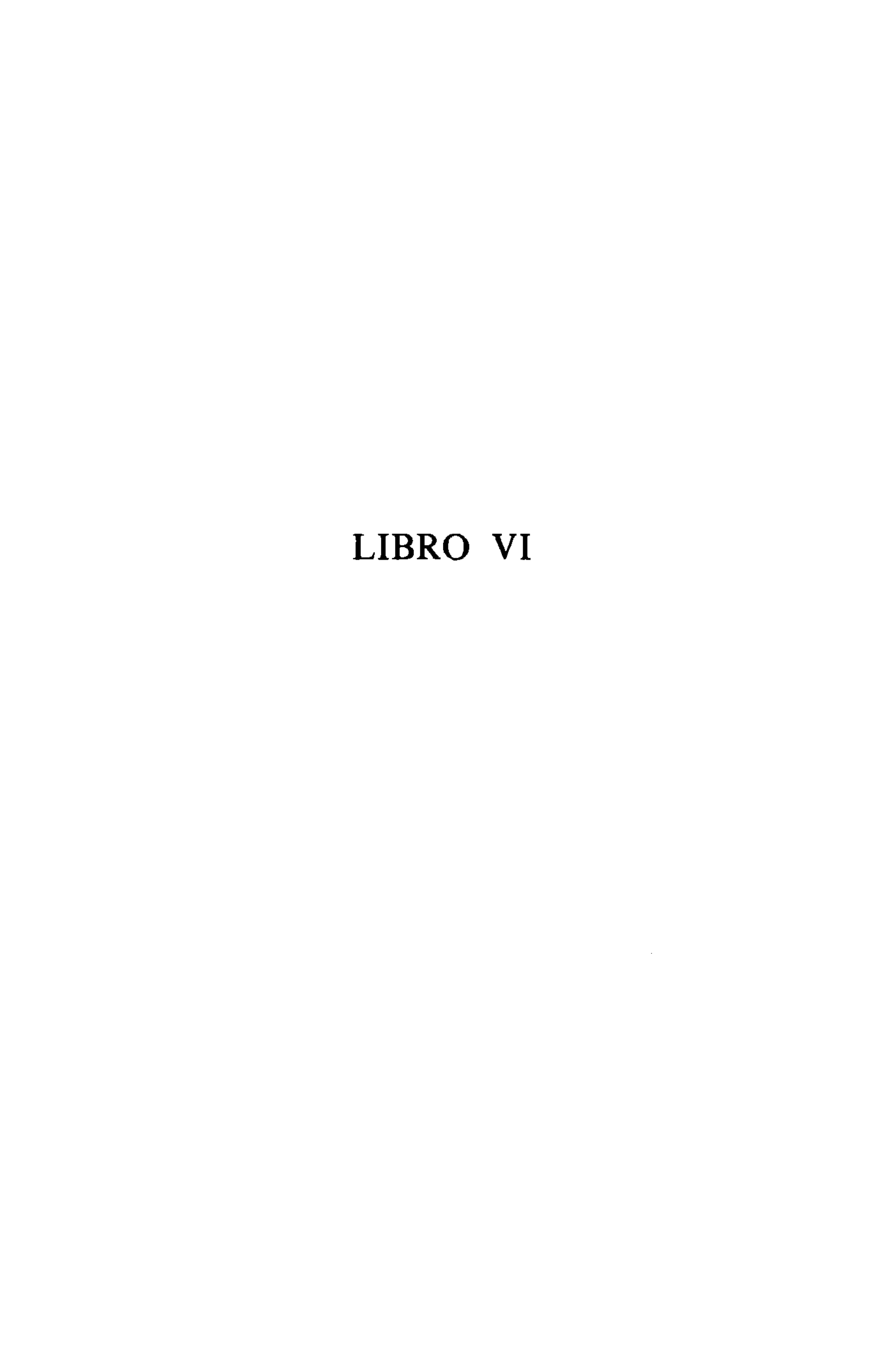
[144] Compone el poeta con visible fruición el cortejo de Neptuno. A su derecha las divinidades del mar masculinas, a su izquierda las femeninas. Tritón, hijo de Neptuno, cuyo cuerpo terminaba en un pez, era el trompeta de su padre. Virgilio aumenta su número. A la izquierda va el coro de Nereidas, al que añade la ninfa marina Talía. Se inspira el poeta en el cortejo de Poseidón en la *Ilíada* XVIII 39, y en el grupo escultórico de Escopas que figuraba en el arco Flaminio. Concurre a la expresividad del remate el trémolo de sensaciones sonoras de los nombres griegos.

Y ya la húmeda Noche casi había salvado
en su carrera la mitad del cielo
y en plácido descanso relajaban sus miembros los remeros
bajo los mismos remos, esparcidos sobre los duros bancos
cuando el Sueño [145] deslizándose alado de los astros celestes
hiende a su paso el aire tenebroso y disipa las sombras.
Y hacia ti, Palinuro, se dirige portador de visiones
funestas para ti, libre, ¡ay! de culpa. Y toma asiento el dios en la alta popa
bajo la misma traza de Forbante. Y musita su boca estas palabras:
«¡Palinuro, hijo de Jaso, el mar impulsa las naves por sí solo.
Las brisas soplan sosegadas con serena lisura. La hora invita al descanso.
Reclina la cabeza y sustrae ya al trabajo tus ojos fatigados.
Yo mismo me pondré por un rato en tu lugar y haré tu menester».
Sin atreverse a alzar del todo hacia él los ojos, Palinuro le responde:
«¿Que deje de mirar la cara al mar en calma y a las olas serenas
me mandas? ¿Que me fíe de ese monstruo? ¿Voy a entregar a Eneas
—pero por qué— a las tretas de los vientos y al cielo
después que tantas veces me ha burlado su apariencia serena?»
Decía esto y asiéndose al timón
pegándose a él, no lo apartaba de sí y sus ojos seguían fijos en las estrellas.
Sacude el dios entonces en sus sienes un ramo húmedo del rocío del Leteo,
impregnado del poder soporífero de la laguna Estigia,
y a pesar de su esfuerzo le relaja sus pupilas fluctuantes.
Apenas empezaba a distender sus miembros

---

[145] El *Sueño* era hijo de Érebo, dios del Infierno, y de la Noche. En el episodio asistimos a su venganza de las largas vigilias del timonel Palinuro. La maestría expresiva de Virgilio ahíla a nuestros ojos en las acciones y reacciones de uno y otro la porfiada crueldad del dios, entre el sopor de la tripulación, el silencio cómplice del cielo y el hondo sosiego del mar. Inserta el poeta el episodio en la travesía de Sicilia a Italia para avivar el interés del remate del libro y unir el nombre del piloto a la tradición del cabo Palinuro en la costa del Tirreno. Cierto que no concierta el lugar, *libyco cursu*, la travesía de Libia a Sicilia, ni el estado del mar en el relato que pone en boca de Palinuro a orillas de la Estigia, VI 388 y ss., con el de nuestro episodio. Como tampoco el tiempo de la invitación de Anquises a su hijo para visitar el Hades, hecha en vida en el libro VI 116, y en visión, después de muerto, que aparece en nuestro libro V 731. Ello ha movido a creer escrito el libro V aparte del plan primero del poeta. Demuestran tales desajustes la necesidad de una revisión que no pudo llevar a cabo Virgilio.

un súbito sopor, cuando cargando el dios sobre él,
lo precipita de cabeza en las diáfanas ondas
con el timón y parte de la borda que arranca en su caída
mientras en vano llama a sus compañeros una vez y otra vez.
Y el dios se alza a la altura volandero por el aire delgado.
Con no menor seguridad apresura la flota su marcha por el mar,
según lo prometido por el padre Neptuno navega sin temor.
Y ya mar adelante se iban aproximando a los escollos
de las Sirenas, arduos de atravesar en otro tiempo. Blanqueaban los huesos
de numerosas víctimas. A lo lejos resonaba el embate incesante de las olas
cuando el caudillo advierte que la nave sin piloto navega a la deriva.
Él mismo con su mano la guía por las sombras de las olas
entre gemidos incesantes conmovido en el alma por la suerte de su amigo:
«¡Ay, demasiado crédulo en el cielo sereno y en la calma del mar,
yacerás, Palinuro, sin tierra que te cubra, sobre ignorada playa!»



LIBRO VI

PRELIMINAR

Llegan los troyanos al puerto de Cumas al norte de Nápoles y al punto sube Eneas al templo de Apolo donde escucha su oráculo de labios de la Sibila. Cumple sus instrucciones y en su compañía desciende al reino de las sombras. Cruza la Estigia y se detiene primero en los campos de las lágrimas donde moran los que han muerto antes de tiempo. En ellos se encuentra con la reina Dido. Después avista el Tártaro, lugar del castigo. Pasa al Elisio donde viven los bienaventurados. Desde allí en el valle del Leteo, el río del olvido, se encuentra con su padre Anquises, quien le expone la doctrina de la transmigración de las almas. Y anticipa a sus ojos el desfile de romanos ilustres que al volver a la tierra forjarán la grandeza de Roma, entre ellos el joven de altos destinos, Marcelo. Al cabo devuelve a la tierra Anquises a su hijo y a la Sibila.

El libro VI es el centro y eje de la *Eneida*. Centro de dilección del alma virgiliana como nacida para operar en las sombras. Y de su proyección humana hacia el destino de las almas después de la muerte. Y de la nivelación que la justicia divina impone después de la vida. Y de su fe en la providencia y en la inmortalidad de las almas. Centro porque el encuentro de padre e hijo alumbra una nueva dimensión del transfondo de sus almas. Y eje porque es *línea* cardinal de la acción del poema y anticipa el destino de Roma.

Pugna en el libro con su modelo, el padre de la poesía, Homero. En lugar de las almas inconsistentes de muertos que va ofreciendo a la vista de Ulises, Virgilio infunde vida a amplios grupos de seres

precisos y ejemplares. Percibimos sus vivencias sobre la suerte de las almas después de la vida, de sus premios y castigos, de su purificación, de sus ansias por volver a la vida y reencarnar en nuevos cuerpos. Y al cabo en el desfile de almas nos revela el sentido de su mensaje a su pueblo, el arte de construir y regir el mundo. Mas por las obras de las grandes y simples virtudes, la *pietas,* el culto sincero a la divinidad y el amor a los suyos y por la justicia esencial. Y por la paradoja de emprender la fundación de Roma por obra de un vencido, de un fugitivo que va a abrazar la nueva urbe común.

En el desfile de héroes en que imanta Anquises a su hijo hacia su incierto menester inminente, cautiva la pasión del padre. A duras penas, como a huelgos de ansiedad, acierta a destacar a algunos en cada parte de la ronda. Al cabo, despedido el hijo, resuena en nuestras mentes la constante de acción retardada, la sinfonía de su poética traza, luminosa, exquisita. En ella vamos delibando el fondo tangible de ideas míticas, místicas, filosóficas que aflora del ancho cauce de siglos entre la *Odisea* y la época de Virgilio.

DESCENSO AL REINO DE LAS SOMBRAS

Llegada a Cumas. En el templo de Apolo

Así dice entre lágrimas y da a la flota rienda suelta
hasta que se deslizan por las playas eubeas de Cumas [146].
Quedan vueltas las proas cara al mar y las anclas fondean
cada nave con su diente tenaz. Las corvas popas orlan la ribera.
Enardecido bulle el tropel de mozos por la orilla de Hesperia.
Buscan unos el germen de la llama oculta allá en las venas del pedernal;
se adentran otros raudos por entre la maraña de los bosques, guarida de las
[fieras,
y dan cuenta a los suyos de las corrientes de agua que descubren.
En tanto el buen Eneas se encamina a la cumbre en donde Apolo asienta
su alto trono [147] y a la ingente caverna en donde mora aislada la hórrida Sibila,
aquella a la que inspira el dios profético de Delos
su poderoso pensamiento y su espíritu y le esclarece el porvenir.
Ya ascienden por el bosque de Trivia al áureo templo.
Dédalo, según cuentan, huyendo de los reinos del rey Minos

[146] Fue Cumas la primera colonia griega fundada en Italia. Al norte, muy cerca de Nápoles, era una colonia de Calcis, ciudad de la isla griega de Eubea del mar Egeo occidental.

[147] En una de las cumbres de la montaña de Cumas se alzaba el célebre templo de Apolo, mandado restaurar por Augusto. Su fundación se atribuía a Dédalo. Al pie del santuario se abría la boca de una cueva. A través de un corredor de 30 metros se llegaba a un gran vestíbulo a donde confluían numerosas galerías. Allí se hallaba el antro de la Sibila virgiliana.

osó lanzarse al aire con el vuelo de sus alas y atravesando el mar
en dirección a las heladas Osas por vía nunca usada, vino al cabo
a posarse volandero en la cumbre de Cumas. Al tomar allí tierra
lo primero fue consagrar los remos de sus alas a ti, Febo,
y alzarte un espacioso templo. En sus puertas dio en cincelar la muerte
de Andrógeo [148], debajo a los Cecrópidas, forzados a entregar todos los años
en castigo, ¡ay! a siete de sus hijos. Allí aparece la urna presta para el sorteo.
Y en el panel frontero alzándose del mar la tierra gnósica.
Allí el cruel amor del toro y la furtiva unión de Pasífae [149]
y en medio el testimonio de su pasión nefanda, su engendro híbrido,
el Minotauro, el hijo de dos formas. Allí aquel laborioso Laberinto
y su recorrido inextricable. Compadecido Dédalo
del hondo amor de la princesa, él mismo remedió
las vueltas y revueltas del palacio guiando con un hilo
ciegos pasos. Ícaro [150], tú también ocuparías
un lugar destacado en tan gran obra,
si su dolor lo hubiera permitido. Por dos veces trató de cincelar
en oro tu infortunio; las dos veces las manos del padre desfallecen.
Todo, punto por punto, lo habrían recorrido con los ojos,
si Acates, enviado por delante, no hubiese vuelto ya
con la sacerdotisa de Febo y Trivia
la hija de Glauco [151], Deífobe, que le habla al rey así: «No es el momento
de pararse a mirar esas escenas.

---

[148] Andrógeo fue hijo del rey Minos de Creta y de su esposa Pasífae. Concurría en Atenas a las fiestas Panateneas, en que obtenía todos los premios. Los atenienses o Cecrópidas, llamados así por su rey Cécrope, celosos de los triunfos de Andrógeo, le dieron muerte. Minos conquistó la ciudad y le impuso el tributo de siete jóvenes, que eran devorados por el monstruo Minotauro en el Laberinto. Llama a Creta tierra gnósica por su capital Gnosos.

[149] Vuelve aquí Virgilio sobre la pasión de la reina Pasífae por el toro, del que nace el Minotauro, tema tratado por él exquisitamente en la Égloga VI. Teseo, hijo del rey de Atenas Egeo, logra dar muerte al Minotauro en su refugio del Laberinto. Ariadna, hija de Minos, que se enamora de Teseo, ayuda a éste a salir de sus recovecos con el hilo que Dédalo, su constructor, le proporciona.

[150] Hijo de Dédalo. Construye éste unas alas para evadirse de Creta. Alecciona a su hijo para el vuelo. Pero el hijo desoye sus consejos y cae al mar donde perece ahogado.

[151] Divinidad marina mencionada en el cortejo de Neptuno del Libro V.

Ahora sería mejor sacrificar siete novillos
de vacada no uncida y otras tantas ovejas elegidas según rito».
Dice a Eneas. Sus hombres no tardan en cumplir su sagrado mandato.
Y la Sibila llama a los troyanos al templo de la cumbre.
El flanco ingente de la roca eubea está excavado en forma de caverna,
a la que dan cien anchos corredores, cien bocas, de donde otras cien voces
salen con sus respuestas sibilinas.
Ya han llegado al umbral y la virgen prorrumpe:
«Es el momento de que pidas tu oráculo. ¡El dios, míralo, el dios!»
Estaba hablando ante la misma puerta cuando de pronto se le altera el rostro,
se le muda el color, su cabello se desata, el pecho le jadea, se hincha su corazón
fiero de rabia, su estatura parece mayor y no suena su voz a voz humana,
pues el poder del dios le va insuflando su aliento cada vez más cerca.
«¿Retardas tus promesas y tus preces, troyano Eneas?
¿Las retardas? —prorrumpe—.
Hasta que lo hagas, no se abrirán las anchas bocas del recinto atónito».
Dice esto y enmudece. Un gélido terror corre a través de los rígidos huesos
de los teucros. El rey da suelta a sus preces de lo hondo de su pecho.
«¡Febo, que siempre te apiadaste de los graves sufrimientos de Troya,
que guiaste los dardos de los dárdanos y la mano de Paris
contra el cuerpo de Aquiles, con tu guía he cruzado tantos mares
que bañan anchas tierras, y entré por la región de los masilos,
y los campos tendidos delante de las Sirtes! Ya hemos llegado al fin
a las costas de Italia, siempre esquiva a nuestras manos.
¡Ojalá nos haya perseguido el mal sino de Troya hasta aquí sólo!
Justo es perdonéis ya a la raza de Pérgamo,
... Pérgamo, dioses y diosas todas, celosos de Ilión y la gran gloria dárdana.
Y tú, profetisa la más santa, adivina del futuro,
concédeme —no pido reinos no destinados por mis hados—
asentar en el Lacio a los troyanos y a los dioses errantes y poderes divinos
de Troya tan traídos y llevados. Y yo alzaré allí un templo a Febo [152] y a Trivia
—será todo de mármol— y fundaré unas fiestas que llevarán su nombre.
A ti también te aguarda un gran recinto sagrado en mis dominios.

---

[152] Alude al templo dedicado a Apolo en el Palatino el año 28 a. C. y a los juegos Apolinares fundados en el año 212 a. C.

Allí daré custodia a tus respuestas, los arcanos destinos
dictados a mi pueblo [153] y te dedicaré a ti, confortadora, varones escogidos.
Guárdate de fiar sólo a las hojas tus augurios, no sea que revueltas
den en volar, juguete de una rauda ventolera. Tú misma cántalos, te lo pido».
Cesa de hablar. En tanto la adivina, todavía no sometida a Apolo,
corre por la caverna enfurecida por si puede sacudir de su pecho
el poderoso espíritu del dios. Pero éste hace estallar con mayor fuerza
su boca espumeante y domeña su frenesí y lo fuerza y moldea a su capricho.
Ya se han abierto las cien enormes puertas del recinto por sí solas
y van dando a las brisas las respuestas que emite la adivina:
«¡Tú que al fin has logrado superar graves trances en el mar,
—te aguardan todavía en tierra otros mayores— llegarán los Dardánidas
al reino de Lavinio (libra tu ánimo, pues, de ese temor),
pero desearán no haber llegado. Guerras, horrendas guerras estoy viendo
y al Tíber espumante de raudales de sangre. No te van a faltar
ni un Simunte ni un Janto ni el campamento dorio. Ya ha surgido otro Aquiles
en el Lacio, nacido también éste de una diosa [154]. Ni tampoco estará ausente [Juno,
a cada paso entregada a perder a los teucros. Y en tu angustia entre tanto
¿a qué pueblos de Italia, a qué ciudades no pedirás ayuda suplicante? [155].
Volverá a ser la causa de todas las desgracias de los teucros
una esposa extranjera [156], ¡una vez más el tálamo de una mujer extraña!
Pero no cedas; planta cara a los riesgos; avanza con más ímpetu
por donde te permite la fortuna. El primer camino de salvarte
se te va abrir allí donde menos lo piensas, en una ciudad griega».
Tales son las palabras con que le vaticina de lo hondo del recinto
la Sibila cumea sus horrendos arcanos. Y rebrama su voz en la caverna
entrevelando en sombras la verdad.
Así Apolo le tira de la rienda a su arrebato
y lo aguija hundiéndole la espuela bajo el pecho.

---

[153] Se refiere a la colocación de los oráculos sibilinos bajo el pedestal de la estatua de Apolo en el Capitolio, y al colegio de sacerdotes dedicados a su culto.

[154] Turno, rey de los rútulos, rival de Eneas.

[155] Alude a Palanteo, la ciudad de Evandro, emplazada donde luego se alzaría Roma.

[156] La princesa Lavinia, prometida a Turno.

Súplica de Eneas

Tan pronto como cesa su furia y se apacigua la rabia de su boca,
comienza a hablar el héroe: «Ninguna traza de sufrimientos, virgen, me resulta
nueva ni inesperada. Todos los he previsto y sopesado en mi alma de antemano.
Ya que, según se dice, es ésta la puerta
que conduce al rey de las regiones inferiores
y al lago tenebroso en que refluye el Aqueronte, sólo pido una gracia:
poder llegar a ver a mi padre querido cara a cara,
que me enseñes el camino y descorras las puertas sagradas a mi paso.
Yo a través de las llamas, entre miles de dardos que lo iban persiguiendo
lo rescaté montado en estos mismos hombros y conseguí salvarlo
de en medio de las huestes enemigas.
Él me hizo compañía por un mar y por otro
soportando conmigo la amenaza de las olas y el cielo, caduco como estaba,
más de lo que permiten las fuerzas y la misma condición de un anciano.
Es más, él mismo me pedía, me instaba a que acudiera en tu busca
y me llegase suplicante a tu umbral.
Apiádate del hijo, apiádate del padre, alentadora,
te lo ruego, tú que todo lo puedes. No en vano te encargó
Hécate de los bosques del Averno. Si Orfeo [157] consiguió rescatar a la sombra
de su esposa confiando en el son melodioso de su cítara tracia,
si Pólux recobró a su hermano, muriendo en su lugar, y anda y desanda
tantas veces su camino. ¿Para qué recordar a Teseo? ¿Para qué al gran Alcides?
Yo también desciendo del linaje del soberano Júpiter».
Dirigía estos ruegos con las manos puestas sobre el altar
cuando la profetisa comenzó a hablar así:

---

[157] Demanda Eneas para su amor filial el privilegio concedido al amor conyugal de Orfeo por su Eurídice, al fraterno de Pólux por Cástor, a la amistad de Teseo por Pirítoo.

Respuesta de la Sibila

«Troyano, hijo de Anquises, descendiente de sangre de dioses,
la bajada al Averno es cosa fácil. La puerta del sombrío Plutón
está de par en par abierta noche y día, pero volver pie atrás
y salir a las auras de la vida, eso es lo trabajoso, ahí está el riesgo.
Unos pocos, de origen divino, a quienes Júpiter
benévolo hizo objeto de su amor,
o que encumbró a los cielos su férvido heroísmo, lo lograron.
A lo largo del camino intermedio se extienden unos bosques y fluye en derredor
con sus negros repliegues el Cocito. Pero si es tan ardiente, tan grande tu deseo
de atravesar dos veces la laguna Estigia y otras dos el tenebroso Tártaro
y te agrada arrostrar tan insensato empeño,
escucha lo que antes has de hacer.
Entre la espesa fronda de un árbol hay oculto un ramo con sus hojas [158]
y su flexible tallo de oro, consagrado a la Juno de lo hondo de la tierra.
Lo protege todo el bosque, lo circunda la umbría del valle tenebroso.
A nadie se permite bajar a las profundas regiones de las sombras
si no logra arrancar antes del árbol el ramo de flotantes hojas de oro.
Es un don que ha dispuesto se le ofrezca la hermosa Prosérpina.
Cortado el primer ramo aparece otro igual y el tallo se reviste de hojas de oro.
Así que alza los ojos y escudriña, y una vez que lo encuentres
cógelo con la mano como debes, pues él se irá contigo de grado dócilmente
si te es propicio tu hado. En otro caso no habrá fuerza capaz de doblegarlo
ni duro hierro que lo arranque. Además el cuerpo de tu amigo
—tú no lo sabes, ¡ay! yace sin vida— y su cadáver
inficiona la flota mientras tú consultando los oráculos
permaneces suspenso ante mi umbral. Antes dale la tierra que merece

[158] A Prosérpina, la esposa de Plutón. La leyenda del ramo de oro no ha hallado todavía explicación satisfactoria. Aduce Servio, comentarista de Virgilio, que quien trataba de suceder al rey de Nemi, sacerdote en el templo de Diana en el lago de Aricia, en los montes albanos, había de dar muerte a dicho rey combatiendo con él. Pero antes había de adueñarse de la manzana en el árbol sagrado del interior del templo. ¿Se trata del muérdago ofrecido a las divinidades del reino de muerte entre los celtas, los germanos y los mismos griegos? ¿Utiliza Virgilio la leyenda como elemento artístico?

y deposita su cuerpo en un sepulcro. Ofrece en sacrificio ovejas negras.
Sea ésta la primera ofrenda expiatoria. Sólo así lograrás
ver los bosques sagrados de la Estigia y los reinos
que a los vivos no es dado recorrer». Dice, pliega sus labios y enmudece.
Entristecido el rostro, con los ojos bajos, Eneas se adelanta dejando la caverna.
Da vueltas y más vueltas en su alma a aquella trama de misterios.
A su lado camina el fiel Acates. Va posando sus plantas bajo el peso
de los mismos cuidados. Hablan de muchas cosas; se intercambian
múltiples conjeturas: ¿cuál de sus compañeros será el muerto
a que alude la Sibila? ¿A qué cadáver deben dar tierra? Cuando llegan,
ven en la seca arena de la orilla a Miseno sin vida,
víctima de una muerte inmerecida,
a Miseno, el hijo de Eolo, que aventajaba a todos en lanzar al combate
a los guerreros a toque de clarín
y encenderlos con sus sones en ímpetu marcial.
Camarada otro tiempo del gran Héctor, entraba al lado de Héctor en batalla
destacado entre todos por el clarín y el brío de su lanza.
Pero después que Aquiles vencedor le despojó a su jefe de la vida,
aquel héroe, de esfuerzo sin igual, se unió al dárdano Eneas.
No se avenía a jefe de menos rango. Pero llega aquel día y mientras hace
resonar el mar con su cóncava concha y desafía,
insensato, a los dioses con su canto,
Tritón, celoso de él, lo coge de improviso (si tal puede creerse)
y en medio de las rocas lo hunde bajo las olas espumantes.
Todos en derredor de su cadáver gemían prorrumpiendo en fuertes gritos,
el buen Eneas el que más de todos. Entonces sin demora se apresuran llorando
a cumplir la orden de la Sibila.
Su afán es apilar troncos de árboles en la pira del altar y alzarla hasta los cielos.
Se adentran en un vetusto bosque, honda guarida de alimañas,
caen a tierra los pinos; a los golpes del hacha resuenan las carrascas.
Rasgan troncos de fresno y de hendidizo roble con las cuñas.
Rodando monte abajo van los talludos olmos. En medio del trabajo,
Eneas se adelanta a animar a los suyos. Arma lo mismo que ellos
con el destral su mano. Y con los ojos fijos en el inmenso bosque
su entristecido corazón da vueltas y más vueltas a su cuita
y dirige esta súplica: «¡Si se me apareciera en este instante el ramo de oro

en su árbol entre la ingente fronda de este bosque!
Pues todo lo que ha dicho la adivina de ti, Miseno, ha sido ¡ay! harto cierto».
Apenas acabó de decir esto cuando delante mismo de sus ojos, por fortuna,
volando desde el cielo desciende una pareja de palomas
y va a posarse sobre el verde césped. Entonces reconoce el gran héroe
a las aves de su madre y suplica gozoso:
«¡Sed vosotras mi guía y si hay algún camino,
vosotras por el aire dirigidme los pasos hacia aquella arboleda
donde el preciado ramo sombrea el fértil suelo!
¡Y tú, madre divina, no me abandones
¡ay! en este trance!» Dice y refrena el paso espiando
qué es lo que las palomas le señalan,
a dónde se dirigen. Ellas picoteando revuelan hasta el punto preciso
que pueden alcanzar los que las van siguiendo con los ojos.
Y después cuando llegan hasta la boca del infecto Averno, alzan raudas el vuelo
y se deslizan por el aire traslúcido y se posan las dos en el tejuelo que desean,
sobre el árbol donde con vario viso brilla el fulgor del oro entre las ramas.
Lo mismo que en el bosque cuando llegan los fríos del invierno, a menudo [florece
en nuevas bayas el muérdago en un árbol ajeno a él y acostumbra a abrazar
su fruto azafranado el combo tronco, lo mismo parecía el ramo de oro
entre la fronda de la densa encina y su lámina así iba restallando
entre el blando susurro de la brisa. Eneas al instante se apodera del ramo
que resiste a su impaciencia y lo arranca afanoso y lo lleva a la gruta
en que mora la profética Sibila. Entre tanto, los teucros en la playa
no cesaban de llorar a Miseno y rendían a sus restos,
ya incapaces de gratitud, el último tributo.
Comienzan levantando una gran pira con leña resinosa
y con troncos de roble, y entretejen de oscuro ramaje su costado.
Plantan delante de ella fúnebres cipreses
y encima la decoran con sus fulgentes armas [159].
Unos calientan agua; borbotea a la lumbre en calderas de bronce.

[159] Las armas de sus camaradas, ya que no les era dado colocar sobre su cadáver, como era uso en la cremación, las desaparecidas de Miseno, su remo y su trompeta, a las que se referirá luego.

Y lavan y ungen el helado cadáver.
Prorrumpen en gemidos y, vertidas las lágrimas,
colocan en un lecho los despojos mortales y sobre ellos sus purpúreos vestidos,
sus prendas preferidas. Otros sostienen el pesado féretro, menester doloroso,
y,vuelto el rostro a un lado, aplican a la base de la pira la antorcha
según rito ancestral y queman las ofrendas apiladas, el incienso,
las viandas y las copas del aceite vertido. Cuando empiezan a caer las cenizas
y la llama se extingue, van lavando con vino lo que queda de sedientas pavesas.
Corineo recoge los huesos y los guarda en una urna de bronce.
Pasa él mismo tres veces ante el corro de asistentes con el agua lustral
y esparce leves gotas sobre ellos con un ramo de fértil olivo
y purifica así a sus compañeros y pronuncia las últimas palabras.
Y la piedad de Eneas monta el túmulo de imponente tamaño
en que pone las armas del soldado, su remo y su clarín al pie de un alto monte
que en su honor se llama ahora Miseno y llevará siempre su nombre.
Hecho esto, se apresura a acabar de cumplir la orden de la Sibila.
Había una honda cueva pavorosa, con su ancha fauce abierta, áspera de [guijarros,
protegida de un lago de aguas negras y un tenebroso bosque.
Sobre ella no podía tender impunemente su vuelo ningún ave.
Tan hediondo era el hálito, que sus oscuras fauces despedían
y alzaban a la bóveda del cielo. Por eso designaron los griegos el lugar
con el nombre de Aornos, el ausente de pájaros. Allí alínea primero la Sibila
cuatro novillos de espinazo negro y va vertiendo vino por sus frentes
y cortando las puntas de las cerdas en medio de las astas,
las echa por primicias sobre el fuego sagrado.
Y llama a voces a Hécate, poderosa en el cielo y en el Érebo.
Otros bajo los cuellos de las víctimas aplican los cuchillos
y recogen la tibia sangre en tazas. El mismo Eneas degüella con su espada
una cordera de negro vellocino en honor de la madre [160] de las Furias
y de su excelsa hermana, y una vaca estéril en tu honor, Prosérpina.
Inaugura el altar de los nocturnos ritos en honra del monarca de la Estigia.
Pone sobre las llamas los canales enteros de los toros
y sobre las entrañas, que van ardiendo, vierte pingüe aceite.

[160] La Noche y su hermana, la Tierra, eran hijas de Caos.

La Sibila y Eneas se adentran en el antro

De repente, al filo del primer albor del sol, comienza a rebramar
bajo sus pies la tierra y a remecer la cumbre de los montes
su arboleda cimera. Y les parece avistar a las perras
ululando a través de las sombras
a medida que se acerca la diosa [161].
«Lejos, lejos de aquí —prorrumpe la adivina—,
salid de los linderos de este bosque. Y tú emprende la marcha
y desnuda la espada de su vaina.
Ahora se ha menester, Eneas, de coraje, ahora de entero pecho».
Dice y por la abertura de la cueva se adentra arrebatada.
El intrépido acomoda su paso al de su guía.
¡Dioses que domináis sobre las almas, sombras sin vida, Caos y Flegetonte [162]
y tú, ancho espacio de la muda noche, séame permitido referir lo que oí,
pueda con vuestra venia revelar los arcanos
inmersos en la sombra de lo hondo de la tierra!

El vestíbulo del infierno. El Aqueronte

Iban en sombra envueltos en la noche desierta
entre la oscuridad por la vacía morada de Plutón y los reinos sin vida,
lo mismo que la luz envidiosa de vacilante luna
cuando ha cubierto Júpiter de sombra
el cielo y la negrura de la noche todo lo decolora.
En frente del vestíbulo, al entrar en la misma hoz del Orco [163],
el Dolor ha plantado su cubil y los Remordimientos
vengadores y los pálidos Morbos y la triste Vejez.

---

[161] Hécate, diosa del reino de las sombras que se adelanta con su cortejo de perras salvajes.

[162] Caos, propiamente abertura, es el vacío infinito que se identifica con los infiernos. Flegetón es el río que rodea los muros del Tártaro. Aquí se toma por los ríos del infierno en general. Son éstos el Aqueronte, el Cocito y la Estigia. Virgilio no establece una clara distinción entre ellos.

[163] Divinidad del reino de las sombras, tomada aquí por dicho reino.

Allí el Miedo y el Hambre, maligna consejera y la odiosa Pobreza,
espantosas de ver, y la Muerte y la Pena.
Allí el Sueño, hermano de la Muerte y los Goces del ánimo malignos.
Y en el umbral frontero la Guerra, portadora de la muerte, y en sus lechos
de hierro las Euménides [164], y la Discordia en furia,
anudados con ínfulas sangrantes sus cabellos de víboras.
En el centro un sombrío olmo gigante tiende sus ramas,
sus añosos brazos. Anidan por todo él los sueños vanos, según dicen,
colgados de todo su follaje. Moran allí
otras muchas variadas trazas de monstruosas fieras.
Acampan a sus puertas los Centauros, las Escilas biformes,
Briáreo, el gigante de cien brazos, la hidra de Lerna, de silbidos horribles,
la Quimera, arbolada de llamas, las Górgonas [165], las Harpías,
y la traza de sombra con tres cuerpos, Briáreo.
En esto Eneas, invadido de súbito terror, echa mano a la espada
y hace frente con su punta desnuda a los que a él vienen.
Y si no le advirtiera la Sibila bien sabedora de ello,
que eran sutiles almas sin cuerpo las que veía
volar bajo apariencia de vacíos fantasmas, contra ellas se lanzara
y acuchillara en vano las sombras con su espada.
De allí parte el camino que lleva al Aqueronte, vasta ciénaga hirviente
que en turbio remolino va eructando oleadas de arena en el Cocito.
Guarda el paso y las aguas de este río un horrendo barquero, Caronte;
espanta su escamosa mugre. Tiende por su mentón
cana madeja su abundante barba. Inmóviles las llamas de sus ojos.
Cuelga sórdida capa de sus hombros prendida con un nudo.
Él solo con su pértiga va impulsando la barca y maneja las velas
y transporta a los muertos en su sombrío esquife. Es ya anciano,
pero luce la lozana y verdecida ancianidad de un dios.
A su barca agolpábase la turba allí esparcida por la orilla:
madres, esposos, héroes magnánimos cumplida ya su vida,

---

[164] Su nombre significa en griego las benévolas, además de su misión de vengadoras, ya que les cumplía reconciliar a los delincuentes arrepentidos. Eran Alecto, Meguera y Tisífone. En latín se les llamaba Furias.

[165] Hijas del dios marino Forco. Llevaban anudada la cabeza de culebras. Eran Esteno, Euríale y Medusa. Perseo luchó contras ellas y cortó la cabeza de Medusa.

y niños y doncellas y mozos tendidos en la pira
ante los mismos ojos de sus padres;
tantos como las hojas que en el bosque a los primeros fríos otoñales
se desprenden y caen o las bandadas de aves en vuelo sobre el mar
que se apiñan en tierra cuando el helado invierno las ahuyenta
a través del océano en busca de países soleados.
En pie pedían todas ser las primeras en pasar el río
y tendían las manos en ansia viva de la orilla opuesta.
Pero el hosco barquero va acogiendo en su barca ahora a éstos, ahora a [aquéllos
y rechaza a los demás y los mantiene lejos de la orilla.
Eneas asombrado, turbada su alma por aquel tumulto:
«Dime, virgen —pregunta—,
¿qué significa esa afluencia al río? ¿Qué quieren esas almas?
Y ¿por qué razón se retira a las unas de la orilla mientras pasan las otras
con los remos que barren la lívida corriente?» Le responde
con brevedad la anciana profetisa: «¡Hijo de Anquises, verdadero descendiente [de dioses,
ves los hondos remansos del Cocito y la laguna Estigia, cuyo alto poder temen
los dioses invocar con falso juramento. Todos esos que tienes a la vista
son turba desvalida a la que se ha negado sepultura. El barquero es Caronte,
los que va llevando por las ondas han sido sepultados.
No le es dado pasarlos de esta ribera horrenda ni atravesar las olas
de su ronca corriente sin que encuentren primero sus huesos el descanso del [sepulcro.
Cien años revolando vagan en derredor de esas orillas. Sólo al fin
se les admite y llegan a cruzar los remansos que tanto deseaban.
Frenó el hijo de Anquises el paso
y se detuvo y se sumió en hondos pensamientos,
dolida el alma de su dura suerte.
Allí distingue entristecidos, privados de las honras rituales en la muerte,
a Leucaspis y a Orontes, capitán de la flota de los licios,
a los que navegando desde Troya con él por mares borrascosos
arrumbó el Austro y arrolló nave y tripulación entre las olas.
Entonces el piloto Palinuro avanzaba a su encuentro, el que en la travesía
de Libia, hacía poco, arrancado a la popa mientras iba observando las estrellas,
cayó lanzado en medio de las olas. Apenas reconoce entre la densa sombra

Eneas su semblante desolado, se adelanta a hablarle:
«¡Palinuro! ¿qué dios te arrebató
de nuestro lado y te hundió bajo el ancho haz del mar? Di, contéstame.
Apolo, que jamás me engañó, esta vez se ha burlado de mí. Me aseguraba
que saldrías sin daño del mar y arribarías a las tierras de Ausonia.
Mira cómo ha cumplido su promesa».
«No te ha engañado el trípode de Apolo [166],
caudillo, hijo de Anquises, ni un dios me sepultó bajo las ondas.
El gobernalle aquel, fiado a mi custodia,
que yo asía, con que regía el curso de la nave,
lo arranqué sin querer con gran fuerza y al caer de cabeza
lo arrastré a una conmigo. Lo juro por la furia de los mares,
no llegué a temer tanto por mí como temía por tu nave, que privada de timón,
sacudido el piloto de su mando, zozobrase en aquellos montes de olas.
Tres noches borrascosas el Noto me arrastró impetuoso
por sobre el mar inmenso entre las aguas.
Al albor del cuarto día empinado en la cresta de una ola,
acerté a divisar Italia. Poco a poco avanzaba a nado hacia la orilla.
Me hallaba ya a seguro, a no haberme atacado con sus armas
horda cruel tomándome, ignorante, por presa codiciada
cuando bajo el agobio de mi ropa empapada
iba asiendo con mis manos crispadas el cantil de una roca.
Ahora estoy a merced del oleaje y me traen y me llevan los vientos en la orilla.
Por eso te lo pido por la dulce, celeste claridad,
por el aire que respiras, por tu padre,
por la esperanza puesta en tu Julo que ya va haciéndose hombre,
líbrame, jefe invicto, de estos males, o échame tierra encima [167].
Te es dado hacerlo con que vuelvas al puerto de Velia [168]. O si hay un medio,

[166] El oráculo o predicción de Apolo. Lo emitía la sacerdotisa o pitonisa del dios sentada sobre un tonel sostenido por un trípode.

[167] Bastaba con lanzar tres puñados de tierra sobre un cadáver para darlo por enterrado.

[168] El puerto fue fundado siglos después en la costa de Lucania, junto al cabo Palinuro, por emigrados focenses que huían de los persas. Virgilio no duda, a pesar de ello, en asociar al pasaje el nombre de un lugar de su Italia.

si tu madre divina te lo muestra —que no te aprestas, pienso,
sin el favor del cielo a atravesar tan imponente corriente
y los remansos de la laguna Estigia— dale a este infortunado la mano
y llévalo contigo a través de esas ondas para que encuentre
al menos en la muerte un lugar de apacible descanso».
Apenas habla así, prorrumpe la Sibila:
«¿De dónde, Palinuro, te viene ese insensato deseo?
Tú que no has recibido sepultura
pretendes ver las aguas de la Estigia y el lúgubre río de las Euménides
y acercarte a esta orilla sin orden de los dioses? Cesa ya en tu esperanza
de doblegar con súplicas los designios divinos.
Pero escucha y recuerda mis palabras,
donde hallarás alivio en medio de tu dura suerte.
Prodigios de los cielos, operados a lo largo y ancho de la comarca,
moverán a los pueblos vecinos a dar expiación a tus restos.
Te alzarán un túmulo y rendirán ofrendas a tu tumba cada año
y llevará el lugar para siempre tu nombre, Palinuro».
Calman estas palabras su ansiedad
y ahuyentan de su triste corazón por un momento
su dolor. Le alegra que el lugar lleve su nombre.
Siguen, pues, su camino y se acercan al río.
El barquero, tan pronto como desde las ondas de la Estigia
los vio cruzar el bosque silencioso y acercarse a la orilla
se adelanta a hablarles y les increpa airado: «¡Tú, quienquiera que seas,
que armado te encaminas a mi río, ea, dime
a qué vienes desde el sitio en que estás,
detén el paso. Es ésta la morada de las sombras,
del sueño y la adormecedora noche. Me está vedado
trasladar cuerpos vivos a bordo de mi barca estigia ni me cabe
alegrarme de haber dado acogida en estas aguas a Hércules
cuando vino aquí y tampoco a Teseo ni al mismo Pirítoo,
por más que los dos eran de linaje divino
e invencible pujanza. El uno encadenó con su mano al guardián del Tártaro,
tras de arrancarlo de él, se lo llevó a rastras tembloroso.
Los otros intentaron llevarse a nuestra reina del tálamo de Plutón».

La inspirada del dios de Anfriso [169] le contesta brevemente:
«No maquinamos asechanza alguna, no te alarmes.
No traen guerra estas armas. Puede el guardián monstruoso de esa puerta
seguir amedrentando toda la eternidad desde su antro
a las sombras exangües con su aullido.
Bien puede Prosérpina seguir guardando fiel
el umbral de su tío. El troyano Eneas,
afamado por su piedad y su valor guerrero,
baja al hondo del Érebo sombrío en busca de su padre. Si no te mueve el alma
el dechado de tal amor filial, reconoce a lo menos este ramo.»
Le enseña el ramo oculto bajo el manto.
Con esto se apacigua el hervor airado de su pecho.
No se habla más. Se asombra Caronte admirando el don sagrado,
el ramo del destino que no veía hacía tiempo y va virando la popa verdiazul
y se acerca a la orilla. En seguida echa fuera a las almas
que iban sentadas en los largos bancos, deja libre la tilla
y al punto acoge a bordo al corpulento Eneas.
Cruje bajo su peso la recosida barca y por sus juntas da entrada a borbotones
al agua marismosa. Al cabo pasa el río y deja a la adivina
y al troyano salvos sobre un informe marjal de glaucas ovas.

Entre el Aqueronte y el Tártaro

El enorme Cérbero ensordece este reino con el ladrido de sus tres gargantas,
descomunal, tendido en su cubil frente a la entrada.
La Sibila, advirtiendo que se erizan las sierpes de su cuello, le arroja
una torta amasada con miel y adormideras. Él con hambre voraz
abriendo sus tres fauces la arrebata, estira su monstruoso lomo
y se tiende en tierra y llena corpulento todo el antro.
Sumido en sueño su guardián, gana Eneas la entrada
y se aleja veloz de la orilla y las ondas de las que nadie vuelve.

[169] El Anfriso era un río de Tesalia, región del norte de Grecia. En sus riberas Apolo, al ser expulsado del cielo, apacentó los rebaños del rey Admeto.

Al punto se oyen voces y vagidos sin fin, las almas de los niños [170] llorando,
a los que antes de gustar la dulzura de la vida,
en la linde de su umbral arrancó un día aciago,
segados de los pechos de sus madres,
y hundió en acerba muerte. Cerca de ellos
están los condenados a morir por falsa acusación.
Los puestos no se asignan sin sorteo ni juez.
Agita la urna Minos [171], que preside.
Él convoca la junta de las calladas sombras,
da oídos al relato de sus vidas y discierne sus delitos.
Cerca de allí, sumidos en tristeza,
los que libres de culpa se dieron muerte por su mano
y por odio a la luz expulsaron sus vidas. ¡Qué a gusto ahora en la diáfana
claridad de allá arriba sufrirían la pobreza y el rigor de penosos trabajos!
Pero una ley divina lo veda y les ciñen las aguas desoladas de la odiosa laguna
y se interpone la Estigia aprisionándolos en sus nueve repliegues.
No lejos aparecen extendidos en todas direcciones los campos de las lágrimas,
—así se los designa—. A los que el duro amor
fue consumiendo con su cruel congoja,
allí escondidas sendas los acogen en los claros de una umbría de mirtos.
Ni en la misma muerte les abandona su ansiedad. Ve allí a Fedra [172] y a Procris

[170] A la vista de las almas, a las que el poeta asigna esta zona neutra, de los muertos antes del plazo, nos inclinamos a creer que una vida completa, terminada por una muerte natural, honrosa o feliz, era condición necesaria para una plena admisión en el Hades. En su mismo umbral sitúa a los niños llorando por una vida de que no han gozado. Lucrecio estima que es explicable el grito del niño a quien espera en la vida tal cúmulo de males (V 228). Concuerda su pensamiento con el conocido dicho alemán: «Lloramos cuando venimos a este mundo y cada día nos dice por qué».

[171] Rey de Creta, célebre por las leyes que dictó en vida. En el Hades pasó a ser juez de los muertos.

[172] Emplaza el poeta en los «Campos de las lágrimas» a diversos enamorados: Fedra, esposa de Teseo, que se da muerte porque su hijastro Hipólito se niega a acceder a su amor. Procris, que mientras perseguía por celos a su esposo Céfalo, fue muerta por éste, que la tomó por una fiera. Erifile, muerta a manos de su hijo Alcmeón porque descubrió por avaricia el lugar donde se ocultaba su esposo, con lo que le obligó a ir a la guerra de Tebas, donde murió. Evadne llevó su amor a su esposo, el impío Capaneo, príncipe de Argos, hasta lanzarse a la hoguera en que se consumía su cadáver y perecer en ella. Laodamía, al morir su esposo a manos de Héctor, obtuvo de la divini-

y a Erifila desolada, mostrando las heridas que recibió de su hijo despiadado.
Y a Evadne y a Pasífae; les hacen compañía Laodamía y Ceneo,
en otro tiempo mozo ahora mujer de nuevo,
devuelto por los hados a su forma primera.
Entre ellas iba la fenicia Dido vagando por un bosque espacioso
con su herida abierta todavía. Así que el héroe troyano estuvo cerca de ella
y conoció su sombra velada entre las sombras,
lo mismo que se ve o parece verse
la luna nueva alzarse entre las nubes, dejó correr las lágrimas
y su amor le habló así con dulce acento:
«¡Infortunada Dido, con que era cierta la noticia
que me había llegado de tu muerte,
que te habías quitado la vida con la espada!
¿He sido yo, ¡ay!, la causa de esa muerte? Por los astros te lo juro,
por los dioses de lo alto, por lo que hay de sagrado
—si algo existe— en lo hondo de la tierra,
contra mi voluntad, reina, dejé tus playas. El mandato divino que me obliga
a caminar ahora por estas sombras,
por entre un abrojal hediondo en el abismo de la noche,
me forzó a someterme a su imperio. Mas no pude pensar
que iba a causarte tan profundo dolor con mi partida.
Detén el paso. No esquives mi mirada.
¿De quién huyes? [173] Es la vez última que me concede el hado hablar contigo».
Así trataba Eneas de apaciguar la cólera de su alma y su torva mirada.
Ella le vuelve el rostro y mantiene los ojos clavados en el suelo
y no le mueve más toda su plática que a un duro pedernal o al mismo mármol
de marpesia roca. Se aparta brusca al fin y se va huyendo hostil de su presencia
y se acoge a la umbría en que Siqueo, su esposo de otro tiempo,
comparte su ternura y con el mismo amor le corresponde.

---

dad que volviera a la tierra para conversar con ella tres horas. Luego no quiso separarse de él y lo acompañó al Hades. Ceneo era una muchacha a la que amó Neptuno y a la que convirtió en muchacho, al que hizo invulnerable. En el reino de la muerte volvió a convertirla en mujer. A Pasífae se ha referido varias veces.

[173] La ansiedad de Eneas a impulsos de la constante esencial del alma virgiliana, de su acucio de huida, se concentra en esta única pregunta: ¿sabes qué siente el alma de quien huyes?

Eneas, no menos apenado
de su duro infortunio, la sigue largo trecho con la vista,
bañada en llanto y en piedad el alma.
Después a duras penas continúa el camino asignado.
Llegaban ya a los campos más distantes, donde moran aparte
los varones famosos en la guerra. Allí encuentra a Tideo, allí a Partenopeo,
célebre por sus armas, y a la pálida sombra de Adrasto [174]. Allí a los dárdanos
caídos en combate, tan llorados allá arriba en la tierra. Mirándolos
en larga fila a todos, prorrumpe en un gemido.
Ve a Glauco y a Medonte, a los tres hijos de Anténor,
a Polibetes, sacerdote de Ceres, y a Ideo [175], que a la par
empuña todavía carro y armas. Rodéanle agolpados a derecha e izquierda.
No les basta con verle una vez sola. Desean detenerle,
ir andando a su lado y saber el porqué de su venida.
Pero los capitanes de los griegos y las filas de tropas
de Agamenón, apenas divisaron al héroe y el fulgor de sus armas en la sombra,
se agitan de pavor y unos vuelven la espalda como antaño corrían a las naves,
prorrumpen otros en ahiladas voces. El grito se les frustra en las bocas abiertas.
Allí Eneas ve al hijo de Príamo, a Deífobo,
llagado todo el cuerpo, el rostro cruelmente desgarrado,
el rostro y las dos manos,
la cabeza arrasada a ambos lados por el despojo de las dos orejas,
la nariz mutilada por vergonzosa herida. A duras penas logra reconocerlo.
Trataba de ocultar, todo empavorecido, sus horrendos estigmas.
Al punto le insta Eneas
con su voz bien conocida de él: «¡Deífobo [176], valeroso en combate,
vástago del linaje real de Teucro, ¿quién ha querido infligirte castigo tan cruel?
¿A quién le ha sido dado tal poder sobre ti? La última noche de Troya
llegó hasta mis oídos la noticia de que al cabo de tanta matanza
de pelasgos habías caído encima de una revuelta hacina de cadáveres.

---

[174] Tres de los siete héroes de la guerra contra Tebas, tema de la tragedia y la epopeya griega.

[175] Toma Virgilio de diversos pasajes de la *Ilíada* los héroes que aquí menciona. Ideo era el cochero de Príamo.

[176] Hijo de Príamo. A la muerte de Paris casó con Helena.

Yo mismo te alcé entonces en la orilla Retea [177]
un cenotafio e invoqué tres veces en voz alta a los Manes.
Tu nombre y unas armas señalan el lugar.
No me fue dado verte, amigo, ni al partir
depositar tu cuerpo en tierra patria». A esto el hijo de Príamo:
«Nada, amigo, has dejado de hacer. Has cumplido tu deber con Deífobo
y con su sombra fúnebre. En estos males me han hundido los hados y la furia
criminal de la espartana. Es ella quien me ha dejado estos recuerdos.
Sabes cómo pasamos la última noche entre engañoso júbilo.
Lo recordamos demasiado bien. Cuando el fatal caballo
escaló las alturas de Pérgamo
con el vientre preñado de peones armados,
fingiendo ella una danza ritual, iba guiando a las mujeres frigias
en torno a la ciudad entre alaridos báquicos.
Ella arbolaba en medio una gran tea y desde lo alto
del alcázar su llama hacía señas a los dánaos.
Yo entonces, acabado de fatiga, rendido por el sueño
me acogí a mi infausto tálamo.
Tendido en él me invadió un dulce y hondo reposo,
idéntico a una plácida muerte.
Entre tanto mi esposa, la ejemplar, aleja de la casa cada una de las armas
y hasta mi fiel espada la hurta de la testera de mi lecho.
Y llama a Menelao y le da entrada
descorriendo de par en par las puertas. Esperaba sin duda
hacer con ello un gran presente a quien la amaba y que podría
borrar así el recuerdo de sus antiguas culpas. ¿A qué alargo el relato?
Irrumpen en mi lecho y con ellos, el Eólida [178],
instigador de todas las maldades.
¡Dioses, dad a los griegos otro tanto
si son puros los labios que os piden venganza!
Pero hablando de ti, ea, dime ¿qué lances te han traído hasta aquí vivo?

---

[177] El cabo Reteo, promontorio cercano a Troya.

[178] El sobrenombre de Eólida tiene un dejo de desprecio. Era fama que Ulises había nacido de los amores de Sísifo, hijo de Eolo, y de Anticlea, raptada ésta por Sísifo antes de que se casara con Laertes.

¿Vienes perdido el rumbo a merced de las olas
o cumpliendo el mandato de los dioses?
O si no ¿qué fortuna te acucia a visitar estas moradas de tristeza, sin luz de sol,
estos eriales de confusas sombras?» A vueltas de estas pláticas,
la rosada cuadriga de la Aurora en su etérea carroza
había ya cruzado medio cielo.
Y acaso en otras tales gastaron todo el tiempo concedido,
pero su compañera la Sibila se lo advierte
y le ataja así: «La noche cae, Eneas,
estamos malgastando el tiempo en llantos.
Aquí es donde el camino se bifurca. Este de la derecha, al hilo de los muros
del gran Plutón, nos lleva hacia el Elisio. En cambio el de la izquierda
conduce a donde penan los malvados, por él se va hacia el Tártaro impío».
Deífobo le replica: «No te irrites, magna sacerdotisa.
Ya me voy. Vuelvo a ocupar mi puesto entre las almas.
Ve, gloria nuestra, sigue tu camino y que goces
de más felices hados». Diciendo esto volvió el paso.

El Tártaro

Mira Eneas de pronto hacia atrás y ve al pie de una roca,
a mano izquierda, un enorme recinto envuelto en triple muro.
Lo ciñe en borbollones de llamas el Flegetonte del Tártaro,
cuya rauda corriente va rodando
peñascos resonantes. En frente hay una puerta gigantesca
con columnas de sólido adamante, tales que ni los hombres ni los mismos
habitantes celestes lograrían descuajar con su embate.
Una torre de hierro se alza firme a los aires.
Tisífone sentada allí, ceñida de sanguinoso manto
guarda la entrada en vela noche y día.
Desde allí oyen gemidos y el hórrido restallo de las vergas
y el rechinar de hierros y arrastrar de cadenas. Eneas frena el paso
y aterrado va escuchando su estruendo.
«¿Qué crímenes son esos?, dime, virgen.
¿Con qué castigos los torturan, qué grito tan horrendo hiere el aire?»

La adivina comienza a hablar así: «¡Afamado caudillo de los teucros,
le está vedado al puro de corazón poner pie en este umbral del crimen!
Pero a mí cuando me confió Hécate la custodia del bosque del Averno
me instruyó en los castigos impuestos por los dioses
y me guió en persona por todo este recinto. Radamanto de Gnosos [179]
es el que ejerce aquí su férreo mando.
Ya castiga, ya escucha los delitos, ya fuerza a confesar
las culpas que cada uno allá arriba celaba entre vana alegría
y relegó expiar hasta el momento demasiado tardío de la muerte.
Tisífone al instante, látigo en mano, salta vengadora y azota a los culpables,
y azuzando con la izquierda el manojo de sus horrendas sierpes
llama en su ayuda a la tropa feroz de sus hermanas. Se descorren entonces
con hórrido chirrido sobre sus goznes las sagradas puertas.
¿Ves qué traza de monstruo está velando sentado en el zaguán?
¿Qué horrible catadura la del que monta guardia
en el umbral? Pues una hidra monstruosa, aún más horrible, mora dentro
abiertas sus cincuenta negras fauces. Desde allí abre su sima
en lo hondo el mismo Tártaro y penetra en las sombras
dos veces el espacio que desde el suelo la vista mide hasta el etéreo Olimpo.
Allí los viejos hijos de la Tierra, la raza de Titanes,
derrocados de lo alto por el rayo, ruedan en lo más hondo del abismo.
Allí vi a los dos hijos de Aloeo, de estatura gigante que osaron con sus manos
desgarrar en su asalto el vasto cielo
y derribar a Júpiter de lo alto del empíreo.
Vi también el castigo cruel de Salmoneo.
Por imitar el rayo del padre de los dioses y el trueno del Olimpo
sobre un carro de cuatro corceles —agitaba en su mano una antorcha—
iba triunfal por los pueblos de Grecia
y su ciudad del centro de la Élide reclamando para sí los honores de los dioses.
¡Insensato! Creía remedar la tempestad y el rayo inimitable con el bronce batido
por los cascos de sus caballos. Pero el padre omnipotente
vibró su dardo entre apiñadas nubes
—no antorchas ni relumbres de humeantes tizones—,

[179] En nombre de Plutón administraban justicia en el Hades Minos, rey de Creta, Éaco, rey de la isla Egina, y Radamanto, hermano de Minos.

y de bruces lo hundió con su turbión arrollador.
También allí podía verse a Ticio [180], vástago de la Tierra,
madre de todos. Cubre nueve yugadas enteras con su cuerpo.
Un monstruoso buitre que mora en lo hondo de su pecho
le va royendo con su corvo pico su hígado siempre vivo
y las entrañas que crecen sin cesar para el castigo
y las horada en busca de alimento
sin dar tregua a las fibras que renacen. ¿A qué hablar de los lápitas
Ixión y Pirítoo [181]? Pende amenazadora sobre ellos negra roca.
Parece que ya va a deslizarse, va a caer. Brillan respaldos de oro
en los altos divanes suntuosos y ante los mismos ojos la mesa aderezada
con aparato regio. Está echada a su lado la mayor de las Furias
y prohíbe alargar las manos a la mesa, o salta antorcha en mano
lanzando gritos con su voz de trueno. Allí están los que en vida
no dejaron de odiar a sus hermanos; los que alzaron la mano
contra su padre; el que prendió en engaños al cliente,
o aquellos que empollaron a solas los caudales adquiridos
sin dar parte a los suyos —éstos son incontables—;
los que sufrieron muerte por adúlteros; los alzados en armas a favor
de una causa malvada, traicionando la fe jurada a sus señores:
todos estos esperan encerrados su castigo. No inquieras cuál
ni qué traza de crimen ni qué hado llegó a hundirlos allí.
Unos hacen rodar un enorme peñasco, otros penden tendidos
y atados a los radios de una rueda. Sentado está Teseo [182] y ha de seguir sentado
sin esperanza alguna eternamente. Y Flegias en su inmensa desdicha
advierte a todos atestiguando a voces en las sombras: «Escarmentad en mí
y aprended a ser justos y a no mofaros de los dioses». Éste vendió por oro

[180] Era un gigante al que dio muerte Apolo por haber intentado ultrajar a su madre Latona.

[181] El suplicio que la fábula asigna a Tántalo, Virgilio lo aplica a Ixión y Pirítoo, reyes de los lápitas, pueblo del norte de Grecia.

[182] Hijo de Marte y padre de Ixión. Sufre castigo en el Tártaro por haber quemado el templo de Apolo en Delfos, lo cual hizo en venganza de la ofensa que el dios le había causado al seducir a su hija Coronis. Encarece sin cesar el proceder opuesto al suyo y al de su hijo Ixión que trató de seducir a Juno. Y el de su nieto Pirítoo, quien intentó raptar a Prosérpina en compañía de Teseo, rey de Atenas, cuyo castigo refiere.

a su patria y le impuso el yugo de un tirano; ese otro, sobornado, hizo y deshizo leyes a su antojo; aquél forzó el tálamo de su hija en nefando himeneo. Todos ellos emprendieron algún monstruoso empeño y acabaron realizándolo. Si tuviera cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro no podría abarcar todas las trazas de sus crímenes, ni enumerar los nombres de todos sus tormentos». Así dijo la anciana preste de Apolo: «¡Ea, adelante! —añade—. Sigue ya tu camino y cumple la tarea encomendada. ¡Aprisa! Ya diviso los muros forjados en la fragua de los Cíclopes y frontera la puerta abovedada en que nos han mandado depositar la ofrenda». Habló así y avanzando al mismo paso por las sombrías sendas se apresuran a salvar el espacio intermedio y se acercan a las puertas.

Los campos del Elisio

Gana Eneas la entrada, purifica su cuerpo en agua viva y prende el ramo en el dintel frontero. Hecho este menester, cumplido su deber con Prosérpina, llegan a la región del gozo, a las praderas verdecidas de sotos venturosos, donde tiene la dicha su morada [183].

Un ancho haz de aire puro viste de luz de púrpura estos campos que ven lucir su sol y sus estrellas. Los unos se ejercitan en la herbosa palestra de estos prados, se enfrentan y combaten en la rojiza arena. Otros pulsan la tierra con los pies danzando en coros y entonando cánticos. El sacerdote tracio de larga veste [184] les va dando consonante respuesta en las siete notas de su lira,

[183] Percibimos en la descripción de la vida en el Elisio la vena de irrestañable delicia virgiliana. Resuena en sus apuntes como un eco de sus vivencias de infancia a orillas del Mincio entre bordoneos de abejas. El poeta concibe su bienandanza como una serena y apacible continuación de la vida de la tierra. Cierto que el poeta deliba el relato de Homero, *Od.* IV 563, de Hesíodo, *Trabajos y días* 170, de Píndaro, II 109, y de Platón, *República* X, en que un soldado vuelve a la vida después de breves días en el Hades y nos cuenta lo que ha visto.

[184] Orfeo, primer cantor legendario griego. Con la dulzura de su canto recobró a su esposa Eurídice del reino infernal de Plutón. Murió despedazado por las mujeres tracias.

que tañe con los dedos unas veces y pulsa otras su plectro de marfil.
Allí estaba la antigua dinastía de Teucro, galana descendencia,
los héroes magnánimos nacidos en tiempos más dichosos,
Ilo, Asáraco y Dárdano, el fundador de Troya.
Eneas asombrado ve esparcidas sus armas y sus carros vacíos.
Hincadas en la tierra están sus lanzas y sueltos los corceles
pacen desperdigados por el llano. Aquella misma afición a los carros
y a las armas que les ganaba en vida, aquel su afán en criar lucios sus potros,
perdura en ellos vivo bajo la tierra.
Allí de pronto Eneas ve a izquierda y a derecha a otros yantando por la yerba,
cantando a coro un himno de gozo a honra de Febo
en un bosque fragante de laureles
donde brota el Erídano [185] caudaloso camino de la tierra rodando entre [arboledas.
Allí el corro de aquellos que sufrieron heridas por la patria,
allí están los que fueron toda su vida sacerdotes castos,
allí los vates fieles a los dioses, cuya canción sonó digna de Apolo,
y los que ennoblecieron la vida con las artes que idearon
y los que haciendo el bien
lograron perdurable recuerdo entre los hombres. Todos llevan
ceñidas a sus sienes vendas como la nieve. Cuando todos se apiñan rodeándoles
la Sibila les dice estas palabras —se dirige a Museo [186], estaba en medio
de una turba innumerable que le miraba alzando hacia él los ojos,
él descollaba con sus altos hombros—: «Decidme, almas felices,
y tú el mejor de los poetas, dime
¿en qué parte está Anquises? ¿Qué paraje le retiene?
Venimos a buscarle atravesando los caudalosos ríos del Érebo».
Esta breve respuesta les dio el héroe: «Ninguno tiene aquí lugar fijo.
Moramos en los umbrosos bosques. Lecho nos brindan las riberas.
Poblamos las praderas que sin cesar refrescan los arroyos.
Pero si os fuerza el alma tan hondo afán, doblad ese collado
y en seguida os pondré en camino seguro».

---

[185] Nombre griego del río Po. Recorre bajo tierra un corto trecho a poco de nacer. De ahí la creencia en que irrumpía del Hades.

[186] Cantor legendario, discípulo de Orfeo. Compuso cantos sobre la vida de los bienaventurados en el Elisio, según Platón, *República* 363.

Dice y marcha adelante y desde un alto
les enseña los campos luminosos. Descienden al punto de la cima.

El soto del Leteo. Encuentro de padre e hijo

Estaba a la sazón su padre Anquises en el fondo de un valle verdegueante,
afanado en pasar revista pensativo a unas almas
encerradas allí, que un día subirían a gozar de la luz.
Entonces casualmente recontaba todos sus descendientes,
los que serían sus amados nietos. Pensaba en su destino,
en su fortuna, en sus personas, en sus lances de guerra.
Al punto en que vio a Eneas avanzando a su encuentro sobre el césped
tendió a él enardecido sus dos manos, inundadas en llanto las mejillas,
y prorrumpió en un grito: «¡Has venido por fin! Tu amor filial
en que tu padre tenía puesta el alma, triunfó de los rigores del camino.
Me es dado ver tu rostro, hijo, y oír tu voz que conozco tan bien y hablar
[contigo.
Sí, mi alma lo esperaba. Me imaginaba que habías de venir y contaba los días.
No me engañó mi afán. ¿Qué tierras, qué anchos mares has cruzado
antes de que pudiera yo acogerte? ¿Qué riesgos, hijo mío, has arrostrado?
¡Cuánto temí que el poderío de Libia te llegara a dañar!»
Pero él: «Tu imagen, padre, tu entristecida imagen,
que acudía a mi mente tantas veces, me ha impelido
a este umbral. Anclada está la flota en aguas del Tirreno.
Dame a estrechar tu mano, padre mío, y no esquive tu cuello mis abrazos».
Diciendo esto, las lágrimas le iban regando el rostro en larga vena.
Tres veces porfió en rodearle el cuello con sus brazos
y tres veces la sombra asida en vano se le fue de las manos
lo mismo que aura leve, en todo parecida a un sueño alado.
En esto, avista Eneas en un valle apartado un bosque solitario,
resonante su fronda de susurros, y ve el río Leteo que fluye por delante
de aquel lugar de paz. En torno a su corriente revolaban las almas
de tribus y de pueblos incontables, como por las praderas en el claro sosiego
del estío las abejas van posando su vuelo en cada flor y se derraman
en torno a la blancura de los lirios. Resuena su zumbido
por toda la campiña. Eneas a su vista inesperada, ignorando lo que es,

pregunta por su causa, qué río es el que tiene allí delante
y quiénes son aquellos que llenan apiñados sus riberas.
A esto su padre Anquises: «Son las almas
a que destina el hado a vivir otra vez en nuevos cuerpos.
A orillas del Leteo están bebiendo el agua que libra de cuidados
e infunde pleno olvido del pasado. Por cierto que hace tiempo
estaba deseando hablarte de ellos, mostrarlos a tu vista
y recontar la serie completa de los míos
para que todavía te alegres más conmigo
de haber llegado a Italia». «Pero, ¿es posible, padre, creer que hay almas
que remonten el vuelo desde ahí hasta la altura de la tierra
y vuelvan otra vez a la torpe envoltura de los cuerpos?
¿A qué ese loco afán de los desventurados por volver a la luz?»
«Te lo voy a aclarar, no te tendré suspenso, hijo» —replica Anquises—.
Y le revela todos los secretos por su orden.
«Ante todo sustenta cielo y tierra y los líquidos llanos
y el luminoso globo de la luna y los titánicos astros
un espíritu interno y un alma que penetra cada parte
y que pone su mole en movimiento y se infunde en su fábrica imponente.
En él [187] tienen su origen los hombres y los brutos y las aves
y cuantos monstruos cría el mar bajo su lámina de mármol.
Conservan estos gérmenes de vida ígneo vigor de su celeste origen
en tanto no les traba la impureza del cuerpo ni embota su terrena ligadura,
y sus miembros destinados a la muerte.
De aquí nace en las almas su temor y ansiedad,
sus duelos y sus gozos. Encerradas en las tinieblas de su ciega cárcel,
no logran percibir las libres auras. Ni aun el día postrero,
cuando la vida ha abandonado el cuerpo,
alejan todo el mal de sí los desgraciados
ni todas las escorias de la carne. Y es forzoso que muchas por misteriosa traza

---

[187] Esta mente o espíritu es el *anima mundi*. Tiene la naturaleza del fuego y es fuente de toda vida. Su espíritu o, como dice aquí, sus propios Manes siguen acompañando al hombre en su purificación después de la vida, en que sufre el castigo merecido. Una clase de almas, según Virgilio, permanecen purificándose en el Elisio en el ciclo del gran año del mundo equivalente a diez mil años, hasta recobrar su primera pureza. Otra clase, la más numerosa, se purifica en el valle del Leteo, el río del olvido, para tornar al cabo de mil años a sus cuerpos en la tierra.

perduren arraigadas en lo hondo de las almas.
Por eso las someten a castigos con que pagan las penas de las culpas pasadas.
Unas penden tendidas al soplo inconsistente de los vientos,
otras lavan la mancha de su culpa abajo,
en el enorme regolfo borboteante, otras se purifican por el fuego.
Cada uno de nosotros sufre su expiación entre los muertos.
Después se nos envía allá, a través del espacioso Elisio.
Pero pocos logramos permanecer en los rientes campos.
Sólo el lapso de días y de días,
cuando el ciclo del tiempo está cumplido,
acaba por borrar la mancha inveterada y vuelve a su pureza del etéreo principio
y la centella de impoluta lumbre. A todas esas almas,
cuando gira la rueda del tiempo un millar de años,
llama un dios en nutrido tropel a orillas del Leteo,
por que, perdido todo recuerdo del pasado, tornen a ver la bóveda celeste
y comience a aflorar en ellas el deseo de volver a los cuerpos».
Deja de hablar Anquises y va llevando a su hijo
a una con la Sibila hasta el centro
de aquella densa turba vocinglera, y ocupa un altozano para tomar de frente
la larga hilera de héroes y conocer sus rostros según pasan.
«Ahora ven, te haré ver qué gloria le reserva el porvenir
al linaje de Dárdano, qué traza de herederos itálicos te aguardan
y las almas ilustres que han de llevar un día nuestro nombre.
Te voy a revelar tu destino.
Aquel joven, ¿lo ves? —va apoyado en su lanza sin hierro— [188]
que la suerte ha emplazado más cercano a la luz, será el primero
en subir a las auras de la altura llevando ya mezclada sangre itálica.
Es Silvio, nombre albano, hijo tuyo postrero
que te dará tu esposa Lavinia, don tardío,
avanzada tu edad, y criará en los bosques, rey y padre de reyes [189].

[188] Se trata, según Norden, del cetro que empuñaba Júpiter Olímpico en su mano izquierda. Otros creen que era la recompensa a un joven guerrero por su primera victoria contra el enemigo.

[189] Lavinia, la esposa de Eneas, se refugia en un bosque a la muerte de su esposo. Allí da a luz a un niño al que llama Silvio. Este en Alba priva a Julo del poder y le reduce a la condición de sacerdote o jefe religioso, que ostentarán los Julios, mientras los Silvios ejercerán el poder real.

Nuestra raza por él mandará en Alba Longa.
El que le sigue de cerca es Procas [190], gloria de la nación troyana.
Y Capis y Númitor, que renovará tu nombre, Silvio Eneas,
excelso como tú por la piedad de su alma y por las armas
si llegara a ganar un día el trono de Alba.
¡Qué mozos! ¡Míralos! ¡Cómo resalta en ellos su pujanza
y cómo llevan sombreadas sus sienes de hojas de encina cívica!
Éstos te fundarán Nomento, Gabios, la ciudad de Fideno
y en lo alto de los montes alzarán el alcázar Colatino
y Pomecios y el castillo de Inuo y Bola y Cora.
Así se llamarán esas ciudades que hoy son tierra sin nombre.
Mira también a aquel, Rómulo, hijo de Marte,
que se unirá a su abuelo y seguirá a su lado,
a quien Ilia, su madre, dará vida de la sangre de Asáraco.
¿Ves cómo el doble airón [191] se alza en su frente,
y cómo le designa desde ahora con su emblema
su padre para el mundo de allá arriba? ¡Mira, hijo, con su auspicio
aquella Roma extenderá gloriosa su dominio a los lindes de la tierra
y su ánimo a la altura del Olimpo! Y cercará de un muro sus siete ciudadelas,
gozosa con su prole de héroes.
Tal la diosa del monte Berecinto [192] recorre coronada
de torres las ciudades de Frigia en su carroza, ufana de su prole de dioses,
estrechando en sus brazos a cien nietos, todos ellos divinos,
todos ellos moradores de la celeste altura. Ahora vuelve los ojos
y contempla a este pueblo, tus romanos. Éste es César, ésta es la numerosa
descendencia de Julo destinada a subir a la región que cubre el ancho cielo.
Éste es, éste el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido,
Augusto César, de divino origen, que fundará de nuevo la edad de oro
en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día

[190] Realza Anquises a los ojos de su hijo a algunos de los reyes de Alba. Con ello trata de llenar el espacio de cuatro siglos entre la guerra de Troya y la fundación de Roma.

[191] El doble airón de plumas que lucía Marte en su yelmo.

[192] Cibeles. Montaña frigia consagrada a Cibeles. Se representaba a la diosa con la corona mural, símbolo de muros y baluartes, ya que fue la primera que enseñó a los hombres a fortificar las ciudades.

y extenderá su imperio hasta los garamantes [193] y los indios,
a la tierra que yace más allá de los astros, allende los caminos
que en su curso del año el sol recorre, en donde Atlante,
el portador del cielo, hace girar en sus hombros la bóveda celeste
tachonada de estrellas rutilantes. Ya ahora ante su llegada empavorecen
oráculos divinos el reino del mar Caspio y la región del lago Meotis [194].
Los repliegues de las siete bocas del Nilo se estremecen de terror.
Ni Alcides en verdad anduvo tantas tierras aun cuando su saeta
clavó en la cierva de los pies de bronce y devolvió la paz al bosque de Erimanto,
y conmovió con su arco la laguna de Lerna [195]. Ni el que guía su carro
con sus riendas de pámpanos, Líbero victorioso,
cuando baja de la cresta cimera del Nisa [196] domeñando sus tigres.
¿Y dudamos todavía en desplegar nuestro valor luchando,
y va a impedir el miedo que asentemos la planta en tierra ausonia?
Pero, ¿quién es aquél que veo allí a lo lejos coronado de olivo?
Va llevando en sus manos los objetos de culto.
Reconozco por sus cabellos y la blanca barba al rey romano,
aquel que llamado desde su parva Cures y de su pobre tierra
a un poderoso mando, ha de basar en leyes la incipiente ciudad [197].
El que le seguirá vendrá a turbar los días de sosiego de su patria,
Tulo, que alzará en armas a su pueblo enmollecido, perdida la costumbre
de marchar en formación guerrera a la victoria.
Anco viene tras él un tanto jactancioso,
ufano en demasía del favor popular ya desde ahora.
¿Quieres ver además a los reyes Tarquinios
y la altiva alma de Bruto, el vengador, y los fasces recobrados por él?

[193] Nombre de un pueblo de Libia. Vaticina Virgilio que Augusto extendería sus dominios por Oriente y Mediodía, más allá de las tierras a que alcazaba entonces el Imperio Romano.

[194] El mar de Azov.

[195] Laguna cercana a Argos, donde Hércules realizó el segundo de sus trabajos, dar muerte a la hidra de nueve cabezas. El Erimanto es una montaña de Arcadia, al sur de Grecia. Encarece con ello las proezas de Augusto, superiores a las de Hércules y a las conquistas de países lejanos logradas por Baco.

[196] Montaña de la India en que se crió el dios.

[197] Numa, segundo rey de Roma.

Será el primero que reciba el poder consular
y las hachas crueles. Y el padre que a sus hijos,
por afanarse en reavivar la guerra,
someterá a la muerte en nombre de la hermosa libertad [198].
¡Infortunado de él como quiera que tomen su acción los venideros!
Por encima de todo destacará su amor a la patria y su inmensa ansia de gloria.
Pero mira allá lejos a los Decios y Drusos y a Torcuato,
el cruel con su segur [199],
y a Camilo [200] que torna cobradas las enseñas.
Pues aquella pareja que ves resplandecer
con el brillo de idéntica armadura,
ahora acordes en tanto que esta noche les oprime,
¡qué guerra, ay, no se harán si un día llegan a la luz de la vida!
¡Qué batallas las suyas! ¡Qué tremendo su estrago! El padre [201] bajará
del bastión de los Alpes y de la fortaleza de Mónaco; el esposo de su hija
alineará contra él huestes de Oriente. ¡No avecéis, hijos míos, vuestros ánimos
a tan funestas guerras ni volváis el poderoso brío de la patria
en contra de sus propias entrañas! Y tú cesa el primero, tú que eres del linaje
de los dioses, arroja de las manos ya las armas, tú, sangre de mi sangre!
Aquél por su victoria de Corinto va a guiar su carroza triunfal
hasta el bastión del Capitolio, egregio por los aqueos a que diera muerte [202].
Ese otro arrasará Argos y la Micenas de Agamenón, y vencerá a un Eácida,
descendiente de Aquiles, poderoso en las armas,
vengando a sus mayores troyanos

[198] Condenó a muerte a sus hijos, que habían conspirado para reponer a los Tarquinios en el trono de Roma.

[199] Manlio Torcuato ordenó la muerte de su hijo que, respondiendo al desafío de un enemigo, combatió con él y le dio muerte contra la orden dada por su padre que prohibía combatir fuera de formación.

[200] M. Furio Camilo, que libró a Roma del asedio de los galos y recobró las enseñas perdidas en la batalla de Alia.

[201] Alude a César y Pompeyo. Éste casa el año 59 a. C. con Julia, la hija de César. Traslada éste sus tropas de Galia a Italia, Pompeyo de Grecia y Asia Menor. Realza el origen divino de César, descendiente de Venus.

[202] Se refiere a L. Mumio que destruyó Corinto en 146 a. C. y a L. Emilio Paulo, vencedor de Perseo, el último rey de Macedonia, en Pidna el año 168 a. C. Con ello Roma se erigió en potencia única del mundo. El rey Perseo, feroz enemigo de los romanos, se ufanaba de descender de Aquiles, nieto a su vez de Éaco.

y el templo profanado de Minerva, ¿quién a ti, gran Catón, y a ti, Coso [203],
podría pasaros en silencio? ¿Quién olvidar la estirpe de los Gracos
y a los dos Escipiones, dos rayos de la guerra, que arrasarán la Libia?
¿Y a ti, Fabricio, tan grande en tu pobreza,
y a ti, Serrano, que tus surcos siembras?
¿A dónde forzáis, Fabios, mis pasos ya cansados? Tú eres aquél, el más grande,
el único que sabe con dilaciones restaurar la patria [204].
Otros habrá —lo creo— que con rasgos más mórbidos esculpan
bronces que espiran hálitos de vida y que saquen del mármol rostros vivos,
que sepan defender mejor las causas y acierten a trazar con su varilla
los giros en el cielo y anuncien la salida de los astros. Tú, romano,
recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes:
imponer leyes de paz [205], conceder tu favor a los humildes
y abatir combatiendo, a los soberbios».
Habló su padre Anquises así y ante el asombro de sus oyentes añadió:
«¡Mira cómo Marcelo se adelanta, radiante con su espléndido trofeo [206],
y se alza victorioso entre todos los guerreros! Él cabalgando mantendrá el poder
de Roma en un tumulto asolador; arrollará
a los cartagineses y a los rebeldes galos y por tercera vez será él quien cuelgue
las armas conquistadas en el templo del paterno Quirino».
Viendo entonces Eneas que iba con él un joven de extremada belleza
y esplendente armadura pero triste la frente,
vuelto el rostro y los ojos hacia el suelo:

---

[203] Volvió vencedor con los despojos de Tolumnio, jefe de los veyentes en 428 a. C.

[204] Alude a Q. Fabio «el Cachazudo». Debe el sobrenombre a que en la lucha contra Aníbal, después de la derrota romana, en el lago Trasimeno en 217 a. C., frenó el ímpetu del cartaginés, evitando presentarle batalla campal mientras Roma restablecía sus fuerzas. Virgilio reproduce aquí un célebre verso de Ennio.

[205] Remata el conocido mensaje a su pueblo con la alusión de Augusto, quien acertó a imponer la paz y con ella las leyes y el orden al mundo romano.

[206] M. Claudio Marcelo, cinco veces cónsul, cobró fama en sus combates a caballo. Venció a los galos insubros en Clastidio el año 222 a. C. Bajo su mando los romanos vencieron por vez primera a Aníbal en Nola en el año 215 a. C. Fue el tercero en ofrecer a Quirino, divinidad itálica identificada con Marte, los despojos opimos, esto es, lo que cobraba un general romano que vencía en combate a un general enemigo.

«¿Quién es, padre, ese joven [207] que así acompaña a Marcelo en su camino?
¿Un hijo? ¿O es acaso un descendiente de su larga estirpe?
¿Qué sorda aclamación en torno de él?
¿Qué noble aplomo en su figura?
Pero vuela ciñendo su cabeza la negra noche con su aciaga sombra».
A esto su padre Anquises le responde así rompiendo en lágrimas:
«No inquieras, hijo mío, el duelo inconsolable de los tuyos.
Los hados a ese joven no harán sino mostrárselo a la tierra,
mostrarlo, no más que eso. Sobrado poderoso os pareciera, dioses,
el linaje romano si este don vuestro fuera duradero.
¡Qué imponentes lamentos de sus hombres
el memorable Campo de Marte hará llegar a la egregia ciudad!
¡Qué exequias, río Tiber, verás cuando delante de su túmulo
recién alzado tu caudal deslices! Jamás un joven de troyana estirpe
elevará tan alto la esperanza de sus antepasados latinos
ni la tierra de Rómulo podrá ufanarse igual de ningún otro de sus hijos.
¡Oh, qué bondad la suya, qué antigua honradez de alma,
qué brazo invencible en la guerra!
Ninguno se opondría sin castigo al empuje de sus armas,
arremetía a pie o aguijaba su espuela el flanco de espumante bruto.
¡Ay, mozo infortunado! ¡Si pudieras de algún modo
romper el cerco de tus duros hados!
¡Tú serás Marcelo! Dadme lirios a manos llenas.
Quiero esparcir sobre él purpúreas flores, prodigarle al alma de mi nieto
al menos este don, rendirle este vano homenaje».
Así van recorriendo sin rumbo toda aquella región,
sus anchos llanos luminosos,
derramando por todo la mirada. Cuando Anquises había ya llevado
por cada uno de aquellos parajes a su hijo
y enardecido su alma con el ansia de la gloria cercana,
en seguida pasa a mentar las guerras que había de emprender poco después.
Y le habla de los pueblos laurentes y de la ciudad de Latino,
y de cómo evitar y soportar cada una de las pruebas.

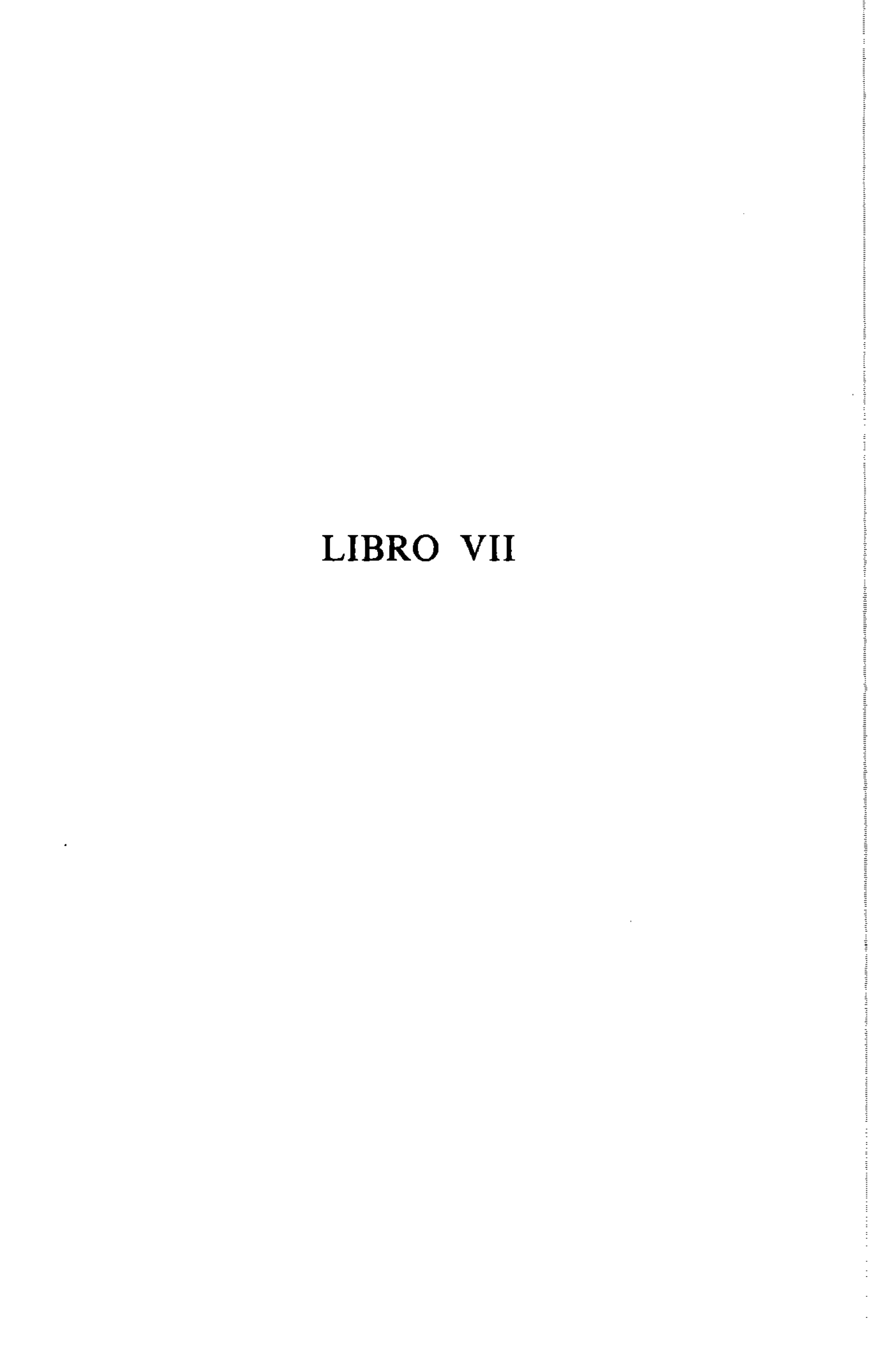
[207] El joven Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto, quien lo había adoptado para que le sucediera en el Imperio. Murió a los 19 años el 23 a. C. y fue enterrado en el mausoleo del emperador a la orilla del Tíber.

La despedida

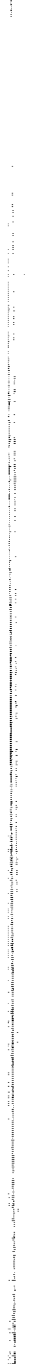
Dos puertas hay del Sueño. Una de ellas de cuerno, según dicen,
por donde se permite fácil paso a las sombras verdaderas,
la otra es toda brillante con la lumbre del albo marfil resplandeciente.
Por ésta los espíritus sólo mandan visiones ilusorias
a la luz de la altura. Prosiguiendo su plática,
Anquises acompaña a su hijo y la Sibila, y los despide al cabo
por la puerta de marfil [208]. Ataja Eneas el camino a las naves
y se reúne con sus compañeros. Al hilo de la costa ponen rumbo
hacia el puerto de Cayeta. Echan anclas a proa
y quedan alineadas las popas en la playa.

---

[208] Termina el poeta dándonos a entender que Eneas no conservará de cuanto ha visto y oído otro recuerdo que el que se conserva de un sueño. Consigue no obstante Anquises su propósito de fortalecer el espíritu de su hijo y de acuciarlo al cumplimiento de las arduas empresas que le esperan.



LIBRO VII



PRELIMINAR

Narra el libro VII la llegada de los troyanos al Lacio, con la que encabeza la segunda parte del poema. Es libro de distensión, de relajación, de recobro de los ánimos tras la angustia del descenso de Eneas a los Infiernos. Y por su impetuoso remate uno de los más originales del poema. En su juego de distensiones y tensiones rompe el poeta el pacto de troyanos y latinos, y con él la firme esperanza de paz y reposo suspirados.

Fondean en el Tíber los troyanos. Manda Eneas embajadores al rey, quien les dispensa favorable acogida. Se dispone Latino a trabar alianza. Cumpliendo los vaticinios, los troyanos comienzan a alzar su ciudad. Pero interviene Juno y por medio de la furia Alecto excita la ira de la reina Amata y de Turno. Incita a la reina y a las mujeres del Lacio a que obliguen al rey a declarar la guerra a Eneas. Se niega el rey. Turno encabeza la rebelión. El Lacio entero se moviliza y en pie de guerra acude con sus tropas en ayuda del caudillo Turno.

A lo largo de su impetuoso desfile guerrero se entrefunde la imaginación y la erudición del poeta. Su intuición rinde tributo de pasión y fruición a la grandeza de la Italia remota, a la tierra madre de andanadas de tropas y heroicos caudillos. Con arrolladora pujanza, con viva delicia evoca y alza en pie de guerra a la Italia legendaria en trance de perderse, y actualiza la prehistoria de sus pueblos, de sus roquedas y sotos, de lagos y ríos, de campiñas y valles y montes, recibida con asombro por sus contemporáneos, con el gozo de un don de arte para siempre por las letras universales.

A ello se une su afán de congregar a todos los pueblos de Italia bajo el mando de un caudillo. Y la innovación de su plan integrador, la adhesión de la Grecia remota con sus tropas entregadas a la lucha por la libertad de Italia, mandadas por sus jefes, seis de los trece que concurren en ayuda de Turno son de origen griego. Todo lo avizora el poeta en el trémolo de su evocación de pueblos y tierras de la Italia legendaria.

GUERRA EN EL LACIO

Tú, Cayeta, nodriza de Eneas, también diste con tu muerte
renombre para siempre a nuestras playas. Todavía el honor que te rinden
preserva tu morada de reposo. Aún en la gran Hesperia, si algo vale esa gloria,
tus huesos continúan designando el lugar con tu nombre [209].
Cumplidas las exequias rituales, elevado el túmulo en su honor,
el fiel Eneas, cuando cobra la lámina del hondo mar su calma,
despliega velas y abandona el puerto.
Van soplando las brisas en la noche. La blancura radiante de la luna
favorece su rumbo. El mar riela a su trémula luz.
Pasan cerca rasando las orillas de la tierra de Circe [210],
la opulenta hija del Sol, donde en sus arboledas nunca holladas, no cesa
de resonar el eco de los cantos. En su mansión fastuosa arde el cedro odorante
relumbrando en la noche mientras pasa y repasa crujiente lanzadera
entre los hilos de su tenue trama. Perciben a altas horas de la noche
furiosos rugidos de leones que reluchan por romper sus cadenas
y los gruñidos de híspidos verracos y de osos enjaulados
y el ulular [211] de lobos de pavorosa traza.

---

[209] Insiste el poeta en prestigiar los lugares de Italia que identifica con personajes del poema. A los nombres del trompeta Miseno y del piloto Palinuro une aquí el de la nodriza de Eneas que aplica a Gaeta, puerto entre Campania y el Lacio.

[210] Rodea Virgilio de un halo de misterio la isla de Circe, en que Homero emplaza a la maga en el libro X de la *Odisea*. Según Varrón la isla quedó unida después al continente.

[211] La imaginación auditiva virgiliana extrema en el origen su gama sonora expresiva por acomodarse a las ideas representadas.

A todos ellos la crueldad de la divina Circe,
con sus yerbas de mágico poder, trocó de aspecto humano
en figuras y cuerpos de alimañas.
Por salvar a los justos troyanos de tamaña desventura
si entraban en su puerto o si abordaban sus funestas playas
Neptuno hincha sus velas con viento favorable
y facilita su huida y los conduce al hilo de bajíos espumantes.
Ya empezaban a empurpurar el mar rayos de luz y ya la gualda aurora
relumbraba en la altura del cielo en su rosado carro de dos tiros,
cuando amainan los vientos y cesa de repente hasta el más leve soplo de la brisa.
Los remos traban lucha con la marmórea languidez del agua.
Entonces desde el mar columbra Eneas un inmenso bosque.
Por entre la arboleda, en apacible curso, el río Tíber girando en remolinos,
amarillento de su mucha arena va irrumpiendo en el mar. En torno a su [corriente
revolando sobre él variadas aves amigas de su orilla y de su cauce
embelesan el aire con su canto. Tienden el vuelo por el bosque. Eneas manda
a sus compañeros virar el rumbo y enfilar las proas hacia tierra. Y penetra
alborozado en el umbroso río.

Invocación a Érato. El rey latino

¡Ea, ayúdame, Érato! [212] Ahora voy a contar quiénes eran los reyes
y los remotos hechos y el estado en que el antiguo Lacio se encontraba
cuando por vez primera arribó con sus naves
a las playas ausonias un ejército extranjero.
Y evocaré el comienzo de la primera lucha.
Inspírale, tú, diosa, a tu poeta. Contaré horrendas guerras,
diré la formación de las batallas, y los príncipes
movidos por su misma soberbia hacia la muerte
y las tropas tirrenas y toda Hesperia congregada en armas.
Se abre ante mí una historia de más vuelo, acometo una empresa mayor.

---

[212] Nombre de una de las nueve ninfas. Conforme a su etimología, la diosa del amor.

El rey Latino [213], anciano ya, seguía gobernando
en larga paz plácidamente campos y ciudades.
Nació, según es fama, de Fauno y de la ninfa laurente Marica.
Fauno fue hijo de Pico y éste se envanecía de tenerte por padre a ti, Saturno.
Fuiste tú, pues, Saturno el fundador de este linaje.
No tuvo el rey Latino por decreto del cielo descendiente varón,
pues le fue arrebatado en la flor de la edad uno que se le dio.
Por heredera de su casa, de sus vastos dominios, le quedó sólo una hija,
en sazón ya de esposo, bien cumplidos los años de la edad casadera.
Muchos la pretendían por todo el ancho Lacio y por la Ausonia toda.
Destacaba entre todos el más hermoso de ellos, Turno,
alentado por su largo linaje, a quien la misma esposa del rey
se apresuraba con extraña ansiedad a tenerle por yerno.
Mas diversos prodigios de los dioses, de aterrador presagio, lo estorbaban.
Existía en el centro del palacio, en la parte más íntima de todas,
un laurel de sagrado follaje, conservado con temor durante largos años.
Según se refería, el rey Latino se lo encontró allí al ir a fundar la ciudadela
y se lo había consagrado a Febo y llamó laurentinos por él a sus colonos.
Un día se agolpó a lo alto de su copa
una nube de abejas —maravilla contarlo—
cruzando por el aire translúcido con potente zumbido
y trabadas entre sí de sus patas quedaron de improviso
colgadas en enjambre de una frondosa rama.
Al instante prorrumpe el adivino: «Diviso a un extranjero que se acerca.
Sus tropas se dirigen al lugar del enjambre. Vienen del mismo punto.
Dominan lo más alto del alcázar».
Otra vez mientras él va alumbrando el altar con las teas sagradas
y al lado de su padre está en pie la muchacha Lavinia, se advierte ¡horror!
que el fuego hace presa en su larga cabellera y que va consumiendo su tocado
la llama crepitante, que se queman las trenzas de la princesa y arde la diadema
recamada de perlas. Ella envuelta en el humo de la rojiza lumbre
va difudiendo el fuego a través del palacio.
Este prodigio que ven, sí que lo toman por terrible presagio y visión admirable.

---

[213] Nombre de remota antigüedad que hallamos ya en Hesíodo, *Teogonía* 1013. Se creyó que pasó a denominar al pueblo latino.

Auguraban que había de ser ella ilustre por su gloria y su fortuna,
pero que predecía para su pueblo pavorosa guerra.
Estremecido el rey ante tales prodigios acude a los oráculos
de su padre, el adivino Fauno y demanda respuesta allá en los claros de arboledas,
al pie mismo de la moheda Albúnea [214], el mayor de los bosques,
donde resuena el eco de la fuente sagrada
y exhala de su umbría hedor mefítico. Allí acuden en busca de oráculo
en sus dudas los pueblos ítalos y la tierra de Enotria [215] toda.
Allí una vez que el sacerdote ofrece sus dones
y en la noche silente se tiende a descansar sobre las pieles
de las ovejas que han sacrificado, con que cubren el suelo,
y solicita que le llegue el sueño,
ve revolando en torno un sinfín de fantasmas de forma sorprendente
y oye voces diversas y goza platicando con los dioses
y conversa con el mismo Aqueronte
en las profundas simas del Averno. Allí fue donde entonces acudió una vez más
el mismo rey Latino demandando respuesta y allí sacrificaba según rito
ovejas de dos años. Yacía el rey entonces acostado en sus pieles
y vellones extendidos por tierra. De repente le llega
esta voz desde lo hondo del bosque:
«No trates, hijo mío, de casar a tu hija con esposo latino,
ni tengas fe en el tálamo dispuesto.
Llegarán de fuera quienes han de ser tus hijos,
cuya sangre alzará nuestro nombre hasta los cielos.
Verán los descendientes de su estirpe girar bajo sus pies sometida a su mando
cuanta tierra avista en su carrera el Sol por uno y otro Océano».
Esta respuesta de su padre Fauno,
como las advertencias que le hizo en el silencio de la noche,
no se avino a guardárselas para sí el rey Latino.

---

[214] La consulta a Fauno por su hijo Latino depara al poeta la ocasión de hacer revivir una institución religiosa del Lacio. El lugar es una roca a cuyo pie brota una fuente de agua sulfurosa. Parece referirse a una cercana a Ardea, la patria de Turno. Estas fuentes aptas para la revelación de sueños pasaban por ser lugares de comunicación con el reino de los muertos.

[215] Nombre del sudeste de Italia que se aplicó a toda la península.

ARRIBAN LOS TROYANOS AL TÍBER

Así que ya la Fama volandera las había esparcido en ancho ruedo
por entre las ciudades de la Ausonia cuando los hijos
de Laomedonte ataron sus naves a un ribazo
de césped de la orilla. Eneas y los jefes principales,
y a una con ellos el hermoso Julo, se tienden a la sombra de las ramas
de un árbol talludo. Allí disponen la comida y bajo las viandas
van colocando tortas de espelta por el césped
(así lo aconsejaba el mismo Júpiter)
y la base de harina la aumentan con la fruta de los campos.
Entonces, consumido lo demás, acontece que la misma escasez de provisiones
les impulsa a llevarse a la boca el parvo plato de Ceres y a violar con sus manos
y su osada mandíbula los bordes de la torta fatal
y aun a pasar a sus anchos cuadrantes [216].
«¡Ay! Estamos comiéndonos las mesas», comenta Julo en broma. No dijo más.
Al punto en que fue oída, su ocurrencia ataja de primeras nuestros males.
Su padre se apresura a recogerla de los labios de su hijo
y en ella se concentra estupefacto ante el poder divino. Y en seguida prorrumpe:
«¡Salve, tierra que el hado me tenía reservada! Y vosotros también
¡salve, fieles Penates de mi Troya! Este es el paradero.
Aquí está nuestra patria. Mi padre Anquises
—ahora lo recuerdo— me fió este secreto del destino:
—«Hijo, cuando llegado a ignotas playas, una vez consumidos los manjares,
te fuerce el hambre a devorar las mesas,
por cansado que te halles, espera encontrar allí morada,
y no te olvides de poner con tus manos los cimientos de la ciudad
y de montar sus muros de defensa». Ésta era el hambre a que se refería,
la que al cabo debíamos pasar, lo que pondría fin a nuestros duelos.
¡Ea, pues, al primer albor del sol, exploremos qué lugares son éstos,
y qué hombres los habitan, dónde se alza la ciudad!
Partamos desde el puerto en todas direcciones.

---

[216] Se refiere a las tortas redondas de harina, queso y huevos, alimento de los primitivos pueblos de Italia. Luego se depositaron sobre ellas las ofrendas a los dioses, a modo de platos y pasaron a tomarse por platos. De ahí la frase proverbial en latín, «comerse las mesas de hambre». Recuérdese la profecía de III 254-257.

Ahora con vuestras copas ofreced libaciones a Júpiter
e invocad a mi padre Anquises con plegarias. Y reponed de vino cada mesa».
Habla así y en seguida ciñe sus sienes de frondoso ramo
y dirige sus preces al genio del lugar y a la Tierra,
la primera de todas las deidades,
y a las ninfas y ríos todavía por él desconocidos.
Luego invoca en el orden debido a la Noche
y las estrellas que estaban asomando entre las sombras,
y a Júpiter del Ida y a la Madre de Frigia e invoca a sus dos padres,
el uno en el Empíreo, en el Érebo el otro.
Entonces desde lo alto del cielo despejado
tronó por tres veces el Padre omnipotente. Y blandiéndola él mismo
con su mano desplegó de la cima del aire ante sus ojos
una nube rutilante de luz y rayos de oro.
De repente se difunde por entre los troyanos el rumor
de que ha llegado el día de fundar la ciudad prometida.
Reanudan porfiados el festín, les llena el gozo de tan gran presagio.
Van poniendo las jarras y las colman de vino.
Cuando la aurora del siguiente día alumbraba la tierra con la lumbre
de su incipiente antorcha, se lanzan en distintas direcciones
a explorar la ciudad, las tierras y riberas de aquel pueblo:
este estanque es la fuente de Numico [217],
este río es el Tíber, aquí viven los valientes latinos.

Eneas envía una embajada al rey Latino

Manda entonces el hijo de Anquises que vayan cien legados
elegidos de los distintos rangos a la augusta ciudad del rey, velados todos ellos
con los ramos de Palas [218] y que lleven presentes al monarca
y demanden la paz para los teucros.
Al punto se apresuran a cumplir lo mandado.

[217] Bañaba el río Numico los campos del Lacio. Servía de linde entre los laurentes de Latino y los rútulos de Turno.

[218] Parece aludir Virgilio a los ramos de olivo que portaban en sus manos los mensajeros como símbolo de paz.

Marchan a paso raudo. Eneas, entre tanto, va cavando una zanja somera
para trazar el cerco de los muros y emprende su obra allí
y asienta su primera morada a la orilla del mar [219] como si fuera un campamento
con almenada valla y terraplén. Ya habían los legados recorrido el camino,
ya avistaban las torres y tejados enhiestos de la ciudad latina
y se iban acercando a la muralla. Delante de ella niños y mozos en la flor
de la primera edad se entregan a ejercicios ecuestres y domeñan los carros
entre nubes de polvo o van tendiendo los briosos arcos o hacen girar sus brazos
los flexibles venablos o compiten en carreras a pie o en luchas cuerpo a cuerpo,
cuando avanza a caballo un mensajero y lleva a oídos del anciano rey
que han llegado unos hombres talludos, de extraña vestimenta.
Manda el rey los inviten a palacio. Toma asiento en el centro
sobre el trono de sus antepasados. El palacio del laurentino Pico
era edificio de majestuosa traza, espacioso,
enhiesto en cien columnas. Se alzaba en las alturas de la ciudad.
Infundía terror el cerco de sus bosques venerado de atrás por sus mayores.
Recibir allí el cetro y alzar por vez primera el fajo de haces [220]
era para los reyes señal de buen agüero. Servía este santuario
para ellos de senado. Allí se celebraban los festines sagrados.
Allí los nobles tenían por costumbre, después del sacrificio de un carnero,
sentarse en largas filas a la mesa. Es más. Allí a la entrada figuraban por orden
talladas en cedro venerable las efigies de los antepasados vetustos:
el rey Ítalo con el padre Sabino, el que plantó la vid
—conservaba en su imagen la corva podadera—
y el anciano Saturno y la efigie de Jano, el dios bifronte

[219] Emplaza el poeta el campamento de Eneas en Ostia, el puerto de Roma que a la sazón mejoraba y embellecía Augusto. Mueve a Virgilio a ello la proximidad al lugar donde luego surgiría la ciudad y el realce del Tíber, el río sagrado para los romanos en la leyenda de la fundación de Roma. Estaba el campamento orientado a mediodía, Protegía el flanco derecho el muro corrido sobre el río. El lado izquierdo se oponía al enemigo.

[220] Atribuye a Latino los símbolos de mando de un rey romano: los lictores con sus fajos de haces, el cetro rematado por la cabeza de un águila y el carro de marfil. Son los atributos que impone el primer rey etrusco, Tarquinio el Viejo, al adueñarse en el siglo VI del trono de Roma.

y de los otros reyes partiendo del primero y de los héroes
que sufrieron heridas en la guerra luchando por la patria.
Y numerosas armas que colgaban de las puertas sagradas y carros apresados,
curvas hachas y penachos de yelmos y gigantescas barras de puertas
y venablos y rodelas y espolones arrancados a naves enemigas.
Estaba allí sentado el mismo Pico, el domador de potros, en su mano
el bastón augural de Quirino[221], ceñido de su parvo capote,
portaba en su izquierda el escudo sagrado. El mismo Pico,
a quien su esposa Circe un día, arrebatada de pasión, golpeándole con su áurea
había transformado en ave con filtros venenosos [vara,
y esparcido variados colores por sus alas.
Tal era el templo de los dioses donde, tomando asiento el rey Latino
en el trono paterno, invitó a presentarse ante sí a los troyanos.
Así que entraron, se adelanta a hablarles con afable semblante:
«Decid, hijos de Dárdano —pues no desconocemos vuestra ciudad y raza
y habíamos oído de vosotros antes que dirigiérais
vuestro rumbo por el mar hacia aquí—,
¿que buscáis? ¿Qué motivo o qué necesidad trae las naves troyanas
a la costa de Ausonia por el haz verdiazul de tantos mares?
Tanto si habéis perdido el derrotero como si por la fuerza de alguna tempestad
de esas que tantas veces sufren en alta mar los navegantes
os habéis adentrado en nuestro río y halláis ahora descanso en nuestro puerto,
no rechacéis nuestra hospitalidad y no desconozcáis que los latinos,
el pueblo de Saturno, es justo no por fuerza ni por ley sino que se mantiene
por propia voluntad fiel a las normas de su antiguo dios.
Por cierto que recuerdo —va haciendo algo borrosa la tradición
el paso de los años— que solían contar
los ancianos auruncos[222] cómo Dárdano, nacido en estos campos,
emigró a las ciudades del Ida en Frigia
y hacia Samos de Tracia, la que hoy se llama Samotracia.

---

221 Remataba el bastón de augur en una empuñadura curva, casi cerrada. Quirino era una antigua divinidad itálica que se identificó luego con Rómulo. El capote *(trabea)* parvo, comparado con la toga, iba listado de franjas horizontales.

222 Poblaban los auruncos la región entre los Volscos y la Campania, al oeste del río Liris.

Él partió, pues, de aquí, de la ciudad tirrena de Córito,
el mismo al que ahora acoge
en un trono el palacio dorado del cielo rutilante de luceros,
y con él acrecienta el número de altares de sus dioses».
Cesó de hablar y contestó Ilioneo a sus palabras:
«Rey, descendiente egregio de Fauno,
ni negra tempestad nos ha acosado con sus olas
y ha llegado a forzarnos a arribar a tus tierras,
ni ha habido estrella alguna que nos hiciera errar rumbo ni playa.
Deliberadamente, por propia voluntad hemos llegado a tu ciudad,
desterrados de un imperio, el mayor que le era dado al Sol
contemplar otro tiempo en su carrera desde el confín remoto del Olimpo.
De Júpiter procede nuestra estirpe,
la juventud dardania se ufana de tener por abuelo
al mismo Júpiter, del augusto linaje de Júpiter proviene nuestro rey [223],
Eneas el troyano, el que nos ha mandado a tu palacio.
Qué furioso huracán desatado por la cruel Micenas
irrumpió por los llanos del Ida
y qué encono del hado concitó el choque de dos mundos,
el de Europa y el de Asia,
lo sabe hasta el que habita en lo más alejado de la tierra,
allá donde el Océano revierte su corriente [224]
hasta aquel a quien mantiene aislado la zona que se extiende
entre las otras cuatro, la del sol despiadado. Tras de aquel cataclismo,
navegando a lo largo de tantos vastos mares, venimos a pediros
un reducido asilo para asentar a nuestros dioses patrios y una faja de tierra
en que nadie nos dañe, y agua y aire abierto de par en par a todos.
No seremos desdoro de este reino ni aportaremos a él menor renombre
ni llegará a borrarse nuestro agradecimiento a vuestra hidalga acción
ni pesará jamás a los ausonios el haber acogido
a los troyanos con los brazos abiertos.
Lo juro por los hados de Eneas y el poder de su diestra
probada por igual en la alianza y en las armas y lances de la guerra.

---

[223] Júpiter era el padre de Dárdano.

[224] Tomaban al Océano por un río que ceñía la tierra y que al cabo de su giro volvía sobre sí mismo. La zona tórrida se hallaba en medio de las otras cuatro.

No nos tengas en menos porque hacia ti tendemos nuestras manos
con guirnaldas de paz y con palabras suplicantes. Son numerosos los pueblos
y muchas las naciones que pidieron y quisieron lograr nuestra alianza.
Mas designios divinos con su poder supremo
nos forzaron a buscar vuestras tierras.
Pues de aquí salió Dárdano; aquí nos llama y nos incita Apolo
con apremiantes órdenes, hacia el tirreno Tíber
y el manantial sagrado del Numicio.
Además estos parvos presentes de su anterior fortuna te los ofrece Eneas.
Son restos rescatados de las llamas de Troya. Este es el vaso de oro
con que su padre Anquises vertía en los altares sus ofrendas.
Esto es lo que llevaba nuestro Príamo
cuando dictaba leyes a la asamblea de sus pueblos
siguiendo la costumbre: su cetro, su tiara sagrada con su veste,
obra de las mujeres de Ilión».

Acogida que les dispensa el rey Latino

Ante tales palabras de Ilioneo, el rey Latino
permanece vuelto el rostro hacia abajo, sin moverse, clavada la mirada en el [suelo,
pero girando sus ansiosos ojos. No conmueven el ánimo del rey
ni la bordada púrpura ni el cetro de Príamo tanto como la idea que le absorbe,
la de la boda y la unión en matrimonio de su hija.
Y da vueltas y vueltas alma adentro a la predicción del viejo Fauno:
éste era el yerno aquel que le anunciaban
los hados, procedente de un país extranjero,
al que predestinaban a compartir el reino
con el mismo poder, el que tendría descendencia egregia por su valor,
que había de adueñarse por la fuerza
de todo el orbe. Al fin prorrumpe gozoso:
«¡Que los dioses secunden mis propósitos y que cumplan su misma profecía!
Se te dará, troyano, lo que anhelas. No desdeño esos dones.
Ni os faltarán tierras feraces mientras Latino reine
ni vais a echar de menos la abundancia de Troya.
Que Eneas en persona venga ya, si es tan vivo su afán hacia nosotros,
si siente tal presura por unirse a nosotros con el vínculo de la hospitalidad

y con el nombre de aliado nuestro, que no rehúya unos ojos amigos.
Para mí será prenda de paz el estrechar la mano a vuestro rey.
Llevadle de mi parte este mensaje: tengo una hija a la que no me dejan
que case con varón de nuestra raza los oráculos del santuario paterno
ni incontables prodigios de los cielos; que ha de venir un yerno
de tierras extranjeras —tal destino vaticinan al Lacio—,
un yerno cuya sangre alzará nuestro nombre a las estrellas.
Es ese mismo a quien designa el hado, así lo creo, y si acierta en su augurio
mi intuición, eso es lo que deseo».
Dicho esto, elige unos caballos de sus caballerizas
—había en sus establos espaciosos trescientos potros de luciente pelo—.
Manda al punto se lleve a cada uno de los embajadores troyanos
un corcel de alado casco, con su gualdrapa de púrpura bordada.
Lucen colgada al pecho su collera de oro,
jaeces de oro y van tascando entre sus dientes frenos de oro oscuro.
Para Eneas ausente un carro con su tiro, su pareja de potros.
Son de raza celeste —resopla su nariz vaharadas de fuego—,
de la sangre de aquellos bastardos que logró la astuta Circe
cruzando con su yegua los mismos garañones
que hurtó a su padre, el Sol. Estos eran los dones y el mensaje
del rey Latino con que vuelven montando sus bridones
los de Eneas, portadores de promesas de paz.

La ira de Juno. Misión que encarga a Alecto

Pero ¡ay! entonces regresaba de Argos, la ciudad de Ínaco [225],
la esposa implacable de Júpiter, señoreando en su carrera el aire,
cuando avista desde el cielo a lo lejos,
allá desde el Paquino siciliano a Eneas jubiloso
y a sus naves dardanias. Ve que ya alzan las casas y seguros en tierra
han dejado la flota abandonada. Se detiene. Le punza vivo dolor el alma.
Menea la cabeza y da suelta de lo hondo a estas palabras:
«¡Ay, raza aborrecida! ¡Ay, hados de los frigios contrarios a los míos!

[225] Como en los libros anteriores da entrada a Juno en contra de los troyanos. El Ínaco es el río que riega la Argólida, al sudeste de Grecia, donde era Juno especialmente venerada. El Paquino es el cabo del sudeste de Sicilia.

¿No pudieron sucumbir en los llanos del Sigeo?
¿No pudieron quedar cautivos cuando fueron apresados?
¿No pudieron las llamas de Troya reducirlos a cenizas?
¡Ah, no! Se abrieron paso a través de las líneas de batalla en medio del incendio.
Sin duda mi divino poder yace rendido, o he saciado ya mi odio
y me he dado al descanso. Pero sí, cuando fueron lanzados de su patria,
he tenido el valor de perseguirlos en furia por las olas
y oponerme a su huida a lo largo del mar.
En vano se ha gastado con los teucros
todo el poder del mar y el de los cielos. Y ¿de qué me han servido
las Sirtes y Escila? ¿De qué la inmensa embocadura de Caribdis?
Han hallado el refugio deseado en el cauce del Tíber
sin cuidarse del mar ni de mí misma. Marte logró acabar con la gigante raza
de lápitas [226] y el mismo Padre de los dioses entregó la antigua Calidón
a las iras de Diana. ¿Qué crimen cometieron los lápitas?
¿Mereció Calidón castigo tan cruel? ¡Y yo la augusta esposa de Júpiter,
que he podido, ¡ay de mí!, no dejar nada que no osara, que a todo
me he lanzado, y me veo vencida por Eneas!
Pues si mi valimiento de diosa no es bastante poderoso, iré en busca de ayuda
donde quiera sin vacilar. Si no logro mover a los dioses del cielo,
moveré en mi favor al Aqueronte. No se me da —lo admito— separarle
de los reinos latinos, queda fijo por designio del hado que Lavinia
ha de ser esposa suya, pero puedo dar largas
e ir poniéndole trabas a ese empeño,
y puedo desgarrar a jirones los pueblos de ambos reyes.
Que paguen la alianza de yerno y suegro a precio de vidas de los suyos.
Recibirás en dote sangre troyana y rútula, muchacha.
Belona [227] está aguardándote por madrina de boda.
No es la hija de Ciseo la única que concibe en su seno

[226] Alude al castigo de Marte a los lápitas, pueblo de Tesalia que no invitó al dios a la boda de su rey Pirítoo. Calidón, ciudad de Etolia, en la Grecia Central, cuyo rey no quiso ofrecer sacrificios a Diana.

[227] Era Belona, hermana de Marte y diosa de la guerra, que iba a auspiciar la boda de Eneas y Lavinia. Hécuba fue hija del rey de Tracia Ciseo. Antes de dar a luz a Paris vio en sueños que salía de su seno una antorcha, presagio de las desgracias que el rapto de Helena acarrearía a Troya.

una tea y da a luz llamas nupciales. También Venus alumbra un nuevo Paris
y habrá antorchas de muerte otra vez en la Troya que renace».
Apenas acabó de decir esto, se dirige con horrendo semblante hacia la tierra.
Del cubil de las horribles diosas, de las tinieblas infernales
hace salir a Alecto, la que enluta las almas,
la que se regodea con las funestas guerras,
la pasión iracunda, la traición, las dañinas calumnias. Monstruo odioso
a su mismo padre Plutón, odioso a sus hermanas del Tártaro:
tantas formas es capaz de adoptar, tan feroces cataduras,
tantas las negras víboras que pululan en ella.
Juno le habla y aguija así su furia: «Hazme este menester,
tú, muchacha nacida de la Noche, préstame este servicio,
que mi honor y mi fama no lleguen a salir menoscabados,
que los hombres de Eneas no consigan ganarse el alma de Latino proponiéndole bodas,
ni logren asentarse en tierra itálica. A ti te es dado armar e incitar a la lucha
a los mismos hermanos más unidos y arrumbar con el odio las familias
y llevar la desgracia y las teas de muerte a los hogares.
Tú posees mil nombres y mil trazas de maldad.
Fuerza tu alma fecunda, desgarra la alianza concertada,
siembra gérmenes de guerra,
que a la par ambicionen, que pidan, que arrebaten los jóvenes las armas».
Alecto sin demora embebida del veneno de las Górgonas se dirige al Lacio,
al prominente alcázar del monarca laurentino y en silencio planta cerco
al vestíbulo de Amata. Ante el arribo de los teucros y la boda de Turno
hervía allí la reina consumida de angustia, de ira mujeril.
Contra ella lanza Alecto una sierpe de las que ciñen sus cerúleas trenzas
y la va introduciendo por su seno hasta lo hondo del corazón
para que enfurecida vaya contaminando en su delirio la mansión entera.
La sierpe deslizándose por entre su vestido y entre sus delicados pechos
sin ser sentida avanza sus espiras y burlando a su víctima
frenética le inocula su huelgo viperino.
La monstruosa culebra se convierte en trenzado collar de oro
en torno de su cuello, se vuelve cinta de alargado fleco y va anudando así
su cabellera y repta escurridiza por sus miembros. Y mientras la infección
de la húmeda ponzoña infiltrada al principio por la piel
cunde por sus sentidos y se extiende su fuego por sus huesos

y primero que su ánimo llegue a incubar la llama en todo el pecho,
con el dejo de dulzura en la voz que acostumbra una madre
habla a su esposo vertiendo muchas lágrimas
por la suerte de su hija y por la boda frigia concertada:
«Pero ¿a unos desterrados teucros vas a dar, padre, por esposa a Lavinia?
¿No sientes compasión de tu hija ni de ti ni te apiadas de su madre
a la que al primer soplo del Aquilón el pérfido pirata dejará abandonada
al lanzarse a alta mar llevándose consigo a la muchacha?
Pero ¿es que no fue así como el pastor de Frigia entró en Lacedemonia
y se llevó consigo a Helena, hija de Leda, a la ciudad de Troya?
¿Qué haces de tu solemne promesa? ¿Qué de tu antiguo afecto hacia los tuyos,
de tu mano empeñada tantas veces a nuestro deudo Turno?
Si lo que se pretende es un yerno de raza extraña a los latinos
y así está decidido y el mandato de Fauno, tu padre, te fuerza a ello,
considero, por cierto, tierra extranjera toda a la que no alcanza nuestro mando
y creo que esto dice la predicción divina. Y si se busca el origen primero
de su linaje, Turno tiene a Ínaco y a Acrisio [228] por ascendientes suyos
y proviene del centro de Micenas».
Como ve que Latino, al que en vano pretenden
doblegar sus palabras, permanece inflexible frente a ella y que por lo más hondo
de su ser se desliza el enloquecedor veneno de la sierpe
y la recorre en todas direcciones, la infortunada reina,
sacudida por horrendas visiones,
entonces sí que en loco frenesí se lanza de un extremo a otro de la ciudad.
Como a veces da vueltas y más vueltas al impulso de un vibrante cordel
el trompo volandero que los niños absortos en el juego
hacen dar amplios giros en el ruedo de un pórtico vacío.
Agitado por la cuerda, va trazando una vuelta tras otra
—el corro de muchachos inclinados sobre él se pasma boquiabierto del misterio
del girandero boj—, el cordel le sigue dando bríos,
con no menor presteza lanzada a la carrera atraviesa la reina la ciudad
entre sus desdeñosos moradores. Y llega a más, fingiéndose poseída de Baco
afronta un sacrilegio aun más grave y se arroja a mayor frenesí.

---

[228] Descendía Turno de los reyes de Argos. Dánae, hija de Acrisio, rey de dicha ciudad, había llegado a Italia y fundado la ciudad de Árdea. *Allí* casa con Pilumno, el abuelo de Turno.

Vuela a los bosques y esconde en la espesura de los montes a su hija
por arrancarla al tálamo troyano y retardar las antorchas nupciales.
«¡Evohé, Baco!», rompe en gritos bramando,
«sólo tú te mereces mi hija virgen.
Por ti ella empuña los flexibles tirsos, a ti te honra en sus danzas,
por ti deja crecer las trenzas que te tiene consagradas».
Va volando la fama. Enardece de furia a las matronas.
A todas les acucia un ardoroso afán: buscar un nuevo albergue.
Abandonan su hogar. Dan al viento su cuello y sus cabellos.
Otras llenan el aire de un tremante ulular
y ceñidas de pieles blanden sus manos férulas
enlazadas de pámpanos. La reina en medio de ellas empuña enardecida
una antorcha de pino llameante y canta el himeneo de su hija y Turno.
Va girando sus ojos inyectados en sangre. De repente prorrumpe torva:
«Oíd, madres del Lacio, dondequiera que estéis. Si por la pobre Amata
vuestras almas leales aún conservan alguna simpatía, si os preocupa
el derecho de una madre, soltad las cintas de vuestra cabellera
y tomad parte en los ritos de la orgía conmigo».
Así Alecto va aguijando a la reina sin cesar con el furor de Baco
a través de los bosques, por entre las desiertas guaridas de alimañas.
Cuando le pareció que había ya aguzado lo bastante
los primeros venablos de su furia y hecho cambiar los planes
y la morada toda de Latino, la triste diosa sin demora
bate sus foscas alas en vuelo hacia los muros del rútulo arrogante,
a la ciudad que es fama fundó Dánae, traída por el Noto impetuoso,
con colonos acrisios. Árdea la llamaron antaño los mayores,
queda aún el nombre ilustre de Árdea, pero no la fortuna ya perdida.
Turno allí en su palacio de elevada techumbre gozaba de su sueño.
Mediaba a la sazón la negra noche. Alecto se despoja de su torva catadura
y su cuerpo de Furia. Toma el rostro de anciana.
Surcan su odiosa frente las arrugas.
Prende una venda a sus cabellos canos y se ciñe las sienes
con un ramo de olivo. Se ha transformado en Cálibe,
la anciana servidora de Juno,
la guardiana de su templo. Y con estas palabras se presenta a los ojos del joven:
«Turno, ¿vas a sufrir que todos tus esfuerzos resulten malperdidos

y que pase tu cetro a unos colonos dárdanos?
Te niega el rey la boda y la dote ganada con tu sangre y se busca para el reino
un heredero extraño. ¡Ve en busca de peligros,
sin recompensa alguna, escarnecido!
¡Anda, derrota ejércitos tirrenos, asegura la paz a los latinos!
Esto es lo que en persona la omnipotente Juno me manda que te diga sin rebozo
mientras yaces sumido en el reposo plácido de la noche.
¡Ea, apréstate a armar las escuadras de mozo, haz animoso
que irrumpan por las puertas al combate, extermina a los caudillos frigios
que han fondeado en el hermoso río, pega fuego a sus pintadas naves.
Es el poder augusto de los dioses del cielo quien lo manda.
Que el mismo rey Latino si no accede a tu boda ni cumple la palabra prometida
conozca y pruebe en sí la pujanza de Turno en pie de guerra».
El joven por su parte haciendo mofa de la adivina le replica así:
«La nueva de la flota adentrada por aguas del Tíber
no ha escapado a mis oídos como tú te supones,
no te inventes tan grave temor por alarmarme. No se olvida de mí
la excelsa Juno. Pero a ti la vejez decrépita, incapaz de atinar con la verdad,
te agita el alma, madre, con vanas desazones y burla
amedrentando a la adivina con presagios de guerras entre reyes.
Tu tarea es cuidar de las imágenes y templos de los dioses.
Que los hombres que son los que han de hacer la guerra
se encarguen de la guerra y de la paz».
Cuando un súbito temblor se adueña de sus miembros. Quedan rígidos sus ojos.
Tantas sierpes le silban a la Erinis, tan monstruosa apariencia va cobrando.
Entonces revolviendo sus ojos llameantes rechaza al mozo que vacila
y que pugna por continuar hablando. Dos sierpes se le erizan a Alecto
entre su cabellera y restalla su látigo y su boca espumante prorrumpe:
«¡Pues bien, aquí estoy yo, vencida por los años,
incapaz de atinar con la verdad,
la anciana a que amedrentan con presagios de guerras entre reyes.
Vuelve la vista aquí. Vengo de donde moran mis horrendas hermanas.
Porto guerras y muertes en mi mano».
Así diciendo arroja la antorcha contra Turno
y su sombría lumbre envuelta en humo se la clava en el pecho.
Un monstruoso pavor sobresalta su sueño. El sudor que le brota

a lo largo del cuerpo va calando sus miembros y sus huesos.
Armas pide rugiendo enloquecido, busca armas por su lecho y por su cámara.
Rabia de sed de hierro, del malvado frenesí de la guerra y ante todo de cólera.
Como cuando la llama de un ramajo hacinado crepita con fuerte restallido
por los costados de un caldero hirviente
y se enfurece dentro el líquido humeante
y rompe en borbollones de espuma hasta los bordes y ya no aguanta más
dentro su hervor y el oscuro vapor va volando a los aires,
así Turno profanando la paz manda a la flor de sus guerreros
que preparen las armas y se dirijan contra el rey Latino, que defiendan Italia
y arrojen de su tierra al enemigo, que va a enfrentarse a teucros y latinos.
Y diciendo esto, invoca el favor de los dioses. Los rútulos porfían
animándose ansiosos a la lucha. A éste le atrae la gracia sin par de la belleza
y juventud de Turno, a aquél su alcurnia regia, al otro las gloriosas hazañas de su brazo.

Nuevo ardid de Alecto. Ascanio hiere al ciervo de Silvia

Mientras inflama Turno de ardimiento y coraje a los rútulos,
Alecto agita sus estigias alas en vuelo hacia los teucros.
Al hilo de la costa con una nueva traza va oteando el paraje
donde el hermoso Julo acosaba a las fieras con redes y batidas.
De repente la muchacha infernal infunde rabia súbita a sus perros
transmitiéndoles el olor que les es bien conocido
para que enardecidos acosen a un venado.
Ésta fue la primera causa de sus desgracias,
la que azuzó sus almas campesinas a la guerra.
Era un ciervo de arrogante belleza, de profusa cornamenta.
Arrebatándolo de entre las mismas ubres de su madre lo criaban los hijos
y el mismo padre Tirro, el que pastoreaba los rebaños del rey
y tenía a su cargo la custodia de sus extensos campos.
Silvia, la hermana, lo había acostumbrado a obedecer sus órdenes.
Y con todo su amor festoneaba sus cuernos
trenzándoles guirnaldas primorosas y peinaba al agreste animal
y lo bañaba en cristalina fuente. Él, dócil a sus manos, avezado a comer
en la mesa de su dueña, vagaba por los bosques y regresaba a casa,

al amparo del umbral conocido, por sí solo aunque fuera la noche bien entrada.
Aquel día mientras el ciervo lejos vagaba descarriado,
la jauría de Julo, quien andaba cazando, lo acosó enfurecida
cuando iba el animal dejándose llevar por la corriente
del río y se aliviaba del calor al amparo del verdor de la orilla.
Encendido del ansia de la eximia proeza,
Ascanio enderezó la saeta tensando el corvo cuerno.
No le faltó a su diestra vacilante la ayuda de la divinidad, pues la caña disparada
con pujante estridor penetró por el vientre y los ijares.
Herido el animal huye a ampararse en la casa que le era conocida
y se adentra gimiendo en el establo y ensangrentado llena
como implorando auxilio con sus quejidos la morada entera.
Antes que nadie Silvia, la hermana, golpeándose los brazos
con las palmas de las manos pide ayuda
y va llamando a gritos a los rudos campesinos.

Reacción de los latinos

Acuden ellos de improviso, que está oculta la Furia repugnante en los silentes bosques,
el uno arbola un tizón aguzado a la lumbre,
el otro carga al hombro una nudosa estaca;
lo que encuentra a su paso cada cual su misma furia lo convierte en arma.
Tirro, que estaba entonces hendiendo un roble en cuartos con el filo de unas cuñas,
empuña un hacha y jadeante de ira alza en armas su escuadrón.
La fiera diosa en tanto avizora desde su atalaya la ocasión de daño,
tiende el vuelo al tejado del establo y de su misma cima
da la señal de los pastores y con su corvo cuerno tensa su voz tartárea
que al instante estremece todo el bosque y el eco va sonando
por las profundas simas de la umbría. Lo oyó en su lejanía el lago de Trivia [229],

---

[229] Se hallaba cerca de Aricia al pie de los montes albanos, hoy el lago de Nemi. El río Nar, afluente de la orilla izquierda del Tíber, señala el linde entre los umbros y los sabinos y desemboca en el Tíber. El lago Velino se halla en los montes sabinos. Confluyen sus aguas en el río Nar.

oyólo el albo Nar, el de sulfúreas aguas, los hontanares del Velino.
Y las madres temblando de pavor apretaban sus hijos a sus pechos.
Al rebato siniestro del cuerno acuden raudos de todas partes
arramblando las armas los indómitos labradores.
La mocedad troyana abre el portón del campamento
y manda por su parte ayuda a Ascanio.
Ya han formado sus líneas de batalla.
No es la suya pelea de labriegos, trabada con garrotes ni con chuzos
aguzados al fuego. Tratan de decidir la lucha a hierro de dos filos.
Por todo el llano se eriza negra mies de desnudas espadas.
Fulge el bronce hostigado por el sol e irradia sus destellos a las nubes.
Como cuando al primer soplo del viento comienzan ya las olas a albear
y el mar se va encrespando poco a poco y encumbra su oleaje más y más
hasta que el fin de lo hondo del abismo se yergue hasta los cielos.
En esto una saeta silbadora de la primera línea de batalla
derriba en tierra al mozo Almón —era el mayor de los hijos de Tirro—.
Clavada en su garganta cortó la húmeda senda de su voz
y fue ahogando la tenue vida en sangre. Yacen en torno de él
numerosos cadáveres de guerreros, entre ellos el anciano Galeso;
cayó mientras trataba de poner paz entre ellos. No hubo otro hombre más justo
ni más rico en los campos ausonios aquel tiempo. Eran cinco sus rebaños
de ovejas; cinco eran las vacadas de vuelta cada día a sus establos,
cien arados hendían sus besanas. Mientras sigue la lucha
por los llanos con fuerzas pareadas, la diosa Alecto cuando ha empapado
[en sangre
la contienda, cuando ha trabado en muertes la primera batalla,
deja Hesperia y regresa por las auras del cielo, y victoriosa,
con engreída voz habla así a Juno: «Ya tienes, lo estás viendo,
resuelta la discordia en triste guerra. Di que se reconcilien
y pacten alianzas cuando he teñido a los teucros en sangre ausonia.
Haré más todavía si me sigues mostrando tu firme voluntad,
arrastraré a la lucha difundiendo rumores a los pueblos vecinos
y encenderé sus ánimos en ansias de loco amor guerrero
por que de todas partes acudan en tu auxilio. Iré cuajando de armas las
[campiñas».
Pero Juno le replica: «Ya basta de terrores y de tretas.
Ya hay razones fundadas de contienda. Ya combaten armados cuerpo a cuerpo

y las primeras armas que primero el azar les ha ofrecido
están bañadas ya de sangre nueva. ¡Que esa sea la alianza
y esas sean las bodas que celebren el descendiente egregio de Venus
y el excelso rey Latino. ¡En cuanto a ti, que sigas vagando a tu albedrío
por las celestes auras, no creo lo tolere el señor poderoso,
el que reina en la cumbre del Olimpo.
Retírate de aquí, que si algún nuevo trance sobreviene, yo lo remediaré».
Así es como habla la hija de Saturno. Bate Alecto las alas
restallantes de sierpes y dejando la altura de los cielos
regresa a su morada del Cocito. En el centro de Italia, al pie de altas montañas
hay un paraje célebre, el valle del Ampsancto
que la fama encarece a lo largo de tierras y más tierras.
Lo ciñe un negro bosque por un lado y por otro con su tupida fronda.
Por el fondo un torrente fragoroso brama en tortuosas gorgas entre peñas.
Se abre allí un antro horrendo, respiradero del cruel Plutón,
y una sima imponente por donde el Aqueronte desbordado
va exhalando pestíferos vapores. Por allí se embocó la odiosa Erinis
librando de su vista tierra y cielo.

Juno abre las puertas del templo de Jano

No dejaba entre tanto la real hija de Saturno
de dar la última mano a la contienda.
Desde el campo de batalla irrumpe en la ciudad todo el tropel
de pastores cargados con sus muertos. Van portando el cadáver
del mozo Almón y el de Galeso, con la faz desfigurada.
Imploran a los dioses, conjuran a la par al rey Latino.
Está presente Turno. Entre denuestos por los muertos,
entre fogosa cólera él redobla el terror.
Protesta de que llamen a los teucros a compartir el reino,
que a una estirpe de Frigia se entremeta
mientras a él se le expulsa de palacio. Entre tanto los hijos de las madres
arrebatadas del furor de Baco que danzando en tropel vagan por los breñales
—no deja de pesar el prestigio de Amata—, llegan de todas partes
y juntos importunan al dios Marte. Y todos al instante contra todo presagio,
en contra de los hados divinos, frente a la voluntad de los dioses demandan

una guerra execrable. Y cercan a porfía el palacio del rey. Éste resiste firme
como en el mar la roca inconmovible,
como peñón marino que aguanta con su mole
el poder del embate fragoroso entre el turbión aullante de las olas.
En vano rugen en torno los escollos y peñas espumantes
y rebotan las algas que azotan su costado.
Pero cuando no cuenta ya con fuerzas para vencer su ciego empeño
y transcurre todo como lo quiere la implacable Juno,
prorrumpe el rey Latino poniendo por testigos una vez y otra vez
a los dioses y a las inanes auras del cielo: «Me doblegan los hados.
¡Ay! me arrolla la tempestad. ¡Ah, desdichados hijos! Con vuestra impía sangre
pagaréis esta culpa. A ti, Turno, te aguarda la desgracia y un amargo castigo.
Cuando ofrendes tus votos venerando a los dioses, será tarde.
En cuanto a mí, ya tengo ganado mi descanso. Ya el puerto está al alcance
de mi mano. Pero se me despoja de una muerte serena».
No dice más. Se encierra en su palacio y abandona las riendas del gobierno.
Había una costumbre en el Lacio de Hesperia, que siempre las ciudades albanas
han guardado por sagrada —ahora la observa Roma, la señora del orbe
cuando empiezan incitando al dios Marte a trabar batalla, ya se apreste a lanzar
contra los getas [230], los hircanos o árabes, el triste estrago de la guerra,
ya encamine sus huestes a los indos o siguiendo la ruta de la aurora
a recobrar del Parto sus banderas.
Hay dos puertas parejas de la guerra —es así como las llaman—
consagradas por culto reverente y por terror del despiadado Marte.
Están cerradas con cien barras de bronce y con la firme solidez del hierro.
Jamás deja el umbral su guardián Jano. Cuando toma el senado
la irrevocable decisión de guerra, galano con la trábea de Quirino,

[230] Habitaban los getas al norte de Tracia, a orillas del curso inferior del Danubio, cerca del Ponto Euxino o mar Negro. Poblaron los hircanios las riberas del mar Caspio, los partos el oeste de dicho mar. Alude a los estandartes capturados por partos a Craso el año 53 a. C. y que le fueron devueltos a Augusto por el rey Fraates el año 20 a. C. Se refiere al llamado templo de Jano, antigua divinidad del Lacio. Como indica su nombre, derivada de *ianua,* puerta o de Diana, la luminosa. Era el dios que presidía el inicio de una empresa, momento en que era invocado. Consistía en un pasadizo cubierto, con salida al Foro. Se cerraba en tiempo de paz, se abría en tiempo de guerra. Aquí alude a su apertura como comienzo de la guerra.

ceñida al modo de Gabios [231], abre el cónsul las puertas rechinantes
y da la voz de guerra. Y todo el mocerío la corea y las trompas de bronce
responden con sus roncos acordes a sus voces. Con este mismo rito
se hacía entonces fuerza al rey Latino a declarar la guerra a Eneas y a los suyos
y a abrir las tristes puertas. Pero el anciano padre
se guarda de poner su mano en ellas
y volviendo la espalda elude tan odioso menester
y se encierra en el ciego recinto de las sombras.
Entonces deslizándose del cielo la reina de los dioses empuja con su mano
la mole de las morosas puertas. Gira el quicio
y va haciendo saltar las férreas barras.
Es un incendio ya toda la Ausonia, antes sosegada, antes inmóvil.
Unos se aprestan a correr la llanura como infantes, otros montando erguidos
sus esbeltos potros galopan ardorosos entre nubes de polvo.
Todos se dan a buscar armas. Bruñen éstos con pingüe grasa lisas rodelas
y abrillantan los dardos. Va afilando el asperón las hachas.
Les da gozo portar los estandartes y escuchar el son de las trompetas.
Cinco grandes ciudades plantan yunques y forjan nuevas armas:
la poderosa Atina y la engreída Tíbur,
Árdea, Crustumerio, la torreada Antemnas [232].
Se acomban los paveses con álabes de sauce.
Se ahuecan yelmos que les protejan las cabezas.
Forjan otros corazas de bronce o laminan con plata maleable pulidas grebas.
Su alto aprecio por rejas y por hoces,
su amor a los arados ha venido a parar en esto. Se reforjan en las fraguas
las espadas legadas por sus padres. Ya suenan los clarines con raudo arranque,
ya desfilan contraseñas de guerra. Uno arrebata de su hogar el morrión
otro unce al yugo los potros que relinchan; éste embraza el escudo,
aquél se viste la cota de triple malla de oro y se ciñe al costado
la espada fiel.

[231] Disposición especial de la toga. Se colocaba a la espalda y uno de los extremos se pasaba por debajo del hombro de modo que cubriendo el pecho ciñese ambos costados dejando libres los brazos. Gabios era una ciudad del Lacio, al este de Roma.

[232] En el desfile con que cierra el libro empieza destacando las cuatro ciudades que forjan las armas. Atina se hallaba al sur del Lacio, Crustumerio, al norte, en la Sabinia, Antemnas en la confluencia del Tíber y el Anio, al norte de Roma, Tíbur y Árdea, la patria de Turno, al oeste y al este respectivamente.

Abrid ya el Helicón [233], diosas, de par en par e iniciad vuestro canto:
cuáles fueron los reyes que alzaron sus banderas,
qué tropas atestaron los campos de batalla
siguiendo a cada cual, qué casta de guerreros floreció
en la fecunda tierra itálica,
qué guerras la abrasaron, vosotras, diosas, lo tenéis presente y podéis relatarlo;
a nuestro oído apenas ha llegado más que un hálito tenue de su fama.

Desfile de los pueblos de Italia en ayuda de Turno

El primero en emprender la guerra y armar sus escuadrones
es el feroz Mezencio [234] —el de impío desdén hacia los dioses—,
llegado de las costas de Etruria. A su lado venía su hijo Lauso
—no hubo entre todos mozo más hermoso,
como no fuera Turno laurentino—, Lauso diestro en domeñar potros
y en vencer a las fieras.
Viene al frente de mil hombres
que en vano le han seguido de la ciudad de Agila,
digno de mayor dicha de la que hubo
bajo la tiranía de su padre, digno de mejor padre que Mezencio.
Tras éstos Aventino [235], luciendo sobre el césped su carro,
galano de la palma de victoria
y sus potros vencedores, el hijo hermoso del hermoso Hércules.
En su escudo porta el blasón paterno:
la hidra ceñida de un manojo de cien sierpes.
Fue la sacerdotisa Rea la que en el bosque del collado Aventino, de su unión
[con un dios,

---

[233] Montaña de Beocia consagrada a las musas, que en ella tenía su santuario.

[234] Presenta a Mezencio en cabeza del desfile de guerreros. Su hijo Lauso, de Agila, al oeste de Roma, anticipa con su traza de ritmo interno, la inanidad de su empeño moceril. Delata con ello la irreprimible simpatía del alma virgiliana por la serie de mozos destinados a la muerte.

[235] La imaginación del poeta da al guerrero Aventino el nombre de la colina de Roma y a su madre el de la legendaria madre de Rómulo y Remo. Llama a Hércules héroe tirintio porque pasaba por hijo de Anfitrión, rey de aquella ciudad en la Argólida, al sur de Grecia. Llegó Hércules al Lacio después de vencer en Hesperia, nuestra Hispania, al gigante de tres cuerpos Gerión y robarle sus vacas.

llegó a traerlo furtiva a las regiones de la luz, cuando el héroe de Tirinte
tras dar muerte a Gerión, arribó victorioso a los campos laurentinos
y sus vacas iberas bañó en las aguas del Tirreno.
Sus hombres van armados al combate con dardos y con terribles picas
y blanden en sus manos corvo alfanje y rejones sabelios.
El jefe marcha a pie, enrollando a su cuerpo una piel gigantesca de león,
de horrenda crin revuelta, de albos dientes, con que corona su cabeza.
De esta traza subía al palacio del rey
con los hombros cubiertos con el atuendo de Hércules.
Después viene Catilo con el brioso Coras,
los hermanos gemelos, mozos oriundos de Argos.
Han dejado las murallas de Tíbur —Tíbur que toma el nombre de su hermano [Tiburto—.
Entre nubes de dardos se adelantan a la primera línea de batalla.
Parecen dos Centauros [236] nacidos de las nubes,
que descienden de la empinada cumbre
dejando atrás en su veloz carrera el Hómole [237] y las nieves del Otris.
Les cede el paso el gigantesco bosque y ante ellos, abatido con potente fragor,
cruje el ramaje. Y no falta allí Céculo [238], el que fundó Preneste,
el rey que en todo tiempo se tomó por hijo de Vulcano, nacido entre el ganado
allá en el campo, que había sido hallado sobre un llar.
Tendida en derredor le escolta una legión de campesinos,
los que pueblan la altura de Preneste,
y allá en Gabios las campiñas de Juno,
el gélido Anio y las roquedas hérnicas rociadas de espuma de regatos,
los que alimenta la opulenta Anagni y tú, padre Amaseno.
Todos ellos no portan arma alguna ni broqueles ni carros resonantes.
Los más disparan bolas de plomo cárdeno; otros portan
en su mano una doble jabalina. Les cubren capeletes de fulva piel de lobo.
Acostumbran a llevar el pie izquierdo descalzo, el otro lo protege áspera abarca.

---

[236] Monstruos mitad caballos nacidos de Ixión, rey de los lápitas, y de una nube a la que Zeus había dado la apariencia de Hera.

[237] El Hómole y el Otris son dos montañas de Tesalia.

[238] Llamado así, cieguecito, por la irritación de sus ojos como criado cerca del fuego. Preneste es una población al este de Roma. El poeta da suelta a su afectividad a continuación y realza varias poblaciones, ríos y lagos del Lacio.

Y Mesapo[239], el domador de potros,
descendiente de Neptuno, a quien nadie jamás
consiguió derribar a fuego o hierro,
convoca de repente a la lucha a sus pueblos
en paz de tiempo atrás, ya desacostumbrados a la guerra,
y vuelve él a empuñar en su mano la espada.
Forman éstos las huestes de Fescennio y los ecuos faliscos.
Habitan las alturas del Soracte, los campos de Flavinio,
el lago y monte Címino,
las umbrías de Capena. Y a paso acompasado
desfilan entonando canciones a su rey,
como los níveos cisnes a veces, entre nubes transparentes cuando vuelven del
[pasto,
dan al aire los sones melodiosos de sus tendidos cuellos y su eco va a lo lejos
resonando en el río y en la laguna de Asia[240]. Ninguno tomaría
tan ingente desfile por formación guerrera entreverada de broncíneas armas;
lo creería nube de vocingleras aves que raudas por el aire
avanzan de alta mar hacia la orilla. Ahora mirad a Clauso[241]
el que lleva en sus venas vieja sangre sabina. Manda un nutrido batallón;
él sólo vale por un nutrido batallón. Es el que ha propagado
la tribu y parentela de los Claudios desde que los sabinos forman parte de
[Roma.
Con él viene una densa cohorte de Amiterno[242], los antiguos Quirites,
todo el tropel de fuerzas de Ereto y la olivífera Mutusca,
los que habitan la ciudad de Nomento, las campiñas de Rósea junto al lago
[Velino,
los que pueblan los hórridos peñascales de Tétrica, los del monte Severo,

---

[239] Guerrero de Mesapia, región del sur de Italia. El poeta nos lo presenta como caudillo del sur de Etruria. Las poblaciones y lugares que menciona son del sur de Etruria (véase el gráfico).

[240] La imaginación del poeta nos traslada a la costa del Asia Menor, a la laguna Asiana formada por el río Caístro en su desembocadura, no lejos de Éfeso.

[241] Encarece el poeta al entecesor del sabino Ata Clauso quien, al caer la monarquía en 509 a. C., se establece en Roma con su familia y cinco mil clientes.

[242] La imaginación del poeta nos destaca una serie de pueblos sabinos y del sudeste de Etruria. Y los ríos afluentes del Tíber, el Himela y el Fábaris a una con el Alia, en cuyas orillas derrotan los galos a los romanos el año 390 a. C.

los de Casperia y Fórulos, los de allá donde fluye el caudal del Himela,
los que beben las aguas del Tíber y del Fábaris, aquellos que ha mandado
la fría Nursia, los escuadrones de Horta y los pueblos latinos,
y los que el Alia de recuerdo infausto atraviesa bañando con sus ondas.
Tantos como las olas que ruedan por el claro mar de Libia
cuando el furioso Orión [243] se sumerge en sus aguas en invierno
o como los corros de apretadas espigas que el sol con nuevo brío va tostando
en los llanos del Hermo o en los dorados campos de la Licia.
Resuenan los broqueles. La tierra se estremece batida por el golpe de los pies.
Después Haleso [244], el hijo de Agamenón,
hostil al nombre troyano, unce los potros
a su carro. En ayuda de Turno ha arrastrado un millar de fieros pueblos
los que con el rastrillo roturan las laderas másicas ricas en el don de Baco
y aquellos que enviaron los señores auruncos de sus altos collados,
o los de las vecinas llanadas de Sidicino, los que han dejado Cales,
los que habitan orillas del Volturno, el río de los vados, y a una con ellos
los del áspero Satículo y las tropas de los oscos.
Es su arma arrojadiza la jabalina de torneada punta, a la que por costumbre
fijan flexibles látigos. Cubre su brazo izquierdo parvo escudo de cuero,
cuerpo a cuerpo luchan con corvo alfanje.
Y no vas a quedar, Ébalo [245], sin mención en este canto,
tú, el hijo que a Telón ya entrado en años dio la ninfa Sebetis,
según cuentan, cuando reinaba en Capri la de los Teléboas.

---

[243] Gigante cazador, hijo de Poseidón, amado por Artemisa, al que dio muerte Apolo. Fue colocado en el cielo entre las estrellas. Se creía que al principio del invierno enfurecía los mares y los vientos. El Hermo es un río de Asia Menor.

[244] Las tropas que acaudilla Haleso, el hijo de Agamenón, proceden del sudeste del Lacio, de los auruncos, de ciudades o lugares de Campania como el monte Másico, los llanos Sidicinos, los de Cales, de orillas del Volturno o el Satículo, ríos ambos de la Campania.

[245] Con dos llamativos apóstrofes varía la expresión por dar entrada a dos nuevos caudillos, Ébalo y Ufente. El primero desde una isla de la Grecia occidental, Teléboas, emigra a la isla de Capri, de donde pasa a tierra firme en Campania. Extiende su dominio sobre sus territorios y conduce a la guerra a sus habitantes. Ufente capitanea a los equículos, pueblo del norte del Lacio. A ellos añade el sacerdote Umbrón, de los marsos, pueblo del Lacio a orillas del lago Fucino. Con su constante de anticipación añade las lágrimas que por él lloran, adelantando su frustración, el soto de Angicia en el Lacio y el mismo lago Fucino.

Pero no satisfecho el hijo con los campos de su padre
ya entonces extendía su vasto poderío a los pueblos sarrastes y a los llanos
regados por el Sarno y a los que pueblan Rufras y Bátulo
y los campos de Celemna, y a los que desde lo alto ve
la almenada Abela, cuajada de pomares,
guerreros avezados a disparar a usanza teutónica sus clavas.
Protegen su cabeza con yelmos de corteza de alcornoque.
Brilla el bronce en sus petos,
en sus espadas resplandece el bronce. La montañosa Nersa
es la que a ti te manda a la batalla,
a ti, Ufente, glorioso por tu fama
y la buena fortuna de tus armas. Capitanea el clan de los equículos,
hórrido cual ninguno, acostumbrado a cazar sin descanso por los bosques
y al laboreo de la dura gleba. Labran su tierra armados,
y gozan en volver siempre a casa con una nueva presa y vivir de la rapiña.
Y venía también un sacerdote del pueblo marruvino, lo envió el rey Arquipo.
Era Umbrón más valiente que ninguno.
Luce al yelmo un festón de fructífero olivo.
Sabía con ensalmos y el tacto de sus manos
adormecer las víboras y culebras acuáticas
de ponzoñoso huelgo y apaciguar su furia
y con su arte curar sus mordeduras.
Pero no fue capaz de hallar remedio al golpe de una lanza dardania,
ni los mismos ensalmos con que infundía el sueño
ni tampoco las yerbas recogidas en las montañas marsas
le valieron para curar su propia herida.
Lloró por ti el bosque de Angicia, por ti el lago Fucino con su undoso cristal,
por ti lloraron los traslúcidos lagos.
También iba a la guerra Virbio [246], el hijo de Hipólito, de radiante belleza.
Destacaba entre todos. Lo mandaba su misma madre Aricia,
que lo había criado en los bosques de Egeria

[246] En su línea ascendente vuelve el poeta sobre el tema dilecto, la nobleza del alma de Hipólito y la insidia de Fedra. Y contamina una leyenda griega con otra itálica. Cautiva en su raudo giro expresivo el realce de la belleza de Virbio a su paso, los desvelos de su madre Aricia, el afecto de Apolo y Diana, la venganza del padre de los dioses y el remate idéntico al comienzo.

en torno de la orilla anegadiza de su lago,
donde tiene Diana su rico altar en dones y favores.
Pero es fama que Hipólito cuando perdió la vida por insidias de su madrastra
y destrozado el cuerpo por los potros desbocados sació la venganza paterna
con su sangre, volvió a mirar la bóveda estrellada
y a respirar las auras de la altura,
recobrado por obra de las yerbas de Peón y el amor de Diana.
Y entonces el padre omnipotente, indignado de que un mortal se alzara
de las sombras infernales a la luz de la vida, precipitó en las ondas estigias
con su rayo a Esculapio, hijo de Febo, inventor del remedio.
Pero Trivia benévola da en esconder a Hipólito en un lugar secreto
y lo deja al cuidado de Egeria allá en el bosque de la ninfa,
en donde inadvertido pasaría la vida en soledad por los jarales ítalos
y cambiando de nombre llevaría el de Virbio. Por eso se mantiene alejados
del santuario de Diana y sus bosques sagrados a los corceles de sonante casco,
porque un día espantados de los monstruos marinos
lanzaron carro y mozo por la playa.
Y sin embargo su hijo acuciaba a sus potros fogosos por la lámina del llano
y volaba al combate en su carro de guerra.
El mismo Turno [247] va en primera fila, espada en mano, girando a un lado y a otro
su arrogante figura. Sobresale de entre los otros toda su cabeza.
Ondea en su morrión triple penacho donde sostiene en alto una Quimera
que arroja de sus fauces llamaradas del Etna.
Y más rebrama el monstruo entre el furor de su siniestro fuego
cuanto más se embravece la batalla desatada en raudales de sangre.
Embellecía su pulido escudo Ío tallada en oro,
erguidos los cuernos, cubierta ya de pelo,
vaca ya, portentosa invención, y Argo, guardián de la muchacha,
y su padre Ínaco vertiendo su caudal del cincelado cántaro.

[247] Cierra el desfile la figura de Turno a par de la amazona Camila. Destaca el pavoneo de la cabeza descollante entre todos y el triple penacho del morrión con las llamaradas de su Quimera. Y en el centro del escudo la gracia de Ío cincelada en oro, la muchacha hija de Ínaco, el rey de Argos, amada de Júpiter, que convierte en vaca la vengaza de Juno. Y la custodia de Argos, el de los cien ojos. Y el ímpetu del padre, el *dios-río*, volcando su cántaro.

Sigue a Turno una nube de peones [248] con su broquel al brazo,
apiñados por toda la llanura.
Son los mozos argivos y las bandas de auruncos.
Y los rútulos y los viejos sicanios,
y las tropas sacranas, los labicos armados con pintados broqueles,
los que labran los sotos de tu orilla, río Tíber, la sagrada ribera del Numico,
y los que aladran con el arado los collados rútulos,
el saliente de Circe y las campiñas de Ánxur que Júpiter preside,
y aquel claro de bosque verdegueante, delicia de Feronia,
y allá donde reposa el sombrío marjal de Sátura y el hondo de los valles
donde el helado Ufente se abre paso y va a hundirse en el mar.
Y cerrando el desfile, Camila [249], de la raza de los volscos,
manda una cabalgada de jinetes, sus escuadrones de radiante bronce,
la muchacha guerrera que no avezó sus manos femeninas a la rueca
ni al cestillo de lana de Minerva, pero curtió su cuerpo en el rigor de los
y en la carrera a pie hasta ganar la delantera al viento. [combates
Volaría por cima de las cabezas de una mies intacta
y su pie no heriría las frágiles espigas, o correría por mitad del mar
por sobre el haz de las turgentes olas y no humedecería su cima
ni las plantas de sus alados pies.
Todo el tropel de mozos irrumpiendo de casas y de campos
y los corros de madres la contemplan absortos a su paso.

---

[248] La imaginación visual virgiliana aviva a nuestros ojos la nube de tropas apiñadas alrededor de Turno. Entrevera los elementos más dispares: bandas de mozos y tropas, orillas de ríos, lagos, claros de bosque, campiñas, hondonadas de valles. Y en sutil contraste la nota de reposo y de movilidad, la afluencia de las heladas aguas del Ufente camino del mar. Giran los elementos movilizados en torno a la tierra de Turno. Parte de los argivos, los volscos, auruncos, rútulos, los del cabo Circe y las campiñas de Anxur. Añade un viejo pueblo siciliano, los sicanios. Y pasa a los pueblos del Lacio, las tropas sacranas, las de Labicos, las de las orillas del río Numico. Asciende al norte del Lacio al pie del monte Soracte, al bosque de la diosa Feronia. Y cierra la enumeración con un lago y un río del Lacio, el Sátura.

[249] Cierra el desfile la amazona Camila, del grupo de jóvenes destinados a la muerte, que le ganan el alma. Cautiva el primor, la llaneza, la cencida donosura del apunte. El encarecimiento de su levedad estimo no tiene par en las letras universales. Acentúa la atracción que ejerce a su paso sobre mozos y madres. Y remata su traza guerrera con su novedosa lanza, el mirto pastoral de ferrada punta.

Miran maravillados cómo el regio atavío de la púrpura
cubre sus finos hombros, cómo lleva enlazados sus cabellos
con su fíbula de oro, con qué donaire porta un carcaj licio
y su cayado pastoril de mirto con el remate de ferrada lanza.

LIBRO VIII

PRELIMINAR

Se centra el libro VIII en la busca de alianzas por parte de Eneas y en la provisión de armas para el troyano a cargo de su madre Venus. Se abre con la impetuosa llamada a las armas y la revista de tropas por Turno. Y la aparición del dios Tiberino, la divinidad del río Tíber. Dormía Eneas en su orilla cuando surge del lecho de sus aguas, se le hace visible y con sus palabras apacigua el tráfago de su ánimo. Le manda navegue cauce arriba a la ciudad de Palanteo y pida auxilio a su rey. Le dispensa éste favorable acogida. Está conmemorando la fiesta en honor de Hércules. Sigue la celebración. Narra el rey a su huésped la historia y los loores del dios. Y de vuelta le muestra los lugares donde se alzará Roma. Y resuelve depararle ayuda. Venus a su vez pide a su esposo Vulcano forje las armas para su hijo. Evandro despide a Eneas con un nutrido retén de escogidos jinetes al mando de su hijo, el mozo Palante. Se encaminan a la ciudad etrusca de Caere que les había pedido ayuda para combatir contra los rútulos. En un alto del camino se aparece Venus a su hijo y le entrega la armadura. En su escudo ha grabado Vulcano hechos reveladores de la historia de Roma y la victoria de Augusto en Accio.

El libro, urgido de acezante movilidad, irrumpe con un llamativo enfronte, la impronta de ímpetu del caudillo rútulo y la reflexión y cautela del conductor de pueblos y jefe guerrero. Y con la secuela de maravillas, la intervención divina, que va desde la aparición del dios Tiberino a la de la misma madre de Eneas, la diosa Venus, quien estrechando a su hijo entre sus brazos le entrega las armas

forjadas para él por Vulcano. El poeta monta como centro del libro, y en cierto modo del poema, el encuentro de Eneas con un alma sin par, la de Evandro, el rey que ha dado entrada en el Lacio a una civilización preclara, la de su Arcadia. Las cualidades del viejo rey, la energía viril en el trance de Hércules, al servicio del bien, la elevación de alma de Evandro, su desprecio de las riquezas frente al lujo y corrupción de la Roma imperial, quedan grabados para siempre en nuestra alma. Percibimos a la par la celada intención virgiliana de entrefundir elementos de tres civilizaciones, la itálica, la griega y la frigia. Y la constante de su trama de antelación. Por boca de Evandro anticipa a siglos de distancia los lugares más ilustres y familiares a los suyos de la ciudad centro del mundo. Y en los paneles del escudo los trances y episodios decisivos en la vida y las instituciones de la antigua Roma. Los cultos más venerables, los que realzan la vigorosa virtud ancestral, su *pietas*. Y la figura símbolo del paso de la Roma ejemplar a la que aspiraba a crear Augusto, la de Marco Porcio Catón. Y como fondo los triunfos de Augusto conectados con el desfile de héroes al cabo del libro VI.

ROMA ANTES DE ROMA

Turno da la señal de guerra

Apenas alza Turno su estandarte de guerra desde la ciudadela laurentina [250]
y rompen las cornetas en ronco son y apenas espolea sus briosos corceles
y entrechoca el bronce de sus armas [251], cuando pierden
los ánimos la paz y corriendo se agolpa
y se conjura todo el Lacio y sus hombres se desatan en furia embravecidos.
Sus primeros capitanes Mesapo y Ufente y con ellos Mezencio,
el que desprecia a los dioses,
van allegando fuerzas de todos los contornos
y despueblan de brazos sus dilatados campos.
Mandan a Vénulo a recabar ayuda a la ciudad del gran Diomedes [252];
le encargan que le entere de que acampan los teucros en el Lacio,

[250] Ha cerrado el libro anterior con el amenzador desfile de guerras del Lacio entero. Sorprende el comienzo del libro VIII: la mera noticia del toque guerrero de Turno, la respuesta enardecida de la mocedad latina y la leva a cargo de tres caudillos. Estima el profesor francés Cartault en su penetrante comentario al poema que los versos iniciales del libro VIII han sido compuestos antes que el desfile del libro VII. Creo por mi parte que el desfile obedece a la constante de antelación virgiliana. Su incoercible amor a su patria, a los pueblos y tierras de su Italia primitiva le acucia al goce de su anticipada presencia.

[251] Consistía en el choque de la punta de la lanza contra el reverso del escudo.

[252] Famoso capitán en la guerra de Troya, al cabo de la cual llegó a ser rey de Argos. Expulsado de su reino, emigró a Italia y se estableció en Apulia donde fundó la ciudad de Argiripa, llamada Arpi después.

de que ha arribado Eneas con sus naves
y que ha asentado en él sus vencidos Penates.
que se dice llamado por los dioses a reinar en el Lacio,
que numerosos pueblos se van uniendo al héroe dardanio
y que cunde su nombre por toda la comarca.
Qué es lo que está tramando, qué resultado espera de la lucha,
si le sigue propicia la fortuna, él lo echará de ver
mejor que Turno y el mismo rey Latino.
Así estaban las cosas en el Lacio. De todo se apercibe
el héroe del linaje de Laomedonte. El alma le fluctúa en un mar de ansiedad.
Vuelve rauda su mente a aquí y allí, tiran de ella sus planes
en varias direcciones y gira su zozobra a todas partes,
como cuando la trémula lumbre del sol o el disco de la radiante luna
reverbera en el agua entre los bordes de un caldero de bronce
y revuela por todo en derredor en ancho ruedo y se eleva a los aires
y hiere el artesón de un alto techo.

El dios del río Tíber se le aparece en sueños a Eneas

Era la noche. Por la tierra toda sumía la fatiga
en un profundo sueño a los vivientes, a toda suerte de aves y de brutos,
cuando Eneas, el padre de los suyos, turbada el alma por la triste guerra,
se tiende en la ribera bajo la fría bóveda del cielo
y acaba por rendir su cuerpo al tardo sueño.
Entonces el dios mismo del paraje, el anciano Tiberino [253],
le pareció que alzaba la cabeza
de la amena corriente por entre la espesura de los álamos. Iba envuelto
de un tenue cendal de glauco lino, los cabellos ceñidos de hojosas espadañas.
Y le habla y le disipan los cuidados de su alma estas palabras:
«¡Vástago de la estirpe de los dioses, que nos devuelves la ciudad de Troya [254]

[253] El aspecto del dios que surge de las aguas es el tradicional de las divinidades fluviales, el de un viejo cubierto con un cendal de lino, ceñidos los cabellos de espadañas.

[254] Alude a la creencia generalizada de que Dárdano, el fundador de la estirpe real troyana, era oriundo de Italia, de donde se había trasladado a Frigia. De ahí que el viaje de Eneas fuera una vuelta a su patria de origen.

de manos enemigas, tú, custodio de la Pérgamo eterna,
el esperado del solar laurentino y los campos del Lacio,
aquí tienes la morada asignada, aquí están a seguro
tus dioses hogareños. No te vayas. No te asuste la amenaza de guerra.
Todo el enojo, todas las iras de los dioses se han calmado.
Ahora hallarás tendida —no pienses son quimeras
que te suscita el sueño— al pie de las encinas de la orilla
una cerda gigante [255] con sus treinta lechoncillos que acaba de parir,
acostada en el suelo, blanca la madre,
blancas también las crías colgadas de sus ubres.
Ése será el lugar de tu ciudad, ése el descanso fijado a tus fatigas.
Partiendo de él, cuando giren su curso tres decenios, Ascanio ha de fundar
la ciudad de Alba, de nombre esclarecido. Y no te vaticino cosas vanas.
Ahora en pocas palabras te voy a declarar —atiende— con qué trazas
vas a lograr vencer los riesgos que te acechan.
En compañía de su rey Evandro [256],
siguiendo sus banderas, llegaron a estas playas unos Árcades,
familia descendiente de Palante y, eligiendo el lugar,
fundaron la ciudad sobre colinas y por su antecesor Palante
la llamaron Palanteo. Viven en incesante guerra
con los latinos. Asocia tú sus fuerzas con las tuyas, traba alianza con ellos.

---

[255] El episodio de la cerda blanca parece formar parte de un ciclo de relatos míticos sobre la fundación de ciudades. Un animal destinado al sacrificio logra escapar de las manos del matarife. Se le da alcance. En el punto en que se le coge debe ser fundada la ciudad. En leyendas posteriores se relacionó el prodigio de la cerda con la fundación de Alba Longa. Los treinta lechoncillos simbolizaron las treinta ciudades latinas que Eneas debía fundar.

[256] Según el historiador griego Dionisio de Halicarnaso, al que sigue Virgilio, Evandro fue obligado a abandonar su ciudad de *Pallantium* en la Arcadia y emigrando a Italia fundó la ciudad de Palanteo, donde luego se alzaría Roma. Gustaban los griegos de combinar su mitología con la de las regiones de Italia donde se instalaban. La leyenda de Evandro es, al parecer, un producto del helenismo fundido con una divinidad itálica, Fauno. Se corresponde el sentido de ambas palabras, el que favorece, el bienhechor de los hombres. A favor del culto al dios lobo de los griegos, funda Evandro en el Palatino el culto a *Faunus Lupercus.* De ahí los *Luperci,* sus oficiantes, y la fiesta de los *Lupercalia* celebrada en el mismo Palatino.

Te guiaré yo mismo al hilo de mi orilla, río arriba, por que logres remando
remontar la corriente. ¡Ea, hijo de una diosa,
levántate y al punto en que comienzan a ponerse las estrellas,
ofrece tus plegarias a Juno en la forma debida
y aplaca la amenaza de su enojo con votos suplicantes!
A mí cuida de honrarme cuando triunfes. Soy el cerúleo Tíber,
el río más amado de los cielos, el que ahora ves bañando estas riberas
con su caudal sobrado, que por su pingüe vega se abre paso.
Aquí irrumpe mi sede dilatada, cabeza de poderosas urbes».
Dijo el río y se hundió en lo hondo del remanso
y fue a acogerse al seno de su lecho.
A un tiempo noche y sueño dejan a Eneas. Surge
y vueltos los ojos a los nacientes rayos del sol
allá en la altura, retiene según rito agua viva en el cuenco de sus manos
y eleva hacia los cielos estas súplicas: «Ninfas, ninfas laurentes,
vosotras que a los ríos dais su ser,
tú, padre Tíber y contigo, tú, sagrada corriente,
acoged a Eneas y guardadle de peligros. Allá donde se encuentre el manantial
del remanso en que moras tú, que te compadeces de mis duelos,
en la tierra en que afloras tan radiante de gracias, siempre acudiré a honrarte,
he de colmarte siempre de mis dones, río que arbolas cuernos, que las aguas
de Hesperia señoreas. Sólo te pido que me asistas
y que hagas más patente tu presagio».
Dice y de entre sus naves elige una pareja de birremes, las equipa de remos
y a la par arma a sus compañeros. De repente se presenta a su vista
una asombrosa señal: tendida sobre la verde orilla, en la arboleda,
divisan una cerda de luciente blancura con sus crías de idéntico color.
El fiel Eneas te la ofrece en sacrificio a ti, Juno,
precisamente a ti, excelsa entre las diosas
y la apresta ante el ara con sus crías. El Tíber a lo largo de la noche
sosiega su hervorosa corriente y, refluyendo, refrena su carrera
con tan silente calma que a imagen de la paz de un estanque
o de una plácida laguna alisa el haz del agua
por ahorrarles trabajo a sus remeros.
A su vista los teucros aceleran con gritos de alegría el viaje comenzado.
El embreado abeto se desliza por las aguas del río. Se pasma su caudal

y se pasma la arboleda no avezada al intenso relumbre que despiden
los broqueles guerreros ni a ver bogar entre las ondas las pintadas bordas.
Baten ellos las aguas sin cesar noche y día y salvan las continuas
revueltas de su curso, cubierto por las ramas de los variados árboles,
y cortan por la fronda verdegueante sobre la llana placidez del agua.

Encuentro de Eneas con Palante y Evandro

Ya había remontado el sol fogoso la mitad de la bóveda del cielo
cuando ven a lo lejos los muros, el alcázar y los tejados
de las desperdigadas casas que el poderío de Roma ha alzado ahora al [firmamento,
entonces, los dominios que poseía en su pobreza Evandro.
Enfilan con presura sus proas y se van acercando a la ciudad.
Sucedió que aquel día el rey arcadio rendía el homenaje acostumbrado
al hijo poderoso de Anfitrión [257] y a los dioses en un bosque frontero a la [ciudad.
Estaba allí con él su hijo Palante, con él todos los mozos principales
y el humilde senado iba ofreciendo incienso.
Humeaba un vaho tibio de sangre en los altares.
Al divisar las altas naves deslizarse entre el umbroso soto
e ir batiendo los remos ya en silencio,
se aterran a su vista repentina
y se levantan todos a un tiempo y se retiran de las mesas.
Intrépido Palante les prohíbe que interrumpan la fiesta y empuñando su lanza
parte raudo a su encuentro y desde un altozano:
«Guerreros, ¿qué motivo os ha impulsado a explorar rutas desconocidas?
¿A dónde vais? —les grita—. ¿De qué raza sois?
¿De qué patria venís? ¿Nos traéis paz o guerra?»
Entonces su caudillo Eneas desde lo alto de su nave
les habla al mismo tiempo que les tiende su mano
un ramo del olivo portador de la paz:
«Somos troyanos los que ves; las armas, enemigas del Lacio,
que a unos prófugos les fuerza desdeñoso a la guerra.

---

[257] Hércules.

Venimos a buscar a Evandro. Llevadle este mensaje:
que han llegado unos jefes elegidos dardanios
a pedirle alianza en la lucha». Enmudece de asombro
Palante al escuchar tan alto nombre.
«Desembarca, quienquiera que seas —le dice—; habla tú mismo con mi padre,
y como huésped entra en nuestra casa». Y le toma de la mano
y se la estrecha prieta y largamente. Y avanzando penetran en el bosque
y se alejan del río. Entonces habla Eneas al rey con palabras amigas:
«¡Oh, el mejor de los griegos, ante quien ha querido la fortuna
que acuda suplicante con estos ramos ataviados de ínfulas!
No me ha hecho recelar tu condición de jefe de los dánaos ni de árcade,
ni que te halles unido por tu estirpe con los dos hijos de Atreo.
Es mi valor y los santos oráculos divinos,
el origen común de nuestros ascendientes
y tu fama extendida por el mundo lo que me une contigo
y me ha traído hasta aquí de buen grado
siguiendo los designios de los hados.
Dárdano, el primer padre y fundador de la ciudad de Ilión,
nacido, según dicen los griegos, de la Electra de Atlante,
se trasladó a la Tróade;
a Electra le dio el ser el poderoso Atlante,
el que en su hombro sustenta la bóveda celeste.
Vuestro padre es Mercurio, aquél que concibió la blanca Maya
y dio a luz en un pico del gélido Cilene. Pero a Maya, si damos algún crédito
a lo que hemos oído, Atlante es quien la engendra, el mismo Atlante
que alza la bóveda estrellada. Así nuestras familias
son dos ramas, las dos de un mismo tronco [258].
Fiado en esto no he pensado en mandarte emisarios ni he usado amaño alguno
para acercarme a ti. Yo, yo mismo he venido,
expuesto a todo, a suplicar ayuda en tus umbrales.
El mismo pueblo daunio que te hostiga,
nos acosa también con despiadada guerra.

[258] Halaga Virgilio el orgullo nacional emparentando a los fundadores de las dos grandes ciudades, Troya y Palanteo, antecesora ésta de Roma. Ambas proceden de Atlante, abuelo de Dárdano por Electra y abuelo a su vez de Evandro por Maya. Cilene es una montaña de Arcadia.

Cree si nos expulsa que nada va a impedirles someter a su yugo Hesperia entera
y todo el mar que baña sus orillas por Oriente y Poniente.
Acepta la palabra que te doy y dame tú la tuya. Tenemos corazones
valientes en la guerra, jóvenes animosos probados ya en los riesgos».
Dejó de hablar Eneas. Hacía rato que recorría Evandro con la mirada el rostro
y los ojos y la figura toda del que hablaba.
Al cabo en pocas palabras le responde:
«¡Qué a gusto te acojo y reconozco en ti al más valeroso de los teucros!
¡Cómo vuelve a mi mente la manera de hablar de tu padre, el gran Anquises,
su voz y sus facciones! Lo recuerdo. Fue durante aquel viaje que hizo Príamo,
el hijo de Laomedonte, al reino de Hesíone, su hermana, a Salamina [259]
y pasó desde allí a la helada comarca de la Arcadia. Era yo adolescente;
sombreaba mis mejillas en flor el primer bozo.
Contemplaba asombrado a los jefes troyanos.
Me asombraba mirando a su príncipe, hijo de Laomedonte.
Pero entre todos descollaba Anquises.
Se me encendía el corazón de mozo en deseos de hablarle
y de estrechar su mano con la mía.
Me acerqué y le conduje enardecido a la ciudad de Feneo.
Él me dio al separarnos una aljaba magnífica con sus saetas licias
y una clámide entretejida en oro y un par de frenos áureos
que pertenecen ahora a mi Palante.
Así que esta es la mano que buscáis.
La estrecho con la vuestra en señal de alianza.
Y tan pronto como vuelva mañana a iluminar la tierra el nuevo día,
os dejaré marchaos satisfechos con la escolta
y los recursos con que pienso ayudaros.
En tanto, pues habéis llegado como amigos, celebrad de grado con nosotros
estas fiestas anuales —no podemos diferirlas—
y familiarizaos con vuestros aliados en la mesa desde ahora».
Dicho esto, manda Evandro que repongan los manjares y copas
que habían retirado y él mismo va asentando en la grama a sus huéspedes
y a Eneas lo acomoda en un asiento de madera de arce
cubierto con la piel de un velludo león.

[259] Isla de Grecia, en el Golfo Sarónico, célebre en las Guerras Médicas. Feneo es una ciudad de la Arcadia.

Jóvenes escogidos y el sacerdote mismo del altar se afanan en servirles
carne asada de toro y colman los cestillos
con los dones de Ceres bien heñidos.
Y les escancian el licor de Baco. Y Eneas y con él la juventud troyana
comparte un lomo entero de buey y las entrañas inmoladas.

Relata el rey la lucha entre Hércules y Caco

Satisfecha ya el hambre y aplacado el apetito,
el rey Evandro dice:
«Este culto que todos los años celebramos con la ritual comida
y este altar de tan alto valedor no nos lo ha impuesto vana superstición
ni el desprecio de los antiguos dioses.
Lo observamos renovando con él, huésped troyano,
los honores debidos por habernos librado de un horrible peligro.
Pon la vista primero en esa peña colgada de los riscos.
Mira cómo está allí la mole desgajada y la manida desierta
sobre el monte y los pedruscos precipitados en desplome ingente.
Allí hubo en otro tiempo una cueva apartada, espaciosa, profunda, inaccesible
a los rayos del sol, donde moraba Caco,
hombre monstruoso, de horrenda catadura.
Siempre humeaba el suelo de su cueva con la sangre reciente de sus víctimas.
Pálidos rostros de hombres de repelente podre
pendían como un reto de su umbral.
Era Vulcano el padre de aquel monstruo. Cuando movía su imponente mole
vomitaba su boca llamaradas del embreado fuego de su padre.
A nosotros también oyendo nuestras ansias nos mandó al cabo del tiempo
la venida y la ayuda de un dios. Pues entonces llegó el gran vengador, Alcides,
engreído con la muerte y los despojos cobrados a Gerión,
el gigante de tres cuerpos.
Seguía este camino apacentando ufano sus corpulentos toros.
Cubría la vacada el valle y la ribera del río.
Pero Caco en furioso desvarío, resuelto a que no hubiera
felonía ni fraude que no llevara a cabo
o intentara a lo menos su osadía, le hurta de sus establos cuatro toros
arrogantes de alzada y otras tantas novillas de llamativa estampa.

Y para que las huellas no indicasen el rumbo directo hacia la cueva
los va arrastrando hacia ella tirando de la cola,
las pisadas en dirección contraria,
y oculta su rapiña en las sombras de la roca. No había indicio alguno
que guiase en la busca hacia la cueva. Pero cuando repuesta de pasto
la vacada, la sacaba el hijo de Anfitrión de sus establos
y estaba ya aprestándose a la marcha,
los toros, ya en camino, comienzan a mugir
y llena su quejumbre el ámbito del bosque y deja resonando las colinas.
Respondió una novilla rompiendo en un mugido por la oquedad inmensa de la
y frustró la esperanza de Caco allá en su encierro. [cueva
Entonces sí que a Alcides dolorido le borbotea el pecho negra hiel.
Arma raudo su mano con la pesada clava erizada de nudos
y corriendo se dirige hacia la cumbre del enhiesto monte.
Los nuestros ven entonces por vez primera a Caco amedrentado,
la mirada aturdida. Huye en el mismo instante, más ligero que el Euro
camino de la cueva. El miedo le pone alas en los pies.
Cuando se encierra dentro y, rotas las cadenas, deja caer de lo alto
la gigantesca peña que el arte de su padre había allí colgado
de férreos eslabones, y bloquea con su mole
la entrada bien segura, de pronto ya está allí furioso el de Tirinte
mirando cada parte del umbral. Dirigía los ojos en todas direcciones
rechinando los dientes. Recorre ardiendo en ira todo el monte Aventino
por tres veces. Tres veces intenta remover la peña de la entrada
y tres veces se vuelve a sentar en el valle rendido de fatiga.
Había allí plantado un picacho de roca, todo a su alrededor cortado a filo.
Se alzaba sobre el flanco de entrada de la cueva, de altura impresionante,
asilo acogedor donde anidaban las aves de rapiña.
Como estaba su cima inclinada hacia el río por la izquierda
la impele a viva fuerza a la derecha y la descuaja de sus hondas raíces.
De repente la roca se desploma. Retumba a su caída todo el cielo.
Salta hendida la orilla. Retrocede aterrada la corriente del río.
Entonces aparece al descubierto la caverna de Caco, su espacioso palacio.
Quedan de par en par las sombras del recinto, igual que si la tierra
desgarrada por una convulsión descorriera las simas de su hondura
y los pálidos reinos, odiados de los dioses, quedaran a la vista

y pudiera divisarse desde arriba su pavoroso abismo
y heridas por su luz corrieran aterradas las sombras de los muertos.
La repentina lumbre inesperada sorprende a Caco en su antro
de las concavidades de la roca y mientras éste lanza bramidos nunca oídos,
Alcides lo acribilla desde arriba a disparos. Todo le sirve de arma.
Le arroja ramas de árboles y gigantescas piedras.
Caco entonces, viendo que no le queda ningún medio de escapar del peligro,
vomita por sus fauces —maravilla el prodigio— un turbión de humo
que envuelve en cegadora oscuridad el antro y lo oculta a la vista
y adensa por la cueva caliginosa noche
entremezclada de fuego y de tinieblas.
No se contiene en su furor Alcides y de un salto se arroja entre las llamas
allá donde es más densa la humareda,
donde hierve en negros borbollones de vapor la ancha cueva.
Y mientras sigue Caco vomitando en la sombra impotentes llamaradas,
allí mismo lo agarra, le prende las argollas de sus brazos,
le aprieta y le estrangula hasta hacerle saltar los ojos de las cuencas
y dejarle sin sangre la garganta. Descuajada la puerta queda de par en par
la sombría guarida. Y las vacas robadas, las rapiñas
que porfió en negar aparecen patentes a la luz.
El cadáver repelente lo arrastran hacia fuera por los pies.
No aciertan a saciarse de mirar el espanto de sus ojos,
su catadura, el pecho erizado de cerdas de aquel monstruo
y el fuego ya apagado de sus fauces.
Desde entonces se viene rindiéndole este honor.
Y las generaciones posteriores han guardado gozosas este día.
Fue Poticio el que fundó este rito y es la casa Pinaria
la que tiene a su cargo el culto de Hércules.
Poticio alzó este altar aquí en el bosque,
el altar que siempre llamaremos nuestro altar mayor [260]. Siempre será el altar

---

[260] Se alzaba este altar en un llano marismoso al norte del Aventino entre el Palatino, el Capitolio y el Tíber. En dicho llano solía apacentar Hércules su vacada. Allí se estableció, en *Forum boarium*, el mercado de bueyes. Cada año, el 12 de agosto, se celebraba en el *Ara Maxima* un sacrificio en honor de *Hercules invictus*. Corría su culto a cargo de dos familias, los Poticios y los Pinarios. Luego abandonaron éstos su misión y pasó a encargarse de su culto el pretor de la ciudad. Identificado Hércules con Marte, participaron los ministros de este dios, los Salios, en su culto. Con ello

mayor para nosotros. ¡Ea, guerreros, ceñíos de guirnaldas los cabellos
para honrar hazaña tan egregia e invocando a nuestro dios común
adelantad la copa en vuestra mano y ofrecedle de grado libaciones de vino!»
Dejó de hablar y al punto sombreó sus cabellos un festón verde y blanco
del álamo de Alcides. Y quedaron las hojas colgando de su frente
y la copa sagrada le llenaba la mano. Todos raudos, gozosos, vierten su libación
sobre las mesas y elevan sus plegarias a los dioses.
Entre tanto la tarde se aproxima bajando la pendiente del Olimpo.
Y ya avanza la fila de los prestes. Al frente va Poticio,
ceñidos, como es uso, de pieles, con la antorcha en la mano.
Abastecen con sus ofrendas las sagradas mesas y colman los altares
las bandejas repletas. Y los Salios acuden a cantar
en torno de las aras humeantes,
prendidos a sus sienes ramos de álamo. Va el coro de los jóvenes a un lado,
los ancianos al otro. Ensalzan con sus cantos
los loores y las proezas de Hércules,
primero cómo ahogó dos sierpes en su mano,
los monstruos que le había mandado su madrastra,
cómo arrumbó en la guerra dos ciudades egregias, la de Troya y Ecalia
y soportó los riesgos de mil pruebas al servicio del rey Euristeo
cumpliendo los designios de la inicua Juno. «¡Tú, invicto, diste muerte
por obra de tu brazo a los centauros, los seres de dos formas
nacidos de la nube, Hileo y Folo, tú al espanto de Creta
y al enorme león bajo la roca de Nemea! Tembló a tu vista la laguna Estigia,
a tu vista tembló el guardián del Orco en su antro ensangrentado
recostado en su osambre a medio roer. Ni te espantó vestigio
ni el talludo Tifeo [261] empuñando sus armas ni se turbó tu mente
cuando la hidra de Lerna tendió a tu alrededor su sarta de cabezas.
¡Salve, hijo verdadero de Júpiter, que añades a los dioses nueva gloria,
asístenos y acude favorable con buen pie a tu sagrado rito!»
Así celebran con cantos sus proezas. Y ensalzan por remate

---

se asoció a Grecia en la obra civilizadora de Roma. Trata así Virgilio de infundir interés por los antiguos mitos.

[261] Monstruo hijo de la Tierra y del Tártaro. Tenía cien cabezas. Despedía fuego por sus bocas. Muerto por un rayo, fue enterrado bajo el Etna.

la caverna de Caco y las llamas que el monstruo vomita por su boca.
Y a su clamor resuena todo el bosque y devuelven el eco los collados.
Una vez terminadas las sacras ceremonias
van volviendo todos a la ciudad. Camina el rey
cargado por el peso de los años. Lleva en su compañía
a Eneas y junto a él a su hijo y con pláticas varias alivian el camino.
Maravillado Eneas vuelve prestos los ojos a todo en derredor.
Se prenda del lugar e inquiere y va escuchando complacido,
detalle por detalle, recuerdos de los hombres anteriores.

Evandro muestra a Eneas los lugares que serán luego Roma

Entonces interviene el rey Evandro, el que había fundado el alcázar de Roma:
«Poblaron estos bosques otro tiempo unos faunos y ninfas [262]
nativos de estas tierras, más una raza de hombres
oriundos de los troncos de los rígidos robles.
Sin normas ni arte alguno de vida no sabían uncir toros al yugo
y no sabían acopiar hacienda ni guardar la acopiada. Las ramas de los árboles
y la caza cobrada les iba deparando desabrido alimento.
Primero fue Saturno el que llegó desde el celeste Olimpo
huyendo de las armas de Júpiter, desterrado del reino que perdiera.
Él fue quien reunió a aquella raza indómita dispersa por las cimas de los montes
y la sometió a leyes y él quiso que se llamara Lacio,
ya que vivió seguro, oculto de la vista en sus riberas.
Floreció en su reinado la edad de oro, así se la llamó. En tan plácida paz
gobernaba a sus pueblos, hasta que poco a poco, desluciendo su brillo,
surgió un tiempo peor y sobrevino el frenesí guerrero y el afán de poseer.
Entonces arribó la hueste ausonia y los pueblos sicanios. La tierra de Saturno
fue cambiando de nombre con frecuencia. Fueron llegando reyes
y llegó el fiero Tibris, de enorme corpulencia, por quien después
llamamos Tíber en Italia al río, que ha perdido

[262] Cautiva el relato del viejo rey sobre los primeros pobladores del Lacio, los coros de faunos y ninfas que hace aflorar a los bosques y sotos del Lacio. Son los mismos que Lucrecio había desterrado y que Virgilio devuelve y aviva de un hálito de maravilla.

su verdadero nombre, el de antes, Álbula [263].
Y a mí, que desterrado de mi patria iba en busca de los lindes del mar,
la todopoderosa fortuna y el destino ineluctable me asentó en esta tierra
a donde me acuciaron los tremendos avisos de mi madre, la ninfa Carmenta [264],
siguiendo los oráculos del mismo dios Apolo».
Apenas acabó de hablar, adelantándose le enseña el altar y la puerta
que los romanos llaman Carmental en homenaje rendido ya de antiguo
a la ninfa Carmenta, la adivina transmisora del hado,
la que vaticinó primero la grandeza de los hijos de Eneas y su gloria a [Palanteo.
Y en seguida le enseña el bosque ingente donde emplazó su albergue [265]
el intrépido Rómulo. Y al pie de húmeda roca le muestra el Lupercal,
llamado así como es uso en Arcadia llamar a Pan Liceo.
Y no deja tampoco de señalarle el bosque del sagrado Argileto [266]
y pone por testigo de su inocencia al bosque
y le cuenta la muerte que se dio a su huésped Argo.
Y desde allí le lleva a la roca Tarpeya [267]

---

[263] En su culto a las fuerzas de la naturaleza tomaron los itálicos al río Tíber por una divinidad. Más tarde lo tuvieron por un rey impetuoso, salteador, ya que relacionaban su etimología ὕβρις con ímpetu. Según Tito Livio, dio su nombre al Tíber el rey Tibris porque pereció en las aguas del Álbula.

[264] Ninfa dotada del don de la profecía que pasó por ser madre de Evandro. Proviene, al parecer, su nombre de *carmen* (canción, ensalmo). La puerta Carmental situada al oeste del Capitolio recibe el nombre de Carmenta.

[265] La constante de antelación virgiliana aflora a los labios del rey Evandro y hace revivir en la imaginación y el corazón de los romanos los lugares más ilustres de la ciudad. Sazonada de amable humor humano hace surgir a los ojos de su huésped Eneas su futura grandeza a flor de colinas y valles desiertos. El *assylum* o albergue es el cobijo que brinda Rómulo a cuantos pastores quieren acogerse a él. En la ladera del Palatino, a la derecha, anticipa la cueva del Lupercal, donde Rómulo y Remo serán amamantados por la loba. Era centro de antiguo culto dedicado a Pan Luperco por los Lupercos, miembros de una cofradía establecida para honrarlo. Su fiesta se celebraba el 15 de febrero.

[266] Lugar arcilloso según su etimología. Evandro da hospitalidad a cierto Argo, que se la pide con intención de privarle del reino. El pueblo al saberlo le mata. El rey cumple el derecho de hospitalidad y le da en él honrosa sepultura. La colina pasa a derivar su nombre de la muerte de Argo, *Argi-letum*.

[267] Llamóse el Capitolio primero Roca Tarpeya en recuerdo de Tarpeya, la muchacha que facilitó al rey de los sabinos el acceso a la fortaleza. De la roca se precipitaba

y al Capitolio, hoy relumbrante de oro,
hórrido antaño de silvestres breñas. Ya entonces un respeto siniestro
a estos parajes sobrecogía a aquellos temerosos rústicos
que temblaban, ya entonces, viendo sus arboledas y sus rocas.
«Este bosque —prorrumpe—, este collado de frondosa cumbre,
qué dios no lo sabemos, pero lo habita un dios.
Creen mis Árcades haber visto en persona a Júpiter aquí no pocas veces
batiendo con su diestra su oscura égida [268] y acuciando a las nubes.
También estos dos fuertes de muros agrietados que ves son viejos restos
y memoriales de hombres de otros tiempos. Este alcázar lo erigió el padre Jano,
aquel otro, Saturno. Así que el nombre de éste era Janículo y Saturnia el de aquél».
Conversando ambos así, se acercaban subiendo la pendiente
a la morada del austero Evandro. Veían esparcidas por el Foro romano
y las espléndidas Carinas [269] vacadas que mugían. Al llegar al albergue:
«Este umbral lo transpuso Alcides victorioso —añade—,
¡este mismo palacio le acogió!
No dudes, huésped mío, en despreciar los bienes materiales
y sabe hacerte digno de aquel dios. No te avergüence esta pobreza» [270].
Así dice y conduce bajo el techo de la estrecha morada al corpulento Eneas
y lo acomoda sobre un lecho de hojas que cubre con la piel de una osa libia.
Cae la Noche y abraza la tierra con sus alas sombrías.

a los delincuentes. Evandro en su antelación predice el carácter misterioso y terrible del lugar. La credulidad del viejo rey da fe de lo visto.

[268] Era la égida el escudo con que Júpiter, removiendo la atmósfera, hacía surgir las tempestades. El Janículo, colina a la derecha del Tíber. La fortaleza de Saturno se hallaba en la cumbre del Capitolio, allí donde se alzó la ciudadela.

[269] Barrio de la ladera oeste del Esquilino, que en tiempo de Virgilio acogió a las familias acomodadas, como la de Pompeyo. Su mansión fue incautada por Antonio y a la muerte de éste confiscada por el Emperador. Fue vendida por Trajano a la familia Gordiana, ilustre por sus tres emperadores.

[270] Estos versos, de admirable elevación moral, de estoicismo aleccionador, siguen resonando en nuestra alma con el eco del mejor virgilianismo. Percibimos en ellos un hálito de la presencia divina. Nos consta que algunos egregios escritores no pudieron leerlos sin lágrimas en los ojos.

PETICIÓN DE VENUS A VULCANO

Venus, estremecido su corazón de madre de temor no infundado,
conmovida ante las amenazas y la fiera revuelta de los laurentes,
se dirige a Vulcano, y comienza así a hablarle en su tálamo de oro
e infunde amor divino a sus palabras:
«Mientras reyes argivos asolaron Pérgamo y sus alcázares,
y condenados por el hado a caer entre llamas enemigas,
no pedí ayuda alguna para su desventura, ni las armas que forja
tu destreza y tu poder, ni pretendí imponerte, esposo queridísimo,
un esfuerzo penoso inútilmente aunque debía tanto a los hijos de Príamo
y me habían costado muchas lágrimas los duros trances que pasaba Eneas.
Ahora ha plantado pie por mandato de Júpiter en la costa de los rútulos.
Por eso yo que nunca lo he pedido, acudo a ti ahora en súplica
y demando de tu poder divino, que venero, armas para mi hijo
como pide una madre para el suyo. Bien consiguió ablandarte con sus lágrimas
la hija de Nereo [271] no menos que la esposa de Titono.
Mira qué pueblos se han aliado, qué ciudades
cerrados sus portones, aguzan ya sus armas contra mí
para ruina de los míos». Dejó de hablar la diosa. Y como él vacilaba,
ella pasa sus brazos de nieve por un lado y por otro en torno de él
y le acaricia con su dulce abrazo. Al instante él percibe la llama acostumbrada
y por su médula se le adentra el ardor bien conocido
y cunde por sus miembros enervados, igual que la centella
que salta a veces de tronante nube y corre su vibrante reguero
de fuego hendiendo el cielo. Bien lo advierte la esposa y se alegra
del logro de su ardid, segura como está de su belleza.
Y el dios, encadenado por ese amor que no puede morir:
«¿A qué buscas tan lejos argumentos? ¿Dónde ha ido a parar, diosa,
tu confianza en mí? Si me hubieras tenido el mismo amor que ahora me tienes,
aun entonces podía haber yo armado a tus troyanos, me estaba permitido.
Ni el Padre omnipotente ni el decreto del hado impedían siguiera Troya en pie,

[271] Tetis, ninfa marina a cuyos ruegos Vulcano forjó las armas para su hijo Aquiles. Asimismo la Aurora, esposa de Titono, logró que Vulcano le fabricara las armas de su hijo Memnón cuando acudió éste en ayuda de Príamo al final de la guerra de Troya.

ni que viviera Príamo otros diez años más. Y ahora si te decides a combatir,
si es esa tu intención, cuantos esfuerzos me es dado prometer con mi deseo,
cuanto puede forjarse con el hierro o la fusión de oro y de plata,
cuanto alcanzan a hacer mis forjas y mis fuelles, deja de suplicármelo
y no dudes de tu propio poder». Dice y le da el abrazo deseado
y hundido en el regazo de su esposa,
abandona sus miembros a un plácido sopor.
Y al punto mismo en que el primer descanso
había ya ahuyentado de él el sueño,
mediada la carrera de la noche que ya iba declinando,
a la hora en que la dueña de la casa, obligada a hacer frente a la vida
con su rueca y la humilde tarea de Minerva,
aviva el fuego dormido en la ceniza
y, añadiendo la noche a sus quehaceres, ocupa a sus criadas
en hilar un gran copo a la luz de la lámpara
por guardar casto el lecho de su esposo
y sacar adelante a sus pequeños, de igual modo el potente dios del fuego
y no a hora más tardía, surge del blando tálamo
y se apresta al trabajo de su fragua.
A la vera de un flanco de Sicilia, junto a la eolia Lípari [272]
se alza una isla del mar enhiesta en farallones humeantes.
Resuena atronadora debajo una caverna
y los antros del Etna que socavan las fraguas de los Cíclopes.
A los potentes golpes el eco de los yunques devuelve su gemido.
Chirría en las cavernas la masa de metal de los Cálibes [273]
y jadea la llama en las hornazas. Allí mora Vulcano. Por él recibe la isla
el nombre de Vulcania. Y allí en aquel instante baja el señor del fuego
desde lo alto del cielo. Iban batiendo el hierro en su antro inmenso
los Cíclopes, el del trueno, el del rayo y el del yunque de fuego, éste desnudo.
Tenían en las manos empezado ya un rayo
de los muchos que arroja el Padre de los dioses por todo el haz del cielo,
bruñido de una parte, sin acabar de la otra todavía.
Le habían añadido tres radios de granizo, tres de lluviosas nubes,

[272] La mayor de las islas eolias al norte de Sicilia.

[273] Pueblo del Ponto, país al sur del mar Negro, famoso por sus minas de hierro.

tres de llamas rutilantes y otros tres de veloz viento del sur.
Ahora estaban mezclándole llamas aterradoras y retumbos y el espanto
que sigue a su furiosa llamarada.
Otros se daban prisa en forjar para Marte una carroza de ruedas volanderas,
de aquellas con que el dios enardece a guerreros y a ciudades enteras a su paso.
Labran otros ganosos la horrenda égida de que se arma Palas enfurecida
y las escamas de oro de las sierpes entrelazadas a ella
y para el pecho de la diosa bruñen una Górgona [274];
cercenada del cuello la cabeza que aún revuelve los ojos en sus cuencas.
«Llevaos todo, Cíclopes del Etna, retirad el trabajo comenzado —prorrumpe—
y prestadme atención. Hay que forjar las armas para un bravo guerrero.
Ahora habéis menester de vuestras fuerzas, ahora de la presteza de esas manos,
y de todo vuestro arte y maestría. Daos prisa».
No dice más. Se vuelcan todos sobre el yunque,
repartido el trabajo por igual. Va fluyendo bronce y oro a raudales.
Se funde en la ancha hornaza el acero que aguza las heridas.
Moldean un escudo gigantesco, capaz de resistir él solo contra todos
los dardos que le arrojen los latinos. Traban ruedo con ruedo siete planchas.
Unos toman el aire por una parte con ventosos fuelles y por otra lo expelen.
Templan otros el bronce en el agua del lago que chirría.
Gime el antro a los golpes de los yunques.
Alzan uno tras otro los brazos a compás
con imponente brío y voltean los dientes de las tenazas la encendida masa.
Mientras el dios de Lemnos [275] acelera el trabajo en la ribera eolia,
sobresaltan a Evandro en su humilde morada la vivificadora luz del día
y los cantos matutinos en que rompen los pájaros debajo de su alar.
Se levanta el anciano y acomoda la túnica a sus miembros
y enlaza sus sandalias tirrenas a las plantas de sus pies.
Después se cuelga al hombro su espada de Tegea, que pende a su costado
y se echa encima una piel de pantera, que cae flotando sobre el brazo izquierdo.
Corren delante de él, bajando de la altura del umbral,

---

[274] Monstruo del mundo infernal cuya cabeza anudada de sierpes ocupaba el centro del escudo de Júpiter.

[275] Isla del mar Egeo a la que fue a caer Vulcano, arrojado al nacer desde el cielo por su padre Júpiter a causa de su fealdad. Sus habitantes le recibieron con tal afecto que hizo el dios a la isla objeto de su predilección y en ella estableció sus primeras fraguas.

sus dos perros, sus guardas,
que acompañan los pasos de su dueño. Se encaminaba al retirado albergue
de su huésped Eneas, recordando la plática y la ayuda prometida.
No menos madrugador venía hacia él Eneas,
acompañaba a aquél su hijo Palante, Acates a Eneas.
Se reúnen y se estrechan las manos. Toman asiento
en medio del umbral y al cabo aprovechando la ocasión disfrutan de la charla.
Habla primero el rey: «¡Capitán el más grande de los teucros,
mientras vivas jamás podré admitir que el imperio troyano y su poder
han sido destruidos. Bien pocos son, por cierto, mis recursos
para prestar ayuda a tu egregio prestigio en la contienda.
Por un lado nos cerca el río etrusco, por otro nos acosan los rútulos,
que hacen sonar el eco de sus armas en torno a nuestros muros.
Pero pienso en unir contigo algunos pueblos poderosos de opulentos dominios.
Un azar inesperado te depara esta fuerza salvadora.
Vienes donde los hados te reclaman.
Pues no lejos de aquí se halla fundada sobre vetusta roca
la ciudad de Agila [276] en donde tiempo atrás,
un pueblo lidio afamado en la guerra se asentó
en las alturas de los montes etruscos.
Fue próspera ciudad por largo tiempo;
al cabo el rey Mezencio la vino a someter
a su arrogante mando por la fuerza de sus crueles armas.
¿Para qué recordar sus infames matanzas?
¿A qué la crueldad sin nombre del tirano?
¡Que los dioses reserven los mismos sufrimientos a Mezencio y su estirpe!
Llegó al extremo de atar los cuerpos muertos con los vivos
enlazando las manos con las manos,
las bocas con las bocas —tortura horrible—.
Y así en horrendo abrazo con la podre y el flujo de sangre corrompida

[276] Una de las doce ciudades etruscas llamada luego Caere, más tarde Cervetri. Según Heródoto, un grupo de lidios, país de la costa del Asia Menor, abandonaron su patria mandados por el príncipe Tirseno y se establecieron en Umbría. Participó en la travesía Tarconte, hermano de Tirseno, y fue el que condujo a los lidios a Etruria. Según Estrabón, fue Tarconte el fundador de la ciudad de Tarquinios, de la que pasó a Roma el primer rey etrusco.

acababa con ellos en lenta muerte. Al fin hastiados ya sus súbditos
de este loco furioso, se levantan en armas y lo cercan y cercan su palacio,
degüellan a su séquito, lanzan teas ardientes al tejado. Él consigue escapar
de entre aquella matanza y huye a acogerse a tierras de los rútulos
y se ampara en las banderas de su amigo Turno. Por eso toda Etruria
se ha alzado en justa cólera y amenazando guerra exigen que le entreguen
al rey para imponerle su castigo. De estos millares de hombres
voy, Eneas, a hacerte a ti caudillo. Sus naves apiñadas por toda la ribera
se agitan impacientes. Pero su anciano arúspice les frena dictándoles su oráculo:
«Vosotros, escogidos guerreros de Meonia,
flor y prez de virtudes de nuestra vieja raza,
a los que un justo encono enfrenta al enemigo y con razón Mezencio
enardece de cólera, sabed que no permiten los dioses
que mande tan gran pueblo hombre alguno de Italia.
Elegid un caudillo extranjero».
Ante esto ya ha acampado el ejército etrusco en ese llano.
Le ha aterrado el aviso de los dioses. Tarconte mismo
ha llegado a mandarme una embajada y con ella la corona y el cetro.
Y me envía las insignias de mando:
que vaya al campamento, que tome posesión del reino etrusco.
Pero mi edad, premiosa por el hielo de la vejez,
cansada por el peso de los años,
rechaza el mando. Ni ya mis tardas fuerzas están para arduos lances.
Animaría a mi hijo a que aceptara si la sangre sabina de su madre
no le arrastrara en parte hacia su patria.
Tú, en cambio, a quien los hados favorecen
por tu edad y tu estirpe, a quien llaman los dioses, acomete esta empresa,
tú, el jefe más valiente de los teucros y los ítalos. Irá además contigo
mi Palante, mi esperanza y consuelo. ¡Que mirándose en ti aprenda a soportar
la milicia, los trances y los duros trabajos de la guerra!
¡Que tenga ante sus ojos tus proezas, que ponga en ti el asombro
de sus primeros años! Le daré dos centenares de jinetes árcades,
la flor de nuestros jóvenes guerreros.
Y te dará Palante en su nombre otros tantos».
Apenas acababa el rey de hablar y ya Eneas, el hijo de Anquises, y el fiel Acates,
fijos los ojos en el suelo, estaban sopesando

la larga serie de sus duros trances en sus entristecidos corazones
si la diosa de Citera no les hubiera dado una señal en el cielo sereno.
De repente vibra el fulgor de un rayo en la altura del aire y suena un trueno.
Y parece que todo se derrumba y que a través del aire la trompeta tirrena
rezonga su clangor. Alzan la vista. Un potente fragor rueda que rueda.
Ven armas rebrillar entre una nube allá en el aire claro.
Retumba su chasquido como un trueno.
Quedan sobrecogidos los otros, pero el héroe troyano reconoce el sonido
y las promesas de su madre divina. Y advierte al rey:
«No inquieras, amigo que me acoges, te lo pido,
qué anuncia ese prodigio. Me llaman del Olimpo.
Es ésta la señal que mi madre divina predijo mandaría al estallar la guerra
y vendría en mi ayuda trayendo por los aires unas armas
forjadas por Vulcano. ¡Ah, qué atroces matanzas
amenazan a los desventurados laurentinos!
¡Qué caro me lo vas a pagar, Turno! ¡Qué de escudos y yelmos y cadáveres
de esforzados guerreros van a ir entre tus ondas rodando, padre Tíber!
¡Que presenten batalla! ¡Que rompan su alianza!»
En diciendo esto se alza de su alto asiento. Empieza removiendo el altar
donde duerme el fuego de Hércules.
Después se acerca alegre al lar que honró la víspera
y a los humildes dioses de la casa. Evandro sacrifica, como es uso,
escogidas corderas de dos años. Y a par de él
van haciendo otro tanto los guerreros troyanos.
Y se dirige Eneas a las naves y va a ver a sus hombres
y de entre ellos elige los que destacan más por su valor.
Los demás navegan río abajo sin esfuerzo a favor de la corriente,
para llevar a Ascanio noticias del suceso y de su padre.
Proveen de caballos a los teucros que van a los campos tirrenos.
Para Eneas destacan un corcel escogido entre todos. Todo él enjaezado
de una piel rojiza de león que relucía con sus zarpas de oro.

Despedida de Evandro. Partida de Eneas

La Fama en un instante difunde la noticia por el parvo poblado,
unos jinetes cabalgan raudos hacia el umbral del rey etrusco.

Las madres alarmadas redoblan sus promesas.
El temor va haciendo más cercano el peligro.
Y se va agigantando a sus ojos la imagen del dios Marte.
El padre Evandro entonces estrechando la mano del hijo que se va,
se abraza a él y prorrumpe sin poder saciar el llanto:
«Ah, si quisiera Júpiter devolverme mis años juveniles,
como era entonces cuando al pie de los muros de Preneste
arrollé la vanguardia de enemigos
y quemé vencedor pilas de escudos
y mandó este mi brazo a las simas del Tártaro
al rey Érulo, aquel a quien su madre Feronia [277] —horroriza contarlo—
le dio al nacer tres vidas. Le era dado vestir tres armaduras.
Tres veces era fuerza darle muerte.
Pues le arrancó las tres, este mi brazo, con sus tres armaduras.
Nada podría ahora despegarme, hijo, de la dulzura de este abrazo,
ni Mezencio me hubiera escarnecido en mi misma frontera,
ni me hubiese causado con su espada tan cruel mortandad,
ni dejado viuda de tantos hombres la ciudad.
Pero vosotros, poderes de la altura, y tú, Júpiter,
egregio soberano de los dioses, tened piedad de este rey árcade,
os lo pido, y escuchadme: si vuestra voluntad, si mis hados me guardan
incólume a Palante, si vivo nada más para volver a verle y juntarme con él,
pido seguir viviendo, consiento en soportar toda clase de pruebas.
Pero si me amenazas, Fortuna,
con un trance imposible de expresar con palabras,
déjame ahora, ahora mismo cortar los lazos de esta odiosa vida,
mientras aún mi ansiedad se vuelve a un lado y a otro,
mientras aún mi esperanza no adivina el futuro,
mientras a ti, mi mozo, el único y tardío gozo mío,
te tengo entre mis brazos, antes de que la nueva más cruel
llegue a herir mis oídos». Estas palabras exhalaba el padre
en el último adiós. Sus sirvientes lo retiran desmayado a su casa.
Había traspasado la cabalgata las abiertas puertas. Iba en cabeza Eneas

[277] Era Feronia una divinidad itálica venerada en Etruria y en Sabinia. Era diosa de la fertilidad y de la libertad de los esclavos. Su hijo Érulo, rey de Preneste, poseía tres cuerpos.

con su leal Acates, detrás los otros próceres de Troya.
Palante va en el centro de su escuadrón.
Destaca con su clámide y su broquel pintado,
lo mismo que la estrella mañanera que ama Venus
más que a la lumbre de los otros astros
cuando alza al cielo su divino rostro, húmedo todavía de las ondas del mar,
y pone en fuga las oscuras sombras.
Las madres temblorosas en pie desde los muros
siguen con la mirada la polvorienta nube y las escuadras de lustroso bronce.
Ya la columna en armas cabalgando
entre jaras corta por todo atajo del camino.
Se eleva un griterío y en escuadrón formado los cascos baten el reseco llano
con su cuádruple son. Junto al gélido río que baña Cere
había un bosque inmenso tenido por sagrado
en todo el derredor por la veneración de sus mayores.
Lo cercan curvos cerros que ciñe negro abeto con su fronda.
Es fama que a Silvano, el dios de las campiñas y rebaños,
consagraron el bosque y un disanto los antiguos pelasgos [278],
que fueron los primeros que ocuparon antaño los confines latinos.
No distantes de allí, Tarcón y sus tirrenos
tenían sus reales a seguro por la naturaleza del lugar.
De lo alto del collado se podía avistar todas sus tropas.
Desplegaban sus tiendas por el ancho haz de los llanos.
Allí el caudillo Eneas hace alto con su leva de guerreros
y reparan jinetes y caballos su fatiga.

Venus entrega a Eneas las armas forjadas por Vulcano

Pero la diosa Venus había ya bajado a traerle sus dones,
radiante de blancura, entre las nubes del cielo. Apenas desde lejos
acierta a ver a su hijo en el fondo del valle,
a solas en la orilla de la helada corriente,
se dirige a él así y aparece resuelta ante sus ojos:

[278] Pueblo emigrado de Oriente, primer poblador de Grecia.

«Aquí tienes los dones ya acabados
que prometió forjarte la destreza de mi esposo.
Ya puedes, hijo mío, sin recelo retar a los altivos laurentinos
y hasta al brioso Turno». Dice y tiende los brazos
hacia su hijo la diosa de Citera [279]
y deposita las radiantes armas debajo de una encina en frente de él.
Éste, gozoso con los dones de la diosa y con el alto honor,
no acierta a saciar su alma de contento. Y vuelve la mirada a cada pieza
y se asombra a su vista y las toma en sus manos y sopesa en sus brazos
el yelmo pavoroso con su penacho y su raudal de llamas,
la espada portadora de la muerte, el duro coselete,
forjado en bronce, de color de sangre, enorme, como grisácea nube
que, embestida por los rayos del sol, arde y fulge su lumbre desde lejos.
Y a una con ello las bruñidas grebas de electro [280] de oro refinado
y la lanza, y el trabajo indecible de forja del broquel.
Pues el señor del fuego, que sabe de presagios de adivinos,
a quien no se le oculta el porvenir, había labrado en él la historia
de Italia y los triunfos de Roma. Estaba allí toda la descendencia
del linaje de Ascanio y las guerras que había sostenido una por una.
Había cincelado asimismo tendida sobre el verde antro de Marte a la loba
[parida;
retozan los dos niños gemelos, colgados de sus ubres juguetean
y maman de la madre sin temor. Ella doblando su redondo cuello
los lame uno tras otro y repule sus cuerpos con su lengua.
Cerca de ellos había puesto a Roma y las sabinas arrebatadas contra toda ley [281]

[279] Isla al sur del Peloponeso consagrada a Venus.

[280] Metal compuesto de tres partes de oro y una de plata.

[281] El escudo de Eneas, obra divina destinada al héroe troyano, estaba dividido en dos zonas concéntricas, la exterior y la central, en la que estaba grabada la batalla de Accio y el triunfo de Augusto. Los cuatro primeros cuadros evocan hechos y héroes del período de los reyes. El quinto ocupa la parte superior. El sexto y séptimo, a ambos lados del anterior, representan escenas de la vida religiosa y política romana. Entre los cuatro primeros destacan el de Horacio Cocles quien defiende él solo la cabeza de puente del Tíber hasta que, cortado por los suyos, gana a nado la orilla opuesta. El de Clelia realza la proeza de la muchacha: huye de Porsenna, a quien había sido entregada como rehén, y llega a Roma salvando a nado el Tíber.

de entre la concurrencia sentada por las gradas mientras se celebraban
grandes juegos de circo. Al punto estalla nueva guerra
entre el pueblo de Rómulo y el viejo Tacio y su severa Cures.
Luego los mismos reyes dejando de luchar estaban en pie armados
ante el altar de Júpiter con la copa en la mano y establecen un pacto de alianza
inmolando una cerda. Y dos cuadrigas cercanas acuciadas en dirección contraria
descuartizan a Meto. (Pero debiste, albano, cumplir lo prometido)[282].
Y Tulo va arrastrando por el bosque los miembros del perjuro,
y las zarzas salpicadas destilan el rocío de su sangre.
Allí estaba Porsenna que ordenaba acoger a Tarquinio expulsado
y apremiaba con imponente asedio la ciudad. Y los hijos de Eneas
se lanzan a las armas para salvar la libertad.
Allí verías a Porsenna, retrato de la misma indignación, de aspecto amenazante
por la audacia de Cocles de desgarrar el puente y la hazaña de Clelia
que rompe sus cadenas y pasa a nado el Tíber.
En la parte cimera Manlio[283], el guardián del alcázar tarpeyo,
que defiende la cumbre del monte Capitolio. Está de pie ante el templo.
El palacio de Rómulo erizaba su techumbre de paja reciente todavía.
Allí un ganso de plata aleteando por el pórtico de oro
con su graznido avisa que están los galos en el mismo umbral.
Se acercan entre jaras los galos. Amparados en las sombras,
a favor de la noche cerrada, alcanzan ya la cumbre. Sus cabellos son de oro;
es de oro su vestido; lucen listados sayos;
llevan collares de oro anudados al cuello
blanco como la leche; sus diestras van blandiendo dos venablos alpinos:
largo escudo les cubre el cuerpo entero.
Allí Vulcano había cincelado a los Salios danzando,

---

[282] Destaca Virgilio el castigo de Meto Fufecio. Y es que su deslealtad se oponía a una de las notas esenciales de la *virtus* romana, el cumplimiento de la palabra dada. En la guerra de Roma con Fidenas, ciudad cercana a la capital, Fufecio de Alba Longa faltó a la fe jurada a los romanos. Permaneció sentado en un monte próximo contemplando a distancia el resultado de la batalla entre ambos pueblos en espera de unirse al vencedor. El rey Tulo Hostilio le condenó tras la victoria de Roma al suplicio aquí mencionado.

[283] En lo alto de la zona externa ha plasmado Vulcano el episodio de Manlio. El poeta consagra diez versos a describirlo. Sobresale la figura del ganso, que con llamativa movilidad aletea y grazna por anunciar la cercanía del enemigo.

a los lupercos desnudos; los bonetes picudos con sus borlas de lana,
los escudos caídos del cielo y los mullidos coches en que castas matronas
desfilaban por la ciudad portando los objetos de culto [284].
Añade más allá la morada del Tártaro, el alto umbral del reino de Plutón
y el castigo de los crímenes. Y a ti, Catilina,
colgado de un peñasco a punto de caer,
temblando ante la cara de las Furias. Y aparte los justos y Catón,
que les va dictando leyes. En el centro tendíase a la vista
el hervoroso mar labrado en oro [285].
Las olas verdiazules espumaban sus randas albeantes.
Y en derredor delfines relucientes de plata
iban batiendo en círculo con sus colas el ponto
y hendían su oleaje. Podían verse en medio
broncíneas naves del combate de Accio
y hervir todo el Leucate en formación de guerra
y los relumbres de oro de las olas.
A un lado Augusto César lleva a Italia al combate, senadores y pueblo
con sus Penates y sus grandes dioses. Está en pie sobre lo alto de la popa.
Brota doble haz de llamas de sus radiantes sienes y sobre su cabeza
resplandece la estrella de su padre.
Agripa en otro lado a favor de los vientos y los dioses
va guiando su línea de navíos. En sus sienes relumbra la corona naval
orlada de esperones, egregio distintivo de la guerra.
En frente Antonio con sus tropas bárbaras, con la variada traza de sus armas,
vencedor de los pueblos de la aurora y orillas del Mar Rojo,
trae a Egipto consigo y a la fuerza del Oriente, la remota Bactriana [286],
y le sigue, ¡oh, baldón! su esposa egipcia.

---

[284] Plasma a derecha e izquierda el sexto y séptimo episodio, los sacerdotes de los antiguos cultos y el desfile de romanas en sus coches, honor que deben a su generosa ofrenda de sus joyas y aderezos de oro para pagar el voto de Apolo del general Camilo a raíz de su conquista de Veyos, el año 395 a. C. En el séptimo cuadro, simétrico al anterior, dos figuras legendarias, la de Catilina, que personifica el espíritu de revuelta y subversión y la opuesta, la de Catón, símbolo del apasionado amor a la patria.

[285] En el centro del escudo había plasmado en diversos cuadros yuxtapuestos la batalla de Accio. El Leucates es el cabo al sur de la isla de Leucadia, frente a Accio. Junto al emperador, su yerno Vispania Agripa, artífice de la victoria.

[286] Comarca del remoto Oriente, en el actual Afganistán.

Se lanzan todos a una rasgando el haz del mar,
que borbollea espuma al golpe de los remos girados hacia atrás
y los tres esperones de las proas. Ponen rumbo a alta mar.
Creerías estar viendo a las Cícladas
desgajadas atravesar a nado el oleaje
o entrechocar encumbradas montañas con montañas.
Con tan ingentes moles los marinos embisten a las popas torreadas.
Se cruzan teas de inflamada estopa y el hierro volandero de los dardos.
Se ven los campos de Neptuno tintos de fresca sangre derramada.
La reina está en el centro convocando a los suyos al son del sistro patrio.
No ha visto todavía los dos áspides que acechan a su espalda.
Dioses de toda traza y aterradora catadura y el ladrador Anubis [287]
empuñan sus venablos contra Neptuno y Venus y la misma Minerva.
Marte labrado en hierro arremete airado en medio del combate.
Por el aire van aleando las odiosas Furias.
Y desgarrado el manto avanza alborozada la Discordia.
Y le sigue Belona con el látigo salpicado de sangre.
Lo advierte Apolo, el de Accio, y apresta al punto el arco allá en la altura.
Aterrado a su vista todo Egipto y la India y toda Arabia y todos los sabeos [288]
van dándose a la fuga. Se ve a la misma reina invocando a los vientos,
y desplegar las velas y hasta el instante de soltar las jarcias.
La había cincelado el dios del fuego en medio del estrago,
pálida por la muerte ya inminente,
llevada por el viento Yápige [289] a través de las olas.
Y en frente de ella el Nilo, corpulento, entristecido,
descorriendo de par en par su manto y llamando a los vencidos
a ampararse entre los sueltos pliegues de su regazo.
Pero César Augusto, cruzando en su carroza
el recinto de Roma con los honores de su triple triunfo,
les dedica su inmortal don votivo a los dioses de Italia
y consagra por toda la ciudad
tres centenares de grandiosos templos. Estallan de alegría,

---

[287] Divinidad egipcia que tenía la cabeza y las orejas de perro.

[288] Región de la Arabia meridional.

[289] Viento del extremo sudoriental de Italia, favorable por tanto a la huida de la reina hacia Egipto.

de festejos y vítores las calles. En cada templo un coro de matronas,
en todos sus altares, y ante ellos los novillos inmolados cubriendo todo el suelo.
El mismo Augusto sentado en el umbral blanco de nieve del radiante Febo
va mirando los dones de los pueblos y los cuelga de sus soberbias puertas [290].
Pasan en larga hilera los vencidos, tan diversos
en su atuendo y sus armas como en su habla.
Había allí Vulcano modelado la tribu de los nómadas [291],
los africanos de flotante veste,
los léleges, los carios, los gelonos armados de saetas.
El Éufrates fluía mansa ya la altivez de su corriente.
Pasaban los morinos que pueblan los remotos confines de la tierra,
el Rin bicorne, los indómitos dahas, el río Araxes [292], resentido por su puente.
Eneas asombrado contempla estas escenas del broquel de Vulcano, don materno.
Desconoce los hechos, pero goza mirando las figuras
y carga a sus espaldas la gloria y los destinos de sus nietos [293].

---

[290] Alude al templo de Apolo alzado en el Palatino en el lugar que ocupaba la casa de Augusto destruida por un rayo. Fue dedicado al dios el año 28 a. C.

[291] Pueblo que ocupaba la costa del Asia Menor antes de la invasión de los jonios. Los carios habitaban la misma costa. Los morinos, pueblo galo del estrecho de Calais. Los dahas era una tribu escita del este del mar Caspio. Se identifica a los nómadas con los númidas, pueblo de la costa del África central.

[292] Río de Armenia. Encarece el poeta el sentimiento del puente, construido por Alejandro Magno, que se llevaron las aguas y que Augusto había reconstruido.

[293] El remate maestro nos recuerda el final del libro de Troya. Como allí carga Eneas en hombros con su padre, al anciano Anquises, el que ha salvado a sus espaldas de la ciudad en llamas, así también aquí carga maravillado con su escudo, sin comprender su sentido, con la fama y la fortuna de sus descendientes.

LIBRO IX

PRELIMINAR

El libro IX es un libro de guerra, de guerra en torno al campamento troyano, el primero de los cuatro libros de guerra con que remata el poema. En ausencia de Eneas, Turno por orden divina desencadena su ataque contra el campamento teucro. Lo interrumpe por lo avanzado del día y lo relega para el siguiente. Durante la noche, dos muchachos troyanos, Niso y Euríalo, emprenden la proeza de abrirse paso entre las tropas enemigas para hacer volver a Eneas. Perecen en su empeño. Reanuda Turno su ataque al clarear el día. Tras fieros combates logra Turno plantar pie en el campamento troyano al abrir sus puertas sus briosos defensores. Causa en él ingente estrago. Al cabo es rechazado. Y se retira y se pone a salvo lanzándose al río que le devuelve a los suyos.

Bajo la apariencia de simple intermedio, de espera al regreso de Eneas, detectamos una trama sutil y un trasfondo de inconfundible arte virgiliano. Opera el poeta con su esencial resorte dramático, la ansiedad, el ahogo del ánimo del lector, ante el ataque devastador de los rútulos, y el agobio de la cauta defensa troyana. Imprime el autor a cada giro de la acción vertiginoso dinamismo, desde la aparición inicial de Iris, portadora de la orden divina a Turno de inmediato ataque al enemigo, hasta su nueva intervención al cabo del libro con orden tajante a Juno de que reduzca su ayuda al caudillo rútulo.

Centra el libro un episodio de esencial virgilianismo, la proeza de Niso y Euríalo. En la segunda parte destaca el de Pándaro y Bitias. Sigue en uno y otro la norma de creación poética impuesta a la sazón de escribir como porfiando con un modelo. Creían a la par, tratándose de Homero, no deber dejar que se perdiera sin aprovecharse de su valor lo que estimaban imperecedero. En los dos episodios sale Virgilio airoso en su porfía. En el primero por su capacidad de calar en la sensibilidad humana a través de las almas de sus héroes, por el hálito de apasionado heroísmo avivado en el desenlace, por la irreprimible ansia de gloria que aboca a la muerte a los dos jóvenes. Frente al hábil golpe de mano homérico estremece nuestro episodio por su ardorosa pasión, por la exquisita delicadeza de su sentimiento, por ese ímpetu de vuelo frenado a desfallecimientos. En el segundo cautiva su vigorosa maestría expresiva acendrada en la alquitara de la forma. Y por la atmósfera nacional que inhala con elementos familiares amados de sus lectores y que aviva con su pulso de pasión enardecida.

Cumple por añadidura parar mientes en la traza con que acciona un resorte revelador de uno de los ejes del poema, la mediación de la divinidad. Se abre apenas iniciado el libro, en el verso 5, con la orden de Juno a Turno portada por Iris. Vuela desde el cielo y se posa al lado del rútulo y le habla con sus labios de rosa. Se cierra con el libro, versos 803-4. Al cabo de él, reaparece la misma Iris transmitiendo a Juno la orden de Júpiter. Su primera aparición impulsa y acrecienta el coraje del rútulo, la segunda reduce sus fuerzas. Sigue la mediación divina en la primera acción de Turno, el ataque a la flota troyana, versos 107 y ss. Precede la concesión del favor divino, versos 80-106. Las naves se zambullen de proa en las ondas del río como delfines, de donde salen transformadas en ninfas. En la segunda parte del libro irrumpe de nuevo el valimiento. Es la primera proeza de Ascanio. Desciende Apolo de la cima de su nube y por sí al principio, por su doble después, felicita, anima y augura al hijo de Eneas sus futuros triunfos, versos 638-660. Y a continuación, en el combate de Turno y Pándaro, media la ayuda decisiva de Juno. Se llega la diosa a él y desvía el arma que le dispa-

ra Pándaro y que por obra divina va a clavarse en la puerta del campamento, versos 745-6. Lo que nos revela cómo opera el poeta con las pasiones de los dioses en los menguados empeños humanos.

ATAQUE AL CAMPAMENTO TROYANO

Cumple Turno la orden de Juno

Mientras esto acaece a gran distancia, Juno la de Saturno
desde el cielo manda a Iris al encuentro del ardoroso Turno.
Estaba entonces éste casualmente sentado en un valle sagrado
en el claro de bosque dedicado a Pilumno, su ascendiente.
Y la hija de Taumante [294] con sus labios de rosa le habló así:
«Turno, lo que ninguno de los dioses llegaría a atreverse a brindar a tu deseo,
mira, el giro del tiempo te lo pone en las manos sin pedírselo.
Eneas ha dejado su recinto, sus hombres y su flota,
y ha ido en busca de Evandro a donde mora,
a su reino del monte Palatino. Y no se ha contentado con esto.
Ha llegado a las últimas ciudades de Córito [295] y está armando unas bandas
de campesinos lidios que ha enrolado en sus filas. ¿Por qué dudas?
Es la ocasión. Pide ya tus corceles y tu carro de guerra.
¡Ea, no te detengas! Corre ya a apoderarte de su desconcertado campamento».

[294] Jalona el poema la mediación y tutela de la divinidad sobre sus personajes. Una vez más, al comienzo de nuestro libro, hace acto de presencia el cielo. Por orden de Juno, poco airosa por cierto, desciende de la altura en busca de Turno, Iris, la mensajera de los dioses. Era ésta hija de Taumante, hijo a su vez del Mar y de la Tierra. Su madre era la oceánida Electra.

[295] Fundador de Cortona, una de las principales ciudades etruscas. Aquí se toma por Etruria.

Dice y se alza a la altura tendiendo al aire sus parejas alas.
Y en su huida va trazando en las nubes su arco ingente.
La reconoce el joven y eleva hacia los astros las palmas de sus manos [296],
y con estas palabras va siguiendo su vuelo:
«Iris, gala del cielo, ¿quién te ha mandado descender de las nubes a la tierra
en mi busca? ¿De dónde esa radiante claridad repentina?
Veo el velo del cielo descorrerse
y por el firmamento vagar desperdigadas las estrellas [297].
Obedezco tus egregios presagios, quienquiera seas,
tú que me llamas a las armas».
Así diciendo se adelanta al río y toma agua del haz de su corriente
y dirige a los dioses una súplica y otra y carga las alturas con sus votos.
Y ya todo su ejército avanzaba por los abiertos llanos, rico en corceles,
rico su atuendo recamado de oro. Mesapo [298] manda la vanguardia,
la zaga de las tropas la controlan
los jóvenes hijos de Tirro; el centro, Turno, su capitán.
Se vuelve armas en mano, a aquí y allí. Entre todos descuella su cabeza,
como avanza en silencio el hondo Ganges por el remanso de sus siete brazos [299]
o cuando refluyendo de sus llanos recoge el Nilo su caudal fecundo
y se encierra en los lindes de su cauce. De pronto ven los teucros
apiñarse a lo lejos una nube de negro polvo
y ven por la llanura alzarse sombras.
Caíco es el primero que da la voz de alarma desde un muro frontero.
«¿Qué torbellino es ése, camaradas, que avanza por la densa oscuridad?
Pronto, aprestad las espadas, traed los dardos, coronad los muros.

---

[296] Responde Turno al mensaje de Iris con el mismo gesto que Eneas al del dios Tíber, alzando al cielo un cuenco de agua en las palmas de las manos. El crédulo asombro de su súplica, su rendida sumisión a la divinidad, la carga de votos con que agobia las alturas, revelan el fondo religioso del caudillo rútulo.

[297] Creían los antiguos que el cielo estaba cubierto durante el día por un velo que impedía la vista de las estrellas. Por obra de Iris que lo había descorrido, le era dado a Turno contemplar las estrellas en pleno día.

[298] Príncipe etrusco al que Virgilio da el nombre de una región de Calabria al sur de Italia. Tirro es el pastor del rey, a cuyos hijos se ha referido en el episodio del ciervo herido por Ascanio.

[299] Parece atribuir Virgilio al Ganges las características del Nilo. Respecto a sus bocas cree Servio se trata de afluentes del río.

Ya está aquí el enemigo. ¡Sus!» Los teucros con enorme griterío
se ponen a cubierto por cuantas puertas hay. Cubren los muros. Es el encargo
que al partir les dio Eneas, el más diestro en la guerra. Si ocurría
en su ausencia algún percance, no arriesgaran sus tropas en batalla
y no se confiasen luchando a campo abierto,
que quedasen guardando el campamento
y los muros detrás del terraplén. Así aunque el pundonor y su coraje
les incitaban a trabar combate,
se limitan a atrancar las entradas cumpliendo lo ordenado
y al amparo de las torres se quedan esperando al enemigo.
Turno, como se había adelantado volando al lento avance de sus tropas,
aparece de pronto ante los muros con su escolta de veinte jinetes escogidos.
Monta un caballo tracio moteado de blanco, protege su cabeza un yelmo de oro
de bermejo penacho: «Mis jóvenes guerreros,
¿hay alguno de vosotros que conmigo se adelante a atacar al enemigo?
Mirad —prorrumpe—, y blande su jabalina
y la dispara a las auras [300]. Y así inicia la lucha. Y erguido en su corcel
avanza por el llano. Le responden con un clamor los suyos
y le siguen con un rugido horrendo. Les pasma la flojera de los teucros,
que no salgan a campo descubierto, que no les planten cara con las armas,
que se amparen dentro del campamento. Cabalga Turno enfurecido
por un lado y por otro rondando por los muros en busca de una entrada
por donde no halla paso. Como lobo que acecha
un aprisco repleto aullando ante las bardas,
azotado de vientos y aguaceros a media noche.
Balan y balan los corderos seguros al amparo de sus madres.
El rabioso, acuciado de coraje, se enfurece viendo la presa lejos de su alcance
y el hambre reprimida largo tiempo y sus fauces resecas,
sedientas de sangre le torturan,
así se abrasa en ira el rútulo mirando muros y campamento;
arden de indignación sus férreos huesos.
¿Qué traza ha de ensayar para poner pie dentro?
¿Por qué medio arrancar a los teucros

[300] Era el gesto ritual de declaración de guerra en la antigua Roma. Correspondía ejercerlo al miembro que designaba el colegio de los Feciales, encargado de decidir en las cuestiones del derecho de gentes.

de su encierro y lanzarlos al llano?
La flota estaba adosada a un costado del campamento. Alrededor la protegían
unas rampas y las aguas del río. Arremete contra ella Turno;
incita a que la incendien sus hombres que exultan de júbilo
y él mismo enardecido empuña un pino en llamas.
Entonces sí que toda la juventud se vuelca en la tarea.
La presencia de Turno les aguija; se arman de negras teas;
han despojado sus hogares;
los tizones humeantes esparcen resplandores de pez
y se alzan a los cielos llamaradas mezcladas de pavesas.
¿Qué dios —decidme, Musas— desvió de los teucros incendio tan atroz?
¿Quién resguardó las naves de tan voraces llamas?
Es una historia de los viejos tiempos, pero su fama durará por siempre.
Allá cuando en el monte Ida de Frigia comenzaba a construir sus naves
Eneas y se estaba preparando a afrontar el hondo mar,
se dice que la madre de los dioses,
la misma Berecintia [301] dirigió estas palabras al poderoso Júpiter.
«Concédeme, hijo mío, la merced que tu querida madre pide
a quien ha logrado reinar en el Olimpo.
Había allí en la misma cumbre del monte
un claro de bosque donde me presentaban
los hombres sus ofrendas. Era un pinar, objeto de mi amor por largos años,
sombreado de negras arboledas de pinos y de frondosos arces.
Yo se los di de grado al joven dárdano cuando necesitaba de una flota.
Y ahora me agita y me acongoja el alma un cuidado angustioso.
Líbrame de él. Accede a que consigan esta gracia los ruegos de tu madre.
Que no haya travesía ni turbión de huracán que lo venza o quebrante.
Válgale haber nacido en mis montañas». Su hijo, el que va girando
los astros por la bóveda del cielo, le replica:
«Madre, ¿a qué extremo fuerzas a los hados?
¿Qué pretendes para ésos? ¿Que posean privilegio inmortal unas naves

---

[301] Era el Berecinto una cumbre de la cadena montañosa del Ida que dominaba Troya. Se rendía culto en el Ida a Cibeles, la madre de los dioses, divinidad asiática de la tierra y las montañas. Se la identificaba con la diosa griega Rea, esposa de Crono. Era fama que salvó la vida de su hijo Zeus cuando su padre Crono quiso devorarle. Ello explica que apelara a su gratitud.

que son obra de manos mortales?
¿Que recorra seguro Eneas los azares del piélago inseguro?
¿A qué dios se le dio jamás tal valimiento? Pero voy a hacer esto:
cuando cubran su última travesía y hayan ganado al cabo un puerto ausonio,
a todas las que logren salvar los riesgos de las olas
y lleven a los campos laurentes
al jefe de los dárdanos, las quiero despojar de su traza mortal
y haré que sean diosas del ancho mar igual que las Nereidas Doto y Galatea [302],
las que con el pecho hienden el ponto espumeante».
Dice y da asentimiento a sus palabras
inclinando hacia el pecho la cabeza e invocando los ríos de la Estigia,
dominios de su hermano y sus riberas de pez hirviente y negros remolinos.
Y esa señal de su poder supremo hace temblar todo el Olimpo.
Había, pues, llegado el día prometido. Ya tenían las Parcas rematada la trama
del plazo designado, cuando el desmán de Turno aconsejó a la Madre
desviar las antorchas de las naves sagradas. Resplandece primero ante sus ojos
una luz nunca vista y atravesando el cielo desde oriente ven una vasta nube
con su séquito de los coros de danzas del monte Ida.
Y una voz imponente rasga el aire
y llena de terror las huestes de troyanos y de rútulos:
«No corráis azorados a defender mis naves, teucros, ni empuñen arma alguna
vuestras manos. Primero abrasaría Turno el piélago que mis sagrados pinos.
Marchad libres vosotras; ea, diosas del mar. Vuestra madre os lo manda».
Al punto cada nave arranca sus amarras de la orilla [303]
y sumergiendo su espolón se hunden como delfines en el fondo.
Entonces —maravilla el portento—
cuantas proas de bronce había atadas antes a la orilla, otras tantas afloran
trocadas en figura de muchachas y van nadando por las ondas.
Se pasman de estupor los rútulos.
El mismo Mesapo se consterna. Se espantan sus caballos.
Refrena su corriente el río Tíber rompiendo en ronco son
y echan pie atrás sus ondas desde el fondo.

---

[302] Dos de las cincuenta Nereidas, hijas de Nereo, dios del mar. Galatea ha pasado a la literatura pastoril griega y latina y de ellas a la española del siglo de oro.

[303] Los troyanos tenían a seguro sus naves varadas en un reducto de la orilla. En él opera el prodigio.

REACCIÓN DE TURNO

Pero no pierde el ánimo el arrojado Turno, antes infunde bríos
e increpa así a los suyos: «Estos portentos van contra los teucros.
El mismo Júpiter los despoja de la ayuda que solía prestarles.
No tienen que esperar a los dardos ni al fuego de los rútulos.
Se les cierra hasta el mar. Ya no les queda ni siquiera esperanza de huida.
Tienen perdida la mitad del mundo, la otra, la tierra, está en nuestro poder.
Tantos millares de hombres ha lanzado a la lucha Italia entera.
No logran aterrarme las fatídicas respuestas de los dioses, las que sean,
de que se pavonean esos frigios. Ya les basta a los hados y a Venus
con que los troyanos hayan puesto pie en las campiñas de la feraz Ausonia.
También yo tengo oráculos que oponer a los suyos:
exterminar a hierro la raza criminal
que me roba la esposa. Este dolor no hiere sólo a los hijos de Atreo [304]
ni son los de Micenas los únicos que tienen derecho a alzarse en armas.
«Pero ya era bastante con el crimen cometido una vez.
Cierto, hubiera bastado con una sola culpa,
mas no han aborrecido a toda clase de mujer por entero.
Y ahora se envalentonan confiados en ese valladar que nos separa
y en la barrera de los fosos, pobre resguardo de la muerte [305].
¿Es que no vieron arrumbarse en las llamas la muralla de Troya
alzada por las manos de Neptuno?
Ea, guerreros míos preferidos, ¿quién de vosotros
se presta a desgarrar la empalizada a hierro
y arremeter conmigo el campamento amedrentado?
No he menester contra los teucros de las armas forjadas
por Vulcano ni un millar de navíos. Bien, que todos los etruscos se apresuren
a aliarse con ellos. No teman a las sombras de la noche
ni a aquel cobarde robo del Paladio,

---

[304] Alude a la guerra de Troya que por el rapto de Helena emprenden los hijos de Atreo, Menelao, rey de Esparta, esposo de Helena y Agamenón, rey de Micenas.

[305] Entiéndase: era de esperar que hubieran odiado a toda mujer en adelante y no cometieran una segunda ofensa pareja a la primera. A ello se añade su cobardía. No se atreven a luchar en campo abierto y se ocultan tras sus muros.

dando muerte a los guardas del alcázar. No vamos a enterrarnos en la sima
del vientre de un caballo. A plena luz del día, a la vista de todos,
estoy resuelto a rodear de fuego sus muros. Voy a hacer
que sepan que no tienen que habérselas con dánaos ni con jóvenes pelasgos [306],
aquellos a los que Héctor tuvo a raya diez años.
Ahora, como ha pasado lo mejor del día,
emplead, camaradas, lo que resta,
satisfechos de haberlo aprovechado, en reponer fuerzas,
y alerta, que el combate nos aguarda».
Se da orden a Mesapo de que, en tanto,
monte un retén de guardia en cada puerta
y de que encienda hogueras en torno de las rampas. Son catorce
purpúreos los airones, resplandecientes de oro, catorce son los jefes
jóvenes que los rútulos escogen para guardar los muros.
A cada uno le siguen cien guerreros.
Van y vienen. Se turnan y tendidos por la yerba
gozan del don del vino vaciando las cráteras de bronce.
Relumbran las hogueras. Los centinelas pasan la noche desvelados entre juegos.
Lo observan los troyanos desde la empalizada y defienden armados sus adarves.
Medrosos corretean atentos a las puertas.
Arma en mano comunican con puentes los baluartes [307].
Les acucian Mnesteo y el brioso Seresto. A uno y a otro había puesto al frente
el jefe Eneas de los hombres en armas y les había dado el mando,
si les sobrevenía un contratiempo.
Todos montando guardia patrullan por los muros
después de echar a suerte los puestos de peligro.
Y vigilan por turnos el lugar señalado a cada cual.

Niso y Euríalo

Tenía encomendada la guarda de una puerta Niso, guerrero intrépido,
hijo de Hírtaco. El Ida cazadero se lo había mandado por compañero a Eneas,
raudo como era en disparar venablos y saetas voladoras.

---

[306] Virgilio utiliza uno y otro nombre como sinónimo de griegos.

[307] Los troyanos habían unido las torres saledizas a sus muros con puentes. Y a su vez comunicaban estas torres entre sí por galerías cubiertas.

Junto a él estaba allí su camarada Euríalo, el más bello entre cuantos Enéadas
vistieron armadura troyana [308]. Ornaba todavía sus mejillas intactas
la flor del primer bozo adolescente. Uno y otro vivían con un alma.
Juntos los dos corrían al combate.
Juntos también entonces montaban guardia ante la misma puerta.
Niso prorrumpe: «¿Son los dioses, Euríalo,
los que infunden en nuestros corazones este ardor
o cada uno hace un dios de su ardoroso deseo?
Hace ya tiempo que me bulle en el alma
un afán de luchar o emprender algo grande.
No me resigno a esta apacible calma.
Tú ves qué confianza en su fortuna tienen puesta los rútulos.
Apenas parpadea alguna que otra luz.
Relajados por el sueño y el vino se han tendido de bruces por el suelo.
Reina el silencio a lo ancho y a lo largo. Oye lo que medito,
la idea que me acude a la mente. Todos, pueblo y ancianos,
piden a gritos que se llame a Eneas, que se le manden mensajeros
con noticias precisas. Si me prometen
lo que pienso pedirles para ti —yo quedo bien pagado con la gloria—
creo pudiera dar con el camino al pie de aquella loma
que lleva hasta los muros y los baluartes palanteos».
Quedó atónito Euríalo, acuciado de aquella impetuosa ansia de gloria,
y al instante habla así a su ardoroso amigo: «Pero, ¿es que te resistes,
Niso, a asociarme a ti en tan alto empeño? ¿He de mandarte solo
a correr tales riesgos? No es así como mi padre Ofeltes, guerrero bien curtido,
cuando me recibió como hijo me formó entre los sobresaltos de los de Argos
y las pruebas de la guerra de Troya. No he obrado así contigo
desde que voy siguiendo al magnánimo Eneas
afrontando los trances extremos de los hados.
Aquí hay un corazón que desprecia la vida
y cree que con ella se paga a bajo precio

[308] Como hemos indicado, se inspira Virgilio en la incursión nocturna de Ulises y Diomedes en el campamento troyano por apoderarse de los caballos de Reso. Mas lo que en Homero no pasa de ser un hábil golpe de mano se convierte reelaborado por el arte y el sentimiento virgiliano en un imperecedero poema de juventud y amistad.

la gloria a que tú aspiras». Niso le ataja:
«¡Si no he tenido yo jamás la menor duda
de ti en lo que me dices! No, es justo. ¡Ojalá tan seguro me devuelva
vencedor a tu lado el gran Júpiter
o el dios que ve mi empeño con ojos favorables!
Pero si algún azar —bien sabes a qué riesgos está expuesto este trance—,
si azar o dios alguno me llevan al fracaso, quiero que tú me sobrevivas.
Tu misma edad te da más derecho a la vida. Que haya al menos alguno
que recobre mi cadáver del campo de batalla pagando mi rescate
y confíe mis restos a la tierra. O si como acaece con frecuencia,
aun esto me lo niega algún azar,
que haya quien al ausente rinda los ritos fúnebres
y el honor de una tumba. Además no quisiera,
muchacho, ser yo causa de dolor tan acerbo
para tu pobre madre, la única de entre tantas madres
que va siguiendo a su hijo valerosa
hasta el fin, sin cuidar para nada del seguro que le ofrecía la ciudad de Acestes».
Pero Euríalo: «Estás urdiendo inútiles pretextos.
No cambio de propósito ni cedo un punto de él. Vamos, pronto», le dice.
Al momento despierta a la guardia. Ésta acude al relevo
y se hace cargo de su turno. Él dejando su puesto,
marcha al lado de Niso y se dirigen a buscar al príncipe.
Ya todos los demás vivientes a lo largo de la tierra
calmaban con el sueño sus cuidados,
olvidadas sus almas de trabajos. Mas los primeros jefes de los teucros,
la flor de sus guerreros, trataban reunidos en consejo
del extremo peligro de los suyos, inquiriendo qué harían,
quién sería el encargado de avisar a Eneas. Están en pie, apoyados
sobre sus luengas lanzas, embrazado el escudo, en el centro del campamento [309].
Llega Niso y Euríalo con él. Y ansiosos piden audiencia sin demora:
que es asunto importante, que el tiempo que les lleve será bien empleado.
Julo acoge el primero su impaciencia y manda que hable Niso.
Al punto el hijo de Hírtaco: «¡Compañeros de Eneas,

---

[309] A imagen del campamento romano sitúa el poeta el campamento troyano, el consejo de asesores de Ascanio en el espacio libre donde se alzaba el pretorio o tienda del general.

escuchadme con ánimo propicio.
No juzguéis nuestro plan por nuestros años. Lós rútulos, rendidos
por el sopor y el vino, están sumidos en silencio. Tenemos observado
el lugar del ataque por sorpresa, donde se abre en dos sendas el camino
ante la puerta más cercana al mar. Está cortada la línea de fogatas.
Se alza al cielo una negra humareda. Si nos dejáis usar del favor de la suerte
e ir en busca de Eneas a los muros de Palante, pronto nos vais a ver
aquí de vuelta cargados de despojos
después de hacer gran mortandad en ellos.
No cabe errar la senda que vamos a seguir.
A menudo cazando hemos llegado a ver
en el fondo del valle las primeras casas de la ciudad.
Nos es bien conocido todo el río».
Y Aletes [310], grave ya por la edad, maduro en el consejo:
«¡Dioses de nuestros padres, cuyo poder protege siempre a Troya,
a pesar de todo no tratáis de acabar por entero con los teucros,
cuando habéis infundido a nuestros jóvenes guerreros tales bríos
y valor tan resuelto!» Diciendo así,
cogía por los hombros y la diestra a uno y a otro
y el llanto le regaba las mejillas y el rostro.
«¿Qué galardón, muchachos, creería lo suficiente digno para recompensar
tan noble acción? El primero de todos, el más hermoso, os lo darán los dioses
y vuestras mismas almas; los demás te los otorgará al punto el buen Eneas y
[Ascanio, en quien la vida aflora intacta todavía,
incapaz de olvidar jamás tan gran servicio.» «Cierto —prorrumpe Ascanio—,
yo que mi vida entera tengo puesta en la vuelta de mi padre,
declaro, Niso, y pongo por testigos a los excelsos dioses de mi casa,
al Lar de Asáraco [311], al santuario de Vesta venerable,
que mi fortuna y mi esperanza toda la pongo en vuestras manos.
Traedme a mi padre; devolvedme su presencia. Vuelto él, desparece la tristeza.
Dos copas os daré de plata cincelada con primor con sus figuras de áspero
[relieve.

---

[310] Nos es conocido el anciano. Aparece mandando una nave en la descripción de la tempestad del libro I. Aquí tiende su mano izquierda por la espalda de uno y otro y estrecha en la suya la diestra de aquellos.

[311] El dios del hogar de Eneas. Asáraco era hijo del rey de Frigia, abuelo de Anquises.

Mi padre las cobró como botín en la toma de Arisba [312], un par de trípodes
y dos talentos de oro bien cumplidos y una crátera antigua —es regalo de Dido
la de Sidón—. Pero si logro en suerte
adueñarme de Italia y hacerme con el cetro
y asignarme el reparto del botín, ¿viste el caballo que montaba Turno?
¿Qué armas las suyas rutilantes de oro? Pues el mismo corcel y su rodela
y sus lucientes plumas carmesíes quedarán retiradas del sorteo.
Desde ahora, Niso, son tu galardón. Además mi padre te dará doce esclavas
de belleza extremada y cautivos provistos de sus armas.
Y sobre esto las tierras que posee el rey Latino. En cuanto a ti, muchacho
digno de todo honor, yo, cuyos años siguen tan de cerca a los tuyos,
te doy entrada en mi alma desde ahora y te abrazo
y te tomo por compañero mío en cada trance.
No habrá ya en mis afanes gloria que no comparta contigo; en paz y en guerra
pondré en ti toda mi confianza en obras y en palabras».
Euríalo responde: «Ningún día probará que yo desmerecía de tan valiente [empeño,
basta con que me sea favorable, no adversa, la fortuna.
Pero antes que ningún otro don, esto sólo te pido. Tengo a mi madre,
de la antigua estirpe del rey Príamo,
a la que por seguirme, infortunada,
no logró retener ni la tierra de Ilión ni la ciudad del rey Acestes.
Y ahora la dejo sin que sepa de este riesgo,
el que sea, y sin decirle adiós.
Que la noche y tu diestra me sirvan de testigos.
No sería capaz de soportar sus lágrimas.
Consuela tú a la pobre, te lo pido, y ampárala si queda abandonada.
Déjame que me lleve esta esperanza en ti;
afrontaré así más animoso cualquier trance».
Conmueve el corazón de los Dardánidas que dan suelta a su llanto
y más que todos el hermoso Julo. Le angustia el alma
la imagen de su propio amor filial.
Y le dice: «Ten por cierto que todo será digno de la nobleza de tu empeño.
Ella será una madre para mí. Sólo le faltará el nombre de Creúsa.

[312] Ciudad de la Tróade conquistada por Eneas, que aparece en Homero como aliada de los troyanos.

No le espera pequeña recompensa por tal hijo. Y cualquiera que sea
el resultado de tu intento, te lo juro
por esta cabeza [313] por la que antes mi padre
acostumbraba a hacerlo: cuanto prometo darte cuando vuelvas
si tienes el favor de la fortuna, eso mismo le quedará a tu madre y a los tuyos».
Prorrumpe así entre lágrimas al tiempo que del hombro se desata
la espada de oro que Licaón de Gnosos labró con arte eximio
y a la que había adaptado para su uso una vaina de marfil.
Mnesteo le da a Niso una piel arrancada a un hirsuto león.
El fiel Aletes cambia con él su yelmo.
Armados al instante se ponen en camino.
Mientras avanzan van dándoles escolta hasta la puerta con sus votos
toda la compañía del príncipe, los mozos y los viejos, y hasta el hermoso Julo
que muestra antes de tiempo arrestos y prudencia de un hombre ya maduro,
les encarga transmitan mil recados a su padre.
Pero la brisa lo dispersa todo y sin provecho alguno se lo envía a las nubes [314].
Ya han salido. Franquean los fosos y a través de las sombras de la noche
se encaminan al fatal campamento donde están destinados
a ser primero perdición de tantos.
A cada paso ven cuerpos tendidos por la yerba en ebrio sueño,
carros por la ribera con el timón al aire, guerreros acostados
entre riendas y ruedas y por tierra las armas entre jarros de vino.
Primero el hijo de Hírtaco habla así: «Euríalo, hay que obrar con mano audaz.
La ocasión nos invita. Esta es la senda.
Tú permanece en guardia y vigílalo todo en derredor.
Cuida de que ninguna patrulla nos sorprenda por la espalda.
Yo despejaré el paso e iré abriendo ancha vía». Dice y frena la voz.
Al mismo tiempo ataca con su espada al soberbio Ramnete
que se había tendido en lo alto de una hacina de tapices
desde donde roncaba a pulmón pleno. Era rey y a la par augur el más querido
del rey Turno, pero no pudo su arte de adivino salvarle de la muerte.

---

[313] La suya propia, prenda la más querida de su padre Eneas, por la que éste solía jurar.

[314] La constante de antelación virgiliana encarece por peregrina traza la inanidad del mensaje de Ascanio a una con el giro del desenlace.

Mata Niso junto a él a tres criados suyos
que yacían por tierra arrebujados entre armas
y después al escudero y al cochero de Remo.
Se lo encuentra acostado a los pies de sus caballos.
Cercena con su espada el cuello que pendía.
Luego le corta al dueño la cabeza y deja el tronco borboteando sangre.
Y tierra y lecho humean empapados en negros borbollones.
Y no deja con vida ni a Lámiro ni a Lamo
ni a Serrano —era un joven de singular belleza—,
que aquella noche había jugado hasta altas horas y yacía vencido
del exceso de Baco. Dichoso de él, si igualando su juego
al giro de la noche lo hubiera prolongado hasta el albor del día.
Como león ayuno —le acucia su hambre ciega—
siembra la confusión en un aprisco
lleno de ovejas y desgarra y devora a sus débiles presas mudas de miedo y ruge
no menor estrago causa Euríalo. También él encendido, su fauce ensangrentada,
arrebatado de furor, da en medio de un tropel de guerreros oscuros
y abate a Fado, a Herbeso, a Reto y Ábaris,
ni siquiera se enteran de su muerte,
menos Reto que velaba y que lo estaba presenciando todo pero empavorecido
se ocultaba tras una gran crátera. Al ir a levantarse, Euríalo le entierra
hasta la empuñadura la espada en pleno pecho y la retira empapada de muerte.
Y Reto arroja a bocanadas su purpúrea vida y expirando
despide olas de sangre envuelta en vino. Euríalo prosigue enardecido
su furtivo estrago. Iba ya hacia las tropas de Mesapo, allá donde veía
extinguirse las últimas hogueras y corceles atados en orden que pacían la yerba,
cuando Niso le ataja en dos palabras, pues ya se iba dejando arrebatar
del furor desmedido de matanza: «Cesemos ya. Se acerca la funesta luz del día.
Ya nos hemos tomado venganza suficiente.
Está franco el camino a través del enemigo».
Dejan gran copia de armas de guerreros fabricadas en plata maciza
y cráteras y vistosos tapices. Euríalo se adueña del collar de Ramnete [315]
y del tahalí guarnecido de bolas de oro. El opulento Cédico

[315] Nombre afín al de una de las tres primeras tribus que concurren a la fundación de Roma.

se lo había mandado en otro tiempo como don al tiburtino Rémulo
por unírselo ausente con el vínculo de la hospitalidad.
Dio Rómulo en legárselo a su nieto,
pero a la muerte de éste arramblaron los rútulos con él como botín de guerra.
Arrebátalo Euríalo y en vano se lo adapta a sus valientes hombros.
Luego se pone el yelmo de Mesapo
como hecho a su medida, galano de sus plumas.
Salen del campamento y toman un camino bien seguro.
Entre tanto avanzaba un escuadrón de la ciudad latina. Portaba para Turno
un mensaje del rey mientras en la llanura se detiene formado
el resto de la hueste al mando de Volcente. Eran trescientos,
armados todos con escudo. Ya se iban acercando al campamento.
Ya llegaban al mismo pie del muro cuando a lo lejos ven a los dos mozos
torcer por un sendero hacia la izquierda. En la sombra traslúcida de la noche
el yelmo delató al imprudente Euríalo; reverbera la lumbre de sus rayos.
No en vano lo advirtieron. Desde el centro del escuadrón Volcente les grita:
«Deteneos, guerreros. ¿Por que tomáis ese camino?
¿Vais armados? ¿Quiénes sois?
¿A dónde os dirigís?» Ellos no le responden.
Apresuran la huida bosque adentro
y se amparan en la noche. Los jinetes se emplazan por un lado y por otro
atajando los pasos conocidos y cierran con vigías las salidas.
Era el bosque espacioso, erizado de jaras y de negras encinas,
rebosante de intrincada maleza. Apenas clareaba algún sendero que otro
en la oculta cañada. La sombra de las ramas y el peso del botín
embarazan a Euríalo. El miedo hace que pierda el hilo del camino.
Niso sigue adelante. Y ajeno a otro cuidado había ya dejado atrás al enemigo
y salido de aquellos parajes que después se llamaron albanos,
del nombre de Alba [316] —entonces tenía el rey Latino sus establos espaciosos allí—,
cuando Niso se para y vuelve la mirada en busca vana del amigo ausente:
«¡Infortunado Euríalo! ¿En dónde te he dejado? ¿Por dónde iré en tu busca

[316] Se refiere el poeta no a la ciudad de Alba Longa pues, como nota Boissier, hubiera necesitado Niso harto más tiempo del que, según se deduce del relato, empleó hasta dar con su amigo. Se trata de otra Alba cerca del Tíber cuyo nombre conservaron los campos de sus alrededores tiempo después de desaparecida aquélla.

desandando la senda enmarañada de este bosque traidor?»
Vuelve al punto hacia atrás y sigue atento las huellas de sus pasos
y vaga silencioso entre las breñas. Oye entonces los caballos,
oye el ruido y las voces de los perseguidores. Y no había pasado largo tiempo
cuando un grito le llega a los oídos y ve a Euríalo
víctima del paraje y de la noche. Asustado del súbito alboroto,
ya lo ha apresado el corro entero de jinetes
y se lo lleva a rastras mientras a viva fuerza se resiste él en vano.
¿Qué va a hacer? ¿Con qué esfuerzo o con qué armas
va a lograr rescatar al muchacho?
¿Se arrojará a morir entre el corro de enemigos
y herida tras herida correrá en busca de una honrosa muerte?
Al instante vuelto el brazo hacia atrás,
gira su jabalina y alzando a la alta luna
los ojos le dirige esta plegaria: «¡Diosa, asísteme ahora y préstame tu ayuda
en este trance, tú, gala de los astros, hija de Latona, guardiana de los bosques!
Por los dones que alguna vez por mí ofreció en tus altares mi padre Hírtaco,
si yo también te honré con algunos presentes de mi caza
que colgué de la bóveda o del frontón sagrado de tu templo.
Permíteme sembrar la confusión en esta tropa y dirige mis tiros por el aire!»
Termina su plegaria y con todo el empuje de su cuerpo arroja el hierro.
La jabalina voladora va azotando las sombras de la noche
y se clava en la espalda de Sulmón que estaba en frente y allí, rota en pedazos,
el astil le atraviesa el corazón. Rueda Sulmón por tierra y de su pecho
vomita un río de humeante sangre,
y, frío ya, una larga convulsión va pulsando sus ijares.
Miran en derredor, por aquí, por allí. Crece con esto el arrojo de Niso
y su brazo a la altura de la oreja blande un segundo dardo.
Y mientras corretean azorados, vuela silbando el tiro y le traspasa
de sien a sien a Tago y se le clava tibio de sangre en el cerebro hendido.
Ruge feroz Volcente, pero no logra ver al que ha arrojado el arma
aunque mira y remira, ni sabe contra quién lanzar su furia.
«Pues entre tanto tú me vas a pagar con el hervor de tu sangre ambas muertes»
—prorrumpe—. Y con la espada desnuda va hacia Euríalo.
Entonces sí que Niso se aterra enloquecido y da un grito.
No puede continuar más en la sombra

ni soportar tan gran dolor. «Contra mí, contra mí. Aquí estoy yo, el culpable.
Volved contra mí, rútulos, las armas. Toda la culpa es mía.
Ese ni se ha atrevido ni ha podido hacer nada.
Invoco por testigos a ese cielo, a esas estrellas
que saben la verdad.
Él no ha hecho más que amar en exceso a un amigo infortunado».
Dice, pero la espada impelida con fuerza atraviesa el costado del muchacho
y desgarra el blanco pecho. Rueda a la muerte Euríalo.
La sangre va fluyendo por sus hermosos miembros
y el cuello desmayado se rinde sobre el pecho
como la purpúrea flor segada por la reja del arado,
que al morir, languidece,
o las amapolas, fatigado su tallo,
inclinan su cabeza bajo el peso de una racha de lluvia.
Niso se precipita en medio de los rútulos.
Sólo busca a Volcente. No para hasta alcanzarlo.
El enemigo en bloque se cierra en torno de él.
Tratan de rechazarle por un lado y por otro.
Pero él no cede en su coraje; gira que gira en derredor el rayo de su espada
hasta que al fin de frente se la entierra
en la boca del rútulo que prorrumpía en gritos.
Y así al morir arranca la vida a su enemigo. Y acribillado a heridas
se desploma sobre el cuerpo sin vida de su amigo
y allí al fin halla paz en el dulce sosiego de la muerte.
¡Pareja afortunada! Si algo pueden mis versos,
ningún día borrará vuestros nombres
del recuerdo del tiempo mientras more el linaje de Eneas [317]
en la firme roca del Capitolio
y siga el Padre de Roma manteniendo su poder.

---

[317] Por linaje de Eneas entiende, al parecer, el poeta tanto la casa Julia como el pueblo romano. Por padre de Roma al emperador, cabeza del Estado romano, que lo era ya entonces, cuando escribe el poeta la *Eneida*, del segundo gran poder, el senado.

Consternación en el campamento de Turno. Dolor de los troyanos

Vencedores los rútulos se adueñan del botín y los despojos
y trasladan llorando a Volcente sin vida al campamento.
Y no es menor el duelo al encontrarse exánime a Ramnete
y a tantos otros jefes, víctimas todos ellos del degüello común, aquí a Serrano,
a Numa allí. Se agolpan en enorme tropel ante los cuerpos ya sin vida
o a punto de expirar, ante la tierra tibia de las muertes recientes todavía,
y los raudales de espumante sangre. Y en corro reconocen los despojos,
el esplendente yelmo de Mesapo y el tahalí que con tantos sudores recobraron.
La aurora, abandonando el lecho azafranado de Titono, ya empezaba a esparcir
su fresca claridad sobre la tierra. Ya iba el sol derramando sus rayos,
ya el día descorría el velo de las cosas, cuando Turno en persona,
ceñida la armadura, va llamando a sus hombres a las armas. Y cada jefe forma
con sus líneas de bronce su frente de batalla. Y enardece los ánimos
con distintas arengas. Aún más: en sus enhiestas picas —apena contemplarlo—
enclavan las cabezas de Euríalo y de Niso
y con grandes gritos van siguiéndolas.
Los tenaces Enéadas han montado su frente
en el costado izquierdo de los muros,
pues el derecho lo rodea el río. Guardan sus anchos fosos
y están firmes en lo alto de sus torres con el rostro sombrío.
Les conmueven el alma las cabezas de los suyos clavadas en la punta de las picas
—de sobra conocidas por los infortunados—
que van manando sangre corrompida.
Entre tanto la Fama alada revolando por el medroso campamento se precipita
[en él
con la noticia y se filtra en los oídos de la madre de Euríalo.
El calor abandona de repente los miembros de la desventurada;
la lanzadera se le cae de las manos y se le enredan las madejas.
Sale veloz la desdichada. Prorrumpe en alaridos de mujer,
se mesa los cabellos, vuela al muro,
a las primeras filas delirante. No repara en guerreros
ni en peligro ni en dardos. Al cabo llena el cielo con sus quejas:

«¡Euríalo! ¿Eres tú lo que estoy viendo? Pero tú,
aquel tardío consuelo de mis años,
¿has podido, cruel, dejarme sola? Al mandarte a tan grandes peligros
ni siquiera ha logrado darte el último adiós tu pobre madre.
¡Ay! Yaces en tierra extraña echado como presa a los perros
y a las aves del Lacio. Y yo, tu madre, no he ido
a llevarte a la pira ni he cerrado tus ojos, ni he lavado tus heridas
ni ha podido cubrirte ese vestido que de día y de noche,
desalada, para ti apresuraba, con lo que en el telar
iba aliviando mis afanes de anciana ¿A dónde iré en tu busca?
¿Qué tierra es la que acoge tu cuerpo lacerado, tus miembros desgarrados?
¿Eso es todo lo que de ti, hijo mío, me devuelves? Para esto te he seguido
por tierra y mar? ¡Heridme a mí, si os queda un resto de piedad,
arrojad, rútulos, contra mí todos los dardos,
aniquiladme a mí con vuestro hierro
antes que a ningún otro. O ten piedad de mí, tú, padre de los dioses poderoso,
y precipita esta odiosa cabeza con tu rayo en el Tártaro, pues no puedo romper
de otro modo los lazos de esta vida tan cruel!» [318].
Sus lamentos estremecen los ánimos. Un gemido angustioso prende en todos,
se quebranta y languidece su ímpetu de lucha.
Y como hace que cunda la tristeza,
por orden de Ilioneo y de Julo, que llora sin cesar,
Ideo y Áctor la recogen y se la llevan a su albergue en brazos.

Ataque de Turno. Defensa de los troyanos

De pronto la trompeta retumbando su son de bronce en la distancia
quiebra su hórrido grito. Y se eleva en seguida un clamoreo
y rebrama el eco por el cielo. Los volscos avanzan a la par,
trabados los escudos a modo de tortuga
y se aprestan a rellenar los fosos y arrancar la empalizada.

---

[318] En el epílogo del episodio, en las quejas de la madre de Euríalo, el poeta sintoniza nuestra alma a par de la suya con el arrebato de dolor, ternura, tristeza, desesperanza de la infortunada madre. Hallan sus quejas hondo eco en *El Laberinto de Fortuna* de nuestro Juan de Mena.

Otros buscan una vía de entrada y tratan de ganar los muros con escalas,
allá donde se espacia la línea de defensa, donde deja algún claro
la fila menos densa de guerreros. Replícanles los teucros disparando
toda traza de dardos. Los rechazan con estacas erizadas de hierros,
hechos ya como están en asedio tan largo a defender los muros.
Hacen también rodar piedras de enorme peso
por si pueden quebrar las líneas de broqueles.
Pero éstos al amparo de su caparazón arrostran de buen grado todo embate,
mas no logran su empeño, pues en el punto mismo donde acosa un nutrido
los teucros precipitan rodando una imponente roca [tropel,
que dispersa a los rútulos por tierra
a lo ancho y a lo largo y deshace su techo de broqueles.
La audacia de los rútulos no insiste en adelante en combatir a ciegas;
ponen su empeño en rechazar con dardos a los teucros de la valla.
En otra parte Mecencio —da horror verlo—,
blandiendo su tizón de pino etrusco,
lanza humeantes llamas mientras Mesapo, el domador de potros,
descendiente de Neptuno, rasga la empalizada
y pide escalas con que atacar los muros.
Vosotras, Musas, y tú, Calíope, os lo pido,
inspirad mi canto. Relataré qué estragos,
qué muertes causó Turno entonces con su espada,
qué guerreros hundió cada cual en el reino de Plutón.
Desenrollad conmigo los dilatados fastos de esta guerra.
Había un torreón alzado a gran altura de la vista,
trabado de elevados pasadizos en lugar favorable,
que con todas sus fuerzas porfiaban los ítalos a una
en asaltar y derribar por tierra; los troyanos, en cambio, en defenderlo
lanzando enormes piedras,
disparando una lluvia de dardos a través de las troneras.
En cabeza de todos Turno arroja una tea encendida
y prende fuego a su costado.
La llama embravecida por el viento hace presa en las planchas de madera
y se ceba en las jambas de las puertas y las va devorando.
Los de dentro azorados corretean y tratan de escapar en vano del peligro,
pues mientras se retiran y se agolpan en la parte segura todavía,

de repente la torre vencida por el peso se derrumba
y atruena todo el cielo con su estruendo.
Dan en tierra consigo medio muertos por la imponente mole derruida sobre ellos,
atravesados por sus propias armas, empalados los pechos por crueles astillas.
Sólo Helénor y Lico consiguen escapar a duras penas.
Helénor en la flor de la edad, el hijo
que la esclava Licimnia había alzado un día al rey de Meonia, su padre,
y que guardó en secreto y al que ella mandó a Troya,
en contra a lo dispuesto, armado a la ligera
de una desnuda espada y una blanca rodela sin divisa [319].
Éste cuando se vio en medio de millares de soldados de Turno,
firmes a un lado y a otro las líneas de combate latinas,
lo mismo que la fiera, acorralada
por un espeso corro de monteros, arremete furiosa a los venablos
y se lanza sabiéndolo a la muerte y salta por encima de los dardos,
así se arroja el joven decidido a morir en medio de las tropas enemigas
y corre donde ve más cerrado el cerco de armas.
Lico en cambio, más ligero de pies, huyendo entre enemigos, entre dardos,
logra ganar los muros y porfía por alcanzar su cima con la mano
y por asir la diestra que le tienden los suyos. Pero Turno que le sigue
con los pies y la lanza al mismo tiempo, al fin le increpa victorioso:
«¿Con que esperabas escapar de mis manos, insensato?» Y al punto lo arrebata
colgado como estaba y desprende a la vez una parte del muro,
igual que cuando el ave portadora de los dardos de Júpiter
prende en sus corvas garras y alza al aire una liebre o un cisne
de plumaje de nieve o cuando del establo roba el lobo de Marte
un cordero que su madre reclama balando sin cesar.
Por todas partes se eleva un griterío.

---

[319] El poeta dice, al parecer, «había alzado» refiriendose a la madre de Helénor, por la costumbre romana de alzar al recién nacido el padre, quien podía aceptarlo como hijo o repudiarlo. «En secreto» denota el origen ilegítimo del niño. En contra de lo dispuesto «por no estar» permitido a los esclavos combatir en el ejército, o quizá por haber conocido el rey por un oráculo el designio de los hados acerca de Troya. Como soldado bisoño no ostentaba divisa en el escudo según cumplía a todo guerrero experimentado. El poeta encarece su heroísmo final.

Los rútulos acosan y rellenan los fosos con la tierra del terraplén,
otros arrojan teas ardiendo a los tejados.
Ilioneo tiende en tierra a Lucecio de un molón, todo un trozo de monte,
en el instante en que portando fuego llegaba hasta la puerta.
Derriba Líger a Emación y a Corineo Asilas,
diestro el uno en lanzar la jabalina,
el otro la saeta que viene sin ser vista desde lejos. Ceneo a Ortigio,
Turno a Ceneo, el vencedor Turno a Itis y a Clonio y a Dioxipo y a Prómolo
y a Ságaris y a Idas, que estaba allá en lo alto de la torre del muro.
Capis mata a Priverno [320]. A éste la jabalina de Temilas
le había rasguñado nada más.
Él arroja de sí, insensato, el escudo, y se lleva la mano hacia la herida.
Con lo que la saeta de Capis deslizándose alada
va a clavarle la mano al lado izquierdo
y se hunde en él con herida fatal y le corta la vía del hálito de vida.
Allí se hallaba el hijo de Arcente
con su egregia armadura y su clámide bordada,
teñida de azulado tinte ibero [321]. Era un mozo de arrogante belleza.
Su padre que lo había enviado a la guerra,
lo crió allá en el bosque de su madre [322]
en torno a las corrientes del Simeto, a la vera del ara de Palico,
rica en dones y gracias. Mezencio que lo ve, deja a un lado sus lanzas
y voltea tres veces en torno a su cabeza la correa de su honda
que zumbando da a su rival frontero con plomo derretido en medio de la frente
y se la parte en dos y lo deja tendido largo trecho en la arena.

---

[320] De los nombres propios que menciona el poeta unos son geográficos como Ortigio, Ságaris, Priverno, Capis, el fundador de Capua, ya inserto en el libro I. Otros son nombres griegos. La falta de dominio de sí que denota el gesto de Priverno al llevarse la mano a la herida dejando sin protección el costado izquierdo, la atribuye Demóstenes a los bárbaros.

[321] De color azul oscuro. Parece referirse a Hispania. Servio afirma se trata de Iberia, región del Ponto a orillas de Mar Negro.

[322] Siguiendo a la mayoría de editores leemos en este pasaje dudoso 'matris luco', en el bosque de su madre, y no 'Martis luco', en el bosque de Marte, cuyo culto no estaba establecido en Sicilia. La madre del hijo de Arcente parece haber sido una ninfa. Moraba ésta en una gruta a orillas del Simeto, río de la costa este de Sicilia, entre Catania y Siracusa. El Palico o los Palicos son dos corrientes de agua sulfurosa cercanas al Etna. Fueron divinizadas y pasaron a tomarse por héroes locales.

Es fama que fue entonces cuando Ascanio
lanzó por vez primera en el combate su saeta voladora
con la que antes solía aterrar a las fieras en su huida y que abatió su brazo
al brioso Numano, por sobrenombre Rémulo, quien había tomado por esposa
a la hermana menor de Turno hacía poco.
Marchaba a la cabeza de la primera fila
voceando bravatas, dignas unas de referir, otras indignas,
el ánimo engreído por su reciente alianza con el rey.
Avanza corpulento diciendo a grandes voces:
«¿No os da vergüenza, frigios, dos veces capturados [323],
veros ahora cercados otra vez,
prisioneros tras una empalizada preservándoos de la muerte con muros?
¿Ésos son los que aspiran a ganarse luchando nuestras novias?
¿Qué dios o qué locura os ha empujado a Italia? Aquí no vais a hallar
a los hijos de Atreo ni a Ulises, urdidor de falacias.
Raza de dura estirpe, comenzamos llevando nuestros hijos al río apenas nacen
a que los curta su corriente helada.
De niños velan ya atentos a la caza y no dan punto de reposo al bosque.
Su juego es domar potros y tensar en el arco las saetas.
De mozos sufridores de trabajos, acostumbrados a pasar con poco
o domeñan la tierra con rastrillos o cuartean baluartes de ciudades en la guerra.
Desgasta toda nuestra vida el hierro y con el mismo cuento de la lanza
aguijamos el flanco a los novillos. La indolente vejez no amengua el brío
de nuestro ánimo ni altera nuestras fuerzas.
Encajamos el yelmo en nuestras canas y siempre nos alegra
volver con nuevas presas y vivir del botín.
Vosotros os vestís de bordado azafrán y de brillante púrpura.
Hace vuestras delicias la indolencia. Os agrada entregaros a la danza.
Alargáis vuestras túnicas con mangas [324], ornáis vuestros turbantes con cintillos.

---

[323] Se refiere a las dos veces que fue conquistada Troya, una por Hércules y otra por Agamenón.

[324] La túnica con mangas sólo era usada en Roma por las personas afeminadas. Llevaban los romanos la cabeza descubierta. El monte cercano al Ida estaba consagrado a Cibeles. Numano les echa en cara el uso de la flauta de dos fístulas o caños. Los griegos y romanos manejaban dos flautas a la vez, uno con la mano izquierda y la otra con la derecha. El culto de la diosa Cibeles iba acompañado por instrumentos de viento y de tímpanos o tambores, lo que era contrario a las costumbres romanas.

¡Ea, mujeres frigias, pues no sois hombres frigios,
volveos a las cumbres de Díndima,
donde tan bien sabéis del doble son que emite vuestra flauta!
¡Os están llamando los timbales y el berecintio boj de la Madre del Ida!
¡Dejadles a los hombres las armas, renunciad a las espadas!»
No pudo soportar Ascanio su jactancia ni afrentas tan procaces.
Y vuelto hacia él retesa su saeta en la cuerda de crines de caballo
y separando los brazos un gran trecho, se detiene y dirige primero
a Júpiter sus preces y promesas suplicantes: «¡Omnipotente Júpiter,
favorece mi audacia. Yo mismo llevaré todos los años dones a tu templo
y ante tu altar pondré un novillo de dorados cuernos,
radiante de blancura, con la testuz como su madre de alta, que ya embista
y que con su pezuña pueda esparcir la arena por el aire».
Le oye el dios y retumba un trueno por la izquierda por la parte del cielo [325]
despejada de nubes. Suena a la par el arco portador de la muerte
e impulsada hacia atrás irrumpe la saeta con hórrido estridor
y atraviesa la cabeza de Rémulo y hiende con su hierro el hueco de sus sienes.
«¡Anda, insulta el valor con palabras infatuadas.
Ahí tienes la respuesta que a los rútulos dan
unos frigios dos veces capturados». No dice más Ascanio.
Los teucros le corean con sus gritos y rugen de alegría
y se exaltan hasta el cielo sus ánimos. Entonces casualmente estaba Apolo,
el de la larga cabellera, contemplando desde lo alto del cielo el ejército ausonio
y el recinto de los teucros, sentado en una nube y al victorioso Julo
le dice estas palabras: «¡Bravo, muchacho, por tu joven valor!
¡Así se llega hasta los mismos astros, tú, vástago divino, tú que un día serás
padre de dioses! [326]. Todas las guerras
que han de sobrevenir por designio del hado
es bien justo se apacigüen un día bajo el mando del linaje de Asáraco.
Tú no cabes en Troya». Dice y desciende al punto de la cima del aire

[325] En la consulta por los augures de las señales del cielo, con el rostro vuelto hacia el sur, los fenómenos a su izquierda eran de buen agüero. Y es que la izquierda entonces señalaba el oriente, la región donde nace el sol, portador de vida.

[326] Se refiere a Julio César y Augusto, descendientes de Eneas y Ascanio. A continuación alude al logro de la paz universal y al cierre del templo de Jano por Augusto el año 29 a. C., templo abierto siempre en tiempo de guerra.

hendiendo el hálito de las auras y va en busca de Ascanio.
Cambia entonces la traza de su rostro por la del viejo Butes,
el que fue en otro tiempo el escudero del dardanio Anquises
y el fiel guardián de sus umbrales,
al que un día confió Eneas el cuidado de su hijo.
Era Apolo ya en todo semejante al anciano, en la voz, en la tez del rostro,
en los cabellos canos, en el hórrido son de sus armas. Va al encuentro
del ardoroso Julo y le dice: «Date por satisfecho, hijo de Eneas,
con haber derribado con tu flecha a Numano sin daño por tu parte.
El gran Apolo te ha deparado esta primera gloria. No se siente celoso
de tus armas, que igualan a las suyas. En adelante deja de pelear, muchacho».
Mediando estas palabras se desprende de su traza mortal y va desvaneciéndose
de la vista a lo lejos en el aire delgado. Los jefes de los dárdanos
reconocen al dios y sus armas divinas
y perciben el son de su carcaj cuando se aleja.
Ante el mandato y el designio de Febo, le refrenan a Ascanio, ganoso de pelea,
y ellos vuelven a lanzarse al combate y corren a exponer
sus vidas donde hay menos resguardo de peligro. Van cundiendo los gritos
de fortín en fortín a lo largo de los muros.
Tensan briosamente los arcos, voltean jabalinas con correas.
Se cubre todo el suelo de dardos, los broqueles y los huecos almetes
resuenan con los golpes. Se traba fiera lucha con la fuerza
con que azota la tierra el aguacero que viene de poniente cuando surgen
las lluviosas cabrillas [327], tan cerrada como la densa tromba de granizo
que despeñan las nubes en el mar cuando Júpiter,
hórrido con la fuerza de los Austros,
vibra su turbión de agua y hace estallar los huecos nubarrones por el cielo.
Pándaro y Bitias, hijos de Alcánor, el del Ida,
a los que allá, en un claro del bosque de Júpiter
crió Jera, la ninfa de los sotos, mozos talludos igual que los abetos
de los montes nativos, confiando en sus armas dejan franca la puerta
que por orden del jefe tenían a su cargo, e invitan a pasar al enemigo [328].

---

[327] Estrellas de la constelación del Cochero que portaban la tempestad. Aparecen en octubre y se ocultan en diciembre.

[328] Episodio imitado de Homero, *Ilíada* XII 127 y ss. Era uso de la Antigüedad clásica escribir porfiando en superar siquiera en algo al modelo. El poeta consigue en

Ellos se plantan dentro a derecha e izquierda delante de las torres.
Bien armados de hierro airean sus cabezas altivas
las ondulantes plumas del penacho, como se alzan
dos encinas gemelas a los aires en torno a las corrientes translúcidas
a orillas del Po o allá a la vera del apacible Adigio.
Irrumpen en tropel los rútulos en viendo de par en par las puertas,
pero al punto Quercente y Aquículo,
galano con sus armas, y el impetuoso Tmaro
y Hemón, el de la raza de Marte, rechazados con toda su columna,
o vuelven las espaldas o allí en el mismo umbral dejan sus vidas.
Con esto se embravece todavía la furia de los ánimos en lucha.
Y los troyanos se reagrupan ahora y se aglomeran en el mismo lugar
y se aventuran ya a trabar combate
y a adelantarse más en campo abierto.
En torno a Turno el capitán que en otra parte
combate enfurecido y sume en desconcierto a sus rivales, se le anuncia
que el enemigo hervía de furor con la nueva matanza
y había abierto de par en par las puertas. Deja lo que está haciendo
y arrebatado de implacable cólera se precipita hacia la puerta dárdana
buscando a los hermanos retadores. Y al primero que le sale al encuentro,
a Antífates, bastardo del egregio Sarpedón [329] y una tebana,
le dispara su jabalina y lo derriba en tierra.
El astil de durillo ítalo va volando por entre el aire dócil
y le entra por el vientre
y se le clava en lo hondo del pecho. Y la caverna de la negra herida
devuelve un borbotón de sangre espumeante
y hundido en el pulmón se va entibiando el hierro.
Derriba luego en lucha a Mérope y a Erimante y a Afidno y arremete después

---

el pasaje su objetivo. La ninfa Jera es una nereida en Homero, en Virgilio una oréada o ninfa de la montaña del Ida. Aviva y embellece su porfía trayendo a presencia elementos conocidos y queridos de sus lectores: la bahía de Bayas, la isla de Prócida, la de Ischia, el Po y el Adigio, los dos ríos de la Galia Cisalpina, su tierra nativa.

[329] Rey de los licios, de origen divino como hijo que era de Zeus. Aliado de los troyanos cayó en manos de Patroclo. Entonces Zeus incitó a Héctor a que diera muerte a Patroclo. Antífates era de Tebas, la ciudad de Misia donde reinaba el padre de Andrómaca, la esposa de Héctor.

contra Bitias que iba lanzando fuego por los ojos
y bramidos furiosos de su pecho.
Pero no con un dardo, que él no hubiera rendido su vida a dardo alguno,
sino con una viga erizada de hierro. Blandida por su brazo va vibrando
con hórrido silbido. La dispara como un rayo contra él.
No bastan a detener el golpe
las dos pieles de toro del pavés ni su coraza fiel, de doble malla de oro.
El cuerpo del titán se bambolea y se derrumba. Gime la tierra
y el enorme pavés atruena el aire en su caída,
como en la orilla eubea de Bayas [330],
a veces se desploma la mole de un pilar,
que antes formaron con enormes bloques de piedras
y que lanzan al mar, así volcada se derrumba con estrago
y choca contra el agua y descansa tendida sobre el fondo
y el mar se arremolina y alza a la superficie negra arena.
Estremece su estruendo la alta Prócida y el lecho peñascoso de Inárime
montado por mandato de Júpiter encima del gigante Tifeo.
Entonces Marte, el del poder guerrero,
acrecienta el coraje y la fuerza a los latinos
lancinando su pecho con punzantes aguijones
y azuza a la huida a los teucros, les apremia con sombrío terror.
De todas partes acuden los latinos, pues se les brinda la ocasión.
Les arrebata el dios guerrero el alma.
Pándaro cuando ve tendido en tierra el cuerpo de su hermano
y a qué lado se inclina la fortuna y qué rumbo van tomando las cosas,
apoyando en la puerta sus anchos hombros con enorme fuerza
la hace girar sobre su quicio y deja fuera de los muros
a muchos de los suyos abandonados a penosa lucha.
En cambio, mete dentro y acoge a otros que irrumpen, sin ver el insensato

[330] La bahía de Bayas, residencia de los romanos acomodados en tiempo de Virgilio. Estaba situada al sur de Cumas, de la que sabemos fue fundada por los griegos de Calcis, población de la isla de Eubea. Presta interés al pasaje mediante elementos familiares a los lectores romanos, según hemos adelantado. La isla de Prócida, cerca de Bayas, junto al cabo Miseno. Inárime es la isla de Ischia, en la bahía de Nápoles. El gigante Tifeo que lucha con *Zeus* y *es vencido por éste, fue enterrado* bajo esta isla. La lucha tiene lugar en las islas volcánicas al norte de Sicilia según Píndaro y Esquilo.

que el rey rútulo se precipita en medio del tropel
y que le ha dado entrada en el recinto
igual que a un fiero tigre en medio de un rebaño desvalido.
Al instante relumbra un brillo nunca visto en los ojos de Turno,
sus armas suenan con horrendo fragor. Las plumas de bermeja sangre alean
en lo alto del airón. Despide su pavés fulgurantes destellos.
Reconocen los de Eneas al punto espantados aquel odioso rostro,
su gigantesca corpulencia. El enorme Pándaro da un salto hacia adelante
e hirviendo en furia por la muerte de su hermano prorrumpe:
«Este no es el palacio que Amata te da en dote
ni es Árdea, la que retiene a Turno
en el recinto de sus muros nativos. Estás en campamento de enemigos.
No hay salida de aquí». Y Turno sonriéndole, sin inmutarse en su ánimo:
«Comienza, si hay coraje en tu pecho.
Ven a trabar combate. Podrás decirle a Príamo
que has encontrado aquí un segundo Aquiles», prorrumpe.
Pándaro afirma el pie y con todas sus fuerzas voltea y le dispara
su jabalina, un chuzo nudoso, todavía con su áspera corteza.
Lo recogen las auras, que la Saturnia Juno le desvía el camino de la herida [331]
y se clava en la puerta. «Pues no vas a librarte tú del arma
que ahora blande mi diestra vigorosa;
otro es el que la empuña y el que hiere».
Dice y se empina cuanto puede sobre la espada que su brazo eleva
y le descarga el hierro en mitad de la frente entre ambas sienes
y con horrible herida separa las mejillas imberbes todavía.
Suena un crujido. Tiembla la tierra sacudida del imponente golpe de su cuerpo
y al expirar alarga por el suelo sus miembros abatidos
y la armadura tinta de sangre del cerebro y en dos partes iguales
sobre un hombro y sobre otro se le queda colgando la cabeza.
Los troyanos volviendo las espaldas se dispersan azorados de espanto.

---

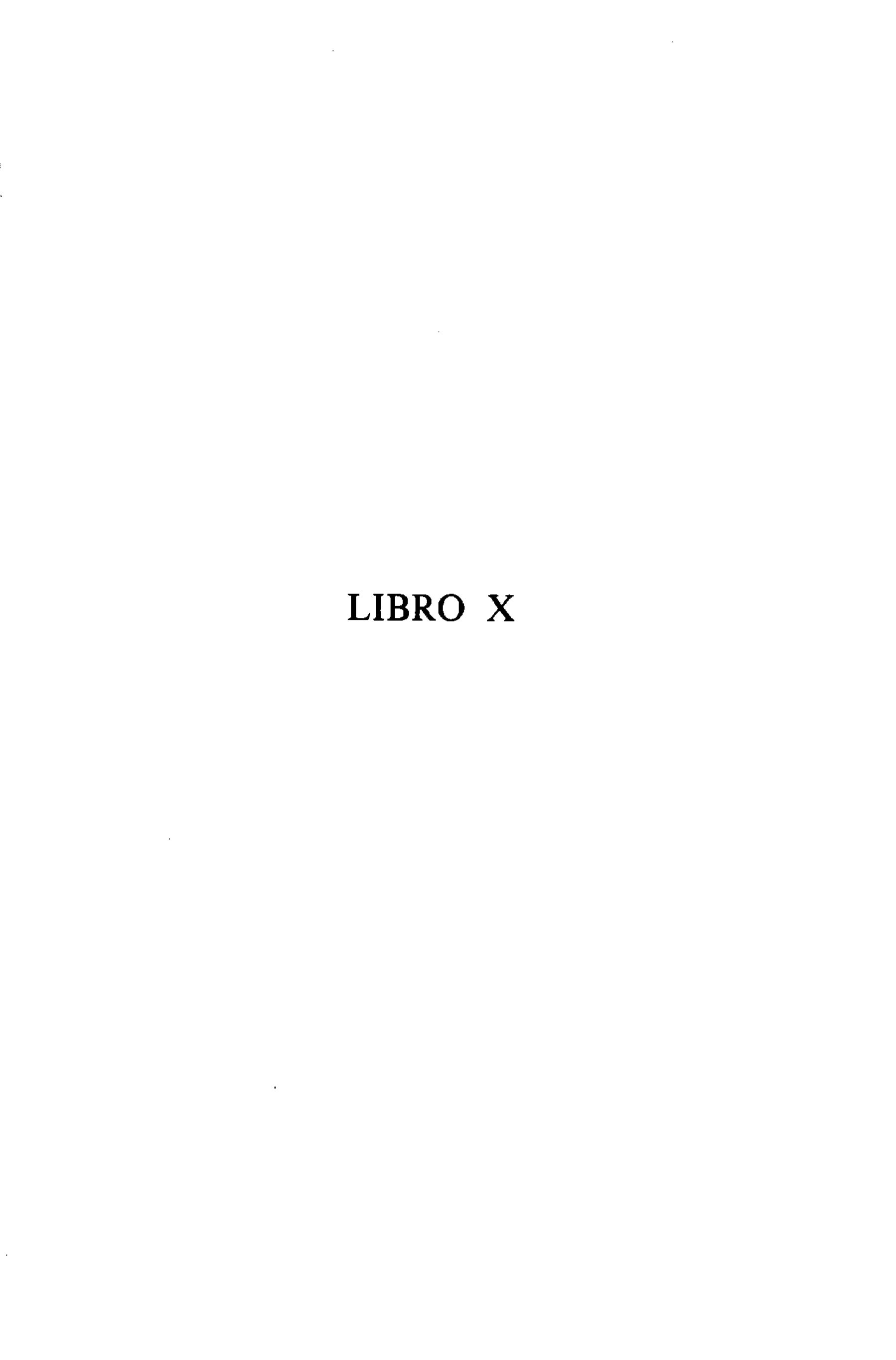
[331] Merece la pena parar mientes en que Virgilio —lo hemos dicho— hace depender el éxito de Turno en el campamento troyano del favor divino. Su proeza, su aristía, está acuciada y amparada por el valimiento de Juno. Al cabo se reduce su protección y ha de retroceder y acogerse a su campamento. Es cuando Júpiter manda a Iris transmita a su hermana y esposa la orden de que cese en su ayuda a Turno. Entonces tiene lugar la gallarda retirada de éste.

Y si en aquel momento se le hubiera ocurrido al vencedor
hacer saltar las barras de un golpe con sus manos
y meter a los suyos por la puerta,
aquel día hubiese sido el último de la guerra y del pueblo de los dárdanos.
Pero la rabia y el ansia de matanza que le ciega acucian al ataque
el ánimo de Turno enfurecido. Primero alcanza a Fáleris y a Giges,
a este desjarretándole la corva. Después arrebatándoles las lanzas,
las encaja en la espalda de los que huyen. Juno le presta fuerzas y coraje.
Manda a Halis que les haga compañía
y con él a Tegeo enclavado en su broquel.
En seguida a Alcandro y a Halio, a Noemón y a Prítanis
que ajenos a su riesgo porfiaban en defender los muros.
Y a Linceo, que corre a hacerle frente y que llama a los suyos en su ayuda,
lo acomete blandiendo su espada centelleante
apoyado en el lado derecho del baluarte,
y del único tajo que le asesta de cerca quedan cabeza y yelmo
tendidos a distancia por el suelo. Y abate luego a Amico, devastador de fieras,
no había otro más diestro en impregnar de jugos los dardos
y en armar el hierro de ponzoña. Y a Clicio, hijo de Eolo,
a Creteo, delicia de las musas, el que hacía a las musas compañía [332].
Tenía su amor puesto en los versos y las cítaras
y en templar los tonos en las cuerdas.
Siempre cantaba cantos de corceles y de armas y de héroes y batallas.
Enterados al cabo del estrago de los suyos acuden los capitanes teucros,
Mnesteo y el brioso Seresto. Ven dispersos a sus hombres
y al enemigo dentro de sus muros. «¿A dónde, a dónde vais a huir
después?, grita Mnesteo. ¿Qué otra muralla tenéis?
¿De qué baluartes disponéis detrás de éstos? ¿Un solo hombre, troyanos,
encerrado en vuestros terraplenes ha podido
causar tan gran estrago impunemente?
¿Ha logrado mandar al Orco a tantos destacados mozos nuestros?

---

[332] Remata el poeta las hazañas de Turno con el contrapunto de conmiseración ante el infausto fin de Creteo. Por celada traza vuelve en el hado de Creteo sobre la imagen de su propia vida de hombre entregado, lejos del horror de las armas, a la delicia de la poesía, al gozoso trato con las musas, símbolo de lo más amado por su alma.

¿No os duelen, no os sonrojan, cobardes,
los males de la patria, nuestros antiguos dioses,
ni nuestro gran Eneas? Encendidos sus ánimos con esto, cobran bríos
y se plantan en apretadas filas. Turno va poco a poco retirándose
y se dirige al río, a aquella parte que ciñe el campamento con sus ondas.
Los teucros le acometen con redoblado ardor, con grandes gritos,
apiñando sus fuerzas. Como cuando una nube de monteros va acosando
erizada de dardos a un león feroz. Éste aterrado, furioso, la mirada llameante,
retrocede y ni volver la espalda le deja su furor y su coraje
ni tampoco es capaz por más que lo desea, de embestir a venablos y monteros,
así Turno indeciso y despacio echando el paso atrás
ardiendo en ira. Dos veces todavía se abalanza en medio de las filas enemigas,
dos veces las dispersa y pone en fuga a lo largo del muro.
Pero concentran ellos en seguida las fuerzas de todo el campamento
y la Saturnia Juno no se atreve a infundirle ya bríos con que les haga frente.
Pues Júpiter de lo alto de los cielos ha hecho bajar a Iris con órdenes severas
para su hermana en caso de que no se aleje Turno
de los altos baluartes de los teucros. Por eso ya el guerrero no es capaz
de valerse como antes con su escudo ni su diestra;
tal es la granizada de dardos que disparan sobre él de todas partes.
El almete, batido a golpes incesantes,
le retiñe con hueco son en torno de sus sienes
y va hendiéndose el bronce macizo con la lluvia de piedras.
Han volado arrancadas las plumas de su yelmo
y el pomo del escudo no puede resistir ya tantos tiros.
Los troyanos redoblan los ataques con sus lanzas.
Está Mnesteo entre ellos con ímpetu de rayo.
Ya le fluye el sudor por todo el cuerpo a Turno,
ya le corre como un raudal de pez.
No puede respirar; un penoso jadeo bate sus cansados miembros.
Entonces dando un salto con la carga de toda su armadura
se precipita de cabeza al río. Este al caer lo acoge en su gualda corriente
y lo alza al blando lecho de sus ondas y limpio de la sangre del estrago
devuelve a Turno ufano al lado de los suyos.



LIBRO X

PRELIMINAR

Se inicia el libro con un espectacular concilio de dioses. Ante la tenaz querella entre Venus y Juno decide Júpiter mantenerse neutral y dejar que el destino siga su curso. Continúa la guerra. Regresa Eneas al mando de las fuerzas etruscas cuando se le aparece un coro de ninfas, sus antiguas naves, que rodean la del troyano. Cimódoce, una de ellas, se alza hasta él, le infunde ánimos y da impulso a su nave. Reciben gozosos los troyanos sitiados la vuelta de su jefe. Se reanudan los combates. En ellos Palante, el hijo de Evandro, tras grandes proezas se enfrenta con Turno, quien le da muerte. Resuelve Eneas vengar a Palante, pero Juno logra escamotear a Turno del campo de batalla por la más ingeniosa traza. Sigue Eneas causando gran mortandad. Interviene Mezencio por infundir ánimo a los suyos en derrota. Media el joven Lauso, que salva la vida a su padre Mezencio a costa de la suya. El heroico sacrificio del joven purifica a su padre al que ennoblece el afecto hacia su caballo. Muere en combate a manos de Eneas.

Es el libro X revelador, quizá en mayor medida que otro alguno, del trasfondo de dioses y hombres. Bajo el cañamazo de su peripecia dramática, de su acuciante movilidad, resalta la calidad humana de sus protagonistas y el mismo desenlace del poema. Monta el solemne concilio de los dioses en el punto y hora en que la llegada de Eneas con sus fuerzas de socorro va a hacer girar en redondo el curso

de la guerra. El padre de los dioses acaba por declararse neutral y deja obrar a los hados que hallarán el medio de cumplirse con sus compensaciones y su justicia inmanente. Era obligada la actitud de Júpiter. Su inclinación a uno y otro bando hubiera reducido el interés de la acción y habría ahorrado el combate final de los protagonistas. Ya desde la primera escena aflora la materna solicitud de Venus. Porfía en poner a seguro en una de sus moradas de delicia al adolescente Ascanio. Y en devolver a los troyanos a su primitiva Troya. Y poema adelante, en el riesgo de los combates, en desviar de su blanco los tiros contra su hijo Eneas. Percibimos la afección de Juno por Turno. Como la muerte de Palante a manos del rútulo desata el ansia de venganza de Eneas, la diosa se desvive por arrancarlo del peligro y devolverlo al retiro paterno de Árdea. Para lo que fabrica su imaginación el más novedoso ingenio. Nos cautiva la humana comprensión de Júpiter, tan cercano a los mortales que hace suyos sus infortunios, verdadero padre de los hombres. Accede al ruego de su hijo Alcides en favor de Palante. Se le va el alma tras éste. No puede contemplar el horror de su muerte y desvía el rostro del combate.

Pasando a los humanos repele la necia ufanía de Turno y su despectiva crueldad, tras su triunfo sobre Palante. Se mofa del anciano padre del mozo. Y exulta a la vista del tahalí de que despoja a su víctima. Contrasta con la actitud de Eneas. En la travesía que hace en la misma nave con Palante va modelando con afección paterna el ánimo del mozo. Pero es en el combate con el joven Lauso, que va a la muerte por salvar a su padre, donde echamos de ver la calidad de alma del troyano. Sus primeras palabras son de disuasión. No quiere luchar con él. «Tu amor de hijo te engaña», le adelanta. Caído el joven, el raudal exquisito que hace irrumpir del corazón de Eneas, de elevación, de sensibilidad, de delicadeza quizá no tengan par en las letras clásicas.

Todavía advertimos cómo su constante de antelación le insta a adelantarnos el desenlace. Y ello por boca del mismo Júpiter en su

afectuosa sinceración a Alcides antes del combate del rútulo con Palante. En el mismo episodio corre a cargo de Virgilio, incapaz de contener su repulsa ante la insensatez de Turno, la clara revelación del inminente fin de éste.

LA VUELTA DE ENEAS

Asamblea de los dioses

Entre tanto se abren de par en par las puertas del Olimpo [333] omnipotente
y el señor de los dioses y rey de los humanos convoca una asamblea
en su solio de estrellas. Desde su altura avista todo el haz de la tierra,
el campamento dárdano y los pueblos latinos. Y van tomando asiento
los dioses en su sala de dos puertas. El rey comienza así:
«Moradores egregios de los cielos, ¿por qué cambiáis de parecer
y disputáis con tanto encono? Había yo prohibido que Italia se enfrentara
en guerra con los teucros. ¿Qué contienda es, pues,
ésta en contra de mis órdenes?
¿Qué terror ha impulsado a unos y a otros
a arrojarse a las armas y a acosarse espada en mano?
A su hora llegará el tiempo convenido de la guerra,
—no hagáis que se adelante— aquél en que la furia de Cartago,
franqueando los Alpes, causará a los baluartes de Roma inmensa ruina [334].
Entonces será tiempo de competir en odios, entonces hora de arrasarlo todo.
Apaciguaos ahora y venid de buen grado a concertar el pacto que me place».

[333] Monte del nordeste de Grecia entre Tesalia y Macedonia. Su altura movió a los griegos a tomarlo por morada de los dioses. Se identificó con el cielo. Aquí el poeta le transfiere el atributo del padre de los dioses, omnipotente. La apertura de las puertas del Olimpo indica el comienzo del día cuando por su puerta de Oriente sale el sol.

[334] Se refiere a la invasión de Italia por Aníbal.

No habla Júpiter más. La áurea Venus no es tan parca en palabras
en su réplica: «¡Padre, poder eterno que los hombres y el mundo señoreas!
Pues ¿qué otro alguno existe que podamos ya implorar?
Contemplas la insolencia de los rútulos, cómo Turno se adelanta arrogante
con su escuadrón por entre nuestras filas y se lanza al combate
embravecido por el favor de Marte.
No ampara ya a los teucros su recinto murado.
Llega a más: ya dentro de sus puertas y en los baluartes de sus mismos muros
se traban en combate y rebosan de sangre ya los fosos. Eneas, bien ajeno
se halla lejos. ¿No vas a permitir que puedan verse libres del asedio algún día?
Otra vez amenaza los muros de esta Troya, que acaba de nacer,
un enemigo, un nuevo ejército. Y por segunda vez contra los teucros
se alza de la etolia Arpi un hijo de Tideo. Lo tengo por bien cierto.
Me aguardan más heridas [335]. Yo, hija tuya,
espero a que me ataque la mano de un mortal.
Si los troyanos sin permiso tuyo, contra tu voluntad pusieron rumbo a Italia,
que expíen su delito. No les prestes ayuda. Mas si han ido siguiendo
las respuestas que les daban los dioses de la altura
y las almas de los muertos, ¿por qué razón hay ahora
quien es capaz de trastocar tus órdenes?
¿Por qué fijarles ahora otro destino? ¿Para qué recordar las naves incendiadas
en la playa ericina [336] o al rey de las furiosas tempestades,
o el turbión de los vientos hecho salir de la prisión de Eolo [337]
o cómo se mandaba a Iris con sus mensajes por las nubes?
Y ahora Juno hasta llega a perturbar las sombras
—era la única parte que quedaba
intacta todavía— y Alecto, irrumpiendo en el mundo de los vivos,
atraviesa frenética las ciudades de Italia.

[335] En el asedio de Troya Diomedes, hijo de Tideo y fundador de Arpi (Apulia), había herido a Venus cuando la diosa trataba de salvar a Eneas de su acometida. Véase nota 377.

[336] Al pie del monte Érice al noroeste de Sicilia donde fue acogido Eneas de vuelta a Cartago por el troyano Acestes que allí reinaba y donde las troyanas quemaron las naves por instigación de Juno.

[337] De Eolo, rey de los vientos, quien les da suelta y provoca la tempestad descrita a comienzos del libro I.

No me mueve interés de dominio. Tenía puesta
mi esperanza en ello mientras me fue propicia la fortuna.
Que venzan los que tú quieres que venzan.
Si no hay región que tu insensible esposa les conceda a los teucros,
padre, te lo suplico por las columnas de humo de la arrasada Troya,
déjame que retire salvo a Ascanio del combate,
que mi nieto pueda seguir viviendo.
Paso, sí, porque Eneas vague zarandeado por el vaivén de ignotas olas
y siga el derrotero que quiera señalarle la fortuna, pero a ese niño
déjame que lo ampare y lo recobre de la horrenda batalla.
Es Amatunte mía, mías son la alta Pafo y Citera y el santuario de Idalia [338];
que dejando las armas pase sin gloria allí el resto de sus días.
Ordena que Cartago oprima a Italia con su ingente poder.
Por parte de Italia no tendrán
las ciudades de Tiro [339] traba alguna.
¿De qué les ha valido a los troyanos
escapar de la plaga de la guerra y abrirse paso
huyendo por entre el fuego argivo,
tantos riesgos corridos por el mar y a lo largo de la tierra
mientras iban en busca del Lacio y de una Troya renacida?
¿No hubiera sido mejor haber seguido asentados allí
sobre las mismas cenizas de la patria
sobre el suelo en que Troya fue un día? Devuélveles su Janto y su Simunte
a esos infortunados, te lo suplico, padre,
que puedan volver a revivir todo el ciclo
de desdichas de Troya». Entonces Juno, la reina de los dioses,
acuciada de fiero frenesí: «¿A qué me obligas a romper mi hondo silencio
y a airear con palabras el encono que oculto?
¿Qué hombre o quién de los dioses
le ha forzado a Eneas a lanzarse a la guerra y a atacar al rey Latino?

---

[338] Amatunte y Pafo son ciudades de la costa meridional de Chipre. Idalia en el interior de la isla al pie del monte Idalio, donde se alzaba un templo a Venus. La isla de Citera al sur de Peloponeso estaba consagrada a Venus.

[339] Cartago era una colonia de Tiro. Si Eneas no se asentara en Italia no tendrían dificultad los cartagineses en dominar la península.

Se ha dirigido a Italia siguiendo la llamada de los hados. ¡Será así!
O impulsado del furor de Casandra. ¿Le he movido yo acaso
a abandonar el campamento y a fiar al capricho
de los vientos su vida? ¿Yo a que le deje a un niño
el mando de la guerra y a cargo de los muros, a perturbar la lealtad tirrena
y la paz de su pueblo? ¿Qué dios,
qué inconmovible poder mío le ha inducido a ese error?
¿Qué parte tiene en ello Juno o Iris mandada desde el cielo por las nubes?
Es vergonzoso, sí, que los hombres de Italia tiendan cerco de llamas a los muros
de la naciente Troya y que Turno, el nieto de Pilumno, el que tiene por madre
a la diosa Venilia [340], asiente el pie en la tierra de sus padres.
Y ¿qué de los ataques teucros a los latinos con teas humeantes,
de que sometan a su yugo las campiñas ajenas y se entreguen al pillaje?
¿Qué diré del hecho de elegir como suegros
a aquellos cuyas hijas ya estaban prometidas
y arrancarlas del mismo regazo de sus madres? ¿Qué de implorar la paz
con manos suplicantes pero alzando las armas colgadas de las popas? [341].
Tú tienes el poder de hurtar a Eneas de manos de los griegos
y en su lugar tender ante los ojos velos de nieblas y de vientos hueros
y puedes convertir las naves de su flota en otras tantas ninfas.
Pero que yo a los rútulos les haya prestado alguna ayuda ¡eso es monstruoso!
¿Que Eneas está ausente y nada sabe? Pues que lo ignore todo y siga ausente.
¿Que eres dueña de Pafo y de Idalio y las cumbres de Citera?
¿A qué provocas a una ciudad cargada de poder guerrero y a gentes de alma [fiera?
¿Que me empeño en hundir desde sus mismos cimientos
el poder vacilante de los teucros?
¿Yo? ¿O aquel que enfrentó con los aqueos los malhadados teucros? [342]
¿Qué movió a Europa y Asia a alzarse en armas?
¿Quién violó con un rapto la alianza de paz?
¿Acaso guié yo al adúltero dárdano al asalto de Esparta?

---

[340] Era la madre de Turno, ninfa de las aguas.

[341] Se refiere al viaje que emprende Eneas a Palanteo en busca de alianza con Evandro.

[342] Paris, hijo de Príamo, que instigado por Venus rapta en Esparta a Helena, la esposa de Menelao.

¿O yo le di las flechas y le encendí el deseo que provocó la guerra?
Entonces debiste haber temido por los tuyos. Tarde vienes ahora
con tus injustas quejas, esparces a los aires inútiles pendencias».
Así era cómo Juno defendía su causa. Todos los moradores de los cielos
murmuran entre dientes asintiendo con una u otra diosa, igual que cuando surge
el primer soplo de tempestad, cautivo murmujea en la arboleda y va rodando
su murmullo sordo que anuncia temporal inminente a los marinos.
Comienza a hablar entonces el padre omnipotente,
el de poder supremo sobre el mundo,
y a su voz enmudece la alta sede donde moran los dioses, tiembla la tierra
desde su misma base y la altura del aire se serena
y detienen los céfiros su vuelo
y abate apaciguado el mar sus ondas.
«Recoged y fijad estas palabras mías en vuestro ánimo.
Ya que no es dado concertar alianza entre ausonios y teucros
ni que vuestra discordia tenga fin, pues bien, sea cual fuere la fortuna
que hoy asiste a cada cual o la esperanza que cada cual persigue,
el troyano y el rútulo, tanto da, para mí serán iguales, lo mismo si el asedio
del campamento teucro obedece a designio de los hados de Italia
que si se debe a algún funesto error troyano o a un oráculo enemigo.
Y no absuelvo a los rútulos. Sus propias obras depararán a cada cual
su infortunio o su triunfo. Júpiter es un rey igual para con todos.
Se abrirán los hados su camino»[343].
E inclina la cabeza y da su asentimiento por las corrientes de su hermano estigio,
por los regolfos de hirviente pez y negros remolinos. Y con sólo mover su testa
hace temblar todo el Olimpo. Así termina la asamblea.
Júpiter se alza de su trono de oro
y los dioses del cielo le rodean y van acompañando hasta la puerta.

[343] Cierra el poeta el rimbombante concilio con la decisión de Júpiter de mantenerse neutral, y de relegar a los hados, la primera voluntad del dios, el curso de la guerra. Ello permite al poeta mantener el interés de la acción que de otro modo hubiera en gran parte perdido.

Continúa el asedio

Entretanto los rútulos, por todas las entradas en torno al campamento,
porfían en sembrar de cadáveres el suelo y en rodear de llamas el recinto.
Enfrente están las huestes de los hombres de Eneas. Continúan cercados
dentro del valladar sin esperanza alguna ya de huida. Desdichados,
en vano siguen su guardia en pie en las altas torres. Y ciñen de retenes
espaciados los muros. Asio, el hijo de Ímbraso y Timetes,
el hijo de Hicetaón, los dos Asáracos y a una con Cástor
el anciano Timbris adelantados en primera línea,
y a su lado forman Claro y Temón [344], los dos hermanos
de Sarpedón venidos desde Licia. Acmón de Lirneso transporta
con todas las fuerzas de su cuerpo un enorme peñasco,
un pedazo no menguado de monte. Es talludo como su padre Clitco
y su hermano Mnesteo. Unos con jabalinas, otros con grandes piedras
se esfuerzan en tener a raya al enemigo,
en arrojar fuego y en montar las saetas en las cuerdas del arco.
En medio de ellos, vedlo, el mismo adolescente dárdano, el más justo motivo
de desvelo de Venus, con la hermosa cabeza destocada, brilla como una gema
montada en oro fulvo, gala del cuello o de la frente,
o como luce el marfil incrustado con arte sobre boj o terebinto de Órico.
Por sobre el lácteo cuello le flotan esparcidos los cabellos
que un flexible aro de oro le recoge.
También a ti, Ísmaro, te vieron los magnánimos hombres de tu clan
abrir certero heridas y emponzoñar saetas.
A ti, vástago noble de familia lidia, donde labran las feraces campiñas
que van regando de oro las aguas del Pactolo [345].
Y estaba allí también Mnesteo.
Su proeza anterior de arrojar a Turno de los muros lo encumbra a las alturas.

---

[344] Estos nombres nos son desconocidos. De Sarpedón, rey de Licia, sabemos que había caído a manos de Patroclo. Lirneso era una ciudad de la Tróada. Órico, a que se refiere más adelante al hablar de Ascanio, era una ciudad del Epiro al sur del Adriático.

[345] El Pactolo era un río de Lidia, en la costa de Asia Menor, que arrastraba pepitas de oro. La «ciudad campana» aludida en 145 es Capua.

Y también Capis, de quien procede el nombre de la ciudad campana.
Estaban ya trabados ambos bandos en los combates de la terca guerra,
cuando Eneas en medio de la noche iba rasgando las revueltas olas.
Al punto en que dejando a Evandro penetró en el campamento de los etruscos,
se presenta al rey y le da cuenta de su nombre y su raza, y la ayuda que pide
y la que ofrece. Le hace saber las tropas que Mecencio está juntando,
la violencia de Turno. Le previene qué fe cabe poner en las cosas humanas
y mezcla las razones con las súplicas. Sin demora Tarcón une a él sus tropas
y concierta alianza. El pueblo lidio entonces, libre ya del agobio de los hados,
se embarca en cumplimiento de la orden de los dioses y se confía al mando
de un caudillo extranjero [346].

Vuelve Eneas con las tropas aliadas

Va la nave de Eneas con el tiro de sus leones frigios
al pie de su espolón. Encima se alza el Ida [347],
grato como ninguno al alma de los teucros desterrados.
Está sentado allí el egregio Eneas
y da vueltas y vueltas consigo mismo al giro de azares de la guerra.
Y Palante a su izquierda, pegado a su costado, unas veces le pregunta
cuáles son las estrellas que guían su curso entre las sombras de la noche,
otras cuánto ha sufrido en tierra y mar [348].
¡Diosas, abridme ahora el Helicón [349], inspiradme vuestro hálito
para cantar qué tropas acompañan a Eneas en esta travesía desde la costa
[etrusca,

[346] Tarcón al frente de los lidios se había trasladado de su patria a Umbría en Italia. Tomando a Eneas como caudillo cumple la orden del oráculo.

[347] El emblema de la nave de Eneas, la montaña divina del Ida. Cada nave iba ornada de dos símbolos, uno a proa y otro a popa. El de proa daba nombre al navío. Aquí la montaña consagrada a Cibeles. En popa el tiro de leones arrastraba el trono de Cibeles.

[348] Aviva el encanto de la escena la constante de antelación virgiliana. Con exquisita afectividad, modelando Eneas el alma de Palante afirma el poeta los lazos de amor que al cabo del poema, en la lucha entre los dos caudillos, vencido Turno, decidirán el desenlace.

[349] Montaña de Beocia, morada de las Musas y refugio de Apolo.

y han armado sus naves y ahora van avanzando sobre el ponto.
En cabeza hiende las olas Másico con las planchas de bronce de su Tigre.
Conduce mil guerreros. Han dejado los baluartes de Clusio [350]
y la ciudad de Cosas. Sus armas son las flechas,
ligero goldre al hombro con el arco en que porta la muerte.
Marcha a par de él Abante, el de torva mirada.
Toda su gente luce vistosas armas
y en la popa fulge un Apolo de oro. Populonia,
su patria, le ha mandado seiscientos de sus hijos,
expertos todos ellos en la guerra y trescientos la isla de Elba,
pródiga de minas de hierro nunca exhaustas. El tercero va Asilas,
intérprete preclaro entre los dioses y los hombres, que manda en las entrañas
de las víctimas y en los astros del cielo y en las lenguas de las aves
y en el fuego profético del rayo.
Acucia mil guerreros en prieta formación de hórridas lanzas.
Es Pisa quien los puso bajo su mando, Pisa ciudad alfea por su origen [351],
etrusca por su suelo. Viene tras ellos Ástir, de admirable belleza,
Ástir, el que confía en su corcel y en el juego de visos de sus armas.
Trescientos le acompañan. Les mueve un solo afán, el de seguirle.
Son los que tienen su morada en Cere [352], los que pueblan los llanos de Minión,
los de la antigua Pirgos y la insana Gravisca. No podría dejar
de nombrarte a ti, Cíniro, caudillo de los lígures, el más bravo en la guerra,
ni a ti el de parva hueste, Cupavón.
Surgen plumas de cisne del crestón de tu almete
—culpa tuya es, Amor, y de los tuyos—
y emblema de la metamorfosis de tu padre.

[350] Frente al conjunto de pueblos del Lacio que moviliza contra Eneas al cabo del libro VII realza aquí el poeta, a impulsos de su amor patrio, el desfile de pueblos etruscos que concurren a la lucha al mando de Eneas. Clusio, Cosas, Populonia son ciudades de Etruria. La isla de Elba era famosa por sus minas de hierro, inexhaustas, se creía, pues el mineral apenas extraído se reproducía. Al parecer, arrojaban a sus yacimientos el mineral inservible que luego volvían a extraer.

[351] Era creencia que procedía de la Pisa del sur de Grecia, en la Élide, a orillas del río Alfeo.

[352] Añade a la expedición nuevos nombres etruscos: Cere, hoy Cervetri, con su castillo o torre sobre el mar, Pirgos; en el río Minión, Gravisca, colonia en la marismas de Etruria, la de los malos aires según la etimología popular que acoge Catón.

Porque es fama que Cicno[353] en duelo por su amado Faetonte,
en tanto que a la sombra de sus hermanos,
los frondosos álamos, aliviaba su triste amor cantando,
vio trocarse el gris de su cabello en blandas plumas y abandonó la tierra
y por el cielo cantando perseguía las estrellas.
Su hijo seguido a bordo de un tropel de guerreros de su edad
hace avanzar a remo el enorme Centauro. Inclinado hacia el agua
el monstruo de la popa amenaza con lanzar a las olas desde lo alto
un enorme peñasco mientras la larga quilla va hendiendo el hondo mar.
También llama a las armas a su hueste de las riberas de su tierra patria
el célebre Ocno[354], el hijo de la adivina Manto y del río toscano,
el que te ha dado Mantua con tus muros, el nombre de tu madre,
Mantua, la bien dotada de ascendientes, pero no todos ellos de un linaje,
pues las razas son tres, dividida cada una en cuatro pueblos.
Es ella la cabeza, pero el vigor le viene de su sangre toscana.
De allí también el odio hacia Mezencio alza en armas los quinientos
que en su hostil nave de pino Mincio, el hijo de Benaco, transporta por el mar,
velada la cabeza de glaucas espadañas. Aulestes va avanzando a duras penas.
Sus cien remos se elevan y al azotar las olas
orlan de espuma su revuelto mármol.
Lo transporta el ingente Tritón. Su caracola aterra el mar cerúleo.
Su hirsuta parte delantera, al nadar, muestra figura de hombre hasta el costado,
remata el vientre en forma de ballena;
debajo de su pecho de monstruo la onda borbollea espuma.

[353] El poeta acude de nuevo a un mito de que se ha servido de modo diverso en la *Égloga* VI al denostar los males de amor. El joven Faetonte, hijo del Sol, amado por Cicno, se lanza a guiar los caballos de su padre, pero pierde el mando de ellos y en presencia de Cicno es destrozado por su padre. Virgilio naturaliza en su patria una leyenda griega, la metamorfosis en cisne de Cicno en pena de amor. El arte del poeta transforma la sombría leyenda en un escorzo de tenue gracia evanescente. La falta del padre alea en el crestón del almete del hijo.

[354] Inserta por remate la ciudad cabeza de su tierra nativa, su Mantua. Y aviva su recuerdo del Mincio, el río de sus primeros años, el lago Benaco, hoy de Garda, donde nace el Mincio. En su afán de unidad entrefunde personas y pueblos. Toma por fundador de Mantua a Ocno, hijo de la profetisa griega Manto, hija a su vez del adivino Tiresias. Se refiere el poeta a tres razas al parecer. Son éstas la etrusca, la griega, y la umbra, dividida cada una en cuatro cantones. El preponderante es el etrusco.

Tantos eran los jefes escogidos que iban en treinta naves en socorro de Troya,
hendiendo la llanura salada con sus proas de bronce.
Ya había el día abandonado el cielo y la materna Febe [355] batía con los potros
de su carro nocturno la mitad de la bóveda celeste.
Eneas —no le deja dar descanso a sus miembros su ansiedad—
sentado a popa rige con su mano el timón,
y cuida de las velas. A media travesía de repente
sale a su encuentro el coro de sus propias compañeras,
las ninfas que la madre Cibeles
mandó fueran deidades de la mar y de naves trocó en ninfas.
Avanzan a la par sobre las olas que al nadar van hendiendo.
Son tantas como proas de bronce se alineaban primero en la ribera.
Reconocen de lejos a su rey y danzando le rodean.
La más diestra en hablar de todas ellas,
Cimodocea le sigue, asida la popa con la diestra
—sobresale su pecho a flor del agua—,
con su otra mano agita por debajo como un remo las ondas silenciosas.
Y habla así con Eneas que lo ignoraba todo:
«Pero, ¿velas tú, Eneas, vástago divino?
Vela y suelta las jarcias a las lonas. Somos tus naves, pinos un día
de la cumbre sagrada del monte Ida, ahora ninfas marinas.
Cuando el rútulo traidor nos acosaba a hierro y fuego
por arrumbarnos de cabeza, rompimos contrariadas las amarras
con que tú nos ataste y vamos por el mar en busca tuya.
Se apiadó de nosotras la gran Madre y nos dio esta traza que ves
y nos hizo la merced de ser diosas y de poder morar bajo las olas.
Está entre tanto tu pequeño Ascanio cercado entre los muros y los fosos,
en medio de los dardos y del furor guerrero que enardece a los latinos.
Ya los jinetes árcades mezclados de valientes etruscos ocupan los lugares asignados.
Es firme plan de Turno impedirles el paso con el muro de su caballería
para evitar que logren unirse al campamento.
¡Ea, en pie! Y al apuntar la aurora
manda luego llamar a tus aliados a las armas y embraza aquel escudo

[355] Nombre de una antigua mujer Titán. Después se aplicó a la Luna y a Diana.

que te dio el dios del fuego, el escudo invencible,
que orló de un ruedo de oro.
Mañana, si no tomas por vanas mis palabras, el sol verá la ingente matanza
en los montones de cadáveres rútulos». Dice y al retirarse impulsa la alta popa
—que es bien mañera en ello—. Y huye la nave por las ondas
más veloz que un venablo o la saeta que empareja su vuelo con el viento.
Entonces aceleran su marcha las demás. Maravillado, atónito
permanece el troyano hijo de Anquises. Pero el presagio le conforta el alma.
Y mirando a la bóveda celeste alza esta breve súplica:
«¡Alentadora madre del Ida y de los dioses, que pones tus amores en Díndima,
en las ciudades torreadas y en el par de leones uncidos a tu carro,
sé mi guía en la lucha, da presto cumplimiento debido a tu presagio,
asiste, diosa, favorable a los frigios!»
No dijo más. En tanto, cumplido ya su giro,
iba rompiendo el día en raudales de luz y había puesto en fuga ya a la noche.
Comienza por mandar a los suyos que sigan sus señales
y que apresten el ánimo al combate y que se preparen a la lucha.
Ahora en pie en la alta popa ya tiene ante los ojos a los teucros
y el campamento. Iza su brazo izquierdo el fulgurante escudo.
Alzan un clamoreo los dárdanos al cielo desde el muro.
Su esperanza recobrada reaviva su coraje. Disparan vigorosos sus venablos,
como entre negras nubes dan señales las grullas del Estrimón [356]
surcando los aires vocingleras mientras huyen del Noto con gritos de alegría.
Maravilla al rey rútulo y a los jefes ausonios aquella novedad
hasta que ven girando la mirada que las naves enfilan a la ribera
y todo el mar surcado por la flota que avanza.
Fulge el crestón del yelmo de Eneas,
vierte lumbre su airón en derredor
y arroja su áureo escudo borbollones de fuego,
igual que a veces en las noches claras brillan rojos de sangre los cometas
con lúgubre fulgor o surge ardiente Sirio portando a los dolientes mortales
sed y plagas y entristeciendo el cielo con su siniestra luz.
No pierde la osadía de Turno su esperanza de ganar antes que ellos la ribera

[356] Río de Macedonia al norte de Grecia. El Noto es el viento del sur portador de la lluvia. Los gritos de las grullas figuran entre los anuncios del mal tiempo que anticipa el poeta a los labradores al cabo del primer libro de las *Geórgicas*.

y arrojar de su tierra al invasor.
Trata de levantar el ánimo a los suyos y los acucia así:
«Tenéis lo que queríais, ensartarlos en la espada.
En vuestras manos está ya el mismo Marte, camaradas.
Que ahora cada cual se acuerde de su esposa y su hogar;
que ahora traiga a la memoria las proezas,
la gloria de los suyos. Adelante. Corramos a su encuentro junto al agua,
cuando al precipitarse de las naves den vacilando sus primeros pasos.
La fortuna ayuda a los audaces». Prorrumpe y va pensando
con quiénes hacer frente al enemigo
y a qué otros encargar el cerco de los muros.
Eneas, entre tanto, desembarca a los suyos tendiendo pasarelas desde las altas
[popas.
Esperan unos el lánguido reflujo de cada ola y de un salto confían
su cuerpo al poco fondo de las aguas. Algunos se deslizan por los remos.
Tarcón explorando la línea de la playa advierte un punto donde ni borbotea
el agua en los bajíos ni van rompiendo con fragor las olas,
sino que se deslizan sin tropiezo cuando sube la marea.
Al instante enfila allí las proas
y exhorta así a los suyos: «Ahora, guerreros míos preferidos,
volcaos ahora en vuestros fuertes remos.
Alzad, llevad las naves con vosotros, clavad vuestro espolón
en esta tierra hostil y que abra vuestra quilla surco en ella.
No me importa astillar mi nave contra aquel fondeadero con tal de ganar
[tierra».
Dice y al punto se alzan los suyos sobre el remo
e impulsan hacia el campo latino
las naves espumantes hasta que el espolón se clava en tierra seca
y cada quilla descansa ya sin daño. Pero no así la tuya, Tarcón, pues encallada
en el dorso saliente de un bajío, tras quedar largo rato bamboleándose
suspendida sobre él, fatigando el embate de las olas, se abre al cabo
y esparce sus hombres por el agua, donde los embarazan los pedazos de remos
y las tablas flotantes de los bancos y donde la resaca
les obliga a alejarse de la orilla.
Nada detiene o desanima a Turno. Arrebata furioso todos sus escuadrones
y los planta en la playa en frente de los teucros. Resuenan los clarines.

Eneas se adelanta y arremete contra aquella andanada de tropas campesinas
—buen augurio en la lucha— y va derribando a los latinos.
Y da muerte a Terón, el más talludo guerrero,
que se atreve a salirle al encuentro. A través de la cota y de la túnica
que cubren placas de oro bebe su espada en el costado abierto.
Hiere después a Licas, aquel que fue arrancado
del vientre de su madre ya muerta
y que te consagraron a ti, Febo,
porque logró el infante salvarse del peligro del cuchillo.
Cerca de allí precipita en la muerte al fornido Ciseo y al gigantesco Gías,
que abatían escuadrones enteros con sus clavas.
De nada les sirvió ni el arma de Hércules
ni el vigor de sus manos ni Melampo su padre, siempre al lado de Alcides
mientras le fue la tierra deparando sus penosos trabajos.
Y a Farón, que iba dando a los aires sus bravatas, le dispara su dardo
y se lo hunde en la boca vocinglera. Y tú también, Cidón infortunado,
mientras vas siguiendo a Clicio, que hace ahora tus delicias,
—le dora el primer vello aún las mejillas— yacerías en tierra, triste de ti,
abatido por la diestra dardánida, sin cuidado ya alguno
de todos tus amores moceriles, si no viene en tu ayuda la cerrada cohorte
de los hijos de Forco —son siete y otros siete los dardos que disparan—.
Unos van rebotando en el yelmo y broquel en vano, otros su madre Venus
se los desvía y le pasan rozando el cuerpo. Eneas dice en esto al fiel Acates:
«Dame dardos, de aquellos que en los llanos de Ilión
clavé en los cuerpos griegos.
Ni uno va a disparar contra los rútulos mi diestra sin blanco».
Y arrebata su mano una gran jabalina y la dispara.
Vuela el arma y traspasa el escudo de Meón
y le desgarra a un tiempo peto y pecho. Acude al punto Alcánor
en auxilio de su hermano y con su diestra
sostiene el cuerpo que se viene a tierra,
pero la jabalina sigue rauda su sangriento camino y le atraviesa el brazo
y se queda colgando del hombro por los nervios la mano moribunda.
Y Numítor entonces arrebatando el arma del cuerpo de su hermano
la dispara contra Eneas pero no logra herirle.
Pasa la jabalina rozando el muslo del fornido Acates.

Avanza entonces Clauso, el que viene de Cures [357],
ufano de su brío juvenil e hiere desde lejos
con su erizada jabalina a Dríope y se la clava debajo del mentón
y le horada la garganta y le corta mientras habla la voz al tiempo que la vida.
Él golpea de frente la tierra y borbotea espesa sangre.
Y además a tres tracios del excelso linaje del Bóreas y a otros tres que mandó
su padre Idas desde Ísmara, su patria, los va abatiendo por diversa traza.
Corre Haleso hacia allí con sus tropas de Aurunca.
Y acude allí Mesapo, el hijo de Neptuno, luciendo un tiro de vistosos potros.
Pujan unos de un lado, otros del otro por rechazar al enemigo.
Se combate en el mismo linde ausonio.
Como vientos guerreros traban combate por el ancho cielo
con encono y con fuerzas parejas. No cejan uno ni otro ni las nubes ni el mar.
La lucha está indecisa largo tiempo; todos se embisten con empeño tenaz.
No de otro modo chocan troyanos y latinos,
pegado pie con pie, trabado hombre con hombre.

Heroísmo de Palante. Se redobla la lucha

En otra parte en cambio, allí donde un torrente había hecho rodar
y dejado esparcidas grandes piedras
y breñas descuajadas de la orilla, los jinetes arcadios,
no avezados a combatir a pie,
—la aspereza del terreno les movió a dejar sueltos los caballos—
huían perseguidos por las tropas latinas.
Cuando los ve Palante, echa mano del único recurso
que le queda en aquel trance, avivar su valor
o con súplicas o con duros reproches:
«Camaradas, ¿a dónde huís? Por quien sois os lo pido,
por vuestros hechos valerosos,
por el nombre de vuestro rey Evandro,
por las guerras en las que habéis salido vencedores,
por mi esperanza, que ahora aspira a emular las glorias de mi padre,

[357] Ciudad de los sabinos. Ísmara es una montaña de Tracia, región al nordeste de Grecia.

no pongáis fe en la huida. A hierro hemos de abrirnos camino entre las filas enemigas.
Donde aquella columna de guerreros acosa más espesa,
allí es donde la gloria de la patria os reclama
y reclama a Palante, vuestro jefe. No nos atacan dioses.
Son mortales lo mismo que nosotros.
No cuentan con más vidas ni más manos.
El mar —miradlo— nos cierra la salida con la imponente valla de sus aguas.
Ya no nos queda tierra a donde huir.
¿Nos lanzamos al mar o hacia esta nueva Troya?»
Así diciendo se precipita en medio de las cerradas filas de enemigos.
Lago es el que primero se le pone delante, impelido por su aciago destino.
Arrancaba una piedra de gran peso
cuando la jabalina que dispara Palante se hunde en él
allá donde la espina dorsal separa las costillas en dos partes.
Palante arranca el arma clavada entre los huesos.
No consigue caer sobre él Hisbón como esperaba, por sorpresa,
pues al cargar contra él, incauto,
enfurecido ante la horrible muerte de su amigo,
ya le aguarda Palante y le entierra la espada en el henchido pulmón de ira.
Arremete contra Estenio después y contra Anquémolo,
el de la antigua estirpe de Reto,
aquél que se atrevió a incestar el tálamo de su misma madrastra.
También vosotros dos, Larides y Timbro, los mellizos de Dauco,
caísteis en los campos de los rútulos. No hubo dos más iguales.
Os confundían vuestros mismos padres y su perplejidad les daba gozo [358].
Pero Palante sí que os diferencia. Y bien cruel por cierto,
que a ti, Timbro, la espada de Evandro te cercena la cabeza,
a ti, Larides, la diestra, que separa de un tajo, continúa buscándote,
y te vibran los dedos medio muertos y tratan de volver a asir la espada.
Enardece a los árcades la arenga de su jefe y contemplando sus proezas
el despecho y la afrenta mezclados en sus almas les aguija al combate.

[358] El arte creador de Virgilio porfía al describir los combates en variar las formas de muerte e individualizar a los caídos. Ello contrasta con la monotonía en uno y otro extremo de Homero. Cautiva el llamativo contraste que acentúan el alacre humor virgiliano en el pareo de la muerte de los dos mellizos.

Palante entonces traspasa al vuelo el pecho de Reteo
que huyendo se cruzaba en su carro por delante;
lo que le da un respiro y alguna tregua a *Ilo* —a éste iba dirigida
la poderosa lanza desde lejos—. Pero Reteo trata de escapar de tu alcance,
noble Teutrante, y el de tu hermano Tires y se interpone y rueda de su carro
y golpea agonizante con sus talones las campiñas rútulas.
Como por el estío cuando soplan los vientos a gusto del pastor,
éste de trecho en trecho arma fogatas entre las arboledas
y se corren las llamas al espacio intermedio
y se extiende en un frente la línea crepitante de Vulcano
sobre los anchos llanos, y él, sentado en un alto,
mira ufano la traza de las llamas triunfantes,
así también toda la valentía de los tuyos concentrada en un bloque,
va en tu ayuda, Palante. En esto Haleso,
intrépido en la guerra, arremete contra ellos
resguardando su cuerpo tras su escudo
y da muerte a Ladón y a Feres y a Demódoco.
Con su radiante espada le taja de un revés a Estrimonio la diestra
que apuntaba ya en alto a su garganta.
De una pedrada, parte la cara de Toante
y le deshace el cráneo y lo esparce mezclado de sesos y de sangre.
Haleso había sido escondido a la sombra de los bosques por su padre,
adivino del hado. Mas cuando éste entró en años
y relajó la muerte sus ojos blanquecinos,
las Parcas echan mano del muchacho
y consagran su vida a los dardos de Evandro.
Palante lo acomete, mas dirige primero esta plegaria:
«Dale ahora, padre Tíber, a este hierro, que vibro y que disparo, vía favorable
por entre el pecho del tenaz Haleso.
Tu encina ostentará las armas y despojos del guerrero».
Oyó el dios sus palabras. Mientras cubre a Himeón el malhadado Haleso
presenta el pecho inerme al arma arcadia.
Pero Lauso, parte importante de esta guerra,
no deja que sus tropas se amedrenten ante el enorme estrago de aquel héroe.
Comienza por matar al que primero se le enfrenta, a Abante,
firme nudo y baluarte en la batalla.

Y va tendiendo en tierra a los mozos arcadios
y abate a los etruscos y a vosotros, teucros, cuyos cuerpos
no mandaron los griegos a la muerte.
Se acosan ambos bandos, iguales en poder y en capitanes.
La retaguardia apelotona las primeras filas. Son tantos que no pueden
mover armas ni brazos. Por un lado Palante acosa y arremete,
por otro lado Lauso, en años casi iguales, uno y otro de galana belleza.
A los dos les tenía vedado la fortuna regresar a la tierra de sus padres.

Combate de Palante

No consiente el señor del alto Olimpo que luchen entre sí.
A uno y a otro le aguarda su destino, pero a manos de más alto rival.
En esto avisa a Turno su hermana alentadora
que acuda presto en ayuda de Lauso.
Cruzaba entre las líneas de batalla en su carro volandero
cuando avista a los suyos:
«Es tiempo de interrumpir la lucha», prorrumpe.
«Yo solo me enfrento con Palante.
Soy yo solo quien tiene derecho a él. Quisiera que su padre
estuviera aquí presente». Así dice y los suyos se retiran obedientes del campo.
Ante la retirada de los rútulos,
sorprendido Palante del imperioso tono de su mando,
queda pasmado contemplando a Turno,
recorre con sus ojos su imponente estatura,
en todo él va poniendo su sañuda mirada,
y con estas palabras replica a las palabras del déspota:
«Pronto me ensalzarán o por cobrar tus soberbios despojos
o por la gloria de mi muerte. Mi padre acepta igual un lote que otro.
Deja tus amenazas». Dice y avanza a la mitad del llano.
Se les hiela a los árcades la sangre
alrededor del corazón. Ha saltado ya Turno de su carro
presto a luchar pie en tierra y cuerpo a cuerpo.
Como el león que al avistar de lo alto de un otero
a un toro que se adiestra en la pelea allá en el llano,
va volando a su encuentro, así va Turno hacia él.

Palante cuando cree que le tiene al alcance del tiro de su lanza,
se le adelanta por si en aquel combate desigual
favorece a su audacia la fortuna. Y clama así al ancho haz de los cielos:
«Por la hospitalidad que te prestó mi padre,
por la mesa a la que te sentaste forastero,
dame, Alcides, tu ayuda en mi alto empeño, te lo pido.
¡Que mi enemigo moribundo me vea arrancarle su arnés ensangrentado
y que soporten al vencedor sus ojos al morir!»
Oyó Alcides al joven y en lo hondo de su pecho ahoga un triste gemido
y da suelta a su impotente llanto. En esto le habla a Alcides
su padre omnipotente con palabras de afecto: «Fijado le está el día a cada cual.
El plazo de la vida es breve para todos y no es dado reponerlo.
Pero extender la fama con las obras, esa sí que es empresa de valía.
Bajo los altos muros de Troya sucumbieron muchos hijos de dioses.
Cayó allí Sarpedón, el hijo de mi sangre.
También a Turno le está llamando su hado.
Ya ha llegado a la meta señalada a su vida». Así dice
y aparta los ojos de los campos de los rútulos [359].
Palante arroja entonces con enorme fuerza
su lanza y arrebata del hueco de su vaina su espada fulgurante.
El arma voladora va a clavarse donde el ruedo cimero del arnés
se eleva sobre el hombro y abriéndose allí vía por su borde
logra rozar al gigantesco Turno. Este entonces blandiendo con sosiego
su lanza que remata un espigón de hierro se la arroja a Palante.
«Comprueba si mi tiro penetra más adentro». Dice y la punta con vibrante brío
le atraviesa el escudo por el centro. No pueden impedirlo tantas láminas
de hierro ni de bronce ni tanta piel de toro como en dobles lo cubre y lo rodea.
Le penetra la valla de la cota y le horada el ancho pecho.
Palante arranca en vano el hierro de la herida cálida todavía.
Por una misma vía se le escapa la sangre con el alma. Se derrueca de bruces

[359] Revela el pasaje la hondura del sentido humano de Virgilio. El padre de los dioses se apresura a hacer suyo el dolor de su hijo Alcides. A la estoica aseveración de Júpiter añade por compensación la inminencia del fin de Turno. Con gesto paternal Júpiter desvía la cabeza de la muerte de Palante. Y el poeta remata el pasaje con su epifonema de conmiseración ante el presentimiento del dolor de Evandro. Y la denostación de la necia ufanía de Turno.

sobre la herida. Suenan las armas con estruendo en su caída
y al expirar golpea la tierra hostil su boca ensangrantada.
Turno a su lado en pie prorrumpe: «Arcadios, recordad lo que os digo
y trasladadlo a Evandro. Le devuelvo a Palante tal como se lo tiene merecido.
El honor del sepulcro, cualquiera que éste sea, y el consuelo
que puede deparar el dar tierra a un cadáver, se lo otorgo generoso.
No le va a costar poco la acogida de Eneas».
Dice y planta el pie izquierdo sobre el cuerpo ya exánime
y le arranca el enorme tahalí con la escena de horror grabada en él [360]:
aquel tropel de mozos degollados en vergonzoso crimen la noche de sus bodas
y los sangrientos tálamos que Clono, hijo de Éurito, había cincelado
en gruesas chapas de oro. Turno exulta de gozo ante el trofeo.
Se gloría de ser ya dueño de él.
¡Oh, mente de los hombres, que no sabe del hado
ni la suerte futura ni sabe de mesura si les alza el favor de la fortuna!
¡Tiempo vendrá en que Turno pagaría a alto precio no haber puesto
sus manos en Palante y odiará estos despojos y este día!
En torno del cadáver se apiñan con gemidos y lágrimas abundantes los suyos.
Y se lo van llevando acostado en su escudo.
¡Palante, qué dolor cuando vuelvas!
Y qué alta gloria vas a dar a tu padre.
¡El primer día que te manda a la guerra, ese mismo te arrebata la vida!
Pero dejas al menos montones de cadáveres de rútulos.

Reacción de Eneas

No es ya el mero rumor de este amargo desastre, es un mensajero más veraz
quien volando lleva a oídos de Eneas el aviso de que se hallan los suyos

[360] La constante de antelación virgiliana opera una vez más con su traza de celado designio. Se halla en el tahalí de Palante, nos dice, cincelada la historia de las cincuenta Danaides que por orden de su padre dan muerte a sus esposos la noche de bodas menos la más joven, Hipermestra, que salva al suyo, Linceo. De éstos desciende Acrisio, padre de Dánae, la que llega a Italia y funda Árdea. Allí se casa con Pilumno, antepasado de Turno. De ahí que la escena del tahalí provoque la alegría de Turno, que ve en ella un don familiar. Acentúa el poeta el gozo del rútulo por su posesión, ignorante de que encierra su muerte, ya que a ella fía Virgilio, vencido Turno, el desenlace del poema.

a un paso de la muerte. Y que ya es tiempo de auxiliar a los teucros derrotados.
Eneas va segando con su espada las filas más cercanas. Arde en ira.
Se abre a punta de hierro una ancha senda entre los batallones enemigos.
A ti te busca, Turno, a ti ensoberbecido con el reciente estrago.
Palante, Evandro, todo se le va presentando ante los ojos:
las mesas que le dieron acogida cuando llegó de fuera,
las diestras que estrechó en señal de alianza.
En esto a cuatro mozos hijos de Sulmón y a otros cuatro
que fue criando Ufente los atrapa allí vivos.
Quiere inmolarlos todos como ofrenda
a la sombra de Palante e ir regando de sangre cautiva las llamas de la pira.
Ya había disparado desde lejos su formidable lanza contra Mago.
Éste se agacha astuto —vuela el arma tremante por sobre su cabeza—.
Mago estrecha en sus brazos las rodillas de Eneas y le dice suplicante:
«¡Por el alma de tu padre, por toda la esperanza que tienes puesta en Julo
que se hace hombre, te lo pido, guárdales esta vida a mi hijo y a mi padre.
Tengo opulenta casa. Guardo en ella bien hondo soterrados talentos
de plata cincelada. Acopio un gran caudal de oro labrado y sin labrar.
La victoria troyana no depende de mí. Una sola vida no va a desnivelar
tan gran empresa». Así le habla y Eneas le responde: «Todos esos talentos
de plata y oro que dices, guárdalos para tus hijos.
Turno se ha adelantado a abolir tales tratos de guerra en el momento mismo
de dar muerte a Palante. Es lo que piensa el alma de mi padre Anquises,
lo que piensa mi hijo Julo». Y mientras le habla así,
le coge del yelmo con la izquierda
y echándole hacia atrás el cuello que sigue suplicando,
entierra en él la espada hasta la empuñadura.
No lejos de allí está el hijo de Hemón, sacerdote de Febo y de Trivia,
con las sienes ceñidas por las ínfulas que orlan cintas sagradas,
todo él resplandecía con su veste y sus vistosas armas, albas insignias.
Eneas le acomete y le cansa en el llano.
Cuando resbala y cae le planta encima el pie
y lo sacrifica y dilata sobre él un velo de ancha sombra.
Y Seresto recoge su armadura y te la lleva en hombros como un trofeo
a ti, Marte, rey Gradivo.
Restablecen la línea de batalla Céculo, de la estirpe de Vulcano,

y Umbrón, venido de los montes Marsos.
Contra ellos pugna enfurecido el dárdano.
Su espada le cercena a Ánxur la mano izquierda y todo el ruedo
de hierro del broquel. Ánxur había echado una bravata,
seguro del poder de sus palabras —acaso su esperanza le engallaba hasta el cielo
prometiéndole llegar encanecido a vivir largos años—.
Exultando de gozo con sus radiantes armas Tárquito,
el hijo que la ninfa Dríope
le dio al silvestre Fauno, le sale al paso a Eneas en su feroz carrera.
Éste gira hacia atrás su jabalina y le ensarta con la cota
la ponderosa mole del escudo y derriba por tierra la cabeza de Tárquito,
que en vano suplicaba y se aprestaba a decir muchas cosas todavía.
Y mientras con su pie va dando vueltas al tronco tibio aún,
le dirige airado estas palabras: «Quédate ahí donde estás tú, el bravucón.
Tu buena madre no podrá darte tierra ni agobiará tus miembros con el peso
de la tumba ancestral. Serás abandonado como pasto a las aves carniceras
o hundido en los regolfos te mecerán las olas a su antojo
y acudirán voraces los peces a lamerte las heridas».
Y acosa sin demora a Anteo y Lucas, vanguardia del ejército de Turno,
y al valeroso Numa y al bermejo Camerte, el hijo del magnánimo Volcente
—era el más rico en tierras de la Ausonia—,
el que reinó en la silenciosa Amiclas [361].
Como el gigante Egeón, el que tenía, según cuentan, cien brazos y cien manos
y vomitaba llamas de sus cincuenta pechos por sus cincuenta bocas
cuando rugía contra el rayo de Júpiter
esgrimiendo otros tantos broqueles y otras tantas espadas,
así desencadena victorioso su furor por toda la llanura
una vez que la punta de su espada se caldeó en la lucha.
Mira, acomete ahora a los cuatro corceles del carro de Nifeo.
Los ataca de frente. Al punto en que le ven avanzar a su encuentro
a largos trancos bramando enfurecido,
se vuelven espantados, galopan hacia atrás

[361] Ciudad del Lacio, que proviene de la Amicla griega de Laconia. Se cuenta que a la ciudad griega se le anunció tanto la llegada del enemigo que prohibió se le hablara de ello. Cuando llegó en efecto, se apoderó de ella en silencio. De ahí que su silencio pasara a ser en Roma proverbial.

y derribando al guía precipitan el carro hacia la playa.
En esto avanza Lúcago por la mitad del llano
en un carro tirado por dos albos corceles. Con él su hermano Líger
que guía el tiro empuñando las riendas.
Lúcago impetuoso esgrime en torno su desnuda espada.
No puede tolerar su fiero ardor Eneas
y arremete gigantesco contra ellos. Descuella lanza en ristre.
«No son estos que ves —le grita Líger— los potros de Diomedes
ni es el carro de Aquiles el que tienes delante ni los llanos de Frigia.
Aquí van a acabar ahora mismo esta guerra y tu vida.»
Las bravatas del insensato Líger
van volando a lo lejos de sus labios.
No responde el héroe troyano con palabras,
pero vibra un venablo contra él. Y cuando Lúcago, combate sobre el tiro,
aguija con un dardo sus dos potros presto para el combate,
al echar adelante su pie izquierdo, le penetra el venablo
por el borde inferior del radiante broquel y le horada la ingle izquierda
y lanzado del carro va rodando su cuerpo moribundo por el llano,
mientras el fiel Eneas le dirige estas ásperas palabras: «Lúcago, no dirás
que te ha traicionado la perezosa huida de los corceles de tu carro,
o los han vuelto atrás sombras imaginarias surgidas de las filas enemigas.
Tú eres el que saltando encima de las ruedas lo abandonas».
Dice y sujeta presto el tiro de corceles.
Su hermano deslizado del mismo carro en tierra,
tendía infortunado sus desvalidas palmas hacia Eneas
«¡Por ti, héroe troyano, por los padres que engendraron a tal hijo,
otórgame la vida, ten compasión de mí que te lo imploro!»
Porfiaba en sus súplicas. Pero Eneas le ataja:
«No decías lo mismo hace un momento.
Muere. Un hermano no debe abandonar nunca a su hermano».
Y la punta de la espada abre vía en su pecho, allá en el escondrijo de la vida.
Así iba por el llano sembrando estrago el jefe de los dárdanos
ardiendo de furor lo mismo que torrente montañero o negro torbellino.
Al cabo irrumpe el joven Ascanio y los guerreros teucros
dejando el campamento cercado en vano. Júpiter entre tanto aborda a Juno:
«¡Hermana y a la par dulcísima esposa mía,

como pensabas —no te has engañado—,
es Venus quien sostiene a las tropas troyanas.
No son hombres que tengan el brazo vigoroso en el combate
ni el coraje capaz de plantar cara al enemigo.
Juno sumisa: «¿A qué, arrogante esposo,
das en turbarme el alma acongojada que teme tus palabras desabridas?
Si tuviera mi amor el valimiento que otro tiempo tenía y que es justo que tenga,
de seguro que no me negarías, tú que todo lo puedes,
la gracia de sacar a Turno del combate
y guardárselo a Dauno, su padre, sano y salvo. En fin, que ahora perezca
y pague con su sangre inocente a los troyanos. Y eso que es descendiente
de nuestra misma estirpe. Pilumno fue el abuelo de su abuelo
y su mano generosa ha colmado de ofrendas muchas veces tus altares».
Responde breve el soberano del eterno Olimpo: «Si pides que difiera
una muerte inmediata y solicitas un plazo a la caída de ese príncipe
y si comprendes que ésa es mi voluntad, llévate a Turno.
Haz que huya y así arráncalo
al destino que le apremia. Hasta ahí llega mi indulgencia.
Pero si bajo el velo de tus súplicas me ocultas el deseo de más altos favores,
si imaginas que voy a remover y alterar todo el curso de la guerra,
alimentas una esperanza huera». Juno insiste entre lágrimas:
«¿Y si tu corazón me concediera lo que tanto le cuesta otorgar a la lengua
y le quedara a Turno la vida asegurada?
Ahora sin merecerlo le aguarda un fin cruel
o no doy yo con la verdad. Pero ojalá me engañe por un falso temor
y cambies tu designio —lo puedes— y le des un fin mejor».

Ingeniosa traza de Juno en favor de Turno

Dice y se lanza rauda por el cielo ceñida de una nube.
Lleva ante sí la tempestad. Se dirige a las líneas troyanas
y al campamento laurente. Allí con hueca niebla
forma la diosa un tenue fantasma inconsistente
a imagen del mismo Eneas —maravilla a la vista el prodigio—,
lo reviste de las armas del dárdano, simula el escudo y las plumas del airón

en la cabeza del hijo de la diosa y le dota de palabras vacías,
sonidos sin sentido, y remeda sus pasos al andar, igual que esos espectros
que se dice revuelan cuando se ha ido la muerte o como las visiones
que engañan los sentidos entre sueños. El fantasma gozoso
exulta por delante de las primeras filas, provoca al enemigo con sus armas
y le hostiga dando voces. Y Turno lo acomete y le dispara su lanza silbadora
desde lejos. Pero él vuelve la espalda y retrocede.
Piensa entonces el rútulo que Eneas huye de él y que abandona el campo,
y su ánimo engreído se le embebe de vanas esperanzas.
«¿A dónde huyes, Eneas? No te pierdas la boda concertada.
Esta diestra va a darte las tierras que buscabas
por los mares». Farfullando estos gritos le persigue. Blande a los aires
su desnuda espada y no ve que los vientos van llevándose su gozo.
Estaba allí por dicha amarrado al saliente de una roca,
tendidas las escalas, presto el puente,
el navío en que había llegado el rey Osinio de las costas de Clusio [362].
A él se abalanza desalado el fantasma del fugitivo Eneas
y se ampara en sus hondos escondrijos. Turno le acosa sin perder un instante,
atropella todo estorbo, salta a través del elevado puente.
Llegaba ya a la proa cuando la hija de Saturno, rompiendo las amarras,
arranca la nave de la orilla y la arrebata por las revueltas olas.
Entonces el alado fantasma ya no intenta ocultarse. Alza el vuelo a la altura
y va a perderse entre la negra sombra de una nube.
Eneas entre tanto va buscando combate con su enemigo ausente.
Precipita en la muerte a cuantos rútulos se le ponen delante
mientras un torbellino arrebata a Turno mar adentro.
Éste mira hacia atrás sin saber la verdad ni agradecer su salvación
y eleva las dos manos y la voz a un mismo tiempo al cielo:
«¡Omnipotente Padre! ¿Es que has creído que era yo tan culpable
y has querido imponerme este castigo? ¿A dónde me arrebatan?
¿De dónde vengo? ¿Por qué huyo?
¿De qué traza me presento de nuevo? ¿Volveré a ver los muros laurentes
y mi campo de guerra? ¿Qué va a ser de las tropas que han seguido
mi mando y mis banderas y he dejado —¡qué infamia!— a todos ellos

[362] Ciudad de la costa de Etruria.

en las garras de una afrentosa muerte y estoy viendo dispersos
y percibo los gemidos que exhalan al caer? ¿Qué voy a hacer? ¿Habrá sima
de tierra lo bastante profunda que me trague?
O mejor, vosotros, vientos, apiadaos de mí,
llevad mi nave a los escollos, a las rocas
—de corazón, yo Turno, os lo imploro—
y estrelladla contra los bancos de crueles sirtes a donde ni los rútulos
ni la fama de mi oprobio me puedan perseguir». Dice y fluctúa su ánimo
de un pensamiento en otro, loco por el baldón: si volcarse en la espada
hundiendo su hoja fría en su costado
o arrojarse a las olas y nadando ganar la curva playa y adentrarse de nuevo
por las filas de los teucros. Por tres veces intenta lo uno y lo otro;
por tres veces la poderosa Juno
lo toma de la mano compadecida de él y le hace desistir.
Así va deslizándose por sobre el hondo mar a favor de las olas que lo impelen
y lo dejan al fin en la antigua ciudad donde su padre Dauno mora.

Entra en combate Mezencio

En tanto por aviso de Júpiter [363] Mezencio, ardiendo en ira,
entra en combate y acomete a los teucros victoriosos.
Acuden prestas las banderas tirrenas y concentrando en él toda su saña
contra él solo arremeten con su lluvia de dardos.
Él, igual que una roca adelantada sobre el ancho ponto,
expuesta a los embates de los furiosos vientos y las olas,
arrostra todo el ímpetu, todas las amenazas del cielo y de la mar,
y permanece firme; así Mezencio abate en tierra a Hebro, el hijo de Dolicaón
y a una con él a Látago y a Palmo, volandero en la huida.
A Látago le hiere de lleno en boca y cara
con un enorme trozo de la peña de un monte,
a Palmo jarretándole la corva lo deja revolcándose por tierra.
Y le hace entrega a Lauso de sus armas para que luzcan en sus hombros

[363] El padre de los dioses da entrada a Mezencio para que equilibre las fuerzas de uno y otro bando y para dar ocasión a la muerte del impío.

y se prenda el penacho en el almete. Y da muerte también al frigio Evantes
y a Mimante, compañero de Paris y su igual en edad.
Su madre Teano, la mujer de Ámico, le había dado a luz
la noche misma en la que la hija regia de Ciseo,
preñada de una antorcha trajo a la vida a Paris.
Paris reposa en la ciudad paterna,
los restos de Mimante ignorados en tierra laurentina.
Y como el jabalí que la jauría acorre a dentelladas de lo alto de los montes,
al que entre sus pinares el Vésulo [364] amparó por largo tiempo
o dieron alimento los carrizos del pantano laurentino,
cuando se ve entre redes, se detiene,
gruñe feroz, eriza el lomo y no hay montero capaz de desahogar su rabia en él,
ni acercársele siquiera, todos le acosan de lejos,
a seguro con dardos y con gritos,
así también de aquellos que aborrecen con razón a Mezencio
ni uno tiene el valor de enfrentarse con él espada en mano;
le hostigan desde lejos
con venablos y gritos imponentes. Él impávido atiende a todas partes
rechinando los dientes y sacude las lanzas de su escudo.
De los antiguos lindes de Córito [365] había hasta allí venido Acrón, griego de [origen,
a quien forzó el destino a dejar incumplido su himeneo.
Cuando lo ve Mezencio desde lejos sembrando estrago en medio de sus huestes,
radiante con las plumas bermejas de su airón y su capa de púrpura,
don de su prometida, como el león ayuno que ronda sin cesar los establos [vallados
aciado de hambre ciega, si avista alguna cabra fugitiva o algún ciervo
de enhiesta cornamenta, exulta abriendo sus inmensas fauces,
eriza sus guedejas y ahinojado se pega a las entrañas de su presa
y su belfo cruel queda bañado en repulsiva sangre;
así se precipita Mezencio impetuoso en las cerradas filas enemigas.
Queda tendido Acrón, el sin ventura, que bate en su agonía

---

[364] Montaña de Liguria, el actual Viso, que domina los Alpes marítimos. El poeta se refiere a los valles de su base donde nace el Po. Las marismas de Laurente se hallan en el Lacio.

[365] Ciudad de Etruria a que ha aludido a comienzos del libro IX. Prosigue el poeta su norma de individualizar a los combatientes.

con sus talones la sombría tierra y va bañando su lanza rota en su sangre.
Ve a Orodes que va huyendo y no se digna abatirle de un tiro por la espalda.
Corre a su encuentro, le acomete de frente y se traba con él y le vence
no por traza de astucia sino en el bravo empuje de las armas.
Luego, sobre el caído, apoyando a la par el pie y la lanza: «Camaradas,
yace vencido el orgulloso Orodes, parte no despreciable en esta guerra».
Rompen todos en gritos entonando gozosos el canto de victoria.
Y el vencido exhalando la vida:
«Vencedor, el que seas, no va a quedar mi muerte sin venganza
ni va a durarte mucho la alegría.
Te espera a ti también la misma suerte.
Pronto estarás tendido en este mismo campo».
A lo que con sonrisa entremezclada de ira: «Tú por de pronto muere.
De mí verá lo que hace el padre de los dioses y los hombres».
Dice y le arranca el arma de la herida. Un pesado reposo, un férreo sueño
va oprimiendo los ojos del vencido, se le cierran los párpados
en la paz de la noche interminable. Cédico en esto descabeza a Alcátoo,
y Sacrátor a Hidaspes y Rapón a Partenio,
además a Orses, el duro como el hierro en la pelea.
Mesapo mata a Clonio y Eriquetes, el hijo de Licaón, a aquél en tierra,
caído del caballo desbocado, a éste luchando a pie.
También Agis, el licio, iba avanzando a pie pero lo abate Válero,
que hace honor al valor de sus mayores. Salio da muerte a Tronio, pero muere
a manos de Nealces, el de sin par destreza en disparar venablos y saetas
que hacen blanco a distancia sin ser vistos.
Ya iguala el duro Marte los duelos y las muertes de unos y otros.
Mataban y morían por igual vencedores y vencidos, pero ni un bando ni otro
conocía la huida. Y en la mansión de Júpiter los dioses se conduelen
de la cólera vana de ambos bandos y de que los mortales hayan de soportar
tan duros trances. De un lado está mirándoles Venus, del otro la Saturnia Juno.
En medio de millares de guerreros se embravece la pálida Tisífone.

Luchan Eneas y Mezencio. Lauso acude en ayuda de su padre

Entre tanto Mezencio, blandiendo enorme lanza,

igual que un torbellino, talludo como Orión[366]
cuando a pie va esguazando el inmenso haz del centro del océano,
y su hombro sobresale de las olas o cuando vuelve bajando un fresno añoso
de la cumbre de un monte y al andar toca el suelo su planta
y enfunda su cabeza entre las nubes,
así avanza Mezencio con sus ingentes armas.
Eneas allá en frente lo ha avistado
sobre la larga línea de batalla y se apresta a ir a su encuentro.
Impasible permanece Mezencio en espera de su noble rival, clavada en tierra
la mole de su cuerpo. Tantea con la vista el espacio que basta
para el tiro de su lanza: «¡Que me asista mi diestra que es mi dios
y esta lanza que vibro. Y hago voto de revestirte a ti,
mi Lauso, como trofeo vivo
de Eneas con los mismos despojos que arranque a ese pirata».
Prorrumpe y desde lejos le dispara su lanza zumbadora. El arma volandera
rebota en el broquel y va a clavarse distante, entre el costado
y la ijada del noble Antores, de Antores, compañero de Hércules,
que desterrado de Argos se había unido a Evandro y que en una ciudad de Italia
había ya fijado su morada. Queda tendido en tierra, desventurado de él,
por un golpe que no iba a él dirigido, alza la vista al cielo y expirando
recuerda su dulce tierra de Argos. Dispara entonces su lanza el fiel Eneas
y su tiro atraviesa el triple bronce del abombado escudo y las capas de tela
y la cubierta de tres pieles de toro y va a clavarse baja, en la ingle de Mezencio,
pero no tiene fuerza para calar más hondo. Gozoso al ver la sangre del tirreno,
Eneas arrebata la espada que pendía a su costado e hirviendo de ansia
acosa a su rival que temblequea. Apenas lo ve Lauso,
movido de su amor hacia su padre,
rompe en hondo gemido y las lágrimas ruedan por su cara.
No pasaré en silencio aquí ni el trance doloroso de tu muerte ni tu hazaña
si el tiempo transcurrido logra hacer que se crea tal proeza,
ni dejaré tampoco de nombrarte, joven héroe, tan digno de recuerdo.
Mezencio echa pie atrás y se va retirando impotente, trabado,
arrastrando la lanza enemiga que pende del pavés. Irrumpe el mozo

---

[366] El gigante cazador hijo de Poseidón. Tenía el privilegio recibido de su padre de atravesar el mar a pie.

y media en el combate y en el instante mismo en que la espada
del vencedor se yergue a descargar el golpe,
le retiene la punta del arma por debajo
y estorbándole logra parar el golpe. Sus camaradas le siguen prorrumpiendo
en grandes gritos hasta que, protegido por el pavés del hijo,
se aleja al fin el padre mientras todos concentran en su rival sus dardos
y le hostigan de lejos con sus tiros. Enfurecido Eneas resiste sin ceder
cubierto con su escudo. Como cuando las nubes
descargan su andanada de granizo, todos los labradores, todos los campesinos
abandonan el llano veloces en distintas direcciones y se acoge a un cobijo seguro
el caminante o a un refugio de la orilla del río o al hueco de alta peña
mientras pasa el pedrisco para cuando de nuevo luzca el sol
tornar a la tarea interrumpida,
así también Eneas abrumado por los tiros que llueven
sobre él de todas partes aguanta la avalancha hasta que acaba de descargar.
Y a Lauso increpa y amenaza a Lauso: «¿Dónde te precipitas
en busca de la muerte? ¿A qué acometes riesgos que exceden a tus fuerzas?
¡Imprudente! Tu amor de hijo te engaña».
Pero no deja el otro de encresparse insensato.
Ya una ira fiera remonta el pecho del caudillo troyano,
y ya acaban las Parcas de devanar las hebras de la vida de Lauso,
pues Eneas descarga su poderosa espada en pleno cuerpo del muchacho
y la entierra hasta la empuñadura. Ya la punta había traspasado el broquel,
parva defensa para tanta osadía, y la túnica que le bordó su madre
entrelazándola de flexible hilo de oro. Y le había inundado en sangre el pecho.
Al cabo su vida dejó el cuerpo y se fue por las auras desolada a las sombras.
Pero el hijo de Anquises contemplando aquel rostro moribundo,
aquella cara que iba cubriendo una asombrosa palidez,
compadecido de él, gime en lo hondo de su pecho.
Y le alarga la mano y aflora a su alma el vivo reflejo de su mismo amor filial.
«¿Qué podría ahora darte, infortunado joven,
por esa noble hazaña el fiel Eneas?
¿Qué galardón digno de tan gran alma?
Quédate con esas armas que eran tu alegría.
Y por si ello te causa todavía algún cuidado, te devuelvo a las sombras y cenizas
de tus mayores. Y ahora, desventurado, que esto al menos te sirva

de alivio en la desgracia de tu muerte:
es el brazo del poderoso Eneas quien te vence».
Más todavía, increpa a los reacios compañeros de Lauso.
Y lo alza él de la tierra [367],
mancillados de sangre los cabellos peinados a usanza de su patria.
Su padre estaba en tanto a la orilla del Tíber,
restañando en las ondas sus heridas
y descansando allí reclinaba su cuerpo en el tronco de un árbol.
Pende el yelmo a distancia, de lo alto de una rama y sus pesadas armas
reposan por el prado. Le rodea la flor de sus guerreros.
Él, fatigado, jadeante, busca alivio a su cuello y deja suelto por el pecho
el caudal de su peinada barba. Pregunta muchas veces por su Lauso,
le manda constantes mensajeros para que lo devuelvan a su lado
y le lleven recados de la angustia de su padre.
Pero en esto sus mismos compañeros
sollozando le traían a Lauso exánime, tendido en el pavés, al corpulento Lauso
abatido por una enorme herida. Reconoce de lejos el gemido
su alma que presentía la desgracia y mancilla sus canas con puñados de polvo
y tiende sus dos manos hacia el cielo, y aferra con los brazos su cuerpo:
«¡Hijo mío, tan gran ansia de vivir se apoderó de mí que he consentido
te enfrentaras por mí a la espada enemiga, tú a quien yo di la vida!
¡Ay, esa herida tuya le ha salvado la vida a tu padre que vive por tu muerte!
¡Ay, triste de mí, ahora es cuando empiezo a sentir la amargura del destierro!
¡Ahora sí que la herida cala en lo hondo! Yo he manchado, hijo mío,
con deshonor tu nombre, ¡yo a quien, aborrecido,
han echado del trono y el cetro de mis padres!

---

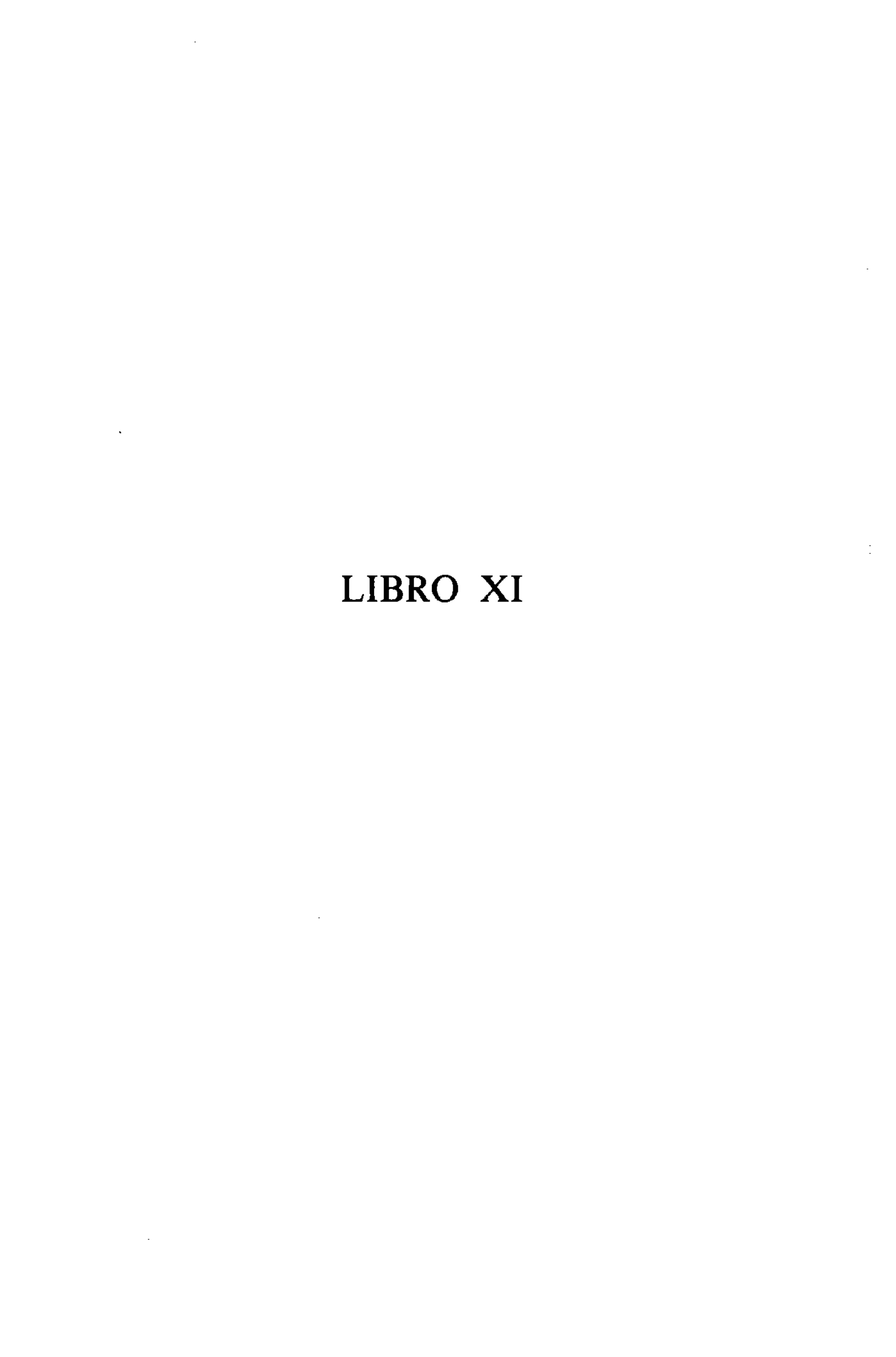
[367] Detecta el poeta a nuestros ojos el transfondo del alma de Eneas en más reveladora medida que a lo largo del poema. La mirada y el alma del troyano se hunden en el rostro del moribundo. Le estremece ver cómo va aflorando a él su palidez. A su vista, en la mente de Eneas, que ha pasado de la ira a la conmiseración, se funde la imagen de su padre —el texto latino acentúa a maravilla su *Anquisiades*—, el hijo ha caído por salvar a su padre, con la imagen de su Ascanio que presiente en el mismo trance. Frente a la exultación de Turno ante el despojo cobrado a Palante, los extremos de amor paterno a que llega Eneas, desde el tender la mano por volverle a la vida hasta elevarle él mismo del suelo, alzan un hito de afección humana sin par en las letras clásicas.

Antes debí pagar la pena merecida a mi patria y al odio de los míos.
¡Ojalá hubiera sometido esta vida culpable a cualquier género de muerte!
¡Y vivo aún y no dejo todavía a los hombres y la luz! Pero quiero dejarla».
Dice esto y se incorpora sobre el herido muslo y aunque le resta fuerzas
la honda herida, no se abate y manda que le traigan su caballo.
Era su orgullo y era su consuelo. Cabalgando sobre él volvía victorioso
de todos sus combates. Se pone a hablar con él. Le dice al animal entristecido:
«¡Rebo, mucho ha durado nuestra vida,
si algo hay que dure mucho a los mortales!
O vuelves hoy trayendo vencedor los despojos sangrientos y la testa de Eneas
y vengamos los dos el sufrimiento de Lauso,
o si no hay fuerza alguna
que logre abrir camino, morirás tú conmigo.
Pues no vas a dignarte, valeroso animal, creo yo, tolerar
que otro te mande ni aceptarás por dueño a ningún teucro».
Le dice y monta en él y acomoda sus miembros como tiene por costumbre
y carga sus dos manos de aguzados venablos.
Fulge en su testa el bronce de su yelmo
y eriza al aire su penacho equino.
Y galopa así raudo al centro de las tropas enemigas.
En un solo corazón hierve un inmenso sonrojo y un frenesí mezclado de dolor
y un amor acuciado del ansia de venganza y un valor seguro de sí mismo.
Llama a Eneas a gritos por tres veces. Lo reconoce Eneas
y dirige gozoso esta plegaria: «¡Que me otorgue esta gracia
el gran padre de los dioses y Apolo el de la altura.
Empieza ya». Se limita a decir.
Y lanza en ristre se dirige a su encuentro. Mezencio le replica
«¿Por qué tratas de amedrentarme tú, monstruo feroz,
después de haberme arrebatado a mi hijo?
Era ése el único camino que tenías para acabar conmigo.
Ni la muerte me aterra ni me impone ninguno de los dioses. Cesa, pues.
Vengo a morir, pero antes te traigo estos regalos». Dice y volteando el brazo
le dispara un venablo a su rival. Y le clava otro y otro volando en torno de él
en ancho círculo. Pero todo lo para el pomo de oro del broquel.
Tres veces cabalgó sobre la izquierda disparando venablos, girando alrededor
de su enemigo que le aguarda a pie firme. Y tres veces el héroe troyano

mueve en torno el imponente bosque de venablos
erizado en el bronce de su escudo.
Después desazonado de la larga espera, de arrancar tantos venablos,
y de verse acosado en combate desigual,
reflexionando mucho le arremete por fin
y dispara su lanza que se clava en el hueco de las sienes de su corcel guerrero.
Se alza el bruto de manos y azota con sus cascos las auras
y derriba al jinete y lo deja trabado
y con la paletilla dislocada se derrumba sobre él
adelantando la cabeza en tierra.
Troyanos y latinos enardecen el cielo con sus gritos. Vuela a su lado Eneas,
saca veloz la espada de su vaina y puesto el pie sobre él:
«¿Dónde está ahora el coraje de Mezencio, aquella su feroz pujanza de alma?»
Y el tirreno, luego de alzar los ojos al oreo de las auras
e ir bebiendo en los cielos, vuelto en sí le replica:
«¡Desabrido enemigo! ¿A qué te mofas?
¿A qué esas amenazas de muerte? No es delito matar ni entré en combate
en busca de piedad ni es ese el trato que concertó mi Lauso entre tú y yo.
Sólo pido una cosa si le es dado pedir alguna gracia a enemigo vencido.
Permite que la tierra cubra mi cuerpo.
Sé que el odio feroz de mi pueblo me cerca.
Líbrame, te lo pido, de su furia.
Y déjame que a mi hijo le haga en la sepultura compañía» [368].
Así dice y entrega al esperado golpe la garganta. Y sobre su armadura
va vertiendo su vida en raudales de sangre.

---

[368] Por obra de amor paterno se regenera el alma de Mezencio. Con lo que llega a ganarse la simpatía del poeta y del lector. Acciona al cabo en la escena un resorte de inconfundible traza virgiliana, la elevación de lo animado a nivel humano, la sinceración de Mezencio con su caballo Rebo. Por su cruel azar intuido por la mente de Virgilio, concurre Rebo a la muerte de su amo. Poco después, en el libro siguiente, asocia el caballo preferido de Palante, el fiel Etón, al duelo por su desgracia. En el cortejo que devuelve el cadáver de Evandro, Etón va llorando por la muerte de su dueño.



LIBRO XI

PRELIMINAR

Al cabo de la muerte de Lauso y Mezencio con que termina el libro X, pasa Eneas a cumplir su voto con la divinidad y a enterrar a sus muertos. Comienza por alzar el trofeo con los restos de Mezencio en cumplimiento de su promesa a los dioses. Y manda el cadáver de Palante a la ciudad de su padre Evandro donde nos describe el dolor del anciano rey. Sigue la escena del entierro de los muertos en uno y otro bando. Luego nos traslada el poeta a la ciudad de Latino. Convoca el rey el gran consejo de los primates del reino. Oyen a los embajadores mandados a Diomedes en demanda de ayuda. Se niega el jefe griego a guerrear contra Eneas. Propone entonces el rey una embajada de paz a los troyanos. La apoya Drances, enemigo mortal de Turno. Se opone éste a la propuesta violento. Corta la asamblea la noticia de que se acerca Eneas con sus tropas. Reanuda Turno la lucha. Hace su aparición en la batalla Camila, una muchacha mitad guerrera, mitad ensueño. Muere de alevosa herida. Huyen entonces los latinos despavoridos a ampararse en la ciudad. Turno deja la emboscada que tendía a Eneas y acude a defender a los suyos.

El libro raudo, lleno de contrastes, consta de dos partes, la primera dividida en otras dos, la tregua de los muertos y el gran consejo del rey Latino. Señorea la segunda la gallardía de una muchacha de empuje viril, de alada gracia femenina, rendida por su afán de mujer a la muerte. Concurre el libro, quizá como ninguno, a ahondar nuestra visión del alma de Eneas, a alumbrar nuevas venas reve-

ladoras de su unicidad. Y ello desde su arranque, con los apremios del troyano a sus capitanes victoriosos, apremios de jadeante antelación: «Que adelante a la lucha la esperanza» (XI, 18), con la reacción de su duelo ante el cuerpo exánime de Palante, con la respuesta del caudillo a los embajadores que le piden una tregua para enterrar a sus muertos. Quiere dársela a los vivos. Revelador su culto a la muerte, el cortejo del cadáver de Palante a Evandro que a su llegada con admirable contención remata con el abrazo de padre a hijo, contrapunto de otro encuentro en el trasunto de sombras de su Infierno. Decanta el poeta a nuestros ojos la afección de Eneas a Palante a modo de clímax del desenlace final. Cubre el cuerpo del muchacho infortunado con el don para él de más estima, las prendas de otro amor consumido en otra pira, las dos clámides bordadas para el troyano por las manos de su Dido. Revelador asimismo su sondeo del alma de Turno, de su insolencia, de su violencia que impone la guerra. Y la desbocada anticipación de su mente. Baja del alcázar recién armado, exultante y se imagina que ya tiene en sus manos prendido al enemigo.

Adeudamos al episodio de Camila su vía luminosa de indagación en el alma y en el arte de Virgilio. La modelación de la amazona es obra de la pasión de Diana y de Virgilio. La inicia el poeta con la noble reacción de la muchacha ante Turno. E interviene la diosa en su sinceración a la ninfa Opis. Aflora en el prodigio que salva a la niña, el vuelo de la jabalina lanzada por su padre Métabo, el valimiento de la diosa guardiana de Camila, resuelto con la constante de huida de la mente virgiliana. Sigue su obra el poeta. Sin esfuerzo detectamos la secreta inclinación por la muchacha de cuerpo y alma intactos, que de antemano la misma Diana cuida providente de preservar después de muerta. La sensibilidad del poeta intuye la ocasión de su muerte, el ansia femenina de adueñarse de las armas y la vistosa clámide del sacerdote Cloreo, la misma que incita a Euríalo a hacer suyos el tahalí de Ramnete y el yelmo de plumas de Mesapo en su infortunada incursión nocturna. Realza el poeta la presteza en la carrera de la muchacha. A ella debe el triunfo en una de sus proezas, su vuelo vertiginoso con que alcanza al lígur felón. Confirma con ello el encarecimiento de su alada ligereza, sin par en las

letras universales, que cierra el libro VII, 808-9. El poeta, prendado como Diana de la muchacha, apura con exquisito primor, con genial maestría, la imagen de su muerte, impresa en nuestra alma como belleza para siempre.

PAZ EN LA GUERRA. SE REANUDA LA BATALLA

Trofeo de victoria. Manda a Evandro el cadáver de Palante

Entre tanto la Aurora se iba alzando y dejaba el Océano.
Eneas aunque urgido de impaciencia por dar tierra a sus propios compañeros
y aunque su muerte le contrista el alma, paga al primer albor
sus votos a los dioses por el triunfo [369].
Planta en un altozano una talluda encina
que desnuda de todo su ramaje y la decora de radiantes armas,
las que cobró a Mezencio, trofeo que te brinda a ti,
dios poderoso de la guerra. Le acomoda el penacho de plumas
húmedo de su sangre todavía, y los truncados dardos del guerrero
y la coraza herida y perforada en doce puntos,
y prende al brazo izquierdo el bronce de su escudo
y la espada de puño de marfil se la cuelga del cuello.
Luego a sus camaradas victoriosos
—todos sus capitanes en apretado cerco le rodean—
comienza así a arengarles: «Lo más está logrado, compañeros.
Fuera todo temor por lo que resta.
Son ésos los despojos, las primicias de un engreído rey.

[369] De los deberes que ha de cumplir Eneas, el voto empeñado a la divinidad y el de enterrar a sus muertos, da preferencia al primero, a pesar de que solía anteponerse el segundo por temor a la contaminación. La encina que desnuda de sus ramas representaba el cuerpo del guerrero vencido, el de Mezencio.

Así han puesto mis manos a Mezencio.
Ahora sólo nos queda ir contra el rey del Lacio
y su ciudad murada. Aprestad las armas con coraje.
¡Que adelante a la lucha la esperanza!
Y así en el punto mismo en que los dioses
den señal de avanzar nuestras banderas,
y guiar nuestros hombres fuera del campamento,
no hayáis vacilación desprevenidos
ni el temor detenga la intención irresoluta.
En tanto demos tierra a los cuerpos insepultos de nuestros camaradas,
—única deferencia que en el hondo Aqueronte les alcanza—.
Id —añade—, rendid los honores supremos
a esas egregias almas que a costa de su sangre
nos ganaron la tierra de esta patria. Lo primero mandemos a Palante
a la ciudad apenada de Evandro. No le faltó el valor, pero un día sombrío
le arrebató la vida y fue a sumirlo en una amarga muerte».
Dice así entre sollozos y dirige sus pasos al umbral
donde yacía exánime el cuerpo de Palante,
al que el anciano Acetes daba guardia,
Acetes que primero fue escudero de Evandro
en sus días de Arcadia y que ahora acompañaba como guardián a su hijo del
[alma
con auspicios, por cierto, menos faustos.
Alrededor estaba todo el corro de criados
y la turba troyana, y las mujeres de Ilión, suelto al uso el cabello entristecido.
Pero al punto en que Eneas entra en el alto pórtico,
ellas alzan al cielo, hiriéndose los pechos,
un profundo gemido. Por el regio recinto
va resonando el eco de sus lúgubres lamentos. Al mirar la cabeza reclinada
y el rostro de Palante blanco como la nieve y sobre el suave pecho
la herida abierta por la lanza ausonia,
prorrumpe Eneas entre el llanto que se agolpa a sus ojos:
«¡Doncel infortunado! ¡Con que te me ha robado celosa la Fortuna
cuando me sonreía, negándote que vieras mi reino y que volvieras victorioso
a la casa de tu padre! No era ésa la promesa que hice a tu padre Evandro
[sobre ti

cuando a punto de partir estrechándome en sus brazos
me mandaba a ganar un gran imperio
y me advertía receloso que eran hombres aguerridos
y era fuerza luchar contra una dura raza.
Él en este momento aferrado a una esperanza vana
tal vez empeñe votos y cargue de presentes los altares
mientras nosotros afligidos rendimos inútiles honores
a un cuerpo inanimado que no debe ya nada a los dioses del cielo [370].
¡Desventurado de ti, que vas a presenciar el doloroso funeral de tu hijo!
Este es nuestro regreso, este el triunfo que estabas esperando.
Esta es la plena seguridad que yo te había dado.
Pero al menos no vas a ver a tu hijo
huyendo con heridas afrentosas [371] ni serás el padre que demanda una muerte infamante
al ver volver a tu hijo sano y salvo.
¡Ay, de mí! Y qué gran valimiento el que pierdes, Ausonia,
y cuánto pierdes, Julo, tú también».
Acabado este llanto, ordena alzar el cuerpo infortunado
y manda que mil hombres elegidos entre todo el ejército escoltando el cadáver
le tributen los últimos honores y compartan las lágrimas del padre,
consuelo bien menguado para tamaño duelo, pero debido al padre infortunado.
Otros van con premura trenzando un zarzo de flexibles andas
con brotes de madroños y varillas de encina entrelazadas,
y lo sombrean de un dosel de follaje. Allí tienden al joven aupándolo
sobre aquel lecho rústico. Parece flor que han cortado unos dedos virginales,
o una tierna violeta o un jacinto delicado que no ha perdido aún

[370] Aduce el comentarista Servio que no se trata de los dioses del cielo, con los que Palante no tiene ya relación alguna, sino de los de las moradas infernales. Parece que Virgilo participa aquí de la idea que expone Sófocles en su *Áyax* 589 y ss., de que muerto el hombre su relación con los dioses había terminado, ya que ellos habían hecho lo peor para con él. Y aun del sentido de la primitiva religión romana que entendía el culto a los dioses como el medio de obtener beneficios de ellos.

[371] Las heridas en la espalda son vergonzosas; son honrosas las que se reciben en el pecho, de frente. Se refiere, creemos, a la triste muerte del padre a causa del deshonor de su hijo y no al deseo de la muerte del hijo por el propio padre. Parece cohonestar así el poeta la entrega a la pira por Octavio en el aniversario de César de los trescientos senadores y caballeros apresados en la toma de Perusa.

su viso y su belleza, pero que ya no nutre
ni le infunde vigor la madre tierra.
Entonces saca Eneas dos clámides de rígidos relieves bordados de oro y grana,
que la sidonia Dido, gozosa en su tarea, tejió para él un día con sus manos
y había entreverado la trama de hilos de oro. Con una —último honor—
envuelve entristecido el cadáver del joven, con la otra va velando
los cabellos que han de arder en las llamas. Amontona además muchos trofeos
que en combate ganó a los laurentinos
y ordena que los vayan llevando en larga fila.
Añade los caballos y las armas que había arrebatado al enemigo.
Y también, atadas a la espalda las manos, los cautivos,
víctimas destinadas a las sombras
por rociar las llamas de la pira con su sangre.
Y ordena que los troncos cubiertos con las armas enemigas
los transporten los jefes en sus manos
y que en ellos se grabe el nombre del vencido.
Llevan también a Acetes, infortunado de él, abrumado del peso de los años.
Unas veces se hiere el pecho con los puños, otras veces el rostro con las uñas,
otras cayendo en tierra se tiende por el suelo todo lo largo que es.
Desfilan además carros de guerra empapados de sangre rútula.
Va detrás desjaezado Etón [372], el caballo guerrero de Palante.
Va llorando. Le corren por la cara gruesas gotas.
Otros portan la lanza y el morrión.
Lo demás quedó en poder de Turno, su vencedor.
Después sigue una fila desolada,
los troyanos y todos los tirrenos y los árcades,
éstos vueltas las armas hacia tierra.
Cuando había avanzado toda la comitiva, Eneas se detiene
y exhalando un profundo gemido:
«¡A mí los mismos hados horrendos de la guerra
todavía me llaman a otras lágrimas! ¡Salve por siempre tú,

[372] Como en la *sinceración de Mezencio* a su caballo Rebo al fin del libro X, vuelve el poeta a elevar el animal a nivel humano, exteriorizando el sentimiento de Etón por la muerte de su amo. Ya Homero hace derramar lágrimas a los caballos de Aquiles en la muerte de Patroclo, *Ilíada* VIII 185. Añade a las señales de duelo la de portar las armas vueltas hacia tierra, costumbre que en los desfiles militares ha llegado a nuestros días.

Palante, el más noble entre todos, por siempre adiós!»
Sin decir más, toma el camino de los altos muros
y tiende el paso al campamento.

Embajada de paz de los latinos

Habían ya llegado embajadores de la ciudad latina
enramados de olivo. Piden una merced: que les devuelva
los cuerpos abatidos a hierro que yacían dispersos por el llano
y deje que les den reposo bajo un montón de tierra.
No puede haber combate con vencidos que están privados de las auras del cielo,
que haya piedad de aquellos que antes llamó sus huéspedes y padres de su
[novia.
Accede humano Eneas a su ruego. No puede desecharlo y les da lo que piden
y añade a su merced estas palabras:
«Pero ¿qué odioso azar os ha envuelto, latinos,
en esta horrible guerra, y os hace rechazar nuestra amistad?
¿Pedís de mí la paz para los muertos, víctimas del azar de la batalla?
A gusto os la daría también por los vivos. No he venido a estas tierras
sin que el hado me fijara primero lugar
donde asentarme ni lucho con sus pueblos.
Vuestro rey ha sido quien dejó nuestra alianza. Ha preferido
confiar en las armas de Turno. Más justo hubiera sido que Turno
se expusiera en persona a la muerte. Si piensa terminar esta guerra por la fuerza
y expulsar a los teucros de sus tierras,
debía haber cruzado sus armas con las mías.
Seguiría viviendo aquel a quien el cielo y la pujanza de su brazo
le otorgara la vida. Id y dad a las llamas los cadáveres de vuestros desgraciados
[compañeros».
Así habla Eneas. Ellos quedaron en silencio estupefactos
y mantenían fijos los ojos y los rostros mirándose los unos a los otros.
En esto Drances, el entrado en años, el que siempre hostigaba al joven Turno
con su odio y sus denuncias, da en desplegar los labios: «¡Héroe troyano,
insigne por tu fama y todavía más por tus proezas!
¿con qué alabanzas podría yo encumbrarte hasta los astros?
¿Admiraré primero tu justicia o tu esfuerzo en la guerra?
Contaremos de vuelta tus palabras a la ciudad paterna agradecidos

y si nos diera traza la fortuna, lograremos —te lo aseguro—
unirte al rey Latino. Que se busque Turno otras alianzas.
Aún más, nos va a ser grato elevar la mole de los muros
que te ordena el destino y transportar en hombros las piedras de esa Troya».
Deja de hablar. Asienten todos a una con un sordo murmullo.
Se conciertan doce días de tregua.
A favor de la tregua pactada, troyanos y latinos
vagan juntos sin traba ninguna por los bosques
recorriendo la cima de los montes. El empinado fresno va resonando al golpe
del hacha de dos filos. Arrumban los pinos que se erguían hasta el cielo.
La cuña sin cesar hiende robles y cedros odorantes y sin cesar desfilan
las carretas chirriando bajo el peso de los olmos.

Llega el cortejo fúnebre de Palante a su ciudad

La Fama volandera anticipa la nueva de tan horrible duelo
y colma de congoja el corazón de Evandro y su morada
y la ciudad entera, aquella misma fama que hace poco pregonaba a Palante
vencedor en el Lacio. Los árcades se lanzan en tropel a las puertas
alzando a antigua usanza antorchas fúnebres.
Brilla hilado el camino en largas filas
y su cumbre va hendiendo el haz del campo. El cortejo troyano,
avanzando a su encuentro, entrefunde el torrente de gemidos.
Las matronas arcadias que los ven adentrarse
al hilo de las casas encienden de alaridos la ciudad consternada.
No hay fuerza ya capaz de contener a Evandro. Rompe por entre todos
y puesto en tierra el féretro se arroja sobre el cuerpo de Palante.
Se pega a él, llora, gime, y al cabo a duras penas consigue abrirse paso
la voz entre el dolor: «¡Palante, no era ésta la promesa que le hiciste a tu padre
de que ibas a afrontar con más cautela los furores de Marte!
Sí, bien sabía yo con qué fuerza impelía
la gloria primeriza de las armas y qué dulce sabor
tenía el lauro del primer combate.
¡Amargo el primer fruto de tus años de mozo,
duro el aprendizaje de una guerra a nuestras mismas puertas!
¡Ay, ofrendas y preces mías que no ha escuchado dios alguno!

¡Feliz tú, venerada esposa mía, pues te ha ahorrado la muerte este dolor!
Yo en cambio he superado viviendo mi destino
sólo para lograr sobrevivir a mi hijo.
Si hubiera sucumbido yo al empuje de los rútulos siguiendo las banderas
amigas de los teucros, sería yo el caído y este cortejo fúnebre
devolvería entonces a casa mi cadáver, pero no el de Palante.
No os acuso a vosotros, troyanos, ni reniego del pacto ni de haberos acogido
uniendo nuestras diestras. Tal era la suerte que a mis canas le estaba reservada.
Pero si a mi hijo le aguardaba una muerte prematura, consuelo me será
que ha caído adentrando a los teucros en el Lacio
tras de abatir a innumerables volscos.
No, no podría yo rendirte otros honores en tu muerte, Palante,
que los que te ha rendido el fiel Eneas, los jefes de los frigios,
los príncipes de Etruria y su ejército entero. Espléndidos trofeos
van portando, entregados por tu brazo a la muerte.
Tú también estarías aquí, Turno
—enorme tronco vestido de tus armas—, si él hubiera tenido tu edad
y ese vigor que dan los años. Pero ¿a qué os retengo alejados de la lucha,
teucros, con mi desgracia? ¡Id y no os olvidéis
de llevarle este encargo a vuestro rey:
"Si prolongo una vida que me resulta odiosa tras la muerte de Palante,
es que fío en tu brazo; él nos debe la vida de Turno,
como ves, a hijo y a padre [373].
Es lo único que queda a tu valor y tu fortuna.
No le pido a la vida gozo alguno, ni me es lícito ya. Sólo quiero hacerle llegar
a mi hijo esta alegría al reino de las sombras"».

LATINOS Y TROYANOS HONRAN A SUS MUERTOS

Entre tanto la Aurora había alzado en don su alentadora lumbre
a los desventurados mortales tornándoles su carga de trabajos y pesares.
Ya había el paternal Eneas, y ya había Tarcón, el rey etrusco,
erigido sus piras en la corva ribera.

---

[373] Remata el poeta el episodio con la firme demanda de Evandro a Eneas, la vida de Turno que debe el troyano a padre e hijo. Con ello insiste Virgilio en su obsesión por la trama del desenlance, cuyos hilos sigue cruzando a nuestros ojos.

A ellas va transportando sus muertos
cada cual conforme a la costumbre de sus padres.
Prenden debajo antorchas de fuego ennegrecido. Su velo envuelve en sombras
la bóveda del cielo. Ceñidos de sus armas radiantes dan tres vueltas a pie
girando raudos en torno de la hoguera y otras tres rodean a caballo
las llamas desoladas rompiendo en alaridos [374].
Rocían con su llanto tierra y armas.
Los gritos de los hombres y el clangor de las trompas llega al cielo.
Unos lanzan al fuego los despojos cobrados a los muertos latinos:
almetes, espadas guarnecidas y las bridas y las ruedas hirvientes en sus ejes.
Arrojan otros, como ofrendas, objetos favoritos de los muertos,
sus broqueles y dardos, que de nada sirvieron en sus manos [375].
En torno sacrifican a la Muerte gran número de bueyes corpulentos;
puercos de hirsutas cerdas y ovejas que arramblaron por toda la campiña,
los degüellan sobre las llamas. Luego contemplan cómo al hilo de la playa
arden sus camaradas y dan guardia a las piras a medio consumir.
Y nada les arranca de su lado hasta que hace girar la húmeda noche
la bóveda del cielo prendida de luceros llameantes.
Tampoco en su infortunio los latinos dejan de alzar innumerables piras
en un lugar aparte o de dar tierra a muchos de sus muertos [376],
o bien trasladan a otros a los campos vecinos,
o los transportan a su propia ciudad.
A los demás, rimero ingente de confusa mortandad, los queman hacinados
sin cuenta y sin honor. Por toda la campiña relumbran corros de afanosos [fuegos.
Ya ha ahuyentado del cielo la helada sombra la tercera aurora.
Desolados renuevan las hacinas de ceniza

---

[374] La costumbre de dar vueltas alrededor de la pira de un guerrero la hallamos mencionada en Homero, *Ilíada* XXIII 13. Aparece asimismo en los historiadores romanos Livio y Tácito.

[375] Solían arrojar al fuego los objetos cobrados al enemigo y las prendas que les eran queridas como tributo rendido a la muerte. Parece ser de origen galo el arrojar pequeñas ruedas a la pira.

[376] De las formas de sepultura que menciona el poeta, la incineración era la más frecuente en Roma ya desde la época prehistórica, a juzgar por las excavaciones realizadas en el Foro romano.

y recogen los huesos revueltos de las piras,
sobre ellos extienden tibia carga de mantillo.
Entre tanto es dentro de las casas, en la ciudad del opulento rey Latino,
donde son más intensos los clamores y más inacabables los lamentos.
Allí es donde las madres y las infortunadas nueras
y los amantes corazones de sus tristes hermanas
y los niños privados de sus padres
maldicen de la guerra cruel y la boda concertada con Turno.
«¡Que luche espada en mano —van gritando—, que lo decida a hierro
quien aspira a reinar en Italia, quien recaba para sí el primer honor!»
Drances insiste en esto sañudo,
y asegura que es Turno el único a quien llaman a combate,
que piden que se enfrente él solo con Eneas.
En contra de él se elevan muchas voces
favorables a Turno alegando diversos argumentos. Le ampara con su sombra
el prestigio del nombre de la reina. Le respalda la amplia fama
que le tienen ganada sus trofeos. Entre esta agitación,
en medio del hervor del alboroto
de pronto para colmo vuelve de la potente ciudad de Diomedes [377]
la embajada, abatida, trayendo esta respuesta: «No hemos logrado nada
con todos los esfuerzos desplegados. No han servido
las dádivas ni el oro ni las súplicas tenaces. Fuerza es que los latinos
se procuren ayuda de otras armas o que pidan la paz al rey troyano».
El peso del dolor abate el ánimo del mismo rey Latino. El enojo de los dioses
y los túmulos recientes todavía que tienen a la vista, les advierten
que Eneas es llamado por los hados,
que le guía la voluntad patente de los dioses.
Así que el rey Latino con su poder supremo convoca el gran consejo,
los primates del pueblo, y los reúne bajo los altos pórticos.
Acuden a palacio todos a una. Irrumpen por las calles atestadas.
En medio toma asiento el de edad más venerable y el primero en el mando,

[377] El célebre jefe de la Guerra de Troya era oriundo de Calidón en Etolia. Había pasado a Argos, cuyo trono había ocupado al casarse con la hija de Adrasto. Por la ayuda prestada a Dánao en la guerra contra los mesapios había recibido un territorio en Apulia donde había fundado la ciudad de Argíripa o Arpi, al pie del monte Gargano.

el rey Latino, con ceño poco alegre. Ordena a los legados que regresan
de la ciudad etolia que digan las noticias que le traen,
les pide que den cuenta cabal, punto por punto, de todas sus respuestas.
Quedan todas las lenguas en silencio.
Vénulo obedeciendo comienza a hablar así:
«Ciudadanos, hemos visto a Diomedes y el campamento argivo,
conseguimos dar cima a nuestro viaje superando su cúmulo de azares.
Logramos estrechar la mano cuyo empuje asoló la tierra dárdana.
Estaba alzando la ciudad de Argíripa,
llamada con el nombre del pueblo de sus padres
en los campos que conquistó del Gargano yapigio. Así que entramos
y se nos dio permiso para hablar en su presencia, le ofrecemos los dones,
le informamos de nuestro nombre y patria, de quién nos hace guerra,
de qué motivos nos llevaban a Arpi. Él, después de escucharnos, nos responde
con semblante apacible: «¡Afortunado pueblo en que reinó Saturno,
descendiente de la remota Ausonia!,
¿qué azares han venido a turbar vuestro sosiego
y os incitan a provocar los riesgos de una guerra que os es desconocida?
Todos cuantos a hierro devastamos los campos de Ilión
—omito los trabajos padecidos luchando al pie de los cimeros muros
o qué guerreros nuestros el Simunte oprime bajo el peso sus ondas—,
todos hemos pagado rodando por el orbe con torturas indecibles
hasta la última pena debida a nuestros crímenes, puñado de hombres
que movería a duelo al mismo Príamo. Lo sabe la funesta estrella de Minerva
y las rocas de Eubea [378], lo sabe el Cafereo vengador. Al fin de aquella guerra
empujados a riberas opuestas, Menelao el Atrida, desterrado,
llega hasta las columnas de Proteo [379], ve Ulises a los Cíclopes del Etna.
¿A qué mentar el reino de Neoptólemo [380],

---

[378] La constelación de Palas-Minerva había desencadenado una tempestad en la costa de la isla de Eubea sobre los griegos que volvían de Troya por la ofensa de Áyax a la diosa. El Cafereo es un cabo al sur de la isla de Eubea. En él pereció Áyax.

[379] Proteo, antiguo rey de Egipto, fue visitado por Menelao a su regreso de Troya en la isla de Faros donde reinaba, según refiere Homero en la *Odisea* IV 89 y ss. Las columnas de Proteo cerraban el mundo por el este como las de Hércules lo limitaban por el oeste.

[380] A Neoptólemo o Pirro, el hijo de Aquiles, se ha referido el poeta en el libro

hablar de la arrumbada mansión de Idomeneo [381],
o los locrios que moran en las playas de Libia? Hasta el rey de Micenas [382],
el gran caudillo aqueo, pereció en el umbral de su palacio
a manos de su esposa abominable, con lo que ahora el adúltero
señorea el Asia sometida. ¡Y que me hayan negado los dioses envidiosos
volver a los altares de mi patria, a ver la esposa que tanto deseaba
y la hermosa Calidón [383]! todavía me vienen persiguiendo
monstruos de aterradora catadura; los mismos compañeros que perdí,
remontaron volando las alturas y trocados en aves revuelan por los ríos,
¡implacable tortura de los míos!,
y dilatan el eco de sus dolientes voces por las rocas.
Estas desdichas mías debía yo esperarlas desde el día en que a hierro
—¡insensato!— ataqué los cuerpos de los dioses y llegué a herir la diestra
de Venus. No, no me incitéis a tales guerras pues ni, arrumbada Troya,
sostuve lucha alguna con los teucros ni me da ningún gozo el recuerdo del mal
que les causé otro tiempo. En cuanto a los regalos que para mí traéis de [vuestra patria,
llevádselos a Eneas. Me he enfrentado a los terribles tiros de su brazo
y he luchado cuerpo a cuerpo con él. Creedle a quien lo tiene bien probado.
¡Qué arrollador salta tras de su escudo! ¡Qué ímpetu de turbión,
cuando vibra su lanza! Si la tierra del Ida hubiera dado otros dos como él,

---

III al relatar el encuentro de Eneas con Andrómaca y Héleno en Butroto. Al ser asesinado Neoptólemo por Orestes le había sucedido Héleno en el reino.

381 Idomeneo, rey de Creta, fue sorprendido por una tempestad al volver de Troya y prometió sacrificar el primer ser vivo que se encontrara a su llegada a Creta. Fue éste su propio hijo y se lo ofreció a la divinidad en sacrificio. Sobrevino una peste y sus súbditos lo expulsaron de la isla. Los locrios, pueblo de la Grecia central, tomaron parte en la Guerra de Troya siguiendo a Ayax Oileo. A la muerte de éste se acogieron a la costa norte de África.

382 Agamenón, rey de Micenas, que al volver de Troya a su reino fue asesinado por su esposa Clitemnestra a instigación de su amante Egisto.

383 Al cabo de la Guerra de Troya no pudo regresar a su reino de Argos porque su esposa lo había abandonado, ni a Calidón, su ciudad nativa. Algunos compañeros de expedición fueron convertidos en pájaros siniestros que perseguían a Diomedes en su nueva ciudad. Incurrió en las iras de Afrodita porque había herido a la diosa cuando rescató a Eneas del combate salvándole de sus golpes. Había ofendido a Palas cuando con Ulises robó la estatua de la diosa, el Paladio, del alcázar de Troya.

los dárdanos hubieran atacado las mismas plazas de Ínaco[384]
y, cambiado el destino, le tocaría a Grecia ahora llorar.
Todo el tiempo perdido ante los muros de la terca Troya
se debió al brazo de Héctor y de Eneas, que frenó la victoria de los griegos
y retrasó diez años su llegada. Los dos destacan en bravura,
los dos por el empuje de sus armas.
Eneas le aventaja en el culto a los dioses y en amor a los suyos.
Unid en alianza vuestra diestra a la suya si os es dado
y guardaos de enfrentaros con ellos en batalla».
Ya has oído, buen rey, lo que responde Diomedes y también lo que piensa
de esta terrible guerra». Apenas la embajada deja de hablar,
un sordo murmujeo corrió de labio en labio
de los sobresaltados hijos de Ausonia,
igual que cuando frenan unas rocas a un río desatado y preso su turbión
rompe en un borboteo y a su son crepitante
van resonando las cercanas márgenes.
Al punto en que los ánimos se aplacan y las inquietas lenguas se apaciguan,
el rey en su alto trono invoca de antemano a los dioses y habla luego:
«Antes, os lo aseguro, latinos, quisiera haber tratado sobre este trance extremo [de la patria,
hubiera sido preferible no convocar consejo en el momento
en que ante nuestros muros acampa el enemigo.
Estamos empeñados, ciudadanos,
en insensata guerra con una raza de divino origen, guerreros indomables,
a los que no hay combate que les rinda y no dejan las armas ni vencidos.
Si teníais esperanza fundada en la alianza con las armas etolias, desechadla.
Cada cual fíe sólo en sí mismo. Qué poco hay que esperar
ya lo estáis viendo. Lo demás lo tenéis a la vista,
palpáis con vuestras manos en qué estado yace todo arrumbado.
Y no acuso a ninguno. Ha hecho el valor cuanto era dado hacer.
Hemos puesto en la lucha toda la valentía de la patria.
Ahora os voy a exponer el plan a que doy vueltas en mi mente.
Atendedme, lo diré en dos palabras. Tengo un dominio antiguo.
Está tocando al río etrusco.

[384] Primer rey de Argos. Suele tomarse el nombre de esta ciudad por el de toda Grecia.

Se extiende hacia occidente más allá de los lindes sicanos [385].
Lo siembran los auruncos y los rútulos
hendiendo a reja el duro erial de sus collados.
Herbajan en los más hirsutos de ellos. Esa región entera con la banda de pinos
de sus altas montañas, que pase a los troyanos en prenda de amistad.
Entablemos con ellos justos pactos de alianza y asociemos
su pueblo a nuestro pueblo. Que allí fijen su asiento si es tan vivo su afán
y que allí funden su murado recinto. Pero si es su propósito
ocupar otras tierras y otros pueblos, si son libres de dejar nuestro suelo,
construyamos con roble itálico para ellos veinte naves
o tantas como sean capaces de llenar —hay madera abundante junto al mar—.
Que ellos digan el número y modelo. Nosotros les pondremos el bronce,
mano de obra y astilleros. Es mi gusto además que vayan cien legados
de las más nobles familias del Lacio a transmitirles el mensaje
y trabar alianza; con los ramos de paz bien altos en las diestras,
llevándoles en don talentos de oro y de marfil
a la par que la silla y la trábea [386],
emblemas de realeza entre nosotros. Dadnos franco consejo,
acudid a auxiliar nuestra causa que se arrumba».
Entonces se alza Drances, hostil a Turno como siempre —el renombre del [rútulo
le hurga con los amargos aguijones de su furtiva envidia—,
largo en dádivas, presta la lengua pero frío su brazo en el combate.
Su consejo pesaba en la asamblea, poderoso agitador.
La alcurnia de su madre daba viso a su sangre,
se ignoraba el origen de su padre. Se levanta a hablar y sus palabras
avivan y embravecen la cólera: «La cuestión que propones, a nadie se le oculta,
buen rey, ni necesita la apoyen mis palabras. Cada uno de nosotros
tiene plena conciencia de lo que exige el interés del pueblo, pero teme decirlo.
Dé licencia de hablar y deponga su orgullo esa persona de infausto caudillaje
y proceder siniestro —lo diré por más que me amedrente
con las armas y con la misma muerte—,

[385] Se daba este nombre a los habitantes del Lacio y a los del sur de Etruria antes de la colonización griega.

[386] Manto corto de púrpura con franjas blancas que se prendía a la espalda.

la que ha hecho perecer tantos gloriosos adalides nuestros y que veamos
nuestra ciudad entera hundida en duelo
mientras él fiado en la presteza de sus pies
hostiga el campamento troyano y con sus armas empavorece el cielo.
Un solo don te ruego añadas tú, el mejor de los reyes, a ese cúmulo de dones
que nos mandas llevar y prometer a los hijos de Dárdano.
Uno solo: que no haya fuerza alguna
que estorbe tu derecho de padre a dar la mano de tu hija en nupcias dignas [de ella
a un yerno egregio y afirmar esa paz con alianza duradera.
Pero si tal terror domina mentes y ánimos, acudamos a él mismo
y demandemos esa gracia de él:
que ceda y que consienta en que el rey y la patria
recobren sus derechos. ¿Por qué una y otra vez
estás lanzando a tan obvios peligros
a sus infortunados ciudadanos, tú,
origen y motivo de las desgracias que padece el Lacio?
No hay en la guerra salvación ninguna.
Paz es lo que de ti todos pedimos, Turno,
y con la paz la única e inviolable garantía de paz. Y antes que todos yo,
al que tú te imaginas tu enemigo —ahora no paro en eso—.
Mírame, vengo a ti suplicante. Ten piedad de tu pueblo,
depón tu altanería y retírate vencido. Ya bastantes derrotas
y muertes hemos visto, ya hemos dejado arrasada
una gran extensión de nuestros campos.
Pero si el ansia de la gloria te acucia, si tan fornido temple entraña tu ánimo,
si tienes puesta el alma en recibir un palacio por dote, entonces ten valor,
y frente a frente opón a tu enemigo firme pecho.
Claro, para que Turno obtenga el don
de una esposa real, nosotros, despreciable turba,
que no merece sepultura ni lágrimas,
¿yaceremos cubriendo de cadáveres el llano? Ea, ya, si hay en ti algún valor,
si algo tienes del brío guerrero de los tuyos,
planta cara a quien te reta». Oyendo estas palabras
estalla arrolladora la cólera de Turno,
da un gemido y de lo hondo de su pecho
prorrumpe en estas voces: «Por cierto, que te fluye de los labios,

Drances, copiosa vena palabrera cada vez que la guerra pide brazos
y apenas se convoca la asamblea eres siempre el primero en acudir.
Pero no hay por qué llenar la curia de palabras, de esas que se te vuelan
tonantes de la boca cuando estás a seguro, mientras mantiene a raya al enemigo
el bastión de los muros y cuando todavía no rebosa la sangre de los fosos.
Ea, desata el trueno de tu voz según es tu costumbre,
motéjame de cobarde, tú, Drances,
ya que el brío de tu brazo ha hacinado cadáveres de teucros
y en nuestros campos lucen a cada paso tus trofeos.
Puedes probar tú mismo, está a tu alcance,
lo que el coraje y el valor son capaces de hacer.
No tenemos, por cierto, que ir lejos a buscar enemigos.
Por todas partes están cercados nuestros mismos muros.
Vamos a ellos? ¿Qué te detiene?
¿Siempre vas a tener el coraje guerrero sólo en la huera lengua y en esos pies
que vuelan en la huida? ¿Vencido yo?
Felón, ¿quién me podrá acusar con razón de vencido,
viendo en el Tíber el hervor de la sangre de Ilión en que rebosa
y la casa de Evandro toda desmoronada con su estirpe y a sus árcades
despojados de sus armas? No es esa la impresión que sacó de mí Bitias [387]
ni el gigantesco Pándaro y aquellos otros mil que en un día mi brazo victorioso
hundió en el Tártaro, aunque estaba encerrado entre sus muros,
cercado de bastiones enemigos.
«No hay en la guerra salvación alguna».
Dile, loco, ese ensalmo al jefe de los dárdanos
y al corro de los tuyos. Anda, no ceses de ensombrecerlo todo
de pavorosa alarma y exaltar la pujanza de una raza
vencida por dos veces y rebajar en cambio las armas de Latino.
Ahora se empavorecen los caudillos mirmidones [388] ante las tropas frigias.

---

[387] El combate de los hermanos Bitias y Pándaro con Turno ha sido descrito por Virgilio al final del libro IX.

[388] Aduce Turno, burlándose de Drances, que trata de hacerles creer posible lo imposible por el miedo que le domina, esto es, que las tropas de Aquiles, los mirmidones, se acoquinan ante los troyanos, que a Diomedes y a Aquiles les pasa otro tanto, que retroceden las aguas de los ríos como la del Áufido que riega la Apulia donde vive Diomedes.

Ahora se aterra el hijo de Tideo y el lariseo Aquiles y retrocede el Áufido
huyendo de las olas del Adriático como cuando el mañero engañador
se finge amedrentado por amenazas mías y su pavor agrava la calumnia.
Alma como la tuya, tranquilízate,
no te la arrancará jamás mi brazo; sigue con ella,
viva en paz en tu cobarde pecho. Volviendo a ti, señor,
paso a ocuparme ahora de tu grave propuesta. Si es que no tienes ya
esperanza ninguna en nuestras armas, si tan desesperados nos hallamos,
si porque hayan cedido nuestras líneas una vez en combate,
ya nos desmoronamos por completo,
si nunca vuelve sobre sus pasos la fortuna,
pidamos ya la paz y tendamos las manos indefensos.
Pero ¡ah! si nos quedara todavía algo de aquel valor que antes teníamos.
Dichoso más que nadie en su desgracia
y de alma más egregia para mí aquel que antes de ver oprobio semejante
dio en tierra con su cuerpo moribundo
y mordió el polvo de una vez para siempre.
Pero si aún disponemos de recursos,
si contamos con una juventud intacta todavía
y con ciudades y con pueblos de Italia prestos a socorrernos, si han pagado
su gloria los troyanos con raudales de sangre
—ellos también tienen sus muertos,
el huracán descarga sobre todos por igual— ¿a qué desfallecemos vergonzantes
en el umbral de la contienda? ¿Por qué antes de que suene la trompeta
se apodera el terror de nuestros miembros?
Muchas cosas han dado en mejorar con el tiempo
y la mudable traza de los días. A muchos la fortuna al vaivén de su juego
hunde primero y vuelve a dejar luego en tierra firme.
No vendrá en nuestro auxilio el de Etolia y los de Arpi, pero vendrá Mesapo
y Tolumnio, el de buena ventura,
y tantos capitanes como han mandado numerosos pueblos,
ni obtendrá parva gloria la flor de los guerreros del Lacio y las campiñas
[laurentinas.
Y está también Camila, de la egregia progenie de los volscos,
capitana de tropas de jinetes
y escuadrones gallardos con sus galas de bronce.

Y si me desafían los teucros a mí solo y así lo deseáis
y estorbo tanto al bien de todos, no esquiva la Victoria estas mis manos
con tan odioso encono que rehúya cualquier riesgo
a trueque de tan grandes esperanzas. Iré a plantarle cara valeroso
aunque aventaje al imponente Aquiles
y vista una armadura pareja a la forjada por manos de Vulcano.
A vosotros y a mi suegro Latino os consagro esta vida yo,
Turno, que no cedo en valor
a ninguno de mis antepasados. Que Eneas sólo a mí me desafía:
pues eso es lo que quiero;
que sea a mí y no a Drances. Si está contra mí la ira de los dioses,
que no la aplaque Drances con su muerte;
si va en ello el valor y la gloria, no sea él quien la gane».

Ataque de Eneas

Así iban debatiendo trabados en disputas la solución de su apurado trance.
Eneas entre tanto moviendo sus reales desplegaba sus líneas de combate.
De pronto un mensajero irrumpe por las salas de palacio entre ingente alboroto
y aterra con su alarma la ciudad: que bajan los troyanos y las fuerzas tirrenas
en orden de batalla de la orilla del Tíber y cubren con sus tropas la llanura.
Al instante se alborotan los ánimos, sacude la emoción los corazones,
y la pasión se yergue con no liviano acucio.
Correteando piden armas sus manos,
armas piden los mozos entre gritos;
los mayores llorando desolados murmuran entre dientes.
Alzan de todas partes a los aires unos y otros
un fuerte clamoreo de gritos discordantes
como cuando las aves en bandadas
se han posado por suerte en un bosque cimero
o como por las aguas abundantes en peces del Padusa
resuena el ronco canto de los cisnes
por entre los remansos vocingleros. «Está bien, ciudadanos —Turno exclama
aprovechando la ocasión—, convocad la asamblea,
encareced la paz arrellanados

mientras ellos asaltan arma en mano nuestro reino».
Sin decir más, se echa fuera veloz de la alta sala.
«Tú, Voluso, ordena que se aresten a la lucha los escuadrones volscos
—le dice— y ponte al frente de los rútulos.
Tú, Mesapo, y tú, Coras, con tu hermano
ve extendiendo la tropa de jinetes por sobre el ancho llano.
Y que otros monten guardia ante las puertas de la ciudad y cuiden de las torres.
Los demás al ataque conmigo allá donde les mande». Van corriendo al instante
por toda la ciudad hacia los muros. El mismo rey Latino,
turbada el alma por aquel triste trance,
abandona el consejo y difiere su alto empeño y se hace mil reproches
por no haber acogido de buen grado al dardanio Eneas
y no haberlo asociado como yerno
en bien de la ciudad. Unos excavan fosos delante de las puertas, acarrean otros
piedras y estacas. Da la ronca trompeta su sangrienta señal para el combate.
Madres y niños ciñen el ruedo del adarve entreverados.
El riesgo extremo convoca a todos.
Sube al templo de Palas, a lo alto del alcázar,
la reina con ofrendas entre un tropel ingente
de matronas, va a su lado Lavinia, la doncella causante
de toda esta desgracia, con los hermosos ojos abatidos.
Las matronas van escalando el templo
y colman el recinto de vaharadas de incienso
y desde el alto umbral dan suelta a sus lamentos desolados:
«Poderosa en las armas, señora de la guerra,
tú, doncella Tritonia [389], quiebra la lanza del pirata frigio
con tu mano, derríbalo de bruces por el suelo
y póstralo delante de nuestras altas puertas».
Enfebrecido en ansias de pelea está armándose Turno.
Ya encaja la coraza rutilante
erizada de escamas de bronce. Ya rodean sus piernas grebas de oro.
Desnudas aún las sienes se ha ceñido al costado la espada.
Centelleante de oro baja raudo de la alta ciudadela. Exulta de coraje.

---

[389] Epíteto de Palas nacida a orillas del agua, bien del río Tritón en Beocia, o del lago Tritón en Cirene, o del río de Creta a cuyas orillas era fama haber nacido la diosa.

En su esperanza ya prende con su mano al enemigo, como cuando un corcel
rompiendo su ronzal ha huido del establo y libre al fin,
ya dueño de toda la llanura
o corre al pastizal de la yeguada o sigue su costumbre
de hundirse en la corriente conocida y sacude vibrante la cabeza
y enhiesta la cerviz y exulta vigoroso mientras juegan sus crines
ondeando sobre el cuello y los brazos.

La amazona Camila

Veloz viene a su encuentro la amazona Camila
entre la escolta de su escuadrón de volscos. Ante las mismas puertas
de un salto descabalga la reina. Toda la comitiva la imita. Se deslizan en tierra
dejando sus monturas. Y así le habla ella: «Turno, si es justo que el valiente
confíe en su valor, yo segura de mí me atrevo, lo prometo, a correr al encuentro
del escuadrón de Eneas y a acometer yo sola a los jinetes tirrenos.
Déjame que afronte con mi brazo los primeros peligros de la guerra.
Tú quédate a pie firme ante los muros guardando la ciudad». A esto Turno,
clavando en la terrible muchacha la mirada: «¡Doncella, prez de Italia!
¿qué gracias seré yo capaz de darte o con qué puedo pagarte?
Pero ahora, ya que tu ánimo está por encima de todo, comparte este trabajo
conmigo. Eneas, según dicen, y me lo han confirmado
los vigías que envié a averiguarlo, ha mandado por delante, insolente,
jinetes de armadura ligera a batir la llanura, mientras él en persona
se acerca a la ciudad por las trochas desiertas del collado
remontando su altura por la cumbre.
Le tengo preparada una celada por el recodo mismo del sendero
allá en medio del bosque. Apostando un retén de gente armada
cerraré la salida. Tú, en orden de batalla, harás frente allí mismo
a la caballería tirrena. A tu lado tendrás al brioso Mesapo, los jinetes latinos
y las tropas de Tíbur. Toma el mando de todos».
Así habló y con palabras parecidas
va incitando a la lucha a Mesapo y los otros capitanes aliados.
Y marcha a recibir al enemigo. Hay un valle de corvo recodo fragoroso
propicio a las celadas y tretas de la guerra. Un negro bosque
sombrea ambas laderas con la densa fronda de su arboleda.

A él se llega por una estrecha senda que da en una garganta
de bien angosta y peligrosa boca. Sobre ella, allá en el mismo miradero,
de lo alto del alcor se extiende un llano oculto, guarida resguardada
para atacar al enemigo a diestra y a siniestra o acosar por la cumbre
y hacer rodar sobre él enormes piedras.
Turno parte hacia allí atravesando trochas por él bien conocidas,
ocupa aquel paraje, donde aguarda emboscado en la fronda alevosa.
En tanto en las moradas de la altura se dirigía la hija de Latona [390]
a Opis, la ninfa rauda en la carrera,
una de aquellas que forman su sagrada comitiva,
y daba suelta su boca a estas palabras doloridas:
«Oye, muchacha, Camila marcha
a un combate cruel —ciñe en vano sus armas favoritas—,
Camila a quien yo quiero más
que a otra ninguna. No le ha entrado este amor ahora a Diana
ni le turba de repentina dulcedumbre el alma.
Métabo, destronado por odio a su violencia y su arrogancia,
al salir de Priverno [391],
su vetusta ciudad, huyendo entre el peligro de la lucha,
recogió a su pequeña y la hizo compañera de destierro.
Y la llamó Camila, alterando así el nombre de Casmila, su madre.
El padre la llevaba consigo en brazos junto al pecho y así iba recorriendo
al hilo de las cumbres los bosques solitarios. Por un lado y por otro
le acosaban a tiros las armas enemigas. Soldados de los volscos
volaban sin cesar en torno de él.
De pronto el Amaseno se interpone en su huida;
rebasa espumeante sus riberas; tan gran tromba de lluvia
había descargado de las nubes. Se dispone a nadar y el amor a la niña le detiene
temeroso de su querida carga. De pronto dando vueltas y vueltas en su mente
se le ocurre esta idea: a la enorme jabalina que el guerrero
portaba por fortuna con mano vigorosa
—era un leño nudoso endurecido al fuego—
ata a su hija y la envuelve con corteza de alcornoque silvestre,

[390] Diana.
[391] Ciudad de los volscos, al sur del Lacio.

la sujeta mañoso alrededor en el centro del arma.
Y vibrándola con poderosa diestra
da este grito a los aires: "Doncella alentadora,
nacida de Latona, que moras en los bosques, yo, su padre,
consagro esta hija mía a tu servicio. Ella empuñando tu arma,
la primera que empuña pidiendo tu favor,
huye del enemigo por los aires. Tú, diosa,
acoge como tuya, te lo ruego, esta prenda que fío en este instante
al inseguro vuelo de las auras". Dice,
echa atrás el brazo y girando el arma la dispara.
Resonaron las ondas. Cruza la infortunada por encima de la rauda corriente
en el venablo zumbador. Métabo en el instante en que la gran caterva de [enemigos
casi le daba alcance se arroja al río
y arranca vencedor de entre el herboso césped
la ofrenda a Trivia, el arma con la niña.
No hubo ciudad alguna que le diera acogida
en sus casas ni en sus muros, ni su fiereza de alma se hubiera avenido a ello.
Entre pastores transcurrió su vida, allá en la soledad de las montañas.
Y entre jaras y horrendas guaridas de alimañas fue criando a la niña
con la leche de la ubre de una yegua bravía del rebaño.
Él mismo iba exprimiendo los pezones entre los tiernos labios infantiles.
Y tan pronto como sus piececitos asentaron en tierra sus primeras pisadas
puso un agudo mástil entre sus manos
y le colgó a la niña de los hombros las saetas y el arco.
En vez de áureo cintillo prendido en sus cabellos, en vez del largo manto,
pende de su cabeza por la espalda la piel cobrada a un tigre.
Ya con su tierna mano blande entonces venablos de muchachos
y ya voltea en torno a su cabeza las pulidas correas de la honda
y abate de la altura a la grulla del Estrimón o al argentado cisne.
Muchas fueron las madres que en vano desearon tenerla como nuera
en las ciudades tirrenas. Contenta ella con ser sólo de Diana, intacta rinde culto
de por vida a su amor por las armas y la virginidad.
¡Ojalá no se hubiera lanzado a semejante guerra
ni intentado atacar a los teucros!
Seguiría siendo mi preferida y una de las muchachas de mi escolta.

Pero como el rigor de los hados acedos va apremiándola,
¡ea! ninfa, deslízate del cielo y preséntate en los campos del Lacio
donde se está trabando triste lucha de funesto presagio.
Toma estas armas, saca del carcaj la saeta vengadora. El que llegue a violar
con una herida ese cuerpo sagrado —lo mismo si es troyano que si es ítalo—
me pagará su crimen con su sangre.
Después yo misma me llevaré en el cuenco de una nube
su cuerpo y la armadura intacta de la desventurada hasta su tumba
y haré repose allí en su tierra patria» [392].
Dice y entre un son de armas la ninfa se desliza de la altura del cielo
por las delgadas auras en los pliegues de un negro torbellino.
Entre tanto se acercan a los muros tropeles de troyanos y los jefes etruscos
y con ellos su cabalgada entera ordenada en parejos escuadrones.
Relinchan rebrincando los corceles por toda la llanura y giran cabeceando
y se resisten a las tensas riendas. El campo a la redonda se eriza con la mies
de las ferradas lanzas y el llano centellea con las enhiestas armas.
Avanzando a su encuentro Mesapo y los veloces latinos,
y Coras y su hermano,
y el escuadrón que manda la doncella Camila aparecen en frente por el llano.
Echando atrás la diestra se adelantan con las lanzas. Vibran las jabalinas.
Al acercarse crece más y más el ardor de los hombres
y el relinchar de los corceles.
Ya habían detenido su carrera unos y otros a un tiro de dardo. Alzan de pronto
un griterío y espolean sus furiosos caballos. Disparan a la par de todas partes
andanadas de dardos como copos de nieve espesa. El cielo se cubre de tinieblas.
En seguida Tirreno y el brioso Aconteo cerrando uno contra otro
se embisten lanza en ristre y con ingente estruendo
se desploman en tierra los primeros
y destrozan estrellando el pecho contra el pecho los briones.
Despedido Aconteo como un rayo o piedra disparada del falcón
da con su cuerpo en tierra de cabeza a gran trecho
y va esparciendo su vida por las auras.

---

[392] Llamativa antelación de la mente del poeta en las palabras de Diana a la ninfa Opis. Adelanta la nulidad del empeño guerrero de Camila: «Ciñe en vano sus armas favoritas» (XI 635). Al cabo de la orden a la ninfa llega a revelarle la previsión que ha tomado sobre el cuerpo exánime de la amazona. Ib. vv. 593-4.

Al instante vacila su línea de batalla y vuelven grupas los latinos
y echándose a la espalda las rodelas enfilan los corceles a los muros.
Van tras ellos los teucros. Asilas en cabeza manda los escuadrones.
Ya estaban acercándose a las puertas
cuando alzan los latinos de nuevo un griterío
y hacen girar los dóciles cuellos de sus corceles. Ahora huyen los troyanos
y a rienda suelta se repliegan lejos, igual que cuando el mar
avanza presuroso en su vaivén. Ahora irrumpe en la orilla y sobre los peñascos
va tendiendo sus randas espumantes
y su onda corva baña hasta el lejano linde de la arena;
retrocede ahora rauda y va arrastrando cantos su resaca
y resbala por el banco de arena y deja atrás la orilla.
Dos veces los tirrenos acosan a los rútulos vencidos
hasta los mismos muros y otras dos son rechazados.
Vuelta la vista atrás se cubren las espaldas con su escudo.
Y cuando a la tercera trabados en combate
se entreveran sus filas y cada cual se enfrenta a su rival,
entonces sí que se oyen gemidos de guerreros moribundos
y armas y cuerpos se hunden en raudales de sangre
y ruedan confundidos con cadávares de jinetes caballos expirantes.
Surge entonces una lucha feroz. Orsíloco vibrando su lanza
la dispara contra el corcel de Rémulo,
—le daba horror luchar cara a cara con él— y prende el hierro
bajo la misma oreja del caballo. El bruto se enfurece con el golpe,
no soporta el dolor y se encabrita y enhiesto el pecho con las patas en alto
azota el aire. Rémulo despedido va rodando por tierra, Catilo abate a Jolas
y al corpulento Herminio, descomunal en bríos,
descomunal en estatura y armas.
Desnuda la cabeza lucía su rojiza caballera, desnudos los hombros.
No le aterran las heridas. Y eso que presentaba tanto blanco a los tiros.
La lanza disparada se le clava vibrando en las anchas espaldas
y le atraviesa el pecho y el dolor le dobla en dos el cuerpo.
Fluye por todas partes negra sangre.
Siembran estragos cruzando las espadas
y afrontan las heridas buscando honrosa muerte.
En medio del combate encarnizado la amazona Camila

exulta armada de su aljaba
descubierto para la lucha un pecho. Unas veces dispara su mano espesa tromba
de flexibles dardos, otras esgrime su incansable brazo la potente segur de doble filo.
Colgado de su hombro tintinea el arco de oro, y las armas de Diana.
Y cuando rechazada llega a retroceder,
todavía vuelto el arco va disparando flechas en su huida.
Van a su alrededor las compañeras que ella misma ha elegido, las doncellas
Larina y Tula y va Tarpeya enarbolando la segur de bronce.
Son de Italia las tres,
como una diosa las escogió Camila para sí por gala de su escolta,
leales servidoras en la paz y en la guerra. Lo mismo que tracias amazonas
cuando baten a galope la corriente del Termodonte [393]
y con sus armaduras blasonadas escoltan a Hipólita unas veces,
otras a la marcial Pentesilea cuando vuelve en su carro de la guerra
y el tropel de escuadrones mujeriles exulta entre alaridos tumultuosos de furor
embrazando sus lunados broqueles. ¿A quién abaten tus dardos el primero?
¿A quién el último, feroz muchacha?
¿Cuántos cuerpos haces rodar por tierra moribundos?
El primero es Eumeo, hijo de Clicio. Avanzaba a su encuentro
cuando su larga pica le traspasa el pecho descubierto. Borboteando arroyos
de sangre cae y muerde el polvo, que se empapa en ella y se retuerce
sobre su misma herida en la agonía. Derriba luego a Liris y a Págaso,
al primero lanzado del corcel herido en los ijares
cuando asía las riendas, al segundo cuando acude en su ayuda
y le tiende al caer la diestra desarmada. Los dos al mismo tiempo
se desploman en tierra de cabeza. Añade a éstos Amastro, el hijo de Hípotas,
y persigue y bate con su lanza desde lejos a Tereo y a Harpálico
y a Demofonte y Cromis. Venablo
que vibrando disparaba Camila con su mano,
venablo que arrumbaba a algún guerrero frigio.
Lejos de allí cabalga montado en potro yápige Órnito el cazador

[393] Río que desemboca en el Ponto o Mar Negro. Tanto Hipólita como Pentesilea, reinas de las amazonas, eran hijas de Marte. Procedían las amazonas de Tracia. Hipólita se ceñía con el cinturón de Marte. Adueñarse de él fue uno de los trabajos de Hércules.

con su extraña armadura: todo el cuero de un toro desollado
cubre los anchos hombros del guerrero.
Protege su cabeza la enorme boca abierta
y las quijadas de un lobo guarnecidas de albos dientes.
En sus manos arbola un agreste venablo.
Se revuelve en medio de las tropas y entre todos descuella su cabeza.
Camila le da alcance —no le cuesta trabajo, iba huyendo su escuadrón—
y le atraviesa el pecho y le dice con saña: «Te creías, tirreno,
que esto era acosar fieras por los bosques. Ha llegado el día en que las armas
de una mujer respondan a tu reto. No es poco honor,
por cierto, el que vas a aportar a las sombras de tus padres,
haber caído a manos de Camila».
Acomete en seguida a Orsíloco y a Butes, dos gigantes de los teucros.
A Butes le traspasa la espalda
con la punta de la lanza entre el casco y coraza,
en el punto en que brilla el cuello del jinete, allá de donde pende la rodela
que ampara el brazo izquierdo. A Orsíloco lo burla huyendo de él
y gira primero en ancho círculo, después le esquiva,
corta por dentro y ya persigue al que antes le seguía
y empinándose al cabo cuanto puede,
va descargando golpes y más golpes su potente segur
en la armadura y cráneo del guerrero que le implora
y redobla sus ruegos de perdón.
La herida va regando el rostro con los sesos calientes todavía.
Se encuentra ahora con ella y se aterra de improviso a su vista
el guerrero hijo de Auno, un montañés del Apenino,
no el de menor caudal de los lígures
mientras le toleraron los hados sus falacias [394]. Cuando ve que no puede
evitar el combate con la huida ni esquivar a la reina que ya le daba alcance,
decide urdir la trama de su doloso ardid y empieza a hablarle así:
«¡Qué maravilla de mujer valiente fiarlo todo a un potro volandero!
Renuncia a huir y enfréntate conmigo cuerpo a cuerpo en lucha a pie,
en tierra lisa y llana, y verás a quién da su favor la gloria huera».

---

[394] Era proverbial la fama de embusteros de los lígures. Catón asevera en el libro II de su *Origines:* «Todos los lígures son falaces».

Dice. Ella enfurecida —le arde el alma en acerbo dolor—
deja a una camarada su corcel
e iguales ya en las armas, a pie firme intrépida se planta
con la espada desnuda, sin blasón la rodela. Pero el mozo creyendo
que había ya vencido con su astucia, huye volando sin perder un instante,
vueltas las riendas, batiendo sin cesar su ferrado talón los ijares del potro
[en la carrera.
«Necio lígur, ufano sin razón en tu insolencia, en vano has acudido, escurridizo,
a las tretas de tu tierra. No logrará tu engaño devolverte sano y salvo
al falaz Auno». Prorrumpe la muchacha
y con alados pies igual que una centella
adelanta al corcel en la carrera y asiéndole las riendas le acomete de frente
y se venga en la sangre del traidor
con la fácil presteza con que de lo alto de una peña
el gavilán, el de sacros augurios, da alcance a la paloma remontada
a la altura de una nube y la prende tenaz
y con sus corvas garras la va desentrañando
y entre gotas de sangre las plumas arrancadas se deslizan de la cima del aire.
No deja de observar la escena atento el padre de los hombres y los dioses
sentado allá en su trono de lo alto del Olimpo y provoca al tirreno Tarcón
a feroz lucha y espolea su cólera con recios acicates.
Avanza, pues, Tarcón en su corcel en medio del estrago entre la tropa
que va volviendo grupas y con gritos a unos y a otros,
ahínca a sus escuadrones llamando por su nombre
a cada cual y devuelve al combate a los que huían.
«¿Qué miedo es ése? ¿Nunca va a sonrojaros la vergüenza?
Tirrenos siempre flojos,
¿qué inmensa cobardía ha invadido vuestro ánimo?
¡Una mujer consigue dispersaros
y hacer volver la espalda a vuestros escuadrones! ¿A qué empuñáis la espada?
¿A qué esos dardos que portamos en vano en nuestras diestras?
No sois tan indolentes para el amor y sus nocturnos lances
o en el instante en que la curva flauta
da la señal de alguna danza báquica.
Mirad a los festines y a las copas de las mesas colmadas.
Esa es vuestra pasión, esos vuestros afanes a la espera

de que anuncie el arúspice que es grato el sacrificio
y que una pingüe víctima os convoque
allá en lo hondo de los bosques sagrados».
Dice y espoleando su corcel
va en busca de la muerte entre los escuadrones enemigos
y arremete como un turbión a Vénulo,
lo arranca del caballo, lo ciñe con la diestra
y con ingente brío aferrado a su pecho se lo lleva.
Se eleva un griterío hasta los cielos
y todos los latinos vuelven hacia él los ojos. Vuela como centella
Tarcón por la llanura llevándose las armas y el guerrero.
Luego le arranca el hierro de la lanza y busca la hendidura
por donde abrir la vía de la muerte. Vénulo se revuelve y forcejea
por apartar la mano de su cuello rechazando la fuerza con la fuerza,
y como cuando un águila de leonado plumaje se remonta a la altura
elevando la serpiente que ha apresado y que prende entre sus garras,
hunde en ella las uñas, retuerce la serpiente herida sus anillos
y eriza sus escamas de terror y silbando alza en alto la cabeza,
pero no ceja el águila
y con su corvo pico va acosando a la presa que relucha
mientras azota el aire con sus alas,
así también Tarcón se va llevando de las filas tiburtinas su botín victorioso.
Siguiendo los etruscos el ejemplo y la hazaña de su jefe acometen veloces.
Arrunte, reclamado por los hados, pone cerco a Camila dardo en mano
con extremada astucia —en ello le aventaja—
y va buscando la ocasión propicia.
Allá donde se arroja enfurecida la muchacha en medio de las filas de guerreros,
allá la sigue Arrunte y en silencio va acechando sus huellas.
Donde ella vuelve en triunfo dejando atrás las líneas enemigas
allá el mozo veloz tuerce sus riendas hurtándose a la vista.
Busca un punto y otro punto de ataque y ronda el campo todo en torno de ella,
va blandiendo infatigable su certera lanza. Entre tanto aparece a lo lejos Cloreo
consagrado a Cibeles, resplandeciente en su armadura frigia.
Espoleaba un potro espumeante,
cubierto de una piel guarnecida de escamas de bronce
igual que plumas que prendían broches de oro. Relucía el guerrero con el brillo

de sus rojizos visos de púrpura extranjera. Iba tensando
en su arco licio las gortinias flechas [395]. En oro está labrado
el arco que le cuelga de los hombros, en oro el yelmo que luce el adivino,
de oro rojizo el nudo con que prende la azafranada clámide
sus sueltos pliegues de crujiente lino.
Bordó en oro la aguja su túnica y las calzas
a usanza de los bárbaros de Oriente. En él pone sus ojos la muchacha
esperanzada en colgar de los muros del templo la armadura troyana
o ataviarse con el oro cobrado al enemigo en la contienda. Sólo a Cloreo
—prescinde de todo otro combate— va persiguiendo ciega,
como a pieza de caza, sin cautela ninguna,
a través de las filas enemigas enardecida su alma
de su ansia de mujer por la presa y los despojos. Al fin consigue Arrunte
la ocasión esperada y desde su escondrijo dispara su venablo
e invoca así a los dioses de la altura: «¡Apolo, egregio entre los dioses,
custodio del sagrado Soracte, a quien somos los primeros de todos en dar culto,
en tu honor hacinamos de pinos tus hogueras
y pasando a pie firme entre las llamas
pisamos tus devotos su acopio de ascuas, concédeme tú, padre omnipotente,
borrar esta vergüenza con mis armas.
No pido ni el botín ni el trofeo de victoria
ni despojo ninguno. Otras hazañas me darán renombre.
Con tal que caiga herida por mi brazo
esta plaga cruel, de grado volveré sin gloria a las ciudades de mi patria».
Apolo le escuchó. Su corazón se avino a otorgarle una parte de su ruego;
la otra parte fue a perderse en las auras volanderas.
Postrar desprevenida en tierra a Camila de muerte repentina,
se lo otorgó a su súplica,
mas que su noble patria llegara a ver su vuelta no se lo concedió.
Una ráfaga de aire se llevó sus palabras a los vientos del sur.
Al punto en que el venablo que disparó su mano silbó cruzando el aire,
los volscos anhelantes, todos a una, volvieron alma y ojos a la reina.
Ella en cambio de nada se da cuenta: ni del silbo del aire

[395] Gozaban de fama los arcos de Licia, región de la costa de Asia Menor, así como las saetas de Creta. Gortina es una ciudad de esta isla.

ni el arma que llegaba de la altura hasta que da en el blanco
y se clava, debajo del pecho descubierto y penetra bien hondo
y va bebiéndole la sangre a la muchacha.
Despavoridas corren sus compañeras a su lado
y recogen a la reina que se desploma en tierra.
Más aterrorizado que ninguno huye Arrunte con gozo entremezclado de temor.
No se atreve a fiarse de su lanza ni a enfrentarse a las armas
de la muchacha. Como el lobo que al dar muerte a un pastor o a un novillo
[corpulento
antes de que le acosen las flechas enemigas se aparta presuroso del camino
y se hunde en la espesura de los montes —reconoce su osada fechoría—
y recoge bajo el vientre la cola temblorosa y huye al bosque,
así Arrunte azorado escapa de la vista, no ansía más que huir. Y se confunde
entre el tropel guerrero. Camila moribunda va tirando con la mano del dardo.
Mas la punta ferrada queda fija entre los huesos a par de las costillas
en lo hondo de la herida. Ya sin sangre se desmaya. El frío de la muerte
va apagando sus ojos y aquel color de púrpura primero abandona su rostro.
Al cabo, sin aliento, se vuelve hacia Aca, una muchacha de su misma edad,
la más fiel entre todas, la única con quien ella comparte sus cuidados y le
[habla así:
«Hasta aquí me han seguido las fuerzas, hermana Aca, ahora esta acerba herida
acaba ya conmigo. Todo a mi alrededor se me va oscureciendo en negras
[sombras.
Vuela y llévale a Turno este mi último encargo: que ocupe mi lugar
en el combate y ahuyente a los troyanos de la ciudad. Y ahora, adiós».
Mientras habla va soltando las riendas y se desliza en tierra contra su voluntad
y fría ya, se le desligan poco a poco los miembros de su cuerpo
y se le dobla el desmayado cuello y la cabeza, ya en poder de la muerte,
y se le van las armas de las manos y la vida exhalando un gemido
huye rebelde a hundirse entre las sombras. Entonces sí que se alza un griterío
que estremece las áureas estrellas. El combate, abatida Camila, se embravece.
En apretadas filas arremete el ejército entero de los teucros y los jefes tirrenos
y los escuadrones de los jinetes árcades de Evandro.
Pero hacía ya tiempo que de lo alto de un monte sentada allá en la cima
Opis, la centinela de Trivia, contemplaba impasible la batalla.
En esto entre los gritos de furiosos guerreros, a lo lejos, ve a Camila

abatida por el amargo golpe de la muerte.
Y rompe en un gemido y de lo hondo de su pecho
da suelta a estas palabras: «¡Ay, muchacha, con precio harto cruel,
sí, harto cruel, has pagado tu intento
de hostigar a los teucros combatiendo! De nada te ha valido
tu servicio a Diana en plena soledad, entre jarales, ni haber llevado al hombro
nuestra aljaba. Pero no va a dejarte tu reina
sin los últimos honores en la muerte,
ni quedará tu trance sin gloria entre las gentes ni sufrirás la ofensa
de morir sin venganza, pues quienquiera que sea el que violó con esa herida
tu cuerpo, pagará con su muerte la pena merecida».
Al pie de un alto monte en una hacina de tierra se eleva la imponente tumba
del rey Dercenno, antiguo soberano laurente,
velada entre la fronda de una encina.
Allí es donde la diosa planta el pie con su gracia sin par de un raudo aleo
y va buscando con la vista a Arrunte. Apenas lo divisa
radiante en su armadura, pavoneándose fatuo:
«¿A qué te alejas?», le dice. «Acércate. Ven a morir aquí,
a recibir el premio que mereces por Camila.
Pero, ¿es que tú también has de morir por dardos de Diana?»
Dijo la ninfa tracia y de su aljaba de oro
extrajo una saeta voladora. Tiende con furia el arco, lo estira cuanto puede
hasta que ya curvado llegan sus empulgueras [396] a juntarse
y con sus manos a la misma altura,
con la izquierda tiene asida la punta de la flecha y sujeta la cuerda
al pecho con la diestra. Arrunte al punto percibe el estridor del dardo
al mismo tiempo que el silbo de las auras resonantes
y el hierro va a clavársele en el pecho.
Sus compañeros, despreocupados de él, lo dejan moribundo, exhalando
el último gemido sobre el polvo sin nombre de los llanos.
Opis bate sus alas y se remonta hacia el etéreo Olimpo.

---

[396] Las empulgueras o cabos del arco llegaron a juntarse al tender éste. Opis monta la saeta en la cuerda con la mano derecha y tira de ella hacia atrás hasta llegar al pecho. La izquierda tiene asida la punta de hierro de la saeta montada en el arco. Avanza una mano la misma distancia que la otra retrocede, ambas manos en línea horizontal.

El escuadrón alado de Camila, privado de su dueña, es el primero que huye;
huyen los rútulos desconcertados, huye el brioso Atinas.
Los capitanes dispersos, sin jefes ya las compañías,
buscan seguro amparo, vuelven grupas
y enfilan a los muros los corceles. Nadie es allí capaz de aguantar el empuje
de los teucros, portador de la muerte, ni resistir su acometida
ni es capaz de pararse a hacerles frente. Desmadejado el arco
que cuelga de los hombros desmayados, los cascos de los potros
van batiendo la llanura al cuádruple compás de su galope.
Rodando hacia los muros va una turbia y sombría tolvanera.
Desde los miraderos las madres golpeándose los pechos
alzan un griterío mujeril a los astros del cielo.
A los que en la carrera se abalanzan a las puertas abiertas
les acosa el tropel de enemigos mezclados en sus filas; no se libran
de lastimosa muerte. En el mismo umbral, dentro ya de los muros nativos,
al amparo de sus mismos hogares,
atravesados por las armas rinden su último aliento.
Unos cierran la puerta. No se atreven a dar paso a los suyos
ni a acoger en su recinto a los que estaban implorándolo.
Se opera la más triste mortandad entre los que defienden
con las armas la entrada y los que saltan a arrollar las armas.
Hay quienes quedan fuera de las puertas ante los mismos ojos,
delante de los rostros de sus padres que lloran.
Parte bajo el turbión arrollador cae rodando de cabeza a los fosos.
Parte sueltas las riendas cargan ciegos, embisten a las puertas
y a la barrera de las duras jambas. De lo alto de los muros rivalizan
por sí mismas las madres en el más noble celo —se lo dicta
su amor verdadero a la patria ante el ejemplo de Camila—, arrojan proyectiles
con azorada mano y se arman presurosas con estacas de duro roble
igual que si fueran de hierro
y con varales aguzados al fuego. Les arde el alma
en ansias de morir en la primera fila de los muros.

Corre Turno en ayuda de la ciudad

Entre tanto en el bosque abruma la angustiosa noticia
los oídos de Turno. Es Aca quien refiere al guerrero el espantoso estrago,
que están deshechas las líneas de los volscos, que ha caído Camila,
que avanza enfurecido el enemigo,
que lo ha arrollado todo su ímpetu victorioso,
que el pánico ya llega a la ciudad. Turno fuera de sí
—la férrea voluntad de Júpiter lo impone [397]—, abandona la emboscada
que monta en los collados y sale de las quiebras de la fraga.
Apenas se echa fuera y lejos de la vista campea por el llano,
cuando el caudillo Eneas se adentra en la angostura ya indefensa
y remonta la cumbre y deja atrás la fronda de la umbría
y con todas sus tropas avanzan uno y otro hacia los muros
y ya no distan largo trecho entre sí. En el instante mismo
en que Eneas otea la llanura y ve los escuadrones laurentinos,
ya Turno reconoce la presencia de Eneas por la feroz pujanza de sus armas
y percibe el avance de los pasos y siente el resollar de los corceles,
y en aquel mismo punto trabaran ya combate
y probaran su suerte en la contienda
si no fuera el momento en que el rosado Febo baña en el mar de Iberia [398]
sus fatigados potros y hace volver la noche al declinar el día.
Plantan sus campamentos frente a la ciudad
y los cercan con una empalizada.

---

[397] De nuevo percibimos la constante de antelación virgiliana expresada en otra por bien distinta traza, por boca del mismo Turno y no del poeta. Y es que al recibir la triste nueva intuye el rútulo que la voluntad de Júpiter está en favor de los troyanos y en contra suya. Proviene la amarga sinceración de labios de Turno, según creemos.

[398] El mar de Occidente que baña las costas de nuestra península. En él va a sumergir Apolo sus corceles en la hora misma en que sale de las ondas por Oriente la noche. Los primeros navegantes griegos dieron el nombre de Iberia a la costa este de España, nombre que luego se dio a toda nuestra península.

LIBRO XII

PRELIMINAR

No queda a los latinos tras la muerte de Camila más esperanza que Turno. Éste se decide a enfrentarse en combate con Eneas. El rey Latino establece un tratado de paz con el caudillo troyano, tratado que sellan ambos con juramento. Pero Juturna, la hermana de Turno, instigada por Juno mueve a los latinos a romper el pacto. Se reanuda la lucha. Interviene Eneas desarmado pidiendo se respete lo pactado. Y es herido. Se le retira del tumulto. En su ausencia, Turno causa gran estrago entre los troyanos. Cura Eneas de su herida milagrosamente y vuelve al combate ansioso de luchar con Turno. Juturna desvía a su hermano del alcance de su rival. Venus inspira a Eneas atacar la ciudad de Latino. Decide Turno acudir en su auxilio y combatir con Eneas. Júpiter y Juno acuerdan la alianza entre latinos y troyanos. Separan a Juturna de Turno. Y se enfrentan ambos rivales. Eneas vence y da muerte a Turno.

El libro pareado a contrastes, opone el pacto de hombres al coloquio y pacto de dioses, la intervención humana a la mediación divina, el movimiento épico al transfondo trágico. Y acciona a nuestra vista el juego de peripecias con el resorte de la demora del desenlace. El poeta nos reserva una llamativa sorpresa. Por primera vez detectamos el giro de la simpatía de Virgilio hacia Turno, con lo que abre franca vía a nuestra simpatía hacía el rútulo. Cierto que en el pacto entre Latino y Eneas la nobleza de alma del troyano rebaja toda otra figura humana. Mas en el segundo pareo, en la intervención de hombres y dioses, la aristía de Turno, su gama de proezas,

nos parece ir ganándose el ánimo del poeta a par del nuestro. Ya en las dos cimas del libro, la escena de despedida de Eneas y Ascanio, en que al reanudar el combate una vez curado habla el padre al hijo por vez primera con viril contención, versos 437-40, y en la sinceración del rútulo a su hermana, versos 631-49, al sentirse abandonado de los dioses, un secreto impulso de simpatía indefinible nos mueve hacia el rútulo. Percibimos la trayectoria desigual entre el hombre y su destino. Y con ella su grandeza y su debilidad. Y en la nobleza de su sacrificio por su rey y por su pueblo y por no desmerecer de la gloria de los suyos, nuestro oído cree captar un eco de la *devotio* romana, la entrega voluntaria a la muerte por salvar a los suyos. Y aun la entereza estoica. Como en la reacción de Mezencio ante la muerte, que conmueve al poeta a par del lector, en el carácter del rútulo, con sus altibajos de ímpetu y sombría depresión nos parece ver con Cartault (su notable analista francés) la debilidad de Virgilio por Turno y su secreta preferencia a Eneas.

Porfía el poeta en el coloquio de los dioses por lograr el objetivo del poema, la integración, la fusión de los dos pueblos en lucha por alumbrar uno nuevo que aventaje a hombres y dioses en piedad, versos 822-40. Y al cabo, tras la fruida demora del desenlace, cuando, vencido el rútulo, cedía el alma del vencedor a la indulgencia ante la nobleza del ruego último del caído, da finalmente el poeta libre cauce a un sentimiento esencial en la valoración virgiliana, la afección del alma de Eneas hacia el joven Palante y a su padre Evandro, el mismo sentimiento que cobra en la poesía de Virgilio el más noble realce quizá de las letras universales. Y al deber que abrazado al cadáver del hijo le impone en su último mensaje el infortunado rey Evandro, XI, 176-79.

DUELO ENTRE TURNO Y ENEAS

Turno se presenta al rey Latino

Ve Turno a los latinos quebrantados por el adverso giro de la guerra,
desfallecido su ánimo. Claman porque les cumpla las promesas
señalándole todos con los ojos. A su vista arde más implacable todavía
su coraje guerrero y se le yergue embravecida el alma.
Como en los campos púnicos el león ¡ay! herido por el hondo venablo
que en su pecho han clavado los monteros, se apresta al cabo a la pelea
y sacude ganoso en su erizado cuello la guedeja
y hace trizas impávido el venablo traidor
entre rugidos de sus sangrientas fauces, así también borbotea la cólera
en el hirviente corazón de Turno. Al fin acude al rey
y comienza así a hablarle enfurecido: «Nada detiene a Turno
ni hay motivo para que los cobardes seguidores de Eneas
retiren su palabra y difieran cumplir lo prometido.
Salgo a su encuentro, padre; prepara el sacrificio
y establece las cláusulas del pacto. O este brazo hundirá
en la sima del Tártaro al dardanio, a ese prófugo de Asia —tomen asiento
con sus ojos el lance los latinos; yo solo con mi espada [y vean [399]

[399] Una vez más la imaginación de Virgilio se anticipa al trance del combate y por boca de Turno pide a los suyos que contemplen sentados la lucha que desea concertar con su rival. También Homero en el combate entre Paris y Menelao pide a los griegos y troyanos lo contemplen sentados como en las gradas de un teatro, *Ilíada* III 68. De él tomó quizá Virgilio la expresión.

voy a vengar la ofensa que pesa sobre todos [400]—
o que sea él quien mande en los vencidos
y que Lavinia pase a ser su esposa». Le replica con ánimo sereno el rey Latino:
«Joven de alma sin par, cuanto más te arrebata tu ardoroso coraje
tanto más debo yo reflexionar y cauto sopesar todos los riesgos.
Tú posees los reinos de tu padre, de Dauno, y eres dueño
de muchas plazas fuertes ganadas con tu brazo. Por su parte Latino
posee oro y un alma generosa. Muchachas casaderas hay otras en el Lacio
y en los campos laurentinos de bien noble linaje.
Deja que te descubra sin rebozo lo que es harto penoso de decir
y embebe de esto tu alma:
No me era permitido el enlace de mi hija con ninguno
de aquellos pretendientes anteriores. Eso era lo que todos
los dioses y los hombres predecían. Vencido del amor que por ti siento,
vencido por la sangre [401] que nos une y por las lágrimas de mi angustiada esposa
rompí todos los vínculos; al que iba a ser mi yerno [402] le quité
la hija que le tenía prometida y emprendí impía guerra.
Desde entonces estás viéndolo, Turno, por ti mismo qué riesgos,
qué desastres guerreros, qué pesada la carga que soportas tú primero que nadie.
Por dos veces vencidos en batalla campal, apenas si podemos amparar
la esperanza de Italia en estos muros. Aún fluye la corriente del Tíber
caldeada por nuestra propia sangre
y en el ancho haz del llano albean todavía nuestros huesos.
¿A qué me vuelvo atrás tantas veces? ¿Qué locura me cambia el pensamiento?
Si a la muerte de Turno estoy dispuesto a aceptar a los teucros como aliados,
¿por qué no me adelanto a cortar esta lucha cuando está vivo todavía?
Y ¿qué dirán los rútulos de nuestra misma sangre,
qué dirán los demás pueblos de Italia
si te entrego a la muerte —ojalá desmienta la fortuna mis temores—
cuando me estás pidiendo en matrimonio a mi hija? Vuelve la vista atrás,

---

[400] Parece referirse a la derrota sufrida por los latinos y por el mismo Turno.

[401] Era Turno sobrino de Amata, ya que su madre Venilia y la esposa de Latino eran hermanas.

[402] El rey Latino hace la promesa a los primeros embajadores que le manda el troyano apenas desembarca, VII 267-73.

a los reveses y giros de la guerra y ten piedad de tu padre, avanzado en edad,
a quien tu tierra de Árdea guarda lejos de aquí todo apenado».
No logran doblegar el coraje de Turno sus palabras, aún le enardecen más,
enconan más la herida los remedios. Tan pronto como puede hablar,
comienza así: «El cuidado que tienes por mí, rey bondadoso,
abándonalo y deja que consiga la gloria con la muerte. También sabe mi diestra
señor, lanzar ferradas jabalinas, no sin brío, por cierto,
y también mis tiros manan sangre.
Ahora no habrá a su lado una madre divina
que en su huida con su ardid de mujer
le encubra en una nube [403] y si trata de ocultarse en la sombra será en vano».
Aterrada la reina por el giro impensado de la guerra,
llorando tiene asido a su impetuoso yerno, decidida a morir [404]:
«¡Turno, por estas lágrimas, por respeto hacia Amata, si alguno siente tu alma,
tú, la única esperanza, tú, el único descanso de mi triste vejez
—en tus manos está el prestigio y el poder de Latino,
en ti se apoya toda esta casa nuestra que vacila—,
esto sólo te pido: desiste de luchar contra los teucros;
la suerte que te aguarda en esa lucha
también a mí me aguarda, Turno; contigo dejaré esta odiosa luz,
no voy a ver, cautiva, a Eneas convertido en yerno mío».
Lavinia oye las quejas de su madre inundadas de lágrimas las ardientes mejillas
que un intenso rubor abrasa y se difunde al punto por su rostro encendido.
Como cuando se tiñe el índico marfil con el rojo de sangre de la púrpura [405]
o el albor de los lirios se arrebola entre la grana de abundantes rosas,
así eran los colores que lucía la muchacha en el rostro.
Turno, agitada el alma de amor, clavando en la muchacha la mirada
arde cada vez más en ansias de pelea. Da esta breve respuesta a Amata:

---

[403] No en una nube sino en los pliegues de su propio manto oculta Venus a su hijo Eneas por salvarle del ataque de Diomedes, *Ilíada* V 311-73. Fueron Apolo y Poseidón quienes según Homero ampararon en una nube a Eneas. Hay un deje despectivo en las palabras de Turno. El amparo de una nube aseguraría a madre e hijo de todo riesgo.

[404] A impulsos de la desazonada presura de su mente el poeta anticipa la decisión de la reina.

[405] En la exquisita entonación cromática con que sugiere la emoción de Lavinia parece presentir el poeta —se ha notado— la teoría de la sombras coloreadas.

«No me despidas, por favor, con lágrimas ni presagios tan funestos, madre,
ahora que voy a una guerra despiadada. No tiene el poder Turno
de retardar la muerte [406]. Tú, sé mi heraldo, Idmón,
y llévale al rey frigio este mensaje que no le va a ser grato:
al punto en que la Aurora mañana encienda el cielo
sobre su carro de purpúreas ruedas,
que no mande a sus tropas a luchar con los rútulos,
que descansen las armas de teucros y de rútulos.
Decidamos la guerra los dos con nuestra sangre.
Que se juegue y se gane sobre el campo la mano de Lavinia».
Apenas habla así, regresa a su palacio presuroso y pide sus caballos.
Goza viéndolos relinchar en su presencia.
La misma Oritía [407] se los mandó a Pilumno como un glorioso don.
Ganaban en blancura a la nieve, en la carrera al vuelo de las brisas.
Están alrededor sus activos cocheros.
Con su diestra palmotean los pechos resonantes
y van peinando las flotantes crines. Se ajusta él mismo luego a los hombros
el peto guarnecido de escamas de oro y pálido latón.
Y en seguida se adapta hábilmente la espada,
embraza el escudo y se acomoda los bermejos crestones de los cuernos [408],
la misma espada que forjó el dios del fuego por su mano para su padre Dauno
y que templó candente en las ondas estigias. En seguida arrebata brioso
la ponderosa lanza que se alzaba en el centro de la casa
arrimada a un enorme pilar.
Era despojo de Áctor, el aurunco [409].

---

[406] Se inspira Virgilio en las palabras de Héctor al despedirse de Andrómaca: «No me entristezcas con tus funestos presagios. Cobarde o valeroso, nadie puede escapar de su propio hado cuando le llega», *Ilíada* VI 480-4.

[407] Oritía, hija del rey de Atenas Erecteo, era esposa de Bóreas, el viento del norte. Su esposo, bajo la figura de caballo, se adentraba por la yeguada del rey Erecteo. Allí engendró los caballos que Oritía mandó a Pilumno, el abuelo de Turno.

[408] Del yelmo de Turno sobresalían por sus extremos dos puntas de cuerno. El airón de plumas bermejas iba en el centro sujeto a estas dos puntas.

[409] Los auruncos, de la ciudad de Aurunca, en Campania, figuran entre las tropas que acuden a luchar contra los troyanos en el desfile que cierra el libro VII 803 y ss. Al parecer habían sido sometidos por Turno.

Y la blande vibrándola mientras prorrumpe en gritos:
«Lanza mía, que no has faltado nunca a mi llamada, ya ha llegado el momento,
ya ha llegado. Un día fue el gran Áctor,
hoy es Turno quien te blande en su diestra.
Dame abatir el cuerpo y desgarrar y descuajar
con mano potente la loriga de ese eunuco de Frigia
y mancillar de polvo esos cabellos
que se riza a hierro ardiente, rezumantes de mirra».
Tal es el frenesí que acucia su alma. Todo su rostro centellea de ira,
brotan llamas de sus feroces ojos,
como el toro cuando se está aprestando a la pelea
lanza horrendos mugidos y tantea su furia con sus cuernos
topando contra el tronco de algún árbol y acomete a los vientos a derrotes
y preludia la lucha con la arena que esparcen sus pezuñas por el aire.
Entre tanto embravecido Eneas con las armas de su madre
aguza su coraje. El corazón le borbotea de ira entre el gozo del pacto
propuesto con que dar fin a la guerra. Y conforta a sus hombres
y consuela a su Julo entristecido y desvanece su temor
revelando el designio de los hados.
Despacha mensajeros que le lleven precisa respuesta al rey Latino
y declara los términos del pacto.
Apenas asomaba el nuevo día esparciendo su lumbre por la cima de los montes,
cuando empiezan a alzarse de lo hondo del océano los corceles del sol
soplando por las fosas de su erguida nariz ondas de luz,
ya han salido rútulos y troyanos a medir el palenque para el duelo
al pie de la muralla de la gran ciudad. En medio preparaban fogariles
y altares de césped a los dioses que adoran en común.
Prestes vestidos de briales listados de púrpura, las testas ceñidas de verbenas,
iban portando el agua y el fuego. Las primeras en salir son las tropas ausonias.
Desemboca por las puertas el raudal de escuadrones armados de venablos.
Irrumpe de otro lado el ejército entero de teucros y tirrenos
con sus variadas armas, equipados de hierro,
igual que si la amarga batalla los llamase.
Por entre los millares de guerreros revuelan
ufanos de sus galas de oro y púrpura sus jefes:
Mnesteo, el de la estirpe de Asáraco, y el valeroso Asilas

y Mesapo, el domador de potros, que era hijo de Neptuno.
Cuando suena la señal y ocupa cada cual su puesto, hincan las lanzas
en el suelo y recuestan en ellas los escudos.
Entonces anhelantes se precipitan fuera las madres, la multitud inerme
y los débiles ancianos. Se agolpan en las torres y en los tejados de las casas;
otros se van plantando en lo alto de las puertas.

Intervención de Juno

Pero Juno, en la cima del otero que ahora se llama Albano
—entonces no tenía nombre ni fama ni honor alguno—, oteando la llanura
avistaba las huestes laurentinas y troyanas formadas ya en batalla
y la ciudad del rey Latino. De pronto se dirige a la hermana de Turno,
que es diosa como ella, señora de los lagos y ríos resonantes.
Júpiter, el supremo rey del cielo, le otorgó este sagrado valimiento
por la virginidad que robó a la muchacha.
«Ninfa, gala de ríos, para mi corazón la más querida,
tú que sabes cómo te he preferido
entre todas las muchachas del Lacio
que han ascendido sin recompensa al tálamo
del magnánimo Júpiter, cuán a gusto te he dado un lugar en el cielo,
conoce la desgracia que te espera, Juturna, y no me culpes.
Pues mientras la fortuna pareció consentirlo, mientras iban las Parcas
dejando prosperar el estado del Lacio, di protección a Turno y tu ciudad.
Ahora veo que el príncipe se enfrenta con desigual destino. El día de las Parcas
y del poder malévolo se acerca.
No podrían mis ojos presenciar esa lucha y ese pacto,
pero si tú te atreves a emprender algo más eficaz en favor de tu hermano,
hazlo, que es conveniente. Quizá a vuestra desgracia sigan días mejores.»
Apenas deja de hablar, rompen en lágrimas los ojos de Juturna,
y tres veces y más su mano se golpea su hermoso pecho.
«No es tiempo este de llanto
—le ataja Juno, la hija de Saturno—. Date prisa y si encuentras algún modo,
arrebata a tu hermano de la muerte o provoca la guerra
y haz que rompan el pacto concertado.

Yo aliento tu osadía». Su exhortación le deja
vacilante, desconcertada el alma por lo acerbo de la herida.

Pacto entre Eneas y el rey Latino

Los reyes entre tanto se adelantan. Latino va montado en su carro
de majestuoso empaque que unce cuatro corceles. Resplandecen
en torno de sus sienes los doce rayos de oro,
el emblema del Sol[410], su antecesor.
Turno, sobre su carro de dos caballos blancos,
blandiendo con su mano un par de lanzas
rematadas en su hoja de ancho hierro.
Del otro lado Eneas, el padre, el fundador
de la estirpe romana, sale del campamento, rutilante con su estrellado escudo
y sus celestes armas. Y cerca de él Ascanio,
la segunda esperanza de la potente Roma.
Un sacerdote de alba vestidura porta el hijo de un cerdoso verraco
y una oveja de dos años, de vellón aún intacto.
Y los coloca al pie de los altares encendidos.
Ambos reyes, vueltos los ojos hacia el sol naciente, esparcen con sus manos
el salado manjar y señalan las frentes de las víctimas cercenando un mechón[411]
y sobre sus altares van vertiendo sus copas.
Entonces desenvaina su espada el fiel Eneas
y dirige esta súplica: «Sé mi testigo ahora tú, Sol, a quien invoco,
y tú, tierra de Italia, por la que he soportado tan grandes sufrimientos.
Y tú, Padre, que todo lo puedes, y tú, Saturnia, ahora ya más benigna,
al fin acudo a ti ya suplicante. Y tú, glorioso Marte, tú que tuerces
con tu poder divino el curso de la guerra y a vosotros también,
hontanares y ríos, os invoco,
y a cada majestuoso señor del alto cielo
y a los poderes todos del ponto verdiazul.

---

[410] Descendía el rey Latino del Sol, de quien era hija la maga Circe, abuela de Latino.

[411] Era ritual en los sacrificios romanos espolvorear la cabeza de la víctima con espelta salada y cortar un mechón de su frente que se quemaba en el fuego del altar.

Si acaso la victoria pasa al ausonio Turno,
queda acordado aquí que los vencidos se retiren
a la ciudad de Evandro. Julo renunciará a estos campos y los hombres de Eneas
ya nunca en rebeldía volverán a emprender guerra ninguna
ni a hostigar estos reinos con sus armas. Pero si accede la victoria
a concedernos el favor de Marte
—como creo más bien y ojalá lo confirmen con su favor los dioses—
no ordenaré a los ítalos someterse a los teucros ni busco para mí ningún reino;
que en iguales condiciones cada pueblo no sometido se una en alianza
que no termine nunca. Yo les daré mis ritos y mis dioses.
Mi suegro Latino mantendrá el poder de su espada,
mantendrá el mando acostumbrado.
Los teucros me alzarán mi murada ciudad
y Lavinia dará el nombre a esa ciudad».
Así habla Eneas el primero. Así después Latino, elevando los ojos hacia el cielo
y tendiendo la diestra a las estrellas: «Yo también, Eneas, te lo juro,
por los mismos poderes, por la tierra y el mar y las estrellas,
por los dos hijos de Latona, por el bifronte Jano,
y el poder de los dioses del abismo
y el sagrado recinto del implacable Dite [412]; que escuche mis palabras
el Padre que sanciona los pactos con el poder del rayo. Toco este altar
y pongo por testigos a estos fuegos y a las divinidades que están aquí presentes.
No ha de llegar el día que interrumpa esta paz
y estos pactos de las gentes de Italia,
tome el giro que tome nuestra suerte,
no habrá fuerza que desvíe de ellos mi voluntad
ni siquiera aunque arrolle la tierra
la tromba de un diluvio y precipite su mole entre las olas
o aunque arrumbe en el Tártaro la bóveda del cielo.
Tan cierto como que este mi cetro
—lo ostentaba en su diestra por dicha aquel momento—
no verá florecer de su vara
tiernas hojas ni rameada sombra
desde que desgajado de su cepa allá en el bosque

[412] Dite o Plutón, divinidad del reino de la muerte.

se quedó ya sin madre y rindió su cabellera y brazos a los golpes del hierro,
y el árbol de otro tiempo lo engastó en bronce airoso la mano del artífice,
y se lo dio a empuñar a los reyes del Lacio».
En tales términos afirmaban su alianza entre sí los dos jefes
entre los capitanes que estaban contemplándolos. Luego sobre las llamas
degüellan, según rito, las víctimas sagradas, y todavía vivas
arrancan sus entrañas y colman los altares de sus fuentes repletas.

Juturna media en favor de su hermano Turno

Pero ya hacía tiempo que a los rútulos les iba pareciendo
desigual aquel duelo, su ánimo se agitaba
turbado por diversos movimientos.
Y más cuando mirando con ojos más atentos
echan de ver que son las fuerzas de uno y otro tan dispares.
Aumenta su inquietud el mismo Turno que ha avanzado en silencio
y venera sumiso el altar, con la mirada en tierra, demacradas las mejillas,
pálida su figura juvenil. Cuando advierte su hermana Juturna
que crece más y más el cuchicheo
y que los corazones del vulgo tornadizo van cambiando,
allí en las mismas filas adopta la apariencia de Camertes,
un guerrero de nobles ascendientes, de nombre esclarecido por el valor paterno,
el más valiente de todos en las armas,
y se desliza en medio de las tropas, diestra en su menester,
y va sembranbdo el desconcierto en ellos:
«¿No os da vergüenza, rútulos —les dice—,
que por todo un ejército como el nuestro
un solo hombre ponga en riesgo su vida?
¿Qué? ¿No estamos igualados en número y en fuerzas? Ahí los tenéis a todos;
mirad, troyanos y árcades y esas tropas guiadas por el hado,
los etruscos enemigos de Turno. Sólo con que luchemos
uno de cada dos nos costará encontrar con quien trabar combate.
Turno será encumbrado por la fama hasta los mismos dioses de la altura
en cuyo altar ofrece ahora su vida y pasará su nombre vivo de boca en boca.
Y nosotros perdiendo nuestra patria

nos veremos forzados a servir a dueños arrogantes,
nosotros, que indolentes tomamos ahora asiento sobre el campo».
Inflaman sus palabras las almas de los jóvenes guerreros. Ya va de fila en fila
serpeando un murmullo. Hasta los laurentes
y los mismos latinos cambian de ánimo.
Los que antes esperaban descansar de la guerra salvos de todo daño,
ahora ya piden armas, desean no haber hecho pacto alguno
y sienten compasión del hado injusto de Turno.
Todavía añade a esto Juturna
algo más impresionante: en la altura del cielo les muestra una señal.
Ninguna otra turbó más el alma de los hombres de Italia
ni les burló mejor con su prodigio.
Pues el ave de Júpiter, un águila rojiza
volando por la cima del cielo empurpurado
acosaba tropel alado, a un sonoro escuadrón de aves marinas.
De pronto se desploma feroz sobre las olas
y entre sus corvas garras prende un soberbio cisne.
Anímanse los ítalos con esto. El bando entero de aves
girando frena su huida clamoroso —maravilla su vista—.
Su aleteo oscurece la altura y formando una nube
hostigan por el aire a su enemigo,
hasta que éste vencido por su acoso y por el mismo peso de su presa desfallece
y sus garras dejan caer el cisne sobre el río.
Y huyendo va a adentrarse por las nubes [413].
Entonces sí que rompen los rútulos en gritos.
Saludan el augurio y se aprestan a la lucha.

Se reanuda el combate

Y Tolumnio el augur prorrumpe antes que nadie: «Era ésa, era ésa la señal
por que he alzado mis votos tantas veces. La acepto.

[413] El acucio de gracia y movilidad que imprime el poeta al augurio de Juturna, con su impulso de avance y retroceso es esencialmente virgiliano. El cisne soberbio representa a Turno. Cuenta con un claro antecedente en el poema. Venus al aparecerse en traza de cazadora tracia a su hijo Eneas, apenas desembarca en Libia, le predice por idéntico símil el recobro de las naves que creía perdidas, I 393-8.

Veo la obra de los dioses.
Yo mismo, sí, yo mismo iré en cabeza.
Empuñad las armas presto, desventurados,
a quienes amedrenta como a débiles pájaros un malvado advenedizo
que arrasa vuestra costa a viva fuerza y que ha de huir también.
Tenderá velas bien lejos mar adentro. Vosotros todos juntos cerrad filas
y defended luchando al rey que os roban».
Exclama y avanzando a la carrera vibra su jabalina
contra el bando frontero de enemigos. Resuena zumbador el astil de cornejo
y con rumbo seguro hiende el aire. Y al mismo instante en que dispara el arma,
se alza un inmenso griterío, se revuelven las filas,
el tumulto enardece los ánimos.
El arma voladora va a dar donde se hallaban plantados por azar en frente de él
los nueve hermanos, bellos como no hay otros, los que le dio
su fiel esposa tirrena al árcade Gilipo. A uno de ellos le alcanza
allá donde el cosido [414] tahalí roza el vientre y la hebilla sujeta
los dos cabos de los lados. Era un mozo de espléndida belleza,
de armadura radiante. Le atraviesa el costado y le tiende a lo largo
de la rojiza arena. Sus hermanos, briosa banda, arden de coraje y de dolor.
Los unos desenvainan las espadas, otros empuñan dardos y arremeten ciegos.
Contra ellos cargan raudas las tropas laurentinas.
Al instante se lanzan contra éstas en tropel troyanos y agilinos [415]
y los árcades de armadura blasonada. Un afán domina a todos:
zanjar su suerte con las armas. Despojan los altares.
Cruza un turbión de dardos todo el cielo. Se desata una lluvia de hierro.
Recogen tazas y fogariles. Huye el rey Latino.
Se lleva, nulo el pacto, los dioses ultrajados.
Uncen unos los carros, otros de un salto montan a caballo
y acuden empuñando las espadas desnudas.
Mesapo, ansioso de anular el pacto,

[414] En el texto de Virgilio, tal como ha llegado a nosotros, de extrema condensación, inacabado a mi juicio, el adjetivo «cosido» no acaba de tener sentido cabal. Se ha propuesto unirlo a la placa o hebilla del cinto: «Allí donde la hebilla de metal cosida al cinto le sujetaba el vientre y prendía los dos cabos de aquél».

[415] De Agila, una de las doces ciudades etruscas. Su nombre posterior Caere pasó al actual Cervetri.

embiste con su corcel y empavorece a Aulestes,
el rey tirreno que iba ostentando su corona real.
Éste retrocediendo cae por tierra y tropieza —infortunado de él—
en la fila de altares a su espalda. Y cae entre ellos de cabeza y hombros.
Mesapo enardecido vuela hacia él lanza en ristre
y desde arriba, de lo alto del caballo,
con la imponente viga de su lanza atraviesa al caído que implora porfiado.
«Tiene su merecido —exclama—,
ésta es la mejor víctima ofrecida a los dioses soberanos».
Los ítalos acuden presurosos y despojan sus miembros calientes todavía.
Saliendo al paso Corineo[416] arrebata un tizón del altar y se adelanta
a arrojarlo llameante a la cara de Ébiso, que venía a atacarle.
Resplandece la mata de su barba y despide tufo chamuscada. Le sigue Corineo
y cae sobre él y con la mano izquierda prende la cabellera a su azorado rival
y haciendo fuerza le planta la rodilla sobre su cuerpo derribado en tierra.
Y así hunde la hoja de la rígida espada en su costado.
Podalirio persigue, desnuda la tizona, al pastor Also que en la primera fila
se precipita en medio de los dardos. Ya casi le da alcance.
Pero Also vuelve el hacha
y de un tajo le parte la cabeza a su enemigo de la frente al mentón.
Un borbollón de sangre va fluyendo por toda su armadura y un pesado reposo,
un férreo sueño oprime sus ojos. Y se cierran sus órbitas
al sopor de la noche inacabable.

Cae herido Eneas. Turno estraga las filas troyanas

En tanto el fiel Eneas, desnuda la cabeza, extendía la mano desarmada
llamando a grandes voces a los suyos: «¿Dónde os precipitáis?
¿Qué discordia es ésta que ha surgido de repente?
Refrenad vuestra cólera. El pacto está sellado y las claúsulas todas concertadas.
Sólo a mí me toca combatir. Dejadme, desechad vuestro temor.
Yo haré firme este pacto
con mi espada. Por estos ritos sólo yo tengo ya derecho a Turno».

[416] Un troyano. Es también troyano Podalirio, que aparece versos después persiguiendo al pastor Also.

Mientras iba diciendo estas palabras
de pronto le alcanza una saeta que desliza su vuelo zumbadora y da en él.
¿Qué mano la arrojó? ¿Quién le imprimió su giro de turbión?
¿Quién deparó a los rútulos tanto honor? ¿El azar?
¿Algún dios? No se ha sabido. La gloria de tan alta proeza
quedó en secreto. No hubo quien se ufanara de haber herido a Eneas.
En cuanto Turno ve que Eneas se retira del combate
y ve desconcertados a sus jefes, le arde el alma de súbita esperanza,
pide caballos y armas y de un brinco salta orgulloso al carro
y firme empuña las riendas en la mano.
Girando volandero manda a muchos valientes a la muerte;
hace rodar por tierra moribundos a otros más o arrolla con su carro
las filas de enemigos o arrambla nuevas lanzas que dispara a los que huyen.
Como cuando lanzado a la carrera, allá a la vera de la corriente
gélida del Hebro, Marte, rojo de sangre, retumba con su escudo
y alzando guerra suelta la brida a sus furiosos potros;
ellos a llano abierto adelantan volando a los Notos y al Céfiro
y al golpe de sus cascos se estremece hasta el confín remoto de la Tracia;
giran en torno de él, comitiva del dios,
trazas de negro espanto, furores y asechanzas,
así va Turno acuciando impetuoso en medio del combate
sus potros humeantes de sudor, saltando sobre los cuadros de enemigos muertos
—infunde compasión—. Un rocío sangriento
va esparciendo cada casco galopante que pisa arena entremezclada en sangre.
Ya ha mandado a la muerte a Esténelo y a Támiro y a Folo,
cuerpo a cuerpo a estos dos, de lejos al primero.
A distancia también a los dos hijos de Ímbraso,
Glauco y Lades, a los que Ímbraso mismo crió en Licia
y equipó de armas iguales
y adiestró en el combate cuerpo a cuerpo
y a adelantar sus potros a los vientos.
De otra parte venía al mismo centro de la lucha Eumedes,
descendiente afamado en la guerra del antiguo Dolón,
recordaba en el nombre a su abuelo,
en coraje y destreza a su padre, el que

por explorar el campamento dánao osó pedir un día en premio el carro del
[Pelida [417].
Otro fue el pago que el hijo de Tideo le dio por su osadía.
Y no aspira ya más a los potros de Aquiles.
Al momento en que Turno lo divisa en la llanura abierta,
allá a lo lejos, primero lo persigue con un alado dardo largo trecho,
luego frena los potros de su tronco, y saltando del carro cae sobre él,
y ya abatido en tierra, medio muerto, le planta el pie en el cuello y le arranca
de la mano la espada, y su hoja centelleante
se la tiñe bien honda en la garganta
y añade por remate: «¡Ea, descansa ya, troyano,
y ve midiendo con tu cuerpo [418]
los campos de esta Hesperia que venías a ganar en la guerra!
Es el premio que consiguen los que osan provocarme con la espada.
Así es como ellos alzan su ciudad». En seguida con un tiro de lanza
manda a Asbites que le haga compañía.
Y a Cloreo y a Síbaris y a Dares y a Tersíloco
y a Timetes, al que había arrojado por el cuello de bruces su tozudo bridón.
Y como cuando sopla el Bóreas [419] desde Edonia, retumba el hondo Egeo
y abarra ola tras ola a la ribera y donde el viento acosa,
huyen las nubes por el cielo,
así por donde Turno se abre paso se retiran las tropas enemigas
y volviendo la espalda se derrumban las líneas de batalla.
Su mismo impulso le arrebata al rútulo. La brisa que a su carro da de frente
va batiendo en su airón las plumas volanderas. No soporta Fegeo
su acoso ni su brío enfurecido y se planta delante de su carro
y con la diestra tuerce a un lado los frenos de los raudos corceles
de belfos espumantes. Y mientras va arrastrado, pendiente de su yugo,

[417] Virgilio sólo menciona una parte de la aventura de Dolón. Por instigación de Héctor se lanza a explorar el campamento griego la noche misma en que Ulises y Diomedes penetraban en el troyano. Apresado por éstos les revela, por salvar la vida, los pormenores de su propio campamento, a pesar de lo cual le dan muerte. Homero nos narra el lance en el canto X de su *Ilíada*.

[418] Reticencia de amarga ironía. Al cabo de cada conquista se procedía a medir el terreno destinado a cada soldado.

[419] El viento del norte. Los edones habitaban el nordeste de Grecia, en Tracia, a orillas del río Estrimón.

logra Turno alcanzarle el pecho descubierto con su lanza y su golpe le rasga
la cota de dos mallas y gusta nada más a flor de piel la sangre de la herida.
Él se vuelve, se cubre con su escudo e iba ya a acometer a su enemigo
buscando su defensa en la punta tendida de su espada
cuando la misma rueda que giraba en el eje lanzado a la carrera,
lo arrolla y lo tiende por tierra. Turno al instante cae sobre él
y por entre el orillo bajo del almete y el borde superior de la coraza
le siega la cabeza con su espada y deja tras de sí el tronco en la arena.
Mientras Turno sembraba así de muertes triunfante la llanura,
Mnesteo, el fiel Acates y con ellos Ascanio han dejado ya en el campamento
a Eneas, todo en sangre. Cada dos pasos busca apoyo en su talluda lanza.
Se enfurece, pugna por arrancarse, rota la caña,
el hierro de la herida y pide que le curen por el medio más rápido,
que le sajen la herida dándole un ancho corte
con la espada hasta donde se esconde
la punta del venablo y que le devuelvan al combate.
Estaba ya a su lado Yápige,
hijo de Jaso, más querido de Febo que ninguno,
a quien en otro tiempo el mismo Apolo
—tan vivo amor por él le ganó el alma— había ido adiestrándole gozoso
en sus mismas artes y en sus propios poderes, el don de los augurios,
la cítara, las aladas saetas. Pero él, por retrasar el hado de su padre
puesto en trance de muerte, prefirió conocer las virtudes de las yerbas
y trazas de las curas y ejercer sin renombre sus artes de no sonada fama.
Bramando acerbamente en medio de un gran corro de guerreros
y de Julo entristecido, Eneas está en pie, se apoya en su imponente lanza
sin dejarse conmover por sus lágrimas. El anciano,
con el manto recogido hacia atrás
y ceñido a usanza de Peón [420], opera en vano
todo desazonado con su arte curativo
y con las yerbas de gran poder de Apolo. En vano trata de remover su mano
la punta del venablo y de prender el hierro con los tenaces dientes de las pinzas.
No le guía la mano la fortuna ni le asiste la inspiración de Apolo.

[420] Al uso de los médicos. Era Peón médico de los dioses. El poeta ha mencionado en el libro VII 769 las yerbas de Peón que devolvieron la vida a Hipólito.

Entre tanto el horror de la batalla crece cada vez más en la llanura
y más cercano amenaza el peligro. Ya un nubarrón de polvo envuelve el cielo,
ya llegan a las puertas los jinetes. Cae una densa lluvia de dardos en el mismo
centro del campamento. Ya asciende hasta la cima del aire el alarido
de los hombres que luchan y de los que sucumben
bajo la dura mano del dios Marte.
Entonces Venus, movida del dolor inmerecido de su hijo,
recoge del monte Ida de Creta
con materna solicitud la yerba del díctamo [421]
—su tallo está cubierto de velludas hojas,
va engalanado de purpúrea flor—, yerba bien conocida de las cabras montesas
siempre que se les clavan en el flanco saetas voladoras.
Venus baja a traérsela envuelto el rostro en una oscura nube.
Antes impregna de ella el agua viva vertida en un brillante recipiente.
Y le infunde su secreta virtud. Y le rocía con el jugo vital
de ambrosía y fragante panacea. Lava el anciano Yápige la herida
con ella bien ajeno a su virtud. Y al punto —fue verdad— huyó todo el dolor
y el flujo de la sangre se le detiene en lo hondo de la herida.
Y la flecha siguiendo la mano se desprende sin que nadie la obligue.
Y le vuelven nuevas fuerzas, el mismo vigor de antes.

ENEAS VUELVE AL CAMPO DE BATALLA

«¡Las armas, ea, a prisa, traédselas! ¿A qué tardáis?», prorrumpe a gritos
Y primero que nadie les incita a hacer frente al enemigo. [Yápige.
«Esta cura no es obra de ayuda alguna humana ni proviene de arte ni maestría.
Algo mayor, un dios aquí ha mediado y te devuelve a obras mayores».
Él, ávido de lucha, se había puesto ya las grebas de oro, la izquierda y la derecha
—le enoja la demora— y ya blande la lanza. Cuando ya se ha ajustado
al costado el pavés y a su espalda el cosolete, estrecha a Ascanio rodeándole

[421] Debe su nombre al monte Dicte de Creta, estribación del Ida cretense. Tanto Aristóteles como Cicerón, entre otros, nos hablan de que el díctamo poseía el poder de que se desprendieran por sí solas las saetas clavadas en los flancos de las cabras montesas.

con sus armados brazos. Y rozándole apenas con los labios, a través del almete
le habla así: «¡Aprende, hijo, de mí el valor y el esfuerzo verdadero,
de los otros la fortuna. Mi brazo te va a defender ahora combatiendo
y te va a conducir a donde obtengas las grandes recompensas.
Tú, cuando den los años
madurez a tu vida, no lo olvides, y siempre que en tu mente
evoques el ejemplo de los tuyos, que acucien tu alma
Eneas, tu padre y tu tío Héctor». Le dice y se echa fuera de las puertas
con su imponente mole blandiendo enorme lanza entre su mano.
Con él, en denso grupo, se abalanzan Anteo y Mnesteo
y toda la avalancha desemboca dejando atrás el campamento.
La llanura es ya una tolvanera cegadora.
La tierra se estremece batida por el golpe de los pies.
Desde un cerro frontero Turno los ve avanzar y los ven los ausonios
y un helado terror corre por el meollo de sus huesos.
La primera de todos los latinos
que percibió y reconoció el estruendo fue Juturna. Huye despavorida.
Vuela Eneas y arrastra en pos de sí su oscura hueste por el llano abierto.
Igual que cuando irrumpe la tempestad y avanza por en medio del mar
el nublado hacia tierra, se les hielan de horror los corazones
a los infortunados labradores, que ¡ay! presienten su estrago desde lejos;
destrozará los árboles, arruinará las mieses,
todo lo irá arrasando en derredor. Delante de él los vientos embalan a las playas
sus bramidos, tal conduce sus tropas el caudillo troyano contra los enemigos.
Van todos apiñados, cuerpo con cuerpo, en apretadas filas. Acuchilla Timbreo
al corpulento Osiris, Mnesteo a Arcetio, Acates a Epulón,
Gías a Ufente. Cae el mismo augur Tolumnio.
Fue el primero que disparó la lanza contra el campo enemigo.
El griterío se eleva hasta los cielos. Vuelven ahora los rútulos la espalda
y huyen campo adelante entre nubes de polvo. Eneas no se digna
ni dar muerte a los que huyen ni atacar al que a pie o a caballo le hace frente
ni al que le arroja dardos. Sólo a Turno va buscando,
mira que mira entre la espesa nube, sólo pide
enfrentarse con él. La varonil Juturna, acuciada de temor a su vista,
derriba de su carro a Metisco, el cochero de Turno que empuñaba las riendas,
y lejos del timón lo deja en tierra y ocupa su lugar y guía con sus manos

las riendas ondulantes y toma en todo la traza de Metisco,
en la voz, la figura y en las armas.
Como cuando una negra golondrina cruza y cruza volando por la espaciosa casa
de un opulento dueño y atraviesa los altos corredores recogiendo
sus menudos bocados, sustento de su nido parleruelo,
y ahora prorrumpe en trinos
por los vacíos pórticos, ahora en torno a las húmedas albercas,
así pasa Juturna llevada por sus potros entre los enemigos y recorre
en vuelo todo el campo en su carro veloz y ahora aquí y ahora allí
muestra ufana a su hermano victorioso, pero sin consentir trabe combate.
Rauda lo va alejando campo afuera. No traza menos giros y revueltas
por darle alcance Eneas. Va siguiendo sus pasos y por entre la tropa desbandada
le llama a grandes voces. Cuantas veces divisa a su enemigo
y emula en la carrera la huida de sus potros voladores,
otras tantas Juturna gira y desvía el curso de su carro. ¡Ay! ¿Qué hará?
Va fluctuando en una marejada de zozobra.
Pensamientos contrarios le reclaman la mente a un lado y a otro.
Entonces corre raudo a su encuentro Mesapo,
que llevaba casualmente en la izquierda
dos flexibles jabalinas con remate de hierro. Y blandiendo una de ellas
se la asesta certero. Eneas se detiene, se cubre con su escudo,
hinca en tierra la rodilla. Pero la jabalina le alcanza la cimera
y desde su cabeza echa a volar las plumas del penacho.
Entonces sí que borbotea su ira, le exaspera la traición,
cuando ve que se alejan los caballos con el carro de Turno.
Invoca muchas veces a Júpiter y pone por testigos del pacto quebrantado a los altares.
Al fin se precipita en medio de las tropas enemigas y feroz con la ayuda
del dios Marte va causando una horrible mortandad —no distingue—
y da así rienda suelta a su furor.
¿Qué dios me ayudaría a revelar ahora tantos horrores?
¿Qué otro a cantar el duelo de tan diversas trazas de muertes, el estrago
de aquellos capitanes a los que acosa Turno por toda la llanura
y a los que acorre ahora el caudillo troyano? Pero ¿es que tú quisiste,
Júpiter, que unos pueblos que habían de vivir en paz perpetua
chocasen entre sí con tan feroz violencia? Eneas acomete al rútulo Sucrón

—combate que clavó por vez primera en su puesto a los teucros que huían—
y sin que oponga resistencia mayor le asesta un golpe en el costado
y por donde penetra más rápida la muerte, por la cota del pecho,
le hunde la fría espada en las costillas. Turno a pie ataca a Ámico
y a su hermano Diores, después de derribarles del caballo: a uno le hiere
con su larga lanza según viene a su encuentro,
al otro con la punta de la espada.
Y se cuelga del carro las cabezas cercenadas y se las lleva
rociando la tierra con su sangre. A tres da muerte Eneas, a Talo
a Tánais y a Cetego el valeroso, y luego al triste Onites, hijo de Equión [422],
su madre fue Peridia. Turno abate a su vez
a dos hermanos mandados desde Licia,
de los campos de Apolo [423], y al árcade Menetes, el mozo que !ay! en vano
aborreció la guerra. Ejercitaba el arte de la pesca
en torno a la corriente del Lerna [424],
la laguna rebosante de peces. Vivía en pobre casa. No conocía el fasto
del umbral del poderoso. Allí su padre cultiva unas hazas arrendadas.
Igual que las hogueras prendidas por opuestas direcciones en reseca arboleda
donde crepitan los ramos de laurel, o igual que de las cumbres montañosas
bajan raudos bramando los ríos espumantes y corren desbocados hacia el mar
y arrastran cuanto encuentran a su paso, con no menos furor
los dos, Eneas y Turno, se abren paso en el combate.
Ahora, ahora es cuando les arde el alma en ira y les estalla
el corazón jamás vencido. Ahora es cuando concentran en herir todas sus [fuerzas.
A Murrano que aireaba el antiguo abolengo de sus antepasados,
toda una larga estirpe procedente de los reyes latinos, lo abate de cabeza
Eneas de su carro disparándole el enorme cantero de una peña,
y lo deja tendido por el suelo y lo arrollan las ruedas debajo de las riendas

[422] Pasaba por haber ayudado a Cadmo en la fundación de Tebas, la capital de Beocia, en la Grecia Central.

[423] En Licia, región costera del Asia Menor. Aquí se refiere a los campos con que se atendía el culto de Apolo, donde tenía el dios un santuario.

[424] Laguna del sur de Grecia en la Argólida, lindante con Arcadia. Varía Virgilio con admirable maestría la condición de los caídos. Aquí realza el triste azar que opera en la muerte del pescador Menetes.

y del yugo y en rápido galope lo van pisoteando los cascos de sus propios [corceles
olvidados de su dueño. A Hilo, que entre bravatas y bramidos
se precipita hacia él, Turno le planta cara y le dispara el tiro contra el oro
que guarnece sus sienes y por entre el almete
queda hundida la lanza en su cerebro.
Tampoco a ti, Creteo, valiente como nadie entre los griegos,
tu brazo te libró del empuje de Turno, ni tampoco a Cupenco
sus dioses le protegen de Eneas que avanzaba a su encuentro.
Su pecho deja al hierro senda abierta.
De nada le sirvió al infortunado el resguardo de su broquel de bronce.
Eolo, a ti también te vieron sucumbir los llanos laurentinos
y cubrir imponente la tierra con tu espalda. Caíste tú a quien no lograron abatir
batallones argivos ni aun Aquiles, el que arrumbó el imperio de Príamo.
Fijada aquí tenías por la muerte tu meta, tú, el de espaciosa casa al pie del Ida:
allá en Lirneso tu anchurosa casa, aquí el sepulcro en suelo laurentino.
Ya están todas las líneas trabadas en combate, completos los latinos
y todos los dardanios. Mnesteo, el valeroso Seresto; de otro lado Mesapo,
el domador de potros, y el esforzado Asilas; el batallón de etruscos
y los jinetes árcades de Evandro.
Cada guerrero pone todo su brío en el combate;
no hay tregua ni descanso; se encorajinan en ingente lucha.

Ataca Eneas la ciudad de Laurento

En esto inspira a Eneas su madre, la de sin par belleza, la idea de avanzar
hacia los muros y raudo dirigir a la ciudad su ejército, y así desconcertar
de pronto a los latinos con estrago imprevisto. Pues mientras va siguiendo
con los ojos aquí y allí las huellas de Turno entre las tropas
y gira la mirada en derredor, ve a la ciudad ajena al furor de la guerra,
en reposo, sin peligro. Al punto la visión de un más violento choque
guerrero enciende su alma. Llama a sus capitanes,
a Mnesteo, a Sergesto y al valiente Seresto,
y sube a un altozano a donde acuden y se apiñan en torno de él sus tropas
sin soltar sus escudos ni sus dardos.

Y en pie, en el centro de ellas, desde lo alto les grita:
«Sin tardanza cumplid lo que os mando. Dios está a nuestro lado.
Que nadie ande remiso ante lo inesperado de mi plan.
La ciudad que es la causa de la guerra,
la cabeza del reino de Latino, a menos que se avengan a aceptar nuestro yugo
y sometérsenos dándose por vencidos, la arrancaré de cuajo a ras de suelo
dejaré sus tejados humeantes. ¿Voy a estar aguardando, por lo visto,
a que Turno guste de consentir en pelear conmigo y a que quiera
volver a combatir ese vencido? Allí está la cabeza,
allí la clave de esta guerra nefanda,
compañeros de mi ciudad. Traed teas, a prisa. Reclamad a fuego lo pactado».
Deja de hablar. Porfían todos con el mismo ardor. Y formando una cuña
cargan contra los muros en apiñada mole. De improviso aparecen las escalas
y se alzan llamaradas al instante.
Unos corren a las distintas puertas y despedazan
a los primeros guardas. Otros vibran su hierro
y oscurecen el cielo con sus armas.
El propio Eneas en vanguardia adelanta la diestra hacia los muros.
Reprocha a grandes voces a Latino
y pone por testigos a los dioses de que le fuerzan a luchar de nuevo,
que los ítalos vuelven a ser sus enemigos y por segunda vez violan el pacto.
Adentro la discordia surge entre los medrosos ciudadanos.
Mandan unos que se abra la ciudad a los dárdanos y que de par en par
se descorran las puertas. Y tratan de arrastrar al mismo rey a los baluartes.
Otros aportan armas y se aprestan a defender los muros,
como cuando un pastor descubre unas abejas
en su oculto cobijo de la grieta de una peña
y llena el hueco de picante humareda; ellas dentro temiendo por su suerte
corretean por su bastión de cera y aguzan su ira con potentes zumbidos;
ondula el negro hedor por el albergue y resuena con un sordo murmullo
el hueco de la peña y va saliendo el humo al aire abierto.

Muerte de la reina Amata

Todavía se añade al agobio latino otro infortunio
que desde sus cimientos cuartea la ciudad entera en duelo.

La reina, cuando ve desde palacio que avanza el enemigo y ve asaltar los muros
y remontar las llamas los tejados y no ve aparecer por parte alguna
las tropas de los rútulos ni escuadrones de Turno, cree la infortunada
que el guerrero ha caído en combate y perturbada el alma de súbita congoja
grita que ella es la causa, la culpable, el origen de los males y enloquecida
rompe en voces y voces de furia, en el frenesí de su dolor. Decidida a morir
desgarra con sus manos los purpúreos vestidos y cuelga de alta viga
el nudo del cordel de horrenda muerte. Apenas la desgracia llega a oídos
de las pobres mujeres latinas cuando su hija Lavinia, antes que nadie,
se mesa con sus manos sus floridos cabellos y lacera sus mejillas de rosa.
Las otras la rodean furiosas en tropel. Sus plañidos
van resonando a lo ancho del palacio.
Desde allí cunde la nueva infortunada por toda la ciudad.
Los ánimos se abaten.
Hecha jirones su veste, va Latino estupefacto
ante el sino de su esposa y la ruina de la ciudad,
mancillando de inmundo polvo sus cabellos canos.
Turno, en tanto, combate a lo lejos del llano persiguiendo a unos pocos
que huyen desperdigados. Ya su brío es menor,
menor su gozo ante el ardor de sus corceles.
La brisa va trayéndole el eco de unos gritos mezclados de un terror desconocido.
Aguza los oídos y le estremece el eco del tumulto de la ciudad y su murmullo dolorido.
«¡Ay, de mí! ¿Qué es ese inmenso duelo que alborota los muros?
¿Qué es ese griterío que irrumpe de la ciudad lejana?»
Dice y fuera de sí tirando de las riendas para en seco.
Se vuelve hacia él su hermana, la que bajo las trazas del cochero Metisco,
en la mano las riendas, iba guiando el carro y los caballos,
y le dice: «Por aquí mismo, Turno, sigamos acosando a los hijos de Troya,
por donde la victoria nos ha abierto ya vía favorable.
No faltan quienes pueden defender con su arrojo nuestras casas.
Eneas acomete a los ítalos y lanza su avalancha en la batalla.
«Pues causemos también nosotros fiero estrago entre los teucros.
Ni en número de víctimas ni en renombre guerrero quedarás inferior».
A lo que Turno le responde: «Hermana, hace rato que te he reconocido,

desde el momento en que te adelantaste a romper maniobrera la alianza
y te metiste en esta guerra. En vano estás tratando artera de ocultar que eres
[diosa.
Pero ¿quién ha querido mandarte del Olimpo a pasar tan duros trances?
¿Acaso para ver la cruel muerte de tu pobre hermano?
¿Qué puedo hacer ahora? ¿Qué fortuna me puede asegurar que salvaré la vida?
Yo mismo he visto caer ante mis ojos llamándome en su ayuda
a mi amigo Murrano —ningún otro mejor me queda ya—, alma ingente,
abatido por una ingente herida. También Ufente, desventurado de él,
cayó para no ver nuestra ignominia. Su cuerpo y su armadura está en poder
de los teucros. ¿Y yo voy a sufrir —no me falta ya otro oprobio—
que sean arrasadas nuestras casas y no va a darle réplica mi espada
a la mofa de Drances? ¿He de volver la espada y ha de ver esta tierra
huir a Turno? ¿Tan triste es el morir? ¡Manes, sedme vosotros favorables
ya que me son contrarios los dioses de la altura!
Bajaré a vuestro lado, yo alma limpia de mancha, ajena a tal reproche,
ni una vez indigna de mis altos ascendientes».
Apenas ha dicho esto cuando Saces —vedlo—
vuela montado en su espumante potro
a través de las filas enemigas. Viene herido en plena cara de un tiro de saeta.
Se derrumba e implora ayuda a Turno por su nombre:
«¡En ti, Turno, está puesta nuestra última esperanza!
Ten piedad de los tuyos. Eneas fulminando sus armas
amenaza arrumbar vuestras más altas torres y arrasarlo todo.
Las teas vuelan ya por los tejados.
Los latinos vuelven a ti sus ojos. El mismo rey Latino refunfuña
sin decidir a quién tomar por yerno o a qué alianza inclinarse. Y aún más,
la misma reina, la que te era más fiel, se ha dado muerte por su mano
escapando aterrada de la luz. Sólo Mesapo y el brioso Atinas
sostienen nuestras líneas ante las mismas puertas. Por un lado y por otro
les asedian cerrados escuadrones. Una línea de hierro
eriza las desnudas puntas de sus espadas. Entre tanto
tú sigues con tu carro por el césped desierto».
Atónito, confuso ante aquel cuadro
de múltiples desgracias, quedó Turno mirándole en silencio.
Concentrada en el alma le hierve una oleada de vergüenza

y un frenesí mezclado de dolor, y el amor acuciado por la furia
y la conciencia de su valor. Al punto en que las sombras se disipan
y recobra su mente la luz, ardiendo de furor torció hacia la muralla
sus ojos centelleantes y se volvió a mirar desde el carro la espaciosa ciudad.
De pronto un torbellino de llamas va ondeando hacia el cielo,
gira piso por piso por la torre que tenía prendida.
Era la torre que entramando vigas había fabricado el mismo Turno
y calzado de ruedas y guarnecido de altos pasadizos.
«Ya, ya triunfa el hado, hermana. No me detengas más. Vayamos donde Dios
y la cruel fortuna nos reclaman. Estoy resuelto a luchar con Eneas,
decidido a sufrir toda cuanta amargura hay en la muerte.
No vas a ver, hermana, mi deshonor ya más. Déjame que desahogue este furor,
te lo pido, antes que llegue el trance.» Dice y salta veloz del carro a la campiña
y se arroja entre los enemigos a través de los dardos sin cuidar de su hermana,
a la que deja entristecida, y en su alada carrera va rompiendo las filas enemigas.
Y lo mismo que cuando de la cumbre de un monte
se derrumba de cabeza un peñasco
que el viento ha descuajado, o que descalza torrencial aguacero,
o desata minándolo el lapso de los años y aquel trozo de monte destructor
rueda como un alud al precipicio y rebota en el suelo y va arrastrando
árboles y rebaños y hombres en su carrera, así se precipita
Turno entre los dispersos batallones derecho hacia los muros
de la ciudad, a allí donde la tierra está más empapada
de la sangre vertida, donde zumban las brisas heridas por las lanzas.
Hace señas con la mano y prorrumpe bien alto: «Deteneos ya, rútulos,
y vosotros, latinos, no arrojéis ya más dardos.
Cualquiera que sea la fortuna de hoy, es mía.
Es más justo que pague yo solo por vosotros por haber roto el pacto,
y decida la lucha con la espada».
Todos se retiraron y dejaron en medio espacio libre.

Se inicia el combate de Eneas y Turno

Cuando el caudillo Eneas oye el nombre de Turno
deja los muros, deja las altas torres, corta toda demora
y lo interrumpe todo. Exulta de júbilo, retumban con horrendo son sus armas.

Gigante como el Atos, gigante como el Érice, gigante como el padre Apenino
cuando brama batiendo sus vibrantes encinares gozoso de altear hacia los cielos
su cima alba de nieve [425]. Entonces sí que todos porfían
en volver hacia él los ojos,
rútulos y troyanos y los ítalos, los que guardan la altura de los muros,
los que a golpe de ariete van batiendo su base. Dejan caer
las armas de sus hombros. Hasta el mismo Latino está pasmado
de que aquellos dos hombres nacidos en regiones tan opuestas
se traben en combate por decidir su suerte con la espada.
Ellos en el instante que se abren los dos bandos
y queda libre el llano avanzan raudos y arrojando las lanzas
se acometen y al choque resuenan los broqueles.
La tierra da un gemido. Redoblan sus golpes las espadas.
El azar y el valor se funden en el giro de la lucha.
Igual que allá en el bosque del espacioso Sila o en lo alto del Taburno [426]
al punto en que dos toros se embisten en pelea encarnizada, testuz contra testuz,
se retiran medrosos los vaqueros; en pie, todas las reses están mudas de pavor,
las novillas mugiendo aguardan cuál será el señor del bosque,
al que le siga la vacada entera; ellos con fiero empuje se desgarran a heridas
y se clavan topándose los cuernos, la sangre va bañándoles a chorros
cuello y brazos. Al eco de sus mugidos va mugiendo el bosque.
Así el troyano Eneas y el héroe daunio [427] entrechocan luchando sus escudos.
El imponente estruendo llena la cima del aire. El mismo Júpiter mantiene
la balanza en el fiel y pesa en ella los diversos destinos de uno y otro
por ver a quién va a ser funesto aquel combate,
a quién se inclina el peso de la muerte.
Turno en esto da un salto creyendo favorable la ocasión, se yergue
cuanto da de sí su cuerpo y con la espada en alto le asesta un golpe.
Gritan los troyanos y las desazonadas tropas de los latinos.

---

[425] Es el Atos una montaña de Macedonia en el norte de Grecia, hoy Monte Santo. El Érice se halla en Sicilia, hoy San Giuliano. Usa el poeta ambos nombres como mero ornato, lo que contrasta con la mención del Apenino, de imponente vigor, como familiar a sus ojos.

[426] El Sila es un macizo montañoso cubierto de bosques, a modo de isla en el sur de Italia, en Brutio. El monte Taburno está en la Campania. Linda con el Samnio.

[427] Hijo del rey Dauno, es decir, Turno.

Unos y otros se empinan volviéndose hacia allí. Mas la espada traidora
salta rota desamparando a medio golpe a su ardoroso dueño
ya sin otro recurso que la huida.
Huye más rápido que el Euro [428] al momento en que ve aquella empuñadura
que desconoce entre su diestra inerme. Cuentan que desalado,
cuando montó primero en los corceles ya uncidos para entrar en combate,
se olvidó de la espada de su padre y azorado echó mano del acero
de su auriga Metisco, y que éste le bastó largo tiempo, mientras iban huyendo
los teucros desbandados. Pero cuando hubo de enfrentarse
con las armas forjadas por Vulcano, la hoja, obra de mortal,
saltó de golpe como hielo quebradizo y sus pedazos
quedan brillando por la rubia arena. Turno fuera de sí
huye por la llanura trazando de aquí a allí por un lado y por otro
círculos ondulantes, pues los teucros le tienden por todas partes apretado cerco,
aquí le cierra el paso una ancha alberca, por allí los bastiones de los muros.
Tampoco deja Eneas de apremiarle
por más que se lo estorba e impide la carrera
a veces la rodilla trabada por la herida de la flecha.
Va tras él y acosa pie con pie
al que le huye azorado, como cuando un ventor ha dado alcance a un ciervo
al que le cierra el paso la corriente de un río o el espanto que le infunde
un valladar de empurpuradas plumas; el sabueso lo acosa a correteos y ladridos,
aquél despavorido ante el engaño y la escarpada orilla huye. Y va y viene
buscando mil salidas, pero el fogoso can de Umbría [429] pegado a él
con las fauces abiertas casi lo tiene asido o creyéndolo asido
recruje sus quijadas y se engaña y dentellea el aire.
Entonces sí que se alza un griterío. Riberas y lagunas
van repitiendo en derredor el eco. Retumba con sus gritos todo el cielo.
Huye Turno entre tanto y mientras huye increpa a todos sus rútulos

[428] Viento del sudeste, tomado aquí como viento en general.

[429] Eran muy estimados los perros de caza de Umbría, región al norte del Lacio. Sorprende la movilidad que imprime el poeta al maestro apunte de caza. Empareja su presura con la del símil de la golondrina en sus giros bajo los aleros, atrios, pórticos y ruedos de albercas de la casona campesina, 473 y ss. Ello nos confirma su percepción de la realidad bajo la traza de huida. Y el misterio de enardecida desazón de su alma.

llamando por su nombre a cada cual,
clamando por su espada que le es bien conocida.
Eneas por su parte conmina con la muerte, con acabar en aquel mismo instante
a quien se acerque y aterra a los medrosos aún más con la amenaza
que repite de arrasar la ciudad. A pesar de su herida ya apremia a su rival.
Cinco vueltas dan rodeando el campo en su carrera y otras cinco volviendo
sobre sus pasos en sentido opuesto, pues lo que se disputa no es el premio
baladí de unos juegos. Combaten por la sangre, por la vida de Turno.
Había allí, por suerte, un olivo silvestre de amargas hojas consagrado a
[Fauno [430],
venerado en otro tiempo de los hombres del mar, que acostumbraban,
siempre que se veían a salvo de las olas, a prender en él sus dones
a aquel dios laurente y colgar de sus ramas los vestidos que habían
[prometido.
Los teucros sin hacer el menor caso habían abatido aquel brote sagrado
por poder combatir a llano limpio. Allí estaba la lanza de Eneas,
allí la había hundido con vigoroso esfuerzo y la tenía asida la sinuosa raíz.
El dárdano se inclina sobre ella. Quiere arrancar el hierro con la mano
y acosar con el arma a quien no había logrado dar alcance en la carrera.
Turno entonces frenético de espanto: «¡Fauno, te lo suplico, apiádate de mí,
—exclama— y tú, Tierra, la mejor entre todas, retén ese hierro contigo,
si siempre he sido fiel a vuestro culto, que en cambio los de Eneas guerreando
han dado en profanar». Dice y no implora en vano el auxilio del dios.
Pues Eneas insiste y forcejea largo rato con el nudoso tronco
pero no hay fuerza en él capaz de hacer soltar la presa
que el olivo tenía prendida entre los dientes. Mientras tira y se obstina corajudo
toma la diosa daunia otra vez la apariencia del cochero Metisco
y corriendo al encuentro de su hermano le devuelve la espada.
Y Venus enojada de que a la osada ninfa se le den tales fueros,
acude allí y arranca el arma de su raíz profunda.
Y uno y otro se engallan con sus armas y reponen sus ánimos.

[430] Una de las más antiguas divinidades campesinas de Italia, protectora de labradores y pastores, a la que se acudía para consultar los oráculos. Luego se la identificó con el dios griego Pan.

Fía el uno en su espada, el otro enardecido se yergue con su lanza.
Plantados frente a frente, jadeantes, ambos se aprestan a la lid de Marte.

Coloquio de Júpiter y Juno

Miraba, atenta Juno, la lucha desde lo alto
de una dorada nube, cuando el rey del todopoderoso Olimpo acude a hablarle:
«¿Qué fin va a tener esto, esposa mía? ¿Qué es ya lo que te queda por hacer?
Lo sabes y tú misma confiesas que lo sabes, que a Eneas lo reclama el cielo
como a un dios de esta tierra y los hados lo encumbran a los astros.
¿Qué tramas? ¿Qué esperanza te retiene apegada a esas heladas nubes?
¿Es que era justo que ultrajara la herida de un mortal a un ser divino
o que la espada —pero ¿qué iba a poder sin ti Juturna?— de que se vio
se le devuelva a Turno y cobren nuevos bríos los vencidos? [privado,
Cesa ya por favor y allánate a mis ruegos, que ese ingente dolor
no siga devorándote en silencio y que tus dulces labios no sigan borboteando
sobre mí amargas quejas. Has llegado hasta el fin. Por tierra y mar
has logrado acosar a los troyanos, has podido encender una guerra monstruosa,
arruinar una casa feliz, mezclar el duelo en unas bodas.
Te prohíbo intentar nada más».
Así habla Júpiter y así la hija divina de Saturno,
decaído el semblante, le responde:
«Por eso, pues sabía que era ese tu deseo, egregio Júpiter,
he abandonado a Turno y he dejado la tierra contra mi voluntad.
Si no, no me verías ahora solitaria en este miradero del aire
sufriendo lo decible y lo indecible. Estaría arrebujada en llamas
allá en la misma línea de batalla, arrastrando a los teucros al amargo combate.
Aconsejé a Juturna, lo confieso,
que ayudara a su hermano infortunado y accedí
a que intentara audacias mayores todavía por salvarle la vida,
mas no a que disparase dardos ni a que tensara el arco.
Lo juro por el inexorable hontanar de las aguas de la Estigia
—el solo nombre por que sienten respeto los dioses de la altura—.
Y ahora me voy y abandono esta lucha que he aborrecido ya.
Un favor no prohibido por decreto ninguno del destino te pido en bien del
y la grandeza de los tuyos, tu pueblo. Cuando asienten la paz [Lacio

con unas bodas de feliz augurio, que así sea, cuando queden unidos
por leyes y tratados no ordenes que los hijos de este pueblo, los latinos,
pierdan su antiguo nombre y se tornen troyanos o se les llame teucros
o que cambien de lengua ni de atuendo. Siga existiendo el Lacio
y unos reyes albanos a través de los tiempos, que la estirpe romana
cobre poder por el valor de Italia. Cayó Troya.
Consiente que con ella caiga también su nombre».
Sonriéndole replica el que creó los hombres y las cosas:
«Tú, verdadera hermana de Júpiter, tú que eres también hija de Saturno,
desatas en el fondo de tu pecho tamañas olas de ira.
Depón ya ese rencor que en vano has concebido.
Te doy lo que deseas y me rindo vencido de buen grado.
Los ausonios conservarán la lengua y las costumbres de sus padres.
El mismo que ahora tienen ese será su nombre.
Los teucros mezclándose con ellos
quedarán absorbidos por su raza. Añadiré
las leyes y los ritos sagrados de los teucros
y haré que todos sean latinos de una lengua. Surgirá de esta unión una raza
mezclada con la sangre de Italia que verás aventaja a los hombres
y aventaja a los dioses en piedad y no habrá pueblo alguno
que le iguale en honrarte». Juno asiente
y alegre cambia su ánimo. Y al momento se retira del cielo,
dejando atrás la nube.
El padre de los dioses después de esto da vueltas en su mente a un nuevo plan.
Se apresta a separar a Juturna de su hermano.
Hay dos plagas gemelas, según dicen.
Se las llama Terríficas [431]. A la par que a Megera la que mora en el Tártaro,
las dio a luz la honda Noche de un mismo, único parto.
Y fue ciñéndolas la madre por igual
sus anillos de sierpes y las prendió las alas de los vientos.
Las dos aguardan ante el trono de Júpiter allá en el mismo umbral
del fiero rey y aguijan en los tristes mortales el miedo

[431] Las tres Furias, Megera, Alecto y Tisífone, que nos presenta Virgilio en el libro II 573 y en el VI 280 y 571. El poeta coloca a Megera en el Infierno y a sus dos hermanas en el cielo al pie del trono de Júpiter.

cuando el rey de los dioses descarga sus estragos de muertes y de morbos
o aterra a las ciudades culpables con la guerra. A una de estas envía presurosa
Júpiter desde lo alto de los cielos y le ordena se presente a Juturna y le sirva
[de agüero.
La Furia tiende el vuelo y se lanza a la tierra en raudo torbellino,
igual que la saeta disparada de la cuerda de un arco que empapa el parto
en hiel emponzoñada —el parto o el cretense, contra ella no hay remedio—
y la vibra y silbando sin ser vista vuela a través de las aladas sombras.
Así se arroja la hija de la Noche y pone rumbo a tierra.
Cuando avista las líneas de los teucros y las tropas de Turno,
de repente se reduce a la traza de esa ave que posada en las tumbas y tejados
rompe, entrada la noche, en lúgubres graznidos por las sombras [432].
Bajo esa misma traza cruza y vuelve a cruzar graznando por la cara de Turno
y azota con sus alas su broquel.
Una extraña pesadez le relaja al rútulo los miembros
transidos de pavor. Se le erizan de espanto los cabellos
y la voz se le pega a la garganta. Cuando la infortunada Juturna reconoce
de lejos a la Furia por el restallo de sus alas, se mesa su suelta cabellera,
y se araña la cara con las uñas en su dolor de hermana
y se golpea el pecho con los puños.
«¿Qué puede hacer tu hermana por ti ahora, Turno mío?
¿Qué me queda ya a mí después de sufrir tanto?
¿Con qué trazas prolongarte la vida? Puedo enfrentarme a señal tan horrenda?
Ya abandono, ya, el campo de batalla.
No tratéis de aterrar mi alma medrosa, aves de odioso agüero.
Reconozco el restallo de esas alas con su estridor de muerte.
Ni tampoco se me ocultan las imperiosas órdenes del magnánimo Júpiter.
¿Esa es la recompensa por mi virginidad?
¿A qué me ha dado vida imperecedera?

[432] La lechuza, no el búho, dado el tamaño mayor de éste, según asevera Servio. El agüero estremecedor, infausto lo transmite merced al movimiento de sus alas de giro vertiginoso en torno al rútulo y el golpeteo de su escudo, a decir de Servio. Sabemos que los augures encargados de consultar los auspicios lo hacía bien por el movimiento de las aves como en este caso, bien por la posición en el espacio del cielo, por el canto, por el vuelo. Y por el modo de picar el grano los pollos sagrados.

¿A qué eximirme de la ley de la muerte?
Podría ahora a lo menos poner fin al peso de esta angustia
y hacerle compañía a mi hermano a través de las sombras»[433].
¡Yo inmortal! ¿Es que algo de mi vida sin ti va a serme dulce, hermano mío?
¿Qué tierra puede abrirse lo bastante profunda para mí
y mandarme a mí, diosa,
hasta lo más hondo de las sombras?» No dice más. Se envuelve la cabeza
en un glauco cendal y entre gemidos sin fin
se hunde la diosa en el fondo del río.
Plantado enfrente Eneas acosa a su rival, blande su lanza talludo como un árbol
y le increpa enfurecido: «¿Qué nueva dilación cabe ahora?
¿A qué retrocedes ya, Turno? No es corriendo, es mano a mano,
en el duro choque de las armas,
como tenemos que luchar. Toma todas las trazas que desees,
acude a los recursos de coraje o destreza que posees,
elévate volando, si es tu gusto, a la altura de los astros,
enciérrate en la cóncava sima de la tierra». Turno entonces meneando la cabeza:
«No es tu ardoroso reto lo que me atemoriza, mi arrogante rival.
Los dioses me amedrentan.
Es Júpiter que está ya contra mí». Sin decir más, mirando en derredor
ve un pedrejón, un viejo pedrejón que estaba allí,
por dicha en el llano plantado como muga
por dirimir litigios en los campos. Apenas lograrían alzarlo en sus espaldas
doce hombres escogidos de la talla de los que cría ahora la tierra.
El héroe lo prende con mano apresurada, se empina cuanto puede
y lo blandía ya hacia su rival lanzándose a su encuentro a la carrera.
Pero ni mientras corre hacia él ni mientras alza
las manos y da impulso a la imponente piedra, se da cuenta de nada.
Le vacilan las rodillas. Se le cuaja la sangre helada de pavor.
Y el pedrejón del héroe va girando a través del espacio vacío,
pero no llega a recorrerlo todo ni le alcanza su tiro.
Y lo mismo que en sueños cuando en la noche

[433] Sorprende una vez más su constante de anticipación. El poeta adelanta por boca de Juturna el resultado de un combate a que no se ha llegado todavía y por el que ella se imagina a su hermano en el reino de las sombras.

oprime nuestros párpados un lánguido reposo,
nos parece queremos apresurar ansiosos en vano ¡ay! la carrera
y a mitad del espacio caemos fatigados, la lengua desfallace,
las fuerzas habituales no logran sostenernos
ni acude a nuestros labios la voz ni las palabras, así por donde intenta [434]
abrirse paso el coraje de Turno, se le opone la horrenda diosa.
Giran imágenes diversas por su mente. Y mira hacia los rútulos y vuelve
la vista a la ciudad. Amedrentado vacila.
Le estremece el acoso apremiante de la lanza.
Y no ve a dónde huir ni con qué fuerzas acometer a su enemigo,
ni da por sitio alguno con su carro ni con su hermana que lo guía.
Mientras vacila, Eneas blande contra él la lanza en que va su destino.
Logran sus ojos la ocasión que buscaban
y con todas sus fuerzas la arroja desde lejos.
No hay piedra disparada por máquina de guerra que cruja con tan sordo [estridor
ni estalla nunca el rayo con tan hórrido estruendo.
Como negro turbión va volando la lanza, la portadora de la horrenda muerte.
Le atraviesa el orillo de la cota y penetra por el borde del ruedo
de las siete láminas que recubren el broquel y rechinando le traspasa el muslo.
Al golpe cae en tierra, doblada la rodilla, el corpulento Turno.
Yérguense a una los rútulos rompiendo en un gemido.
Y todo el monte resuena en derredor
y el eco de su son rebota por el haz de los sotos escarpados.
Turno tendido en tierra eleva suplicante hacia él los ojos
y adelanta implorando la diestra:
«Lo tengo merecido. No te pido piedad —prorrumpe—. Haz uso de tu suerte.
Pero si la aflicción de un padre infortunado puede llegarte al alma
—tú también has tenido en Anquises un padre que sabía de dolores—

[434] La imaginación virgiliana logra un patente adelanto sobre sus modelos en el misterio de los sueños. Ya el libro VI de nuestro poema no es sino el relato de lo acaecido en sueños a lo largo de una noche. Supera la conocida intuición de Homero: «Como aquel que entre sueños no puede dar alcance a quien huye...», *Ilíada* XXII 199 y ss. Y aun el notable pasaje de Lucrecio: «Al cabo, cuando el sueño ha llegado a vencer nuestros miembros con su suave sopor y yace el cuerpo entero sumido en una honda quietud, entonces nos parece permancer en vela y que se están moviendo nuestros miembros», LUCRECIO, IV 453 y ss.

compadécete de la vejez de Dauno,
y devuélveme vivo, o si así lo prefieres, este cuerpo privado de la luz,
llévaselo a los míos. Has vencido.
Me han visto los ausonios tender las manos derrotado.
Lavinia es tuya. No lleves más lejos tu rencor»
Feroz en su armadura, revolviendo los ojos, en pie, frena Eneas su diestra.
Y ya el ruego de Turno comenzaba a ablandar su ánimo cada vez más vacilante,
cuando aparece a sus ojos en lo alto del hombro del caído el tahalí infortunado
y refulge en su cinto el oro de las bolas que le eran conocidas.
Era el tahalí del joven Palante, al que Turno logró herir
y vencido postró en tierra.
Él lo ostentaba por divisa fatal sobre sus hombros.
Cuando Eneas fue hundiendo la mirada en el trofeo,
en aquel memorial de su acerbo dolor,
ardiendo en furia, en arrebato aterrador: «¿Y tú, vistiendo los despojos
de aquel a quien yo amaba, te me vas a escapar de las manos? Es Palante,
[Palante [435]
el que con esta herida va a inmolarte y se venga en tu sangre de tu crimen».
Prorrumpe. Hirviendo en ira le hunde toda la espada en pleno pecho.
El frío de la muerte le relaja los miembros
y su vida gimiendo huye indignada a lo hondo de las sombras.

[435] La fuerza de la amistad, del amor, nos dice el poeta, hacia Palante, precipita la muerte de Turno. A ello se añade el sacrilegio de vestirse con las armas de un vencido. Debían éstas ser ofrecidas a la divinidad o ser destruidas por el fuego.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL